

Antología del Cuento Caribeño

Compiladores
Jairo Mercado R.
Roberto Montes M.



FONDO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

ANTOLOGÍA DEL CUENTO CARIBEÑO

© JAIRO MERCADO R.
ROBERTO MONTES M.
Compiladores

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

ISBN 958-97374-2-0

UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

CARLOS EDUARDO CAICEDO OMAR
Rector

SANDRA RUBIANO LEYTON
Vicerrectora Académico

DENISSE RANGEL
Vicerrectora Administrativa y Financiera

FABIO SILVA VALLEJO
Director del Fondo Editorial

**Miembros de la Asociación de Editoriales
Universitarias de Colombia**

Correo Electrónico: fondoediunimag@unimag.edu.co
Sitio Web: www.unimag.edu.co

JANICE PALACIOS
Diseño Portada

GENTE NUEVA EDITORIAL
Impresión

Primera edición
500 ejemplares

*Prohibida la reproducción total o parcial del contenido
de este libro sin autorización del autor y de los editores.*

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*
Bogotá, 2003

Los problemas económicos, sociales y raciales que surgieron durante la conquista del Nuevo Mundo persisten todavía. La conquista, por tanto, es en el sentido más amplio un pasado con vida.

Lewis Hanke

Tengamos presente que nuestro Pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte, que más bien es el compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa... Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el Americano y el Africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza tiene un reato de la mayor trascendencia.

Simón Bolívar

"Discurso ante el Congreso de Angostura"

Febrero 15 de 1819.

*Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales.
El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico.
No hay batalla entre la civilización y la barbarie,
sino entre la falsa erudición y la naturaleza.*

José Martí

"Nuestra América"

*Tè hago el relato de estas cosas ahora,
cuando todos han muerto.
Cuando ya solamente la memoria
es río, cosecha, solitaria espuma de patios,
trinos que se deshacen en el calor
mientras dulces mujeres
parlan bajo las hojas, en la tarde,
frente a tiestos de orégano.
Ahora todo es lejano
pues ha ido cayendo blandamente de nosotros
como un poco de arena de una mano.*

Héctor Rojas Herazo

"Inventario a contraluz"

CONTENIDO

Presentación	9
La cultura del cuento y el cuento de la cultura en el Caribe Colombiano	13
<i>Jairo Mercado R.</i>	

ANTOLOGÍA

Luis Capella Toledo. <i>El Brujo</i>	147
Lydia Bolena. <i>Una vivienda encantadora</i>	156
Gregorio Castañeda Aragón. <i>Náufragos de la tierra</i>	157
José Félix Fuenmayor. <i>La muerte en la calle</i>	168
Víctor Manuel García Herreros. <i>Ocaso</i>	175
Fernando de Andreis. <i>Tula del Real</i>	177
Amira de la Rosa. <i>Marsolaire</i>	192
José Francisco Socarrás. <i>Contrabandistas</i>	207
Alejandro Álvarez. <i>Gallera</i>	214
Marzia de Lusignan. <i>Esta noche a las nueve...</i>	223
Carlos Delgado Nieto. <i>El arete morado</i>	226
Olga Salcedo de Medina. <i>Desolación</i>	232
Alfonso Bonilla Naar. <i>Salto Vital</i>	235
Néstor Madrid-Malo. <i>El día en que llegaron las máquinas</i>	239
Carlos Alemán. <i>El diablo y él</i>	244
Manuel Zapata Olivella. <i>La tinaja en la sombra</i>	247
Héctor Rojas Herazo. <i>El Abuelo</i>	255

Judith Porto de González. <i>Manos limpias</i>	256
Carlos Flores Sierra. <i>El ascensor</i>	260
Rosa Marrero. <i>Aquiles era un santo</i>	265
Álvaro Cepeda Samudio. <i>Hoy decidí vestirme de payaso</i>	270
Eduardo Arango Piñeres. <i>¿A dónde va míster Smith?</i>	273
Indalecio Camacho C. <i>La vida fácil</i>	275
José Ramon Mercado. <i>Mai broder</i>	279
Ramón Illán Bacca. <i>Un caso para Bruno Manos Albas</i>	283
Germán Espinosa. <i>El hombre</i>	290
Marvel Moreno. <i>El encuentro</i>	295
Guillermo Henríquez. <i>Póster</i>	300
Jairo Mercado Romero. <i>Escarabajo sagrado</i>	304
Alvaro Medina. <i>El ácido reposo</i>	313
Antonio Mora Vélez. <i>Ejercicios fílmicos</i>	322
Alberto Duque López <i>Retrato de una señora rubia durante el sitio de Toledo</i>	326
Eduardo Márceles Daconte. <i>La mujer de Broadway</i>	335
David Sánchez Juliao. <i>El pargo rojo</i>	338
Fanny Buitrago. <i>Pasajeros de la noche</i>	340
Estrella de los Ríos. <i>Sobre las olas de Sotavento</i>	345
Guillermo Tedio. <i>No han visto el mar mis ojos</i>	356
Eligio García Márquez. <i>El campeón de siempre</i>	360
Roberto Montes Mathieu. <i>Punch run</i>	368
Miguel Fálquez-Certáin. <i>La espina aguda del deseo</i>	383
Roberto Burgos Cantor. <i>Aquí donde usted me ve</i>	388
Antonio Del Valle Ramón. <i>Un domingo en Nueva York</i>	392
Jaime Manrique Ardila. <i>En el trópico encantado</i>	405
Francisco Pinaud. <i>Blanco y negra</i>	410

José Luis Garcés González. <i>También el amor se pudre</i>	417
Erick Bozzi Anderson	
<i>Tan lindos y tan profundos los amores de Manuela y Sebalandro</i>	424
Raymundo Gómez Casseres. <i>Alguien falta</i>	433
Leopoldo Berdella de la Espriella. <i>Tapaetusa</i>	441
Julio Olaciregui. <i>Caterva enamorada</i>	443
Martiniano Acosta. <i>Pincelada blanca</i>	448
Alexis Zapata Mesa. <i>El requinto</i>	450
Andrés Elías Flórez Brum. <i>La carrera</i>	455
Carmen Victoria Muñoz. <i>¿Quién no ha besado a Teresa?</i>	456
Lenito Robinson-Bent. <i>Las bodas del tiburón</i>	457
Jaime Cabrera. <i>Ben Benny Benito en un restaurante de la Calle Octava y no tocando el trombón de vara (Como hubiera querido su padre)</i>	459
Marco Schwartz. <i>La superviviente</i>	462
Pedro Badrán Padahuí. <i>La magia del Joe Domínguez</i>	465
Joaquín Mattos Omar. <i>El profesor Quiroga</i>	474
Freda Mosquera. <i>La bailarina negra</i>	478
Gustavo Tatis Guerra. <i>Alejandro vino a salvar los peces</i>	480
Clinton Ramírez. <i>Monín de Boll</i>	485
Ledis Jiménez Martínez. <i>Perdón, Elsa, por amarte tanto</i>	489
Joaquín Robles. <i>Crónica Blues para un suicida</i>	491
Efraim Medina Reyes. <i>Cinema Árbol</i>	501
John J. Junieles. <i>Luces a lo lejos</i>	504
Bibliografía Básica	509
Bibliografía Consultada	517
Otras Publicaciones	531



PRESENTACIÓN

“UN SEÑOR CUENTISTA”

Papá era cuentista. “Un señor cuentista”, como escribió alguna vez en un magazín dominical de literatura el destacado crítico de los años sesenta y setenta Ernesto Volkening. Más que un maestro universitario de literatura hispanoamericana, cátedra que dictó durante casi tres décadas en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, mi progenitor fue hasta hace escasos tres meses un narrador de historias. Su vida giró siempre en torno a los relatos. Sospecho que aún antes de nacer, cuando se estaba gestando en el útero de la abuela Aura, junto con su hermana melliza, tía Mery, ya él escuchaba y archivaba en su prematura memoria los relatos de familia que más tarde se encargaría de contarnos. Y lo más seguro es que donde quiera que se encuentre ahora, después de haberse marchado sin despedirse por esa senda que todos nosotros desconocemos, debe estar haciendo lo mismo que hizo siempre... hilando historias, pero ahora lo hará para aquellos que ya se habían ido y que de seguro estaban esperándolo.

Los mejores recuerdos de mi infancia son imágenes y sonidos que llegan por segmentos del pasado. Entro en su estudio despacito y me siento sobre sus piernas para que me narre o me lea uno o dos cuentos. Él detiene la corrección de los exámenes de sus alumnos o la lectura del momento, me mira detrás de sus gruesos anteojos de pasta, sonrío y empiezan a brotar de él sus palabras, a caer sobre mi diminuta humanidad. Me llegan inmediatamente las imágenes nítidas de lo que pasa por su mente, sus recuerdos. Lo que papá ve, puedo verlo yo también. Algo mágico. No sé qué era lo que tanto me agradaba. Tal vez, todo. Estar al lado de tu padre, quien te cuenta historias y luego te las explica y las comentas con él durante horas y horas de tu infancia, es algo invaluable.

De pronto, pienso hoy, lo maravilloso de todo eran los sonidos que yo sentía salir de sus entrañas, de sus pulmones, de todo él; fonemas pausados, tan envolventes y bien entonados que entonces se iban convirtiendo en palabras con sentido y dirección que te llevaban directo a unas carcajadas o a una lágrima de más. Sus palabras siempre invitaron mi mente a su imaginación y a la de algunos autores de cuentos para niños. Agotó conmigo desde las fábulas de Esopo y los hermanos Grim, hasta las historias de Tío Conego y los

cuentos de Charles Perrault, Horacio Quiroga, los poemas de Rafael Pombo, los mitos de Hugo Niño y, en fin, quién sabe cuántos textos más me leyó, tal vez con la secreta ilusión de que yo resultara un cuentista como él. Algo muy difícil de lograr bajo la incisiva óptica de su lupa. Creánme. Pero de todas las historias que me leyó y me contó, las que más me gustaban eran las de su infancia en Ovejas, en Naranjal, en Corozal o en Los Palmitos. Aventuras reales que me iba improvisando, en las que junto con sus hermanos atravesaban triunfantes un mar de dificultades. Era ahí cuando sentía sus palabras como agua cristalina cayendo sobre mí, y me siento bajo una pequeña cascada de un remoto arroyo donde misteriosamente nos sumergimos los dos.

En mi concepto, es poco menos que un milagro que un hombre nacido en la mitad de un monte abandonado, constreñido desde muy temprano a realizar trabajos inadecuados para su edad desde, sin mayores oportunidades en la vida y con el mundo en su contra en todos los sentidos, haya podido desarrollar una sensibilidad tan especial por la literatura como para realizar el sobrehumano esfuerzo de llegar hasta esta fría capital a estudiarla, practicarla y enseñarla con tan buena suerte, que a la hora de practicarla se consagró como “uno de los mejores del país”, en palabras de críticos autorizados, y en uno de los maestros más queridos y recordados por sus alumnos a la hora de dictarla.

Sin embargo, ya papá no está y yo siento como si faltaran órganos dentro de mí. Parte del corazón y otras vísceras se me fueron con él. Quedaron apenas unos cuantos libros con sus cuentos escritos que no podremos escuchar más de su propia voz. Y la extraña sensación de que había muchas obras más dentro de la cabeza de este hombre, que tranquilamente nos pudo legar de habernos acompañado por dos o tres décadas más. Tanto de su propia literatura como de ensayos acerca de los innumerables temas sobre los que él podía disertar. Historia, política, sociedad, geografía, antropología, sexo, gastronomía, oralidad, costumbres, etc.

Los primeros recuerdos de su existencia están registrados de una manera impecable en el relato *Escarabajo Sagrado*, que hace parte de esta formidable antología del cuento del caribe colombiano que preparó antes de partir. Pero si quisiéramos indagar en su pasado, habría que leer la totalidad de sus cuentos para conocer gran parte de la que fue una vida bastante fructífera. Desde la publicación del cuento *Cosas de Hombres*, con el que ganó el primer premio Casa de las Américas (La Habana, 1971), hasta la entrega de su última antología personal *Cuentos escogidos* (Trilce Editores, Bogotá, 2002), la vida y obra de Jairo Mercado Romero fue una cosecha de éxitos y reconocimientos. No tengo espacio para enumerarlos, pero sí mucho tiempo para recordarlos. En otra oportunidad nos encargaremos de su extensa bio-bibliografía. Por ahora remito al lector a *Cuentos escogidos*, donde se encuentra una breve aproximación a los hechos más importantes de su vida.

En este día, quisiera agradecer de parte de papá —y mi tía por supuesto—, la gran labor de Roberto Montes Mathieu, quien aportó mucho a la elaboración de este libro, con el vasto

conocimiento que de datos y anécdotas tiene a propósito de la literatura del Caribe. Gracias a él pudimos contactar a la gran mayoría de autores costeños, aquí en Colombia y en el exterior. Lamentablemente, no pudimos incluir en esta antología a algunos excelentes autores de cuentos como lo son Gabriel García Márquez y Juan Gossaín, ya que fue imposible establecer contacto con ellos o sus agentes literarios, esperamos tenerlos para una próxima edición.

Quisiera agradecer, además, la colaboración del señor rector de la Universidad del Magdalena Carlos Caicedo Omar y de Fabio Silva Vallejo, director del Fondo Editorial de la Universidad del Magdalena, quienes tuvieron en sus manos la decisión de publicar un trabajo de esta envergadura, además de la ejecución de la carátula del libro. Gracias a personas como ellos es que ésta y las generaciones que vendrán, podrán tener al alcance una obra de esta magnitud, que no tengo reparos en denominar uno de los más –si no el más– succulento de los platos de literatura del Caribe que haya probado jamás.

Felipe Mercado Rico

Agosto 14 de 2003



LA CULTURA DEL CUENTO Y EL CUENTO DE LA CULTURA EN EL CARIBE COLOMBIANO

Jairo Mercado R.

Una vez se descorre el telón del descubrimiento de América y se escenifica el áspero episodio del encuentro inicial y la posterior ocupación del territorio, exploración y explotación de los recursos de las islas y tierra firme, tres pueblos, tres edades y tres maneras de ver el mundo se entrecruzan. De un lado, los aborígenes que habían llegado al continente en oleadas migratorias desde hacía más de 20 mil años y a partir de entonces habían perdido el contacto con sus antepasados originales; de otro, los europeos que sabían de la fundición de metales, del uso de las armas de fuego, la domesticación de animales, la escritura y los refinamientos de la convivencia urbana y de las formas más avanzadas de la organización estatal y de las relaciones de producción económica; y, por último, los negros del África tropical quienes mantenían fluidos vínculos con las naciones euroasiáticas, y por lo tanto compartían con ellas experiencias en la forja del acero y el uso de herramientas para la paz y para la guerra, eran experimentados ganaderos y agricultores, para muchos de ellos no era ajeno el aire de las ciudades y no eran pocos los que llegaron leyendo la Biblia y abrevando en el Corán las enseñanzas del profeta, pero que por causa de la estructura tribal de vida y de poder vivían en pugnas con sus vecinos y eran frágil presa de la dominación extranjera.

LOS TAÍNOS Y LOS HIJOS DEL CIELO

Inmediatamente tomó posesión de la isla de Guanahaní en nombre del rey y de la reina de España, Cristóbal Colón se percató de que estaba delante de unos mansos y hospitalarios aborígenes, los taínos, que eran agricultores, pescadores, cesteros, cazadores y realizaban navegación de cabotaje por las islas próximas en troncos que ahuecaban con suma destreza, y de que con seguridad vivirían disfrutando el alba del paraíso terrenal si no fuera por el terror y la zozobra a que los tenían sometidos unos prójimos que llevaban un solo ojo en la frente y cuya cabeza terminaba en hocico y dientes parecidos a los de los perros, quienes en las expediciones punitivas que efectuaban sobre sus territorios, si nos atenemos a su Diario

de a bordo, "comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura".¹ El navegante genovés apenas comentario hace el registro de la noticia.

Tales malhechores y sanguinarios vecinos eran los caribas o caribes, más aficionados a los oficios de la guerra que a las industrias de la paz, tan poco abnegados para los quehaceres sencillos de la vida doméstica como voluntariosos para la rapiña de los bienes ajenos, la esclavización de los otros y el rapto de las mujeres de sus víctimas. En esos términos se lo declararon al almirante. Y él tomó atenta nota en su libro de bitácora y consignó que los nativos creían que él y sus soldados no venían de otra tierra sino que habían bajado del cielo y les palpaban los cuerpos para convencerse de que no estaban hechos de carne y hueso y no eran pobres mortales como ellos; les prodigaban toda clase de comidas y bebidas y les rogaban que se quedaran a vivir para siempre en sus dominios y les ofrendaban con largueza sus hijas y sus propias mujeres con el santo anhelo de fundar una raza de hombres celestiales que los librarán del terror de sus vecinos.

Es bien sabido que Cristóbal Colón no buscaba una ruta hacia el Asia por el occidente en viaje de placer ni en misión religiosa ni mucho menos altruista. Era hombre de mar, aventurero como los hijos de la mar, y de mentalidad abierta a los negocios como correspondía a un hombre del renacimiento. Había comprado y surtido sus carabelas con préstamos de inversionistas privados y por medios lícitos y no lícitos se procuraba el oro de los aborígenes y no perdía el tiempo en nada que no le representara ganancia con el futuro comercio de especias, el aprovechamiento de las tierras y los bosques y la fuerza de trabajo de los mismos nativos.

Entretanto los taínos no le daban más muestras que de mansedumbre y solidaridad, hasta el punto que en la madrugada del 25 de diciembre de ese mismo año, luego que la Santa María encalló en un arrecife al extremo noroeste de La Española, Colón lloró inconsolable y los isleños lloraron con él y ayudaron a descargar la nave sin que se perdiera "ni la punta de un cordel", por lo que consignó conmovido en su libro de bitácora, dirigiéndose al rey Fernando y a la reina Isabel :

Son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus padres los parieron. Mas, crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo.²

1. Cristóbal Colón. *Diario de a bordo*. Red Editorial Iberoamericana. Bogotá, 1992. Página 89.

2. Cristóbal Colón. *Diario de a bordo*. Red Editorial Iberoamericana. Bogotá, 1992. Página 89.

Lo que sucedió hasta aquí a Colón y sus soldados con las gentes de las islas que iban encontrando parecía asunto de maravilla, tanto que por momentos se siente uno transportado a la primera mañana del paraíso terrenal o ante las páginas de un cuento de hadas, en el que el príncipe de un reino lejano cabalga hasta el palacio encantado y con el hálito de su beso despierta de un largo sueño a una casta doncella y por artes de magia los súbditos de la corte y las cosas que yacían en un profundo sueño recobran el calor, el color y la vida y el príncipe se desposa con la núbil princesa que resulta ser la bella durmiente del bosque. Pero de pronto un brusco incidente interrumpe el idilio del primer encuentro. Ocurrió que en su viaje de regreso a España, el almirante dejó a treinta y nueve soldados custodiando el fuerte de Navidad en la isla Española, y los hombres en ausencia del jefe salieron a batir el campo y sometieron a los indígenas a los más crueles tributos, como que los obligaban a traerles cascabeles llenos de oro y a los que no cumplían les cortaban las manos y no contentos con estas atrocidades, les derribaron los ídolos de sus altares y les quemaron sus templos y saquearon sus enterramientos, les prohibieron sus ritos y les violaron sus mujeres. Así que con el fin de poner término a tanta maldad, “las gentes de amor” acabaron matando a quienes en los días iniciales del descubrimiento habían tomado por los “hijos del cielo”.

Ahí mismo sin pensarlo dos veces, Cristóbal Colón con sus 17 navíos y sus cerca de 1.500 hombres, desató sobre la población indígena lo que con el tiempo llegó a ser el más espantoso etnocidio que haya conocido la humanidad. Sin averiguar la realidad de lo que había pasado ni esperar respuesta de su demanda ante la Corte, la declaró salvaje y antropófaga y no merecedora de otra suerte que el despojo, la esclavización y el escarmiento. Por donde pasaba con sus tropas sembraba el terror abriéndoles los vientres a cuchillada nada más que por gusto, pisoteándolos con los cascos de sus caballos, barriéndolos por centenares a tiros de morteros y lombardas y a los que escapaban los perseguía con sus fieros lebreles que los despedazaban y se los comían y a los que no conocían otra cultura que la del ocio, los sometían a intolerables jornadas de trabajo. Sobre este tópico, conviene mejor ceder la palabra a la pluma intensa aunque cargada de cierto ademán apocalíptico de fray Bartolomé de las Casas:

Los cristianos con sus caballos, espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños, ni viejos, ni mujeres... Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete, o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellos en los ríos por las espaldas... Otras criaturas metían a espada con las madres juntamente, y todos cuantos delante de sí hallaban... Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, y de trece en trece, a honor y reverencia de nuestro Redentor y de los doce Apóstoles, poniéndoles leña y fuego los quemaban vivos. Otros ataban o liaban todo el cuerpo de paja seca, pegándoles fuego

y así los quemaban. Otros... Cortábanles ambas manos y de ellas llevaban colgando y decíanles: anda con cartas, conviene a saber, lleva las nuevas a las gentes que están huidas por los montes... Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las tierras, huyendo de hombres tan inhumanos... Enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos, que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo...³

LOS CARIBES, LA TRATA DE ESCLAVOS Y LA GUERRA EN TIERRA FIRME

Lo que siguió a la desolación de las islas de las Antillas fue el traslado del teatro de la guerra a los pueblos de tierra firme. El primero en costear el continente fue también Cristóbal Colón, que por supuesto siguió creyendo que había tocado navegando al oeste el extremo oriente, las mismas fronteras del imperio de Catay, la Catay de Kublai Khan, adonde dos siglos atrás había estado su compatriota el navegante veneciano Marco Polo. Acá igualmente el paisaje estaba infestado de los fieros e indómitos caribes, y como el almirante que era también un hombre medieval creía que el latín era la lengua ecuménica y la madre y raíz de todas las lenguas, decidió que el vocablo caribe o cariba era degeneración de caniba, o al revés, (de can, canis, perro) bestia con cabeza y hocico como los perros y, de otra manera, descendiente del gran Khan de la China. Así, con una acepción del vocablo justificaba la guerra de destrucción contra los salvajes antropófagos que se resistían a la empresa bienhechora de la civilización cristiana y con la otra tranquilizaba a los prestamistas que esperaban compensar sus riesgos con las especias orientales.

En las postrimerías del siglo XV y en el despuntar del siguiente empiezan a recorrer la franja costera de América del Sur desde el golfo de Paria en la costa venezolana hasta el golfo de México, los navegantes Peralonso, Américo Vespucio, Rodrigo de Bastidas, Juan de la Cosa, Cristóbal Guerra, Alonso de Ojeda, los hermanos Pedro y Alonso de Heredia, Diego de Nicuesa, Pedrarias Dávila, Martín Fernández de Enciso, Fernández de Córdoba, Vasco Núñez de Balboa, más en plan de rapiña y de saqueo que de organización del gobierno y evangelización de los pobladores del territorio. Su afán se reducía a la apropiación de perlas, oro, palo de Brasil y al secuestro de indios para venderlos como esclavos en España y en el archipiélago antillano en donde la rudeza de la conquista había ya aniquilado casi toda la población indígena. La presencia de estos navegantes y sus tropas, especialmente después que don Rodrigo de Bastidas obtuvo por decreto real de 1503 permiso para matar y reducir a la servidumbre a los "canibales", trituroó para siempre la geografía humana de esta área del continente (caiquetíos, guajiros, kocinas, taironas, koguis, guanebucanes, bondas, chimilas, kalamaries, turbacos, zenúes, urabás, kunas, moskitios, y los mayas de Chiapas, Tabasco y Yucatán, y otros

3. Bartolomé de las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias occidentales*, citado por I. P. Maguidóvich, en *Historia del descubrimiento y exploración de Latinoamérica*. Editorial Progreso, Moscú. (s.f.). Página 121.

centenares de comunidades), y los que no fueron exterminados o llevados en condición de esclavos —para “sacarlos del estado de inhumanidad”, como recomendaba Colón—, a las Antillas o a España, huyeron al desierto, se internaron en zonas pantanosas y en las alturas inaccesibles de las serranías, o se sometieron dócilmente al designio de los pacificadores.

Nunca se sabrá a ciencia cierta la cifra exacta de la población americana en los umbrales del descubrimiento. Los cálculos oscilan entre los 100 y los 25 millones, estimativos extremos a nuestro juicio. Una cifra que guarde algún equilibrio estimaría ese volumen de población en 50 millones, que en vez de llevar un crecimiento progresivo fue diezmada en algunos casos hasta el límite de la extinción, incluso en el período de la república. En las Antillas y en el litoral vecino de tierra firme que cubre un área aproximada de 2'640.000 kilómetros cuadrados, hacia 1595 los nativos apenas se acercaban al medio millón de una población que al principio de la conquista era superior a los cinco millones de habitantes; en otros términos, había declinado en más del 90 %. Si damos crédito a las apreciaciones de Germán Colmenares, apoyadas en Juan López de Velasco, por el año de 1503 la población de algunas regiones de la costa de la actual Colombia era de 250 mil habitantes.

A raíz de que durante casi medio siglo este vasto conjunto físico que empezó a conocerse ya con el toponímico de Caribe fue tierra de nadie, sin ley, sin Dios y sin Santa María, padeció la más aterradora crisis demográfica entre las nacionalidades indígenas de América; y como la tierra en sí misma por muy feraz y fecunda en sí misma carece de valor si no hay manos que la trabajen; y como además los soldados de la conquista y sus señores no eran tan aficionados a las labores del campo, hubo necesidad de acudir a la trata de esclavos. Según Jorge Luis Borges fue la compasión filantrópica del padre Bartolomé de las Casas por la tragedia de la extinción del indio, lo que determinó la importación de negros para que vinieran a extenuarse en “los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”. En todo caso, el trabajo de los africanos mitigó la aterradora crisis demográfica indígena que desencadenó el proceso de la conquista española en América y que no termina ahí, pues se agudiza y quizá empeora con la presencia de expedicionarios y colonizadores alemanes, portugueses, ingleses, franceses y holandeses a lo largo de los siglos siguientes.

La trata de esclavos por entonces era el pingüe negocio de los traficantes ingleses, portugueses y holandeses que compraban las llamadas eufemística y cínicamente piezas de ébano, a cazadores y aventureros, no pocos por cierto de las tribus rivales, y las embarcaban en la sentina de los buques negreros desde sus patrias de origen en Guinea, Gambia, Senegal, Sierra Leona, Costa de Marfil, Costa de la Pimienta, Costa de Oro, Benin, Costa de los Esclavos, Golfo de Biafra, Angola y Mozambique, hasta los puertos de La Habana, Cartagena, Portobelo, Veracruz, etc., adonde eran puestos en subasta como el ganado. De ahí eran despachados a los ingenios azucareros de Cuba, Haití, Santo Domingo, Puerto Rico y las Antillas Menores, a las minas de plata de México, a las haciendas ganaderas de la Costa Atlántica y del Valle del

Cauca y a las minas de oro y platino de Antioquia, el Cauca y Chocó en lo que hoy es Colombia. Desde 1505, cuando el rey Fernando autoriza el primer cargamento de esclavos a las Antillas, hasta 1888 año del término de la trata negrera –Brasil y Cuba son los últimos países en abolirla–, si se admiten los cálculos de Gutiérrez Azopardo, ingresaron 15 millones de esclavos al continente, la mayoría varones, en proporción abrumadora, y preferentemente niños, adolescentes y jóvenes. Procedían de multitud de tribus o castas agrupadas en numerosas familias lingüísticas, poseían los más variados rasgos físicos, desiguales niveles de cultura y costumbres, algunas de las cuales eran los yorubas, hausas, lucumíes, bambaras, ashantis, angolas, biafras, congos, mandingas, carabalíes.

El capitalismo brotaba como una fuerza incontenible en Europa y requería del impulso de la matemática, de la astronomía, las ciencias experimentales, requería de capitales, de construcción de barcos de mayor calado y tonelaje y de la expansión de las rutas del comercio y de nuevos mercados de consumidores y, además, de mano de obra barata para el desarrollo de las fábricas y el crecimiento de las industrias nacientes. En este contexto histórico se produce el descubrimiento de América y surge ante los ojos ávidos de los descubridores el territorio de más de 40 millones de kilómetros cuadrados como el espacio idóneo para el establecimiento de grandes plantaciones.

No sé si el café y el azúcar son necesarios para la felicidad de Europa, –señalaba Bernardin de Saint-Pierre en su Voyage a l'île de France, carta XII– pero sí sé que estos dos vegetales han llevado la desgracia a dos partes del mundo. Se ha despoblado América para tener tierras para plantarlos; se ha despoblado África para tener una nación que los cultive.⁴

La pacificación y ocupación del vasto recinto de la América hispánica y, en particular del Caribe, fue una empresa heroica realizada por un pueblo que recién había cumplido la hazaña de reconquistar el último reducto de su geografía en manos de los moros y unificar las diversas provincias bajo la bandera del estado español. Los emigrantes venían de Andalucía, (37.7%), Castilla (26.7%) y Extremadura (14.7%) según cifras de Miguel Lucena Salmoral. La quinta parte restante procedía de Galicia, la Región Vasca, Asturias, Cataluña, Aragón y la Comunidad Valenciana, incluso de Portugal. Eran preferentemente soldados, mercaderes, funcionarios de todos los rangos, hidalgos, clérigos, monjas, comerciantes, artesanos, cierta carne de presidio, criados, damas de alto y bajo coturno, aventureros, campesinos en escaso número, pero eso sí la variopinta caterva de pícaros dada a toda suerte de vicios raheces. En el primer momento llegaron sólo hombres porque si bien es cierto que aquella era una aventura empresarial, ésta debió ir precedida de una campaña militar y, como se sabe, la guerra es el negocio de los hombres; y luego a medida que se despliega el

4. Bernardin de Saint-Pierre. *Voyage a l'île de France. Carta XII*, en *La esclavitud*, de Maurice Lengellé. Barcelona, Oikos-Tau Ediciones. Página 86.

proyecto de colonización, las mujeres empezaron a llegar en proporciones considerables, aunque siempre en desventaja numérica con relación a la población masculina. La política de poblamiento español concentra a los peninsulares en las ciudades, que se diseñan sobre el modelo geométrico de la ciudad española, con su plaza en el centro, el templo o residencia de Dios dominando la plaza y el paisaje urbano, y alrededor de la plaza como símbolo de la centralización del poder el palacio de gobierno, las autoridades militares y de policía, la casa cural y las mansiones de las familias principales.

Las rígidas relaciones de dependencia de los indígenas y negros respecto de los blancos, encarnación éstos del poder colonial, impusieron un sistema jerárquico piramidal en donde los representantes del gobierno en lo civil y en lo militar y las autoridades eclesiásticas estaban dispuestos en el vértice superior, mientras que en la base se situaban las llamadas con piadoso eufemismo razas de color. La legislación y las costumbres impusieron desde temprano la existencia, de cierta manera, de dos repúblicas apartes y paralelas: la república de los españoles y la república de los indios. Por lo que parece, los negros estaban confinados al limbo. Los españoles y luego las clases criollas se movían en el ámbito de la ciudad desde donde controlaban los altos destinos del gobierno, los rangos militares superiores, las prelaturas eclesiásticas, los negocios de exportación e importación de mercancías, el comercio al por mayor y las grandes industrias, los bienes raíces y las haciendas ganaderas, la educación a todos los niveles y por lo tanto el ejercicio de las profesiones universitarias. La ciudad era el circuito de la civilización, desde donde dimanaban las leyes e irradiaba la palabra escrita en los códigos, en los textos de teología, en los volúmenes de la ciencia escolástica y en los títulos de propiedad.

Los indígenas por fuerza de leyes originadas en El Consejo de Indias fueron repartidos en condición de encomendados a unos señores a quienes se les pagaba con hombres y tierras los servicios prestados a la Corona. Estas disposiciones inspiradas en la defensa apasionada que de ellos hizo Bartolomé de las Casas y otros juristas y teólogos españoles, atenuaban sobre el papel la sujeción a esclavitud de los primeros tiempos de la conquista y aspiraban a insertar a los nativos americanos en el espíritu de la civilización occidental y cristiana. Los españoles no ponían en duda que su Dios era el único y verdadero Dios y el suyo era el mejor de los mundos posibles. Entonces estimaban cosa de justicia que los indígenas se comprometieran a trabajar para proveer el sustento de los encomenderos en el obraje del campo, en las minas o en las labores pastoriles y aún en sus casas de la ciudad, por determinados días de la semana, sin remuneración, a cambio de lo cual aquellos les proveían el pasto espiritual del catecismo y los rudimentos del alfabeto castellano. Así, perderían sus libertades primitivas pero ganaban los bienes inestimables de la cultura, las costumbres, los valores morales y las luces celestiales de la religión católica. A la renuncia al uso ancestral de la tierra y de sus libertades, agregarían con el tiempo el olvido de sus lenguas autóctonas, el abandono de sus hábitos de vida y de trabajo y de sus divinidades originales.

El sistema de encomiendas favoreció la política de sujeción de los naturales, como se les decía, al control del estado y a los programas de evangelización cristiana; no obstante en las postrimerías del siglo XVI se fue desmoronando por el abuso de los encomenderos y la escasa competencia de los encomendados para someterse a esa forma de organización laboral. El fracaso de la encomienda fue mayor entre las comunidades indígenas de la costa que en las andinas, éstas más dispuestas a la obediencia y a la recepción de los patrones de conducta del colonizador. En todo caso, la Corona se vio forzada a establecer el sistema de Resguardos, que en cierta forma, como lo señala Ots Capdequí, restituía “las primitivas costumbres jurídicas de los indios”, porque consagraba el trabajo colectivo bajo la dirección de las propias autoridades tribales en los antiguos términos comunitarios. Más pronto que tarde, las propiedades comunales y sus poseedores fueron objetos del despojo de la vieja casta de los encomenderos, especialmente en el Caribe, la que ensanchó y consolidó el poder sobre la tierra a costa de los territorios indígenas. De la usurpación de la mano de obra indígena y de sus pertenencias nació la clase de los hacendados y terratenientes que perdura hoy, al mismo tiempo que proliferaron las rochelas desde la época colonial.

El destino de los negros esclavos no fue mejor. Agregaban a aquellas mismas pérdidas, el extrañamiento del patrio solar. Como consuelo quizá experimentaron la cercanía de sus propietarios en las minas, en las haciendas, como obreros en las construcciones civiles, como soldados en las guerras de facciones, y como mozos de cordel y cocheros en el comercio, bogas en el río y criados de librea o damas de compañía en la casa de sus señores. De esas aproximaciones resultó un enriquecimiento recíproco. Abundan en obras de historia y de ficción latinoamericanas esas extrañas sintonías de afectos que había entre los niños blancos y sus criadas negras. Simón Bolívar revela que Hipólita, la nodriza que lo alimentaba con su leche nutricia estableció con él una relación paternal y maternal a la vez, explicable desde luego en un niño que perdió a sus progenitores en plena infancia; en María, de Jorge Isaacs, la conmovedora historia de Felicianita paralela a la narración central, no es más que una cálida semblanza de la niñez del autor al lado de la servidumbre familiar; autobiográficos son también la totalidad de los episodios de Niño de ingenio, de José Lins do Rego, y de más de un relato de Tomás Carrasquilla, por ejemplo “Simón el mago”, en los que se exalta la fascinación que ejercen las fabulaciones de las criadas negras sobre unas almas infantiles. A su vez, el negro colmó su memoria y su imaginación con la infinidad de cuentos, leyendas y romances oídos de labios de sus amos españoles, y no sólo de estas expresiones sino de las maneras de urbanidad, del gusto y de los hábitos sociales de sus señores, entre otros de la danza y la música.

...La población negra de Colombia –señala Gisela Beutler– representa el más importante exponente de la tradición oral de la poesía y la música españolas tradicionales, en contraposición a la población indígena que, respecto a los elementos de la cultura española, demuestra ser contraria a la tradición. Los esclavos negros –

*que fueron importados a Colombia como trabajadores para las haciendas de tierra caliente (las plantaciones de caña de azúcar, café y cacao) y para las minas de oro—vivían en estrecho contacto con sus amos y, en su calidad de sirvientes, tenían acceso a las casas señoriales. A causa de sus dotes musicales se apropiaron del patrimonio de canciones españolas de los siglos XVI y XVII y, debido a su notoria sociabilidad, lo transmitieron en forma arcaica, después de haber adquirido su liberación.*⁵

RELACIONES INTERÉTNICAS Y MESTIZAJE: EL HOMBRE CARIBE

Expresos mandamientos legales prohibían a los españoles la residencia en el campo; entretanto los indios estaban excluidos de la ciudad, y si acaso esos espacios se transgredían, para los unos era el centro y para los otros los arrabales; diferentes eran los colegios en donde se impartía educación a los hijos de los peninsulares y los criollos, de las escuelas en donde recibían instrucción los descendientes de los caciques e indios principales; muy otra era la indumentaria del indio a las prendas que vestía su señor, como la hora de asistencia a los oficios religiosos y el lugar que ocupaba en el templo; y hasta en el ámbito de la muerte del cementerio, conquistadores y conquistados estaban obligados a guardar sus distancias. El imperativo de las leyes del estado y la moral religiosa privaban a los blancos del comercio sexual ilícito con las razas oprimidas, en tanto que a los negros les estaba terminantemente prohibido el trato de toda naturaleza con los indios, y viceversa. Las autoridades españolas castigaban esas relaciones por considerarlas peligrosas para el orden público, pues vivían temerosas de que los negros insurrectos instigaran a los indígenas a la revuelta y a la desobediencia de sus amos, por lo que sembraban en estas comunidades el recelo y la desconfianza recíprocos. A lo largo de la colonia, particularmente en las provincias de Tierradentro en el Caribe neogranadino, el peso opresivo de la esclavitud y la incredulidad de los de abajo en la probidad de las autoridades arrastró a miles de indios, negros esclavos y libres, zambos, mulatos, mestizos y blancos, desertores de las milicias y prófugos de la ley, a refugiarse en los montes sin contacto con el mundo exterior y arrochelar “en varias cancheras y rochelas, —como declaraba por escrito Antonio de la Torre y Miranda— sin cuidar de sus adelantamientos ni aun de cubrir sus carnes, y con la mayor desidia y poltronería entregados a la embriaguez y otros vicios”,⁶ o a ocultarse en zonas selváticas y pantanosas y en los puntos inaccesibles de las serranías.

Sin embargo, más allá de las prohibiciones legales y morales y del aislamiento geográfico, por fuerza de la hibridación de sangres, en la retorta del Caribe se fue gestando un nuevo hombre. Ángel Rosemblat en su formidable trabajo sobre La población indígena y el mestizaje

5. Gisela Beutler. *Estudios sobre el romancero español en Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1977. Página 258.
6. *Archivo de Indias, Proyecto del capitán Antonio de la Torre, sobre establecimiento de cuatro poblaciones desde Lorica al Golfo del Darién, Santa Fe 956, carta 104*, según Pilar Moreno de Ángel, en *Antonio de la torre y Miranda Viajero y Poblador*, Bogotá, Planeta, 1993. Página 46.

en América,⁷ señalaba que en la expansión americana al hombre hispano no le importaba tanto defender la pureza de la raza como la pureza de la fe cristiana católica, de la que España era campeona en el mundo, de modo que si no lo juzgaba legal al menos consideraba permisible saciar la urgencia de los instintos en unas mujeres, de las que don Juan de Castellanos, tan gozador de ellas en su edad moceril, proclamaba: "amicisimas son de novedades/ y no pocas salaces y lascivas". Esto al principio de la conquista. Al final del período colonial, a su paso por las poblaciones que encontraba en las márgenes del Magdalena, Alexander von Humboldt observaba: "Esta mezcla de indios y de negros es muy común en estas comarcas. Las mujeres de la raza cobriza sienten gran inclinación hacia la raza africana".⁸

Contra la letra de la ley y de los preceptos cristianos se impuso la fuerza de la costumbre. Indios, negros y blancos formaron una tan apretada urdimbre de sangres, que tres y más siglos después fue el mestizaje el más fuerte agente dinamizador de la sociedad iberoamericana. Sirvió de línea de conducción entre el vértice y la base de la pirámide. Acercó las distancias, niveló los abismos que separaban unas clases de otras, disolvió y concilió a la vez, fundió y homogeneizó tres vertientes étnicas diversas en una nueva amalgama humana, sin lo cual hubiera sido imposible la independencia de las colonias. Como queda dicho, la importación de africanos libró al indígena de una segura extinción y propició el desarrollo demográfico de la población española en América, al tiempo que conformó la soldadura que galvanizó los estratos altos y bajos, el país letrado y el país ágrafo y unió en una cerrada y compacta unidad el litoral con la sierra, la sierra con los valles, y los valles con las selvas, las zonas lacustres y las sabanas.

*Los mestizos fueron el elemento corrosivo —anota José Luis Romero —del orden formal de la sociedad barroca de Indias, el que minaría la sociedad dual urbana... Pero era una situación inestable. El mestizaje conspiraba contra ella, fortalecido y facilitado por las siempre abiertas posibilidades del ascenso económico, que se acrecentaron a medida que las ciudades arraigaron, contra el designio metropolitano, en el mundo mercantil.*⁹

Durante los cinco largos siglos transcurridos desde la aventura exploratoria de Cristóbal Colón por las islas y las costas de esta área del continente, se ha venido fundiendo en el crisol de ese gran laboratorio social un nuevo tipo humano: el hombre Caribe. Su rasgo esencial es la condición mestiza, pues a su hechura han convergido sangres y voces plurales: española, francesa, inglesa, holandesa, china, hindú, árabe, judía, danesa, americana, africana, etc.,

7. Juan de Castellanos citado por Ángel Rosemblat en La población Indígena y el mestizaje en América, II, *El mestizaje y las castas coloniales*. Editorial Nova, Buenos Aires. 1954. Página 71.

8. Alexander von Humboldt citado por Ángel Rosemblat, op. cit., Página 74.

9. José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976. Página 79.

y lo cierto es que esa pluralidad de sangres se ha conjuntado en una unidad de espíritu y de cultura. De la diversidad ha irrumpido una compleja unidad. Despojados de sus lenguas primigenias el africano y el hombre autóctono de América y sus descendientes fueron forzados a hablar las lenguas de sus opresores. Si ciertamente al principio dentro de la espesura de esos laberintos verbales se movían inseguros, con el tiempo se los apropiaron desgarrando sus meandros originales, abriéndoles nuevos caminos e imprimiéndoles una atmósfera y una luz que esos paisajes interiores no conocían; a la raíz doctrinal de las religiones cristianas les implantaron el tronco y las ramas de la devoción politeísta indígena y los cultos animistas y rituales esotéricos africanos; el tam tam del tambor yoruba pautó los tiempos del son, el jazz, el rock, el blues, el reggae, el merengue, la guaracha, el calipso, la cumbia, el danzón y la salsa. La dieta alimenticia nativa basada en la yuca, el maíz, la papa, algunas especies de frijoles, tomates, ajíes, aves, tortugas e hicoteas, carne de monte, pescados y frutas del trópico, fue enriquecida con el arroz, el trigo, el azúcar, aceites, vinos, ganados, aves de corral y frutas de las cuatro estaciones; se acondicionaron a nuestro clima tórrido los vestidos y calzados europeos y se tomó de la ingeniería española clásica el modelo para el trazado de calles, fortalezas, muelles portuarios, plazas y caminos y el sistema de la arquitectura castellana y andaluza para la estructura de la vivienda urbana, empleando la piedra, el ladrillo, el calicanto, el hierro forjado, maderas y tejas para la construcción de edificios públicos y para la fábrica de los conventos y templos, adaptándolos a las condiciones de la vida tropical; y tanto aquí como en las poblaciones y los campos la vivienda popular es el resultado del cruzamiento, en cuanto al empleo de materiales (maderas, palmas, adobe, bejuco y boñiga de vaca) y el trazado formal, de las aldeas africanas y los rancheríos precolombinos.

LA FUNDACIÓN DE CIUDADES Y LAS POLÍTICAS DE POBLAMIENTO

Las primeras ciudades fundadas en tierra firme con carácter perdurable, Santa Marta (1525) por Rodrigo de Bastidas y Cartagena (1533) por Pedro de Heredia, fueron erigidas en capitales de las gobernaciones del mismo nombre, separadas por el río Magdalena. En un principio sirvieron como medios de avanzada y fuertes hacia la conquista de los territorios de tierra adentro y, luego, en especial la segunda, como punto de encuentro geoestratégico del poder político y el comercio de España con sus colonias suramericanas. A la fundación de estas ciudades siguieron las de Tolú (1535), Mompo (1537), Riohacha (1543), Valledupar (1550); la primera con carácter de frontera para las expediciones de saqueo de los templos y cementerios indígenas en jurisdicción de las tribus zenúes; la segunda como puerto fluvial intermedio hacia la conquista del interior, centro de acopio de bastimentos y plaza militar para contener a los indómitos chimilas; la penúltima, en calidad de estación de los comerciantes que partían de Santa Marta a la exploración de bancos perlíferos, la extracción y el comercio de perlas en el Cabo de la Vela y el resto de la península guajira; y la última, como avanzada mediterránea desde la costa venezolana y la Gobernación de Santa Marta

hacia Santa Fe de Bogotá, la capital de la recién establecida Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada. Por la suavidad del clima en las altiplanicies y los valles interandinos y gracias a la relativa docilidad de los indígenas, dicho sea de paso, en el centro del país resultó menos turbulento y más dinámico el proceso de colonización.

Luego, a lo largo del período colonial, pero en especial durante el siglo XVIII y ya España bajo el poder de los Borbones, se da cumplimiento a políticas ilustradas de congregación de la población libre en asentamientos urbanos y el Virrey José de Eslava (1740-1749) comisionó a Francisco Pérez de Vargas para que concentrara en pueblos a los habitantes de antiguos partidos de encomiendas, dando lugar a Baranoa, Malambo, Juan de Acosta, San Luis Beltrán, Santo Tomás y Tubará. Mientras tanto, al margen y a la sombra de estas fundaciones, medraba sobre las barrancas y playones de la margen occidental del río Magdalena, una aldea más o menos estable de peones de vaquería que no de propietarios de haciendas ganaderas, a la que propios y extraños tenían bautizada desde principios del siglo XVII con el nombre de Barranquilla, si damos crédito al juicio del historiador Domingo Malabet, a despecho del serio cuestionamiento que le hace el profesor José Agustín Blanco Barros.¹⁰ El poblado a lo largo de la Colonia no alcanzó alguna significación y aún en los primeros días de la República, en 1822, el agente diplomático inglés John P. Hamilton, desde la ciudad de Soledad la divisa a lo lejos como una aldea.¹¹

Entre 1741 y 1770 Don José Fernando de Mier y Guerra, investido con el título de Maestre de Campo, funda 22 poblaciones en el Bajo Magdalena, entre ellas El Banco, Chimichagua, Santa Ana, Pinto, El Piñón, no sólo con el objeto de reducirlos a comunidad cristiana y arreglos a concordia, política y sociedad humana, sino para despejar la navegación por el río del constante asedio de Motilones y Chimilas.¹² A juzgar por la declaración del Maestre de Campo, la suya fue una misión civilizadora y humanitaria. Pero lo mismo no piensa Jacques Aprile-Gnisset, para quien esa operación de reducción a comunidad de los nativos de aquel territorio, no era más que una empresa de rapiña:

Inicia su triste carrera exterminando Koguis, arhuacos y chimilas de los contrafuertes occidentales de la Sierra Nevada; combinando los intereses de "ambas majestades" con su beneficio propio, tan pronto despoja a los aborígenes presenta solicitud de mercedes sobre sus tierras. De Mier y Guerra elabora una táctica sumamente eficiente: primero, gracias a su cargo militar, consiguió tropas de mestizos, pardos y libertos;

10. José Agustín Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Banco de la República, Bogotá, 1987.
11. John P. Hamilton. *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, Bogotá, Biblioteca V Centenario Colcultura, 1993. Página 43.
12. Gilma Mora de Tovar. "Poblamiento y sociedad en el Bajo Magdalena durante la segunda mitad del siglo XVIII", en *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 21, 1994, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Páginas 40-62.

*con ellas emprende operativos de aniquilamiento, expulsión y despojo de las comunidades; luego se apropia las tierras conquistadas; por fin “agrega” colonos mestizos o libres, deportándolos a la fuerza si es necesario, en función de sus propios intereses.*¹³

Más adelante, bajo el gobierno del Virrey Antonio Caballero y Góngora, la gobernación de Cartagena comisiona al teniente Antonio de la Torre Miranda para que organice en poblaciones a miles de moradores del norte de esa gobernación, de las sabanas de Tolú y de la banda izquierda del Bajo Magdalena, y de los valles del Sinú y el San Jorge. En total, entre 1774 y 1779 el militar español, funda —o mejor, refunda— núcleos de población en los que se destacan Arjona, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, El Carmen, Ovejas, Corozal, Sincelejo, Magangué, Sahagún, Chinú, Ciénaga de Oro, Momil, San Bernardo del Viento y Montería. En total 43 pueblos en los que se congregan 43.133 almas integrantes de 7.383 familias, por primera vez todos conectados entre sí por camino de herradura desde Cartagena hasta los valles del Sinú y San Jorge.¹⁴ Y, por último, el Arzobispo y Virrey Antonio Caballero y Góngora encargó al franciscano y también militar Joseph Palacio de la Vega la tarea de reducir a población a las gentes dispersas en las inmediaciones de los ríos Cauca, Nechí, Tenche y Porce. (1787-1788).¹⁵

Con estas medidas el Despotismo Ilustrado de la Casa Borbónica pretende, y hasta cierto punto logra, someter a reglas de civilización y de civilidad a los millares de hombres y mujeres diseminados en el vasto cerco geográfico de 151.118 kilómetros cuadrados, comprendido entre los 1.600 kilómetros de faja costera por el norte y el occidente y las últimas estribaciones de los Andes por el oriente y el mediodía. Civilización y civilidad son aquí sinónimos de control por parte del Estado y de la Iglesia. En adelante el Estado ganaba súbditos sujetos al imperio de la ley, que producían riqueza y pagaban impuestos y, a su vez, la Iglesia reclutaba feligreses que cumplían los mandamientos y sufragaban sus diezmos. Pero algo más, los nuevos señores feudales que se lucraron en el siglo XVI con el negocio de las encomiendas y les venían haciendo la guerra a las comunidades indígenas desde el siglo siguiente para alzarse con la tierra de los resguardos, en lo sucesivo podrían disponer de las gentes reducidas en poblaciones formales como mano de obra semiesclava en los oficios agropecuarios. De este modo, más allá de los arrabales del centenar de poblaciones que la integraban entonces, la costa caribe de Colombia ofrecía, según Ernesto Guhl, la imagen de un “inmenso potrero”. Esto ocurrió en el crepúsculo colonial, cuando unas pocas familias

13. Jacques Aprile-Gnisset. *La ciudad colombiana, Prehispánica, de Conquista e indiana*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1991. Página 466.

14. Pilar Moreno de Ángel. *Antonio de la Torre y Miranda Viajero y Poblador*. Bogotá, Planeta, 1993.

15. *Joseph Palacio de la Vega. Diario de viaje del P. Joseph Palacio de la Vega*. Edición de Gerardo Reichel-Dolmatoff, edición ABC, Bogotá, 1955.

nobles, el Maestre de Campo José Fernando de Mier y Guerra, los herederos del marqués de Santa Coa, Micaela de Lanz y Rocha –viuda del mariscal don Melchor de Navarrete–, y el doctor Andrés de Madariaga, conde de Pestagua –abuelo del prócer José María García de Toledo– y Joseph de Hoyos, de la casa del marqués de Valdehoyos acaparaban las mejores tierras y ganados sobre las márgenes y valles del Magdalena.

LA CULTURA LETRADA EN LAS CIUDADES Y EL ATRASO RURAL

Como ocurrió en el dilatado espacio de la geografía americana, especialmente en Argentina, la ciudad fue el escenario de la civilización urbana transplantada de España, mientras en el campo se perpetuaban formas rudimentarias de vida. Quizás Santa Marta, Riohacha, Ciénaga, Tolú, Mompo, Valledupar, Montería, Sincelejo, Corozal, Sahagún, y otras poblaciones, a lo largo de la colonia y en el primer siglo de la República no pasaron de ser sino grandes aldeas más o menos detenidas en el tiempo, desde luego con mayor dinamismo que el que se vivía en el ambiente rural, claro está, nunca comparable a la agitación social y cultural que la que se experimentaba en Cartagena. Aquí funcionaban seminarios y conventos de dominicos, agustinos, franciscanos, jesuitas, que impartían educación a los niños y jóvenes de las clases acomodadas, incluso, a hijos de familias pobres y de descendientes de indígenas y negros. Gabriel Porras Troconis nos recuerda que fue en Cartagena donde abrió labores el primer colegio que se fundó en el Nuevo Reino de Granada.¹⁶ Por sus calles angostas, empedradas y tortuosas caminaron cronistas y poetas, la mayoría eclesiásticos, que pasaron por la ciudad o se formaron en ella, como Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo, Gonzalo Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Hernando Domínguez Camargo, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan de Cueto y Mena, fray Felipe de Jesús, y tantos otros. Juan de Castellanos es autor de un extenso poema “Historia de Cartagena”, en octavas reales; Domínguez Camargo talla las piedras más preciosas de su orfebrería barroca ante el “agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España”, y a raíz del frustrado asedio de Cartagena por el almirante Edward Vernon se templaron abundantes piezas poéticas en loor al heroísmo de los defensores de la ciudad (1741).

Materia para la escritura de cuentos, novelas y crónicas de las de duelos y aventuras caballerescos abundaron –para decirlo con los versos inmortales del “tuerto” López– en esos “tiempos de la cruz y de la espada, /del ahumado candil y las pajuelas...”. Cuántas narraciones preciosas hubieran podido escribirse sobre enredos de trastienda y los refocilos nocturnos de los caballeros de la alta sociedad en los bundes de las negras y mulatas, sobre las menudas intrigas que se urdían en los llamados juicios de residencia, y sobre los asaltos continuos de piratas, corsarios y bucaneros y los sulfurosos y carbonientos pleitos del Tribunal de la Santa

16. Gabriel Porras Troconis. *Historia de la cultura en la Nueva Granada*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1952. Página 18.

Inquisición. Aunque lo cierto es que no se escribieron tal vez porque los poetas las juzgaban prosas profanas, no dignas de ser contadas y menos de ser leídas y los talentos no se despilfarraban en esa suerte de literatura menor, sino en las estrofas que imitaban “Las soledades y la Fábula de Polifemo y Galatea” de Luis de Góngora y Argote. Y si acaso se escribían no se publicaban, como fue el caso de *El carnero* (1638), del criollo santafereño Juan Rodríguez Freyle, fisgón y amigo de hurgar en las flaquezas ajenas, que legó a la posteridad entretenidas crónicas acerca de la vida cotidiana en el Nuevo Reino de Granada, crónicas que circularon de mano en mano en copias manuscritas y que debieron aguardar más de dos siglos para que vieran la luz en forma impresa. A propósito, algunas de ellas transcurren en la costa Caribe, como aquella de Bustamante, el escribano de Mompox, el viudo que cierto día salió al campo a folgar con mozas “y el demonio en figura de mujer hizo lances con él”,¹⁷ de modo que se lo tragó la tierra; y también la historia patética de la bella samaria Luisa de Manjarrés, que trama la muerte de su rival enviándole berenjenas envenenadas, ignorando que éste era el plato favorito de su amante. No se escribían libros de relatos en prosa, es verdad, pero se leían con sumo interés, desde *La Celestina*, *El lazarillo de Tormes* y *Don Quijote de la Mancha* hasta la inundación de la saga picaresca y de novelas de caballerías, no obstante que la Corona tenía prohibida la lectura de esas que eran “obras de vanas profanidades”. Prueba de ello es que a pocos meses de editado en España, Antonio de Toro recibe en Cartagena la remesa, a bordo del Espíritu Santo de cien ejemplares de *Don Quijote de la Mancha*.

A tono con la mentalidad colonial, tanto en la Nueva Granada como en los otros virreinos la literatura que se escribe en los círculos de la élite intelectual, reproduce los modelos de la metrópoli. La calidad se medía por la eficacia para imitar los modelos de la literatura castellana. Así, se reproducen en Santa Fe, Tunja, Popayán, que fueron los centros de cultura más reconocidos, el barroco, las tendencias ascéticas y místicas, el rococó luego y, por último, el neoclasicismo, por supuesto, con las variantes particularísimas que imponía el carácter americano.

LA CLASE DE LOS CRIOLLOS Y LA INDEPENDENCIA GRANADINA

Una muy personalizada clase criolla irrumpe en el crepúsculo colonial y de ella hicieron parte Jorge Tadeo Lozano, Antonio Nariño, Francisco Antonio Zea, Camilo Torres, Pedro Fermín de Vargas, Francisco José de Caldas, Francisco de Paula Santander, como se ve, una generación de hombres de pensamiento y de acción más que de almas contemplativas. Cartagena, Mompox y, en general, el Caribe, no se quedaron atrás y por los mismos años apareció allí una hornada de brillantes intelectuales, Antonio de Narvaez, Juan de Dios Amador, Juan García del Río, Manuel Rodríguez Torices, José María García de Toledo, los hermanos Gutiérrez de

17. Juan Rodríguez Freyle. *El carnero*, Editorial Bedout, Bogotá. 1986. Página 339.

Piñeres, José Fernández Madrid, estudiosos de los problemas políticos, sociales y culturales de su época y de cualquier manera comprometidos con las ideas de modernidad y de progreso y con la causa de la independencia.

La formación de este grupo de criollos —afirma Alfonso Múnera— es un fenómeno de la mayor importancia. Por su novedad y por el impacto que tuvo sobre la vida política de una ciudad que nunca se había distinguido en su actividad intelectual. La ausencia de instituciones educativas, de periódicos y publicaciones de cualquier especie, y en general de actividades de orden cultural la muestran, por el contrario, como un puerto de vida intensa y desordenada e indiferente al cultivo de las letras, las ciencias y las artes. Una cultura popular negra y mulata, llena de vitalidad, y un débil cultivo de la inteligencia en las élites blancas caracterizó la vida cultural en esta famosa factoría de esclavos durante la mayor parte del siglo XVIII.¹⁸

Al tiempo que la minoría culta de Cartagena se entera de los sucesos de la Independencia de los Estados Unidos de América, del cataclismo histórico de la Revolución Francesa y de las ideas renovadoras, aunque no demasiado renovadoras, de los ilustrados españoles, Feijóo, Cadalso, Jovellanos, Meléndez Valdés, Moratín el joven, una clase media de artesanos pardos acapara los oficios de carpintería, mecánica, talabartería, sastrería, forja de metales, albañilería, platería, zapatería, del comercio menor, incluso de profesiones universitarias adquiridas en Santafé, y hace presencia en la vida pública reclamando escenarios de participación y cumpliendo un papel protagónico en las luchas de emancipación al lado del caudillo de las masas populares, el cubano Pedro Romero. Las élites económicas cartageneras que mantenían una vieja rivalidad con los criollos adinerados de Santafé, abrazaron pronto la causa federal contra el centralismo absorbente de los capitalinos, menos por ideales patrióticos que por intereses económicos, mientras que los artesanos más allá del sentimiento de pertenencia regional, por instinto de clase apoyaron el movimiento comunero de José Antonio Galán, un mestizo andino que levantó la bandera de la insurrección indígena y de la liberación de los esclavos en la totalidad del territorio de la Nueva Granada. No es tan arriesgado afirmar, pues, que si bien la conciencia de nación era de mayor claridad y documentación en la élite intelectual, ese sentimiento de nacionalidad era más desinteresado y espontáneo en la muchedumbre popular, en el momento en que eran más fuertes los lazos de la identidad regional que la conciencia de la identidad nacional.

En la élite criolla que dirigió el movimiento insurreccional de la Nueva Granada, la creación del nuevo Estado pasaba por el diseño de un proyecto de nación, como un orden pensado y un orden imaginado, en los que intervenían naturalmente multitud de criterios de integración entre los cuales contaban los de unidad territorial, de comunidad étnica, de

18. Alfonso Múnera. *El fracaso de la nación, Región, clase y raza en el Caribe Colombiano*. Bogotá, Banco de la República / El Áncora Editores, 1998. Página 105.

colectividad de hablantes de una misma lengua, de formación social que compartía un idéntico pasado histórico, político y cultural y se comprometía mediante un pacto de voluntades a andar el camino común de la participación ciudadana en la construcción de la nacionalidad y en la equitativa distribución de los bienes terrenales y espirituales. Cualquiera de esos patriotas, en abstracto, coincidía con esta idea de nación. En la realidad conspiraban contra ella la hostilidad de la geografía, las insalvables contradicciones sociales y, sobre todo, los intereses de las familias criollas empeñadas en aumentar sus privilegios.

LAS REGIONES, LAS ETNIAS Y EL PROYECTO DE NACIÓN

La geografía se alzó como un obstáculo a toda forma de integración colombiana. Ese obstáculo fueron las tres inmensas e infranqueables barreras de los Andes, los dédalos de ríos, ciénagas y pantanos innavegables y las infinitas llanuras y las selvas tropicales. Así en los grandes espacios cerrados se fue asentando cada población con rasgos físicos y psicológicos propios, formas dialectales de habla y modos específicos de producción y reproducción de la vida. "Colombia es Caribe en el norte, chibcha en el centro, cercano al incario en el sur", afirma con fuerza de axioma Márquez de Miranda,¹⁹ axioma que sin dejar de ser evidente no deja de ser incompleto, porque en su esfuerzo de simplicidad olvida el área de Antioquia, la zona del Pacífico, los Llanos Orientales, el Vichada, el Vaupés y el Amazonas.

El Caribe, de tierras bajas y cálidas, con la excepción de los pisos medios y altos de la Sierra Nevada de Santa Marta y de composición étnica mayoritariamente Andaluzo-africana, fue el hábitat de una población confraternizadora, abierta y extrovertida, de fuerte vocación mercantil, pesquera y agropecuaria. La región central andina, formada por los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá, y los Santanderes es una comarca de tierras templadas y frías, habitadas por una población industriosa, altamente mestizada, de recio influjo castellano y marcados ancestros indígenas, disciplinada, introvertida y de austeras costumbres cristianas. La región antioqueña, montañosa y quebrada, extendida hasta los actuales departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda, el norte del Valle y el Tolima, fue desde la Colonia un enorme emporio minero, colonizado por blancos emprendedores de orígenes predominantemente vascos, y cuya principal vocación fue el laboreo del oro con mano de obra esclava y la actividad fabril y comercial en las ciudades.

El Cauca que comprendía el macizo andino, una larga franja montañosa de la Cordillera Occidental, los valles del Patía, el Cauca, el San Juan y el Atrato y la gran faja costera del litoral Pacífico, fue asiento de negros y mulatos en las zonas de la minería del oro, la plata y el platino, las plantaciones de caña de azúcar, las haciendas ganaderas, las vegas de los ríos

19. Citado por Benjamín Carrión, en *El mestizaje y lo mestizo, América Latina y sus ideas*, coordinación de Leopoldo Zea, Bogotá, Unesco-Siglo XXI Editores, 1986. Página 393.

y los palenques; de indígenas en las poblaciones cordilleranas y los sitios de resguardos, en tanto que los blancos ostentosos de sus abuelos residían en sus mansiones urbanas de Popayán, Pasto y Cali. “El llanero —es según Henry Benjumea López— un individuo religioso, fatalista y bravío; hecho a la medida de las altas llanuras, apto para montar a caballo y para la explotación de la ganadería cimarrona y extensiva; independiente y aislado, inclinado a la lealtad y el caudillismo; coplero e improvisador”.²⁰ Por último, la Orinoquia y el Amazonas son una inmensa planicie bañada por ríos caudalosos y cubierta por una espesa selva de clima tropical y húmedo, de exigua población amerindia de las familias Tupí, Caribes y Arawaks.

La condición de archipiélago del territorio colombiano hizo de las regiones países apartes, autoabastecidos en su producción agrícola y pecuaria, de economías cerradas sobre sí mismas y de pobres intercambios culturales. Durante siglos las vías idóneas de comunicación fueron los dos mares, los ríos y los precarios caminos de herraduras a lomo de mula, el infatigable animal que remontó las cordilleras y desafió los abismos sirviendo de medio de transporte de mercancías, de vehículo del correo y de instrumento de la guerra. Las vías férreas que tanto incidieron en el desarrollo de la economía planetaria a lo largo del siglo XIX y los primeros decenios del siglo XX, en 1934 apenas se extendía sobre 3.262 kms. cubriendo algunos puntos del eje cafetero. “La característica más notable de esta expansión —sostiene Jesús Antonio Bejarano— fue el que se orientara fundamentalmente hacia la integración de la economía nacional y sólo secundariamente a completar la red que vinculaba al país con el mercado mundial”.²¹ La conexión vial por tren y carretera, verbigracia, entre la costa atlántica y el interior del país apenas se establece hacia 1960, cuando hacía más de diez años que había expirado la navegación por el río Magdalena.

Con miras al proyecto de formación de nación, la desarticulación social de Colombia no sólo fue obra de la geografía y de la precariedad de las vías y medios de comunicaciones, sino en lo esencial del ideario y el imaginario de la élite dirigente. De acuerdo con el censo de 1778, (Importancia económica de la esclavitud²²) de una población de 738. 523 habitantes, el 25% de los neogranadinos eran blancos; las tres cuartas partes restantes eran mestizos, indígenas y negros. Era obvio que la nueva república fundada en los postulados de democracia popular y representativa, e inspirada en los principios de libertad, igualdad y fraternidad, de la Revolución Francesa, al menos sobre el papel, mal podía instaurarse excluyendo a la abrumadora mayoría que la había ayudado a forjar con su trabajo y con las armas y, peor aún, prescindiendo de los indígenas, considerados como las principales víctimas

20. Henry Benjumea López. *Literatura Llanera: aproximación histórica y crítica*, Villavicencio, Fondo Editorial Entreletras, 2001. Página 18.

21. Jesús Antonio Bejarano, en *La economía, Manual de Historia de Colombia*, T. 3, Procultura —Tercer Mundo. Página 37.

22. Ídem. Página 219.

del régimen colonial. En los alegatos de los patriotas contra las autoridades españolas, ellos eran designados como los verdaderos dueños del país, los legítimos señores de la tierra.

En un encendido sermón del clérigo patriota Juan Fernández Sotomayor, que circuló impreso con el nombre de Catecismo e instrucción popular (Cartagena, 1814), se tildaba a los españoles de “invasores injustos, crueles y feroces que hollaban a su tiempo los derechos de la naturaleza, las leyes de los pueblos del mundo, los preceptos del Señor, los principios y máximas del evangelio”.²³ Jorge Tadeo Lozano, que en alguna ocasión al hablar del desarrollo defectuoso de la Nueva Granada, aludió “al carácter estúpido de sus havitadores primitivos”,²⁴ Francisco José de Caldas y Antonio Nariño, que se habían pronunciado en términos parecidos, abonaron argumentos en la reivindicación paternal y sentimental de los hombres y las culturas autóctonas de América.

No solo la prosa de los patricios reivindicó al indio, también se lo exaltó en endecasílabos, como lo hizo José María Salazar en *La Campaña de Bogotá* (“Y tú saliste entonces presuroso / ¡O Sol! Padre sagrado de los Incas / Para alumbrar al Colombiano suelo”) y como alegoría en la efigie de las banderas, escudos y monedas. La Asamblea Constituyente del Estado de Cartagena (enero de 1812) autorizó la acuñación de una moneda, en cuyo anverso figuraba como “símbolo de la libertad, una india con una corona de plumas, sentada a la sombra de una palma de coco; ésta lleva a la espalda una aljaba con flechas y un arco colgado sobre el hombro, en la mano derecha sostiene una granada que picotea un pájaro y en la izquierda, una cadena rota”.²⁵ Es decir, como no se podía prescindir del indio ni revocar a olvido su pasado, se lo despojó de realidad convirtiéndolo en símbolo.

En todo caso, fuera de estos reconocimientos simbólicos fue muy poca la ganancia obtenida por la sociedad indígena con el advenimiento de la república y la conquista de la ciudadanía, que fue hasta dos siglos después una ciudadanía de tercera. Todavía a finales del siglo veinte, la colonización interior en llanos y selvas, por ejemplo, la realizada en territorios guahibos por los años sesenta y setenta, la posterior tala de bosques para la siembra de cultivos ilícitos en los asentamientos Kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta y la exploración petrolera en los resguardos de los U'wa, se han constituido en amenaza de las culturas indígenas sobrevivientes. De otra parte, tampoco para los esclavos la emancipación de España representó el fin de la esclavitud. Bolívar, Santander, José Félix Restrepo, José Jerónimo Torres, Ramón Mercado, y otros, abominaron de la continuidad de esta práctica en el marco del Estado recién fundado, con copiosas argumentaciones políticas, morales, religiosas y

23. Hans Joachim Konig, en *El camino hacia la nación*, op.cit. Página 246.

24. Jorge Tadeo Lozano. *Sobre lo útil que sería en este Reyno el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País*, Correo Curioso No. 39, 10 de noviembre de 1801.

25. Hans Joachim Konig, op. cit. Página 251.

económicas. A pesar del aporte del negro a las luchas de independencia, y a pesar de que, en juicio de esos próceres, la esclavitud reñía con la razón y la naturaleza, con la estrategia de modernización estatal y social, y hasta con el rendimiento en el trabajo, la liberación debió postergarse hasta 1851, bajo el gobierno de José Hilario López, cuando en realidad se dictan medidas en Colombia conducentes a un real proceso de descolonización. Además, dicha liberación no llegó acompañada de políticas de integración social, económica y cultural de la nueva población libre. Por cierto que estos fueron elementos pasivos en el debate de su liberación y en lugar de plantearse por los legisladores alguna forma de compensación por los perjuicios causados a las víctimas del nefando tráfico, la discusión giró en torno a los modos de indemnización de los propietarios esclavistas.

Sin embargo, el elemento de mayor perturbación en contra de la integración nacional surgió a la hora de definir el perfil del nuevo Estado. Los patricios que organizaron la nueva república cada vez que no lograron en la mesa de diálogo resolver las diferencias sobre el régimen centralista o federal de gobierno, las políticas de protección a la industria nacional o el librecambismo, la separación de la Iglesia y el Estado, las libertades ciudadanas, los sistemas de impuestos y la participación o no de las clases populares en la dirección del poder, acudieron a dirimirlas en los campos de batalla. Desde la alborada de la República dos fuerzas ideológicas y políticas radicalmente opuestas se dan cita en el teatro social. La una recogía la herencia colonial y propendía por el mantenimiento de las prerrogativas otorgadas por la Corona a la oligarquía virreinal; la otra pugnaba por derrumbar hasta en sus cimientos el colonialismo español invocando los principios de la Revolución Francesa y los vientos de modernidad que soplaban desde Europa y los Estados Unidos.

En nuestro concepto —afirma Gerardo Molina—, la misión principal que se arrogaron aquellos hombres fue conectar la Nueva Granada con el pensamiento más avanzado de la época. Para ellos el dilema entre la influencia cultural de España y la influencia cultural de la Europa heterodoxa no daba lugar a vacilaciones. En oposición al conservatismo que representaba la adhesión a España, el país sobre el cual el Renacimiento y la Reforma apenas habían resbalado, los liberales querían la apertura de la Nueva Granada al mundo moderno, sin aduanas para ninguna idea. El hecho que más los exasperaba, era no tanto carecer de una agricultura y de una industria lozanas, como el que no hubiera habido una emancipación intelectual y de que aún aquello de las luces del siglo tuviera un alcance herético o pecaminoso. Así se entiende su interés apasionado por la libertad de imprenta y de palabra, por la instrucción pública, por lo que ocurría en Francia, y su repulsa a los jesuitas y a la jerarquía católica por el hecho de prohibir las obras científicas y de perseguir a los librepensadores.²⁶

26. Gerardo Molina. *Las ideas liberales en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1973, Página 37.

En literatura el espíritu colonial se extiende también hasta más allá de las fronteras de la Independencia. En este período se respiraba una atmósfera de autonomía en lo político, pero las formas de versificación, el énfasis y la utilería de materiales poéticos empleados no correspondían a la nueva realidad americana. Ya el genio de Bolívar lo había advertido en la “Oda a Junín” de José Joaquín Olmedo, en la que según sus palabras parecían combatir en vez de Sucre, Córdoba y el mismo Libertador, los dioses y semidioses del Parnaso: Júpiter, Marte, Patroclo, Agamenón y Menelao, pues el canto se le figuraba más bien “una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra propia farsa”. Como se sabe, la generación de poetas, oradores y dramaturgos que saludaron en versos inflamados de patriotismo, en arengas vehementes y en piezas teatrales el triunfo sobre la dominación española (José María Grueso, 1778-1835, José María Salazar, 1785-1828, José Fernández Madrid, 1789-1830, Luis Vargas Tejada, 1802-1829), brotan bajo la encendida chispa retórica y la vehemencia lírica de los poetas españoles que cantaron en odas e himnos enardecidos la resistencia peninsular a la invasión napoleónica: Juan Bautista Arriaza (1770-1837), Nicasio Álvarez de Cienfuegos (1764-1809) y Manuel José Quintana (1772-1857).

En el período de la guerra anticolonial, paradójicamente, la literatura siguió siendo colonial. Sólo cuando la Nueva Granada se configura como nación y sólo a partir del momento en que Hispanoamérica define su fisonomía de conjunto histórico y social independiente, la Nueva Granada e Hispanoamérica comienzan su existencia específica de nación y de región cultural y literariamente independientes.

La existencia de la literatura Hispanoamericana señala Roberto Fernández Retamar— depende, en primer lugar, de la existencia misma —y nada literaria— de Hispanoamérica como realidad histórica suficiente. Mientras ella no es sino colonia española, es obvio que no hay literatura hispanoamericana, sino literatura de españoles en América.²⁷

Es precisamente después de 1840 cuando insurge una enérgica actitud de ruptura contra el neoclasicismo, o mejor pseudo-clasicismo, de la generación anterior, y aparece en el firmamento social una constelación de pensadores y poetas, entre los que es forzoso mencionar a Juan José Nieto (1804-1866), Florentino González (1805-1874), José Joaquín Ortiz (1814-1892), Manuel Murillo Toro (1816-1880), José Eusebio Caro (1817-1853), Julio Arboleda (1817-1862), Rafael Núñez (1823-1894), Miguel Samper (1825-1899) Salvador Camacho Roldán (1827-1900), José María Samper (1831-1888) conocida como la primera generación romántica colombiana.

Los unía el credo estético, la sensibilidad romántica y un ardoroso sentimiento de patria. Los separaba, sin embargo, el modo de ser románticos y los medios a utilizar para el logro de la paz, el orden y el progreso que afanosamente buscaron con la pluma y la espada. A riesgo

27. Roberto Fernández Retamar. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Ediciones El Huaco, 1976. Páginas 57-58.

de caer en simplificaciones de la realidad, puede hablarse de dos lenguajes y dos temperamentos románticos en Europa y América: un romanticismo conservador y un romanticismo liberal y revolucionario. El romanticismo conservador se identifica con la primera generación de escritores franceses, de ascendencia noble (el vizconde de Chateaubriand, Joseph conde de Maistre, Alfred conde De Vigny), contemporánea de los efectos devastadores de la Revolución, la que en su abominación del presente consumió sus energías en el empeño de la restauración del antiguo régimen. Ortiz, Arboleda, Caro, cofundador éste del partido conservador, se acogieron a esta tendencia de nostálgicos del pasado y defendieron unos con más fervor que otros la propiedad terrateniente y la esclavitud, y el poder de la Iglesia Católica y de la España monarquista y feudal.

Los románticos liberales se definen por sus orígenes provincianos y, en términos generales, por su modesta descendencia de comerciantes. A diferencia de la generación de Independencia no fueron militares ni partidarios del militarismo. Por el contrario, eran civilistas afectos a un orden civil, formados en las aulas universitarias o autodidactas, que igual que los conservadores aborrecían el presente, pero en nombre del futuro. Algunos viajaron al exterior y en el contacto con la vida de Francia e Inglaterra se impregnaron del gran mundo de la civilización europea capitalista y de las modernas teorías económicas y de hacienda pública, al mismo tiempo que de las lecturas de los socialistas utópicos, Proudhon, Louis Blanc, Fourier, Saint Simon, y Robert Owen, quienes en la abominación del presente apostaban a una futura humanidad socialista. Frecuentadores de los poetas y de la literatura de ficción aquilataron su sensibilidad y su educación liberal en las lecturas de Lord Byron, de Shelley, Honorato de Balzac y Victor Hugo.

Con la mira puesta en ellos, más que en los románticos conservadores, escribió Luis Eduardo Nieto Arteta:

*El romanticismo en nuestra virgen América fue un movimiento anti-colonial, revolucionario, liberal. Produjo asimismo la formación de literaturas nacionales en las jóvenes repúblicas americanas. Afirmó, pues, desde su iniciación, sus finalidades sociales: destrucción de la colonia, afirmación de la economía liberal, enternecedora fe en el progreso industrial, adámico anhelo de un futuro libre de las insufribles asperezas de la vida colonial; fue, en consecuencia, un movimiento eminentemente social, y políticamente revolucionario.*²⁸

Ninguna corriente en el arte y la literatura occidental ha alcanzado tanto cubrimiento en extensión geográfica, ni ha profundizado más en las capas sociales y tenido mayor duración histórica que el romanticismo. Comenzando porque es sólo a partir del romanticismo cuando empieza a hablarse de literatura universal, en la medida en que las trompetas de

28. Luis Eduardo Nieto Arteta. *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1983. Página 130.

Jericó del capitalismo neocolonial derriban en Asia, África y América los muros que se oponían a su avance. La invención de las rotativas, asociada a la era de la electricidad, al desarrollo de las comunicaciones ferroviarias y navieras, al incremento de la riqueza de las clases altas a través del comercio y a la extensión de la escuela en las clases bajas, convirtió al libro en mercancía de vertiginosa circulación y al productor de literatura en hombre de letras, en escritor profesional. Por otra parte, fue tanta la onda expansiva del romanticismo que su influjo rebasó las fronteras del siglo XIX. “Todo el siglo XX dependió artísticamente del Romanticismo –afirma Arnold Hauser–, pero el Romanticismo mismo era todavía un producto del siglo XVIII y nunca perdió la conciencia de su carácter transitorio y de su posición históricamente problemática”.²⁹

Es verdad que el romanticismo convierte la literatura en un fenómeno internacional y de alguna manera vuelve al público consumidor en contemporáneo del escritor, incluso, en dictador del gusto literario; pero no lo es menos que la resistencia a la invasión extranjera y a la pérdida de las tradiciones regionales, propició el fenómeno contrario nada más que en apariencia: el nacionalismo literario. En Hispanoamérica, desde los días de la Independencia, la literatura aparece vinculada a los cruentos acontecimientos de las guerras y a la creación de las nuevas naciones. Parodiando a Clausewitz, la literatura era la continuación de la guerra por otros medios, o al revés. Nunca se sabrá, entonces, si era que los poetas debían entregarse al ejercicio de la guerra y el poder, o era que la élite de los gobernantes recurría a la literatura como herramienta proselitista de la lucha política. “En el siglo XIX –anota Jean Franco– la literatura se concibió no sólo como instrumento de protesta social sino también como medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición. De ahí también que el afán del escritor por mostrar la originalidad de su cultura a menudo entrara en conflicto con los modelos europeos que inconscientemente aceptaba”.³⁰

En el trayecto tumultuoso del siglo XIX la literatura de Colombia y de Hispanoamérica salta de un modelo colonial a un lenguaje nacional pasando por pautas estéticas cosmopolitas. En el primer tercio de siglo y un poco más allá dominaron las corrientes neoclásicas (o seudoclásicas); en el segundo tercio imperó el romanticismo, con sus alas conservadora y liberal, ecuménica y nacionalista; en el último se produjo una explosión de temas, lenguajes y movimientos heterogéneos, entre ellos el costumbrismo, el modernismo, el realismo y el naturalismo. Con la decantación de estas fórmulas, Hispanoamérica después de imitar y de asimilar influencias foráneas, mediante obras como *María* (1867) de Jorge Isaacs (1837-1895), *Cantos populares de mi tierra* (1877) de Candelario Obeso (1849-1884), *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde (1812-1894), *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner (1854-1909), *El*

29. Arnold Hauser. En *El Romanticismo alemán y el de Europa Occidental*, de *Historia Social de la literatura y el Arte* T. II.

30. Jean Franco. *La cultura moderna en América Latina*. México, Grijalbo, 1985. Página 23.

zarco (1901) de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), en pos de la búsqueda de lo que había de esencial en su historia y en su idioma, se encuentra con su propia personalidad, con lo que el destacado erudito dominicano Pedro Henríquez Ureña denominó “la expresión americana”. A propósito, el ensayista peruano José Carlos Mariátegui caracteriza acertadamente estas tres etapas:

*Una teoría moderna –literaria, no sociológica– sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo, distingue en él tres períodos; un período colonial, un período cosmopolita, un período nacional. Durante el primer período, un pueblo, literalmente, no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo período, asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada su propia personalidad y su propio sentimiento.*³¹

El cuento tal como se concibe y se escribe hoy es hijo del romanticismo. Los teóricos de la literatura y los académicos le han dado el nombre de cuento clásico y de cuento moderno para diferenciarlo de los primitivos conservados por la memoria popular y difundidos por la tradición oral, de los que circulaban en colecciones como el Pantchatantra, Las Mil y Una Noches, y en obras de autor con nombre propio, como El Decamerón de Giovanni Boccaccio (1313-1375) y los Cuentos de Canterbury, de Geoffrey Chaucer (1340-1400).

Los primeros maestros de este género, el alemán E.T.A. Hoffmann (1766-1844) y los norteamericanos Washington Irving (1783-1859), Nathaniel Hawthorne (1804-1864) y Edgar Allan Poe (1809-1849) y el francés Charles Nodier (1780-1844), surgieron en la coyuntura de tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, en el preciso momento en que salta en astillas el viejo orden monárquico en Francia, estalla la revuelta espiritual del romanticismo y el periodismo y las revistas emprenden una revolución democrática en la cultura de occidente. El cuento moderno, pues, aunque parezca sorprendente, brota en circunstancias históricas precisas y bajo la atmósfera de subversión de valores y de agitación social que caracterizan el nuevo siglo.

¿Pero a qué se le da el nombre de cuento moderno? Como las cosas son susceptibles de ser definidas por lo que niegan, el cuento moderno al revés del tradicional pone mayor énfasis en el narrador que en la aventura que narra. En la cuentística primitiva y tradicional lo que importa es la aventura, o serie de peripecias, que viven los personajes. El cuento deviene en narración individual e individualista, en confesión, en testimonio, centrado en la preocupación del narrador por desnudar los movimientos interiores de su propia conciencia. Por supuesto que el argumento y la trama de esta clase de relatos son en sí mismos significativos, pero cuenta quizá más la manera como los eventos afectan la psicología del protagonista, que a menudo es el mismo narrador.

El cuento tradicional y en mayor medida el cuento primitivo y folklórico refieren lo que ocurre a otros, imponen distancias entre el narrador que cuenta la historia y los aconte-

31. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana, 1963. Página 219.

cimientos narrados. Ilustremos con un ejemplo extremo: nadie puede asociar a “Caperucita roja” con Charles Perrault (1628 -1703), el autor que la recogió de la tradición popular; ni a Masetto de Lamporechio, el personaje aquel que se finge mudo en El Decamerón para holgar con las monjas del convento, se le puede confundir con la persona de Boccaccio. Los relatos escritos y orales anteriores al romanticismo, comenzando por el hecho mismo de que son narrados en tercera persona, revelan acontecimientos que desde luego nos incitan y conmueven, pero proponen una realidad que está imaginariamente muy lejos en el tiempo y en el espacio del narrador y sus lectores u oyentes. Es bueno tener presente que muchos de aquellos relatos empiezan con la frase formularia: Había una vez en un reino lejano...

Y lo que sucede es que el romanticismo consiste en el descubrimiento y la revelación del yo profundo y en la inauguración de la subjetividad pura del hombre como la medida de todas las cosas. No es casual que las más penetrantes indagaciones sobre la interioridad humana se le deban a Sigmund Freud (1857-1939), hijo y heredero del romanticismo y padre del psicoanálisis. Por otra parte, esta corriente estética reivindica los derechos y garantías individuales, la libertad de elección de credos, de pensamiento y de conciencia, el derecho a la intimidad y el culto exacerbado del heroísmo individual.

Probablemente en materia de contenido podría ser la tendencia a la exaltación de la individualidad, y por lo tanto de la subjetividad y del sueño y del desenfreno de los instintos y la imaginación, el rasgo más sobresaliente del cuento moderno. Pero como los géneros literarios no se definen por sus contenidos sino por sus formas, la característica más relevante de la prosa narrativa breve es la vertebración de los incidentes en torno a un efecto único.

Como se sabe, es Edgar Allan Poe, quien en mayo de 1842, en el prólogo al libro *Twice told tales*, de Nathaniel Hawthorne, quien echa las bases teóricas de la nueva forma narrativa:

*Un hábil artista literario ha construido un relato. Si es prudente, no habrá elaborado sus pensamientos para ubicar los incidentes, combinándolos de la manera que mejor lo ayuden a lograr el efecto preconcebido. Si su primera frase no tiende ya a la producción de dicho efecto, quiere decir que ha fracasado en el primer paso. No debería haber una sola palabra en toda la composición cuya tendencia, directa o indirecta, no se aplicara al designio preestablecido. Y con esos medios, con ese cuidado y habilidad, se logra por fin una pintura que deja en la mente del contemplador un sentimiento de plena satisfacción. La idea del cuento ha sido presentada sin mácula, pues no ha sufrido ninguna perturbación; y es algo que la novela no puede conseguir jamás.*³²

Bajo los auspicios del romanticismo el cuento cobra la mayor dignidad literaria en la literatura occidental, pero transcurrido ese período de desasosiego espiritual y encauzada

32. Edgar Allan Poe. *Hawthorne y la teoría del efecto en el cuento*, citado por Julio Cortázar en “Algunos aspectos del cuento”, en *Del cuento y sus alrededores*, de Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (compiladores), Caracas, Monte Ávila Editores, 1993. Página 384.

la sociedad por rumbos de optimismo político y progreso económico, los lectores reclamaron una literatura centrada en las nuevas realidades del desarrollo capitalista. La novela, y al lado de ella el cuento, se convirtieron en el sismógrafo que fue registrando las convulsiones que agitaban el cuerpo social, y de esa manera las historias que no cabían en las grandes construcciones narrativas, al estilo de la Comedia humana, de Balzac; de La guerra y la paz de Tolstoi; de Ivanhoe, de Walter Scott; de Moby Dick, de Herman Melville, encontraron su medida en la horma nerviosa del cuento. Estos mismos autores espigaron con éxito en el género cuentístico, y con ellos los grandes narradores del siglo XIX, entre los que cabe mencionar a Villier de L'Isle Adam, Guy de Maupassant, Antón Chejov, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad, Ambrose Bierce, Jack London, empeñados no tanto ya en caminar a tientas en la galería fantástica de la psiquis individual, sino en explorar con las luces de la crítica los conflictos de ese individuo inerme y desamparado en un mundo cada vez más complejo. Así el cuento social desplaza al cuento fantástico.

El cuento latinoamericano culto del período temprano no se acoge al modelo recién sugerido por Poe ni entra en la corriente renovadora representada por los autores aludidos, sencillamente porque, la mayoría de ellos no estaban todavía traducidos al castellano y quizá el interés de los lectores estaba puesto en la lectura de Chateaubriand, Lamartine, los Dumas, Víctor Hugo, etc. Por tal circunstancia, el relato breve aparece contaminado de su forma tradicional cultivada desde sus orígenes en España por don Juan Ruiz Arcipreste de Hita (¿1280-1350?), el Infante don Juan Manuel (1282-1348) Juan de Timoneda (1520-1583) y Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), hasta sus cultivadores en el siglo XIX, entre otros, los mismos costumbristas y realistas Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Larra, José María de Pereda (1833-1906), Emilia Pardo Bazán (1851-1921). Así, procedimientos narrativos de genuina raigambre castellana entroncan con el cuadro de costumbres y la leyenda cultivados en la España de principios de este siglo.

"El matadero" (1838) del argentino Esteban Echeverría (1805-1851) y "María Dolores o la historia de mi casamiento" (1841) del colombiano José Joaquín Ortiz (1814-1892), arrastran elementos de la culta y a la vez popular tradición medieval española, que se hibridan con el imaginario político y social que sucede a las guerras de emancipación. El cuento hispanoamericano culto en su momento inicial se inserta, pues, en el hilo de la tradición clásica española desde el punto de vista de los modos de narrar, pero adquiere el temperamento nervioso de los nuevos tiempos y asume en su abierto cauce los conflictos de la vida contemporánea con tonos irónicos y caricaturescos. Aunque lo cierto fue que la impregnación costumbrista le impuso al cuento un lastre tan pesado que le restó aire y vuelo a la potencialidad creadora de los narradores y postergó el florecimiento del género cuentístico a la manera de Hofmann, de Poe, de Irving y de Hawthorne hasta finales del siglo XIX, o principios del XX.

*Todos los escritores colombianos de mediados de la pasada centuria—conceptuó don Rafael Maya— cualesquiera que fuesen sus ideas políticas y su extracción social, escribieron cuadros de costumbres, como si aquello fuese una obligación profesional, o una consigna del destino. El género llegó, en esta forma, a vulgarizarse y a degenerar en pintura trivial de cosas más triviales todavía... Por otra parte, el costumbrismo, como todas las formas literarias, arrojaba una buena cantidad de ripios, de frases hechas y de expresiones convencionales inmediatamente aprovechadas por los cultivadores adocenados del género, que simplificaban su tarea, prescindiendo de todo propósito ulterior. Bastábales con ser fieles a lo anecdótico. Así se explica la escandalosa proliferación del género.*³³

LA PROLIFERACIÓN COSTUMBRISTA

De alguna manera responsables de esa escandalosa proliferación fueron, entre otros, José María Vergara y Vergara (1831-1872), Eugenio Díaz (1803-1865), José Caicedo Rojas (1816-1898), José David Guarín (1831-1872), José David Guarín (1830-1890), José Joaquín y Juan Francisco Ortiz (1808-1875), Manuel (1827-1898) y Rafael Pombo (1833-1912), Ricardo Silva (1836-1887), Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881), Emiro Kastos, seudónimo de Juan de Dios Restrepo (1823-1894) Manuel María Madieto (1815-1888), verdaderos maestros en esta práctica, quienes por causa de la aparente facilidad de sus narraciones atrajeron la imitación de “los cultivadores adocenados del género”.

Bogotá fue el punto de concentración y el centro de irradiación de los cuadros y artículos de costumbres. El Mosaico, fundado en 1858, fue el nombre que se le dio a la tertulia y al medio de difusión periodístico. El propósito secreto o deliberado de los costumbristas, en un período de agitación de los espíritus y de alumbramiento de la nacionalidad, no podía ser otro que escudriñar el espejismo de la llamada alma nacional y tratar de revelar en los tipos sociales retratados la identidad cultural de Colombia. Favoreció la divulgación del cuadro y el artículo de costumbres, además, de su breve extensión no superior a las cuatro o cinco cuartillas que facilitaba su publicación en los periódicos y revistas de circulación regional y nacional, la sencillez de lenguaje, la simplicidad temática y de estilo y la fácil receptividad por el público lector. Obró también en beneficio de su acreditación en el país la difusión de la obra de los costumbristas españoles, Fernán Caballero, seudónimo de Cecilia Böhl de Faber (1796-1877), Ramón Mesonero Romanos (1803-1882), Mariano José de Larra (1809-1837), Antonio de Trueba (1819-1889), José María de Pereda (1833-1896), Serafin Estébanez Calderón (1799-1867).

33. Rafael Maya, “El costumbrismo en Colombia, una modalidad del pensamiento nacional”, en *De perfil y de frente*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975. Página 140.

PAPEL DE LOS MEDIOS IMPRESOS

Los periódicos y revistas disponían de una red de suscripción a lo largo y ancho del país. Una vez salían de la imprenta en la capital se distribuían en Tunja, Cali, Popayán, Pasto, Medellín, Santafé de Antioquia, Ibagué, Neiva, Bucaramanga, Cartagena, Santa Marta, Mompox, Barranquilla, como una pequeña Fenicia atareada en menesteres más bien prácticos, no pareció contaminarse de una literatura empeñada en la apología del pasado cuando la totalidad de sus energías estaban invertidas en liquidarlo. Entretanto, Bogotá, por su categoría de centro político y cultural del país —la condición de capital de la República no hizo más que refrendar ese carácter—, al tiempo que soportaba su prestigio en el pasado colonial y en sus timbres de sede del virreinato de la Nueva Granada, durante la segunda mitad del siglo XIX reunió en su seno, ya en calidad de congresistas, de magistrados, ministros, jueces y educadores a lo más acendrado de la intelectualidad colombiana.

Pasada la etapa de las luchas de Independencia y de la fundación del nuevo Estado, en donde los medios escritos que circularon (Los Toros de Fucha, de Antonio Nariño, El Patriota, del general Santander; La Miscelánea, de Rufino Cuervo; El Neogranadino, de los pensadores y agitadores del radicalismo; La Civilización, de los ideólogos conservadores José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez), sirvieron a manera de campo de batalla de las ideas, se consagraron a divulgar los nuevos desarrollos de la literatura y la cultura general. En 1849, Juan José Nieto fundó en Cartagena La Democracia, periódico de corte radical en el que se publicó por entregas Rosina, un relato del polémico militar y escritor costeño, al tiempo que sus contradictores políticos editaban también en esa ciudad El Porvenir. Del período que va de 1856 a 1872, son fundados en Bogotá, El Álbum, del escritor José Joaquín Borda; La Biblioteca de Señoritas, de don Felipe Pérez y El Mosaico, antes aludido, de José María Vergara y Eugenio Díaz. En el último tercio de siglo vieron la luz igualmente en esta ciudad, El Repertorio Colombiano, dirigido por Carlos Martínez Silva (desde 1878), El Papel Periódico Ilustrado, fundado por el pintor y grabador Alberto Urdaneta (1881) y Gris (1892), la revista con que el periodista y poeta Max Grillo acoge y difunde a los modernistas colombianos.³⁴

LAS CIUDADES EN EL SIGLO XIX

En contraste, entre el proceso de la Independencia y el medio siglo, Cartagena y Santa Marta apenas se recuperaban penosamente del estado de postración en que habían quedado como consecuencia de las guerras de emancipación, circunstancia que hacía difícil cualquier progreso en la literatura y las artes. Como resultado del sitio del Pacificador Pablo Morillo (1815-1816), de los nueve asedios que padeció a lo largo del siglo, y de los incendios y saqueos

34. Juan de Dios Arias, *Historia de la Literatura Colombiana, El periodismo*, Editorial Stella, 1960. Páginas 167-169.

originados por las reyertas entre los bandos patriotas y del cólera que la devastó dejando cerca de cuatro mil muertos en 1849, la ciudad languideció en medio de la miseria propia y la incuria de los poderes centrales. De su paso por Cartagena en 1823, el viajero francés Gaspar Théodore Mollien, deja esta sobrecogedora impresión:

Cartagena presenta el aspecto lúgubre de un claustro: Largas galerías, columnas bajas y toscas, calles estrechas y sombrías en razón al saliente de los que sustraen la mitad de la luz; la mayor parte de las habitaciones están sucias, llenas de humo, tienen un aspecto mísero, y cobijan seres que están más sucios, más negros y más miserables aún: tal es el aspecto que ofrece a primera vista esta ciudad, bautizada con el nombre de la rival de Roma.³⁵

A mediados del siguiente decenio no era mejor la suerte de Santa Marta. Diezmada durante la guerra de Independencia en la que sus habitantes tomaron partido a favor de España, y luego cogida en mitad del fuego de las banderías partidistas, experimenta a partir de entonces un pobre desarrollo demográfico (en 1843 tenía 4.411 habitantes, en 1851, 4.370, en 1870, 5.472)³⁶ y una lentísima recuperación con el establecimiento en su puerto de algunas firmas y personalidades extranjeras. El avistamiento de la ciudad desde el barco que lo traía, a principios de diciembre de 1835, no le produce el mejor efecto al joven industrial escocés John Steuart:

La apariencia de la ciudad de Santa Marta, vista desde la bahía, es miserable para quien se halla acostumbrado a los puertos marítimos de Norteamérica o Europa. Las casas son bajas y oscurecidas por los rayos del sol; una pequeña batería destruida se levanta sobre la playa, directamente enfrente de la ciudad, cuyo efecto no ha sido calculado disminuir la apariencia miserable de las casas. Hay algunas excepciones. Por ejemplo, la Catedral, la Casa de Gobierno y la vivienda privada de Mr. Fairbanks, un nativo de Boston, y la del señor Mier; Un español comerciante a quien yo estaba consignado.³⁷

Sobre el panorama cultural de Barranquilla en los decenios azarosos de su ascenso urbanístico es poco lo que se puede decir. Hacia el medio siglo, gracias a su posición ventajosa frente a Cartagena y Santa Marta, poco a poco se va convirtiendo en el principal puerto marítimo del país y el punto privilegiado de conexión del interior con la costa, a través del río Magdalena, y de la costa con los puertos sobre el Atlántico en los Estados Unidos y Europa.

35. Gaspar Théodore Mollien. *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Biblioteca del V Centenario Colcultura, Bogotá, 1992, Páginas 58-59.

36. Ver "El escenario geográfico del Caribe colombiano", Fabio Zambrano Pantoja, en *Poblamiento y ciudades del Caribe Colombiano*, Alberto Abello Vives y Silvana Giaimo Chávez (compiladores), Editores Observatorio del Caribe Colombiano, Fonade y Universidad del Atlántico, 2.000. Páginas 5-95.

37. John Steuart. *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses*. Academia de Historia de Bogotá-Tercer Mundo Editores. Páginas 33-34.

Lenta pero progresivamente se fueron realizando las obras de dragado sobre el río, la línea de ferrocarril hasta Sabanilla (1871) y la construcción del muelle de 4.000 pies (1893) en Puerto Colombia, por donde salieron al exterior café, tabaco, banano, quina, ganado en pie, cueros, etc., y por donde ingresaron las maquinarias y los otros factores de la modernización industrial y del comercio de importación en ese período y en el siglo siguiente.

Fue entonces cuando empezaron a llegar los primeros inmigrantes extranjeros a la ciudad, judíos que entraron por Curazao y otros destinos antillanos, alemanes, ingleses, norteamericanos, franceses, italianos, árabes, etc. Con la instalación de bodegas, almacenes, hoteles, oficinas comerciales, fábricas, vías para el tránsito de coches, embarcaderos para vapores fluviales, la antigua aldea pastoril se convierte en ciudad de especuladores y negociantes, tan negada para el florecimiento del ocio creador como apta para el enriquecimiento material. En Barranquilla hay dos escuelas para varones, una pública y otra privada; para niñas no hay ningún establecimiento que merezca ese nombre. Sin embargo, según el informe del gobernador, cualquier casa donde dos niñas reciban clases es una escuela, ya que afirma que en la provincia hay cinco para unas veinte o veinticinco alumnas, registraba Isaac F. Holton a su paso por el lugar en 1851.³⁸

Casi medio siglo después que la visitara el profesor de Química y de Historia Natural del Middlebury College, llega a Barranquilla el escritor francés Pierre D'espagnat, en 1897. Tanto el estadounidense como el europeo ofrecen una mirada más o menos deprimente del paisaje que observan. Traen un imaginario de ciudad con construcciones verticales, servicios públicos y dinámica laboral y cultural que no encaja con el tipo de ciudad latinoamericana empobrecida y atrasada.

El primero cuenta que la cárcel que visitó “no estaba ni muy llena ni muy limpia, pero lo peor era que las ventanas de los cuartos daban a la calle. Todas las cárceles aquí están construidas con materiales poco seguros, tierra apisonada o ladrillos sin cocer, y claro está, la estada del prisionero en semejante pocilga, depende en gran parte de su buena voluntad”; prisión ésta custodiada por un zapatero, el primer hombre que vio trabajar desde su llegada a la Nueva Granada; la iglesia era “un inmenso cascarón de piso de tierra y sin asientos y agrega que anduvo por el pueblo en busca de un plátano maduro para mejorar la cena, pero fue en vano porque no había uno solo en toda la población”.³⁹

El otro la describe como una ciudad polvorienta (“El polvo, he ahí el enemigo de Barranquilla”) y resalta la pobre vegetación del delta interior del Magdalena, y remata:

38. Isaac F. Holton. *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1981. Página 36.

39. Isaac F. Holton, *La Nueva Granada, veinte meses en Los Andes*. Bogotá, Edición del Banco de la República, 1981. Páginas 36 y 38.

Una infinidad de edificaciones grises lame, como una espuma, el borde de la vía férrea. Están rodeadas de bosques poco espesos, poco tupidos, de árboles pequeños, de vegetación espinosa, achaparrada, que parece brotar con dificultad de este tierra agotada y polvorienta que huele a escombros y a sed. No se necesita más para provocar ya ciertas decepciones, ya algunas reflexiones de filosofía barata. ¡De lejos tenía tal aspecto de oasis acogedor! Sin embargo, a este estercolero, a esta orilla nada pintoresca, a este esfuerzo de instalación hecho de cualquier manera sobre una tierra ingrata, sustituye por fin, a medida que se avanza, la verdadera ciudad suramericana moderna, vulgar y demasiado joven, preocupada únicamente de comercio, de industrias, de relaciones marítimas, creada por la fuerza de la necesidad bajo la presión económica del rico país que desemboca en ella. En suma, es una aglomeración inmutable de casas a la española, de tejados planos, de fachadas con colores suaves y ventanas enrejadas, que se ha yuxtapuesto desde hace cuarenta años alrededor del muelle natural que ofrece tan cerca de su desembocadura el majestuoso Magdalena. Pero mientras la proximidad del río atrae hacia la izquierda, a los barrios opulentos, el enjambre humano se extiende sin cesar hacia la llanura de la derecha, mezclándose las cabañas de paja con las pobres viviendas diseminadas por la campiña rojiza, viviendas cada vez más pobres y más diseminadas a medida que se acercan a los cementerios, a esas zonas que tienen el aspecto de campos de demolición enterrados en los guijos y cuya apariencia desolada constituye una introducción natural a las lecciones de la hostería de los muertos.⁴⁰

De las tres principales ciudades del Caribe eran Cartagena y Santa Marta las que hubieran podido ver amenazadas sus tradiciones, sin embargo no les llegaba aún el remolino modernista; en tanto que Barranquilla entraba confiada en el arrebato de la nueva edad, precisamente porque no tenía una tradición que defender. Quizá por esa razón la prosa costumbrista careció en la costa atlántica de cultivadores consagrados, aunque no de lectores. Nuestros autores más destacados en este género, Manuel María Madieto y Joaquín Posada Gutiérrez, a pesar de que se inspiraron en motivos y paisajes de los habitantes de la costa, desplegaron su actividad literaria en Bogotá.

EL COSTUMBRISMO Y LOS COSTUMBRISTAS

Además de la reverencia por los usos y tipicidades populares, la literatura costumbrista se sostiene en ciertos aspectos del romanticismo: el culto por la lengua vernácula, el reconocimiento de las tradiciones y la exaltación de los valores nacionales. El cuadro pretende ser una más o menos exacta reproducción de lo real. “Los cuadros de costumbres no se escriben, se copian”, sostenía Eugenio Díaz. A la larga, el costumbrista aspira a una visión fotográfica de la vida cotidiana, precisamente en el momento en que el arte pictórico entra

40. Pierre D'espagnat. *Recuerdos de la Nueva Granada*. Bogotá, Editorial Incunables, 1983. Páginas 24 -25.

en crisis como consecuencia de la invención de la cámara fotográfica. La presencia de los barcos de navegación a vapor y los ferrocarriles bien pronto, se pensaba, desgarrarían los viejos entornos rurales y masificarían de la vida urbana; la irrupción de la clase obrera y el humo de las chimeneas degradarían el paisaje de las ciudades; de manera que ciertos nostálgicos del pasado paradisíaco, se apresuraron a dejar plasmados en prosa conservadora y antañona la imagen de un mundo irrevocablemente condenado a desaparecer.

El costumbrismo es visión desde arriba a las gentes de abajo. En frase pintoresca don Rafael Maya lo denomina "literatura de a caballo". Y ninguna denominación más acertada. No sólo porque en el cuadro de costumbres se nos ofrece a los ojos, objetos que parecen mirados desde la distancia y la perspectiva de una montura sino eventos captados a la velocidad de un jinete. Hasta bien avanzado el siglo XIX en Colombia las clases acomodadas no conocieron otro medio de locomoción más veloz y versátil que el caballo. Apenas en las costas y en las zonas ribereñas las gentes se empezaban a familiarizar con la navegación a vapor y de oídas se sabía que en Estados Unidos y en Europa las vías férreas desgarraban el paisaje rural y por esos caminos metálicos unas locomotoras fantásticas que iban contaminando la atmósfera con el humo que despedían sus chimeneas, arrastraban coches atestados de pasajeros y de mercancías y devoraban distancias a velocidades antes no conocidas.

Y casi enseguida la energía eléctrica dinamizó la producción en serie, que requirió de la inversión de capitales para la instalación de maquinarias y la adquisición de materias primas, y de obreros en las fábricas y empleados intermediarios entre el capital y el trabajo; y así se inundó de luz la vida nocturna de las ciudades que se fueron colmando también de automóviles y otros medios de transporte; y a la cámara fotográfica le siguió los pasos el cinematógrafo; y al fonógrafo la vitrola y con la vitrola vino el disco de acetato; al tiempo que a los hilos telegráficos le sucedió la telefonía y era muy poco lo que faltaba para que el mundo entero se conectara a través de la radiodifusión y el transporte aéreo. Eran aquellos los días en que las rudimentarias imprentas de pedal habían sido sustituidas por las enormes rotativas que estaban ya generando la revolución del libro, las revistas y la prensa periódica.

De modo que antes de que llegara el arrasamiento apocalíptico del progreso había que dejar consignados en miniaturas fotográficas y viñetas las imágenes que tarde o temprano serían trituradas por las fauces de hierro de las máquinas. La civilización capitalista todo lo iba a homogeneizar, se creía, y con la homogeneización las antiguas costumbres y las tradiciones quedaban amenazadas de desaparecer. Entonces, en previsión del soplo mortal de la vorágine que se avecinaba, la literatura debía anticiparse a plasmar en palabras las procesiones de Semana Santa en Popayán, las fiestas de San Juan en tierra caliente, las rondas nocturnas de un alguacil en procura de un clérigo disipado, las corridas de toros, ciertos hábitos colectivos como la diaria asistencia a misa, la salida de compras a la calle

real, los encuentros vespertinos en el altozano de la catedral y las fiestas familiares y sociales con música de tiples, guitarras y bandolas.

De todas maneras, el escritor de costumbres se asume como un observador privilegiado de una realidad de la que él en apariencia no hace parte. Como desde una cumbre contempla la llanura humana de artesanos, campesinos, mendigos, pelafustanes, locos, vagabundos, clérigos, beatas, manzanillos de la política, músicos populares, empleadas del servicio doméstico, pícaros y otras gentes del montón. Elige el personaje en una situación específica, lo describe en breves trazos pintorescos y lo inscribe en una cadena de anécdotas más o menos divertidas y humorísticas. Su interés se cifra más en describir que en narrar propiamente, en abocetar tipos humanos o modelos (de criada, artesano, campesino acomodado, cura de parroquia, etc.) que en revelar la singularidad humana que está más allá del oficio que se ejerce. Y algo más, el objeto de la narración antecede a lo narrado, al punto que el éxito de la obra depende de la fidelidad del escritor para reproducirla en sus más mínimos detalles.

Además, el autor en el cuadro de costumbres habla directamente al lector sin la utilización de un intermediario, como ocurre en la narrativa de ficción, pongamos por caso, el cuento o la novela. En la literatura de costumbres la percepción de los elementos de la realidad, los juicios y las actitudes ante la vida, son la percepción, los juicios y las actitudes del escritor; lo que se dice de los personajes, los puntos de vista sobre la moral, la política, la religión a nadie distinto puede atribuirse que a esa persona de carne y hueso que es el autor de la pieza narrativa. Dicho de otra manera, en el cuento y la novela, quien narra hace también parte de la ficción. El autor evita intervenir directamente y para ello utiliza la persona del narrador, una especie de máscara o doble suyo, en otros términos el narrador es otro personaje de la historia.

Por otra parte, el costumbrista toma un fragmento de realidad viva, una situación determinada, cualquier criatura de la fauna social y los congela bajo la forma de un objeto enmarcado e inmóvil. De ahí el nombre de cuadro, es decir, un marco físico que sirve de límite a un paisaje o a un retrato. El narrador lo observa todo desde afuera y con escaso o ningún interés por la interioridad que subyace a la superficie de la cosa representada. Esta clase de producto es pobre en lo pertinente a la construcción y revelación de la interioridad síquica de los personajes y deficiente en términos del aporte imaginativo del creador. Y como si estas precariedades no fueran suficientes, convendría agregar su tendencia a la caricatura de los tipos humanos y ambientes; a reproducir hasta la ridiculización el habla popular, el tufillo moralista y de prédica religiosa y su tediosa propensión a ironizar y moralizar las costumbres.

APROXIMACIONES AL CUENTO MODERNO

Lo contrario, y todo lo contrario, al cuadro de costumbres es el cuento moderno. Se los confunde a veces por su carácter de narración breve, por su vertebración alrededor de un

protagonista y porque en torno suyo se despliega una anécdota determinada. Sin embargo, son más los rasgos que los diferencian. El cuento es ante todo ficción, fingimiento de la realidad. Si acaso hay una suprema virtud en el narrador de cuentos esa es su capacidad para inventar un pequeño aunque paradójicamente inmenso mundo interior, un universo autónomo de hechos y creaturas humanas que se gobiernan por su propia lógica imaginaria. En el cuadro de costumbres, al revés, la validez del estética del relato se mide por el parecido del tipo literario con el prototipo social.

El cuento es invariablemente relato mediatizado, es decir, entre el autor y el lector se interpone un narrador ficticio que hace el papel de sujeto de la acción o de mero observador de los acontecimientos. En el cuadro de costumbres el autor no observa distancia alguna con los personajes ni con la situación comunicativa. Interviene emitiendo juicios, y, por ejemplo, coloreando con su ideología política, clasista, religiosa, el tejido de la historia y proponiendo correctivos morales, al punto que el lector no puede hacerse a la ilusión de que el narrador ironiza o guarda prudente distancia con la materia que narra.

Además, el cuento es más narrativo y el cuadro más descriptivo; el personaje o los personajes del cuento no aparecen retratados sino apenas esbozados, esfumados (es gráfico el trazo que propone Horacio Quiroga como modelo ilustrativo de descripción en el cuento: "Una mujer muy flaca, de mirada muy fija y con vago recuerdo de ataúd"), y son captados en movimientos vertiginosos, en rápidos desplazamientos a un desenlace casi siempre sorpresivo. El relato costumbrista, en cambio, es abierto, más o menos libre en sus líneas episódicas y sin demasiados amarres en su arquitectura, y su final no está condicionado por las tensiones narrativas, sus juegos de intrigas y asombros y por el encadenamiento de los sucesos.

Insistiremos en que el cuento moderno, el cuento clásico, es hijo del romanticismo y tiene en Hoffmann, en Irving, en Hawthorne y en Poe a sus excelsos fundadores, en los finales del siglo XVIII y los principios de la siguiente centuria. La forma cuentística recobra su dignidad literaria y su singularidad de género bajo el romanticismo y a partir de estos autores, y luego que la Revolución Francesa siembra un desconcierto de cataclismo en la sociedad aristocrática europea. Caen las testas coronadas y cae el poder de la nobleza bajo la furia de la burguesía iconoclasta y de las muchedumbres revolucionarias.

El terror es el denominador común de las clases acomodadas impuesto por el tumulto anárquico de una revolución que carece de la autoridad para sosegar los espíritus y establecer un nuevo orden fundado en la libertad, la igualdad y la fraternidad. El terror termina poseyendo también a los caudillos de la revolución que terminaron consumidos por el incendio que ellos mismos provocaron. Y el pánico no era sólo por las turbulencias del momento actual sino por la tiniebla que se alzaba en el panorama del porvenir.

Envuelta en la compacta tiniebla de la vida presente surge el relato gótico inglés y el cuento fantástico alemán, francés y norteamericano, principalmente. Se inspiran en

fantasmas, en figuras insanas y diabólicas, en vivos que permanecen en estados catalépticos, en crímenes pavorosos que ocurren dentro de castillos en ruinas y palacios abandonados. Nacen de los desasosiegos íntimos, de los estados intermedios entre la vigilia y el sueño, entre la sobriedad y la embriaguez, entre los intersticios de la razón y la irracionalidad y de los momentos crepusculares de la conciencia. Las mentalidades más despiertas del ocaso de la Ilustración y contemporáneos de las nuevas conquistas científicas y tecnológicas de la Revolución Industrial, comienzan por desconfiar del papel de la razón, descreer de los dogmas religiosos y filosóficos inmutables y de los mismos sentidos como instrumentos de percepción de la realidad. Esta eclosión sin precedentes registrada en el centro vital del hombre es el romanticismo.

Cuando amenaza con ahogar a la sociedad entera la avalancha del materialismo y el capitalismo amaga con mercantilizarlo todo y hacer del hombre una cosa, una mercancía, el individuo reacciona replegándose sobre sí mismo. El acoso de la realidad exterior conlleva a la ruptura con el mundo sórdido de la cotidianidad, la proclamación del individualismo extremo y el recurso del aislamiento y la fuga hacia el paraíso artificial de la droga, el alcoholismo, la locura y el suicidio. Los artistas exploran los territorios inéditos del inconsciente. Abren su mente al universo de lo excéntrico y lo sobrenatural, reivindican la pasión y el desenfreno de los instintos. Predican la metafísica del ocultismo y el esoterismo y asumen que el hombre es una nota en la infinita sinfonía de las esferas. Se internan en las profundidades de la psique y auscultan en la nocturnidad del mundo de ultratumba, exhuman fantasmas y experimentan el gusto mórbido de lo macabro.

Quizá forzando la lógica, el romanticismo vendría a ser otra forma de realismo, pues lo que se obtiene mediante la apropiación de los objetos desde ángulos insólitos y con instrumentos de aproximación nunca antes empleados, es la otra cara de la luna de lo real que se mantenía oculta a nuestros sentidos y se revela ahora por un órgano superior de visión que es la intuición del espíritu. A esa expresión se la denominó literatura fantástica y la forma literaria más idónea para contenerla fue el cuento fantástico.

El cuento fantástico —afirma Ítalo Calvino— nace entre los siglos XVIII y XIX sobre el mismo terreno que la especulación filosófica: su tema es la relación entre la realidad del mundo que habitamos y conocemos a través de la percepción, y la realidad del mundo que habita en nosotros y nos dirige. El problema de la realidad de lo que se ve —cosas extra-ordinarias que tal vez son alucinaciones proyectadas por nuestra mente; cosas corrientes que tal vez esconden bajo la apariencia más banal una segunda naturaleza más inquietante, misteriosa, terrible— es la esencia de la literatura fantástica, cuyos mejores efectos residen en la oscilación de niveles de realidad inconciliables.⁴¹

41. Ítalo Calvino. *Cuentos fantásticos del XIX*. Madrid, Ediciones Siruela. 1987. Página 9.

Según Calvino, pues, el cuento fantástico surge de la relación dicotómica que se establece entre la forma como representamos la realidad objetiva en nuestro mundo interior y cómo esa realidad representada afecta nuestra mirada del mundo. Pero el conflicto no resulta sólo de la oposición del mundo interior con el mundo de la realidad objetiva, sino del sistema de relaciones del individuo con el universo social, porque en lo sucesivo éste que era el átomo social, es decir, lo que no admite división, termina fragmentándose.

Los lazos de consanguinidad que lo ataban a sus ancestros se desintegran, el autor se extraña de sí mismo y de sus semejantes —este fenómeno toca su situación límite más extrema un siglo después con Franz Kafka, Praga, 1883, Viena, 1924—; entonces el recipiente literario que apenas alcanza a contener esa pérdida de la primordial unidad humana es el cuento, género de lo fragmentario, de lo instantáneo, de lo efímero y accidental, de lo que carece de arraigo en el pasado y de horizontes en el futuro. Julio Cortázar, el gran cuentista y traductor de Poe, precisa la especificidad de esta forma:

Es preciso llegar a tener una idea viva de lo que es el cuento, y eso es siempre difícil en la medida en que las ideas tienden a lo abstracto, a desvitalizar su contenido, mientras que a su vez la vida rechaza angustiada ese lazo que quiere echarle la conceptualización para fijarla y categorizarla. Pero si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia.⁴²

Pero la vida en Hispanoamérica y Colombia en el siglo XIX no ofrecía las complejidades que atormentaban la sensibilidad y la inteligencia de los hombres de Europa y los Estados Unidos. Acá no se habían podido experimentar los efectos catastróficos del maquinismo sobre la clase obrera, entre otras cosas porque casi no había máquinas y ni siquiera había una clase obrera; tampoco habían podido vivirse los estragos del desempleo masivo de trabajadores ni el torbellino migratorio del campo a los centros urbanos, y menos las movilizaciones revolucionarias que traerían consigo las incertidumbres sobre el futuro de una clase nobiliaria que jamás existió como tal, ni los terrores de las clases medias que debieron esperar para que se consolidaran hasta el siglo siguiente. En una palabra, no se estaban generando los procesos acelerados de modernización industrial y económica que agitaban a la sociedad europea y norteamericana de la época ni sobresaltaba a las élites intelectuales y artísticas el espíritu de la modernidad.

Bajo estas premisas resultaba cuando menos problemática la existencia del romanticismo, por antonomasia la corriente estética de la modernidad, dentro de una

42. Julio Cortázar. *Del cuento y sus alrededores*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1993. Página 384.

sociedad tradicional, toda vez que históricamente se alza como la respuesta desesperada del estamento nobiliario contra la irrupción del poder emergente de la burguesía liberal y, a su turno, como el gran interrogante de esta clase frente a los retos de la hora presente. Como se sabe, en el crepúsculo del siglo XVIII y la alborada del siguiente, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, padecieron la tempestad romántica, mientras que España todavía encerrada en la campana neumática de la Santa Inquisición y el poder de los Borbones, tuvo que esperar el paso de dos generaciones para empezar a soportarla.

Y lo propio podría predicarse de la aparición de la forma moderna del cuento que, en primer lugar, no pasaba por ser un género literario en sí mismo y como modo expresivo autónomo no era conocido ni gozaba del favor del público culto; en segundo lugar, el período de las guerras de independencia no fue propicio para la creación reposada y las generaciones de intelectuales concentraron sus energías en la empresa militar al principio y luego en echar las bases del nuevo Estado.

Por último, el romanticismo es en Hispanoamérica y Colombia un fruto de sazón tardía. Aparece cuando ya languidecía en Europa, a más de medio siglo de su florecimiento, y en el momento en que disipado el olor de la pólvora y el ruido de los sables de las luchas de emancipación, los caudillos regionales mantenían bien avivado el incendio de las contiendas civiles. En estos tiempos de agitación los medios de expresión que abundaron fueron la oda, el himno, la proclama, en menor medida la novela, y, como queda consignado, el artículo y el cuadro de costumbres. En esos avatares guerreros, políticos y literarios se consumió prácticamente el siglo XIX.

DE LA TRADICIÓN A LA MODERNIDAD

El salto de la tradición a la modernidad en el cuento se produce desde adentro del propio costumbrismo, especialmente en Antioquia en donde contemporánea con El Mosaico empieza a prosperar una literatura aterrizada en la realidad y centrada en las preocupaciones surgidas del trabajo y los otros quehaceres sociales, cuyos precursores fueron Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo) y Gregorio Gutiérrez González, el inolvidable autor de la “Memoria del cultivo del maíz en Antioquia”. La indagación por los propios valores y el afán de los que lideraron la formación del nuevo Estado por borrar las huellas del colonizador, allanó el camino hacia la preocupación por la búsqueda de la identidad cultural.

En la literatura, —afirma Peter Schultze-Kraft— esta pasión condujo al descubrimiento de los propios valores con la acentuación de los elementos costumbristas del país y de los elementos folcloristas: las particularidades indígenas del carácter, costumbres típicas y lenguaje de sus gentes, así como la esencia y configuración de su naturaleza. Primero, la famosa “escuela antioqueña”, con Jesús del Corral, Francisco de Paula Rendón, Julio Posada, Efe Gómez y, ante todo Tomás Carrasquilla, liberó al

*costumbrismo del provinciano callejón sin salida, en la medida en que ello lo relacionó con un nuevo realismo y le dio profundidad humana.*⁴³

LA CARTA DE NATURALEZA DEL CUENTO CARIBE

Con explicables reservas, la carta de naturaleza del cuento caribe data de 1879, año de edición de las *Leyendas históricas* de Luis Capella Toledo (1838-1896). Capella Toledo nació en Santa Marta y muy joven viajó a la capital a seguir los estudios secundarios en el Colegio de San Bartolomé y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Abrazó después la carrera militar hasta ascender a la Jefatura del Estado Mayor del Ejército. Asistió, asimismo, en calidad de constituyente a la Convención de Rionegro y fue elegido Presidente del Estado del Magdalena, además de ocupar la Presidencia del Senado de la República.

Las *Leyendas históricas* son relatos a medio camino entre la crónica histórica y la ficción, entre el cuento y la historia. Sus protagonistas fueron los héroes y figuras destacadas de la vida colombiana del siglo XIX, Simón Bolívar, Manuel Piar, Mariano Ospina, Candelario Obeso, captados por el narrador bajo la luz fabulosa del mito popular. Sin falsear la verdad, pero concediéndole alto vuelo a la imaginación, con el estilo sobrio del historiador, Capella Toledo va tejiendo el hilo argumental con suprema maestría y apresando al lector en la red de los acontecimientos.

El culto de la patria, la devoción cristiana y el sentimiento del amor —la apreciación es de Rolando Bastidas Cuello—,⁴⁴ irrigan como la sangre en un organismo vivo, el cuerpo de la obra. Es natural que estas emociones aparezcan tan bien resaltadas en un militar cuya vida transcurrió entre los centros de enseñanza católica, el tráfago de los campos de batalla y a la sombra crepuscular del romanticismo.

Capella Toledo, por otra parte, en su obra reproduce la noción individualista de heroísmo que manejaban las clases conservadoras y ofrece del negro y del indio la visión excluyente de las élites coloniales.

A las clases inferiores, que apenas se mueven en el trasfondo de sus relatos, cuando les concede alguna protagonicidad los dibuja con los aguafuerte más caricaturescos. Sin duda, estos son los únicos lunares visibles en sus leyendas, en donde campean la galanura verbal, el humor, la vivacidad, el poder de comunicación y la depuración de la ripiosidad costumbrista. Por último, dado que fueron concebidas en el marco de la literatura cronística que recuerda las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma (1833-1919), carecen del desarrollo

43. Peter Schultze-Kraft. "El cuento colombiano" *Eco*, 128 - Diciembre 1970. Página 157. Introducción al libro *El duelo y otros cuentos colombianos*, Horst Ermann Verlag, Tübingen, 1969.

44. Rolando Bastidas Cuello. *Historia de la literatura en el Magdalena Grande*, U. Del Magdalena, Santa Marta, 2001. Página 105.

vertiginoso y del diseño enfocado a la búsqueda de un efecto final sorprendente que caracterizan el cuento moderno.

El final del período decimonónico es un cruce de caminos de las tendencias más opuestas en la literatura. Aquí se topan el cuadro de costumbres, el último romanticismo, el realismo criollo, el brillo de pedrería parnasiana, la prosa brusca del naturalismo, los artesanos de la orfebrería modernista y las vanguardias tempranas. En Colombia se dan cita en ese escenario babélico el lirismo extemporáneo de Julio Flórez (1867-1923), la música de alas celestiales de José Asunción Silva (1865-1896), la retórica de fuegos artificiosos de Guillermo Valencia (1873-1943), la escritura deliciosamente anacrónica de José Manuel Marroquín (1827-1908), el monólogo comadrero y zumbón de Tomás Carrasquilla (1858-1940) y la visión deformada de Luis Carlos, “el tuerto”, López (1883-1950).

Por este laberinto traspasan el umbral del nuevo siglo Gregorio Castañeda Aragón (1884-1960), Víctor Manuel Herrera (1884-1966) y José Félix Fuenmayor (1885-1966) y Lydia Bolena, seudónimo de Julia Jiménez de Pertuz (1884-1959). Recién abrían los ojos al mundo estalló con furor aluvional la corriente modernista desde el río Bravo hasta la Patagonia y dos poetas protagonistas de la política colombiana de la época, Rafael Núñez (1825-1894) y Miguel Antonio Caro (1843-1909) impusieron la Constitución de 1886 encaminada a restablecer la autoridad y la institucionalidad del Estado, la unidad nacional quebrantada y el retorno al poder teocrático de la iglesia católica; en plena adolescencia los sorprendió la catástrofe nacional de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y la separación de Panamá, noviembre 3 de 1903. Con el modernismo la literatura hispanoamericana se hace una, se unifica, y entra con pie derecho en el escenario de la literatura universal. Algunos de los miembros de esta cofradía fueron el cubano José Martí (1853-1895), los mejicanos Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y Amado Nervo (1870-1919), Rubén Darío (1867-1916), el nicaragüense, el argentino Leopoldo Lugones (1874-1938) y los colombianos José Asunción Silva, Max Grillo (1868-1949) y Guillermo Valencia.

El modernismo, tendencia esteticista por excelencia y emancipada de cualquier expresión que no fuera lo puramente poético, se convirtió, como lo afirmara José Luis Martínez, en “una toma de posesión del mundo, pero fue también una toma de conciencia de su tiempo”,⁴⁵ en la medida en que sus agentes empiezan a sentirse contemporáneos de Poe, de Heine, de Verlaine, de D’Annunzio, se vuelven escépticos frente al rol de los artistas y poetas como profetas y guías de la humanidad ante la situación de marginalidad en que los coloca la avalancha positivista y se autoproclaman miembros de la familia universal de los ciudadanos, es decir, cosmopolitas. Se despojan de los atuendos terrígenas y revisten sus

45. José Luis Martínez. “Verdad y diversidad”, en *América Latina en su literatura*, Siglo XXI Editores, 1974. Página 82.

versos y su prosa con las más exigentes prendas de la literatura culta de Europa, para lo cual renuevan a fondo el lenguaje y la sensibilidad.

Pero no sólo es exclusivo de los poetas y artistas ese aire de estar al día y de querer vivir a la moda con las innovaciones de la ciencia, la tecnología y las técnicas del viejo mundo y los Estados Unidos, sino que las clases gobernantes emprenden ingentes esfuerzos por trasladar a Buenos Aires, a ciudad de México, a La Habana, a Caracas, a Montevideo, a Lima, a Bogotá, las luces y el fasto de la modernidad. Como lo pone en evidencia Max Henríquez Ureña,⁴⁶ las luces de esta corriente se focalizaron en las capitales, y en la nuestra además de los poetas mencionados desarrollaron especial actividad creativa, Víctor M. Londoño, Víctor Eduardo Caro, Ismael Enrique Arciniegas, Carlos Arturo Torres (1867-1911) y Baldomero Sanín Cano, mientras que en las emergentes ciudades del Caribe apenas se ofrecieron algunas manifestaciones, más en el terreno de la lírica que de la prosa. No hubo propiamente una cuentística modernista, y los poetas de esta región clasificados en esa corriente, Luis Carlos "el tuerto" López, Miguel Rasch-Isla y Leopoldo de la Rosa (Panamá, 1888 - México, 1964), fueron más bien posmodernistas, o antimodernistas, como en el caso del primero.

JUDÍOS, ÁRABES, ALEMANES

Las ciudades de la costa, ahora con Barranquilla a la cabeza, despiertan a los rumores vivificantes del progreso. En poco menos de tres o cuatro generaciones la antigua aldea de pastores, bogas, pescadores y agricultores saltó al estadio de urbe bulliciosa y moderna. Sin desentenderse de la primitiva vocación fenicia, la nueva ciudad se abrió a una impresionante revolución de las costumbres ciudadanas, laborales, culturales, gracias a su ubicación privilegiada de puerto marítimo y fluvial, al espíritu de prosperidad de sus habitantes y al dinamismo que le imprimieron los núcleos de extranjeros que se asentaron en la pequeña urbe, aportando capitales, mentalidad empresarial y avanzados modelos de vida civilizada.

Parte de la explicación del meteórico ascenso de Barranquilla –afirman Louise Faucet y Eduardo Posada Carbo– radica en el vigor y en la iniciativa de su comunidad inmigrante. Tanto judíos como británicos, alemanes, franceses, holandeses, estadounidenses e italianos, desempeñaron un papel significativo en el desarrollo de la Costa Caribe en el siglo XIX. Este pequeño pero importante elemento extranjero ayudó a promover la expansión comercial de la región y fue un elemento determinante en el desarrollo de la infraestructura de las comunicaciones y de los servicios públicos que hicieron posible dicha expansión.⁴⁷

46. Max Henríquez Ureña. *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica. 1962.

47. Louise Faucet y Eduardo Posada Carbo. "Árabes y judíos en el desarrollo del Caribe colombiano 1850-1950", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXV, No. 49, año 2000. Página 55.

Los primeros empresarios alemanes que llegaron a Colombia se vincularon desde los días iniciales de la República a la navegación a vapor por el río Magdalena y los que vinieron a lo largo del siglo desarrollaron la industria de la ganadería, el comercio ferretero y las compras de tabaco en rama. Las oleadas migratorias de árabes ingresaron al país entre los últimos años del siglo XIX y los primeros decenios del siguiente. Sus primeros destinos fueron la Zona Bananera de Santa Marta, Barranquilla, los puertos fluviales sobre los ríos Magdalena, San Jorge y Sinú y las sabanas de Bolívar.

Los judíos entraron por las Antillas Holandesas adonde se habían establecido luego de la diáspora que los dispersó hacia Portugal primero y a Holanda, después que los reyes católicos los expulsaron de España en 1492. Establecidos en las colonias holandesas, utilizaron a Curaçao y Aruba como puente para la migración al continente en donde continuaron con sus labores de comercio de géneros, abalorios, contrabando de licores y de instrumentos musicales, entre ellos los acordeones, fabricación de hielo, establecimiento de bancos, la compra y venta de tabaco, la especulación inmobiliaria urbana y rural y la producción de rones.

Cultos, trabajadores, ahorrativos—dice de ellos Adelaida Sourdís Nájera—, innovadores, poseedores de una mentalidad capitalista, desarrollaron su talento para el comercio y las finanzas, especulando en negocios de riesgo, gracias a una vasta red de información que les permitía un conocimiento certero de las condiciones económicas internacionales y locales. Por tradición, integraban sus asociaciones entre familiares y correligionarios, lo que les permitió extensas redes emparentadas que estructuraban particulares formas de organización social y económica.⁴⁸

Las luces de la civilización moderna irradian desde los focos centrales urbanos, representados por Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, hacia las provincias y simultáneamente el desarrollo económico de las provincias refuerzan el progreso de estos ejes del progreso regional. La costa atlántica, que durante el período colonial y el primer medio siglo de la República era apenas consumidora de cigarros, por fuerza del sistema de estanco o monopolio gubernamental, una vez se libera la producción y la comercialización del tabaco, desarrolla el cultivo de la hoja en El Carmen, San Jacinto, Ovejas, Chalán, Colosó y otras poblaciones de las antiguas Sabanas de Bolívar y los Montes de María. Esta industria atrajo capitales y capitalistas de Alemania, Francia, Italia, Holanda que contribuyen a la dinamización de la vida ciudadana.

El negocio enriqueció a los empresarios extranjeros y a los criollos intermediarios del comercio tabacalero, que eran los mismos latifundistas que daban en arriendo las parcelas a los pequeños agricultores. La clase llana de aparceros y obreros de las compañías y fábricas de cigarros, obtenía durante el ciclo de la cosecha, al menos medios decorosos de subsistencia

48. Adelaida Sourdís Nájera "Los judíos sefardíes" en Barranquilla. *El caso de Jacob y Ernesto Cortiso*, Op. Cit. Página 32.

y formas de consumo de vestidos, calzados, artículos suntuarios y licores y diversas modalidades de esparcimiento social con el establecimiento de salas de cine, la conformación de bandas de músicos y grupos orquestales, las celebraciones de ferias, fiestas de toros, carnavales, factores éstos del intercambio comercial y cultural interregional.⁴⁹

La producción bananera que inicia su parábola de ascenso hacia 1890 en el espacio rural del municipio de Ciénaga y que se extiende a Aracataca y Fundación, alcanza su punto cenital “esplendor” lo llama en memorable escrito Guillermo Henríquez— entre 1907 y 1920 y toca su curva de descenso en la huelga de diciembre de 1928, sirve de cualquier forma a la prosperidad del enclave agrícola, en especial a Santa Marta, punto de embarque del producto a los mercados de Estados Unidos y Europa. A la pequeña Babel, que quedó perpetuada para la mitología literaria con el nombre de Macondo, llegó de súbito la explosión de la modernidad con la aparición del tren, que era “como una cocina arrastrando un pueblo”, las luces de la energía eléctrica, la “máquina de ilusión” del cine, el gramófono, “la cruda realidad del teléfono”, pero sobre todo la invasión de los gringos con “sus mujeres lánguidas”, el tumulto de trabajadores, vendedores ambulantes, “matronas francesas”, “putas inverosímiles” y vagabundos de leyenda.

Fue una invasión tan tumultuosa e intempestiva, que en los primeros tiempos fue imposible caminar por la calle con el estorbo de los muebles y los baúles, y el trajín de carpintería de quienes paraban sus casas en cualquier terreno pelado sin permiso de nadie, y el escándalo de las parejas que colgaban sus hamacas entre los almendros y hacían el amor bajo los toldos, a pleno día y a la vista de todo el mundo.⁵⁰

UNA HISTORIA CON MUCHA TIERRA Y POCOS PROPIETARIOS

Las antiguas sabanas de Bolívar, los valles del Sinú y el San Jorge, las llanuras del Cesar y las tierras extendidas en las márgenes izquierda y derecha del Magdalena, desde los días iniciales de la conquista y a lo largo de la colonia se fueron convirtiendo en inmensas dehesas, a partir de las importaciones de ganado de las islas Canarias, hechas a través de Santo Domingo, por el segundo gobernador de la provincia de Santa Marta, don Pedro Fernández de Lugo, y el fundador de Cartagena don Pedro de Heredia entre los años de 1535 y 1540. La proliferación de ganado en la provincia de Santa Marta fue tanto asunto de programación de las autoridades como obra del azar. Cuentan que el barco en que Alonso Luis de Lugo traía los lotes de ganados, naufragó en las confluencias de los ríos Cesar y Ariguani. Los animales sobrevivientes se extraviaron en la espesura de la manigua y empezaron a pastar y a reproducirse en libertad, al punto que a principios del siglo siguiente

49. Para una investigación en profundidad sobre este tema, se recomienda el Trabajo *El tabaco en la economía colombiana*, Luis F. Sierra, Bogotá, Universidad Nacional, 1971.

50. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Editorial Suramericana, Páginas. 194 -198.

había tantas vacas y toros cimarrones en aquellos ancones y sabanas que, en palabras del cronista Simón Pedro, daban de setenta a ochenta mil crías por año.⁵¹

Es fama también que don Pedro de Heredia investido del cargo de Gobernador de la provincia reservó para su descendencia las mejores tierras en los partidos de Cartagena, de Mompox y de Tolú, y que el Cabildo de la ciudad entre 1589 y 1631 repartió entre los vecinos y moradores de la ciudad 411.035 hectáreas. Sobre el particular es bastante revelador el juicio de Adolfo Meisel Roca:

No fue, ciertamente, la repartición inicial de la tierra en la antigua provincia de Cartagena un proceso democrático. Las 323 concesiones cuyos beneficios se conocen (para 18 se ignora el nombre del beneficiario) hechas entre 1589 y 1631 fueron a manos de 216 vecinos (recuérdese que Cartagena tenía alrededor de 1.500 vecinos para esta época). De estas 216 personas, sólo 20 lograron acaparar 100 concesiones que constituían en total el 32 % de la superficie. Pero aún, entre las 216 personas en cuestión solamente 3 eran mestizos.⁵²

La suerte del latifundio en este vasto territorio no varió ostensiblemente en el período republicano. Los herederos del maestro de Campo don José Fernando de Mier y Guerra y de doña Micaela de Lanz y Rocha y Joseph de Hoyos mantuvieron y extendieron sus dominios en el sur de las provincias de Santa Marta y Cartagena. Continuó el acaparamiento de tierras a manos de las familias tradicionales en las sabanas, el Sinú y el San Jorge, en parte por el aprovechamiento de la desamortización de manos muertas, y en parte también como consecuencia de la extorsión a los pequeños propietarios y a la rapiña ejercida sobre las propiedades de los resguardos indígenas.

En todo caso el ganado producido siguió abasteciendo el mercado interno, y desde mediados del XIX ampliaron sus ventas a Antioquia, Santander, Panamá, Venezuela y las Antillas. Algunas familias tradicionales (Trespalcios, Pumarejo, Martínez, Vélez y Piñeres) y otras emergentes, emprendedoras y audaces (Támara, Romero, García, Patrón, Pérez, Martelo, Burgos, Cabrales, Méndez, Martínez, etc.) se vincularon a esta floreciente industria mejorando las calidades del ganado, tendiendo alambradas, importando pastos artificiales, abriendo caminos desde las sabanas hasta Tolú y Magangué desde donde eran conducidos por vía marítima a sus destinos en el exterior, o río arriba hasta Puerto Berrío, lugar en que por vía férrea eran transportados a Medellín. Una ruta legendaria por la que se arreaba el ganado a pie desde Corozal era la que seguía:

El camino real de San Benito cruzando por la ceja del Lamedero, el arroyo de la Piedra, el arroyo de la Horca, las Piedras de las Llanadas, Flecha, Boca de la Puerta, Bellavista,

51. Pedro Simón, *Noticias históricas*, Tomo 4, Cap. 2, pág. 140, Banco Popular. 1981.

52. Adolfo Meisel Roca. "Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena 1533-1581", en *El Caribe Colombiano*, Barranquilla, Uninorte, 1988. Página 85.

Llanos del Limón, Las Flores, Cruce del San Jorge, Palotal, Cañafistola, actual Cauca; el caserío Man, hoy El Jardín, Guarumo y su embalse en el río Cauca para, durante seis o siete días seguir "la trocha cristana" en la selva, hasta llegar a Zaragoza en donde se hace un embalse en el río Nechí para seguir a Segovia, Remedios, Santa Isabel, Yolombó, Santiago, Barbosa, Girardota, Copacabana, Bello, Medellín.⁵³

El tránsito de las peonadas de vaqueros, a pie o a lomo de caballo, por las llanuras ilimitadas bajo el sol canicular, los ríos torrentosos, la selva hostil, los pavorosos desfiladeros de la cordillera, desmiente el estereotipo del hombre costeño refractario a los actos de valor y aplicación al trabajo. Eran viajes redondos de treinta a cuarenta días desafiando las fiebres, el mal tiempo y el acecho de tigres, caimanes y toda suerte de alimañas. De esta silenciosa epopeya popular apenas queda la memoria en el folclor de los cantos de vaquería, en los que los juglares a pecho herido proferían sus lamentaciones al viento, en forma de coplas, romances o de décimas, durante horas y horas para apaciguar los bríos de la vacada y endulzar las nostalgias. De la letra y la melodía de estos pastores anónimos y trashumantes con el tiempo se fueron perfilando los aires del son, el paseo, el merengue y la puya, agrupados más tarde bajo la inapropiada denominación de música vallenata. Ciro Quiroz Otero apoya el origen pastoril de estos ritmos:

La convergencia humana en torno al trabajo ganadero creó una estructura que cobijó psicológicamente la totalidad de la ocurrencia diaria del vaquero y su paisaje cultural. En las dilatadas jornadas de arreo, el "baquiano" era el guía cantador de los caminos, conocedor de las entrañas de los montes, caños y ríos, que disipaba el hastío del grupo. Señor de la topografía, guía de los guías del ganado, domaba idealmente a los rudos, interpretando en versos los instintos de las manadas en viaje. Aunaba también a los vaqueros con sus cantos, apenas interrumpidos por los "japeos" o gritos de coordinación. Estos mismos clamores suelen encontrarse en porros y fandangos con el nombre de "huapirreos", exclamaciones guturales que constituían, y en parte constituyen, un verdadero lenguaje no sólo para controlar el ganado, sino para comunicar situaciones de peligro, angustia propia y desahogo.⁵⁴

EL PROGRESO ASOMA A LA PROVINCIA

Paradójicamente, de la actividad rural de la crianza y el posterior proceso de comercialización de los ganados mediante prácticas rudimentarias de transporte, lo mismo que de la dinámica que se desarrollaba en los puertos de embarque, y de las utilidades que se invertían en el establecimiento de ingenios azucareros como fueron los casos de Berástegui y Sincerín, alcanzaron algún realce urbano y urbanístico, entre otras, las poblaciones de

53. Luis Eduardo Díaz Gómez, *Historia y comunicaciones en el Departamento de Sucre*, Cadena S.A., sin pie de imprenta ni fecha de impresión.

54. Ciro Quiroz Otero. *Vallenato hombre y canto*, Bogotá, Ícaro Editores, 1982, Páginas.47- 48

Montería, Cereté, Lórica, Ciénaga de Oro, Sincelejo, Corozal, Tolú, Sincé, Magangué, El Banco, Sabanalarga, Ciénaga, Valledupar, adonde con los albores del siglo XX llegaron aunque retrasadas y débiles las luces de la modernidad. Un fenómeno interesante de registrar, nos lo trae a propósito, el eminente sociólogo Orlando Fals Borda:

Desde otro punto de vista, el progreso material se hizo presente en varias formas en Sincelejo. Se establecieron fábricas de gaseosas (1906) y baldosas (1912). Llegaron el primer automóvil y el primer fonógrafo, la planta eléctrica y el cine mudo (en el Teatro Palatino). Se inauguró el hospital San Francisco de Asís (1918). El educador caleño-payanés Antonio Lenis instaló su Colegio Moderno (1920). Doña Julieta González de Alvis estableció su colegio en 1924 y publicó la extraordinaria revista "Letras". Y el inventor Urbano Paternina dio a conocer su eficaz exterminador de hormigas.

Sobre todo se logró organizar en 1910 la sección financiera de Arturo García e Hijos, desarrollada en el Banco Nacional de Sabanas en 1920, también de propiedad de los García, índice y símbolo del éxito alcanzado por las familias sabaneras y los empresarios ganaderos dominantes en el proceso de creación y acumulación de riqueza y capital. No fueron muchos tales bancos en el país en ese entonces. Se pusieron así las bases para el fabuloso negocio de carnes de la Packing House de Coveñas (1917-1919) con capital de familias privilegiadas de sabanas y del Sinú, en combinación con capital inglés y norteamericano, aventura que no resultó por mal manejo de los gerentes extranjeros, aunque a la larga se recuperó la inversión por los avezados sabaneros.⁵⁵

Con el boom del tabaco, el banano, el ganado, la producción azucarera, el arribo de compañías francesas, belgas, inglesas, estadounidenses en el Sinú entregadas al cultivo del ganado, la extracción de minerales y la explotación maderera, algunos de cuyos descendientes se asimilaron al ambiente local, se advirtió algún progreso en las comunicaciones y el comercio y cierta fluidez en el movimiento de mano de obra que contribuyó a la integración y a la identidad regional y a la lenta pero progresiva articulación nacional e internacional. Poco a poco las ínsulas físicas del territorio caribe se abrieron al conocimiento y reconocimiento recíprocos. A las animadas ferias de Tacasuán (San Benito Abad), como lo registra el alsaciano Louis Striffler en 1880,⁵⁶ sucedían las de La Candelaria en Magangué, y así sucesivamente, frecuentadas por comerciantes de la región y de Antioquia, lo mismo que judíos jamaquinos y curazoleños. A las fiestas de toros del Carmen seguían las de Sincé, y a estas las de Corozal, Sahagún y Sincelejo, pues es fama que el hombre costeño ha sabido combinar y confundir proverbialmente el tiempo y el espacio del trabajo con el tiempo y el espacio de la fiesta.

55. Orlando Fals Borda. *Retorno a la tierra Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1982, páginas. 102-103.

56. Louis Striffler. *El río San Jorge*, 1958, sin pie de impresión. Páginas 51 y siguientes.

Pero si los destellos de la presencia de capitales y capitalistas foráneos en ciertas áreas del Caribe irradian sobre el conjunto de los habitantes de las provincias, en donde se observa con más énfasis el signo de los nuevos tiempos es en los descendientes de los ganaderos y hacendados productores de banano, de los comerciantes al por mayor, de los extranjeros radicados en el país y los hijos de los empleados de alto y medio nivel en las empresas que se crearon. Son enviados a los centros académicos más renombrados de Cartagena, de Mompox, de Santa Marta, de Medellín, de Bogotá y aún del exterior, a cursar los estudios secundarios y emprender las carreras de medicina, de derecho, ingeniería civil y técnicas de contabilidad y finanzas.

Los negociantes de ganado que viajaron a Cuba a finales de ese siglo, en el momento en que este país libraba una terrible guerra por la independencia de España, se deslumbraron con el estilo urbanístico de las ciudades principales de la isla y trasplantaron, por ejemplo, al barrio de Manga en Cartagena los jardines suntuosos, los frontispicios e interiores con sólidas columnas ("increíble profusión de columnas, en una ciudad que es emporio de columnas, selva de columnas, columnata infinita, última urbe en tener columnas en tal demasía", afirma Alejo Carpentier.⁵⁷) y las salas, habitaciones y patios espaciosos y aireados del barrio El Vedado de La Habana.

El poeta bogotano José Asunción Silva, de antecedentes familiares tanto santandereanos y antioqueños como costeños, reputado como nuestro más grande poeta modernista, quien visitó a Cartagena en 1894, de paso para Caracas en donde ocuparía el cargo de secretario en la Legación Diplomática de Colombia, se llevó una enorme impresión de la ciudad y de sus pobladores y, sobre todo, de la cantidad de personas que le profesaban afecto y admiraban su poesía, y cómo no iba a impresionarse si en su ciudad natal no había recibido sino envidia y menosprecio. En carta a su mamá, doña Vicenta Gómez de Silva y a su hermana Julia, de fecha 21 de agosto, les dice:

¡Qué flores para mis versos, qué abrazos, qué acompañarme dos o tres a cualquiera diligencial Vaya una gente amable, alegre y familiar! "Tu" para acá, y "tu" para allá y: "mira tu" y "oye tu", cada cinco minutos una invitación a tomar brandy o champaña, y yo tuteando hasta el arzobispo, como dicen por allá"... La ciudad es curiosísima. Las casas del centro, los templos, el castillo de Bocachica y el de San Felipe, son viejas y monumentales construcciones españolas; todas de piedra, con cada piedra como una cantera y un lujo de solidez formidable. Los barrios nuevos, fuera de las murallas (El Pie de la Popa) y (El Cabrero), se componen de bellísimas quintas de madera, pintadas de blanco y rodeadas de jardines exuberantes ... Con toda su fealdad, el bajo pueblo negro es más atrayente que el nuestro; la gente se

57. Alejo Carpentier. *Tientos y diferencias*, La Habana, Unión de Escritores y artistas de Cuba, Segunda Edición, 1974. Página 54.

mueve, grita, chapurrea inglés, francés, no tiene el dejo terrible de nuestros pobres sabaneros... Aquí en Cartagena, asombra la grandeza de la obra llevada a cabo por los Españoles; sucede como en Bogotá; toda obra importante es del tiempo de la colonia, pero qué obras! Las murallas que le hacen a la ciudad como un inmenso cinturón de piedra, y que costaron sesenta millones de pesos oro, son dignas de cualquier plaza fuerte española... No se rían ni lo tomen a vanidad si les cuento que él (Enrique Román, Gobernador de Bolívar) y diez o doce más me han dicho de memoria "Las dos mesas", "Suspiros", "La Serenata", "azahares"; en fin, todo lo que he publicado. Los versos a Rubén Darío los dicen veinte o treinta. "Rítmica reina lírica" forma parte del saludo que me hace cada persona a quien me presentan. Yo me río de la fama literaria, pero, francamente, no deja de ser cómodo que lo conozcan a uno de nombre y que le traten con las consideraciones con que me tratan... La quinta en que vive en el Cabrero (el doctor Rafael Núñez, a la sazón presidente en ejercicio) es una lindura, con grandes jardines de palmas y de flores y estatuas. Anoche al pasar por ella en coche, ya estaba encendida la luz eléctrica en el jardín y las lamparitas, radiosas entre el follaje, producían un efecto feérico; Uds no tienen idea de la simpatía y sencillez de costumbres de la gente de aquí... Enrique Román, el Gobernador, se pasa todos los ratos en que no está en la Gobernación en su botica despachando él mismo.⁵⁸

CARTAGENA ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

Pero, por otra parte, la Ciudad Heroica pareció haberse despertado del profundo sueño de medio siglo padecido una vez concluyeron las luchas de Independencia. A ello contribuyeron los sucesivos gobiernos de Núñez, en los que se lograron inyectar capitales para reactivar la interrumpida actividad portuaria y comercial con la reapertura del canal del Dique y la construcción de la línea ferrocarrilera entre Calamar y Cartagena:

...hacia finales del siglo XIX —anota Jacques Aprile-Gnisset— la reapertura del canal del Dique contribuye en una reanimación de las actividades comerciales portuarias y se refuerza una poderosa casta de negociantes importadores-exportadores, dominando la administración local. Con vivienda y negocios en las vetustas casonas arruinadas e insalubres de la vieja ciudad, y bajo las influencias del sector extranjero, su deseo de modernidad los lleva a la negación de lo español y al desprecio por el patrimonio urbanístico y arquitectónico de la ciudad amurallada. La irrestricta admiración por la arquitectura francesa, reforzada con la introducción de la ideología de Haussman, acrecientan su desdén por la vieja "cité" tuguerial. Habría que añadir la repulsión de los extranjeros por la incomodidad, la insalubridad, la promiscuidad y también su temor de las epidemias. Hacia 1880 auspician la separación comercio-vivienda, mantienen sus "casas de comercio" en el centro, pero construyen sus residencias en

58. José Asunción Silva. *Cartas*. Recopilación y notas de Fernando Vallejo, Ediciones Casa Silva, 1996. Páginas 109-112.

los extramuros. Así se van reuniendo las condiciones para pasar de la antigua ciudad cerrada a una moderna "ciudad abierta". Entonces la ciudad sale de sus murallas y luego las destruye.⁵⁹

Movidos por el afán de modernización, entonces, pelea una casta de negociantes y especuladores sin escrúpulos que se hacen a los terrenos de la isla de Manga y a los arenales del Cabrero y a los solares de las inmediaciones de La Popa hasta donde extendieron los límites de la nueva ciudad. En el lapso que va de 1914 a 1924 fueron derribados 600 metros de la muralla oriental entre el barrio tradicional de Getsemaní y la ciénaga de la Matuna. Para el éxito de estas operaciones se movían entre bastidores, capitales y capitalistas extranjeros y los sempiternos corruptos de la burocracia local. El máximo héroe del nuevo asedio al patrimonio de la ciudad fue el italiano Juan Bautista Mainero. Aprile Gniset nos lo pinta con estas palabras:

Banquero y prestamista usurero, latifundista ganadero y exportador de carne en el Caribe; dueño de minas en Antioquia, accionista socio de Amador, en la mina del zancudo; socio de Cisneros en compañías de navegación fluvial e igualmente accionista de una empresa marítima italiana; empresario maderero, concesionario de caminos, ferrocarriles o del correo y rematador de rentas de licores.⁶⁰

El gran demolidor y urbanista, el dueño del teatro Mainero, los dos principales hoteles y de la industria lechera y hasta del cementerio de Manga, el importador de mármoles y fabricante y vendedor de materiales de construcción, llegó a acaparar la propiedad de las dos terceras partes de la superficie del recinto amurallado. El asalto definitivo de la ciudad y la demolición de las murallas que no lograron los cañones de Francis Drake y el Barón de Pointis, lo pudieron los capitales de don Juan Mainero y su gavilla de confabulados.

Mientras Don Juan Bautista echaba piqueta sobre las murallas de la Ciudad Heroica, llegó a Cartagena un noble y aventurero escocés, Sir Robert B. Cunningham Graham, quien en sus mocedades había recorrido Bélgica, Francia y España y algunos territorios del continente africano, y su pasión por los caballos lo había llevado a vivir por largos años en las pampas argentinas, en las misiones jesuíticas del Paraguay, Brasil y Chile y en el salvaje oeste norteamericano adonde se hizo a la amistad de Buffalo Bill. Pues sí, el ilustre miembro del Parlamento Británico que contaba entre sus amigos a Bernard Shaw y a Oscar Wilde arribó a Cartagena en 1917 con la misión de examinar las posibilidades de establecer en el puerto de Coveñas un frigorífico para proveer de carne a los aliados de Inglaterra en la Primera Guerra Mundial.

59. Jacques Aprile-Gniset. *La ciudad colombiana siglo XIX y siglo XX*, B. Popular, Bogotá, 1992, páginas 198-199.

60. April-Gniset, op.cit. páginas.200-201.

Pocas ciudades en el mundo, seguramente, pueden igualar a Cartagena en su belleza, en su tranquilidad, en su aire de grandeza disminuida y en el silencio de las calles”, consignó en su libro de viajes *Cartagena y las riberas del Sinú*, y agregó más adelante:

La silenciosa ciudad presenta una apariencia como de monaquismo. Largos tramos de las murallas grises con las más diminutas ventanas para mirar el mundo de afuera, hablan del tiempo en que las calles de Cartagena estaban llenas de frailes, pues éstos en todas las edades parecen haber pasado su tiempo en todas partes, menos en su propia casa. Los conventos no son sino cascarones, porque los frailes se han ido para otros mundos, ninguno de los cuales, seguramente, es más caluroso que esta ciudad. Aunque se fueron, su influencia continúa, por decirlo así, en el ambiente, porque Cartagena es una fortificación del catolicismo. Las calles arenosas, la gente con sus vestidos blancos como la nieve, el poco tráfico y la atmósfera muella y calmante, forman hoy un dibujo casi único en Sur América.⁶¹

SOBRE CULTO A LOS MUERTOS Y MURCIÉLAGOS

En contraste con el espacio civilizado de Cartagena, que compara con la Sevilla pagana y católica, el ilustre escritor y periodista en su empresa nada turística visitó desde Tolú, siempre a pie, a Palmito, Ciénaga de Oro, Lórica, Cereté, Sahagún, Sincelejo, Corozal, atravesó el corazón del Sinú y se internó en los valles del San Jorge por donde ingresó a Magangué para regresar a Europa por Barranquilla. Gracias a sus impresiones de viaje nos enteramos del estado de los templos y los cementerios, del nivel de información y de cultura y las maneras exquisitas de urbanidad de los grandes hacendados de la región (don Julián Patrón, los Burgos Rubio y los Vellojín Rubio que habían visitado las Antillas y París y hablaban fluidamente el inglés y el francés), como de la situación lastimosa de las fondas y hospedajes de los lugares por donde iba pasando. Comprobamos el aspecto lamentable de los caminos y el grado de aislamiento que padecían entre sí los pueblos del territorio de la costa y, además, el monopolio que ejercían ahí sobre el comercio los siriolibaneses y descubre que los “turcos, en este país, son cordialmente malqueridos”. En su crónica nos concede también el señor Cunninghame un desgarrador testimonio sobre el pobrísimo culto que se rendía a los muertos en algunas localidades:

En las afueras de Sahagún, en un pequeño claro en el monte, antes de que el camino entre en el campo abierto, hay un cementerio, uno de esos desolados cementerios colombianos que están entre los más abandonados de cualquiera de su clase. Algunas veces una pared de ladrillos secados al sol o una cerca rústica de alambres de púas oxidado, los circundan. En todo caso, tienen una puerta de entrada hecha de adobe y pintada originariamente de blanco o de limón pálido; pero el sol y la lluvia la descoloran

61. Robert B. Cunninghame Graham. *Cartagena y las Riberas del Sinú*. Traducción de Remberto Burgos Puche, Publicaciones del Departamento de Córdoba. Montería, 1968.

y sólo quedan manchas indistinguibles. La puerta casi siempre está con las bisagras quitadas y maltratada por el sol. Las cruces usualmente son de hierro y casi siempre están sesgadas. Animales sin domesticar hacen sus caminitos entre las tumbas y a veces un armadillo hace su cubil en una de ellas. Todo aparece tan reseco y tan descuidado que cuando se cruza la puerta involuntariamente se siente compasión por quienes reposan en estos sepulcros arenosos, expuestos en muerte, como lo estuvieron en vida, a una batalla continua con el sol. Nunca colocan siquiera flores en las tumbas, o, si eso hicieran, se consumirían tan pronto que sería como si nunca las hubiesen puesto, y el difunto parece más olvidado y más solitario de lo que pudiera estar en cualquier cementerio del mundo... Cuando se pasa por un cementerio como el de Sahagún, sería inútil derramar una lágrima, porque se evaporaría antes de llegar al suelo.⁶²

No se puede pasar por alto que el escocés era un narrador de ficción y que algo de su fantasía creadora y de su énfasis literario se filtró por las páginas de Cartagena y las riberas del Sinú. En la descripción del camposanto de Sahagún lo asisten cierto toque imaginativo y un irónico tono de humor. Sin embargo este episodio está lejos de ser otra fabulación del cuentista escocés. El sabio alsaciano, don Luis Striffler se había pronunciado hacia 1880 en términos parecidos sobre los habitantes del San Jorge:

...puede establecerse que en el país no existe el culto del pasado; los hijos apenas se acuerdan de sus padres y jamás de sus abuelos;...pero en el San Jorge, las generaciones se suceden sin que conozca su existencia, que el tiempo va llevándose. El individuo tiene el presentimiento de que nada quedará de él, y por lo tanto, no tiene que cuidar de su reputación; ávido de vivir, disfruta de la vida; el momento presente es lo único que le preocupa. Este es el país de la indolencia... el país de la indolencia tiene el culto del olvido. Para esta gente no hay más que la víspera y el día.⁶³

Estos ingredientes tampoco lo abandonan en el trazado del escenario de la lóbrega hostería en que se hospeda en Corozal (“una alcoba enorme y abovedada, que al parecer formó parte de una arcaica mansión española construida en los primeros años de la conquista”), que parece calcado de uno de esos relatos góticos de su contemporáneo también británico Robert Louis Stevenson. Algunos momentos de la horrible noche del aventurero escocés ocurrieron en el comedor y en el dormitorio:

La cena se compuso más bien de fragmentos de viandas, pues el arroz cocido y un platillo difícil de masticar que después de larga espera hicieron su aparición, no invitaban para comerlos. Murciélagos descendían como harpones a intervalos y los mosquitos emitían sus chillidos penetrantes. Los ciempieses (sic) se deslizaban en las paredes y amenazaban con caer sobre los platos. Comimos renuentes algo del guisado,

62. Robert Cunningham Graham, op. cit. Páginas 271-272.

63. Luis Striffler. *El Río San Jorge*, 1958, Sin pie de impresión.

por no ofender al hostelero, y afortunadamente llegaron dos o tres perros y nos ayudaron en nuestra tarea. La noche fue interesante, por una fuerte tormenta que se desató. Los relámpagos iluminaban de vez en cuando el desvaído cuarto, y sus efectos en las paredes y en los techos de los reflectores en un teatro. Noches de esta clase son dignas de un largo día a caballo bajo el sol, es, las recordamos con todas sus pequeña irritaciones suavizadas por el tiempo y la distancia, y la diáfana impresión que dejaron en nuestro espíritu.⁶⁴

En el primer tercio de siglo son muchos los colegios privados que se fundan a lo largo y ancho de la costa; se montan imprentas (para citar nada más que un caso, por 1917 funcionaban diez casas editoras en Magangué, los periódicos Ritmos, El Comercio, El Polo Norte, El Tren Expreso, Juventud, El Verbo y El pequeño Diario, diario de la mañana, noticioso, 1914-1932, en los que escribían Efraín César Julio, Luis C. Peñarredonda, Leopoldo Durán, Adolfo Prins Julio y Antolín Díaz, entre otros⁶⁵) en las que se editan periódicos y revistas locales; familias adineradas importan pianos e instrumentos musicales, y buena cantidad de ellos, como es el caso de los acordeones, entran de contrabando; se ponen de moda las bandas municipales y se crean escuelas de música, se abren salas de cine, pequeñas librerías y los intelectuales y poetas organizan tertulias literarias periódicas.

LOS HÁBITOS DE ELEGANCIA LLEGAN TAMBIÉN AL CUENTO

Los lujos y ornamentos con que se reviste la arquitectura y la vida cotidiana parecen reflejarse en la novela, la poesía y el cuento modernos. Los hábitos de elegancia y buen gusto impregnan los relatos de Lydia Bolena, Gregorio Castañeda Aragón, Manuel García Herreros, Fernando de Andreis y Amira de la Rosa, a quienes los envolvieron los aires perfumados del último modernismo. El ambiente de fascinación y de misterio de “Una vivienda encantadora”, de Lidia Bolena, el imponente escenario de vecindad marítima de “Náufragos de la tierra”, de Gregorio Castañeda Aragón; la fina aventura sentimental y el ambiente de gran mundo del barco en que hacen el recorrido de México a La Habana los personajes de “Tula del Real”, de Fernando de Andreis; la anécdota realmente trivial aunque tocada de gracioso humorismo que despliega el relato “Asaltos” y la penetrante fuerza psicológica presente en “Ocaso”, de Manuel García Herreros, la construcción palabra a palabra de la soberbia arquitectura de “Marsolaire”, de Amira de la Rosa, con el más esmerado léxico y sobre el fondo de un deslumbrante paisaje tropical, en fin, todo en esas narraciones revela la influencia del modernismo.

Los relatos de Amira de la Rosa y de Castañeda Aragón, en especial, introducen elementos que van a caracterizar la narrativa de la siguiente generación: la incorporación de las

64. op. cit. Página 268.

65. Albio Martínez Simanca, Compilador-Editor, *Vida y obra de Antolín Díaz, El coloso del periodismo*, Universidad Sergio Arboleda, inédito.

formas dialectales del habla popular y la presencia amorosa de las clases humildes en la cuentística del Caribe. En "Marsolaire" discurre en el cuadro animado de una familia de estratos bajos el ambiente de Puerto Colombia y en "Náufragos de la Tierra" se muestra en el trazo paradisíaco de un paisaje equidistante de la sierra y el mar, a una pareja adánica expulsada por el dios terrible del Estado que le había concedido esos baldíos a una compañía extranjera sin detenerse a pensar en los perjuicios que pudieran causarse a los colonos espontáneos de esos lugares. Teobaldo, el protagonista de la historia recuerda que fue un recluta forzoso de la última contienda civil en donde unos pobres del campo "abandonaban el hierro que fecunda la tierra para empuñar el hierro que mata", "¡Ah! Pero ahora sí que lo empuñaría él también. No para ir contra los suyos, contra sus propios hermanos de infortunio, sino para echar de la patria aquella gente extraña y aquella otra gente, más infame que los otros, puesto que entregaba la tierra al extranjero".

"La última contienda civil" que evoca el protagonista debió ser, sin duda, la guerra civil de 1899, o Guerra de los Mil Días, que se libró entre liberales y conservadores, se extendió sobre la totalidad de la geografía del país y dejó entre baldados y muertos a más de cien mil colombianos; de una población de poco más de tres millones de habitantes; mientras que con la entrega de la tierra al "extranjero", aludía a los Estados Unidos, que no contentos con arrebatar de un zarpazo a Cuba y Puerto Rico de la tutela colonial española en 1898 y desmembrar de Colombia el Estado de Panamá en 1903, recibían del gobierno nacional graciosas concesiones de cientos de miles de hectáreas para la exploración y explotación de petróleo en nuestro suelo. En ambos narradores, por lo demás, es perceptible la sobreestilización de la naturaleza y la idealización de los actores del pueblo propias del modernismo, cosas que van a cambiar en las generaciones siguientes más cercanas humana, social y, aún, políticamente, puesto que provenían de las clases medias de la provincia.

Filadelfo Urueta, Sincelejo (1885-1935); Antolín Díaz, San Carlos, Córdoba, (1895-¿1970?) Simón Latino, seudónimo de Carlos H. Pareja, Sincé, Sucre (1899-1988); Fernando de Andreis (1900-1941), Adolfo Martí, nombre literario de Francisco Adolfo Támara (1903-1968), Sincelejo; Pompeyo Molina, Sincelejo (1906-1954) y Carlos Arturo Caparros, Ciénaga de Oro (1907-1997), fueron hijos de la provincia y cuando no ejercieron la docencia fueron profesionales del periodismo. No sólo los asimila el origen regional y de clase, el oficio y la inclinación por las ideas progresistas, sino el hecho de que escogieron como su punto de concentración laboral a Bogotá o a Barranquilla.

BARRANQUILLA: EJE DE LA MODERNIDAD Y DESTINO DE LA INTELIGENCIA

A su vez, cuando el país se proponía rectificar rumbos y cicatrizar las heridas de la guerra, bajo la administración de Rafael Reyes, Barranquilla intenta convertirse en el propicio destino de la inteligencia. Allí el joven cuentista santandereano Enrique Otero D'Costa (1883-

1964), escribe y publica sus *Relatos de la guerra de los mil días*, en 1902. Cuatro años más tarde, inició también en ella su carrera periodística y literaria el notable poeta antioqueño de la errancia, Porfirio Barba Jacob (1883-1942), al amparo del cenáculo de los intelectuales y poetas costeños que lo acogieron, algunos de los cuales fueron Leopoldo y Enrique de la Rosa, Lino Torregroza, Hermes Zepeda, Tiberio Hormechea y Miguel Rasch Isla. A propósito, en aquella tertulia dio a conocer algunos de sus primeros poemas, entre los que figuran “La tristeza del camino” y “La parábola del retorno”, inmediatamente publicados en los periódicos locales *El Siglo* y *Rigoletto*, con el seudónimo de Ricardo Arenales.⁶⁶ Con sus contertulios, confiesa el poeta: “leía yo a Darío y a Valencia, a Darío y a Emerson, a Valencia y a Guyau, a Darío y a Renán, a Valencia y a Cervantes, a Darío y a Carlos Marx, a Valencia y a Édgar Quinet.”⁶⁷ Otros huéspedes tan ilustres como permanentes en los años que siguieron y que dejaron una huella indeleble en la actividad periodística y literaria fueron Luis Tejada (1898-1924), quien estuvo vinculado a la redacción del periódico *Rigoletto*, el bogotano José Osorio Lizarazo (1898-1964), autor de la novela fantástica *Barranquilla 2132*, y el dramaturgo, publicista y empresario teatral bogotano Luis Enrique Osorio (1896-1966).

Pero Barranquilla no es sólo el polo magnético de los intelectuales y escritores de la época, sino el punto máximo de atracción laboral y vital del litoral Caribe en el siglo naciente. Atrae a gentes de adentro como de fuera de la región, tanto a individuos con mentalidad empresarial como a obreros, campesinos y artesanos; tanto a intelectuales y artistas como a gentes de escasa ilustración. Los liberales perseguidos por la intransigencia conservadora encontraron ahí seguro refugio. Además, a propios y extraños convocaba su talante de ciudad sin abolengos ni timbres nobiliarios y ese aire de libertad, de igualdad, de democracia que todos anhelaban respirar en sus ámbitos, en suma, el sueño dorado de la modernidad que colmaba el imaginario social y que se observaba ya materializado en construcciones urbanas, carreteras, vías férreas, tranvía de mulas, sirenas que anunciaban el ingreso y salida de obreras y obreros de sus turnos en las fábricas y humos de chimeneas subiendo por el azul espléndido de su cielo, oficinas con hombres trabajadores y mujeres trabajadoras, compradores y compradoras llenando las plazas de mercado y los almacenes y barcos fondeados en los muelles. Ante todo, el aire moderno se observaba ya materializado en construcciones urbanas.

Tal como entran por los mismos años al torbellino de la modernidad Manaos y Belén merced al nacimiento de la comercialización del caucho, Sao Paulo y Santos gracias a la reactivación del mercado del café, Maracaibo y Puerto Cabello en virtud del auge del petróleo, Matanzas y Cienfuegos en razón de los precios favorables del azúcar, el anónimo puerto

66. Porfirio Barba-Jacob, *Poemas*, Recopilación y notas de Fernando Vallejo, Procultura, Bogotá, 1985. Páginas 19-41.

67. Porfirio Barba-Jacob, Medelín, Bedout, s.f., *El corazón iluminado*. Página. 41.

fluvial, de casas de bahareque y techos de palma situado a 27 kilómetros del mar, de la noche a la mañana hace su ingreso por las avenidas seguras y despejadas del progreso:

Barranquilla –sostiene José Luis Romero– acaparaba cada vez más el tráfico internacional y servía de llave a la navegación del Magdalena. Y tanto su crecimiento irregular como el aire de improvisación que tenía su arquitectura se moderaron por la acción de esa nueva burguesía de origen cosmopolita y advenedizo que promovió su desarrollo. Nada en ella recordaba el pasado colonial, como lo recordaban las murallas de Cartagena.⁶⁸

En 1905 Barranquilla se erige en capital del Departamento del Atlántico y con ella se desprenden de Bolívar los municipios y territorios de esta sección situados en las proximidades de la desembocadura del río Magdalena. La autonomía conquistada le permitiría a la nueva sección trazar sus propias políticas de desarrollo sin tener que depender de Cartagena, con la que mantenía una sorda rivalidad por la preeminencia portuaria desde el siglo anterior. Colombia fue un país sin adecuadas vías terrestres que facilitarían el progreso equilibrado y armónico de sus regiones y ciudades, de modo que la única arteria que recorría el cuerpo social era el río Magdalena y así quien tuviera su control se garantizaba el monopolio del comercio y las comunicaciones. Santa Marta tenía de antemano perdida la batalla por las dificultades de conexión con el río, y a la final sus familias económicamente más prominentes, lo mismo que muchos empresarios de Cartagena y Bolívar, terminaron trasladando sus inversiones y empresas al nuevo emporio industrial del Caribe, que, preciso es decirlo, creció y se consolidó a despecho de las otras dos capitales. En adición, los empresarios extranjeros no interrumpieron el proceso de vinculación al desarrollo industrial de la ciudad:

En 1906 –afirma Theodore Nichols– una compañía europea producía ladrillos de arena y cal con maquinaria alemana; en la misma época había ya fabricantes de azulejos y de tejidos de algodón, de harina, maderas, calzado, velas, jabones, agua mineral, cerveza y hielo.⁶⁹

El general Rafael Reyes (1850-1921), un militar pragmático, antiguo negociante de quina en el sur y emprendedor en materia de negocios y obras públicas y admirador del déspota ilustrado mexicano Porfirio Díaz, con la consejería de un visionario y progresista pensador de la época, don Baldomero Sanín Cano (1861-1957), le imprimió al gobierno que presidió entre 1904 y 1909 una dinámica por la civilización de las costumbres políticas y la modernización industrial y comercial nunca antes experimentadas en el país. Al conjuro de sus acciones, Bogotá, Medellín, Cali, Buenaventura, Manizales, Pereira y otras ciudades nucleadas alrededor de la producción y exportación del café tuvieron un positivo incremento demográfico y un acentuado desenvolvimiento urbanístico, industrial y económico. En la

68. José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976. Página. 253.

69. Theodore Nichols. *Tres puertos de Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1973. Página. 71.

alborada del siglo como por encanto hacen presencia en las calles, en las residencias y caminos el sistema de alumbrado con energía eléctrica, redes de acueducto y alcantarillado, teléfonos, automóviles, formas mecanizadas del transporte y a través de los trenes se enlazan algunas ciudades del interior (593 kms.), aunque las dos terceras partes de las líneas férreas se emplean en el acarreo del café (421 kms.).

En todo caso, los intelectuales en los periódicos, el hombre de la calle y los poetas saludan el advenimiento del progreso y los adelantos de la ciencia. Uno de ellos, es el poeta Abraham Zacarías López Penha (1865-1927), judío sefardita radicado en Barranquilla desde 1887, cuya personalidad y cuya obra eran objeto de las opiniones más encontradas. Para unos era afable y para otros huraño; no faltó quien reconociera su “vastísima erudición, una cultura literaria tan exótica en mi ciudad nativa... como un clavel en la cumbre del Chimborazo”,⁷⁰ ni quien lo acusara de mediocre versificador; más de uno elogió su desprendimiento y generosidad, a la vez que no pocos vieron en el dorso de las letras poéticas la prosa burda de las letras de cambio. Un buen estudioso de este momento de la ciudad, el novelista Ramón Illán Bacca, asegura que “A. Z. López Penha supo combinar en esa Barranquilla fenicia (fue cacharrero, librero, boticario y empresario de cine) su carácter de comerciante y su afición a las letras. También manejó su vida literaria con cierto método comercial. Fue avant la lettre, un relacionista público. Todas sus obras, ya lo indica así Blanco, estuvieron dedicadas a personalidades públicas”.⁷¹ Pero volviendo sobre el progreso y los adelantos de la ciencia, el poeta-empresario de Curazao, con acento que se nos antoja withmaniano, en un libro de 1898, Reflorescencias, canta el “vibrar de las hachas que descuajan los bosques”, se admira de “ver cruzar silbando las potentes locomotoras”, y en arranque edípico apostrofa al padre Rubén Darío y a su poesía:

*Vuestras marchas triunfales no me entusiasman;
prodúceme disnea la pompa de vuestros discursos;
odio el óxido carbónico de vuestros salones
y la química de vuestros vinos...*

.....
Amo los versos viriles, versos de hierro;

.....
*amo el aire libre con sus grandes corrientes,
y los grandes torrentes de la montaña;
amo la misteriosa amiba
y el misterioso esporo,*

70. Julio H. Palacios, *Historia de mi vida*, pág. 100, sin pie de imprenta ni fecha de edición.

71. Ramón Illán Bacca. “*El modernismo en Barranquilla*”, en *Escribir en Barranquilla*, Barranquilla, 1994. Página 11.

*y el espermatozoido más misterioso todavía;
mi única marcha es la marcha triunfal de la república.*⁷²

EL PROGRESO ES CUESTIÓN DE ÓPTICA

Para la mentalidad colombiana que no conocía otra realidad que la propia, el país progresaba con cierta celeridad. Muy poco en cambio para quienes venían de Europa y comparaban las excelencias de los servicios de transporte y de hoteles del viejo mundo con las formas rudimentarias de vida de nuestro país. Este parece ser el caso de Félix Serret, que lo recorre de extremo a extremo desde Buenaventura, pasando por Cali, Cartago, Manizales, Fresno, Mariquita, Honda, El Banco, Calamar, Cartagena, Santa Marta, Barranquilla, para tomar finalmente en Puerto Colombia el vapor que lo lleva de regreso a Europa. El gourmet francés, en su libro *Viaje a Colombia 1911-1912*, se queja del trato y del desaseo de la gente, de la suciedad de las habitaciones de los hoteles y hasta del papel moneda circulante. Como nota de despedida de su libro y de Colombia deja consignada esta joya:

*Aparte de su actividad comercial e industrial, Barranquilla no tiene nada de importancia, ni siquiera de interés. Es una ciudad de 30.000 a 35.000 habitantes, muy extendida pero mal construida, mal conservada, mal empedrada, desprovista de hoteles confortables o simplemente bien tenidos, y, además, de todo esto, es visitada con frecuencia por la fiebre amarilla. Por ello la mayor parte de los viajeros que vienen del interior para viajar fuera del país, tan pronto terminan las formalidades de la partida, se dirigen en tren por una carrilera estrecha a Puerto Colombia, situado sobre el mar y lugar de embarque. Allí al menos pueden sentirse como en el campo, y tomar los baños en la playa o dejarse mecer largo rato en la hamaca mientras esperan tranquilamente el navío al cual van a confiar su suerte. Este fue en efecto el partido que yo tomé. Llegado a Puerto Colombia no tuve la preocupación de buscar hotel, porque no había más que uno, construido en planchas y en pilotes en el mar, lo que me brindó más de una vez la distracción, un poco onerosa, es cierto, de ver las sargas de cangrejos venir a roer mis medias, estimadas inútiles en un país donde las tres cuartas partes de la gente van descalzas.*⁷³

Así nos veía este viajero francés, y así más o menos éramos seguramente: una nación con malformación congénita, atrasada y diezmada por la corrupción y por las guerras. Sin embargo, éramos también un conglomerado humano pujante y con las energías físicas y mentales suficientes para construir una nueva imagen de ciudad y de país. En medio de las vicisitudes, aunque lentamente, se progresaba. Pero no deja de ser válida la pregunta, el progreso de quién y para qué. Está claro que en la segunda mitad del XIX, surge en Colombia

72. A. Z. López Penha, "Reminiscencias" en *Ralz y desarrollo de la literatura colombiana, Historia Extensa de Colombia*, Tomo XIX, Ediciones Lerner, Bogotá. Página 479.

73. Félix Serret. *Viaje a Colombia 1911-1912*, Bogotá, Banco de la República, 1994. Página 291.

una promoción de intelectuales, políticos y comerciantes estudiosos de los fenómenos contemporáneos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, en donde una clase empresarial había tomado la dirección de los estados con miras al enriquecimiento privado y a la prosperidad pública. Sin el bienestar de los ciudadanos que ganaban salarios y adquirirían capacidad de compra, sostenían con mucha lógica, no podía darse la acumulación de capital en la clase de los propietarios. Y sin la acumulación de capital no podía haber reposición de equipos y de maquinaria y ampliación de la capacidad instalada y la contratación de investigadores en la ciencia y la tecnología para el ensanche de las industrias. Así de sencillo. Esta clase de propietarios era la burguesía.

En Colombia la burguesía naciente una vez toma posesión de los mandos de gobierno, neutraliza o hace alianzas con la vieja clase señorial y la iglesia católica a efectos de insertarse en la gran estructura mundial de poder, el capitalismo. De inmediato considera que lo fundamental es abrir créditos y atraer capitales extranjeros con el propósito de importar bienes de producción y de consumo, abrir vías, adquirir medios modernos de comunicación y fomentar industrias y fuentes de trabajo urbano y rural. Mediante estos trámites empiezan a llegar fábricas de tejidos, cervezas, gaseosas, vidrios, lozas, cristalerías, herramientas, calzados, equipos de impresión y encuadernación, etc., al tiempo que abonos, semillas y técnicas de roturación con arados mecánicos, y de drenajes, máquinas de siembra, cosecha y conservación de los frutos. A los extranjeros y sus capitales, a través de una legislación flexible, había que concederles garantías plenas para la inversión y tierras de colonización y baldíos para el montaje de hatos ganaderos, extensión de vías férreas y el desarrollo de agroindustrias. A este tenor, mediante redención de bonos de deuda pública a 300 comerciantes urbanos y negociantes de exportación e importación, extranjeros y nacionales, entre 1827 y 1931, les fueron adjudicadas 450.000 hectáreas en la costa que entraron a reforzar el sistema semifeudal de tenencia de tierras.⁷⁴

En el marco de estos acontecimientos era obviamente lícito que progresaran los propietarios de fincas bananeras que surtían el monopolio de la United Fruit Company; los ricos hacendados dueños de hatos ganaderos en las sabanas de Bolívar y los valles interfluviales; los intermediarios que compraban el tabaco a los cosecheros en los Montes de María, pero sobre todo los extranjeros dueños de bancos, especuladores de propiedad raíz en Cartagena y Barranquilla, los industriales y comerciantes al por mayor, los monopolistas del transporte fluvial, los exportadores de tabaco a Alemania y los Estados Unidos y al círculo de gobernantes que mandaba, legislaba e impartía justicia a favor de los pioneros del desarrollo capitalista. En esa medida se explicaba la represión de los sindicatos y las huelgas sindicales y, en consecuencia, el reconocimiento de salarios de subsistencia a los trabajadores, sin lo

74. April-Gnisset, op. cit. Página 174.

cual era imposible la acumulación suficiente de capital para ensanchar la industria y renovar equipos y maquinarias. Con estos argumentos el ejército y la policía de Colombia procedieron a contener la protesta de sus compatriotas en beneficio de las compañías extranjeras y actuaron en la destrucción, los despidos y los baños de sangre en la huelga de braceros de Barranquilla y Calamar de 1910, en la de los ferroviarios de Girardot, el Sur y la Sabana en 1919, en la de los obreros de la Tropical Oil Company de Barrancabermeja en 1927 y en la de los obreros de la United Fruit en la Zona Bananera, en diciembre de 1928, cuando la tropa bajo el mando del general Cortés Vargas se vio obligada a intervenir para conjurar el "reino del terror":

Los huelguistas en su huida quemaron y saquearon. En el campamento de Sevilla se libró una batalla por varias horas. El almacén de la compañía y otros edificios fueron quemados hasta los cimientos, y los huelguistas intentaron quemar vivos a los empleados norteamericanos y colombianos que estaban resistiendo en la única casa que quedaba. Antes que esto ocurriera, llegó el ejército, y en la batalla que siguió murieron 29.⁷⁵

Otra línea de pensamiento se movía en dirección opuesta. Los gobiernos de la hegemonía conservadora, que perduró de 1885 a 1930, entregaron al país maniatado de pies y manos, primero al imperialismo inglés y luego al imperialismo yanqui. Precipitaron la Guerra de los Mil Días para ahogar en sangre las aspiraciones del pueblo a una vida de democracia con justicia social, encarnada en los ideales de Rafael Uribe Uribe, por fuerza de los malos manejos políticos facilitaron la desmembración humillante de Panamá y se enriquecieron a la sombra de los capitales imperialistas y a costas del sudor y la sangre de la clase trabajadora colombiana. Con la autoconcesión de baldíos en el sur del antiguo Bolívar fronterizo con Antioquia, la dádiva de tierras y privilegios al capital norteamericano, y con los 30 millones de dólares de la indemnización por Panamá, que constituyeron la cuota inicial de la llamada "danza de los millones", unos y otros se repartieron el gran banquete en la mesa de Epulón.

Quedaban las sobras para la pitanza de los intermediarios, los capataces, los empleados de responsabilidad, los profesionales de la construcción, los médicos y los abogados que defendían los intereses de las compañías. Y acaso para Lázaro sobraban las migajas de las sobras, esto es, para los obreros de las fábricas, los braceros de los puertos, los trabajadores de los ferrocarriles, los recolectores del banano, los peones agrícolas y los pastores de ganados. Los años 10 y 20 contemplaron el nacimiento y ascenso tumultuoso de una clase obrera con cierta capacidad de organización y de lucha en procura de beneficios económicos y laborales y el surgimiento de asociaciones campesinas, cuya consigna era la ocupación de predios para el servicio de los verdaderos trabajadores del campo. Las reclamaciones laborales y las

75. Miguel Urrutia. "El desarrollo del movimiento sindical y la situación de la Clase obrera"; en *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Procultura y Tercer Mundo Editores, 1984. Página 232.

invasiones de tierras concluían en la cárcel, la muerte o el destierro, porque como lo recuerda Jorge Rodríguez Crisancho, la legislación era abundante y magnánima a la hora de favorecer a los terratenientes criollos y a las compañías extranjeras, en cambio, “al iniciarse el siglo XX, la condición jurídico-política de la fuerza de trabajo continuaba igual a la existente en el siglo XIX”, y por lo tanto “en aquel momento no existe legislación laboral, las asociaciones de trabajadores se rigen por el código civil y las reclamaciones y acuerdos con los patronos, por el código de comercio”,⁷⁶ tal como corresponde al tipo de relaciones precapitalistas.

Independiente de quien tuviese el dominio de la verdad en los dos polos de la discusión, el país había cambiado y en adelante la evolución de las costumbres y la vida económica y social tendría un mayor grado de complejidad y aceleración:

El análisis del censo de 1918, —afirma el historiador Fabio Zambrano Pantoja— demuestra que el cambio ya es radical y el aspecto de la región de la costa Caribe de Colombia, al igual que el que presentaba el país es diferente de aquel que se registraba durante el siglo XIX. Tal transformación, se corresponde con la distribución regional de la población puesto que, desde comienzos del siglo XX, la Región Caribe experimenta un fuerte incremento en la participación de la población en el total nacional, tendencia que continúa durante todo el siglo. Paradójicamente, la costa Caribe se va configurando como la gran frontera interna de Colombia, en razón de haberse convertido en uno de los más importantes destinos de las migraciones internas.⁷⁷

LA REVOLUCIÓN DE LOS AÑOS VEINTE

El decenio que se abre en 1920, aunque en estos asuntos cualquier fecha es arbitraria, es el momento en que hace crisis la leve ondulación progresiva del desarrollo del país, y quizá de la realidad planetaria. La correa de transmisión que alimentaba el impulso de la maquinaria social y estatal se hace añicos y la minoría gobernante no encuentra la fórmula para reparar el viejo aparato o ensayar nuevas fuerzas motrices. Sonaba la era de la urbanización, pero la rudimentaria infraestructura de servicios y el mercado laboral no alcanzaba a contener el oleaje migratorio que venía del campo. Se requería de la integración de regiones en el propósito de la unidad territorial amenazada, sin embargo la geografía se alzaba como un obstáculo y la carencia de recursos imposibilitaron la comunicación por carreteras y vías férreas, mientras las conexiones fluviales y aéreas eran precarias en el primer caso y todavía muy deficientes en el segundo.

Se requería de mano de obra calificada, escuelas de capacitación técnica y educación a más alto nivel para la formación especializada de profesionales en artes, ingenierías, ciencias

76. Jorge Rodríguez Crisancho. *Colombia conquistada y globalizada*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 2001. Página 90.

77. Fabio Zambrano Pantoja. *Poblamiento y ciudades del Caribe Colombiano*, op.cit. Página 74.

humanas y humanismo, cuando el grado de analfabetismo era abrumador, sobre todo entre los pobres del campo. El país no disponía de capitales para comprar maquinarias y adiestrar obreros que las pusieran en funcionamiento. Y, lo peor, carecía del empuje industrial adecuado y de líderes culturales que dinamizaran la sociedad en el trazado de un proyecto autónomo de desarrollo mediante el fomento de la escolaridad y la creación de casas de estudio e investigación de nuevas tecnologías. En esas condiciones la modernización nos cayó con la violencia de una avalancha y en vez de que el progreso nos hiciera verdaderamente libres, nos volvió más pobres y más dependientes.

No obstante, en medio de este laberinto de paradojas y contradicciones la nación se modernizaba. Modernización en términos generales equivalía a civilización material. La civilización era el proyecto de Estados Unidos y los estados centrales de Europa, en otras palabras, un proyecto occidental y de occidentalización de las periferias del mundo, encaminado al ensanchamiento de sus fábricas y la extensión de sus mercados. La nueva civilización de las máquinas adonde quiera que entraba pulverizaba las tradiciones. Homogeneizaba las costumbres e imponía nuevos modos de vida. Todo se somete a su ritmo. Todo se racionaliza: la cantidad de producción, los horarios de trabajo, el tiempo del descanso y del sueño.

En adelante la palabra de pase mágico empezó a ser el adjetivo moderno. Hombre moderno. Arquitectura moderna. Música moderna. Enseñanza moderna. El conjunto de nociones en que se sustentaba el culto del pasado se va a pique, o queda a punto de irse a pique. El mundo se vuelve provisional y contingente. No ha terminado de consolidarse una cosa cuando ya viene otra que la sustituye superándola. La familia, la Iglesia, la gramática, las leyes de las preceptivas literaria, las jerarquías establecidas, los patrones de conducta convencionales entran en crisis. De un año a otro las marcas de automóviles cambian de modelo y las telas, los cortes y los colores de los vestidos envejecen de una estación a otra. Lo nuevo siempre es mejor, parece ser la consigna de la nueva filosofía positiva. A partir de este instante una inusitada tradición se impone, según Harold Rosenberg: "la tradición de lo nuevo".

La literatura culta que fue un fenómeno urbano desde Grecia y Roma y a lo largo de la edad media, mediante la invención de la imprenta, la progresiva alfabetización de la población popular, la democratización del libro y la profesionalización del escritor, se convierte en un fenómeno cosmopolita. Cosmopolitismo y democracia van de la mano. Libertad de imprenta, libertad de cultos, libertad de pensamiento y libertad de comercio son requisitos para el florecimiento de la creación y la divulgación del libro. La mentalidad del escritor y la del lector se tornan cosmopolitas. Sin mentalidad urbana y sin lectores urbanos, al menos en hábitos de vida y cultura, es impensable la literatura moderna. Es verdad que en la ciudad el individuo se disuelve en la masa, se anonimiza, pero no es menos verdad que la ciudad iguala, democratiza.

Por más que las novelas y los cuentos narren historias de campesinos, hablen el idioma de los campesinos y discurran en el paisaje campesino, la novela y el cuento no por eso dejan de ser urbanos. Horacio Quiroga (1878-1937), Joao Guimaraes Rosa (1908-1967), Jorge Luis Borges (1899-1986), Jorge Amado (1912-2001), Juan Rulfo (1918-1986), José María Arguedas (1911-1969), refieren en sus relatos peripecias de hombres sometidos a la fiereza de la vida salvaje en las caatingas, las selvas, el sertón, las pampas, los repliegues cordilleranos, pero la óptica con que ven el mundo es la óptica de la ciudad. Las técnicas de composición se anudan en el mismo cañamazo con que han tejido su escritura, verbigracia James Joyce y William Faulkner, acudiendo al monólogo interior y a la libre corriente de conciencia, y detrás de los protagonistas y los escenarios rústicos está la mentalidad del creador dotando a los personajes de una riqueza interior y de un espíritu en sintonía con su alta sensibilidad, sus vivencias y sus lecturas literarias y filosóficas.

Según los datos del censo de 1918, Barranquilla tiene el mayor volumen de población y densidad urbana de la costa (64.543 habitantes) y mueve por su puerto marítimo hasta 1930 la tercera parte de las exportaciones colombianas. Es ya un importante lugar de convergencia del país y el punto más importante de integración regional del Caribe. Su desarrollo progresivo, aunque no siempre en línea recta, dependió siempre del río Magdalena y del curso voluble de su navegación. De sus márgenes fue extendiéndose la ciudad. Apretándose contra la urdimbre de caños y revueltas del río surgieron las primeras calles del comercio, el mercado, fábricas, hoteles, terminales de transporte, oficinas y barrios residenciales.

En confusión babélica al lado de templos, colegios, hospitales, parques recreativos, se fueron levantando en el oriente y el centro salas de cine, talleres, salones de baile, templos religiosos, colegios, casas de comercio, tabernas y prostíbulos. “El casco urbano de Barranquilla —afirma Eduardo Posada Carbó—, disperso en distintas direcciones a la izquierda del Río Magdalena, se multiplicó por 2.6 entre 1920 y 1930, cuando pasó de 590 a 1.541 hectáreas. En 1928 se construían en promedio más de dos casas diarias en Barranquilla”.⁷⁸ Más allá de los barrios tradicionales, San Roque, Barrio Abajo, Chiquinquirá, Rebolo, Las Nieves, en materia de construcción y urbanismo lo más destacado en esta época fue el levantamiento a partir de 1922 del barrio El Prado al noroccidente de la ciudad, un imponente conjunto arquitectónico que imitaba el estilo de ciertas mansiones californianas, “sobre los terrenos más altos de la planicie —señala Lola Salcedo Castañeda—, desde los cuales se podían apreciar el río Magdalena y la Sierra Nevada de Santa Marta. Esta cualidad paisajística fue determinante para consolidar la tendencia de ubicación de las clases sociales y su marcada forma de segregación del territorio.”⁷⁹

78. Eduardo Posada Carbó. *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Cerec-Cámara de Comercio de Barranquilla, Bogotá, 1987. Página 108.

79. Lola Salcedo Castañeda. “*Barranquilla, Sitio de libres*”, en *Poblamiento y ciudades del Caribe Colombiano*, Alberto Abello Vives y Silvana Guaimo Chávez (compiladores), Observatorio del Caribe, Fonade, Universidad del Atlántico, Bogotá, 2000. Página 119.

Para el uso de las clases altas también en el mismo sector se edificaron un club campestre y un hotel de primera categoría; enseguida, seducidos por el buen gusto y atractivo de las residencias de El Prado, en los alrededores se levantaron las urbanizaciones Boston, Bellavista, El Recreo y Delicias. Pero no solamente crecía la ciudad de los ricos. En todas direcciones, y especialmente hacia el sur fueron extendiéndose barriadas de clases medias y obreras y zonas tuguriales.

Para completar el cuadro no nos eximimos de registrar el hecho de la presencia de población flotante, más de dos mil se calculaban en 1919, que se decía, bajaban por el río desde el interior de la república, fuera de la no despreciable profusión de extranjeros tal vez fugados de la colonia penitenciaria francesa de la Cayena. Esta hampa de vagabundos y maleantes llenó de zozobra a la ciudadanía, y en aquella década de vertiginosa conformación urbana y enérgico ascenso económico, disparó las estadísticas de criminalidad. El ponderado historiador Eduardo Posada Carbó, al señalar que entre 1911 y 1930 se cometieron 119 asesinatos por arma de fuego, ocho por estrangulación y sumergimiento, fuera de los casos de suicidio de los que no ofrece cifras, concluye en que "al parecer, muchos no podían con el peso de la vida moderna".

Lo cierto es que en los años veinte está ya constituida la empresa aérea Scadta con capitales alemanes y criollos y funciona el Teatro Cisneros, que años después cambió el nombre por el de Teatro Arlequín, en el que se presentaron compañías de teatro, de ópera y zarzuelas nacionales y extranjeras; También el Salón de las Quintas y el Teatro Colombia de los Di Doménico, una familia de adelantados en la producción cinematográfica. Un testigo excepcional de esos años, el ciudadano español Jacinto Sarasúa, sobre el particular evoca las siguientes imágenes:

Los empresarios del Cisneros y del Colombia siempre tenían ocasión de aprovechar el paso de las grandes compañías de teatro, que en sus tournées por tierras americanas, recalaban en Puerto Colombia. Por eso Barranquilla disfrutó de espectáculos como los que dieron la Bracale, Marina Ugheti, María Guerrero, las chicas de Méndez y otras muchas. Y agrega más adelante: Por esos escenarios pasaron el famoso Tenor Fleta, Hipólito Lázaro, Ordóñez y el famoso Tita Rufo.⁸⁰

Unos años atrás, por 1913 había arribado a Ciénaga en los tiempos de la bonanza bananera, en calidad de contabilista, el escritor y dramaturgo Catalán Ramón Vinyes (1882-1952). Al año siguiente lo tenemos en Barranquilla, en donde asociado con su compatriota, también catalán, Xavier Auqué i Masden fundó la Librería R.Vinyes y Cía., alrededor de la cual se formalizó un grupo de intelectuales que con el nombre de Cenáculo se reunía en la casa de Enrique Restrepo. De estas reuniones surge la feliz idea de editar una revista, Voces, que alcanza los sesenta números entre el 10 de agosto de 1917 y el 30 de abril de 1920. En la librería

80. Jacinto Sarasúa. *Recuerdos de Barranquilla*, Barranquilla, Editorial el Cid, 1988. Página 29.

comienza a difundirse lo más actual y novedoso de la literatura de Europa, los Estados Unidos y América Latina y Voces, que es una revista de presentación modesta pero exigente en el nivel de sus artículos y de alcances revolucionarios para el medio en cuanto a la actualidad de su temática, trae traducciones de André Gide, Gilbert K. Chesterton, Jules Renard, Henry Bergson, Cunninghame Graham, de Guillaume Appollinaire, Máximo Gorki, Hugo von Hommannsthal, etc., pone en crisis la validez de la poesía de los mitos vivos de nuestra literatura, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, se mofa un poco del sombrío don José María Vargas Vila y hace reconocimientos del poeta de promisión José Eustasio Rivera, y de León de Greiff, Tomás Carrasquilla y Luis Carlos López.

“Aunque suene a paradoja –anota Jacques Gilard refiriéndose a este período y a Voces concretamente– es evidente que la labor de Vinyes alcanzaba un impacto mayor en Barranquilla. Era un tipo de trabajo muy distinto, no de creación sino de divulgación cultural, pero encontraba más ecos esa insalvable voluntad de modernizar, universalizar y combatir los provincianismos mentales y artísticos”⁸¹

El sabio catalán, en los cuadernos secretos que según García Márquez garrapateaba con tinta violeta, al hablar de Barranquilla la comparaba entonces con un gallinero, y de seguro que no estaba muy lejos la caricatura del original. Sin embargo, la ciudad progresaba y era notorio en este momento el mejoramiento de los servicios públicos. Desde principios de siglo había suministro de energía eléctrica y teléfonos en los sectores comerciales y barrios de familias pudientes del centro y ya para los años veinte estos servicios y los de acueducto, alcantarillado y transporte de pasajeros cubrían las nuevas urbanizaciones residenciales, incluso algunos barrios populares. Existen periódicos diarios de circulación regional, como La Nación que venía de la década anterior, El Diario del Comercio, El Progreso, El Rigoletto, El Siglo y El Conservador. Nace y muere la Revista Mundial y en La Novela Semanal, la revista bogotana de circulación nacional que dirigió entre enero de 1923 y noviembre de 1924 –90 números en total–, el escritor y dramaturgo Luis Enrique Osorio, casado con una dama barranquillera y alguna vez residente en esta ciudad, en cuyas páginas son acogidos cuentos de los jóvenes narradores costeños de la época.

Se enriquecen los hábitos de consumo con la adquisición de automóviles, de objetos suntuarios en la vida doméstica, muebles, alfombras, lampadarios de cristal, vestidos, lociones y productos de belleza importados; consecución de nuevos géneros de comestibles y bebidas extranjeros como quesos, jamones, salchichas, vinos y otros licores en los estratos medios y altos de la población de la costa. Un hecho curioso, interesante de destacar es que entre 1910 y 1923 vivió en las cercanías de Barranquilla, el poeta de mayor arraigo en la veneración popular de los colombianos, el chiquinquireño Julio Flórez (1867-1923), quien buscó curación a

81. Jacques Gilard, en *el Prólogo al libro Ramón Vinyes*, Selección de textos 1, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980. Página 17.

su dispepsia nerviosa y hepática, que no era otra cosa que paranoia y alcoholismo en las fuentes medicinales, sulfurosas y ferruginosas, de Usiacurí. Allí, refiere Harold Alvarado Tenorio, “contrajo matrimonio, compró más de cien vacas lecheras, varias casas, y puso una venta de lácteos en Barranquilla, a donde iba cada año a recitar en los teatros Municipal y Cisneros acompañado de sus cinco hijos: Cielo, León, Divina Alegría, Lira y Hugo”.⁸² El vate de aspecto romántico y ojos grandes y melancólicos cobraba alto la entrada al auditorio que abarrotaba la sala y las graderías. Pero no sólo la élite urbana lo idolatraba, también las gentes del común, que le rindieron un conmovido homenaje la mañana de su coronación:

El día catorce de enero de mil novecientos veinte y tres –dice la crónica de Alberto Miramón, asistente al espectáculo– Barranquilla se aprestó para la ceremonia de coronación de Julio Flórez. En una interminable fila de automóviles –hasta ciento cincuenta, registraron las crónicas–, se movilizaron en la mañana las autoridades, delegaciones, amigos y admiradores del bardo hacia la cercana población de Usiacurí. Los campesinos, las muchachas de las vecindades de la carretera, habían madrugado a llevar arcos triunfales, festones, palmas y gallardetes a lo largo del camino, en tributo de cariño, de ingenua admiración al cantor popular por antonomasia.⁸³

LA MUJER IRRUMPE EN LA ESCENA CULTURAL

Pero si se quiere, en Barranquilla, y en general en los nuevos centros urbanos de la costa, algo muy importante es el papel que empieza a jugar la mujer en el hogar y más allá del mundo familiar con la asistencia a la escuela, a colegios de bachillerato clásico, a las Escuelas Normales de Señoritas e institutos de comercio, regentados por monjas de comunidades católicas, lo mismo que de instituciones públicas y privadas laicas, en donde se capacitaban para el trabajo en oficinas, centros de educación y casas de comercio. Muchísimas mujeres se dedicaron en adelante a la enseñanza, al comercio, al trabajo en empresas y al oficio de obreras en fábricas. Estas actividades remuneradas y por fuera de la vida doméstica les concedía cierto aire de mundo, de libertad, de igualdad frente a los hombres, privilegios que no pudieron disfrutar en siglos de hegemonía masculina y opresión machista.

A medida que el Caribe se fue urbanizando, pues, la concentración orgánica de la población facilitó el control de la religión católica sobre la familia y la juventud. El púlpito y el confesionario, la creación de colegios masculinos y femeninos eclesiásticos y la organización de madres de la Acción Católica, de hijas de María, la Cadena de Legionarios de María y de la Cofradía del Niño Jesús de Praga, etc., ejercieron una tenaz labor de adoctrinamiento y de sujeción de la ciudadanía a los valores cristianos. Mientras prevaleció la vida de aislamiento

82. Julio Flórez. *Poesía escogida*, Prólogo, de Harold Alvarado Tenorio. Arango Editores/El Áncora Editores, Bogotá, 1988. Página 18.

83. El Tiempo, 21 de mayo de 1937, citado por Harold Alvarado Tenorio, op. Cit. Página 18.

en aldeas y rancheríos desperdigados en la geografía fue difícil la misión evangelizadora de la Iglesia. Los negros cimarrones confinados en las rochelas carecieron de la mínima instrucción cristiana, y de la misma manera los indígenas encerrados en el área de sus resguardos.

En el ámbito de la gran hacienda ganadera de las antiguas sabanas de Bolívar, en los valles de Upar, del Magdalena, del Sinú y el San Jorge fue el gran señor de la tierra el que impuso sus patrones de conducta sobre la vida de su servidumbre. Hasta no hace mucho los padres de las adolescentes núbiles en la gran hacienda ante los hacendados ponían a precio en vacas y tierras la doncellez de sus hijas. De la magnificencia del “blanco” –vocablo que tenía más connotación de poder económico que de tonalidad de la piel–, dependía la congrua subsistencia de los trabajadores y del núcleo familiar, la protección física y la salud, porque no se disponía en el país de legislación laboral y de normas de seguridad social y, como si fuera poco, él mismo cada año prodigaba a manos llenas la alegría colectiva suministrando los toros de lidia, la música de bandas y el licor para las fiestas de corraleja. De otro lado, el rol hegemónico del varón en la vida cotidiana rural encuentra su refuerzo en el trabajo de la peonada que era oficio de “machos”: el desmonte, las quemas, la siembra y cosecha de arroz, maíz, tabaco, la pesca marítima y fluvial y el ordeño y el arreo de ganados. Así se fue desarrollando en el mundo agreste de la hacienda ganadera una sexualidad más o menos natural y libre que, dicho sea de paso, se apoyaba en el régimen tradicional poligámico de las sociedades indígenas y africanas, además de que en estas últimas siempre fue menos restrictivo el comercio sexual fuera del matrimonio y no se hallaba nada asociado al pecado y a la culpa.

En contraste con el espacio rural, dentro de la pequeña urbe, sitio de residencia de los propietarios de ganados y tierras y su familia legítima, obraban con algún rigor las prohibiciones culturales de la sexualidad libre, en particular sobre sus esposas, sus hijas y su dilatada parentela femenina. Las mujeres eran matriculadas desde la temprana infancia hasta la edad matrimonial en los colegios de monjas, ojalá internas, en donde no faltaba la misa diaria, el rosario en comunidad, la confesión periódica y la comunión de los primeros viernes. Tanto en la vida más o menos conventual del colegio como en las prédicas dominicales del párroco y los retiros espirituales, se recomendaba la castidad de la cual el paradigma absoluto era la santísima Virgen María. Allí las jóvenes aprendían que la autorrepresión sexual era, si no la máxima, una de las mayores virtudes cristianas; que sólo la reproducción legítima era considerada y permitida como el fin único de la sexualidad, y que el encierro claustral en el hogar era la medida cautelar más efectiva contra el acecho libidinoso de los varones. Esta institución del celibato impuesta por los hombres en el seno familiar inspiró los versos de Luis Carlos López:

Muchachas Solteronas

*"Susana, ven: tu amor
quiero gozar".
Lehar: Opereta
"La casta Susana"*

*Muchachas solteronas de provincia,
que los años hilvanan
leyendo folletines
y atisbando en balcones y ventanas...*

*Muchachas de provincia,
las de aguja y dedal, que no hacen nada,
sino tomar de noche
café con leche y dulce de papaya...*

*Muchachas de provincia,
que salen –si es que salen de la casa–
muy temprano a la iglesia
con un andar doméstico de gansas.*

*Muchachas de provincia,
papandujas, etcétera, que cantan
melancólicamente
de sol a sol: – "Susana, ven ..." "Susana" ...
Pobres muchachas, pobres
muchachas tan inútiles y castas,
que hacen decir al Diablo,
con los brazos en cruz: ¡Pobres muchachas!⁸⁴*

Otras virtudes femeninas de la tradición provinciana, además de la castidad, eran la capacidad de entrega al hogar, el espíritu de reclusión, la obediencia a los padres o al marido, el recato, la humildad, la prudencia, la caridad, la resignación, y la voluntad de sufrimiento personificadas en la Virgen María. Estas virtudes se complementaban con dones más bien terrenales, como las habilidades para lavar, planchar, zurcir, bordar, tejer y cocinar. En esa medida, como el fin último de la mujer era el matrimonio, bastaba con que aprendieran en la escuela los rudimentos del alfabeto, las operaciones aritméticas fundamentales, el conocimiento básico de la doctrina cristiana y la ejercitación en las labores de costura y culinaria.

84. Luis Carlos López, *Poesía completa*, Arango Editores-El Áncora Editores, Prólogo de Guillermo Alberto Arévalo, 1988. Páginas 115-116.

En todo caso, había que preservarla contra el asedio masculino y las ocasiones de perder la doncellidad antes del matrimonio, por lo tanto era sometida a una estricta vigilancia durante el período de noviazgo en las visitas a casa y en las salidas a la calle que no podían exceder las horas de prima noche. El requisito tácito del contrato nupcial era que debía llegar virgen al altar, de lo contrario era devuelta no sin escándalo al seno de la familia, sobre la cual caía el baldón de la deshonra. Por eso era apenas recomendable casarla cuando todavía no asomaban opulencias en su pecho y acaso se insinuaban las voluptuosidades de su vientre, sus caderas y sus piernas por debajo de los discretos hábitos de adolescente. El hombre la prefería virgen y sometida para que no tuviera ocasión de comparar sus dotes y talentos de alcoba, por la creencia también de que la perforación del himen le generaba servidumbre sexual y, sobre todo, porque —el argumento es de Freud—, la exigencia de virginidad en el matrimonio “es la extensión consecuente del derecho exclusivo de propiedad que constituye la esencia de la monogamia”.⁸⁵

PRIMERA DESCOMPOSICIÓN CAMPESINA

En los años veinte y treinta se manifiestan en la costa, y en general en el país, formas de descomposición de la vida campesina y se cuentan por miles las familias que migraron a las periferias urbanas del circuito Barranquilla-Cartagena-Santa Marta en procura de trabajo en fábricas, en oficios domésticos y en las obras públicas, adonde fueron a dar parte de los millones de dólares que recibió Colombia de los Estados Unidos como indemnización por la toma de Panamá. Sin embargo, la nación siguió siendo en un 70 % un país rural por lo menos hasta 1950. En el campo siguieron prevaleciendo las altas tasas de mortalidad y analfabetismo. Continuó vigente la institución de los hijos naturales y el concubinato y el tipo de unión sexual más o menos libre entre hombres y mujeres. De este modo el peso de la crianza y los cuidados tempranos, lo mismo que la educación moral de los hijos, recayó sobre los hombros de las madres.

La práctica religiosa y el culto de la magia continuaban de la mano, en la medida en que el universo mágico de los negros, los blancos y los indios se habían amalgamado en unidad sincrética, y colmaban las expresiones de la totalidad vital de las personas desde el nacimiento, pasando por la iniciación sexual, el éxito o el fracaso en los negocios, la fortuna y el infortunio en el amor, la curación humana y animal, hasta la muerte. Benjamín E. Haddox,⁸⁶ Joseph Lebet,⁸⁷ Lauchlin Currie⁸⁸ y Virginia Gutiérrez de Pineda insisten en el

85. Sigmund Freud. “Moral sexual”, en *Vida sexual y neurosis*, Obras Completas, Tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948. Página 985.

86. Benjamín E. Haddox. *Sociedad y religión en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1965. Páginas. 69 y siguientes.

87. Joseph Lebet. *Estudio sobre las condiciones del desarrollo de Colombia*. Texto y Atlas complementario, Bogotá, 1958.

88. Lauchlin Currie. *Informe de la misión*. Programa de desarrollo económico del Valle del Magdalena y Norte de Colombia, Bogotá, 1960.

débil papel de la Iglesia Católica en la regulación de las pautas morales del hombre caribe. La meritoria antropóloga señala que "la religión no constituye una institución rectora de la vida institucional familiar, ni tampoco puede observarse que su acción trascienda básicamente en los principios normativos de la conducta individual y colectiva dentro de amplios sectores verticales y horizontales de la sociedad en este complejo".⁸⁹ No se puede soslayar por un instante el hecho que desde 1885 hasta 1930 los conservadores se mantuvieron hegemónicamente en el poder y venían poniendo en práctica un modelo teocrático de Estado compartido entre las familias blancas, o pretendidamente blancas herederas de la tradición y del talante hispánico colonial, y la Iglesia Católica. El régimen de gobierno abrigaba el sueño de un partido único, una religión única dentro de un estado unitario. La religión católica cumplía la sagrada misión de ejercer el control sobre la familia, la escuela, la totalidad social y la administración pública, vigilando con celo pastoral la integridad del rebaño. El profesor suizo Ernst Röthlisberger, varios años docente de la Universidad Nacional al final de los gobiernos radicales y al principio de la llamada Regeneración nuñista, dejó en su libro testimonial, *El Dorado*, una caracterización de las costumbres políticas de ese tiempo y quizá de los tiempos que siguieron:

La vida social está determinada en Bogotá por las castas dominantes, que se fundan en parte en diferencias raciales, y en parte también en el disfrute de poderes y patrimonios. Los blancos y los que quieren serlo así como los mestizos, ocupan las altas posiciones sociales y todos los altos cargos. Sólo excepcionalmente han conseguido llegar algunos indios hasta las superiores dignidades de la política... La clase superior se compone de la aristocracia del dinero y de los latifundistas, que viven en la ciudad de sus rentas, dirigiendo el cultivo de sus campos por medio de administradores (mayordomos).⁹⁰

Esa arrogancia de poder y esa actitud ideológica no fue del todo extraña a los gobiernos del Caribe, sólo que en aquel medio operó atenuada por una idiosincrasia regional refractaria a la solemnidad virreinal de que se revestía la clase señorial andina. Por otra parte, el puño de hierro del poder conservadora se estrelló contra el muro de la resistencia liberal y libertaria de la población y el llamado de la Iglesia a la conservatización en lo político y a la intolerancia y el fanatismo en lo religioso, no encontró en los feligreses el mismo eco que encontró en las regiones del interior. Al contrario, el primer movimiento masivo de significación ocurrido en la costa en el siglo veinte tuvo suceso en Cartagena en 1910 y fue precisamente en contra del Arzobispo de Cartagena, monseñor Pedro Adán Brioschi, quien, según Jacques April-Gnisset,

89. Virginia Gutiérrez de Pineda. *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975. Página 278.

90. Ernst Röthlisberger. *El Dorado. Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá, Banco de la República, 1963. Páginas. 93 y siguientes.

...había vendido a una sociedad católica yanqui, radicada en California, nada menos que unos inmuebles de la Iglesia, integrantes del patrimonio arquitectónico de la ciudad amurallada... tres días de beligerantes protestas y manifestaciones populares callejeras, dejan un saldo de varios muertos y numerosos heridos; a pesar del apoyo incondicional que ofrecen las autoridades a los expoliadores, se cancela el negocio. Y se produce un hecho quizá único en la historia del país: el arzobispo declarado persona no grata, tiene que huir de Cartagena, refugiarse en Panamá y regresar a Italia.⁹¹

El obispo italiano era en Colombia la cabeza del romanismo y ultramontanismo. Su misión, dentro del espíritu del Concilio de Trento del siglo XVI y el Concordato aprobado en 1887, consistía en la reconquista del terreno perdido por la Iglesia con ocasión de la reforma protestante, a través de la reafirmación de la cristiandad universal y la unidad en torno al pontífice de Roma. La nueva cruzada mundial del catolicismo enderezaba su accionar contra las doctrinas liberales y el pernicioso influjo del modernismo en las nuevas generaciones.

LLEGAN LAS LUCES DE LA MODERNIDAD

Liberales y modernas eran las corrientes de la nueva cultura de la corporalidad y el desatado erotismo que se desborda como un torrente sobre la juventud. El disco fonográfico, las emisoras, el cine, la prensa, la literatura, los vertiginosos medios de transporte como el automóvil y el avión, son las nuevas trompetas de Jericó que echan abajo las murallas entre los países y pronto la tromba de la música del Caribe insular se abate con la habanera y la rumba, la guaracha y el son, el bolero y el danzón, el merengue y el calypso, sobre los night clubs de París, Berlín, Londres, Roma y Nueva York; el jazz y el blues ingresan con los aparatos de radio a la intimidad de las familias en La Habana, México, Bogotá, Buenos Aires, Lima, Barranquilla y Cartagena; la cumbia y el porro suben de la llanura humana del litoral caribe, lo mismo que el tango de abajo de las escaleras del servicio doméstico y del suburbio, a los rutilantes escenarios del gran mundo.

En lo sucesivo nada puede contra la explosión musical de los sextetos y grupos orquestales urbanos, creados sobre el modelo de los existentes en Cuba para colmar las exigencias de la nueva clase media que surge a la sombra de la burocracia oficial, de la extensión de las profesiones liberales a capas ciudadanas emergentes y de los mandos medios en las empresas, que amenizaban las reuniones de los clubes sociales privados, los cabarets y los grilles nocturnos, las grandes festividades populares, como las del Once de Noviembre de Cartagena y el Carnaval de Barranquilla, las celebraciones religiosas y los programas musicales de las emisoras de radio. A propósito, el personal de músicos, los temas y los musicales básicos, en parte fueron recaudados de las bandas de viento que, según Jaime Exbrayat Boncompain,

91. Aprile-Gnisset. Página 197, op.cit.

existían desde mediados del siglo XIX, como la fundada en 1845 por el profesor José Ángel Ruiz Viana en Montería, “a cuyos acordes se bailaban piezas clásicas”.⁹² Las bandas de viento, que tienen sus orígenes en las bandas militares de los batallones acantonados en las capitales del Magdalena y de Bolívar, se extendieron por toda la costa y con el tiempo solo sobrevivieron en el centro y sur de este Departamento, es decir en las sabanas de Sucre y los valles del Sinú. Tienen el nombre de bandas de viento porque constan de trompetas, clarinetes, bombardinos, barítonos, trombones, altos, tubas, bombos, redoblantes y platillos. Sus intérpretes eran y son agricultores que tocan y componen de oído aires autóctonos regionales como el porro y la cumbia, pero además pasillos, valeses y hasta polkas. “Se supone que la primera población que tiene una banda bien organizada –afirma Guillermo Valencia Salgado– fue San Antero. De allí pasó la moda a Lórica, Chimá, Ciénaga de Oro... En San Pelayo las bandas de viento llegan a su apogeo. Ahí eclosionan por su acoplamiento, su arte y la magnífica interpretación que hacen de los porros instrumentales sinuanos”.⁹³ La modernidad musical del Caribe colombiano se ha nutrido de las creaciones, los creadores y las formas de la tradición musical campesina.

Liberal y moderno es también el cine. “Fábrica de sueños”, lo llamó Ilya Ehreburg, porque en efecto su poder de reproducción gráfica del movimiento sobre una pantalla es una verdadera máquina de ilusiones, con tal fuerza de realidad que es entre las artes no solo la que reúne a todas, a la arquitectura, la música, el teatro, la danza, la literatura, sino la que está más cerca de ser el sustituto de la vida. Además, es para Arnold Hauser, “el primer intento desde el comienzo de nuestra civilización individualista moderna de hacer arte para un público de masas”.⁹⁴ Entonces, por su carácter de arte visual y auditivo dirigido a la muchedumbre, de súbito con una diferencia de menos de un decenio de haberse instaurado rompió los marcos geográficos de todos los países del mundo, y en el primer tercio de siglo estaba ya instalado en el centro y en las periferias de las ciudades, en los villorrios apartados y andando como espectáculo itinerante por los más remotos caseríos.

El cine sintonizó la hora de la aldea con la de la gran metrópoli. Mostró en imágenes cómo era el paisaje urbano de las grandes ciudades, las formas del transporte, las calles, las plazas de mercado, las estaciones de los trenes, el espacio interior de las viviendas y, algo más, cómo viven, sienten, piensan, aman, incluso cómo odian, los hombres de otras latitudes. El cine alteró los gustos, trastornó la sensibilidad, estremeció los cimientos síquicos y cambió la visión del mundo de los espectadores, hasta el punto que no es exagerado sostener que el cine en cien años de existencia logró, en cuanto a la modificación de hábitos humanos, lo que no pudo lograr la literatura en todo un milenio.

92. Jaime Exbrayat. *Historia de Montería*, Montería, Domus Libris, 1996. Página 250.

93. Guillermo Valencia Salgado. *Córdoba su gente y su folclor*. Editorial Mocarí, Montería, 1994. Página 75.

94. Arnold Hauser. *Historia social de la literatura y el arte*, Tomo II, Madrid, Guadarrama, 1964. Página 489.

Para bien o para mal, muchas de las nociones del hombre contemporáneo sobre el sexo y el amor, sobre la paz y la violencia, sobre la justicia social y la ecología, y sobre el coraje y el terror, antes que en los libros o en el aula de clases fueron visualizados y, de alguna manera, aprendidos en el cine. Otro aspecto del cine que no se puede descuidar es que en sus primeros tiempos tomó de la tradición épica (epopeyas, cantos épicos, novelas, cuentos), el lenguaje y las técnicas de manejo de la acción, el tiempo y los escenarios; pero muy pronto el elenco de producción requirió de guionistas que elaboraron los libretos y diseñaran la materia filmica de acuerdo con las necesidades interiores de la obra cinematográfica. Lo cierto es que después el narrador de literatura terminó sirviéndose del lenguaje y las técnicas del cine. En fin, tampoco la narrativa podía permanecer invulnerable al paso arrollador del séptimo arte.

El libro subsumió al hombre y la mujer en la intimidad de la casa, en cambio la sala de baile y el cine, lo mismo que el espectáculo de los deportes, los sacó al espacio de lo público. La historia del cristianismo es la historia de la negación y la renuncia del cuerpo. Es la privación del goce de los sentidos y la flagelación de la carne en aras de la disciplina del espíritu. La hagiografía abunda hasta lo increíble en relatos de mujeres y hombres que se abstendían de dormir, de probar alimentos, de asearse, de rendirse a los impulsos sexuales y retener las urgencias del cuerpo en procura de la santidad. Así que la afición por los deportes y la ejercitación corporal no nos viene de la tradición cultural española, y solo esta práctica se generaliza en nuestro suelo con el intercambio laboral y estudiantil de compatriotas que vuelven de Estados Unidos y Europa y de ciudadanos extranjeros, algunos de ellos docentes de colegios religiosos, que se establecen en Colombia en las primeras décadas del siglo veinte. El boxeo y el béisbol provinieron del país del norte y el fútbol de Inglaterra.

Estos deportes, los de mayor cobertura vertical y horizontal en la costa, que empiezan a practicarse alrededor de la Primera Guerra Mundial simultáneamente en Barranquilla y Cartagena, gozaban ya de aceptación pública en los años veintes dentro de los distintos estratos sociales. Lo curioso es que el boxeo y el fútbol arraigan en las clases populares y el béisbol entre los sectores acomodados de la sociedad. José Nieto Ibáñez, apoyado en la autoridad de Otto Garzón Patiño, sostiene que en Barranquilla “el béisbol tomó asiento en los barrios del norte, tales como: Prado, Boston, Rosario, Bellavista, Lucero y Abajo, mientras que el fútbol en Rebolo, Montes, San Roque y Comercio”.⁹⁵ A los partidos de béisbol aflúan las mujeres como espectadoras. En el match del 20 de julio de 1918 celebrado en Cartagena, registrado por el diario *La Nación* de Barranquilla, el cronista señala lo siguiente: “Desde las dos de la tarde el público aficionado comenzó a llenar las localidades del Stadium y a las tres y media, ya la concurrencia era numerosísima, compuesta casi toda por las distinguidas

95. José Nieto Ibáñez. *Génesis del béisbol profesional colombiano*, Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico. Bogotá, 1999. Página 44.

damas de nuestra más alta sociedad".⁹⁶ Por lo visto, en la provincia el encierro era el destino de la mujer, cualquiera fuese el estado civil: soltera, viuda o casada. En cambio, en la ciudad la mujer había conquistado el espacio de la calle como el moderno lugar del encuentro compartido con los varones; y de la misma manera que acudía a la oficina como forma de liberarse de la reclusión doméstica, concurría también al cine, al salón de baile, al campo deportivo.

Pero lo sorprendente es que esta era una costumbre que venía de atrás, del tiempo en que la pequeña urbe apenas despegaba de su tranquila rutina provinciana. Por allá en 1886, un agudo observador de la realidad colombiana de la época, el escritor bogotano Salvador Camacho Roldán, no pudo ocultar la atracción del ambiente nocturno de la población. Sobre el particular escribe el poeta Álvaro Miranda:

*El viajero refiere cómo el verdadero encanto de la Barranquilla apacible está en "El Camellón", espacioso andén, vistosamente embaldosado de mosaicos, sombreado a un lado y otro por frondosos árboles. Es allí donde se da cita la mejor sociedad del lugar las noches del jueves y del domingo". Camacho ve pasear sobre ese amplio corredor urbano a las señoritas en filas de tres o cuatro, charlando alegremente. Las muchachas van custodiadas por celosos jóvenes, hermanos o enamorados, que defienden el precioso botín de las suplicantes miradas del deslumbrado forastero.*⁹⁷

Por supuesto que Camacho Roldán en 1886 habla es de "la mejor sociedad del lugar" y la reseña de La Nación aclara que al match de béisbol asistieron "las distinguidas damas de nuestra sociedad". Con seguridad que la mujer de los estratos sociales inferiores, aún en las ciudades mayores, permanecía uncida a la tradición de la obediencia y sumisión a la voluntad de los padres y maridos. Y sobre unas y otras, no importa que pertenecieran a estratos altos o bajos, que tuvieran un aceptable o ningún nivel de preparación escolar, la presión moral y la vigilancia de la Iglesia sobre la conducta de la niña, de la joven y la mujer adulta, soltera o madre de familia, eran en realidad abrumadoras. Intervenía en la forma y el contenido de la educación, en el comportamiento en la calle y en la intimidad de la vida familiar.

La Iglesia católica—conceptúa Rafaela Vos Obeso— no sólo influyó en la formación de los valores culturales que moldearían la vida afectiva, amorosa y sentimental de hombres y mujeres: también impuso su impronta en la estructura familiar y en la institución educativa, columna vertebral del funcionamiento social. La iglesia supervisaba los contenidos académicos, evaluaba la hoja de vida de maestros y maestras y expulsaba de las escuelas a quienes no practicaban la fe católica. La pedagogía eclesiástica, que había sustituido a la educación laica del radicalismo liberal de mediados del siglo XIX, conservó su hegemonía

96. La Nación, jueves 25 de julio de 1918: "El gran match de Base-ball del 20 de julio", citado por José Nieto Ibáñez, op. Cit. Página. 31.

97. Álvaro Miranda. "Las madamas de Barranquilla: Progreso y prostitución". En *Respirando el Caribe*, op.cit., Página 121.

hasta la década del 30 cuando el partido Conservador, tras medio siglo de predominio, cayó del poder.⁹⁸

LA LITERATURA Y LA MUJER

En ese contexto de negaciones de la mujer, y de la feminidad, y de su lucha por la afirmación en un medio adverso, surge la literatura femenina en el litoral Caribe. Las escritoras de la costa seguían las huellas de otras ilustres prosistas colombianas, entre ellas, Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861), Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886), Soledad Acosta de Samper (1833-1913), emparentadas con ilustres familias de la Colonia, con héroes de la Independencia o con personalidades de la República. Cuando no dedicaron su vida al magisterio hicieron de la literatura herramienta de instrucción de las mujeres en la piedad cristiana y en la devoción a la familia y a la patria. La decana de las escritoras costeñas es la riohachense Priscila Herrera de Núñez, de la que se conoce una novela corta, o cuento largo, "Un asilo en la Guajira" escrita en Bogotá en 1879 y dada a la luz en 1936 en la Selección Samper Ortega de Literatura colombiana.⁹⁹ Siguieron su ejemplo la cartagenera Concepción Jiménez de Araújo (1850-1930), que escribía con el seudónimo Mary Faith y Julia Jiménez de Pertuz (1884-1959) que utilizaba el nombre literario de Lydia Bolena. De esta narradora —de quien solo sabemos que la llamaban La Faraona porque estaba casada con el periodista y político Faraón Pertuz, director del periódico *Rigoletto*, a quien acompañó en misión diplomática por algún tiempo a Costa Rica, en donde publicó el libro *Comprimidos* (1929)—, se incluye "Una vivienda encantadora".

La firma de obras con seudónimos, a propósito, era para la mujer una forma del ocultamiento y de la protección contra el señalamiento y la agresión social en los días de la Colombia concordataria, que así como le negaba el derecho al pleno disfrute de su cuerpo, la desautorizaba a expresar con palabras poéticas su mundo interior. La censura religiosa, familiar y social la inhibía de desnudar sus emociones y revelar las desgarraduras profundas de la carne y del alma. A causa de ello, por lo menos hasta la mitad del siglo XX en las producciones literarias femeninas se observa esa resistencia a sincerarse y a apelar al recurso de la insinuación, a sugerir más que a decir, al empleo de las medias palabras, rasgo observable, por ejemplo, en "Una vivienda encantadora", de Lydia Bolena, en el que la narradora traza en breves pinceladas poéticas el paisaje apacible de una casa y tras la ventana de la casa el rostro sereno de una mujer. La narración no retrotrae la historia al presente, con lo que le habría impreso al cuento un tinte dramático y de pronto algún toque

98. Rafaela Vos Obeso. "Vida amorosa y cotidianidad en la Barranquilla de antaño". En *Respirando el Caribe*, op. cit., Página 133.

99. *Cuentos Colombianos*. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, No. 11, Bogotá, Editorial Minerva, 1936.

erótico; sino que en virtud de que sitúa el drama en un pasado remoto, evocando con discretas sugerencias un turbio pasado de infidelidad y de tragedia amorosa, lo invade de una atmósfera lírica. No obstante, quizá por el atrevimiento a hablar de la infidelidad conyugal en 1926, "el tema –la opinión es de Ramón Illán Bacca– podría clasificarse como audaz".

En el trasfondo del cuento subyace la moraleja, ya tratada por Leandro Fernández de Moratín en la comedia *El sí de las niñas* por los tiempos del Despotismo Ilustrado español, acerca de la inconveniencia de los matrimonios arreglados entre hombres maduros pero ricos y muchachas bellas pero pobres. Por encima de la libertad de elección de la mujer innominada de "Una vivienda encantadora" se impuso la conveniencia de los padres que pretendieron que "para el caso de aprisionar el cuerpo y el alma de una mujer fueran suficientes buen juicio, posición y dinero. En todo esto abundaba el marido que obtuvo apenas entrara en los cuatro lustros. Era éste un comerciante extranjero que la rodeó de holguras y de mimos pero no de pasión".

Marzia de Lusignan, seudónimo de Juanita Sánchez de Lafaurie (1910-1983) y Olga Salcedo de Medina (1915-1989) son dadas también en sus relatos a echar ojeadas sobre el entorno familiar. La primera es autora del libro de cuentos *A la sombra de las parábolas* (1946). En su cuento "Esta noche a las nueve", concebido con intensa carga romántica, Ana María, la protagonista otoñal que esperó durante toda la vida al novio que salió a un largo viaje, y murió sin ella saberlo en el naufragio del barco que lo llevaba, al recibir el mensaje de su regreso se preparó para cumplir puntual la cita con el muerto. La segunda es autora del libro de cuentos *En las penumbras del alma* (1946) y de la novela *Se han cerrado los caminos* (1953), en la que hay escenas de adulterio y desnudez femenina. A raíz del intento de reeditarla, la autora fue amenazada de excomunión por las autoridades eclesiásticas locales. Un poco después, con libretos del entonces desconocido escritor Gabriel García Márquez, fue convertida en radionovela y transmitida por la Emisora Atlántico. En el elenco figuraba como narrador el periodista Germán Vargas Cantillo. En su cuento antológico "Desolación", elaborado con crudo y amargo realismo, en plena fiesta de carnaval, un hombre se arroja a la corriente del río para acabar con una vida de miseria y desocupación.

EL CUENTO DE DENUNCIA SOCIAL

El acogimiento al realismo crítico y la renovación de las técnicas de contar un cuento parecen ser el signo de los narradores del Caribe que nacieron o crecieron con el nuevo siglo. José Félix Fuenmayor (1885-1966), José Francisco Socarrás (1905-1995), Francisco Gnecco Mozo (1905-), Alejandro Álvarez (1909-1982), Rafael Caneva Palomino (1914-1986) y los demás compañeros de viaje del grupo, fueron testigos infantiles o juveniles de la derrota liberal del novecientos, leyeron a los realistas y naturalistas franceses y rusos Honorato de Balzac,

Gustavo Flaubert, Emilio Zolá, Máximo Gorki, fueron impactados por el éxito internacional de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera y la eficacia en el manejo del lenguaje criollo de Tomás Carrasquilla, e iniciaron la carrera literaria entre el crepúsculo de la hegemonía conservadora y la alborada de la república liberal. Los influyó a no dudarlo la Revolución Mexicana, la Revolución Ruso-Soviética y las dos guerras mundiales y, por otra parte, no fueron ajenos al clima de inestabilidad y turbulencias que se respiraba en América Latina y Colombia. Para ellos no era suficiente con mostrar la compleja realidad colombiana de su tiempo con un riguroso sentido de observación y de objetividad; era preciso a la vez captarla dialécticamente, sometiéndola a crisis, a crítica, y revelando al sujeto de la crisis, al protagonista, envuelto en el torbellino de las insalvables contradicciones sociales.

En la dirección de la problemática social de los pobres del campo, de los pequeños propietarios del villorrio y la ambición desmedida de los propietarios feudales herederos de las grandes haciendas coloniales, se orientan los relatos de tres destacados escritores del antiguo Departamento de Bolívar: Néstor Madrid Malo, *El Carmen* (1918-1989); Manuel Zapata Olivella, *Lorica* (1922), y Carlos Alemán, *Mompox* (1919). El primero cultivó mejor la poesía, el ensayo y la traducción y el segundo prefirió la narración de largo aliento a la cuentística. El último, más aficionado que profesional de la literatura, ha publicado poco y su obra narrativa se mantiene inédita o dispersa en revistas y periódicos. Los tres hicieron la carrera universitaria en Bogotá, en la Universidad Nacional de Colombia, por la década del cuarenta. Madrid Malo es autor de los libros de cuentos *Suerte a las siete* (1955) y *Guineo verde* (1966); Zapata Olivella de *Cuentos de muerte y libertad* (1961) y *Quién le dio el fusil a Oswald* (1967). Los tres abordaron en sus relatos las preocupaciones por la suerte de los desheredados de la tierra, precisamente en el área de los vastos latifundios de las sabanas y los valles interfluviales del Magdalena y el Sinú, desde luego con fuertes diferencias de estilo y de técnicas. Madrid pone énfasis en el interior de la familia, Carlos Alemán emparentando la rica oralidad popular con el moderno mito fáustico de la codicia capitalista, en tanto que en los cuentos del autor de "*Changó el gran putas*", se impone la voluntad descomunal de narrar la epopeya de la africanidad y el mestizaje en Colombia.

Viento del trópico, el único libro de cuentos de José Francisco Socarrás, que data de 1961, recoge historias verdaderamente representativas del conjunto geográfico y humano de lo que son hoy los departamentos de la Guajira, Cesar y Magdalena. El autor empezó a escribirlos en 1937, dio algunos a la publicidad durante los años 40 en la *Revista de las Indias* y el semanario *Comando*, y sólo se animó a editarlos en libro luego de su provechosa permanencia en Francia, en donde entró en contacto con la literatura francesa (Benjamín Constant, 1737-1814, Vernardin de Saint-Pierre, 1737-1814, Marcel Proust, 1871-1922), el inglés D.H. Lawrence (1885-1930), el norteamericano William Faulkner (1867-1962) y el italiano Ignazio Silone (1900-

1978).¹⁰⁰ Los relatos aparecen elaborados con contenida emoción, sin concesiones sentimentales y preciso rigor de lenguaje y se dirigen a representar, a escenificar de la manera más parecida a la escenificación teatral, a los actores campesinos y semiurbanos del antiguo Departamento del Magdalena. Los personajes de los cuentos son gentes de bien abajo presentados, por ejemplo, sin los recargos verbalísticos de Carrasquilla, las parrafadas eruditas para aclarar la sociología de los personajes frecuentes en Efe Gómez ni la sobreestilizada idealización de Gregorio Castañeda Aragón. Pudieron ser ésta quizá las razones que indujeron al estudioso de la cuentística colombiana, el alemán Peter Schultze-Kraft, a asegurar que “en los años cuarenta, no hubo un autor que escribiera mejor que Socarrás, tanto por la escritura, que es muy moderna, como por el tema. En sus cuentos de la costa atlántica se refleja ya la realidad a la forma como después García Márquez la ha representado”.¹⁰¹

El sabio médico autor de obras de psicoanálisis con altos estudios de pedagogía en la Sorbona y fundador de la Escuela Normal Superior que dejó tan profunda huella en la historia de la educación colombiana del siglo pasado, declara en las “notas explicativas” de *Viento del trópico* sus progresos hacia 1945 “en el arte de comprender a las gentes; el cual arte es condición primordial para componer la clase de relatos de que yo me ocupo”. Y más adelante confiesa que:

*... no he hecho más que recoger las experiencias de los pobres de una región de Colombia, concretamente del Departamento del Magdalena, para comunicársela a los pobres del resto del país y, es un deseo, a los del continente. No descarto que peque de iluso al pensar que el mutuo conocimiento de sus dolores, humillaciones y agravios, ayude a los miserables de esta zona del planeta a crearse la necesaria conciencia de clase y la indispensable solidaridad social, que los empujen en la lucha en pro del cambio, reforma o revolución o como se quiera, de unas estructuras socio-económicas que estamos en mora de modificar desde hace mucho tiempo. Bien puede ocurrir que mis lectores no aprendan en estas páginas nada sobre la revolución ni cosa por el estilo, sino gramática de la cual hemos sido y continuamos siendo conocedores los colombianos. Tampoco descuento que este libro no enseñe ni gramática o que, escrito para quienes nada poseen, vaya a manos de quienes algo tienen o lo tienen todo, que son los únicos que leen de corrido en Iberoamérica.*¹⁰²

Por dos motivos no nos podríamos privar de reproducir íntegro el tan extenso como revelador párrafo. La primera, que este propósito tiene arraigados antecedentes en la literatura realista y naturalista del siglo XIX, entronca acá con el paradigma prestigioso de la denuncia nacionalista de La vorágine de José Eustasio Rivera que se prolonga por lo menos

100. Entrevista con Roberto Montes Mathieu, *El Heraldo*, Barranquilla, agosto 29 de 1982.

101. Peter Schultze-Kraft. *Magazín Dominical de El Espectador*, abril 27 de 1980. Página 9.

102. José Francisco Socarrás. *Viento del trópico. Cuentos*. Bogotá, Ediciones Zulia. 1961. Páginas 9 y 10.

hasta la década de los 50. En otros términos, la literatura de protesta, de denuncia social, de compromiso partidista, es una constante histórica en la narrativa colombiana y se encuentra perfectamente legitimada por la cadena infinita de atropellos y humillaciones de que ha sido víctima la abrumadora mayoría de los colombianos, a más que fue una literatura de plena aceptación en los lectores de su tiempo. La segunda, lo que el escritor denomina comprensión de la gente es otra constante, enunciada unas líneas atrás, en la literatura del Caribe.

Comprender, o comprender, es abrazar, ceñir, rodear por todas partes una cosa. Es entrañar, incluir, meter la razón, el sentimiento, la voluntad de los otros en nosotros, y en ese sentido los 23 relatos del autor valduparense introducen el microcosmos de campesinos, obreros del banano, capataces y empleados de la compañía bananera, pescadores, contrabandistas, marineros, oficiales de las guerras civiles del XIX retirados a los afanes de una vida sin objetivos, a la intimidación del lector—sin otra intermediación que el diálogo y los recursos elementales de la narración—, y en un paisaje que no tiene nada de invención ni de falseamiento, pues es el paisaje rústico de las aldeas y poblachones miserables que conoció en la infancia y la adolescencia y recorrió en los años treinta cuando ejerció de médico en la región.

Comprender es entender también el prójimo y en este caso el entenderlo proviene del conocimiento y de la cercanía personal. José Francisco Socarrás conoció en profundidad al prójimo que plasmó en sus relatos a través de la textura de su habla coloquial, de los giros léxicos que empleaba y del manejo de proverbios y tics verbales. Es más, lo vio y lo vivió desde dentro de sí mismo, porque se sentía tan hijo de vecino como cualquiera de ellos. Al retratar al otro se retrataba él con su ideología liberal, sus prejuicios de aldeano en relación con los forasteros, su machismo atávico y sus supersticiones religiosas. De modo que, a la larga, no se trataba del mero conocer objetivamente y a distancia, sino al reconocimiento propio del escritor en la fauna plural de los personajes de sus narraciones.

En parecida onda se mueven las creaturas del escritor de Tolviejo, pueblo sobre el espinazo de los Montes de María, Alejandro Álvarez. “Gallera”, del libro inédito Tierra en las uñas, capta el ambiente típico de los campesinos del antiguo Departamento de Bolívar con el bronco tono de voz y el habla dialectal de la región, y describe la muchedumbre apretada de los asistentes a una gallera en la que hacendados y sirvientes, animales y hombres se confunden en una sola voluntad primitiva. El relato de atmósfera criollista y de novedoso y eficaz tejido estructural, resuelve la simple anécdota de una pelea de gallos, en la que el narrador con estilo no menos colorido que el trazado escénico, pinta con pulso afectuoso el rostro de una realidad que conocía profundamente. Es interesante registrar que el autor transita con evidente peligrosidad sobre el filo de lo folclórico sin caer en la nota pintoresquista.

FUENMAYOR Y EL NACIMIENTO DEL CUENTO MODERNO

Pues bien, una constante de la narrativa breve del Caribe es la fijación de la mirada del escritor sobre ambientes y gentes elementales moldeados con suprema devoción afectiva. Y si hay alguien en quien esa devoción se vuelve apoteosis es en el barranquillero José Félix Fuenmayor. El libro *La muerte en la calle* (1967) publicado en Medellín por la editorial Papel Sobrante a un año de la muerte del escritor, le confirió como cuentista una reputación que no conoció en vida, al menos entre los lectores no iniciados. Antes de este libro de cuentos había publicado en 1910 el libro de poemas *Musa del trópico*, una propuesta lírica lograda y personal, que incluía traducciones del francés y del italiano, todavía bajo la influencia modernista. En 1928 publicó dos libros, la novela *Cosme* y un largo cuento fantástico de 107 páginas, "Una triste aventura de catorce sabios", en los que revela una chispeante vena humorística.

Si damos crédito a la información autorizada del periodista y escritor Alfonso Fuenmayor, su hijo, la mayoría de los cuentos que integran el libro fueron escritos en los años cuarenta, incluso, algunos fueron publicados en revistas y periódicos de Bogotá, y ya después de 1950 en *Crónica*, revista de la que el jefe de redacción era, como se sabe, Gabriel García Márquez. En todo caso el llamado Grupo de Barranquilla recibió por entonces el favorable influjo del avezado narrador quien, según el testimonio excepcional de Alfonso:

*...adelantaba sin proponérselo su maestría en el tratamiento de los temas, enseñaba a no caer en lo folclórico y en descubrir, para la narración, lo esencial, así lo esencial asuma la forma de un simple detalle. Álvaro Cepeda Samudio lo declaró sin tapujo y sin ambages: "Todos provenimos del viejo Fuenmayor. Así lo dice por ahí Ángel Rama. El profesor John S. Brush-wood, en la Universidad de Kansas, de donde es profesor, sostiene la misma idea en su conferencia "José Félix Fuenmayor y el regionalismo de García Márquez". Una vez, encontrándome en Santo Domingo, República Dominicana, recibí bien temprano una llamada del profesor Juan Bosch. El eminente escritor dominicano y ex presidente de su país dijo entonces lo siguiente: "A las cinco de la mañana terminé el libro de José Félix Fuenmayor, *La muerte en la calle*. Estoy impresionado, asombrado. Ha sido para mí una revelación. Ahora me explico la narrativa de García Márquez. Ya sé de dónde sale."¹⁰³*

A nuestro juicio, la búsqueda de lo esencial narrativo y la evitación de lo folclórico no fueron las únicas direcciones en las que se orientó el magisterio del viejo Fuenmayor sobre sus pupilos. Sin duda, otras direcciones debieron ser la visión compasiva de la condición humana y la actitud piadosa ante los seres marginales, entre otros, los vagabundos y los locos. Una enseñanza viva de conmiseración por los miserables es el cuento "La muerte en la calle", pequeña joya de ternura y piedad, en la que un vagabundo con la mayor

103. Alfonso Fuenmayor, *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*, Instituto Colombiano de Cultura –Gobernación del Atlántico–, Bogotá, 1978. Páginas 17-18

simplicidad de imágenes nos dicta en primera persona la más estremecedora lección de filosofía vital.

El cuento propiamente dicho, como se conoce hoy, en opinión de Eduardo Pachón Padilla,¹⁰⁴ surge en 1944 a raíz del escándalo que produjo el fallo del concurso convocado por el semanario bogotano *Sábado* que dirigía Plinio Mendoza Neira. El jurado, integrado por Juan Lozano, Eduardo Carranza y Octavio Amórtegui, premió un texto entre leyenda y fábula que no tenía la calidad de cuento, enviado por un señor Arévalo. Rafael Caneva Palomino y José Francisco Socarrás, que habían participado en el concurso, consideraron que sus cuentos no sólo eran verdaderos cuentos sino mejores que los premiados, que reflejaban, además, una realidad social desconocida en Colombia, la del Caribe, y como rechazo al fallo parcializado, publicaron también en el semanario de la capital, *Comando*, dirigido por Alejandro Vallejo, sus cuentos finalistas “Al tercer día de carnaval, de Socarrás”, y “En toa pajte ej lo mijmo”, de Caneva.

Quedaba planteada una evidente diferencia entre el cuento moderno que ya lo hacían nuestros escritores del litoral, y el otro que permanecía amarrado al cuadro de costumbres o al relato sin la consistencia del género. El cuento moderno brota al conjuro del romanticismo, que es, como queda dicho, la reacción en algunos casos de las clases aristocráticas y en otros de la pequeña burguesía contra las corrientes racionalistas vigentes en Europa durante los siglos XVII y XVIII. Desde el primer momento el romanticismo exaltó el individualismo, los estados irracionales y los impulsos dionisiacos. Despertó, o restituyó, el culto por lo nacional y por lo propio, y mostró particular interés por desvelar para la poesía y la ficción las zonas penumbrosas del subconsciente. Proclamó el triunfo de los aspectos nocturnos y fantasmales del alma humana. Reivindicó el desequilibrio frente al equilibrio mental, la enfermedad frente a la cordura, la embriaguez frente a la sobriedad. (Goethe afirmaba que el romanticismo era literatura de hospital). El romanticismo rescató la magia, el ocultismo, las supersticiones, los trances médiumnicos y místicos frente a los estados de serenidad espiritual.

Pero por encima de todo el romanticismo es eclosión del individualismo, incluso de la fragmentación de la individualidad, y por lo tanto las formas literarias más adecuadas a los nuevos contenidos sociales serían la novela y el cuento. Se trata, de cierta manera, de un individualismo democrático que se extendió sobre la sociedad occidental y ha marchado de la mano con las conquistas de las ciencias y la tecnologías a lo largo del siglo XX.

El modernismo —afirma Gilles Lipovetsky— no es más que un aspecto del amplio proceso secular que lleva al advenimiento de las sociedades democráticas basadas en la soberanía del individuo y del pueblo, sociedades liberadas de la sumisión a los dioses, de las jerarquías hereditarias y del poder de la tradición. Prolongación cultural

104. Entrevista citada en Nota Nº 6.

del proceso que se manifestó con esplendor en el orden político y jurídico a fines del siglo XVIII, culminación de la empresa revolucionaria democrática que constituyó una sociedad sin fundamento divino, pura expresión de la voluntad de los hombres que se reconocen iguales. Desde ahora la sociedad se ve obligada a inventarse a sí misma de arriba a abajo según la razón humana, no según la herencia del pasado colectivo; ya nada es intangible, la sociedad se apropia el derecho de guiarse a sí misma sin exterioridad, sin modelo absoluto impuesto. ¿no es precisamente esa misma destitución de la preeminencia del pasado el contenido de la ofensiva de los artistas renovadores? Así como la revolución democrática emancipa la sociedad de las fuerzas de lo invisible y de su correlato, el universo jerárquico, así el modernismo artístico libera al arte y a la literatura del culto de la tradición, del respeto a los maestros, del código de la imitación.¹⁰⁵

El ascenso al cuento moderno en Colombia se dio en no menos de tres oleadas sucesivas que parten de la implantación del movimiento romántico a mediados del siglo XIX, continúa con la escuela antioqueña representada por Efe Gómez y Tomás Carrasquilla y toca el punto más alto con José Francisco Socarrás y el llamado Grupo de Barranquilla, con José Félix Puenmayor a la cabeza. En ellos la creación es ejercicio de soberanía individual e insumisión frente a las jerarquías establecidas. Sin forzar la historia es posible establecer paralelos y correspondencias entre los avances registrados en la narrativa breve, incluso la lírica, y el desarrollo social y político de la nación. El romanticismo, es forzoso insistir en ello, fue el mayor intento de articular la literatura nacional con la literatura universal, al tiempo que la clase gobernante se empeñaba en poner a tono el país con el orden económico internacional; la puesta en escena de la escuela antioqueña coincide con todo un proceso de búsqueda de la identidad nacional, explorada al mismo tiempo por el modernismo, aunque por otros caminos.

Alrededor de 1910, cuando se cumplen los primeros cien años de la Independencia, brota la Generación del Centenario, (Alfonso López Pumarejo, Luis López de Mesa, Luis Eduardo Nieto Caballero, Tomás Rueda Vargas, Miguel Rasch-Isla), positiva y positivista, militante de los partidos tradicionales y comprometida en políticas concretas de desarrollo capitalista. El advenimiento del nuevo siglo sorprende a la clase dirigente y al país sumidos en el atraso. Entonces su misión pareció ser el desentendimiento por el ocio de la poesía y, por el contrario, la preocupación creciente por los negocios de la banca, las industrias extractivas, la producción agrícola y ganadera, el desarrollo fabril, comercial y las comunicaciones, como lo proclamaba el militar y estadista Rafael Uribe Uribe.

Posteriormente, entre las dos guerras mundiales, a la vez que Colombia evoluciona hacia el desmoronamiento de la hegemonía conservadora, sobreviene la república liberal (1930-

105. Gilles Lipovetski. *Modernismo y posmodernismo, en Colombia*, el despertar de la modernidad. Bogotá, Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1998. Páginas 144 - 145.

1946), período en que florecen y se entrecruzan el grupo de Los Nuevos, —León de Greiff, Jorge Zalamea, Rafael Maya, Hernando Téllez, José Umaña Bernal, Luis Vidales, José Mar, Manuel García Herreros— y la Generación de Piedra y Cielo —Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Carlos Martín, Darío Samper—, los unos con la aparición de la revista Los Nuevos (1925) y los otros en torno a la poesía llana y transparente del poemario Piedra y Cielo, del poeta español Juan Ramón Jiménez. Los nuevos y los miembros de Piedra y Cielo renovaron el lenguaje poético y proyectaron la poesía colombiana sobre el orbe hispánico.

La narrativa del Caribe, recoge e incrementa ese patrimonio, pero además se siente obligada a multiplicar sus preocupaciones por la situación social agravada en razón de la agitación política de los años cuarenta, exacerbada al final de la década a consecuencia del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, el nueve de abril de 1948, durante el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez. Al fenómeno desencadenado en torno a este suceso que tuvo estremecimientos de catástrofe, se le conoce con el nombre de La Violencia.

El fenómeno de la violencia en Colombia podemos definirlo —las palabras son de Camilo Torres Restrepo, un singular personaje de la historia y de la inteligencia de su tiempo— como un tipo de conflicto social que se manifiesta por la acción armada de grupos, especialmente en vecindarios campesinos, generalizada geográficamente en Colombia, y de carácter endémico, ya que se ha prolongado por varios años sin solución de continuidad.¹⁰⁶

Como quedó sugerido en el principio de este trabajo, esa violencia tiene su raíz remota en los conflictos de tipo económico, político y racial que, según Lewis Hanke, surgen con el choque brutal de la conquista, a la que concibe como “un pasado con vida”. La raíz reciente, a nuestro modo de ver, se halla en la lucha por el poder entre los dos partidos tradicionales, el conservador y el liberal, el primero, una fuerza minoritaria de terratenientes, ganaderos y propietarios de fábricas y almacenes, empeñados en mantenerse en el gobierno aún hasta el extremo de la liquidación física de sus adversarios; el segundo, un partido de fuerte arraigo popular, aunque dirigido también por una casta oligárquica que hacía oposición por abajo, pero mantenía fuertes entronques con el poder por arriba.

UNAS PALABRAS SOBRE LA LITERATURA DE VIOLENCIA

Jorge Eliécer Gaitán, de modestos orígenes sociales, quien después de casi veinte años de organización partidaria y de convocatoria a través de la prensa y la agitación en las plazas públicas, cuando reunía el más caudaloso consenso de opinión entre obreros, artesanos, campesinos, intelectuales y sectores de las clases medias y ningún candidato podía atajarlo

106. Camilo Torres Restrepo, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, en *Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología*, Asociación Colombiana de Sociología, Bogotá, 1963. Página 99.

en la carrera a la presidencia de Colombia, fue asesinado en plena vía pública de Bogotá. Su muerte desató la ira de las masas populares, que descargaron su odio y su frustración de siglos incendiando edificios de gobierno, templos y conventos católicos, periódicos, archivos de juzgados, notarías, cárceles, bibliotecas y museos, las residencias de los jefes políticos y hasta las escuelas públicas.

Parecería que asesinado el caudillo nada merecía quedar en pie y que detrás del ánimo de destrucción de las multitudes enfurecidas se adivinaba el fracaso de Colombia como estado y el fracaso de la clase gobernante para encontrar el punto de equilibrio entre las distintas fuerzas que se movían en el escenario social. Quedaba en claro el descalabro de la Iglesia, de la familia y de la escuela en la empresa de modelar el alma de los colombianos. Por lo que, ya sobrepuestos del remezón de barbarie padecido se patentizaba la necesidad de un vuelco radical, un nuevo contrato social en el que se diera un gran acuerdo de voluntades en torno a lo fundamental. Pero no. A la revuelta popular siguió la unidad de los partidos tradicionales y el consecuente cierre del Congreso, la supresión de las garantías individuales en cada municipio y el baño de sangre en los campos. Para las elecciones presidenciales de 1950 el partido liberal decreta la abstención electoral, hecho que facilita el ascenso al poder del extremista de derecha Laureano Gómez, quien instaura un régimen de corte falangista sobre el modelo vigente en la España de Franco. A la dictadura civil de Gómez siguió la dictadura militar del general Rojas Pinilla y al general Rojas Pinilla los 16 años de cohabitación de liberales y conservadores bajo el techo del Frente Nacional.

En realidad, no restablecido todavía el país de la catástrofe del nueve de abril, durante la década de los cincuenta hace su aparición una literatura en prosa de carácter testimonial y acusatorio en la que los narradores, muchos de ellos improvisados como novelistas, escriben con la intención de recriminar a sus adversarios partidistas, ya sea del gobierno o de la oposición, por la política de tierra arrasada y exterminio que se extiende sobre la geografía nacional, sobre todo en el medio rural. El día del odio (1952), de José Osorio Lizarazo; Viernes 9 (1953) de Ignacio Gómez Dávila; El cristo de espaldas (1953) y Siervo sin tierra (1954) de Eduardo Caballero Calderón; Viento seco (1954) de Daniel Caicedo, y El monstruo (1955), de Simón Latino, constituyen el grupo de novelas más rescatables de la invasión bibliográfica que arrastra como un alud el espíritu de los lectores de su tiempo. La narrativa que se desenvuelve a partir de entonces hasta el final del siglo veinte no puede abstenerse de encarar esta pesadilla colectiva. Héctor Rojas Herazo, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, y las hornadas de escritores aparecidas en ese dilatado período, sin renunciar a plasmar el fenómeno de la llamada **Violencia Grande** (1948-1957), –y la otra que dura todavía–, debieron acudir a recursos renovados de apropiación estética de la realidad, para no caer en el mero documento político, en la crónica judicial y de policía, o en “el inventario de muertos” al que hizo mención alguna vez García Márquez.

Era necesario cuidarse de la visión unidireccional y de adoptar posturas maniqueas, esto es, de dividir al mundo en buenos y malos, en victimarios e inocentes. Convenía apartarse de prejuicios morales, religiosos, raciales, sexuales, partidistas; abandonar estereotipos y la tendencia muy común de los novelistas y cuentistas de los cincuenta y sesenta de solazarse en la descripción de escenas dantescas y de abusar del horror y el sensacionalismo. Por otra parte, era preciso evitar la conducta reaccionaria del escritor al pretender imponerle su ideología al lector y de tratarlo como menor de edad que hay que llevarlo de la mano por las fragosidades del relato, en vez de jugarle limpio entregándole las cartas abiertas encima de la mesa. En verdad, el escritor se colocaba ante dos opciones imposibles: cerrar los ojos ante ese monstruoso material narrativo y entregarse a contar cosas menos tétricas, o enfrentarlo valientemente pero con el riesgo de caer en el discurso panfletario.

Había, sin embargo, un tercer camino y uno de los pocos que lo entrevió fue García Márquez. Sin descuidar la toma de partido, observó que si bien la violencia se presentaba a los ojos ciudadanos como un conflicto político, a los ojos del escritor para efectos de su plasmación en obras era un problema literario que requería una solución literaria, y la solución en ese caso era en lo fundamental de forma y consistía en apelar a la combinación de narradores de tercera persona y de primera persona protagonista o testimonial y al monólogo interior; al empleo del documento y a la crónica periodística; al desgarramiento de la linealidad del tiempo y a la desrealización del espacio. Estos ingredientes de forma no eran suficientes sino se sumaban a dos factores de contenido: el efecto de trasposición de la realidad al territorio de lo mítico y el recurso del llamado realismo mágico, que en el juicio elemental y didáctico de Seymour Menton, “consiste en la presentación objetiva, estática y precisa de la realidad cotidiana con algún elemento inesperado o improbable cuyo conjunto deja al lector desconcertado, aturdido, maravillado”.¹⁰⁷

EL GRUPO DE BARRANQUILLA Y LA RENOVACIÓN DE LA NARRATIVA

El investigador francés Jacques Gilard considera el Grupo de Barranquilla como el verdadero renovador de la narrativa,¹⁰⁸ porque se aparta de la rutina y la tradición y reacciona contra lo que se hacía en el resto del país: literatura costumbrista y de circunstancia, ocupada en la exaltación de valores superfluos y parroquiales, y porque, además, se abre hacia la asimilación saludable de autores universales como Kafka, Hemingway, Faulkner, Caldwell, Capote, Saroyan, entre otros, que eran más o menos desconocidos en el medio intelectual de Colombia.

107. Seymour Menton. *El cuento hispanoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993. Página 324.

108. Jacques Gilard. *El Grupo de Barranquilla y la renovación del cuento colombiano*. Suplemento del Caribe Nº 331, Diario del Caribe, Barranquilla, junio 29 de 1980.

Destaca Gilard el impacto que el cuento de Hemingway “Los asesinos” produjo entre los amigos del grupo, —cuento que Alfonso Fuenmayor tradujo y publicó en Bogotá, en 1949, cuando era jefe de redacción del semanario Estampa y reprodujo el año siguiente en el semanario barranquillero Crónica, cuyo jefe de redacción era Gabriel García Márquez—. En relación con el cuento de Hemingway, Gilard afirma:

*“Lo que el Grupo de Barranquilla encontró y admiró en Los asesinos puede intuirse más o menos: la escasez de descripciones y circunstancias; el papel preponderante del diálogo; la diferencia entre el relato y la historia; la eficacia de la sugerencia; la sencillez de los medios empleados que llegan, sin explicar ni describir nada, a expresar todo un modo de vida, toda una filosofía vital, en otras palabras: una forma de ser de la humanidad, peculiar pero puesta al alcance de cualquier lector. Era un cuento universal sobre un medio específico, y ello tenía que llamar poderosamente la atención del grupo y orientar las tentativas de sus escritores que justamente aspiraban a dar una expresión digna de sus propias realidades”.*¹⁰⁹

Álvaro Cepeda Samudio¹¹⁰ no dudó en señalar como primeros cuentos modernos en Colombia “La noche de los alcaravanes” y “Alguien desordena estas rosas”, escritos y publicados en 1950 por Gabriel García Márquez, y como ligeros antecedentes, “La grieta”, de Jorge Zalamea; “Cristine”, de Wills Ricaurte y “Genoveva me espera siempre”, de Hernando Téllez.

Pero sin duda fue el regreso de don Ramón Vinyes a Barranquilla en 1940, luego de la prolongada ausencia de nueve años en España (1931-1940), uno de los hechos más importantes para las letras del Caribe entre este año y 1950, cuando regresa para morir en su patria chica. Como se sabe, el sabio catalán, demócrata, libertario y catalanista fervoroso, había vuelto a España entusiasmado con la renuncia de Alfonso XIII y la instauración de la República. La vuelta a Colombia significaba la derrota y el exilio para el noble combatiente de las ideas nacionalistas. Sin embargo, al lado de sus antiguos compañeros de tertulias y de la redacción de los periódicos mitigó la nostalgia de su España atormentada, y en los años que siguieron continuó la entrega generosa de su clara inteligencia y su sabio magisterio literario al servicio de sus lectores y del círculo íntimo de sus amigos.

Vinyes, inmortalizado por nuestro Premio Nobel en Cien años de soledad, leía y traducía en ocho idiomas y poseía profundos y amplios conocimientos de la literatura universal contemporánea, asunto que trasciende en sus diarios.¹¹¹ Murió en Barcelona en 1952. Un amigo cercano suyo desde su primera llegada fue el poeta y novelista José Félix Fuenmayor. El poeta y escritor barranquillero antes de experimentar en el cuento había incursionado en la novela con Cosme (1927) y Una triste aventura de catorce sabios (1928), noveleta fantástica

109. Ibid.

110. Citado por Jacques Gilard. Nota Nº 11.

111. Ramón Vinyes. *Selección de textos 1. Colección Autores Nacionales*. Colcultura, Bogotá, 1982.

de 107 páginas acerca de unos amigos que se reúnen en el salón de lectura de un club, donde un personaje lee a los concurrentes el relato que se inicia en un aeródromo en el que catorce sabios se elevan por los aires en máquinas gigantescas. En el gracioso relato los oyentes interrumpen con frecuencia la lectura para hacerle críticas a la historia.

Pero lo que va a revelar el genio narrativo del viejo maestro son los cuentos “Con el doctor afuera”, “Utria se destapa”, “La muerte en la calle”, “Un viejo cuento de escopeta”, “Las brujas del viejo Crispulo”, “La piedra de Miliesio”, etc., publicados originalmente en periódicos y revistas de su ciudad entre 1944 y 1950, aunque algunos fueron escritos varios años atrás. Como “ejemplos clásicos de la narración”, los califica Ernesto Volkening,¹¹² y sin exagerar lo son, pues influirán sobre Cepeda, García Márquez, Alfonso Fuenmayor, y todos los escritores posteriores, quienes van a encontrar en esas miniaturas entretenidas, plenas de humor y hondura humana, un modelo superior de tratamiento de la realidad costeña y la manera de asumirla universalmente.

Encontrar los rasgos que definen la narrativa de Fuenmayor es arriesgarse a encontrar las claves de la cuentística del Caribe posterior a 1950. Esos rasgos básicos son el humor, la simplicidad de lenguaje, el tono coloquial, la inclinación a enfocar como sujetos narrativos a las gentes comunes y corrientes, de orígenes a medio camino entre lo urbano y lo rural. Admira, en primer lugar su disposición para sorprenderlos en situación de ciertos estados de gracia sobrenatural. Son indigentes, zapateros, trabajadores rústicos, locos, que habitan en la aldea o en el villoorrio, pero en todo caso en los arrabales de la ciudad, la que atraviesan a pie con sus machetes campesinos o a lomo de burro. Siempre están hablando en su sabrosa habla popular, no tanto dialogando sino abriéndose en largos y disparatados monólogos, que bastante se parecen a las disquisiciones de los filósofos. Por ejemplo, el narrador protagonista de “Con el doctor afuera” define la memoria como el saco que capta el mundo por los sentidos de la vista y el oído. “Tú ves —afirma— a un individuo: esto quiere decir que te cayó el saco por el ojo. El saco lo coge y ya no se lo puedes quitar. Sacarlo sí puedes, pero está como amarrado con caucho porque si lo sueltas vuelve al saco. Y te sirve para reconocer al individuo si se te presenta otra vez, porque lo pones al conffronte con el del saco y dices: este es. Y el individuo queda recordado”. Utria, el personaje de “Utria se destapa”, traído de la aldea a la ciudad a cuidar de la casa de los señores mientras estos viajan a Europa, desconfía del reloj despertador. “El señor Manuel —dice— con su chéchere de horas hechizas, que uno no sabe si serán mentira. La hora de verdad se coge con el ojo en la caminada del sol que uno sabe por dónde va más que la mucha nube quiera tapanlo. Y si es oscuro y uno está acostado y despierta, no tiene que mirar porque la siente en el pulseo de la noche”.

112. Ernesto Volkening. *El arte narrativo de José Félix Fuenmayor*, Ensayos I, Colección Autores Nacionales Nº 6, Colcultura, Bogotá, 1975.

El relato más celebrado del maestro Fuenmayor, "La muerte en la calle", pone a andar en el escenario de la ciudad a un vagabundo con acusadas limitaciones mentales que se rebusca su comida y su sueño en ciertos barrios de familias acomodadas, en donde no le niegan algunas monedas a cambio de sus desatinados parlamentos. El hombre en el estado límite del desfallecimiento mortal reconstruye su vida al lado de la madre, evoca el desamparo en que lo dejó al morir y las aventuras que vive en el laberinto urbano, pero sobre todo en el laberinto de sus cavilaciones sobre la solidaridad de los mayores, la maledicencia de los niños y sobre el misterio de Dios y de la mujer. Recurriendo a imágenes y vocablos simples y regresando al estado puro de la inocencia, al lenguaje de las primeras palabras, monologa: "La manera como Dios lo conduce a uno, yo la conocí: es con riendas. Lo mejor es no resabiarse y dejar uno que le apriete bien justo el freno pues así va uno más seguro porque siente los tironcitos por pequeños que sean, que Dios le dé. Por eso yo sentí el que me dio un día que yo me iba a ser hombre de pala para coger arena; y en seguida dejé la pala. Otros me ha dado y también los he sentido. Pero cuando voy por la calle, caminando, me deja suelto, porque ese es mi camino y ahí no necesito tironcitos y entonces parece que ni freno llevara puesto".

Los personajes de los cuentos de Fuenmayor son hombres ingenuos en un cosmos asediado de complejidades. Ingenuos, pero no falsos ni postizos. Se les siente respirar y vivir. No parecen adaptados al nuevo orden social que les impone una manera de razonar y actuar para la que no están preparados. No obstante actúan y razonan a su manera y el razonamiento propio es el tejido que los protege contra la hostilidad del mundo real. Son quijotescos y sanchescos a la vez. El narrador es un provocador que los interroga para facilitar los felices coloquios y sus enrevesados monólogos. No hay nada ahí paródico ni grotesco, porque el narrador no los pone ni propone como blancos de irrisión y de burla. Son así, simplemente así y no nos reímos de ellos, sino con ellos, porque revelan verdades subterráneas solo accesibles a los poetas, los niños y los locos. En vez de repulsión nos inspiran piedad y ternura. Los comprendemos y hasta nos sentimos solidarios con el lenguaje en que habitan como en una residencia suntuosa y con la verdad del mundo que manejan tan diferente a la trascendental y solemne en que nos movemos los seres "normales". Ese candor maravilloso, y esa elemental naturalidad, y, más allá de estas virtudes, el superior atributo humano de la dignidad, los vamos a encontrar en los personajes de Cepeda Samudio, de García Márquez, de Rojas Herazo, de Judith Porto de González, de José Ramón Mercado, de Gustavo Tatis Guerra.

Álvaro Cepeda Samudio (Barranquilla, 1926-1972) estudió entre 1949 y 1951 periodismo y literatura en la Universidad de Columbia, Nueva York, donde escribió poesías y canciones en inglés¹¹³ y se formó directamente en la fuente de la narrativa norteamericana. "En efecto — señala Daniel Samper Pizano —, su primer viaje a Estados Unidos, sus repetidos regresos y su

113. Publicados en *Antología de la obra de Cepeda Samudio preparada por Daniel Samper Pizano*, Colección Popular Nº 22. Colcultura, Bogotá, 1977.

contacto permanente con la cultura norteamericana a través del cine, la prensa y las revistas, lo vincularon estrechamente a la literatura cosmopolita de Estados Unidos. A la larga, y a la corta, Cepeda tiene mucho más de John Updike, de Norman Mailer o de Saúl Bellow, que del Faulkner que le adjudican. De hecho, cuando se publica *Todos estábamos a la espera* (1954), aparecen en Colombia los primeros cuentos de condensado espíritu urbano y universal”; más adelante agrega que el libro de Cepeda es un reflector “en la oscuridad de esa literatura campesina que pululaba por entonces en el país y de la cual no se salvan más que unas pocas obras.”

En la nota de presentación del libro preparado por Samper Pizano dice Germán Vargas: “Cepeda Samudio es, como podrá apreciarlo quien lea estos cuentos, un poeta, que es una de las maneras de ser algo: un cuentista, un novelista, por ejemplo. Y es también –condición básica para quien escriba literatura de ficción y realidad– un periodista. Como lo son sus grandes maestros, los cuentistas y novelistas norteamericanos. Y algunos de nuestra América, como Julio Cortázar y Felisberto Hernández.

Gabriel García Márquez hace la siguiente consideración sobre el libro de Cepeda: “para mi modo de interpretar las cosas, el mejor libro de cuentos que se haya publicado en Colombia. A otros –tal vez la mayoría– parecerá discutible esta afirmación. Pero sin duda todos estarán de acuerdo en que es el más interesante”.¹¹⁴ Hernando Téllez escribió: “El libro de Cepeda Samudio, en medio de la vasta marea de las producciones colombianas ofrecidas como literatura pero que no lo son estrictamente, parece una cosa excepcional”.¹¹⁵ Jacques Gilard no vaciló en calificarlo como un clásico de todos los tiempos, como “el libro que marcó el ingreso de la cuentística nacional a la modernidad”.¹¹⁶

EL FENÓMENO GARCÍA MÁRQUEZ

A su vez, García Márquez (1927) inició su excepcional carrera de escritor con la publicación el 13 de septiembre de 1947 en la sección *Fin de Semana* de *El Espectador* del cuento “La tercera resignación”, y repitió el 25 de octubre con “Eva está dentro de su gato”. El día 28 Eduardo Zalamea, Ulises, saludó al naciente escritor con esta nota en las páginas del mismo periódico:

Los lectores de Fin de Semana, suplemento literario de este diario, habrán advertido la aparición de un ingenio nuevo, original, de vigorosa personalidad. Dos cuentos se han publicado con la firma de Gabriel García Márquez, de quien no tenía ninguna

114. Gabriel García Márquez. *El Espectador*, agosto 25 de 1954, recogido en *Crónicas y reportajes*, Colección Popular Nº 11, Colcultura, Bogotá, 1975. Página 55.

115. Hernando Téllez. *El Tiempo*, septiembre 14 de 1954.

116. Jacques Gilard. Prólogo a la edición de Plaza y Janés, Bogotá, 1980.

noticia. Ahora me entero, por uno de los compañeros de redacción, de que el autor de Eva está dentro de su gato es un joven estudiante de primer año de derecho, que no llega aún a la mayoría de edad. Me ha sorprendido no poco esta información, porque se advierte en los escritos de Gabriel García Márquez una madurez desconcertante, acaso prematura. Su discurso es nuevo y nos lleva a regiones inexploradas de la subconciencia, pero sin necesidad de recurrir a lo arbitrario. Dentro de la imaginación puede pasar todo. Pero sabemos mostrar con naturalidad, con sencillez y sin aspavientos la perla que logra arrancársele, no es cosa que puedan hacer todos los muchachos de veinte años que inician sus relaciones con las letras. Con Gabriel García Márquez nace un nuevo notable escritor. No dudo de su talento, de su originalidad, de su deseo de trabajar, pero sí me resisto a creer—lo que no es en modo alguno disminución de su personal valor— que sea un caso aislado entre la juventud colombiana.¹¹⁷

Por los días que asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán en las calles de Bogotá, Gabriel García Márquez estudiaba derecho en la Universidad Nacional y vivía en una pensión de costeños en el centro de la ciudad que fue rápidamente consumida por las llamas. Había publicado sus tres primeros cuentos en El Espectador. El último de ellos “Tubal Caín forja una estrella”, apareció el 17 de enero de 1948, tres meses antes del crimen del caudillo liberal que disparó la violencia conservadora en todo el país.

En el mes de mayo viajó a Cartagena donde residía su familia y el patricio del partido liberal Domingo López Escauriaza, hermano del poeta Luis Carlos López, acababa de fundar el diario El Universal. El jefe de redacción del periódico era Clemente Manuel Zabala (1893-1963), hombre de gran cultura, políglota, conocedor y difusor de la literatura francesa y norteamericana; con él los amigos de Cartagena conocieron a Faulkner y Virginia Wolf. “Zabala era parco. Se dejaba oír de vez en cuando. Era más que un hombre culto, un periodista de la cultura. En este punto se mantenía minuciosamente informado. Era, además, un pedagogo social; alguien quien poseía una información valiosa y que tenía la urgente necesidad de entregarla, de transmitirla”, recuerda García Márquez.¹¹⁸

Zabala, nacido en San Jacinto, Bolívar, era un liberal de avanzada que trabajó junto a Gaitán en el semanario Jornada y participó en la investigación sobre la matanza de las bananeras que le sirvió al ilustre penalista para adelantar el histórico debate en el Congreso. García Márquez, que nunca había hecho periodismo, se presentó en El Universal y Zabala, que había leído sus cuentos en El Espectador, lo vinculó al periódico en donde lo orientó, sugiriéndole lecturas, discutiendo temas y corrigiéndole las columnas con el famoso lápiz

117. Eduardo Zalamea. El Espectador 28 de octubre de 1954.

118. Francisco Celis Albán. *Una personalidad bastante misteriosa. Entrevista con Gabriel García Márquez*. El Universal, Cartagena, abril 24 de 1983. Página 12.

rojo con que le mejoraba su redacción: “Hombre, el maestro Zabala tenía un lápiz rojo, gracias al cual las notas malas que yo empezaba a escribir se volvían buenas y poco a poco yo fui aprendiendo que nunca debía cometer los errores que el maestro Zabala me señalara”.¹¹⁹ En parecidos términos lo evoca también otro de sus discípulos de entonces, el profesor Santiago Colorado,¹²⁰ exigiéndole precisión, claridad, eliminación de los superfluo y mucha disciplina y seriedad en el oficio.

También trabajaba en El Universal el poeta y humanista, gran conocedor de los clásicos griegos y del siglo de oro español, Gustavo Ibarra Merlano (1919-2001)¹²¹ y los historiadores, periodistas y políticos Ramiro y Óscar de la Espriella y Carlos Alemán Zabaleta (Mompox, 1919), y otros. Conformaron el grupo de amigos cartageneros que leían y comentaban libros, se leían y discutían sus escritos y se metían en la vida política y cultural de la ciudad y del mundo. Viviendo en Cartagena García Márquez publicó en El Espectador sus cuentos “La otra costilla de la muerte”,¹²² “Diálogo en el espejo”¹²³ y “Amargura para tres sonámbulos”¹²⁴, y leyó a Faulkner y a Virginia Wolf, estudio con detenimiento a Sófocles y escribió el único prólogo que ha hecho para una novela: “Ceremonia inicial” (1949) de su pariente George Lee Biswell Cotes (1931), en la que rechazaba la grandilocuencia y la frondosidad en el estilo de la narración.

De los amigos de este período cartagenero se conocen los cuentos de Carlos Alemán Zabaleta, periodista y político,¹²⁵ “El día que se fue el río”, publicado después en Vanguardia Dominical con la siguiente nota de Roberto Burgos Cantor:

El relato de Carlos Alemán es una crónica cuyos únicos personajes son la ciudad, el abandono y los presagios del infortunio. Su desolación recuerda los canales de Marte, la angustia de la inevitable extinción. Es una fábula apretada, que en su confección deja signos de aquello con lo cual rompe. Sin esa solemnidad que asfixia tanto a los académicos como a los que venden literatura “para el pueblo”, esta crónica es una muestra no sólo de la realidad que reinventa sino también para el análisis de una época.¹²⁶

119. Ibid.

120. Santiago Colorado. *El maestro Clemente Manuel Zabala*, El Universal, Cartagena, marzo 8 de 1983.

121. Roberto Montes Mathieu. *De Sófocles a García Márquez. Entrevista con Gustavo Ibarra Merlano*. Gaceta de Colcultura, Bogotá, Vol VI, Nº 39, 1983.

122. Enero 25 de 1948.

123. Enero 23 de 1949.

124. Noviembre 11 de 1949.

125. Sobre Carlos Alemán ver el libro de Eligio García Márquez, *Tras las claves de Melquiades, Historia de Cien años de soledad*. Editorial Norma, Bogotá, 2001.

126. Roberto Burgos Cantor. “El día que se fue el río”. Vanguardia Dominical, suplemento de Vanguardia Liberal, Bucaramanga, Domingo 3 de marzo de 1974.

Por esos mismos años en la misma ciudad empezó a publicar Judith Porto de González (1924), historiadora, dramaturga, compositora y narradora, la autora de su generación con mayor número de libros publicados: *A caza de infieles y otros cuentos* (1953), *Doce cuentos* (1960), *Al filo de la leyenda* (1962) y varias recopilaciones. Ganó un concurso de cuentos en los juegos florales de su ciudad en 1949 con "A caza de infieles". Como directora durante años de la Extensión Cultural de Bolívar, organizó concursos de novelas, de cuentos, festivales de teatro y publicó una colección de autores entre los que se encuentran Manuel Zapata Olivella, Alfonso Bonilla Naar, Indalecio Camacho y Eutiquio Leal. Su cuento "Manos limpias", de un realismo llano y elemental, se vertebra en torno al conflicto interior de un taxista que conduce a un "gringo" de Cartagena a Barranquilla y que en el viaje nocturno a lo largo de la carretera maquina la idea de atracarlo, chantajearlo, robarlo, para resolver algunas necesidades familiares.

Del período de Cartagena de García Márquez muy poco se sabía hasta que Jorge García Usta resolvió realizar y publicar el ensayo "Cómo aprendió a escribir García Márquez" (1995). El bien documentado trabajo prueba que el escritor de Aracataca adquiere aquí sin duda el aprendizaje periodístico y el bagaje de lecturas clásicas y de la literatura norteamericana contemporánea que le servirá para decantar su carrera de periodista y escritor. En 1950 el joven cuentista se trasladó a Barranquilla en donde conoció a los que serían sus entrañables amigos y compañeros del oficio periodístico en el *Heraldo* y *El Nacional*: Germán Vargas, Alfonso Fuenmayor y Álvaro Cepeda Samudio. Al lado de ellos y a la sombra del sabio catalán, don Ramón Vinyes y del viejo Fuenmayor, se conformó el bohemio, mitológico e improbable Grupo de Barranquilla, conformado también por los pintores Obregón y Riverita, que se reunía en la Librería Mundo, en los burdeles y turbias tabernas del barrio abajo y en el bar La Cueva, a la vez club de caza y tienda de ultramarinos. Aquí continúa su ascenso como narrador.

Del período de Barranquilla son los cuentos "Ojos de perro azul" (1950), "Nabó" (1951), "La mujer que llegaba a las seis" (1952), "Alguien desordena estas rosas" (1952) y "La noche de los alcaravanes" (1953), relatos experimentales todavía, en los que al tiempo que se nota a un narrador aún inseguro de lo que quería hacer, con insuficiente conocimiento de la materia que estaba trabajando y con poca pericia en la instrumentación de las técnicas narrativas, se presentía el vuelo majestuoso del futuro fabulador. Hasta aquí todas son narraciones de un narrador libresco y erudito, más preocupado por explorar en los demonios literarios de autores recién leídos que en los propios. Sin embargo, escarbando en las mitologías ajenas García Márquez encontró las propias mitologías. Los cuentos escritos en la costa pertenecen a la etapa propiamente fantástica del joven narrador. La mayoría son narraciones en primera o en tercera persona demasiado cercanas al narrador; en algunos casos experimenta la insólita combinación de la tercera con la primera persona, como en "La otra costilla de la muerte". En todo caso, se trata de historias alucinadas, fantasmagóricas, nocturnas, en las

que se advierte el propósito de saltar o derrumbar el débil tabique que separa el día de la noche, el sueño de la vigilia, la vida de la muerte. Estos cuentos fueron recogidos en libro con el título *Ojos de perro azul*, a pesar del autor, después de la glorificación de *Cien años de soledad*.

El hallazgo de sí mismo, el ingreso para no salir jamás del laberinto de los mitos personales, ocurre a partir de los cuentos “Un día después del sábado” (1954), “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” (1954) y “La siesta del martes” (1958), ejercicios narrativos previos o contemporáneos de la publicación de *La hojarasca* (1955) y de los borradores iniciales de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), de *La mala hora* (1962) y de los otros cuentos que junto con éste conformaron el libro *Los funerales de la Mama Grande* (1962). Esos tres relatos breves marcan el punto de inserción de García Márquez en la corriente neorrealista, que no es de ninguna manera la vuelta al criollismo ni a la abundancia descriptiva y sí que menos a la realidad plana y exterior del realismo decimonónico o del naturalismo, que en nombre de una pretendida aplicación de métodos experimentales en la literatura excluía de las narraciones la presencia del yo y la subjetividad del autor, que según Zola, era nada más que un fragmento de humanidad, esa bestia pensante sometida a las múltiples influencias del mundo natural.

Los tres cuentos transcurren en el espacio legendario de Macondo. Los personajes son hombres comunes de la parroquia: Rebeca, una viuda descendiente de la familia de los Buendía, el anciano párroco de noventa y cuatro años Antonio Isabel del Santísimo Sacramento del Altar Castañeda y Montero; Isabel, su padre, su madrastra y Martín, su marido, y una pobre mujer sin nombre propio, su hija, el cura y su hermana, y como escenario y telón de fondo el implacable verano, la lluvia bíblica y la desolación colectiva de los pobladores. “Un día después del sábado” cuenta un hecho que interrumpe la monotonía aldeana: la lluvia de pájaros que cae sobre las alambradas de las casas, de la iglesia y las oficinas públicas. En “Monólogo de Isabel...” un diluvio paraliza de repente los quehaceres domésticos de una familia y la vida cotidiana de la población macondina.

En “La siesta del martes” una mujer y su pequeña hija emprenden un recorrido en tren por los agostados paisajes que en otro tiempo fueron el esplendoroso escenario de la compañía bananera. El objeto del viaje es la visita a la tumba del hijo que había muerto abatido por una bala disparada por Rebeca Buendía cuando trataba de forzar la puerta de entrada a su casa, y el rumor de la presencia de las dos mujeres alarma a los habitantes del pueblo que duerme la siesta del mediodía. Antes de que apareciera publicado en volumen en *Los funerales de la Mama Grande*, fue publicado en *Lecturas Dominicales de El Tiempo* en enero de 1960. Sin embargo, si damos crédito a Plinio Apuleyo Mendoza, ya había sido escrito en 1958 en Caracas “aprovechando los días libres de Semana Santa”. Eligio García Márquez asocia el ingreso de la niña al pueblo de la mano de la madre con la llegada de Gabriel ocho años antes a Aracataca en compañía de la suya, pero también con el “viaje relámpago” que el escritor

hizo a Barranquilla en marzo del mismo año “para casarse con su novia Mercedes Barcha Pardo que lo esperaba con paciencia ursulina desde hacía tres años.” Y agrega:

Mi cuento más íntimo, diría después. De todas maneras era el mismo mundo de La hojarasca, incluso de Faulkner, sólo que más que decantado: escrito con la óptica y las técnicas literarias de limpieza y eficacia aprendidas en el periodismo y en los cuentos de Hemingway (al menos de uno, “Un canario como regalo”, que tanto leía en esa época, según diría años después Plinio Mendoza, pero sobre todo en el constante e incansable ejercicio del oficio.¹²⁷

En realidad, la rara perfección de “La siesta del martes” resulta de la presencia de tres componentes básicos: la sobriedad de estilo, la eficacia comunicativa y la cimentación de la historia en la solidez de un símbolo mítico. Como una cámara cinematográfica la narración realiza una persecución objetiva de los personajes en el compartimiento del vagón, en las calles del pueblo y en el interior de la casa cural. En un solo momento —en un párrafo de veintiún renglones—¹²⁸, se interrumpe el seguimiento para ofrecer el flash-back que revela al lector las circunstancias en que ha muerto el joven ladrón. En seguida la acción se precipita, luego de un diálogo intenso entre el cura y la mujer, al simple desenlace de la salida para el cementerio:

“El párroco suspiró.

—¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

—Era un hombre muy bueno.

El sacerdote miró alternativamente a la mujer y a la niña y comprobó con una especie de piadoso estupor que no estaba a punto de llorar. La mujer continuó inalterable:

—Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba hasta tres días en la cama postrado por los golpes.

—Se tuvo que sacar todos los dientes —intervino la niña.

—Así es —confirmó la mujer—. Cada bocado que me comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados por la noche.

—La voluntad de Dios es inescrutable —dijo el padre”.¹²⁹

No hay en el relato ninguna desviación gratuita, ningún exceso retórico. Como en el cuento de Hemingway, simple, directo, compacto (en el que el narrador impasible, un ciudadano de Estados Unidos que viaja en tren con su esposa de Marsella a París, la observa hablar con otra dama también americana que ha evitado por inconveniente el matrimonio

127. Eligio García Márquez, *Tras las huellas de Melquíades*. Editorial Norma, Bogotá, 2001. Página 424.

128. Gabriel García Márquez. *Todos los cuentos*. Editorial La Oveja Negra, 1983. Página 125.

129. Op.cit. Página 126.

de su hija con un suizo y le lleva como consuelo un canario, en tanto que él lo único que tiene bien claro es que apenas termine el viaje, su mujer y él van a dormir en residencias separadas), aquí la carga informativa es exacta. La lección de Kafka, en el sentido de que aún lo más extraordinario debe decirse al oyente o al lector con absoluta naturalidad, como contaba la abuela, estaba aprendida. Además, al autor no le basta con contar una buena historia, pues las lecturas de Sófocles y Faulkner le han enseñado que los mejores relatos se soportan en los modelos trascendentales de vida que subyacen en los grandes mitos: en “La siesta del martes”, igual que en “Antígona”, una mujer espía por centenares de miradas desafía la costumbre y los códigos hechos por los hombres y camina con la frente en alto al cementerio en cumplimiento de la ley divina del amor maternal.

A diferencia de los relatos fantásticos de la primera época, en estos se yergue un mundo consistente y concreto. El espacio —con sus calles, la inundación apocalíptica, la línea ferroviaria, el vagón del tren, el aplastamiento del sol sobre la aldea fantasma—, es perfectamente tangible. Los protagonistas tienen edad, respiran, sienten rencores, son obstinados, taciturnos, solitarios y experimentan el tedio mortal de la provincia. Y, lo que es esencial, revelan destellos de la idiosincrasia del hombre costeño, en contravía de los estereotipos que a menudo sirven más de caricatura que de definición de la identidad del Caribe. En el resto de cuentos de *Los funerales de la Mama Grande*, en particular el que le da título al libro, el autor transita de lo real a lo mágico mediante la apoteosis de la palabra, el uso de imágenes delirantes y el desmesurado manejo de la hipérbole.

Los siete cuentos que integran *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira* y de su abuela desalmada (1972) son relatos concebidos dentro de la matriz y los cánones del cuento clásico. En casi todos la referenciación del mundo natural es un pretexto para refutar lo que en la realidad hay de obvio y ordinario. A todo trance el narrador busca iluminar lo que está debajo o detrás de lo natural y ordinario que es lo sobrenatural y extraordinario, al tiempo que descubre para los lectores la verdad simple y elemental que resulta de desarmar y rearmar la máquina de lo fantástico. En lo relativo al cuarto y último libro de breves relatos *Doce cuentos peregrinos* (1992), escritos entre 1974 y el año de su publicación, el mismo Gabriel García Márquez confiesa en el Prólogo, por cierto inusual en el autor, que “antes de su forma actual, cinco de ellos fueron notas periodísticas y guiones de cine, y uno fue un serial de televisión. Otro lo conté hace quince años en una entrevista grabada, y el amigo a quien se lo conté lo transcribió y lo publicó, y ahora lo he vuelto a escribir a partir de esa versión”.¹³⁰

Con los *Doce cuentos peregrinos*, historias de viajeros colombianos en tránsito a Europa y dentro de Europa, se cierra por el momento, la tercera y última etapa del ciclo cuentístico del escritor de Aracataca. En más de cuarenta años de práctica en este género es observable

130. Gabriel García Márquez. *Doce cuentos peregrinos*. Bogotá, La Oveja Negra, 1992. Pág. 13.

que la primera, la de los cuentos recogidos en *Ojos de perro azul*, fue de tanteos, unas veces inspirado en el torrencial barroquismo de Faulkner, otras en el rigor ático de Hemingway; la segunda de ellas, la de *Los funerales de la Mama Grande* y de *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira* y de su abuela desalmada, es de plena asimilación de influencias, incluida la de Kafka, y de logro, por lo tanto, de la propia andadura estilística; y la última, etapa de juegos gratuitos de imaginación y de trucos profesionales, en la que se observa la oscilación de lo fantástico al neorrealismo, el tránsito fluido de la objetividad minuciosa a lo mágico y el ofrecimiento de lo cotidiano en dosis magistrales con lo prodigioso.

En todo caso, Gabriel García Márquez es en Colombia el más valioso modelo de laboriosidad obstinada al servicio de la literatura. Su extraño privilegio fue haber encontrado en la cantera de una saga familiar los materiales de su obra narrativa. De ahí fue extrayendo las pequeñas piezas de los cuentos, al principio propusetas inseguras, historias con personajes todavía rudimentarios y carentes de vida interior, que fue brotando, modelándose, en el proceso tenaz de la escritura. Los cuentos poblados de criaturas humildes, gentes de la gleba popular, fueron el campo de entrenamiento para las obras de largo aliento que alcanzaron su cúspide en *Cien años de soledad*.

La aparición de *Cien años de soledad* (1967) y su repercusión en el universo de lectores de lengua española, atrajo de inmediato el interés de la crítica especializada, de los medios académicos y las casas editoriales que en el lapso de pocos años la tradujeron y editaron en la totalidad de las lenguas cultas y las pusieron en manos de millones de consumidores del mundo entero. La obra catapultó al autor a la gloria literaria y lo convirtió pronto en el escritor más importante del país y en uno de los más influyentes de la literatura contemporánea. El unánime reconocimiento de cultos y profanos se sancionó con la concesión del Premio Nobel en 1982, circunstancia que atrajo el inusitado y pasajero interés de los gobiernos, los centros educativos y el público hacia la creación de incentivos y concursos literarios y, de alguna manera, propició el incremento de la industria editorial en Colombia. El fenómeno García Márquez contagió, pero, contrario a lo que muchos creen, pocos escritores sucumbieron ante la prosa magnífica y arrolladora del fabulador de Macondo.

LA GENERACIÓN DE LOS SETENTA Y EL NUEVO PAÍS

La mayoría de las vocaciones literarias en curso durante el decenio de los sesenta, al parecer, fijaron, o tenían ya fijado su centro de atención preferentemente en la obra de Juan Rulfo, Julio Cortázar o Jorge Luis Borges. Por lo demás, es considerable el número de narradores que emergen de la costa y del conjunto del país al final en este momento. Una lista desde luego incompleta incluye a Darío Ruiz Gómez (1936), Germán Espinosa (1937), Nicolás Suescún (1937), Arturo Alape (1938), José Ramón Mercado Romero (1938), Roberto Ruiz Rojas (1939), Marvel Moreno (1939), Ramón Illán Bacca (1940), Hugo Ruiz Rojas (1941-1979), Policarpo Varón

(1941), Jairo Mercado Romero (1941), Álvaro Medina (1941), Óscar Collazos (1942), Antonio Mora Vélez (1942), Eduardo Márceles Daconte (1942), Jaime Moreno García (1943), Alberto Duque López (1943), Fanny Buitrago (1943), Luis Ernesto Lasso (1944), Gustavo Álvarez Gardeazábal (1945), David Sánchez Juliao (1945), Benhur Sánchez Suárez (1947).

De los más variados orígenes sociales y geográficos, de desemejantes y a veces encontradas filiaciones ideológicas y partidistas, tan diferentes en los ademanes estilísticos y en los modos de aprehender creadoramente el mundo, vistos en la distancia de más de treinta años de tenaz persistencia en el oficio se notan menos las líneas de separación que los polos de convergencia que los atraen. Eran en su mayoría hijos de la provincia, emergían de las distintas estratificaciones de la clase media y asumían, desde cualquiera de las márgenes en que estaban ubicados—los más en la margen izquierda—, a posiciones de responsabilidad y compromiso político frente a la situación de violencia que amenazaba con disolver al país. Los entusiasmaban las lecturas de Marx, de Freud y de Sartre. Más Freud que Marx y más Sartre que Freud. Pansexualistas, revolucionarios y existencialistas, estuvieron más cerca de la comfortable liberalidad de los movimientos disidentes que en la rígida militancia de partido. Eso sí, ni conservadores ni liberales, pero tampoco nihilistas o indiferentes.

A través del espejo retrovisor en que miraban las agrupaciones literarias que los precedieron, observaban a los piedracelistas, al núcleo de escritores reunidos alrededor de la revista Mito y al movimiento de los nadaístas, y ninguno de ellos eran modelos a imitar: a los primeros los rechazaban por almibarados y delicuescentes, a los otros por burgueses y a los últimos por anarquistas. Todos—o mejor, casi todos—se dejaron cautivar de Fidel Castro, el Che Guevara y Camilo Torres. Críticos y autocríticos, se dieron cita en el claustro universitario para alcanzar un título que no siempre alcanzaron, de abogado, de sociólogo, de lingüista para dedicarse a la literatura en el tiempo libre que les dejara la burocracia, el periodismo o la cátedra.

Y se metieron en el centro del remolino de la agitación universitaria y corearon y cantaron consignas antimperialistas en las marchas callejeras y no pudieron evitar la división de afectos entre la Unión Soviética y China, entre Lenin y Troski, entre Martín Luther King y Malcolm X., y aplaudieron a Mohamed Alí las veces que hizo besar la lona a Sonny Liston y mucho más el día que prefirió estar recluso en una cárcel antes que andar arrojando bombas de napalm sobre los arrozales de Vietnam, y en las pausas de la lectura de Herbert Marcuse fumaron marihuana y consumieron baratos licores de las rentas oficiales, al tiempo que hacían el amor con aplicación de gimnastas mientras escuchaban a los Beatles o bailaban salsa al ritmo de la Fania y la Sonora Matancera, y se emocionaban de ver a Sofia Loren taconeando desenvuelta y agitando sus pectorales en el escenario y lloraban con las canciones de Leonardo Favio y se apasionaron por el cine de Ingmar Bergman, de Fellini, de Visconti y de Truffaut, y asistieron a representaciones de obras de Bertolt Brecht, y fracasaron en el

intento de escribir suprimiendo la narración y despojando de psicología a los personajes, a la manera de Robbe-Grillet y Natalie Sarraute, y si no se terciaron el fusil en el monte fue porque entendieron con Picasso que no se puede disparar y pintar al mismo tiempo y que los escritores y los artistas deben estar ahí donde sean verdaderamente útiles.

Salvo mejor opinión, cuatro o cinco factores de la vida nacional e internacional que venían gravitando con particular energía sobre la sociedad colombiana, irrumpen ahora al final de los cincuenta y a lo largo de las siguientes décadas con efectos demoledores, para cuya asimilación el Estado, el conjunto de la sociedad y las nuevas generaciones de escritores no estaban preparados. Ellos serían la creciente urbanización del país, el incremento de las comunicaciones, la progresiva masificación de la información y la presencia de nuevos agentes de perturbación en el fenómeno de la violencia. En adelante el escritor y sus creaciones no pueden escapar a la fuerza opresiva de estos fantasmas políticos y culturales.

Entre 1938 y 1985 se invirtió dramáticamente la pirámide demográfica en Colombia. En menos de cincuenta años pasamos de ser un país en que el 70 % vivía en el campo, al gran núcleo cosmopolita en donde el 70 % habita en las ciudades. La Costa Atlántica continuó siendo una de las cuatro o cinco grandes áreas de poblamiento en Colombia, al lado de la zona andina central con Bogotá a la cabeza, la del centro de la cordillera central y occidental desde Popayán a Medellín pasando por Cali y el eje cafetero y la de los valles del Cauca y Magdalena.

Barranquilla, que en 1951 llegó a ser desde el punto de vista poblacional la tercera ciudad del país, apenas superada por Bogotá y Medellín, ha permanecido después en el cuarto lugar sólo sobrepasada por Cali, pero ha mantenido la supremacía urbana regional con una población en cifras redondas de dos millones de habitantes. En ese mismo orden, desde 1985, Cartagena es la quinta ciudad, por encima de Manizales y Bucaramanga. Otras tres ciudades del Caribe, Santa Marta, Valledupar y Montería están entre las primeras 15 ciudades de Colombia. Cabe destacar que este crecimiento se dio en desmedro de las áreas semiurbanas y rurales, aunque no por eso las otras ciudades de rango intermedio como Sincelejo, Ciénaga, Soledad, Riohacha, Magangué, Cereté, Sahagún, Aguachica, Mompo, Corozal han dejado de crecer y desarrollarse.

EL SEGUNDO OLEAJE MIGRATORIO

Si quisiéramos una primera explicación de la masiva concentración urbana de este período, la tendríamos que encontrar en la incontrolada explosión demográfica, en especial de los años 50 y 60, y en la reducción de la tasa de morbilidad originada en el mejoramiento de la higiene pública, la salud familiar y la ampliación de la red hospitalaria nacional. Otra sería la falta de fuentes de trabajo y, por lo tanto, de estímulos de vida y progreso personal en las pequeñas municipalidades y sus áreas rurales, en donde, además, la carencia de los

mínimos servicios públicos, de escuelas, medios de transporte y formas de esparcimiento y diversión constituían principalísimos estímulos para el éxodo a los centros urbanos. No se puede negar tampoco que el destino de la ciudad ha seguido siendo desde la edad media el sueño de los pobres del campo en procura de la libertad y como refugio a las abrumadoras coacciones del medio.

Una segunda explicación, muy específica y propia, de la masiva migración a las ciudades se halla en la diáspora sobre todos los puntos cardinales provocada por la violencia que desató la muerte del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán. La mayoría de los historiadores coincide en el juicio de que durante los 12 años de gobiernos de dictadura civil y militar de Ospina, Gómez y el general Rojas Pinilla (1946-1958) y el Frente Nacional—los 16 años de turno de liberales y conservadores en el gobierno entre 1958 y 1974—, en lugar de que se promovieran reformas a la propiedad agraria y urbana, proyectos de apertura democrática y se encontraran fórmulas para allanar el abismo entre la miseria de las mayorías y la opulencia de las minorías, se ampliaron los abismos entre las clases, se criminalizó la protesta popular y la militancia por fuera de los partidos tradicionales.

A todas estas, la antigua insurgencia popular armada que con el nombre de guerrillas había estallado en los Llanos Orientales en 1948 y que como reguero de pólvora se había extendido enseguida sobre el Tolima Grande, Cundinamarca, los Santanderes, el viejo Caldas, etc., en alta proporción se aministió y se desmovilizó bajo el gobierno militar del general Gustavo Rojas Pinilla en 1953, pero en parte se mantuvo como cuadrilla de bandoleros y en parte como autodefensa campesina bajo la orientación del Partido Comunista. “Autodefensa quería decir—afirma Arturo Alape— no entregar las armas, proteger las guerrillas entre la colonia, entre la masa, abrir nuevas tierras de cultivo, organizar la paz y esperar los resultados de la tregua que quería confiar el pueblo”.¹³¹

Estas fuerzas rurales sobre las armas, estigmatizadas luego con la denominación de Repúblicas Independientes, fueron blanco de la guerra que lanzaron los gobiernos del Frente Nacional contra las zonas de Villarrica, Tequendama, El Pato, Guayabero, Sumapaz y Ríochiquito, con aviones de guerra y tropas de artillería y el directo asesoramiento del gobierno de los Estados Unidos. Así, de aquellas incipientes organizaciones de resistencia campesina, más o menos espontáneas y contestatarias, surgen en 1964 las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, con las consignas de guerra popular, mando central unificado y toma violenta del poder. Al mismo tiempo casi, inspirados en el reciente triunfo de los barbudos de Sierra Maestra en Cuba, algunos cuadros urbanos organizaron en Santander del Sur el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Luego en el Alto Sinú, entre los límites de Córdoba y Antioquia entra en escena el Ejército Popular de Liberación, EPL.

131. Arturo Alape. *Diario de un guerrillero*. Bogotá, Ediciones Abejón Mono, 1970. Página 5.

Posteriormente aparecieron el Movimiento 19 de Abril (M-19), el Quintín Lame, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, el Patria Libre y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT.

Paralela a la lucha armada en el campo hizo presencia en los años 70 en la Guajira y en los pisos inferiores de la Sierra Nevada la siembra a grande escala de marihuana con destino al mercado clandestino de los Estados Unidos y unos años después las mafias internacionales de la droga arrastraron al país al centro de la vorágine del tráfico mundial de cocaína. Las mafias organizadas requerían del control de las tierras de cultivo de coca, la producción del alcaloide, las redes de tráfico y los mercados mayoristas y minoristas en Colombia y el exterior, para lo cual se hicieron al dominio de vastos territorios y al monopolio de propiedades rurales estratégicas; adquirieron medios ligeros de transporte terrestre, fluvial, marítimo y aéreo, armas y avanzadas tecnologías de comunicación satelital.

Pero lo peor sobrevino quizá cuando, con el imperio de sus capitales fabulosos, los carteles de la droga penetraron por arriba y por abajo a la íntegra estructura social y corrompieron al ejército y a la policía, a las entidades bancarias, a los jueces y a los empleados de aduanas, a los alcaldes y gobernadores y financiaron de manera soterrada o abierta las campañas de centenares de candidatos de los partidos políticos a los cuerpos colegiados—algunos accedieron directamente a esas dignidades—, e incluso a la Presidencia de la República.

El poder de contaminación del narcotráfico penetró a la Iglesia, los medios de comunicación, el comercio lícito e ilícito, el interior de la familia y dentro de ella a los grupos más vulnerables, los niños y adolescentes. Las mafias, además, dispusieron para la protección de sus laboratorios y las redes de envío y distribución, con la complicidad y el patrocinio de algunas entidades del mismo Estado, de ejércitos privados de forajidos a sueldo, milicias urbanas y pandillas de sicarios al servicio de sus propiedades rurales y citadinas—los llamados paramilitares—, con el asocio de hacendados, terratenientes y comerciantes víctimas del secuestro y la extorsión de las guerrillas que, dicho sea de paso, también sucumbieron como auxiliares y protagonistas ante el poder corruptor del tráfico de estupefacientes.

La guerra por el dominio territorial de los puntos de cultivo, embarque y tránsito de las mercancías ilícitas, por las rutas del tráfico de armas y por donde se movilizan los grupos armados de las guerrillas, los paramilitares y el narcotráfico, y en medio de todo esto el control sobre la población civil bajo su influencia, al tiempo que las operaciones del ejército y la policía contra quienes sindica de colaboradores de la subversión, ha generado aterradoros oleajes migratorios de millones de campesinos y habitantes de pequeños distritos urbanos a las capitales de los departamentos y a Bogotá, quienes huyendo de los hostigamientos y masacres llegan a las ciudades sin la protección del Estado que los mira como otros agentes del caos urbano, la perturbación y la inseguridad colectiva.

INTEGRACIÓN REGIONAL Y ARTICULACIÓN CON EL PAÍS

En materia de vías y medios de comunicación el proceso de articulación de la Costa Atlántica con el interior se interrumpió por el río Magdalena a principios de los años 50 y en esa misma década y en la siguiente se completaron por carretera las conexiones por Medellín y Bucaramanga, y por vía férrea directamente desde Bogotá a Santa Marta. Esta última se mantuvo por poco tiempo, mientras que preciso a partir de entonces se han ido tendiendo rutas terrestres transversales y ensanchando las comunicaciones aéreas desde todos los puntos del interior con el Caribe incluida las islas de San Andrés y Providencia. La televisión estatal inaugurada en 1954 ha sido otro elemento integrador del país desde el momento en que su señal logró su cubrimiento hasta los rincones más apartados de la geografía nacional, como no ha sido menos significativo el papel del correo, el telégrafo, el teléfono, las cadenas de radio, la prensa, el cine y demás medios más recientes como la telefonía celular y el correo electrónico.

El dinamismo de las comunicaciones dentro del Caribe colombiano y hacia las demás regiones ha permitido una mejor identificación intra e interregional y un mayor y más profundo acercamiento humano y cultural con el resto del país y con el mundo. La existencia de partidos políticos nacionales coadyuvaron, a no dudarlo, a establecer vínculos de identidad ideológica y a fortalecer los lazos de la identidad nacional en el pasado distante, por ejemplo, a través de la figura carismática del cartagenero Rafael Núñez y en los años 30 y 40 del siglo pasado alrededor de la irradiación personal del bogotano Jorge Eliécer Gaitán. Aunque resulte paradójico, no sólo las guerras libradas con los países vecinos despertaron en las masas el sentimiento nacionalista, sino las guerras civiles intestinas, las cuales, de alguna manera, reforzaron el sentido de pertenencia nacional. Además, en el siglo XIX en un país tan incomunicado como el nuestro, una curiosa forma de hacer turismo era el enrolamiento en los ejércitos del gobierno o de la revolución.

En todo caso, las vías y medios de comunicación han disminuido las distancias físicas y espirituales y han facilitado el reconocimiento mutuo y vencido los prejuicios raciales y culturales que resultan del desconocimiento del otro. Ciertamente una primordial expresión de identidad es el reconocimiento familiar y local. Del reconocimiento familiar y local los individuos y grupos caminan al encuentro de las identidades regionales. Quizás en el primer siglo de la República, en Colombia fue más fuerte la identidad regional que la identidad nacional. En el pasado la Costa Atlántica levantó su voz contra un asfixiante centralismo estatal que imponía, y no ha dejado de imponer, un estilo de poder cerrado, arrogante, excluyente, en detrimento de la región costeña y con inocultado menosprecio de su gente y sus valores. Sin embargo ha sido proverbial la adhesión del hombre de la costa con los valores y símbolos de la nación. En un país como Colombia, plural y multiétnico, de desarrollo desigual en la cultura y la economía, los hilos de la identidad regional del Caribe se confunden en el gran tejido de la identidad nacional.

La integración definitiva de la costa al conjunto del país y hacia dentro de sus regiones, en efecto, no se realizó sin fuertes traumatismos. La comunidad costeña que venía reclamando esa integración con el objeto de “penetrar en los grandes mercados de consumo del interior”, como lo señalaba José Raimundo Sojo¹³² en 1955, al derribarse las barreras naturales de la incomunicación y abrirse a la competencia nacional “la industria local, antes que penetrar los mercados del interior, se vio invadida por los productos de las principales ciudades de Colombia (Bogotá, Medellín, Cali)”.¹³³ A pesar del desarrollo demográfico y vial experimentado a partir de los años 60, empezó a acentuarse desde entonces un notable decrecimiento comparativo con las otras regiones del país, sobre todo, en necesidades básicas insatisfechas, en niveles de escolarización, en materia de empleo y en ingreso per cápita de la población.

En tanto que la economía se ha soportado tradicionalmente en la producción agropecuaria, la disminución en la demanda de carne de ganado y las crisis periódicas en los mercados del algodón, el tabaco, el banano, el arroz, el maíz, etc., agregadas a la situación de violencia generalizada en el campo, han incidido de manera severa en el empobrecimiento general de la región. A estos factores se suma la ausencia de grandes proyectos de inversión para el aprovechamiento de ventajas comparativas como la instalación de nuevas zonas portuarias, de centros para el turismo nacional e internacional, la exploración de yacimientos petrolíferos en el litoral y la utilización de las redes acuáticas de ríos, lagunas, ciénagas y el vasto patrimonio marítimo en apoyo de la vocación pesquera. No se puede cerrar este cuadro con predominio de tonos grises, sin dejar de aludir a algunos hechos que redundaron en beneficio del desarrollo regional, como fueron la instalación de la refinería de Intercol en Cartagena, para la producción de insumos petroquímicos (1958), la puesta en servicio del complejo carbonífero de El Cerrejón en la Guajira y de las minas de níquel en Cerromatoso, Córdoba, durante los 80.

Con el salto histórico y social operado en la vida del país desde mediados del siglo XX, muy poco quedaba de la remota aldea de pastores y pescadores que era Barranquilla avanzado ya el siglo XIX. Estaba lejos de ser el miserable villorrio que encontró Holton en 1851, en donde apenas había dos escuelas para varones; no quedaba nada de la melancólica y polvorienta población de infinitas edificaciones grises, que dejó a su paso Pierre D’espagnat, ni la “mal construida, mal conservada, mal empedrada”, que describió el antipático viajero Félix Serret; pero tampoco el “gallinero” con que la comparara en sus extraños jeroglifos de tinta violeta el sabio catalán.

132. José Raimundo Sojo, *Barranquilla: una economía en expansión*, citado por Adolfo Meisel Roca, en *Historia Económica y Social del Caribe Colombiano*. Op.cit. Página 289.

133. Adolfo Meisel Roca, *Historia Económica y Social del Caribe Colombiano*. Op.cit. Página 289.

Cartagena, hasta donde lo permitieron el afán esnobista de doña Soledad Román y la piqueta demoledora de don Juan Bautista Mainero, conservó su perfil colonial dentro del recinto amurallado, hasta cuando los vientos de la modernidad la expandieron hacia afuera y hacia arriba. Santa Marta, entretanto, ha mantenido una leve línea de ascenso económico gracias a la actividad portuaria, la agricultura, el comercio y, sobre todo, el turismo. A su vez, el resto de capitales de departamentos (Valledupar, Montería, Riohacha y Sincelejo, quizá en ese orden) y el resto de ciudades intermedias y menores, han transformado, por supuesto, su antigua fisonomía parroquial para asumir cierto semblante de ciudades, pero la deficiente explotación de los recursos naturales y humanos ha bloqueado sus potencialidades industriales.

El economista Antonio Hernández Gamarra señala tres factores de la vida socioeconómica de la costa que caracterizan este período: “Exiguo dinamismo, altísima concentración intrarregional y escaso grado de diversificación”, y agrega:

A mediados de los 80 la región tenía un grado de descentralización ligeramente inferior al de 1960. Tal desempeño, en un país cuyo estancamiento industrial es altamente reconocido, permite afirmar que en la Costa Caribe colombiana se ha producido un proceso de desindustrialización. En relación con su localización y grado de diversificación, la industria se encuentra concentrada en Cartagena y la zona metropolitana de Barranquilla que Genera cerca del 90% de la producción del sector.¹³⁴

Sin embargo, a lo largo de los años cincuenta y los siguientes decenios, Barranquilla y Cartagena y, en menor medida, Santa Marta fueron adquiriendo ese gran aire cosmopolita de las urbes modernas, con su apertura a la región, al país y al mundo. Se cubrieron de gigantescas estructuras verticales, anchurosas avenidas y elegantes barrios residenciales. Extendieron a cientos de miles de niños y jóvenes la cobertura escolar y universitaria. Con el tiempo han venido siendo dotadas de salones de exposición de artes visuales y de conferencias, bibliotecas, librerías, de salas de cine, de conciertos y de representaciones teatrales, espacios a la altura de los mejores de América Latina, adonde acuden espectadores y lectores ávidos de participar en la aventura del enriquecimiento espiritual y el conocimiento. Una excelente infraestructura de hoteles y servicios y la diversidad de estadios y coliseos deportivos y de locales para espectáculos de masas las ha convertido en el primer destino turístico de Colombia y en sede de equipos de fútbol, de béisbol y boxeo profesionales, de escenarios de fiestas de carnaval, festivales internacionales de cine, música y danza y de reinados y convenciones.

134. Antonio Hernández Gamarra. “Potencialidades y limitaciones del Caribe”, en *Caribe Colombia*, Varios, Bogotá, Fondo Fen Colombia. s.f. Páginas 244-245.

LA RADIO Y LA MÚSICA POPULAR REFUERZOS DE LA ORALIDAD

Todos estos agentes de interacción cultural de poco habrían servido sin el vehículo de la radio. El Caribe fue y siguió siendo un mundo oral y el papel de la radio no hizo más que reforzar ese rasgo de nuestra idiosincrasia. Los viajeros europeos Reclus, Gosselman y Cunningham Graham lo advierten apenas entran en contacto con las gentes del litoral. Este último evocaba admirado la noche de 1917 cuando uno a uno los asistentes a una reunión de agasajo que le brindaron en Palmito, Sucre, tomaba la palabra para hablar con elocuencia de la historia patria, la guerra que se libraba en Europa y las necesidades regionales. Pero volviendo a la radio (a propósito, la primera emisora que se fundó en Colombia fue La voz de Barranquilla, después Emisoras Unidas, inaugurada el ocho de diciembre de 1929), sin este poderoso medio de imantación social hubiera sido imposible, o no lo habría sido con tanta eficacia, el contagio del habla, la música y el espíritu de los hombres y los pueblos del norte de Colombia con el resto del Caribe, especialmente con Cuba.

Unos y otros se miraron en el espejo del habla y se reconocieron como idénticos. Idénticos también en las tonalidades de la piel y el ritmo enfebrecido de la sangre, en la disposición para la fiesta, en la actitud frente a las solemnidades de la fe, el amor y la muerte, descubrieron en la palabra hablada, en la palabra cantada y en el baile el más poderoso instrumento de confraternización. Primero que en el cine, que en el disco de acetato y que en las presentaciones en vivo, a través de las emisoras de radio cubanas, CMQ, Radio Progreso, Unión Radio, etc., se difundieron el son, el danzón, la rumba, la guaracha, la conga, el guaguancó, el mambo, el chachachá, el bolero, aires que ingresaron con el furor de una de esas tempestades del trópico al universo de nuestro imaginario musical. Al lado de esas expresiones fueron llegando por distintos caminos el merengue, el tamborito, el reggae, el calypso y los demás aires antillanos, que se sumaron con la cumbia, el porro, el paseo, la puya, el merengue criollo al patrimonio de la música popular más rica de la cultura occidental en el siglo XX. Enseguida los intérpretes y creadores musicales nuestros permearon su espíritu y su sensibilidad con esos ritmos que asumieron como propios —tan propios porque eran voces que traían ese aire de familia en que se cruzaban lo español y lo africano—, y los grupos orquestales y arreglistas de las Antillas enriquecieron su repertorio con el aporte de los cantantes y composiciones colombianos.

Los compositores de música popular eran también poetas, especialmente los creadores de boleros. Y más que poetas por escrito eran poetas orales. De alguna manera prolongaban en la letra de las canciones la tradición repentista y trashumante de los juglares medievales hispánicos. En la medida de los versos y en la estructura de las estrofas observaban los metros tradicionales de la poesía castellana: el romance octosílabo, la décima, la copla, la endecha, el epigrama, la redondilla. Aprendieron las leyes de versificación en las preceptivas literarias escolares y en las obras de ciertos poetas románticos y modernistas españoles,

mexicanos y del entorno caribeño, la mayoría de ellos de inspiración popular: Gustavo Adolfo Bécquer, Pedro Mata, Juan de Dios Peza, Manuel Acuña, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Rubén C. Navarro, Julio Flórez, Rubén Darío, Amado Nervo.

Entonces, la letra de los boleros debía estar al nivel del público al que iba dirigido. Por eso era sencilla, accesible a la comprensión del oyente y, sobre todo, de eficaz y efectiva persuasión para la dama o caballero objeto de los requiebros amorosos. Sencilla, comprensible, efectista, y quizá por eso nimbada de la genuina poesía que poseen las cosas elementales y, además, penetrada de imágenes y recursos retóricos, entre otros, de símiles e hipérbolos; pero algo más, concebida dentro del mejor estilo conversacional, y si no que lo digan los títulos de algunos boleros: "No vuelvo contigo", de Mario Fernández Porta; "Dos gardenias para ti", de Isolina Carrillo; "No me vayas a engañar", de Osvaldo Farrés; "Contigo en la distancia", de César Portillo de la Luz; "Tú me acostumbraste", de Frank Domínguez; "Usted", de Gabriel Ruiz; "Bésame mucho", de Consuelo Velásquez, y "Miénteme", de Armando Domínguez.

Por otra parte, quién niega que no son genuina poesía "Perfidia", de Frank Domínguez ("Nadie comprende lo que sufro yo,/ canto pues ya no puedo sollozar,/ solo, temblando de ansiedad estoy, todos me miran y se van"); "Total", de Ricardo García Perdomo ("Pretendiendo humillarme pregonaste/ el haber desdeñado mi pasión, /y fingiendo honda pena imaginaste/ que moriría de desesperación... Total... si me hubieras querido,/ ya me hubiera olvidado de tu querer"); "Vereda tropical", de Gonzalo Curiel ("Voy por la vereda tropical/ la noche plena de quietud/ con su perfume de humedad/), y "Esta tarde vi llover", de Armando Manzanero (Esta tarde vi llover/ vi gente correr y no estabas tú,/ la otra noche vi brillar un lucero azul/ y no estabas tú). Poetas y genuinos poetas que continuaron la tradición romántica hispanoamericana por la vía musical fueron, sin duda, los puertorriqueños Rafael Hernández y Pedro Flórez, los mexicanos María Grever, Agustín Lara y Roberto Cantoral, los cubanos Gonzalo Roig, Luis Marquetti y Ernesto Lecuona y los colombianos José Barros y Jaime R. Echavarría.

En puridad de verdad, para bien o para mal, habría que decir que el bolero modeló o complementó la educación sentimental de las generaciones colombianas de los años 50 y 60, años en que gracias a que los aparatos de radio, los periódicos y revistas bajaron de costos, los medios de difusión proliferaron y alcanzaron una vasta cobertura sobre el gran público, lo que se ha dado en llamar la cultura de masas. La energía eléctrica fue llegando poco a poco a los pueblos más apartados y a las barriadas populares de las ciudades. Los niños de origen social inferior accedieron en considerable proporción a la escuela, y el disco, el libro y las películas se masificaron. Pero si por razones de precios los equipos de sonido y de los discos no hacían accesible al seno de los hogares esos objetos, las emisoras difundían la música de los boleros a toda hora y podían escucharla también en el traganíquel del café, o interpretada en vivo por los tríos de guitarras que se fueron poniendo de moda.

En todo caso, los medios que le concedieron estatura de héroes modernos a los intérpretes de música popular, a las figuras deportivas más destacadas en el fútbol, el béisbol, el boxeo, el atletismo, el ciclismo, e incluso la lucha libre, por ejemplo, y, a través de los comics a personajes de la imaginación, como Tarzán, el Llanero Solitario, el Pato Donald, Supermán, Hoppalong Cassidy, y mediante el cine a los soldados anónimos de las dos guerras mundiales y a los mismos actores de cine que a veces provenían de oscuras familias, contribuyeron quizá sin quererlo a definir una nueva noción de heroísmo y hasta una concepción renovadora de la historia. De esta transgresión de los valores tradicionales y de la banalización de la imagen clásica del héroe, alguna responsabilidad les cabe a los cronistas de periódicos, los creadores de tiras cómicas, los libretistas de radio, los narradores deportivos, los guionistas de cine y los autores de ficción.

En esa perspectiva de integración nacional, de articulación con el resto del Caribe y de progresiva cosmopolitización de las costumbres, es de destacarse el papel de la televisión y del cine de los Estados Unidos. Hasta entonces éste último competía en desventaja con el cine mexicano en la provincia. En adelante se produce, la provechosa penetración del cine italiano, del británico, del francés, del sueco, del ruso, etc. A los nombres de William Faulkner, Ernest Hemingway, Virginia Woolf, Erskine Caldwell, Truman Capote, William Saroyan, John Updike, James Joyce, Marcel Proust, autores para una minoría de iniciáticos en la década del cincuenta, en el siguiente período las nuevas generaciones de lectores agregaron los de Francis Scott Fitzgerald, John Steinbeck, John Dos Passos, Henry Miller, Bernard Malamud, Isaac Bashevis Singer, Allan Sillitoe, Lawrence Durrell, Joseph Conrad, D. H. Lawrence, J. D. Salinger, André Malraux, Hermann Hesse, Cesare Pavese, Ítalo Calvino y cien nombres más. Lo que no es menos importante, nunca la literatura latinoamericana volvió tanto los ojos sobre sí misma, de tal manera que en lo sucesivo no había que ir a buscar muy lejos las influencias, porque los grandes maestros de la literatura de este continente cultural, algunos de ellos Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Joao Guimaraes Rosa, Jorge Amado y el mismo García Márquez, se convirtieron en puntos de referencia cuando no modelos de imitación para los aprendices de escritores de los años sesenta.

En el Caribe colombiano la segunda mitad del siglo XX fue un estallido en serie, una explosión ininterrumpida de expresiones en la literatura y en el arte que ha abarcado diversidad de lenguajes y de géneros. A los nombres de los novelistas y cuentistas que habían ganado cierta consagración a principios de los sesenta, Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Cepeda Samudio, Manuel Zapata Olivella, se agregaron de inmediato los de Germán Espinosa, Ramón Illán Bacca, Álvaro Morales Aguilar, Ramón Molinares Sarmiento, Álvaro Miranda, David Sánchez Juliao, José Luis Garcés González. A las figuras ya consagradas en la poesía como Luis Carlos López, Gregorio Castañeda Aragón, Donaldo Bossa Herazo, Jorge Artel, Meira del Mar, se fueron sumando los de Giovanni Quessep,

José Luis Díaz-Granados, José Manuel Crespo, Raúl Gómez Jattin; a las personalidades en pleno ascenso de Enrique Grau, Alejandro Obregón, Cecilia Porras en la pintura, las siguieron Darío Morales, Álvaro Barrios, Norman Mejía; en la llamada música culta al nombre de Adolfo Mejía, se adicionan después los de Francisco Zumaqué y Antonio Arnedo. En la crítica literaria –por cierto una flor exótica en esta región hasta mediados del siglo XX, en que apenas se recuerdan los casos de Antonio Curcio Altamar y Carlos Arturo Caparrosa–, a partir de los años 70 surgen Carlos J. María, Álvaro Medina, Ariel Castillo Mier.

La espléndida floración de creadores de música popular que brota hacia 1940 y 50 tiene en Pacho Rada, Lucho Bermúdez, Emiliano Zuleta, Tobías Pumarejo, Francisco Zumaqué, el viejo, Simón Mendoza, Rafael Campo Miranda, Clímaco Sarmiento, Rufo Garrido, José Barros, Pedro Salcedo, Guillermo Buitrago, Rafael Escalona, Graciela Arango de Tobón, Estercita Forero, a algunos de los más reconocidos representantes; y estos no habían agotado su inspiración cuando surgen de una vez Alejo Durán, Andrés Landeros, Enrique Martínez, Carlos Huertas, Leandro Díaz, Julio Herazo, Calixto Ochoa, Pablito Flórez, Alfredo Gutiérrez, Adolfo Pacheco, Gustavo Gutiérrez Cabello.

UNA LITERATURA DE TESTIMONIO PARA UN PAÍS EN PIE DE GUERRA

En este período los creadores y sus creaciones respiraron la atmósfera tensa de un país bajo estado de sitio y limitación de los derechos ciudadanos. Es cierto que en la Costa Atlántica no se padeció el clima de guerra y de barbarie que dominó en los departamentos del interior, pero eso no autoriza a pensar que esta región fuese un oasis de paz en medio de la guerra generalizada. El reclamo de los campesinos por la propiedad de la tierra, las movilizaciones obreras y estudiantiles y las protestas espontáneas de la población chocaron con el cerco de fuego que les tendieron las tropas del régimen.

Sin embargo, no son estos trazos gruesos los que aparecen con preferencia recogidos en las representaciones imaginarias de la narrativa costeña, sino los paisajes de violencia sutil, subterránea, como la circulación de pasquines, la prohibición de hablar de política fijada en la barbería del pueblo y la obligación de pintar de azul el frente de las casas, presentes en los relatos del ciclo macondino de García Márquez; como el aire de terror que inficiona los ámbitos de “Perros de presa”, de José Ramón Mercado, “Unas lágrimas por Francisco”, de Jairo Mercado, y la cólera que empuja a un campesino a llevar en hombros al hijo herido por un inspector de policía ante las autoridades municipales, en “¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?”, de David Sánchez Juliao”, nada distinta a la rabia con mezcla de sentimiento de represalia que mueve al protagonista de “La venganza del guacabó”, de Guillermo Tedio, por cierto todos escritos y publicados en la década de los 70.

Es bueno destacar que Colombia y el mundo vivían entonces tiempos difíciles. El primero de enero de 1959 Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara al frente de una tropa de guerrilleros

entraron triunfantes en La Habana probando que era posible que una avanzada popular y revolucionaria pudiera derrocar una dictadura por la vía de las armas. En los Estados Unidos a lo largo del decenio de los 60, cerca de 30 millones de norteamericanos descendientes de esclavos que carecían de las fundamentales garantías constitucionales de que gozaban los blancos, organizaron movilizaciones gigantescas hasta lograr el pleno reconocimiento de los derechos ciudadanos. En ese mismo período este país se vio envuelto en las luchas intestinas del Vietnam, hasta que el 30 de abril de 1975 tuvo que retirarse derrotado facilitando la unificación del país asiático. Por esos mismos días China vive la hora de tinieblas de la Revolución Cultural, mientras África y el sureste asiático libran sus últimas batallas contra el colonialismo europeo.

El fervor que calentaba los ánimos del planeta, caldeó también la sensibilidad de por sí exacerbada de la literatura joven de Latinoamérica y de Colombia. Muchos pretendieron hacer una literatura de consigna, de cartabón, coyuntural y de alguna manera desechable. Detrás del discurso inflamado de pasión patriótica y de ardor revolucionario, la poesía y el poeta desaparecían porque su cometido era el cumplimiento del papel instrumental de ganar adeptos para la gran causa de la emancipación antimperialista. Nunca se podrán cuantificar los efectos favorables o perniciosos que aquella literatura, en forma de prosa de testimonio o de versificación declamatoria, produjo. Lo cierto es que tal moda gozó de una efervescencia pasajera. La criba del tiempo se encargaría de separar lo duradero de lo efímero.

Por debajo de la hojarasca literaria venía surgiendo una literatura testimonial de la guerra que vivía el país y en la que García Márquez había enseñado a distinguir el grano de la paja, y tras su huella siguieron Álvaro Cepeda, Antonio Montaña, Enrique Posada, Jorge Gaitán Durán, Roberto y Hugo Ruiz, Darío Ruiz Gómez, Germán Santamaría, Carlos Orlando y Jorge Eliécer Pardo. Precisamente en el año inicial de la Revolución Cubana, el diario El Tiempo convocó el primero de febrero a su primero y último concurso de cuentos. Los premios recayeron en los cuentos "La duda", de Jorge Gaitán Durán, "Aquí yace alguien", de Manuel Mejía Vallejo, y "Batallón anti-tanque", de Gonzalo Arango, todos tres cargados por la atmósfera de guerra que respiraba el país. Como era de esperarse, la publicación de los cuentos levantó una tormenta de juicios, en gran medida adversos, obviamente formulados por las fuerzas vivas de la cultura oficial. La respuesta del poeta nadaísta es concluyente.

"...existe general extrañeza por la coincidencia que los tres cuentos enfoquen el tema de la violencia y se desarrollen, con mayor o menor intensidad, en un marco de asesinato y terror. Este tema, en su azaroso dramatismo, no puede ser indiferente a ningún intelectual colombiano. La violencia gravita sobre nuestra sensibilidad en forma perturbadora y agresiva. Está demasiado presente para ignorarla; es demasiado cruel para no sentirla; no podemos olvidarla, vivimos bajo su forma de alucinación y terror. Ningún escritor que tenga sus dos pies hundidos en el barro de este país

*puede eludirla sin traicionar su realidad humana más profunda, pues, directa e indirectamente, ha sufrido sus consecuencias.*¹³⁵

La frase de Gonzalo Arango, “ningún escritor que tenga sus dos pies hundidos en el barro de este país puede eludirla sin traicionar su realidad humana más profunda”, se convirtió, aunque algunos escritores no la conocieran, en el norte ético de la nueva literatura colombiana. La narrativa de la costa que no padeció el impacto de la guerra soterrada del Estado contra el pueblo con la misma fuerza que en las zonas andinas, no se sustrajo al tratamiento del tema de la violencia.

Lo que ocurrió con el tiempo fue que la brutalidad de los violentos le ganó a la imaginación de los escritores de la violencia. Y a pesar de que la violencia no dio tregua en los siguientes decenios, los cuentistas y novelistas se empezaron a desentender de esos temas para abordar asuntos de naturaleza más íntima y personal. El desgaste de la guerra prolongada sin solución a la vista, con sus espeluznantes masacres, su horror y extrema irracionalidad, terminó fatigando a la literatura y sus lectores. Los protagonistas de las acciones armadas del Estado y la subversión en lugar de disminuir la intensidad del conflicto multiplicaron en los siguientes 20 años el número de tropas y frentes de combate, ampliaron el teatro de los acontecimientos militares sobre la vasta geografía nacional y arrastraron a nuevos actores especialmente juveniles de las periferias subnormales de las ciudades principales.

El tema de la violencia quedó apenas para los cronistas de prensa y el análisis reflexivo de historiadores, sociólogos y de los tratadistas de esa especialidad de la politología, llamados ahora violentólogos. Tal vez la mayoría de escritores decidieron pasar la página de la violencia cuando descubrieron que los monstruos inocentes de sus ficciones quedaban desteñidos ante los monstruos de carne y hueso que acechan en la realidad cotidiana a los millones de colombianos, condenados a percibirlos también a diario en los anuncios de radio, en las crónicas de los periódicos y en los noticieros de televisión. Una minoría de narradores, poetas y dramaturgos persistieron en su temática enderezada a la protesta y la denuncia política y social.

Pero regresando a la Revolución Cubana, sus efectos sobre el Caribe insular y continental, y en particular sobre la cultura colombiana del momento histórico en referencia, a nuestro modo de ver, no obraron en el sentido de hacernos mejores narradores políticos, mejores poetas políticos o mejores dramaturgos, cineastas y pintores políticos. Obraron para que fueran más estrechos los vínculos humanos y culturales del continente con las islas antillanas, especialmente con la patria de Martí. Para que volviéramos los ojos sobre la mejor tradición del arte, la música y la literatura de Cuba, y redescubriéramos a José Martí, a José Lezama

135. Citado por Marino Troncoso: *“De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960”*, en *Violencia y literatura en Colombia*, Jonathan Tittler, Madrid, Madrid, Edit. Orígenes, 1989. Página 39.

Lima, a Alfonso Hernández Catá, y para que empezáramos a leer a narradores consagrados y por consagrar que la Revolución dio a conocer, como a Félix Pita Rodríguez (1909), Onelio Jorge Cardoso (1914), Virgilio Piñera (1912-1979), Guillermo Cabrera Infante (1929), Jesús Díaz (1941-2002), Norberto Fuentes (1942), más de uno de ellos después malquistado con la Revolución. No se podrá desconocer, sin embargo, que Así en la paz como en la guerra, de Cabrera (1960), Los años duros (1966) de Díaz y Condenados del condado (1968), de Norberto Fuentes alcanzaron gran receptividad en el público joven y en las promociones literarias del momento.¹³⁶

Esos intercambios de naturaleza cultural han sido de verdad fructíferos para cubanos y colombianos. Los concursos literarios, los encuentros de escritores, la difusión de la producción en revistas que circulan en uno y otro país, la circulación internacional de la revista Casa de las Américas, el intercambio de experiencias cinematográficas, en artes visuales, en música y danza ha enriquecido la cultura de ambos países. Pero lo más importante de estos contactos es que hemos aprendido a conocernos mejor y a proponernos programas en torno a la defensa de la soberanía continental y a la unidad de destino histórico común, como lo proclamaba José Martí para nuestra América mestiza.

SEXO Y REVOLUCIÓN

Por lo que parece, los motivos predominantes durante ese largo período fueron ya no el amor tal como se lo concebía en el romanticismo clásico, sino la corporeidad como centro de irradiación del cosmos, la violencia ya no social o política sino ligada a situaciones individuales, la soledad urbana, los conflictos del éxodo colectivo y el desarraigo personal, el humor y los juegos de la imaginación y del lenguaje, en los cuales la palabra en sí misma se asume como personaje. Contra la milenaria tradición cristiana que predicaba la renuncia del cuerpo y la privación de los placeres sensoriales y que juzgó la belleza física como un bien engañoso, superficial y contingente, (Susan Sontag sostiene que el cristianismo “expulsó la belleza de la posición privilegiada que ocupaba entre los ideales clásicos de la perfección humana”.¹³⁷), porque lo esencial era la belleza moral, las nuevas generaciones reivindicaron los sentidos y la corporalidad humana, por su papel de ondas receptoras del universo y por ser los únicos bienes tangibles del hombre sin los cuales los otros sencillamente no existen. La reivindicación de los sentidos y la corporalidad equivalía a privilegiar la música, la danza, el goce del vino y el gusto de la comida por la comida misma, lo instintivo, el disfrute extremo de la sexualidad, e incluso el consumo de sustancias alucinógenas, pero también la

136. Un desarrollo más completo de este momento se hallan en Isaías Peña Gutiérrez, *La generación del bloqueo y del estado de sitio*, Bogotá, Ediciones Punto Rojo. 1973, y en “Colombia: génesis y contratiempos de una narrativa”, en *Cambio*, No. 11, abril-junio de 1978, México. Páginas 56-66, del mismo autor.

137. Susan Sontag, “La belleza, ¿handicap o poder?”, *ECO*, No. 248, junio 1982, páginas. 113-116.

preocupación por la salud y por la belleza física y el culto por la práctica y la afición deportiva. En resumen, se abre paso triunfal la cultura del hedonismo.

Este sentido hedonista de la vida latente en las más recientes promociones sociales e intelectuales, al tiempo que se explica por la desilusión generalizada y el fracaso que resultaba de no haber podido cambiar el país y el mundo, estaba en armonía con los vientos de la contracultura que soplaban desde los Estados Unidos y Europa en las décadas anteriores. Los jóvenes franceses, ingleses, holandeses, norteamericanos, etc., de los 50 y los 60 eran hijos y nietos de los soldados que habían combatido en las dos guerras mundiales, en las que alrededor de 40 millones de jóvenes habían caído luchando por una causa ajena, como era el desafuero de la competencia de mercados en el capitalismo. Una pandilla de monopolistas del acero, del petróleo y de la gran industria de la guerra los había arrebatado a la más espantosa carnicería que haya conocido la historia contemporánea, pensaban, de modo que sus descendientes no harían otra cosa que transgredir, desobedecer, protestar contra los poderes que habían legitimado la cultura de la muerte. Contra el racismo, el autoritarismo, la intolerancia, la moral del orden y la laboriosidad, los nuevos cruzados exhortaban a la convivencia, la aceptación del otro, el internacionalismo, la subversión de los valores morales que la familia, el cristianismo, la escuela y el Estado habían estimado como fundamentales.

En síntesis, la lucha de la juventud era contra la cultura de la represión y contra la alienación y la cosificación generadas en las relaciones de explotación capitalista, sin abrazar las ideologías del socialismo realmente existente al que juzgaban igualmente represivo y antilibertario, si se examinaban las sanguinarias intervenciones de Rusia en Hungría, Checoslovaquia, Polonia y, en general, en todos los países del bloque comunista. Huellas de estos signos históricos quedarían en la obra de la beat generation, Allen Ginsberg, de Jack Kerouac y William Burroughs, en la música de los Beatles y los Rolling Stones, en las excentricidades de los hippies, en las revueltas universitarias de 1966 en Berkeley (California), de mayo del 68 en París, en la explosión del cine porno, en el pensamiento de y en la propensión por las filosofías orientales.

Pruebas de esas tendencias se observan en la abundancia de la temática erótica presente en "También el amor se pudre", de José Luis Garcés, en "Un domingo en Nueva York", de Antonio del Valle Ramón y en "Alguien falta", de Raimundo Gómez Cásseres. En los tres relatos las relaciones sexuales de las parejas no son siempre el centro de la historia. En el primero su ejercicio está de alguna manera vinculado al suicidio de la amante, en el segundo un colombiano que viaja en barco de carga a Nueva York se acuesta allá con la ex mujer del capitán de la nave; los hombres van a dar a la cárcel acusados de introducción de droga, mientras la esposa suya en Barranquilla se acuesta con el armador Duque Medinacelli, verdadero cerebro del tráfico, en súplica de ayuda para su marido. En el último, tres hombres y una mujer conviven en relación promiscua; el ahogamiento voluntario de uno de ellos marca el punto de ruptura de la aparentemente feliz comuna sexual.

Bajo el título irónico de "En el trópico encantado", Jaime Manrique Ardila despliega la historia del poeta que luego de volver al país, con suficiente crédito literario para no saber cómo manejarlo, después de dar un recital resuelve departir en un burdel con un desconocido. Después de libar licor, consumir marihuana y fracasar en la alcoba con una prostituta, de regreso al hotel resuelve dispararse un tiro en la cabeza. Curiosamente, el personaje de otro cuento, "Crónica blues para un suicida", de Joaquín Robles, es también un artista, con algún renombre, pues había recibido un premio nacional de pintura algunos años atrás y con ocasión del premio apareció en todos los periódicos y en la televisión. Pero el asunto es que su visión siniestra del mundo lo movía a revelar a su amigo, el narrador testimonial, que "todas las mujeres son iguales" y que "la vida es eso: una puta mierda" y a confesarle que si algo extraordinario no pasaba en su vida la rutina de los días lo iba a llevar a la tumba". Y, en efecto, cualquiera de tantas vacías madrugadas lo hallaron ahogado en la playa. El narrador de "La mujer de Broadway" es otro testigo circunstancial del suicidio de una bailarina exótica, drogadicta y desempleada.

Quizá no está demás destacar el talante bohemio, nocturno y acaso romántico de los protagonistas de esta serie de relatos. La descarga de energía erótica no surge en apariencia aquí relacionada con la culpa, pero de algún modo se nos presenta asociada a la muerte, y quién sabe si el sentimiento de autodestrucción haga a los hombres reos del crimen de transgredir la ley primordial de la conservación de la vida. Eso solo lo saben los especialistas. Lo que sí es cierto es que el impulso de muerte obliteró en esas creaturas el instinto de vida. Octavio Paz en alguna parte nos recuerda que para Sade, el placer es agresión y transgresión en tanto que para Freud es subversión, de modo tal que la sociedad para contener el desenfreno de las pasiones debió apelar a la represión y a la sublimación.

Está claro entonces que el suicida es un fundamentalista de la represión: no destruye o desvía el cauce del impulso erótico, sino que dinamita la fuente libidinal que lo origina. Está claro también que en la vida civilizada, la moral es el muro de contención que la sociedad tiende contra el impulso libre de la sexualidad. Las figuras de ficción creadas por Garcés, por Gómez Cásseres y por Manrique Ardila pugnaron por vivir, pero sucumbieron. Murieron de impotencia. Les faltó el firme arraigo en la vida que nace de esa otra invención de la cultura que es el amor. Y cayeron porque la naturaleza animal que manaba como un torrente espontáneo desde los niveles subterráneos del inconsciente, encontró taponada las vías hacia la superficie de la conciencia.

En los cuentos de Henríquez, Pinaud, Bozzi, Olaciregui, Fálquez y Freda Mosquera, por el contrario, los héroes sobrevivieron a pesar de las catástrofes que debieron soportar porque a la pasión y al deseo sumaron los valores agregados del humor, la fantasía y la fiesta. "Póster", de Guillermo Henríquez, refiere en primera persona las desventuras de un homosexual asediado por los muchachos y los adultos de la parroquia en reclamación de sus favores

íntimos, entre ellos el del fetichista que acude al lecho provisto de la imagen al natural de Marilyn Monroe. “Blanco y negra”, de Francisco Pinaud, desarrolla la anécdota fascinante de un hombre soltero que se ve envuelto sin proponérselo deliberadamente en un juego de picardías de alcoba con su amante y la empleada doméstica. Cuando los eventos narrativos progresan hacia el conflicto previsible, el narrador protagonista resuelve congelar la historia para prodigarse en consideraciones de humor filosófico. Marcela Roca, la protagonista de “tan lindos y tan profundos los amores de Manuela y Sebalandro”, de Erich Bozzi, es una mujer enamorada de la literatura que lee a Cortázar, a García Márquez, a Cepeda Samudio y a la poesía de Poe, de Pedro Blas y de Borges, que se embriaga de licor, de amor y música vallenata y antillana y que en compañía de Alejandro, el Diablo Rossi, sufre el asedio del fantasma de Sebastián, el amante que tal vez murió combatiendo por ideales de justicia social, a quienes fusiona bajo el nombre literario de Sebalandro. Al final, después de la “errancia nocturna” la pareja terminó “en las arenas tranquilas de la playa de la Artillería, donde se amaron con desparpajo hasta el amanecer.”

Los cuentos de Olaciregui, “Caterva enamorada”, Miguel Falquez-Certáin, La aguda espina del deseo, de Freda Mosquera, “La bailarina negra”, se desenvuelven en ambientes de insólito final feliz. Estos colombianos, que dicho sea de paso viven en el exterior, refieren sucesos con fondo de fiesta y carnaval. En el primero, un periodista que vuelve de vacaciones a su ciudad natal –que por el aire de ruralidad que se respira en el patio no puede ser otra que Barranquilla–, se halla en los funerales de la madre con una muchacha a quien invita a un encuentro íntimo. En “La aguda espina del deseo” que transcurre en el Barrio Gótico de Barcelona con un fondo de bullicio de turistas extranjeros y la música de “la vieja guardia –Casino La Playa, La Sonora Matancera, Pérez Prado, Rolando–” que brotaba de las tabernas, un joven colombiano reducido por el desempleo al estado de miseria física, aconsejado por un amigo, asistió a su bautismo de sangre homosexual oficiado por un sádico marinero gringo. En ambos relatos el ritual de la muerte está asociado al ritual de la vida. En el primero de los cuentos, cuando rumbo al aeropuerto, de vuelta a Madrid, el padre le pregunta al héroe del relato:

–Y dígame una cosa, joven... ¿se comió usted a la nalgona esa que estaba en el patio?

–Obvio, papá.

En el segundo, después de la brutal y sanguinaria escena con el marinero gringo, los dos amigos se encontraron en la pieza de inquilinato donde vivían:

–Mira –dijo de pronto Carlos Alberto, señalando la mesa de noche– Me dejó veinte dólares. Por lo menos tendremos con qué bandearnos por un par de días.

–Por lo menos–. Hizo una pausa y añadió con sorna –Carlitos, ¿y no querías España? Bueno, come España.

Se abrazaron riéndose convulsivamente y sólo la luz del aviso de neón del bar de enfrente dejaba ver de vez en cuando las lágrimas que rodaban por las mejillas de ambos.

“La bailarina negra”, como los cuentos anteriores, de manera no tanto realista como naturalista, lindando con la obscenidad, recrea las imágenes en escenario de una cabaretera que se exhibe en un show de streap tease hasta el punto que “terminó enroscada en el piso, como un caracol, con las piernas y los brazos alrededor de su cuello, dando saltitos y con el sexo entreabierto como la boca de un animal fantástico.” Por último, con un desconocido hombre blanco que la tocó en el espectáculo, en plena calle “se fueron desnudando sin que los carros que atravesaban la inmensa avenida se detuvieran, sin que los cuervos que escarbaban la basura cesaran su búsqueda eterna de comida.”

LA MUJER EN LA NARRATIVA POSMODERNA

Si echamos una ojeada sobre el entorno familiar y las tradiciones patriarcales anteriores a 1950, y repasamos la literatura que escribían y leían las mujeres en las revistas para señoritas del siglo XIX en Colombia, por ejemplo, no vacilamos en afirmar que la única y verdadera revolución palpable entre nosotros ha sido la revolución femenina. Ese salto trascendental en el círculo de la vida privada, pero sobre todo en la conducta pública, se ha hecho bien evidente en el Caribe, en donde era más notoria una cierta versión del machismo y más acentuada la condición de servidumbre de la mujer.

No se puede negar que la mujer obtuvo una enorme ganancia con el ingreso a la escuela y la universidad y con la oportunidad de trabajar en fábricas y como profesionales y empleadas en oficinas privadas y del gobierno y, además, frente a la competencia con el hombre en el ejercicio de la ciudadanía y la participación democrática y frente a la igualdad de oportunidades en el manejo del Estado. Con el cambio de costumbres la mujer salió a la calle en disfrute de libertad y de espectáculos, compró a su gusto las prendas de vestir, eligió libremente a sus pretendientes y de mano de los anticonceptivos entró sin timideces en la onda de la liberación sexual y de las relaciones extramaritales, incluso, con la práctica generalizada del aborto se liberó de la servidumbre del embarazo y del parto. Y no obstante, todo esto, de otro modo ha reivindicado la castidad y el celibato. En esa medida los comportamientos tienden a unificarse y al mismo tiempo a diversificarse, se reducen o amplían las distancias entre las edades y los sexos.

Lo masculino y femenino se mezclan, –afirma Lipovetsky– pierden sus características diferenciadoras de antes; la homosexualidad de masa empieza a no ser considerada como una perversión, se admiten todas las sexualidades o casi y forman combinaciones inéditas. El comportamiento de los jóvenes y los no tan jóvenes tiende a acercarse: en unos pocos decenios estos se han adaptado al culto de la juventud, a la edad psi, a la educación permisiva, al divorcio, a los atuendos informales, a los pechos desnudos, a los juegos y deportes, a la ética hedonista...en resumen, es el proceso de personalización lo que ha permitido esa distensión cool de las referencias sociales, la legitimación de todos los medios de vida, la conquista de la

*identidad personal, el derecho a ser absolutamente uno mismo, el apetito de personalidad hasta el término narcisista.*¹³⁸

El salto histórico de la revolución de la mujer ocurrido en estos años y su anhelo de protagonismos sin complejos, le abrió la posibilidad de poder expresarse de una manera más desinhibida y abierta, sin miedo a sanciones sociales ni rechazos familiares, apertura que se insinuaba en los años 20 con Lydia Bolena (Julia Jiménez de Pertuz), se revelaba con franqueza en los 50 con Olga Salcedo de Medina y estallaba como marca de identidad de las escritoras que irrumpen después de los 60, como Fanny Buitrago, Marvel Moreno (1939-1995), Ketty María Cuello (1950), Estrella de los Ríos (1947), Mary Daza Orozco (1947), Soad Louis Lakah (1952), Carmen Victoria Muñoz (1956), Freda Mosquera (1960), Sandra Eugenia Padilla Preston (1961) Ledys Jiménez Martínez (1964).

Marvel Moreno es autora de dos libros de cuentos, *Algo tan feo de una señora bien* (1986) y *El encuentro y otros relatos*, (1992). Al primero, el crítico francés pone a la altura de *La muerte en la calle*, de Fuenmayor, de *La casa grande*, de Cepeda, y de los libros de García Márquez. Pocas mujeres en la literatura colombiana e hispanoamericana contemporánea pueden mostrar en sus relatos, incluida la novela *En diciembre llegaban las brisas*, tanto talento para contar una historia sin excesos retóricos pero a la vez con tanta intensidad poética y, sobre todo, con el suficiente manejo del panorama social que se ofrecía a su observatorio narrativo. No en vano Marvel Moreno pertenecía a la clase alta de Barranquilla (fue reina de los carnavales en 1959), así que conocía por dentro la mala levadura con que estaba amasada. Sabía de la catadura machista, arribista, racista de esa élite y no lo hace con la óptica estrecha del resentimiento o del feminismo, sino desde una perspectiva universal:

*Marvel Moreno –sostiene Yury Ferrer Franco, refiriéndose a “Algo tan feo en la vida de una señora bien”, pero aplicable al resto de su obra– enjuicia de modo implacable los valores de la sociedad burguesa de Barranquilla, su ciudad de origen, adentrándose en la intimidad de una clase a la que ella misma pertenece, su ciudad de origen, adentrándose en la intimidad de una clase condicionada por prejuicios y conveniencias que sólo conducen a la infelicidad, a la desgracia, a la ruina; una clase a la que ella misma pertenece, por lo que posee elementos y argumentos para atacarla y cuestionarla desde sus propias entrañas, echando mano de “una objetividad que sólo conceden la intimidad y la distancia”, como lo expresa Juan Goytisolo en el prólogo del libro.*¹³⁹

138. Gilles Lipovetsky, “Modernismo y postmodernismo”, en *Colombia el despertar de la modernidad*. Op. cit. Página 163.

139. Yury Ferrer Franco, “Marvel Moreno: un encuentro con la claridad y la magia”, en *Fin de siglo: narrativa colombiana*, Coordinación y compilación de Luz Mery Giraldo, Universidad del Valle, Pontificia Universidad Javeriana, 1995.

Fanny Buitrago, que fue la única mujer con matrícula oficial en el Nadaísmo, al lado de Gonzalo Arango, Jaime Jaramillo Escobar (X-504), Jotamario y los jóvenes costeños Álvaro Medina y Alberto Sierra,¹⁴⁰ aún adolescente, emprende con el pontífice del grupo a principios de los 60 la tarea puramente simbólica y espectacular de demoler lo que consideraban el caduco orden burgués, el vetusto edificio del catolicismo y su moral anacrónica y los falsos valores consagrados por la tradición, y asume la literatura como forma de revelación de su rico mundo interior y de desvelación de la miseria espiritual que se oculta tras la máscara del conformismo y la subordinación patriarcal de la mujer. Algunos libros de su considerable producción cuentística son: *Las distancias doradas* (1964) *La otra gente* (1973) y *Bahía sonora* (1980). Con el relato "Pasajeros de la noche" ganó el premio patrocinado por "Lecturas Dominicales" de El Tiempo, El Nacional de Caracas y la publicación francesa *Revue de Deux Mondes*, de París. Sobre su obra global comenta el crítico antioqueño Luis Iván Bedoya:

Las fábulas de Fanny Buitrago no son el producto del feminismo fácil y estereotipado, una afirmación clara de la dignidad de la mujer a través de unos índices cotidianos, una mitología de la rutina insustancial femenina que a la vez que reclama el desmonte de las estrategias de alienación y subyugación de la mujer, también sutilmente señala el camino, un camino hacia memoria de la mujer, como campo y fuente de la literatura.¹⁴¹

Ketty María Cuello no ha publicado libros de cuentos y su desempeño literario se ha centrado en la creación novelística incursionando con éxito en la producción de libretos para telenovelas. La periodista y escritora Mary Daza Orozco, autora de las novelas *Los muertos no se cuentan así* y *Cuando canta el cuervo azul*, ha escrito cuentos de trasunto lírico, pero parece mejor dotada para las narraciones de largo aliento. Soad Louis Lakah ha publicado un libro de cuentos, *Razones de peso* (1982), un relato de temática mítica, "Los caprichos de Dios" y la noveleta *La Lío*, inspirada en un personaje de la vida local de Ciénaga de Oro. La monteriana Carmen Victoria Muñoz plasma con certera precisión y habilidad narrativa historias de adolescentes en sus cuentos, y en "¿Quién no ha besado a Teresa?" recrea con ternura la imagen, desde la visión del varón, de la colegiala que introducía a sus compañeros de colegio en el juego erótico de cambiar besos por paseos en bicicleta.

Sandra Eugenia Padilla es autora del libro de cuentos *A veces bajo la piel sucia*. Ledys Jiménez publicó en 1996 el promisorio libro de relatos *Tardes tristes con testigos* (1996). Su cuento "Perdón Elsa por amarte tanto" es particularmente interesante por la capacidad de la narradora para incorporar al lector en el espacio encantado y no obstante real de una familia de clase media de provincia, con sus niños, sus tíos, sus abuelos y el fantasma bueno

140. Armando Romero, *El nadaísmo colombiano*. Bogotá, Tercer Mundo-Pluma, 1988. Página 55.

141. Luis Iván Bedoya, "Mitopoética de la cotidianidad femenina en los cuentos de Fanny Buitrago", en *Ensayos de Literatura colombiana*, Compilación de Raymond Williams, Plaza y Janés, Bogotá, 1985.

de Elsa, aparentemente la criada, disponiendo el orden de la casa y el sosiego de una mujer enferma. Estrella de los Ríos es autora de un sólido libro de cuentos, *Las razones de las tías*, finalista en Casa de las Américas, inexplicablemente inédito. Uno de sus cuentos "Sobre las olas de Sotavento" fabula el incidente de la vuelta a casa de una sobrina en medio de un huracán cuyos efectos son menos devastadores que la presencia suya, para unas tías gazmoñas que la miran como "la cabra suelta", "la locaria", la simpatizante de los subversivos que introduce la zozobra en la opresiva y pacata monotonía de la familia.

El clima de relativa liberalidad frente al tabú del sexo observable en la narrativa del Caribe posterior a 1970, mucho más abierto que en el resto del país, se enmarca en el ambiente libertario que animó a la sociedad occidental de postguerra y a la eclosión hedonista que envolvió el espíritu de las nuevas generaciones en todo el mundo. Pero acá encuentra una explicación suplementaria en los rasgos peculiares de su cultura. Ya se ha insistido en que el agente principal de la dinámica sexual en el Caribe fue el blanco español y el criollo y, más adelante el mestizo, y la ejercieron con prodigalidad y liberalidad sobre las descendientes africanas e indígenas; se ha enfatizado también en que en el dilatado espacio rural imperó el latifundismo de corte semifeudal en donde convivieron dos morales, la del amo y la del siervo. En un ámbito en el que era débil la presencia del Estado y en el que era menos dura que en el resto del país la pesadumbre de la religión sobre la sociedad y la familia, el campesino sin tierra y los pequeños propietarios buscaban la protección del terrateniente, quien podía concedérsela porque disponía de hombres, armas, bestias y medios económicos y, además, de ascendiente ante los poderes que se concentraban en la ciudad.

En gesto de reciprocidad, el protegido depositaba en manos del señor su lealtad personal y su fe (Hegel recuerda en algún ocasión que fe y feudo tienen las mismas raíces) y a veces sus hijos y sus hijas para los menesteres de la guerra y el campo y para los servicios sexuales. Así, prevaleció en la estructura social de la Costa por lo menos hasta el medio siglo pasado, al lado de un uso laxo de la sexualidad, la institución de la unión libre (arreguntamiento) y de los hijos naturales. Así igualmente en las clases inferiores la carga de los cuidados tempranos de los niños y de la formación de sus hábitos morales recayó invariablemente sobre las madres. En contraste con el medio rural, en las clases acomodadas de las poblaciones y las ciudades bajo mayor vigilancia de la Iglesia y el Estado, se observó las más de las veces una cultura patriarcal y machista, intolerante ante la homosexualidad y la liberación femenina. En las últimas décadas la literatura y, sobre todo, la narrativa, se ha hecho eco de esas conductas para condenarlas cuando la práctica sexual es instrumento de humillación y violencia y para enaltecerlas cuando es ejercicio de libertad y genuina expresión de vida.

CUENTO Y CARNAVALIZACIÓN

El narrador del Caribe, y no sólo el de nuestra porción física y humana, entiende la creación literaria como expresión sensible del mundo por la palabra, expresión en la que está

presente la intención de decir la realidad elemental revestida de imágenes, vibraciones, ritmos, fulgores, gestos simbólicos y cierto aire zumbón (que en el léxico de entrecasa en la costa se denomina mamagallismo, expresión que sirve de apoyatura semántica a la maniobra de levantar del ruedo en plena riña al gallo para reavivarlo con buchets de ron, operación que no sirve de nada al parecer), que es lo más parecido a una fiesta, la fiesta del carnaval. El carnaval es la otra cara de nuestra identidad. Desde el siglo XVIII en las islas antillanas y en tierra firme se ha venido escenificando este ritual de la cristiandad entre el domingo de cuaresma (cuadragesima dies) y la víspera del miércoles de ceniza, y cuyas raíces se remontan a las ceremonias de vendimia de las comunidades rurales griegas, las saturnales romanas y a los ritos agrícolas del África Occidental. De donde puede conjeturarse que el carnaval es el encuentro, más allá de la rutina cotidiana, de la reconciliación y la convivencia del hombre Caribe. Se celebra con desfiles de carrozas y comparsas de danzantes, paradas callejeras de conjuntos folclóricos, bandas, orquestas, y caminatas de gentes sueltas disfrazadas de clérigos, obispos, locos, políticos, reyes con su cohorte de damiselas y lacayos, artistas de la farándula, toros, aves, tigres, goleros, caimanes y la demás fauna social de la región.

Tradicionalmente no ha habido rincón de la Costa en donde no se celebre o se haya celebrado el carnaval desde el final de la colonia. Estas conmemoraciones tuvieron lugar al principio en Cartagena, Santa Marta y Mompo y luego siguiendo las rutas fluviales se diseminaron por El Banco, Zambrano, Chimichagua, Talaigua, Tamalameque, Ayapel, las sabanas de Sucre y de Córdoba y encontraron en la segunda mitad del siglo XIX su definitivo arraigo y centralización en Barranquilla. El carnaval es explosión de color, juego de la desmesura y de la estridencia y baile de los sentidos y la carne. El carnaval no es para ver, es para vivir y beber. Según Michail Bajtin:

El carnaval es un espectáculo que se desarrolla sin rampa y sin separación entre actores y espectadores. Todos sus participantes son activos, todos comunican en el acto carnavalesco. No se mira el carnaval y, para ser más exactos, habría que decir que ni siquiera se lo representa sino que se lo vive, se lo está plegado a sus leyes mientras estas tienen curso, y se lleva así una existencia de carnaval.¹⁴²

El carnaval es representación al aire libre, en el espacio abierto de la calle, adonde convergen los géneros literarios y las artes en cuanto que al lado de la actuación teatral se dan la danza, la música, el canto, el recitado, la narración, el mural móvil, el vivo lirismo y la escultura en movimiento. Pues bien, el carnaval que en sí mismo no constituye un fenómeno literario, es según Bajtin, “una forma de espectáculo sincrético de carácter ritual”, una gramática cuyo sistema de signos son susceptibles de ser transferidos a la literatura. Esa operación de transferencia de las formas del lenguaje carnavalesco a la literatura se denomina carnavalización. Carnavalización es ruptura, transgresión, puesta en suspenso de las

142. Michail Bajtin: “Carnaval y literatura”, en Eco, N° 129. Página 312, Bogotá, enero 1971.

prohibiciones convencionales, entonces en el campo de las letras se quebranta a fondo el estilo "serio" de la literatura oficial. "Don Quijote" vendría a ser la transgresión por excelencia de la solemnidad y el heroísmo ridículo de los protagonistas de las novelas de caballerías y en la picaresca el desplazamiento de la noción clásica de héroe en cuanto que en ese género de literatura el heroísmo consistía en sobrevivir en medio de la miseria física y moral.

Se alude con ese término también a la desobediencia de los valores reputados como supremos, por ejemplo, la moral religiosa, el culto de la patria y los héroes consagrados por la historia oficial, los lenguajes sancionados por las academias, las maneras de urbanidad y el buen gusto de las clases en el poder. Carnavalización es lenguaje paródico, irreverencia, actitud iconoclasta. Es apelación a la risa y al sarcasmo, profanación de lo sagrado y sacralización de lo profano (en el carnaval el rey es el siervo y el siervo es el rey, el cuerdo es el loco, el idiota hace de genio, la prostituta de santa, el hombre representa el rol de la mujer, y viceversa), y supresión de las distancias jerárquicas y de los límites genéricos de lo trágico y lo cómico, etc.

Esa actitud festiva y humorística en la anécdota que se escoge y la explosión jubilosa de las palabras se advierte en el repertorio narrativo del Caribe y en especial en los relatos de Rosa Marrero, Álvaro Cepeda Samudio, Indalecio Camacho, Ramón Illán Bacca, David Sánchez Juliao, Leopoldo Berdella de la Espriella y Pedro Badrán Padauí, entre otros. En "Aquiles era un santo", Rosa Marrero (Ciénaga, 1925) en magistral recreación exhuma de la Bizancio de los primeros tiempos cristianos los hechos biográficos de Aquiles, tal vez San Aquileo, el eunuco que acompañó a Santa Flavia Domitila en el destierro. El humor de la notable periodista y escritora no trepida en hacer blanco en la aureola de un ungido de la Iglesia. Por otra parte, de fiesta y de sueño son las imágenes con que está dibujado el circo de fantasía de "Hoy decidí vestirme de payaso", de Cepeda Samudio.

A su vez, la bruma saturnal que circunda al trompetista de jazz, a la gorda de proporciones pantagruélicas Lola Print y a Cristina la suicida de "La vida fácil", de Indalecio Camacho (Cartagena, 1932), perdidos en la inicua barriada del Bowery en la Nueva York de los 50, los arrastra como en un carnaval, a la música, la droga y el alcohol. El ambiente de este relato no es ajeno al autor que entre 1951 y 1956 estudió la carrera de arquitectura en la Universidad de Oklahoma y luego trabajó en Nueva York. Después de viajar por Europa, Camacho regresó a Cartagena en donde dirigió en 1960 la página literaria del Diario de la Costa. En 1963 publicó *El hallazgo*, un volumen de cuentos cortos y en 1968 *Hot Zig*, una especie de cajón de sastre —a la manera de *La vuelta al día en ochenta mundos*, de Julio Cortázar—, que incluye relatos, entrevistas, jot zigs (dibujos), personajes y cuentos.

En parecida atmósfera penumbrosa discurre la vida de "Ben Benny Benito, en un restaurante de la calle octava...", de Jaime Cabrera Sánchez (Barranquilla, 1957), sólo que los eventos que aquí se narran son más recientes en el tiempo y no ocurren en Nueva York sino

en South Miami Beach, a un músico tartamudo y solitario, probablemente cubano, que contrariando el designio paterno trocó el trombón por el piano que tocaba en el rincón abandonado del restaurante, envuelto en un silencio de exilio y desamor. Cabrera es también arquitecto y periodista y ha aquilatado su carrera de narrador en los Estados Unidos. Ha escrito dos volúmenes de cuentos, *Como si nada pasara* (1996), editado en Miami, y *Ocean Drive Blues*, inédito, al que pertenece el cuento en referencia.

Las narraciones de Ramón Illán Bacca (Santa Marta, 1942) tienen como teatro de sus representaciones el Caribe y sus protagonistas son los miembros de ciertas familias de alto coturno venidas a menos, captadas en escenas festivas y moviéndose en la cuerda floja como equilibristas a punto de rodar al abismo de la tragedia o el ridículo. No hay episodio en sus relatos ni imágenes o frases que no estén minadas de ironía y de secretas o explícitas expresiones de humor, humor más de tono coloquial que de discurso escrito.¹⁴³ En su etapa formativa, Bacca hizo parte del Grupo Caribe, integrado por Antonio Caballero Villa, Carlos J. María, Alfredo Gómez Zureck, Margarita Abello y Álvaro Medina. Coordinó la publicación del Suplemento del Caribe, dominical del Diario del Caribe de Barranquilla que circuló entre 1970 y 1979, en el que se dio generosa acogida a las jóvenes generaciones literarias de ese momento. Es autor de los libros de cuentos *Marihuana para Goering*, *Señora Tentación*, organizador de la cuidadosa colección de relatos *Veinticinco cuentos barranquilleros* y coautor de *Cuatro narradores colombianos*.

En la misma onda humorística se desenvuelve la obra de David Sánchez Juliao (Lorica, 1945). Por el espacio de sus relatos circulan personajes populares identificables que viven situaciones jocosas y divertidas, en las que no falta el chiste, y van dirigidos al público grueso a través de la narración oral y mediante el reemplazo del libro por el casete, verdadero experimento lingüístico y sociológico. "...cuentos escritos para ser grabados y no leídos. Son casetes porque nosotros tenemos que hacer la contra-radio, la contra-información. Se está dando una información objetiva cuestionante en forma literaria".¹⁴⁴ Al cuento-casete pertenecen *El Pachanga* (1977) y *El Flechas* (1980). Sin embargo la producción narrativa de Sánchez Juliao no se agota en el humor. Libros de cuentos suyos de gran compromiso social son *¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?* (1974) e *Historias de raza mandaca* (1979). El cuento escogido para la presente antología, "El pargo rojo", breve joya de gracia, por su tono de parábola bíblica o de apólogo oriental, parece uno de esos relatos contados en las caravanas del desierto por los predicadores sufíes del Islam.

143. Una amplia elaboración de este juicio se halla desarrollado en el ensayo de Sara González de Mojica "El oído del escritor: Imaginación y relato en la obra de Ramón Illán Bacca", *Respirando el Caribe*, compilación de Ariel Castillo Mier. Págs. 233-241.

144. Respuesta de David Sánchez Juliao a Ramón Illán Bacca en entrevista publicada en el Suplemento del Caribe, No. 45, Diario del Caribe, junio 9 de 1974.

Magdalena Santiago, la mulata de “El pargo rojo” desempeña el oficio típico de las mulatas porteñas: comprar, descamar y vender de puerta en puerta pescados de mar. En otro ambiente porteño pero fluvial, el también cordobés Leopoldo Berdella de la Espriella (Cereté, 1951-Cali 1988), con gran inclinación por recrear los mitos ancestrales de los indígenas zenúes y por inventar graciosas historias para niños, recoge como materia de ficción un oficio de las regiones ganaderas de la costa, el de mantero en las corralejas, o corridas de toros populares que, como queda dicho, constituyen la versión criolla del arte español del toreo. Los manteros recorren de pueblo en pueblo las corralejas exponiendo sus vidas por las monedas que les arrojan los ganaderos y el público desde los palcos y, pues sí, en “Tapaetusa”, Berdella desvela ante nuestros ojos las preocupaciones íntimas de una pobre lavandera que observa a su hijo adiestrándose en el oficio que llevó a la muerte a su padre.

Josemaría, el pequeño héroe de “Tapaetusa” abre un ciclo que se cerró con la muerte del padre y que de seguro concluirá en la tragedia o en la miseria. Ningún destino de decoro en verdad le espera a quien ejerce el oficio trashumante y azaroso de mantero. De antemano cualquier empresa de esta naturaleza está condenada al fracaso y lo triste es que la madre no puede evitarlo. Nada puede contra el destino y los designios de Dios, que es lo mismo. A propósito, podría pensarse de este oscuro héroe de Berdella, lo que alguna vez escribió Carlos María en referencia a los de los cuentos de Guillermo Tedio: “parecen condenados a la mediocridad y a la nada” y a un “trágico final” e “intentan una trascendencia, falsa, que los pierde”.¹⁴⁵

Las frases del crítico barranquillero parecen entresacadas de las lecturas del teórico húngaro Georg Lukács, quien afirmaba que la estructura de la novela está determinada por dos fuerzas que se atraen pero se resisten: el héroe y el mundo, como en la epopeya clásica, con la diferencia que en el género de la modernidad por excelencia los hombres están sueltos de la mano de Dios. El héroe, un ente problemático, persigue de manera inauténtica la realización de valores absolutos en un mundo degradado, de donde queda claro que “la búsqueda ‘problemática’, ‘demoníaca’ del héroe, que constituye la ‘historia’ de la novela, no puede culminar felizmente”.¹⁴⁶ Y lo que ocurre es que algunos narradores trasponen a la esfera del cuento la estructura compleja de la novela, pues, como es sabido, aquél tiene su origen en el esquema simple y transparente del rito de iniciación del héroe mítico, en el que al descenso a los Infiernos sigue el ascenso al Cielo y al tránsito de la muerte el paso de la resurrección, lo que explica la tendencia al “happy end” en el cuento. En “No han visto el mar mis ojos”, por ejemplo, Ebenecer, un viejo negro menesteroso con conflictos de identidad, es arrojado de la orilla del mar donde vivía a la niebla del páramo. El protagonista es encontrado

145. Carlos J. María, *Feed Back*, Instituto Distrital de Cultura, Barranquilla, 1996, Páginas. 307-308.

146. Hélèn Pouliquen, “Presentación: Argumentos para una historia de la sociología de la novela”. En *Argumentos, Sociología de la literatura*, Nos. 10/11/12/13, Bogotá, enero-agosto de 1985. página. 15.

un día –lo que se puede interpretar como un simbólico final feliz–, “envuelto en sedimentos marinos como el cadáver de un buzo que retorna de fondos abismales.”

Empero, algo de visión fatalista del mundo mueve a los escritores del Caribe colombiano. En multitud de relatos el tiempo no parece distenderse en sucesividad lineal sino en círculos concéntricos, de manera que siempre se vuelve al punto de partida, al paraíso primordial; siempre estamos de regressus ad uterum. Este mito tan connatural a las primitivas cosmogonías, en que el paso del día a la noche y el tránsito de las estaciones impone la noción de que la vida del mundo y del hombre es un eterno retorno, se recordó a propósito de la estructura circular de *Cien años de soledad*. Así, en “La magia del Joe Domínguez”, de Pedro Badrán Padauí (Magangué, 1960), el punto en que cobra sentido la biografía literaria de un humilde joven de piel oscura fue la noche en que una muchacha rubia le gritó en plena sala de baile adonde no estaba invitado: “Yo no bailo con negro, gracias”, dijo mientras prefirió levantarse a bailar con un cadete de la Escuela Naval.

Esta pareció ser la fuerza motriz, la frase mágica, que impulsó al Joe Domínguez a la idea fija de obtener visa a Estados Unidos y volver al modesto Hotel Bellavista del barrio El Cabrero, a mostrarse cabalgando rodeado de escoltas sobre una Harley Davidson de alto cilindraje y en automóviles de lujo, Whisky Sello Negro y habanos Portagás; y por supuesto a exhibirse al lado de María Clara Fuentes Navarro, la misma monita que lo humilló, con la que terminó casándose, porque su magia, que consistía en que la mierda se le convertía en oro, le sobraba para vengarse de los que le humillaron hasta el extremo de matar, pero también para convertirse en amigo del gobernador y de concejales y senadores y en benefactor de la iglesia y en propietario de apartamentos en barrios exclusivos de Cartagena y fincas con hembras y piscina.

El desenlace es obvio, pues con el tiempo empezó a rodar cuesta abajo cuando en Los Ángeles le pescaron un cargamento de droga y la policía y la DEA se pusieron detrás de su pista, pero lo peor que pudo sucederle fue que María Clara le preguntó un día si él había sido el asesino del cadete y “le gritó en plena cara que a pesar de tener toda la plata del mundo seguía siendo un negro” y “que ella no quería seguir viviendo con un negro asesino”. Pocos meses después el Joe Domínguez cayó en un ajuste de cuentas de bandas rivales en Medellín; lo que prueba, prejuicios raciales aparte, que en la psicología profunda del escritor del Caribe acecha quizás el oscuro pálpito de que quienes pretenden desconocer las adversidades de la sangre y el nacimiento les espera un condigno castigo.

DEL CUENTO FANTÁSTICO A LA CIENCIA-FICCIÓN

Hasta donde cabe el esfuerzo conjetural, la carnavalización en la narrativa mediante la inserción de la risa y lo grotesco en la vida cotidiana es una operación enteramente realista, en tanto que el proceso aparentemente inverso de poner a intervenir lo extraordinario y

sobrenatural sería un ejercicio de evasión de la realidad. Pero no es así. Lo fantástico ha sido consustancial de la realidad latinoamericana y del Caribe. La conjunción sincrética de las culturas y devociones mágicas de Europa, África y América en la mentalidad mestiza, reforzó la creencia en espíritus que animaban los bosques, las aguas y los animales; atrajo el interés por las figuras fantasmales y vampiros, fuerzas de ultratumba que para mantener su existencia fabulosa ciertas noches despertaban de sus catafalcos para chupar la sangre de sus víctimas; espíritus diabólicos, aparatos y brujas que tienen el poder de volar y encarnar en perros, cerdos, gallinas, y causar maleficios a las personas, entidades monstruosas que surgen como engendros de las pesadillas y la imaginación. Las narraciones de este tipo se reúnen bajo el denominador común de cuentos fantásticos.

En el cuento fantástico se articula lo popular y lo culto. Las viejas leyendas de la oralidad popular se enlazan con la escritura culta moderna. Este género escrito tuvo un nacimiento y desarrollo más bien tardío en Colombia. Aparece con más de un siglo de retardo, como queda dicho, en razón de que durante el siglo XIX los creadores y la creación literarias se concentraron en las circunstancias históricas y sociales de las guerras de Independencia y de las luchas por la consolidación del Estado nacional. El primer cuento fantástico posiblemente sea el de José Félix Fuenmayor, *Una triste aventura de catorce sabios*. Después aparece Alfonso Bonilla Naar (1916-1987), poeta, novelista y científico de la medicina, conocimientos que utilizó en su obra, “que ha marcado un hito en el desplazamiento universalista de nuestros libros”, ofreciendo otras perspectivas a la literatura colombiana con *Cuentos Impresionantes* (1959) y luego con la novela *Viaje sin pasajero* (1965).

Eduardo Arango Piñeres (Sincé, 1931) es autor de un único libro de cuentos, *Enero 25* (1955), esencialmente fantástico, para algunos insólito por la ruptura total con el realismo convencional. El cuento extraído de este libro “¿A dónde va mister Smith?” hilvana la anécdota del hombre que al levantarse se percibe como extraño, en la calle nadie responde a sus saludos, en la oficina no es advertido por sus compañeros de trabajo y en el restaurante golpea y nadie acude a su llamado. El cuento –que evoca a “Bartleby, el escribiente”, de Melville, y es un anticipo de “El rinoceronte”, de Eugenio Ionesco, 1960–, metaforiza a través del monólogo interior una extraña experiencia de muerte, no muy distante de la vivida por el narrador de primera persona testimonial de “El hombre”, un cuento de Germán Espinosa (Cartagena, 1938). Aquí un remoto antepasado del narrador, hermano del tatarabuelo, permanece habitando en un oscuro desván de la casa familiar simplemente por “no poder morir”. Germán Espinosa, en lo que muchos coinciden, es uno de los novelistas contemporáneos más importantes. Su primer libro de cuentos *La noche de la Trapa* (1965) “...excéntrico a las líneas más tradicionales de la narrativa colombiana, dice Jairo Morales Henao,¹⁴⁷ y agrega:

147. Prólogo a *Germán Espinosa, sus mejores cuentos, Antología personal*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2001.

“La fantasía, la especulación, la metafísica, el absurdo, el humor, ciertas retóricas nacionales, la realidad —a menudo agobiante, negada por distorsiones de raíz religiosa o política— del sexo, el destino y hasta la cienciaficción, constituyen los ámbitos de su primer trabajo narrativo, marginales, cómo dudarlo, al realismo dominante, en sus versiones más brillantes y chatas”.¹⁴⁸ Posteriormente publicó “Los doce infiernos” (1976), y más recientemente su obra cuentística completa.

En “El diablo y él”, de Carlos Alemán Zabaleta, un Fausto criollo de la depresión momposina, a cambio de bienes materiales, vende su alma a Satán que cobra con puntualidad y largueza la deuda. Centenares de historias como éstas circularon por el Caribe y eran narradas alrededor del fuego por viejos cuenteros en las noches rurales, en especial a un público infantil y juvenil, hasta que las luces de la energía eléctrica ahuyentaron los espantos nocturnos y lograron disipar esos terrores primitivos. Afirmar que lograron disipar los terrores puede ser exagerado, porque los fantasmas y fuerzas maléficas más que en el paisaje exterior han hecho nido en los repliegues tenebrosos del inconsciente y aparecen por, ejemplo, cuando menos se los espera bajo la imagen de “El profesor Quiroga”, de Joaquín Mattos Omar (Santa Marta, 1960) el maestro de matemáticas expuesto todo el tiempo frente al tablero del salón de clases a una “intensa lluvia de tiza”, y el polvo aquél acaba cubriéndolo y al final “el pobre hombrecito” “no era más que un pequeño túmulo blanco.”

Es conveniente aclarar que no todo lo fantástico está asociado con el terror. En el muy poético relato infantil “Pincelada blanca”, de Martiniano Acosta, (Baranoa, 1955) el narrador introduce lo fantástico en la cotidianidad: la presencia de una gaviota “en una ciudad tan pétrea que no daba cabida a ni siquiera soñar con pájaros”. Fue tanta su fascinación que de pronto cobró una “liviandad de algodón” y terminó volando al lado del pájaro por el cielo de la ciudad. Igual ocurre en “Alejandro vino a salvar los peces”, en donde la imaginación y la sabiduría de un niño que habla de peces que alumbran con linternas las oscuridades abismales del mar, de peceslunas que duermen de día y salen de noche y de peces que llueven del cielo, historias con las que encanta a sus compañeros de barriada.

Como sucesividad histórica, la literatura de anticipación científica parece desprenderse del interés por lo sobrenatural y lo fantástico. Para decirlo con palabras de Adolfo Bioy Casares, lo fantástico es tan antiguo como el miedo; en ese sentido los relatos chinos de la Dinastía Tsing, como es el caso de Las mansiones rojas de Pu Sung Ling (1640-1715), sobre fantasmas y aparatos que regresan de la muerte para sobrellevar una suerte de vida espectral entre los vivos, se adelantaron más de un siglo a las narraciones inglesas. Pero no todo lo fantástico se dirige a producir terror con las aventuras acerca de vampiros, brujas y transformaciones monstruosas. También lo fantástico es el viaje en el tiempo, el salto

148. Jorge García Umaña. *La fantasía en casa de lo real*, Letras Nacionales, Nº 15, julio-agosto de 1976. Página 16.

imaginario hacia el futuro, con ayuda de los presupuestos de la ciencia y la tecnología, precisamente cuando a finales del siglo XIX la fiebre de las máquinas invade al mundo occidental. Los pioneros de este género, como se sabe, fueron *Cinco semanas en globo* (1863) de Julio Verne (1828-1905) y H.G. Wells (1866-1946) con *La máquina del tiempo* (1897).

En Colombia el más consagrado cultor de esta literatura es Antonio Mora Vélez (Barranquilla, 1942), quien contó en el ejercicio de la cienciaficción con los claros antecedentes de José Félix Fuenmayor, de René Rebetez y el discreto de otro escritor del Sinú.¹⁴⁹ Mora descubrió su vocación por el género casualmente el día en que el *Diario de la Costa* le publicó "El día que los asnos acusaron a los hombres" (1970), narración que con mucho humor ridiculizaba a un directivo de la Universidad de Cartagena durante una huelga estudiantil. Y luego empezó a posicionarse en el oficio cuando El *Magazín Dominical de El Espectador* organizó un concurso anual de cuentos, con fallos mensuales, en 1971, bajo la orientación de Gonzalo González, GOG. Uno de los ganadores fue precisamente Mora con *Glitza*, una bella historia en la que su autor propone la imagen optimista de que las preocupaciones del amor no pueden ser ajenas al universo de la era interplanetaria. *Glitza* apareció en volumen con otros cuentos de igual temática de anticipación científica en 1979. Después vendrían *El juicio de los dioses* (1982) y *Lorna es una mujer* (1986), relatos que gravitan airosos en la atmósfera de la ciencia ficción. "Ejercicios filmicos", el cuento escogido para esta selección, cuya ocurrencia imaginaria se desarrolla en el año de 2.047, sugiere que por encima del poder ciego de las máquinas triunfa la astucia de las incertidumbres humanas.

MAGIA Y COTIDIANIDAD

Hasta donde cabe el esfuerzo conjetural, la carnavalización en la narrativa mediante la inserción de la risa y lo grotesco en la vida cotidiana es una operación enteramente realista, en tanto que el proceso aparentemente inverso de poner a intervenir lo extraordinario y sobrenatural sería un ejercicio de evasión de la realidad. Pero no es así. Lo fantástico ha sido consustancial de la realidad latinoamericana y del Caribe. La conjunción sincrética de las culturas y devociones mágicas de Europa, África y América en la mentalidad mestiza, reforzó la creencia en espíritus que animaban los bosques, las aguas y los animales; atrajo el interés por las figuras fantasmales y vampiros, fuerzas de ultratumba que para mantener su existencia fabulosa ciertas noches despertaban de sus catafalcos para chupar la sangre de sus víctimas; espíritus diabólicos, aparatos y brujas que tienen el poder de volar y encarnar en perros, cerdos, gallinas, y causar maleficios a las personas, entidades monstruosas que surgen como engendros de las pesadillas y la imaginación. Las narraciones de este tipo se reúnen bajo el denominador común de cuentos fantásticos.

149. Manuel Francisco Sliger Vergara, monteriano, autor de la novela *Viajes interplanetarios en zeppelines que tendrán lugar en el año 2009*. (1936).

En el cuento fantástico se articula lo popular y lo culto. Las viejas leyendas de la oralidad popular se enlazan con la escritura culta moderna. Este género escrito tuvo un nacimiento y desarrollo más bien tardío en Colombia. Aparece con más de un siglo de retardo, como queda dicho, en razón de que durante el siglo XIX los creadores y la creación literarias se concentraron en las circunstancias históricas y sociales de las guerras de Independencia y de las luchas por la consolidación del Estado nacional. El primer cuento fantástico posiblemente sea el de José Félix Fuenmayor, *Una triste aventura de catorce sabios*. Después aparece Alfonso Bonilla Naar (1916-1987), poeta, novelista y científico de la medicina, conocimientos que utilizó en su obra, “que ha marcado un hito en el desplazamiento universalista de nuestros libros”, ofreciendo otras perspectivas a la literatura colombiana con *Cuentos Impresionantes* (1959) y luego con la novela *Viaje sin pasajero* (1965). “Salto vital”, el cuento que aquí se reproduce, refiere una insólita experiencia de muerte, en la que se sugiere que el rumbo de la muerte es el ascenso de la noche espesa del ataúd hacia un “mundo lleno de sonido y de luces”.

Eduardo Arango Piñeres (Sincé, 1931) es autor de un único libro, *Enero 25* (1955), esencialmente fantástico, para algunos insólito por la ruptura total con el realismo convencional. El cuento extraído de este libro “¿A dónde va mister Smith?” hilvana la anécdota del hombre que al levantarse se percibe como extraño, en la calle nadie responde a sus saludos, en la oficina no es advertido por sus compañeros de trabajo y en el restaurante golpea y nadie acude a su llamado. El cuento —que evoca a “Bartleby, el escribiente”, de Melville, y es un anticipo de “El rinoceronte”, de Eugenio Ionesco—, metaforiza a través del monólogo interior una extraña experiencia de muerte, no muy distante de la vivida por el narrador de primera persona testimonial de “El hombre”, un cuento de Germán Espinosa (Cartagena, 1938). Aquí un remoto antepasado del narrador, hermano del tatarabuelo, permanece habitando en un oscuro desván de la casa familiar simplemente por “no poder morir”. Germán Espinosa, en lo que muchos coinciden, es uno de los novelistas contemporáneos más importantes. Su primer libro de cuentos *La noche de la Trapa* (1965) “...excéntrico a las líneas más tradicionales de la narrativa colombiana”, dice Jairo Morales Henao,¹⁵⁰ y agrega: “La fantasía, la especulación, la metafísica, el absurdo, el humor, ciertas retóricas nacionales, la realidad —a menudo agobiante, negada por distorsiones de raíz religiosa o política— del sexo, el destino y hasta la cienciaficción, constituyen los ámbitos de su primer trabajo narrativo, marginales, cómo dudarlo, al realismo dominante, en sus versiones más brillantes y chatas”.¹⁵¹ Posteriormente publicó “Los doce infiernos” (1976), y más recientemente su obra cuentística completa.

150. Prólogo a *Germán Espinosa, sus mejores cuentos, Antología personal*, Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 2001.

151. Jorge García Umaña. *La fantasía en casa de lo real*, Letras Nacionales, Nº 15, julio-agosto de 1976. Página 16.

En “El diablo y él”, de Carlos Alemán Zabaleta, un Fausto criollo de la depresión momposina, a cambio de bienes materiales, vende su alma a Satán que cobra con puntualidad y largueza la deuda. Centenares de historias como éstas circularon por el Caribe y eran narradas alrededor del fuego por viejos cuenteros en las noches rurales, en especial a un público infantil y juvenil, hasta que las luces de la energía eléctrica ahuyentaron los espantos nocturnos y lograron disipar esos terrores primitivos. Afirmar que lograron disipar los terrores puede ser exagerado, porque los fantasmas y fuerzas maléficas más que en el paisaje exterior han hecho nido en los repliegues tenebrosos del inconsciente y aparecen por, ejemplo, cuando menos se los espera bajo la imagen de “El profesor Quiroga”, de Joaquín Mattos Omar, (Santa Marta, 1960) el maestro de matemáticas expuesto todo el tiempo frente al tablero del salón de clases a una “intensa lluvia de tiza”, y el polvo aquél acaba cubriéndolo y al final “el pobre hombrecito” “no era más que un pequeño túmulo blanco.”

Es pertinente aclarar que no todo lo fantástico está asociado con el terror. En el muy poético relato infantil “Pincelada blanca”, de Martiniano Acosta, el narrador introduce lo fantástico en la cotidianidad: la presencia de una gaviota “en una ciudad tan pétrea que no daba cabida a ni siquiera soñar con pájaros”. Fue tanta su fascinación que de pronto cobró una “liviandad de algodón” y terminó volando al lado de la gaviota por el cielo de la ciudad. Igual ocurre en “Alejandro vino a salvar los peces”, de Gustavo Tatis Guerra (Sahagún, 1961) en donde el elemento fantástico radica en el lenguaje de unos niños conversan sobre peces que alumbran con linternas las oscuridades abisales del mar, de peces lunas que duermen de día y salen de noche y de peces de colores que llueven del cielo.

En “El requinto”, de Alexis Zapata Mesa, (Montería, 1952) en medio de la aparente simplicidad de la anécdota del aprendiz de requinto en una banda municipal que ensaya el montaje de una marcha lenta, el narrador-protagonista advierte que en la pieza musical “revoloteaban los ángeles sobre ceibas rojas y tamarindos centenarios”. Luego de repetidas escenas de fracasos logra acertar cuando más allá del mero desciframiento de la partitura tiene que meterse dentro de sí mismo (colocar los oídos de Dios en sus ojos) que era la manera de volver la voz de los antepasados “carne encendida”. Si Alexis Zapata, como el requinto de su cuento puede transportar al lector al territorio celestial de la magia, el escritor isleño Lenito Robinson-Bent (Isla de Providencia, 1956) nos lleva de la mano con Soliván, el héroe de “Las bodas del tiburón”, a la orilla de la playa, donde lleva veinticinco años esperando a Ondina, la novia desconocida con la que habrá de casarse el día en que un barco la traiga por el mar. A la circunstancia maravillosa del amor en que sustenta su mundo el tonto de la historia, Robinson-Bent agrega una alta dosis de compasión y de ternura.

Los relatos “El abuelo”, de Héctor Rojas Herazo (Tolú, 1921-Bogotá 2002), “Escarabajo sagrado”, de Jairo Mercado Romero (Ovejas, 1941), “La superviviente”, de Marco Schwartz (Barranquilla, 1956), “Luces a lo lejos” de John J. Junieles (Sincé, 1970) y “Cinema árbol”, de

Efraim Medina (Cartagena, 1969), recorren horizontes narrativos muy diversos, pero si hay algo en que coinciden de manera absoluta es en la evocación de imágenes de un pasado definitivamente clausurado que apenas pueden rescatar con palabras. La prosa de Héctor Rojas Herazo, tumultuosa y aluvional, se resistió siempre a ser represada en los moldes del cuento. El cauce por donde apenas podía correr desbordándose y atropellándose era en la novela; prueba de ello es la trilogía *inmortal*, *Respirando el verano* (1962), *En noviembre llega el arzobispo* (1967) y *Celia se pudre* (1985). “El abuelo” más que un cuento es un cuadro, más que una página escrita es un trazo firme en el que resalta la mano maestra del pintor revelándonos el alma del abuelo en el retrato de la sala, vivo hasta el punto que se le veía fluir la sangre en oleadas y cuyos ojos alertas vigilaban el lento deterioro de los objetos domésticos.

El cuento de Jairo Mercado Romero, “Escarabajo sagrado” revela un instante clave en la historia de un grupo rural conminado al éxodo. Es sin duda el más brumoso y remoto recuerdo de la niñez del autor cuando un suceso muy común de aquellos días, la peste, lo despierta a la pesadilla que dura todavía de la diáspora familiar. “Aquí donde usted me ve”, de Roberto Burgos Cantor (Cartagena, 1948), expone en un revelador monólogo la historia de una mujer que lee el futuro en las barajas y que en las pausas de su oficio hace memoria de los tiempos de heroísmo y nostalgia en que ayudó a construir el antiguo barrio de invasión en donde reside. Marco Schwartz, por su parte, vuelve la mirada sobre la infancia distante en donde el narrador-protagonista evoca los últimos días de la abuela, aunque el núcleo de la historia no se localiza tanto en el fin de la vieja sino en las preocupaciones de Rivke Furman, otra anciana para quien la muerte de la amiga era el anuncio de la suya. En “Cinema árbol”, de Efraim Medina el narrador trae a la memoria las noches del barrio de extramuros de la ciudad en que subido a un árbol veía las películas acompañado de una muchacha y luego con el paso inexorable del tiempo en el mismo lugar se levanta un centro comercial. John J. Junieles, en “Luces a lo lejos” reconstruye el paraíso de la niñez que consistía en un patio, con su abuelo comprensivo, la abuela desalmada y unas tías, vistos desde “un mundo raudo de autos y edificios”.

Identifica a estos relatos la añoranza del jardín primordial del que algún día los protagonistas fueron expulsados, pero algo más: la exuberante frondosidad verbal, la explosión como de luces artificiales de que se reviste el lenguaje de los narradores del Caribe desde Luis Capella Toledo a John J. Junieles. Las palabras se engalanan para la fiesta, para el carnaval de la fantasía y el humor coloquial. Son narraciones que discurren en el campo o en la ciudad, en el enjambre humano y el tropel automovilístico de las grandes avenidas o en los arrabales adonde las calles se vuelven caminos de herradura y se levantan las viviendas de desperdicios de los desplazados; y que tienen como personajes centrales a niños envueltos en el encantamiento de la edad y adultos atrapados en la maraña de la ciudad, adonde la nostalgia les dice que el país de las maravillas está en el pasado y que el absurdo y el fracaso pertenecen a la hora presente. Por ejemplo, en “El ascensor”, de Carlos Flórez Sierra, un hombre espera

impaciente subir por el elevador a cambiarse la corbata para asistir al entierro de uno de sus vecinos en un populoso bloque de apartamentos, y mientras espera pone en marcha el dispositivo de la libre corriente de la conciencia, por la que brota atropellada la alocada historia de cada uno de sus moradores. A su turno, Andrés Elías Flórez Brum, descorre en “La carrera”, la parábola del estado mental de un hombre desesperado y alienado que confunde el medio con el fin y quien apenas dispone del tiempo justo para llegar tarde a sus funerales.

En el vasto despliegue del imaginario Caribe no podía estar por fuera el deporte. El béisbol, el fútbol, el boxeo, por ejemplo, lo mismo que la música, han colocado en la galería de la gloria a muchísimos héroes populares. Roberto Burgos Cantor, David Sánchez Juliao, José Ramón y Jairo Mercado, Roberto Montes Matheu (Sincelejo, 1947) y Eligio García Márquez (Cartagena, 1947- Bogotá 2001) se han ocupado en revelar las grandezas y miserias en la vida de los deportistas y la ignominia a veces soterrada de las mafias que manejan a los deportes y los deportistas. Este es el caso del cuento de Montes Mathieu, erudito lector de cuanta narración literaria o no circula sobre beisbolistas y boxeadores, como que es un avezado lector de Jack London, O. Henry, Ring Lardner, Ernest Hemingway y Julio Cortázar; en 1977 un relato suyo, “El cuarto bate” fue galardonado en el Concurso de Cuento organizado por el Magazín Dominical para celebrar los 90 años de El Espectador. “Punch run” es la clásica historia de un boxeador viejo y en decadencia, —y con dificultades de locomoción, el mal de los boxeadores demasiado golpeados en el ring—, que libra una dura batalla contra la miseria familiar y la indolencia de un empresario de boxeo. A su vez, en “El campeón de siempre”, de Eligio García Márquez, se abre ante el lector como una flor siniestra la vida del hombre —sin duda la biografía de Kid Pambelé—, que ganó todas las batallas arriba en el tinglado, pero no fue capaz de mantener la guardia firme para evitar los golpes bajos de la gloria.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En mirada a vuelo de pájaro a cada uno de los 62 textos que integran esta antología de El Cuento del Caribe Colombiano, que es ciertamente la primera en su género, salta a la vista la presencia arrolladora y calurosa del pueblo que habita la franja litoral y los territorios de tierra adentro, los miles de rancheríos dispersos, las poblaciones menores y medianas y las ciudades mayores, el paisaje tórrido de las antiguas sabanas de Bolívar y el Magdalena y los pisos glaciales de la Sierra Nevada, las zonas ribereñas y los espacios insulares, hoy articulados de cualquier manera por diferentes vías y medios de comunicación al conjunto de la nación y el mundo.

Para los narradores del Caribe el cuento es un observatorio privilegiado para captar el mundo de esas pequeñas y anónimas gentecitas del montón, de las que no se cuentan hazañas en los tratados de la historia oficial y que no se dan la gran vida con el presupuesto del Estado y no figuran en las páginas sociales de los grandes diarios ni llenando con el fulgor

de sus rostros las revistas de farándula. Las familias felices se parecen unas a otras, mientras que cada desdichado lo es a su manera, sostiene León Tolstoi, y eso es lo que realmente importa a los escritores de ficción: contar la aventura privada de las personas y de las familias tratando de acercarse y acercarnos a su discurrir cotidiano y revelarnos cómo viven y luchan y sueñan y mueren, de manera que al plasmarlas por escrito las entendamos y al entenderlas seamos capaces de sentir piedad por sus sufrimientos y alegría por sus pequeños grandes heroísmos, al punto que sus enseñanzas nos concedan sabiduría y felicidad.

Ante el dilatado y plural escenario de cada uno de estos relatos desfilan personajes de las clases altas y bajas, labriegos, pastores, artesanos y obreros de la llanura social, burócratas de postín y acaudalados propietarios rurales y urbanos. Nadie escapa a la convocatoria de la imaginación: brujos, diablos, pobres diablos, desplazados, pescadores, desempleados, mujeres que guardan el secreto de amoríos clandestinos o que caminan a visitar la tumba del hijo ladrón; ladrones, contrabandistas, músicos, frequentadores de tabernas exóticas en Nueva York, Barcelona y Miami, la variopinta cáfila del comercio sexual, maestros, niños, adolescentes, parejas de enamorados, muchachas burguesas, muchachos proletarios, muchachos rurales, manteros, galleros, tontos, uniformados, pequeños narcotraficantes, presuntos narcotraficantes, víctimas del tráfico de drogas, beisbolistas, boxeadores, pilotos de naves intergalácticas, etc., captados por la pluma de narradores que vivieron entre el crepúsculo del siglo XIX y los albores del nuevo milenio.

Pero creímos que no teníamos suficiente con indagar el proceso de la cultura letrada que va desde la aparición de los primeros cuentos escritos por Luis Capella Toledo hacia 1875 hasta los autores y narraciones más recientes. Había que tirar hacia atrás la red de los hechos históricos y sociales para recoger los elementos del desastre inicial y empezar a armar con ellos la figura de nuestra identidad regional y nacional. Lo primero era indagar por los ingredientes que se fusionaron en la composición de esa humana alquimia abismal que es el hombre Caribe, en todo caso la consecuencia de ese diálogo de sangres y espíritus aborígenes, europeos y africanos; una vez determinada la posición de las etnias indígenas y negras en la estructura del régimen colonial y fijadas las reglas férreas de dominio de la élite en el poder, y de los símbolos morales, religiosos, políticos con que revestía su autoridad, era preciso observar cómo se fue distribuyendo el hombre en el paisaje, y fueron surgiendo las ciudades y la naturaleza fue cediendo ante la épica embestida del hombre. Así, Santa Marta, Cartagena, Mompo, Riohacha, Valledupar, Tolú se constituyeron en avanzadas militares, en centros subalternos del dominio de la metrópolis madrileña, a la vez que puntos de partida para el establecimiento de la civilización agrícola y ganadera alrededor de las nuevas fundaciones y refundaciones de ciudades y de estación de tránsito en la conquista de las tierras altas de los Andes.

A continuación era conveniente señalar la índole beligerante de los caribes y las demás agrupaciones indígenas costaneras y la conducta insumisa de buena parte de los grupos

tribales africanos esclavizados, que terminaron en algunos casos haciendo causa común con blancos fugitivos de la justicia, y ya sea en forma de palenques o de rochelas, resistieron el sojuzgamiento español. De esa presencia precaria de las autoridades políticas, militares y religiosas en la Colonia, de la débil gobernabilidad y de la pobre articulación con el resto de la nación en la República, se modeló una compostura humana con unos rasgos físicos, culturales y humanos singulares: el hombre Caribe.

A riesgo de caer en estereotipos, afirmamos que el hombre Caribe es un hombre apegado a la tierra y a sus querencias nativas; alegre, eufórico, pacífico, vital y expansivo aunque con cierta disposición a la melancolía; religioso a su manera hasta donde el culto cristiano no le impida la combinación de otras devociones y el laxo disfrute de sus libertades. No obstante que es inexacto hablar de una homogeneidad Caribe, —en nada se parece el legado anglosajón y protestante de San Andrés y Providencia a la proverbial catolicidad de la ciudadanía samaria, por ejemplo, ni semejanza alguna entre el tipo humano del árido panorama de la Guajira y el anfibio morador del valle del San Jorge—, del hombre de la Costa Atlántica se puede predicar su elevada noción de la amistad y la sociabilidad, su ethos festivo, su espíritu libertario y su vocación por la música y la poesía y su tendencia a disolver con humor lo que se reputa como trascendental. Por otra parte, no se dispone de una imagen acabada de la idiosincrasia costeña si no se iluminan los detalles penumbrosos de su personalidad, algunos de los cuales son su visión fatalista del mundo, la voluntad de vivir el momento presente sin que importe demasiado el mañana; y su “dejadez”, que es sinónimo de autoabandono y de indolencia, pues para ciertos sectores, especialmente para los núcleos más deprimidos de la sociedad, da lo mismo el atraso que la prosperidad, el bienestar que la pobreza, la salud que la enfermedad.

Carnavalismo, liberalidad, irreverencia, musicalidad, son los atributos, o como se quiera llamar, de que está investida la cuentística del Caribe. Otros son la preferencia por la palabra hablada que por la camisa de fuerza de la lengua escrita; también el gusto por lo espontáneo y natural y el desafecto por la retórica embrollada; además, la atracción por las desmesuras de la imaginación, el alarde sentimental, el tono costumbrista y el afán histriónico y lúdico, dotes de alta peligrosidad todos, que si no están sometidos a estricta vigilancia son armas que se vuelven contra el narrador y sus creaciones. En todo caso, si algo denuncia este conjunto de rasgos es la estirpe popular de este género literario. En ello radican su fuerza expresiva y su energía vital y, por qué no decirlo, sus flaquezas.

Si se quiere, el Caribe es tanto universo verbal como universo espacial y la vida es aquí vivida en la medida en que es hablada. El trabajo agrupa, la religiosidad congrega, la fiesta reúne. No hay quizá sobre la superficie del planeta un núcleo más sociable que la familia caribeña. Así fue desde los primeros tiempos a pesar de la división brutal entre señores y siervos y entre propietarios y esclavos. Hasta no hace más de medio siglo los macheteros en

el desmonte y en la zafra de la caña guapirriaban en coro para mitigar la fatiga del trabajo bajo el aplastante fuego del sol. Las pilanderas imitaban con sus voces el aporreo isócrono de las manos de guayacán sobre la masa de maíz en el vientre del pilón; los vaqueros que conducían a pie y a lomo de bestia los lotes de ganado en tiempo de sequía, desde las sabanas de Bolívar y los valles del Cesar hasta los terrenos de ciénagas o a los sitios de comercialización en Medellín y Bucaramanga, echaban lamentos al viento durante horas y horas para apaciguar los bríos de la vacada y endulzar las nostalgias. Hasta hace poco, en ciertos velorios de muertos y en la ceremonia de los entierros se voceaban tonadas lúgubres, incluso regocijadas, para exaltar la memoria del difunto.

De esas prácticas primarias del canto de labor surgieron la música popular y la danza, amalgama de la organología vernácula, como son las gaitas, la caña de millo, tambores, maracas, guacharacas, etc., estructuras melódicas y ritmos de resonancias africanas, vaciadas para el canto en las formas tradicionales de la versificación castellana. Aires musicales como la cumbia, el bullerengue, el porro, el son, el paseo, la puya, el merengue, y tantos otros, tuvieron sus orígenes en esta suerte de operación sincrética, y con el correr de los tiempos encontraron en la guitarra primero, y en los acordeones y los artefactos metálicos, después, el instrumental idóneo para perfeccionar su espectro sonoro y entrar a la vía de la modernización y ganar nuevos públicos. La música es magia y la palabra templada para el canto, la poesía y la narración es magia también, de modo que las leyendas y mitos populares con toda la fuerza de su fascinación conformaron la letra de muchas canciones —porque, qué otra cosa que cuentos son los paseos de Escalona, Leandro Díaz, Adolfo Pacheco—, al tiempo que la música del pueblo reforzó el carácter oral de la narrativa del Caribe. De otro lado, el cuento en su simplicidad épica estaba ya en la América precolombina, a la vez que los esclavos trajeron historias milenarias que habían oído en el continente africano de labios de la casta literaria de los griots, los diulas o buhoneros y los laptiots o piragüeros; en tanto que los soldados iletrados trajeron infinidad de cuentos en la memoria y los funcionarios cultos portaban en las faltriqueras relatos escritos que con el contacto interétnico se fueron mezclando para conformar el fabuloso patrimonio de la tradición oral, del que hacen parte los cuentos de hadas y aquellos en los que los protagonistas son animales, en especial los de tío conejo, y cuentos de brujas, diablos y aparecidos.

Pasadas las luchas de Independencia, con el romanticismo primero, y consiguientemente con el naturalismo, el modernismo, el realismo y sus diferentes tendencias, el cuento moderno ha tenido en Colombia y en Hispanoamérica un gran desarrollo y en su ejercicio se han probado los cultores más excelsos de nuestras letras, desde Horacio Quiroga y Tomás Carrasquilla hasta Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Juan Rulfo, José María Arguedas, Alejo Carpentier, Juan Bosch, Onelio Jorge Cardoso y Gabriel García Márquez. Los cuentistas del Caribe colombiano son herederos de ese doble patrimonio cultural que llegó en el recuerdo de millones de hombres anónimos y en la memoria escrita de los libros. La experiencia de

oyentes y lectores los familiarizó con pequeños grandes héroes que se enfrentan a la hostilidad de la naturaleza y las desventajas sociales y triunfan o sucumben de cara al sol. En términos generales en sus narraciones recrean el habla popular, que conserva giros y expresiones de la más pura tradición castellana, pero igualmente introducen sin escrúpulos los nuevos vocablos que la creatividad popular infunde en la corriente viva del idioma. Incorporan, además, técnicas novedosas de la literatura escrita, como la combinación de puntos de vista, el uso del monólogo interior y del flujo libre de conciencia, pues si el medio social de la costa cambió integrándose mejor al conjunto de la nación y a un mundo cada vez más globalizado, la forma del cuento evolucionó para ponerse a tono con las exigencias de las complejas realidades contemporáneas.

Por supuesto que el criterio superior de selección fue el criterio de la calidad misma de los cuentos, selección que implicó la lectura de alrededor de 150 libros de autores individuales y un número considerable de antologías de cuentos y libros de concursos de este género, lo mismo que la consulta de ciertas revistas como Puesto de Combate, Huellas, El Túnel, Víacuarenta, Aguaita, Conversaciones desde la soledad, y suplementos literarios regionales y nacionales. No se podía descuidar en la tarea de discernimiento de los relatos, la circunstancia que la Costa Atlántica es un compuesto de ocho divisiones políticas y de por lo menos el doble de subregiones y provincias que no podían quedar sin voz en un concierto de esta naturaleza. Obviamente, la proporción de cuentos y cuentistas es mayor en departamentos como Atlántico, Bolívar y Magdalena y menor en la Guajira, Cesar y las Islas de San Andrés y Providencia. Otros fenómenos de la mayor trascendencia que tampoco pudieron soslayarse fueron la presencia destacada de la mujer en la antología, 12 en total, la mayoría de ellas surgidas a la literatura después de 1960; de otro lado, la irrupción en idéntico período de escritores descendientes en segunda y tercera generación de familias árabes, judías, francesas, italianas, etc., (basta con mirar algunos apellidos, como Badrán, Schwartz, Pinaud, Bozzi, Certain, Daconte) en cuya producción revelan una perfecta simbiosis con el medio físico y social del Caribe, y, por último, la condición de exiliados, voluntarios o no, de algunos compatriotas (Eduardo Márceles Daconte, Jaime Manrique Ardila, Miguel Fálquez-Certain, Marco Schwartz, Julio Olaciregui, Lenito Robinson Bent, Freda Mosquera, Jaime Cabrera Sánchez, Miguel Vega Jácome, José Luis Díaz-Granados), que de todas maneras hacen parte de la diáspora de los millones de colombianos dispersos por el mundo, y que no obstante que los personajes y ambientes que aprisionen en el cañamazo de sus historias no siempre sean de este lado del mundo, estarán captados en esa atmósfera tórrida, coloreados con los tonos incendiados del trópico y mirados con ese particular desagarramiento con que miran las gentes del Caribe.

El cuento es por antonomasia el género de la visión fragmentaria de la realidad. Como si se tratara de un espejo roto la misión del lector es juntar uno a uno esos 60 y tantos fragmentos y reunir como en un rompecabezas la figura de una parcialidad del país, sin la cual no es

posible tener completa la imagen global de la nación. Colombia puede verse reflejada en ese espejo, que es también el resumen de la humana totalidad. La lectura de estos Cuentos del Caribe Colombiano complementan el conocimiento de nosotros, que somos los otros en la mirada de nuestros semejantes. Y como sirven al conocimiento de la historia privada y de la geografía local, y en últimas al enriquecimiento personal, ayudan a que cada hombre del Caribe se reconozca en esos personajes y sus vivencias, al tiempo que los lectores del resto de regiones, aprecien y admiren más que rechacen el carácter pluricultural y multiétnico de la nación. No de otra manera la literatura sensibiliza para comprender que no tendremos una paz duradera si a través del diálogo no se rectifican 500 años de injusticias, pues con Lewis Hanke sostenemos que "los problemas económicos, sociales y raciales que surgieron durante la conquista del Nuevo Mundo persisten todavía. La conquista, por tanto, es un pasado con vida." La literatura es, pues, también instrumento de paz y convivencia y un haz de luz sobre el rostro de nuestra identidad cultural.

ANTOLOGÍA



LUIS CAPELLA TOLEDO*

El Brujo

Hemos dicho en otra parte, y lo corrobora la historia, que Labatut, apenas hubo ocupado a Santa Marta (1813), se entregó a todo género de excesos. En efecto, saqueó la corbeta *Indagadora*, que surgió en el puerto creyendo ocupada la ciudad por fuerzas realistas; compró almacenes enteros con el papel moneda y las *chinas* de Cartagena, impuestos por la fuerza al comercio de aquella plaza, y decretó y cobró empréstitos y suministros. No contento con esto, azotó en las plazas públicas a hombres y mujeres, y encarceló o desterró por sospechas a muchas personas de lo más granado de la ciudad. Esto y otros sucesos que no es de este lugar referir, hicieron aborrecible la causa de la Independencia en Santa-Marta. Por esta razón el Cabildo envió secretamente comisionados a Riohacha y ValleDupar, en busca de las pequeñas fuerzas realistas que allí habían; sublevó los indios de Mamatoco, Bonda y Masinga, y con ese cuerpo de gente atacó a Labatut, quien se embarcó precipitadamente para Cartagena, abandonando la guarnición y el inmenso parque de que disponía.

El Gobierno de Cartagena, en vista de tamaños desastres, organizó nueva expedición, la que siguió para Santa-Marta a órdenes del Presidente Torices, con mil hombres de desembarco, comandados por el francés Chatillon. Torices con sus buques hizo un movimiento estratégico sobre el puerto de Ciénaga, y Chatillon con sus infantes desembarcó sin ser molestado en las ensenadas de Toribio y Papares.

A las diez de la mañana del día 11 de Mayo de 1813 Chatillon formó su División en columna cerrada y tomó camino de la Ciénaga. Narciso Crespo lo esperaba a las afueras del pueblo con dieciséis piezas de artillería de grueso calibre y setecientos hombres de todas armas. Cuando se avistaron los dos ejércitos, el jefe español mandó a sus tambores que tocaran a *diablitos*; y los indios se pusieron a danzar por delante de las piezas de batalla, en

* Santa Marta, 1838 – Bogotá, 1896. Se trasladó de su ciudad natal a Bogotá en los primeros años de escolaridad. Estudió la carrera militar y ascendió al grado de general; obtuvo diversos honores por su valerosa participación en la guerra civil de 1879. Fue diputado a las Asambleas Legislativas, Gobernador de la Provincia, Secretario General y Presidente del Estado del Magdalena. Publicó *Colección de versos de adolescente* (1868); *Biografía del comandante José Antonio Ramírez* (1879) y *Leyendas históricas* (1879).

infernal algazara y confusión. De repente ábrese en alas a derecha e izquierda, corren a formar a retaguardia, y quedan descubiertos los cañones, los que, atronando en los aires, vomitan simultáneamente sobre la columna republicana un torrente de metralla. Cuando se disipó el humo, trescientos hombres ya caían por el suelo; mas a la voz de Chatillon, los que sobreviven llenan los claros y siguen avanzando en la misma dirección. Una nueva descarga contestó a aquel movimiento de los patriotas, sobre los que, lanzándose en seguida los feroces indios, los desordenaron y persiguieron, dándoles muerte sin misericordia a todos.

Uno solo logró escapar de aquella espantosa carnicería: don Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla, mozo andaluz, de apuesta y gallarda figura, gracioso, tañedor de vihuela y dado a todo género de aventuras; el cual, hallándose en Cartagena cuando estalló la revolución, tomó cartas en ella por su grande intimidad con don Gabriel Gutiérrez de Piñeres, joven de las mismas o semejantes condiciones, a quien decían con su gracioso acento:

— Camarada, de este embolismo de federación no vamos a salir con vida. Yo he reparado ya en el gancho del farol, donde tengo de ser colgado.

Gonzaga de los Espinares y Velilla mandaba la Segunda Compañía del Batallón *Libres de Cartagena*, y cuando se declaró la derrota, se arrancó las presillas, rompió la espada, y recogiendo en la carrera un correa de los que iban botando los soldados, se cruzó con él y ganó monte buscando un escondite. Desde él oía los gritos de los indios que vitoreaban al Rey de las Españas y a San Juan de la Ciénaga; así como el *perdón, perdón*, de sus infelices compañeros, los que, arrodillados y juntas las manos, en vano lo demandaban, porque el silencio que sucedía a aquellas voces de misericordia, bien le revelaba que acababan de ser asesinados.

— Así se lo decía yo a mi camarada Piñeres—, pensaba el alegre joven; y examinando de nuevo su escondite, se dijo a media voz:

— ¡Diablos! si aquí estoy más seguro que en la Popa: descansemos un rato.

Y puso de almohada la cartuchera, se acomodó cuanto pudo en medio de las zarzas, y durmió profundamente.

Como a las dos de la tarde, el sol que le daba en la cara lo despertó rendido de fatiga, muerto de hambre y de sed; y se aventuró a salir del zarzal en busca de agua y también para orientarse y resolver el partido que debiera tomar; mas de repente, por muchas que fueron sus precauciones, vio desfilas por los atajos una partida de indios que andaba recorriendo el campo. Su primer impulso fue huir para el monte, pero viendo la proximidad de los indios y lo inútil de su propósito, les salió resueltamente al encuentro, a los gritos de — ¡Viva el Rey!

— ¡Muera el pícaro insurgente!—, contestaron aquellos salvajes.

— ¡Viva el Rey nuestro Señor y amo!—, insistió con admirable aplomo Espinares y Velilla; mas, observando que no desarmaba a aquellos energúmenos con sus gritos de fingida

sinceridad y viendo que principiaban a rodearlo para darle muerte, prendió carrera por medio de ellos, y llegándose al grupo que formaban las indias, se abrazó con la primera que le vino a manos, la besó en la frente, y le dijo:

– Sálveme usted, hermosa india.

La india se deshizo de los brazos de Espinares y Velilla, se colocó por delante de él y gritó con tono de autoridad:

– ¡Nadie lo toque!

A aquella voz bajaron los machetes que estaban levantados sobre la cabeza del joven español. La india continuó diciendo:

– Paso; yo respondo de este hombre.

Los indios silenciosos abrieron calle, dando lugar a la hermosa pareja, que tomó camino del pueblo.

Después de pasar la grande acequia que divide la Ciénaga de los terrenos particulares, la india cruzó a la izquierda por un laberinto de trochas y veredas, y a una hora no más de marcha llegaron a un rancho bastante capaz, en el que entraron sin ceremonias y tomaron posesión de él. Sentóse la india con llaneza en las piernas de Espinares y Velilla, le rodeó el cuello en los brazos y besándola en la frente, le dijo:

– Yo te amo, español. El beso que me diste y que acabo de devolverte, te constituye mi marido en ley: yo te seré fiel y te haré dichoso: oye: soy rica y nieta de caciques.

La soledad, la llaneza de la india, su hermosura y la situación particular en que se hallaba colocado el joven andaluz, le hicieron meditar largo rato, hasta que concluyó por fijarse en aquello de “mi marido en ley”.

– Mi marido en ley, repetía hablando consigo mismo. ¿Cómo será esa ley? Desearía leerla. En España, la costumbre que es ley es, que cuando uno da de besos y abrazos a una doncella sin su consentimiento, los padres o los hermanos de ella le muelen a palos las costillas. En el Estado federal de Cartagena... Pero mi camarada Piñeres nunca me habló de semejante ley. En fin, se dijo después de una larga pausa: esa ley, aunque sea de Indias, debe de tener alguna excepción: ya buscaré el artículo cuando interponga recurso de nulidad. En seguida se retorció el mostacho, se acarició la hermosa barba y gritó con su linda voz:

– Esposa en ley, la comida ¡Diablos! hace veinticuatro horas que no paso bocado.

La india, que se hallaba en esa ocupación, activó cuanto pudo, y a poco sirvió una olla magnífica con plátano, yuca, legumbres y carne de res y de marrano.

– *Sancocho*, dijo el español, viendo humear la olla y aspirando tan sabroso olor: ¡lástima que este santo no esté en el calendario! Ven, esposa mía, comamos juntos, que esto es de ley. Y comieron mano a mano en la mayor intimidad.

A medida que iba cayendo la noche, la india buscaba mil pretextos para alejarse, ruborizada de las apasionadas caricias del joven español, y éste procuraba por todos los medios posibles atraerla hacia sí... A la mañana siguiente la india no quería separarse ni un instante de Espinares y Velilla.

– Ya he cumplido la ley natural, se decía; mas esta ley de aquí es la que yo no puedo comprender. Veremos, pues, en lo que paran estas misas: bien se lo decía yo a mi camarada Piñeres.

Serían las doce del día cuando se sintió gran ruido de pasos de caballos y voces de hombres. Espinares y Velilla corrió hacia el rancho, y dijo con emoción a la india:

– Esposa, ¡los enemigos!

Ella sonrió y se puso a la puerta, a tiempo en que llegaba inmenso gentío que pedía a voces la cabeza del pícaro insurgente.

El Mayor Pacheco se adelantó cortésmente, acompañado de Ventura Bustamante; penetraron juntos en el rancho, y éste le dijo en tono de reconvención:

– Hermana, has amparado a un enemigo de Dios y del Rey. Padre está desagradado contigo.

– Sobre todo, María Engracia, continuó Pacheco con enfado, un español traidor a su Rey, aunque no fuera el seductor de una honrada hija de familia, merece la muerte.

Espinares y Velilla, que asistía silencioso a este diálogo, no pudo contenerse, y encarándose con Pacheco, le dijo:

– Alto ahí, señor oficial, ni traidor, ni...

– Quite usted de aquí, miserable–, le interrumpió el fiero realista, y asiéndole del cuello lo arrojó fuera del rancho, y dio orden a sus soldados de que lo prendieran. La india, desesperada, quiso volar en socorro de su esposo; pero su hermano el indio Bustamante la detuvo diciéndole que no contraviniera una orden superior.

Al día siguiente la familia de María Engracia se presentó al Coronel Crespo, a reclamar la libertad de Espinares y Velilla, como esposo de ella en ley; pero el jefe peninsular se negó a concederla, alegando que en la Ciénaga no imperaba más ley que la de España, y que, según ella, Gonzaga tenía que ser juzgado y sentenciado. Narciso Crespo quería coronar su triunfo con un espectáculo nuevo en aquella villa, y había resuelto de antemano la suerte del joven andaluz. Así, pues, hizo formarle causa precipitadamente, y fallada que fue, la mandó en consulta a Santa Marta, al señor don Pedro Ruiz de Porras, Gobernador de la provincia, quien la devolvió confirmada. Por ella, Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla era condenado a la horca y a ser quemado después en una plaza pública para escarmiento de infames y traidores.

El 24 de junio, día del patrono de San Juan de la Ciénaga, amaneció en la plaza pública una horca de colosales dimensiones, colocada en la mitad de una plataforma de madera capaz de contener cosa de ochenta personas: dos escaleras macizas partían de sus ángulos salientes, e iban a apoyarse en el barrote transversal de los dos postes principales, sobre cuyos remates se destacaban las banderas de la Santa Inquisición y de los Reyes Católicos de España. En el centro de la plataforma había dos mesas, formada la una de género rojo, y de negro la otra, las que guardaban entre sí regular distancia. Sobre la primera estaban los atributos de la justicia humana: un bastón con borlas, una espada, un tomo de leyes de Indias, papel, tintero y plumas; sobre la segunda los atributos de la muerte: un Crucifijo, una Biblia, una calavera, un reloj de arena, una estola y un hisopo. Debajo de la plataforma y alrededor de ella, en un cuadrado mayor, habían hacinado, con diabólica simetría, haces de leña seca, entremezclados con resinas inflamables y yesca vegetal.

Tratábase nada menos que de ejercer la sentencia que condenaba al infeliz Espinares y Velilla a ser ahorcado y quemado después.

Como es sabido, en la fiesta del Santo Patrono de aquella populosa villa, el carnaval principia desde la víspera y dura hasta las doce de la noche del siguiente día. Los disfraces más raros llenan las calles principales, por las cuales es difícil buscarse salida, obstruidas como se hallan a toda hora por los reinados, la conquista y las comparsas de negros, indios, moros y cristianos. Y, sin embargo de tanto ruido y algazara; sin embargo de que no hay tradición siquiera de que hasta entonces hubiera habido en la Ciénaga una fiesta igual o semejante, por el frenesí que se había apoderado de sus moradores, la plaza estaba desierta. Nadie se atrevía a ir a ella, temeroso de resfriarse con aquel espectáculo mudo y sombrío, o quizá por las supersticiosas creencias de los pueblos nuevos de origen español.

A las tres de la tarde las campanas de la iglesia principiaron a tocar rogativas, son plañidero, que, mezclado con el zumbido agudo que producía el viento por entre los claros de la leña, formaba un concierto espantoso y lúgubre. No obstante, la gran mascarada continuaba a más y mejor.

Ante las cuatro, un barbero asturiano, vestido de penitente, se presentó en la alcoba de la casa que servía de capilla al joven andaluz. El verdugo se admiró mucho de hallar a Espinares y Velilla con la guitarra en la mano, y más cuando, después del prelude, le enderezó, como a guisa de bienvenida, esta antigua seguidilla:

*Juzgo por tu vestido
que eres verdugo.
Pobre de quien te manda
si le obedeces.
La misma muerte
en tus pasos la siento
que se te acerca.*

A medida que Espinares y Velilla repetía *que se te acerca, que se te acerca*, acompañando a este estribillo terribles miradas, el pobre asturiano, que por la primera vez en su vida se veía en trance semejante, daba pasos a retaguardia, hasta que, cuadrándose a la salida de la puerta, hizo una contramarcha marcial, y fue a decir al oficial de la escolta que si no le quitaban la guitarra al sentenciado, juraba por Nuestra Señora de Atocha que no entraba a prepararlo para el suplicio. Fue necesario, pues, *desguitar* al triste Espinares y Velilla.

La procesión se puso en marcha.

El Coronel Crespo y su segundo el Mayor Pacheco, iban los primeros, rodeados por el Estado Mayor, el ilustre Ayuntamiento, los alcaldes de barrio y demás autoridades locales; seguíanlos Espinares y Velilla en medio de dos sacerdotes, atadas las manos por detrás de la espalda con una cuerda cuyo extremo, a poca distancia, llevaba al verdugo. Jamás se había notado, como en aquella ocasión fatal, el aire de distinción del joven andaluz: alta la frente, firme el paso, desenvueltos los movimientos y radiante la mirada, tal semejaba a los antiguos mártires en el camino del cielo, circundada la cabeza de aquella aureola de luz, presagio de la inmortalidad, que tanto aterraba a los paganos, era imposible reparar en tanta juventud, en tanta belleza en flor, sin sentirse involuntariamente arrastrado hacia aquel mancebo desgraciado. Una compañía de los Granaderos de León, con la banda del batallón Artillería a la cabeza, cerraba la marcha.

Al llegar a la plaza, la División realista que estaba en columna cerrada frente a la horca, echó armas al hombro, y más de cuatro o cinco mil disfrazados, que silenciosos aguardaban el fin de aquella escena bárbara para continuar la fiesta, se descubrieron con respeto y echaron abajo las caretas.

Entre tanto las campanas de la iglesia habían comenzado a tocar agonías, y las puertas de par en par abiertas, daban salida a más de doscientos penitentes, cubiertos todos con un negro sayal, que sólo les dejaba libres los pies y las manos, en una de las cuales llevaban un cirio ardiendo. Estas gentes piadosas, que en coro venían cantando el *De profundis clamavi ad te, Domine*, tomaron puesto en la procesión oficial, entre el condenado y la escolta.

Como cuarenta varas antes de llegar a la plataforma se notó un movimiento general, y se oyeron los gritos de —*¡fuego! ¡fuego!*— los que, repetidos de un extremo a otro de la plaza, formaron un espantoso clamoreo. Con efecto, una llama roja con perfiles azules se levantó de súbito de entre los haces secos amontonados en el lugar del suplicio, la que, agitada por el viento, convirtió muy en breve toda aquella leña en una inmensa hoguera. La confusión, el desorden, los gritos de desesperación de las mujeres y niños, el esfuerzo de los hombres por abrirse paso por entre aquella multitud compacta, el calor sofocante; a todo esto, en fin, efectuado en menos tiempo del que puede emplearse para describirlo, debió su salvación Espinares y Velilla.

Al grito de “fuego”, Crespo se abalanzó sobre el tumulto de donde salió la voz, y Pacheco corrió a ponerse a la cabeza de la División. Roto el orden de marcha, los Granaderos quedaron separados a mucha distancia de los penitentes, quienes se echaron sobre el verdugo, desataron al infeliz Espinares y Velilla, vistiéndole el sayal que le llevaban preparado, huyeron con él al favor de aquella espantosa confusión.

Excusado, es decir que fueron inútiles las pesquisas de Crespo por saber el paradero de Espinares y Velilla; y es de advertir que el indio Bustamante no se prestó a practicar ninguna, y que se le suponía, no sabemos si con razón o sin ella, autor de cuanto había acontecido. Los disfraces tampoco siguieron aquel año, como de costumbre,

Hasta rayar la luz del nuevo día,

como dice un canto de la tierra; y todos convienen en la Ciénaga en que en aquello hubo algo de extraordinario, cosa de magia o encantamiento, por la cual denominan al joven andaluz, siempre que tienen que nombrarlo, con el epíteto de *El Brujo*.

Algunos días después de la salvación de Espinares y Velilla, un anciano encorvado bajo el peso de los años, trepaba por la alta Sierra, acompañado de una joven de extraordinaria hermosura. Llegados que fueron al Salto-del-Agua, se desviaron del camino real, hacia la derecha; y a otra legua no más, hicieron alto en un *caney*, Espinares y Velilla llamado por un mozo de rastrojo, y el anciano, sin ceremonia, le dijo:

– Vengo de Santa Marta, y he conseguido del Gobernador, señor Ruiz de Porras, este pasaporte para usted; puede, pues, marcharse cuando guste. Estos auxilios le son necesarios para su viaje: tómelos usted.

Y así diciendo, le alargó la mano con una cartera de cuero, repleta de oro.

Espinares y Velilla dio un paso atrás, sin reparar siquiera en que María Engracia estaba próxima a desmayarse, hinchados los párpados con la retención de las lágrimas.

– Rehúso su dinero, le dijo con dignidad; pero acepto la vida, si usted quiere permitirme que la consagre toda a María Engracia.

– ¡Español! yo no he venido para eso aquí, le replicó el anciano, como si lo hubiera mordido una víbora.

– Papá, exclamó la india, tú no me amas: ¿quieres que me muera primero que tú?

El anciano palideció. Espinares y Velilla y María Engracia se acercaron más. El hijo de los caciques levantó sus manos al cielo con una mirada sublime de enternecimiento y resignación, a tiempo en que aquellos hermosos jóvenes caían arrodillados a sus pies.

– Benditas sean, Dios mío, dijo, las conquistas que se hacen por el amor.

Y dejó caer pausadamente sus descarnadas manos sobre la cabeza de sus hijos, como para significar aquella unión que los ángeles celebraban desde el cielo.

María Engracia y don Miguel Gonzaga de los Espinares y Velilla vivieron retirados del poblado, dichosos y felices. Su descendencia ha buscado el ruido de las ciudades; pero nadie podrá reconocerla si no pregunta por *Los Brujos*.

LYDIA BOLENA*

Una vivienda encantadora

Era pequeña, pintoresca, esmeradamente limpia y con muchas vidrieras de colores. Una variedad de helechos montañosos y de guarías que se cubrían de capullos solferinos en el verano, colgaban cestillos musgosos a lo largo del corredor exterior dándole la apariencia de un bosquecillo artificial a través de cuyas frondas las bombas de luz semejabán una bandada de luciérnagas.

Situada en una de las avenidas más alegres y trajinadas de la capital, en terreno alto y sobre pilas de concreto que la suspendían a más de un metro del suelo, señalábase entre las demás viviendas del barrio por la elegante sencillez de su estilo, la blancura deslumbradora de sus cortinillas de encaje y el buen gusto que se mostraba en su aliño y compostura.

Frecuentemente, por las tardes, solía verse a la dueña y señora de aquel hermoso nido asomada a una de las ventanas del salón apoyada sobre un cojín de seda roja bordeado con dragones de hilo de plata. Parecía estar dentro de ese término ambiguo de la edad femenina que se ha dado en llamar segunda juventud y de la cual se dice que si es menos lozana que la primera en cambio es mejor comprendida y cultivada. Un par de ojos grandes luminosos, aunque tímidos adornábanle la faz, y una expresión ingenua, casi infantil, lucía en su sonrisa siempre discreta y oportuna. Usaba los cabellos cortos de acuerdo con el último patrón de la moda y en su atavío notábase la misma graciosa pulcritud que distinguía su morada.

Todo en lo visible de aquella vida acusaba tranquilidad plena de ánimo, paz de pensamiento, ausencia absoluta de turbulencias y desequilibrios. El más audaz explorador de esa selva primitiva de los sentimientos humanos solamente habría visto allí llanuras soleadas y apacibles horizontes; el buzo mejor orientado en honduras espirituales, el mejor conocedor de arrecifes y bajíos de la conciencia, nada que no fuera serenidad lacustre observaría en ella.

* Barranquilla, 1884-1959. Seudónimo de Julia Jiménez de Pertuz. Cuentista. Esposa del periodista y político Faraón Pertuz, director del Diario Rigoletto. Publicó en 1928 *Comprimidos*, en Costa Rica. Colaboró con algunas publicaciones literarias de la Barranquilla de principios del siglo pasado, como Voces, Caminos, Ideas. Publicó a su vez en la revista literaria Hispania, fundada y dirigida por Santiago Pérez Triana y editada en Londres. De la villa pasional y florida, un libro inédito, es extraído el relato "Una vivienda encantadora", que fue publicado por primera vez en febrero de 1926 en la revista Caminos.

Sin embargo, un pasado cercano que no tardé mucho en conocer formábale a esa dama algo así como una estela de triste celebridad.

Pertenecía a una familia sin fortuna que se dio prisa en buscar acomodo para sus retoños. Y no fue malo por cierto el que a ella tocara, si para el caso de aprisionar el cuerpo y el alma de una mujer fueran suficientes buen juicio, posición y dinero. En todo esto abundaba el marido que obtuvo apenas entrara en los cuatro lustros. Era éste un comerciante extranjero que la rodeó de holguras y de mimos pero no de pasión. Tenía ese comerciante un empleado de caja de toda su confianza, joven, de buena facha, listo, resuelto y de regular versación en torneos galantes. No era aquel hombre para desperdiciar idilio que le saliera al paso ni ocasión dichosa que le quedara al alcance de la mano. Sobre tales disposiciones y alrededor de la belleza juvenil de la patrona sopló hasta levantar llamarada el geniecillo infatigable de las eternas travesuras, y por varios meses cuentan que fueron aquellos amoríos los más sonados entre los de la especie prohibida, y que sus querellas y cuitas conociéronse en todos los estrados y comentáronse en todos los corrillos.

Cuando el esposo defraudado abrió los ojos ante el abismo y apareció el descalabro de su hogar, sin vacilar un punto resolvió sacar del mundo al dependiente traidor y lo hizo abriéndole la cabeza con la misma serenidad con que abría sus cajas de mercaderías. Dicen que fue aquel un golpe de mazo maestro, firme y certero, que dividió el cerebro del infeliz cual si hubiese sido una nuez.

Y esto pasó en la vivienda encantadora de los helechos montañosos y de las guarías que se cubrían de capullos solferinos en el verano; en presencia de la señora de ojos luminosos y risa aniñada y dentro del mismo saloncito aquel lleno de monadas donde se le veía asomada a la ventana apoyada sobre un cojín de seda roja bordado con dragones de hilo de plata.

Y todavía hay quien diga, y hasta quien le asegure, que los hechos bárbaros e inhumanos dejan siempre huella visible...

GREGORIO CASTAÑEDA ARAGÓN*

Náufragos de la tierra

Aquel pedazo de mar enclavado en una landa roqueña, que hay al norte de la costa del Caribe, y que aclara en los bravos días del verano sus profundos espejos para reflejar mejor

* Santa Marta, 1884 - Barranquilla, 1960. Conocido como el Poeta del Mar. Publicó las siguientes obras en verso: *Máscaras de bronce; Campanas de gloria; Rincones de mar; Gárgolas; Detrás de la lámpara; Faro; Orquesta negra; Canciones del litoral; Islas flotantes; Mástiles al sol; Rondallas marineras*. Y en prosa publicó: *García de Toledo o El hidalgo de la revolución; Nuevos recortes de vida; Lápices de café; Náufragos de la tierra; Cuentos intermedios; Detrás de la lámpara; Zamora; Papeles de la huelga; Geografía turística*.

la graciosa curva de los montes, tórnase en el largo invierno de la comarca, furibundo y hosco, y lanza a los acantilados el turbión invertido de su catarata de espumas. La luz que se debate entonces, presa en los rotundos nublados, rompe a veces con fulgurante desgarradura el pesado muro de sombras que la cerca, y cayendo de repente sobre el agua, desata en la absorta vastedad de los cielos y las olas, la maravillosa joyería de sus tesoros encantados.

Por las noches, cuando ha cesado la tormenta, serenado el arranque impetuoso, la ensenada parece como la dormida prolongación de la tierra, y ya sólo una que otra ave retardada por la tempestad, se atreve con lánguido vuelo a poner su larga raya de tiza sobre la pizarra del mar.

En pleno estío de la norteña tierra, aquellos brazos marinos que horadaban el monte se convierten en desoladas marismas; la vegetación se revela vencida y menguada bajo los soles inclementes, y las plantas acuáticas muestran sus flores espirantes, abiertas en un anhelo, en una sed inextinguible.

Este es el tiempo duro para los hijos de la comarca, que durante largos y calurosos meses no encuentran un solo brote entre las piedras, ni un agostado fruto entre las ramas, ni una liebre en los barrancos; porque parece entonces que la naturaleza, que ha vivido allí una exaltada y efímera vida de milagro, hubiera exprimido para siempre sus senos de madre mal nutrida y ya no quisiera enflorecer su carne ni prodigar la piadosa ofrenda de pan de cada día.

Acaba de pasar la fecunda racha invernal y un candente sol sin manchas quemaba las lomas del apartado rincón atlántico, cuando apareció por aquellos contornos una pareja de montañeses, fuertes como la vértebra de sus montañas, impetuosos como el desatado turbión de sus arroyos, y con más optimismo fértil en el alma que la riente pajarera que musicalizaba a la mañana y tarde los sombríos bosques de la Sierra.

Venían a vivir, a abrirse campos de esperanza con sus propios brazos y nada les inquietaba en el futuro. ¿El futuro? ¿Qué sombras podía esconder el porvenir cuando aquí, frente a la tierra que aguardaba, estaba toda su fresca y florida juventud?

Día a día, con esfuerzo lento pero decidido, fueron las manos recias abriendo el surco, vertiendo el grano, regando el terrón hostil, cortando la maleza... Y a la sombra de unas palmeras salvajes que abrían su raído quitasol en una quiebra, rumorosas del viento marino, alzaron la cabaña. Encima, unas palmas secas de esas que tumba el vendaval; abajo, clavados en el suelo, unos cuantos palos retorcidos, cubiertos de hojas. Tal el nido donde Teobaldo y Águeda escondieron su humilde afán de amores y de vida.

La primera noche del improvisado hogar les hizo sentirse románticos. Como que los había parido la fría cumbre de aquella Sierra que ahora miraban como un abandonado país de leyenda a donde no habían de volver jamás. Ya no eran las dos azoradas alimañas que refugiaba por las noches el barranco. Ahora tenían casa buena y suya, y tierra –recia y esquiva, es verdad– pero que tampoco era de nadie. Y recordaron la boda reciente en la

montaña, las rapiñas del patrón, el dolor del abandono, y, por último, lo espontáneo de su afecto, aquellos amores imprevistos que los habían unido y sujetado como en un indisoluble monograma de fidelidad. Les parecía ser como dos troncos nuevos, trabados desde la raíz, que hubiera desenterrado el huracán y arrojado montaña abajo, en un ímpetu de ciclones o de terremotos. ¡Ah! ¿Quién osaría disputarles ahora aquella parcela estéril que era como una tierra maldita donde nadie se atrevería a poner la planta?

Teobaldo era nervudo, de acendrado pelo de cabra, con ojos sorprendidos y manazas de animal. Águeda, erguida y carnosa; con carne dura de roca. Sabía sonreír, y era capaz de soportarlo todo con resignación. Los dos formaban una sola fuerza, y era que se querían bien, como se quiere en lo alto de los montes, donde no se adhieren al corazón las sordideces de la tierra.

Mañana tras mañana, sol tras sol, por entre la áspera gleba roturada, fue bajando el hilo traumaturgo de un riachuelo, el espino fue verdeciendo, la tierra calcinada se fue volviendo morena, y un día apareció por fin la epifanía de los retoños sobre el campo labrado, como un florecimiento de esmeraldas.

Con los primeros frutos del sudor vinieron los primeros frutos de la sangre. Hubo entonces que tapar las rendijas de los endeblen muros con frescas hojas de que la luz hacía vitrales asombrosos. Y hubo que reforzar en la puerta la dorada cortina de venas de plátano, y prevenirse contra los intempestivos vientos del mar, y alejar con hogueras, durante la noche, el zumbador asedio de las plagas.

Teobaldo, curtido por el sol, ebrio del trópico, en la bárbara plasticidad de un héroe de la tierra, levantó por fin, un día entre el vigor de sus músculos, como en la ruda trabazón de un ramaje de ceiba centenaria, la alegría sonrosada y endeblucha del primogénito.

¡Un hijo! Águeda, con los ojos circundados por raras ojeras que nunca había tenido, un poco pálida y más delgada que cuando bajara de la Sierra, se arrimaba con timidez a su marido. Le parecía que en esta cosa buena que había hecho, la mejor parte era de Teobaldo. Y éste a su vez se sentía avergonzado, deprimido: ¡Era ella, era ella la que lo había puesto en sus brazos! Y como siervo agradecido que hace una ofrenda a su señor, alzaba al recién nacido entre la mediatinta coloreada de verdor de la augusta cabaña. Ahora sí que era él un rey de gloria, un rey vencedor, porque lo había vencido todo. Allí, fuera, estaba la tierra sumisa, pródiga, prometedora; aquí entre sus brazos, como una viva eucaristía, más blanca y más rubia al mismo tiempo que las primicias del maizal, esta criatura que él había cosechado sin trabajos, sin afanes, porque Dios lo había querido. ¡Cómo le parecía de bondadosa la vida! Los granos de su parcela, para prolongar y hacer buena la existencia. Este grano de su espíritu, para prolongarlo todo en el tiempo: Su espíritu, su carne.

Andando a todo lo largo de la ensenada, que allí, formando un óvalo ligero, simula una argentada fuente colmada de cielo, pueden verse en simultánea visión las lejanas colinas del Cabo de la Vela, hacia el norte; a levante, los picos diamantinos de la Sierra Nevada de Santa

Marta, y al sur, sobre la playa misma, la quemada y escuálida vegetación con sus sombras amarillentas, su mustio verdor de campo castellano y la mueca agria y rojiza de sus barrancos, que socava y desmorona el mar de leva.

No lejos de la porciúncula de Teobaldo, a unos diez tiros de honda del escondido campo, hay una aldehuela de pescadores. Son treinta o cuarenta casucas de madera vieja, más bien puestas que edificadas en un rincón de movediza arena, a la sombra de un cerro empinado y cortado a brutos tajos verticales desde al ápice coronado de sol. Frente a una decoración de cardos y malezas, hasta media docena de barquillas duermen tumbadas en la playa en las horas de la indolente siesta. Y en medio del paisaje inmóvil es común ver, fumando tranquilo, al atezado calafate que con estopa y alquitrán—que son el bálsamo y las hilas de su sencilla terapéutica—rellena la hendidura de su bote como quien cura una herida hecha en la carne.

Más soledad ni más silencio no los hay en aquellos lugares bajo la noche. El mediodía es la noche con sol de esta aldehuela que mece las olas con blandura de nodriza y que el viento del mar refresca con soplo puro recogido en su viaje a través de todos los océanos. Allí, como en las ciudades, la sombra es la inquietud. Porque esta gente de mar a la que el sol adormece y aletarga, apenas se apaga el postrer resplandor ponentino y trepa la luz el último peldaño de los montes, empuña los remos y apresta su aparejo, dorado aún por los oros de la andina crestería. Álzanse entonces sobre el agua plomiza las primeras velas y retardados pelicanos quiebran su ondulada fatiga bajo el cielo, casi rozando el mar, con rumbo a los distantes manglares o a las apartadas grutas que hay en los cabos de la costa.

En las noches oscuras, alumbrando por las estrellas, o en el tiempo lunar por la fundida millonada que derrama el infinito, se lanza el pescador piélagos adentro, con la alegría de un conquistador.

Un muchacho en la borda, ojo avizor, anuncia con un grito la llegada de la runfla o “atajo” —como allí le dicen— que marcha entre dos aguas, y en el acto la canoa avanza rápida a su encuentro, rompiendo tumbos, con un fulgurante hachón de espumas en la proa.

Cerca ya, el pescador echa mano del arpón y apunta certero a la pieza más grande de la partida; lo lanza sobre ésta, y el arpón, que se desprende del asta pero queda sujeto a una cuerda que se retiene a bordo, sigue hincado en la presa, hasta que rendida la alacha, sin más fuerzas para la fuga, se entrega flotando o hundiéndose con lentitud.

La alacha alcanza a veces extraordinarias proporciones y la operación de pescarla se lleva a cabo con grandes dificultades, pero es raro que no se colmen siempre las barquetas, y cuando se han obtenido tan halagadores resultados, más o menos a eso del amanecer, regresa la gente a tierra con su carga.

Es de ver entonces la playa donde se reúnen las mujeres a esperar la pesca, decorarse a los primeros rayos del sol con tanta plata y tanto oro de las vívidas escamas, que el magnífico caudal forja sobre la arena un fantástico río de cuento milagrero.

Todas las mañanas hacían romería a la aldehuela Teobaldo y Águeda con el infante en brazos. Holgaban por la ribera, compraban su ración de pescado fresco, vendían lo suyo —frutas de estación, hortalizas— y se volvían al predio jubilosos, con ese júbilo ingenuo de la sencilla gente que no se roza con la gente de la ciudad.

Allí habían conocido a Julián, un mozo moreno que vivía sin familia y que poseía por todo haber una barquilla de canaleta, más ligera que la brisa y más segura que la roqueña tierra donde la encallaba cada día. Teobaldo muchas veces le había aconsejado que buscara mujer, pero Julián sonreía siempre y le contestaba que en su corazón no cabía más amor que el del mar. Cuando se encontraba en el agua se sentía más dichoso que ninguna criatura sobre la tierra, y cuando volvía a la orilla, ya tenía bastante con el cuidado de “La Celosa”, su esbelta barquilla de pesquería, a la que había que limpiar todas las mañanas y carenar entre días, y cuidar a cada hora de los ardientes soles de la playa. Y luego que también tenía que remendar las redes para la pesca menuda, y reponer los arpones, o coser las hendiduras de los remos y del velamen. ¿Para qué buscaría compañera? No se sentía capaz de querer bien a una mujer. Hasta experimentaba cierto miedo de sus brazos, que consideraba peligrosos. El mar era mejor. Más firme en sus cariños. Más consolador. Y en cuanto a belleza, ¿qué encanto sería comparable al de las olas, que tienen talle y andares femeninos, y caricias de una sutileza inolvidable? ¿Qué tienen una palabra buena y una canción para toda mala hora, y que le arrullaban como a un niño y le besaban en la cara con sus labios siempre jóvenes y frescos?

Julián apreciaba en su amor hasta los detalles de coquetería y sabía distinguir el tono de los trajes con que gustaba de darle fiesta a sus ojos de enamorado. Por las mañanas, por ejemplo, veía a su amada aparecérselo bajo ligera y voluptuosa túnica de gasas, como si acabara de abandonar la alcoba de las nupcias; a medio día la admiraba en su armonioso traje azul con niveas bordaduras de espuma, tan impalpables que sólo manos encantadas habían podido tejerlas en un claustro submarino de monjas divinidades; en la tarde vestíase ella un ambiguo vestido entre gris perla y negro pálido, con severas coloraciones de crepúsculo; y por la noche se ataviaba con un peplo oscuro de cambiantes matices, coronábase de estrellas como una reina, y hasta solía prenderse en el cabello, por capricho comprensible, el peinetón fastuoso y muy manolo de la luna.

Teobaldo, a su vez, sonreía. Miraba a su mujer, cubría de besos la cabecita del pequeño, y no sentía envidia ni parecía comprender aquellas cosas. Para amores, estos dos —decía él— y aquel su apartado rincón que le devolvía un gota de miel por cada gota de sudor; que calmaba su fatiga con frescas sombras de paz, y que cuando se tumbaba por las noches en su lecho de hierbas, le consolaba y adormecía con la música sosegada de sus silencios insondables.

Tras los ardientes calores de junio, volvió el invierno. El mar llenó otra vez las marismas erizadas de bejucos, y la frecuencia de las lluvias repintó como con un fresco y luminoso

barniz las ramas de los árboles, ennegreciendo las piedras más salientes de las colinas y la arena de los médanos.

Los ojos de Águeda y de Teobaldo, que ya habían aprendido a mirar profundamente, vieron ensombrecerse al cielo y nublarse el mar, y esperaron con angustioso regocijo la obra piadosa de la estación, que vendría a secundar la obra de sus desvelos. Ya no habría que pasar las noches guiando de la mano al exiguo arroyuelo, de porción en porción, para ablandar los surcos y vivificar los sembrados. Todo llegaría de lo alto. La tierra se brindaba pasiva al milagro de la fecundación y mañana devolvería la ofrenda al ciento por uno.

—Ahora—pensaba Teobaldo—ese soñador Julián ya no podría salir a la pesca sino de tarde en tarde. La alacha huye en el invierno y solo puede pescarse la pesca menuda que la marea empuja hasta los cantiles donde se quiebra la ola. Buena falta que le harían en este tiempo de forzosa huelga el calorcillo de una mujer y la alegría de los hijos. Porque cuando más siente el hombre la necesidad de los cariños familiares es cuando su naturaleza, displicente, parece abandonarlo a su propio destino y le entorpece la actividad, cruzándolo de brazos para que aguarde.

En efecto, apenas si en aquel tiempo se aventuraba una embarcación entre los claros de un nublado, y era raro que alguna tarde de esas en que el cielo se funde con el agua en un sombrío abrazo de nubes, vieran los moradores de la aldea debatirse con el viento algún balandro de cabotaje o alguna de las goletas que el tiempo bueno pasan de largo, como pájaros esquivos, a veinte o treinta millas de la playa.

El humo del fogón trabajosamente encendido con leña mojada y con la támara recogida en la orilla—porque en los meses malos el mar compensa su mal humor arrojando a la costa cuanto la creciente de los ríos rapiña a los labradores de las vegas— el humo de la cabaña de Teobaldo, ascendía geórgico y azul en la mañana húmeda, regando en el aire cribado por la lluvia el sabroso olor del almuerzo.

Águeda amamantaba su cría junto al fuego, bajo el alero goteante, muy pulcra y sonriente, recordando la figura del poema:

*...abundosa, en la clara mañana que despierta,
pone el seno desnudo, como un gajo de gloria,
en la boca del niño que es una rosa abierta.*

Teobaldo, hablando de menesteres campestres con el acento desmayado de la gente de los campos, aderezaba la cazuela. Había machacado en una piedra cóncava las agresivas cabezas de los camarones, y ya se veía colorearse la blancura del arroz, a fuego lento, coronada por los vivos rubíes del tomate y por las esmeraldas del ají que aún no es maduro, cuando un nuevo chubasco, enrubecido por fugaces rayos de luz, comenzó a caer con arrulladora monotonía. A un lado del fogón, en una parrilla hecha del aro de un barril, dorábase sobre las brasas el plátano veguero, que tiene más miel en el corazón que las

colmenas, y más allá, tendidas sobre el suelo del lado en que están cubiertas de una argentada ceniza protectora, las hojas de guineo, que son el suntuoso mantel de los campesinos.

Había indudablemente buen apetito para el yantar. Pero quien más sentía la necesidad del refrigerio era el mastín; "Nero", que, echado a todo lo largo junto al rescoldo, abría y cerraba los adormilados ojos cada vez que Teobaldo destapaba la cazuela.

A las doce, cuando vino saltando de barranco en barranco, por entre la atmósfera limpia, barrida por el huracán, el son de las campanas de la distante villa, se sentaron a la turca frente a la merienda. Teobaldo se puso al lado de Águeda; ésta tenía la criatura en el regazo, y junto a todos, echado sobre las patas traseras, el perro con la acuosa lengua al aire.

Habíase sosegado el tiempo. Un trino, diáfano, de cristal, voló del ramaje lleno de agua de un almendro. Los campesinos se persignaron. Y un rayo tristón y anémico de sol, traspasando las rendijas de la cabaña, magnificó el cuadro.

Muchos días habían pasado, días de lluvia y de tempestad, y aún veíanse surcados los caminos por el desbordamiento de las torrenteras, cuando una mañana en que el sol había salido temprano, como de un baño de placer, envuelto en su ligera bata de brumas, oyeron los habitantes de la playa pasos de caballerías que bajaban por las quebras.

Las voces confusas que con el ruido llegaban y la resonancia de las herraduras en el camino, sobresaltaron el corazón de los montañeses, que en aquellos momentos se disponían a recoger las hortalizas para llevarlas a la aldea. No podían precisar por qué, pero era lo cierto que en aquel suceso intempestivo presentían algo desagradable que tal vez venía a desbaratar para siempre el nido de felicidad que con tantos sacrificios habían ocultado a los ojos de los hombres.

Salieron a la puerta y se pusieron a mirar a las vertientes por donde pensaban que llegaría la cabalgata. Estaban inmóviles, pero sus almas trepidaban en la angustiada expectativa.

Toda una viva policromía de flores silvestres, retocadas por el sol, cubría los flancos de las estribaciones; el cielo, más azul que el mar, ya limpio de brumas, tenía esa saludable tranquilidad que tienen los ojos de ciertas mujeres cuando sonríen después de haber llorado, y un asno joven, de pelambre aborregada, atado a un árbol de la huerta, erigió las orejas peludas y prorrumpió en un largo y sonoro rebuzno que se fue monte arriba como el toque marcial de una trompeta.

A poco aparecieron los jinetes. Eran seis hombres que vestían anchos trajes de kaqui, lustrosas polainas y capacetes de corcho. El de adelante, el que parecía conocer bien el terreno que pisaba, era moreno y se expresaba en español, en tanto que los otros tenían el pelo rubio y los ojos azules. Teobaldo y Águeda percibieron fragmentos de conversación en una lengua desconocida para ellos y su inquietud se convirtió en terror. Cómo sería el temblor de su miedo, que de sus nervios, como de un cordaje de guitarra, sólo salió un rumor

en forma de confusas palabras cuando se oyeron los “buenos días” del viajero que acababa ya de apearse junto a la puerta.

Los compañeros bajaron con ligereza de las cabalgaduras, las ataron bajo un cobertizo y se sentaron a la sombra de los plátanos. Después uno de ellos sacó de un tubo de latón algunos papeles que pusieron sobre la hierba, y luego, agrupados consultaron largamente una hoja de pergamino brillante en la que se veían geométricas líneas trazadas con tinta roja.

Teobaldo, suspenso, callaba desde el primer momento. Pero acuchillado más tarde por los encendidos ojos de Águeda, se atrevió a toser, primero, y a adelantarse después, para decir a los visitantes:

—Los señores sean bienvenidos. Si desean desayunarse les podemos preparar café con leche. ¿Andarán en asuntos de petróleo, verdad?

—Gracias— contestó el que tenía trazas de paisano—. Ya desayunaremos en el pueblo. Y en cuanto a lo que nos trae por aquí, no es precisamente lo que supones. Lo que hay es que estos señores extranjeros han venido a conocer lo que es propiedad de ellos.

Un silencio de aglomeradas agresiones que en ninguna boca tenían concreción en aquel momento, flotaba cargando el ambiente.

—Este campo, señor—aventuró Águeda, mientras balanceaba al niño en brazos—, nunca ha tenido dueño. No es de nadie. Era un erial y nosotros lo hemos labrado.

—¡Oh, es lo de siempre!—volvió a decir el hombre moreno—. Nada es de nadie, pero hay un día en que cada cosa tiene su dueño. Estas tierras pertenecen a una concesión hecha por el gobierno a una compañía anónima que estos señores representan. Es cosa vieja y no tiene por qué sorprender a nadie. En Colombia hay muchos poseedores de tierra como ellos. Ahora, a ustedes no se les puede considerar como colonos ni como nada. En todo caso se les tendrá por perturbadores de propiedad ajena y sería mejor que se volvieran por donde vinieron, sin decir esta boca es mía.

—Eso es—asintieron las voces del grupo que se hallaba a pocos pasos.

Teobaldo quiso decir algo, pero no pudo. Sintió como un vértigo y tuvo que buscar apoyo en su mujer que, llorosa, se aferraba al marco de la puerta. Un sedimento de injusticias ancestrales que pedían una reparación violenta, acababa de revolvérsele en el fondo del alma. Pero siguió silencioso.

Uno de los extranjeros habló entonces:

—Vea, doctor, léales la copia a los campesinos.

El “doctor”, campanudo, metió la mano en el bolsillo de la americana, sacó unos espejuelos de aro de cobre, y desdoblado el papel sellado que traía prevenido, se puso a leer con voz de pregonero, marcando mucho las frases que consideraba decisivas y mirando por encima de las gafas, entre párrafo y párrafo, con el aire del que quiere congraciarse, a los yanquis que,

sin prestar atención, hablaban en inglés en voz baja. Al terminar se acercó a Teobaldo, sonriendo, y le puso la mano sobre el hombro.

—Ya verás que ésta es la cosa mas sencilla del mundo— le dijo.

Y añadió:

—Es mejor que no aguardes el lanzamiento. La policía nos protege.

Pero Teobaldo no le escuchaba. Escurrió el cuerpo y se metió desesperado en el bohío.

La orden señalaba el término de quince días para la desocupación. Podían sí, recoger los frutos que estuvieran en sazón para esa fecha. Pero nada más. Si insistían en permanecer allí. Se les metería en la cárcel.

—¿Dónde está todo eso escrito? —se atrevió a preguntar Águeda. Y el extranjero que había mandado a leer, respondió: —Aquí. (Señalando el papel sellado). En la Alcaldía firmará su marido.

Las frases leídas por el tinterillo y las del yanqui, cayeron como guijarros ásperos sobre el corazón de Águeda, que no sabía qué hacer de sus ojos enrojecidos, inundados de lágrimas, igual que aquellos crepúsculos de invierno que tantas veces había visto en compañía de Teobaldo. Su llanto amargo bautismo de dolor, caía sobre el cuerpo del niño dormido en sus brazos.

Teobaldo volvió a salir a la puerta, mudo, sin un solo gesto que revelara la tragedia que se estaba cumpliendo en él. Y nada lo sacaba de la especie de atontamiento en que se hallaba sumido. Oyó partir los caballos a trote largo por la vereda y tampoco hubo en su rostro un repliegue de rebeldía o de simple protesta. Mas cuando oyó que el tinterillo le gritaba desde lejos: “Si quieres, puedes pedir trabajo a estos señores”, resumiendo todos sus silencios contenidos, como una fiera sacudida de desesperación y de impotencia, rugió con todo el vigor de sus pulmones de montañés, apretando los puños:

—¡Ladrones!

Dos semanas después del día aciago en que se les arrojó de la tierra, todavía se hallaban Teobaldo y Águeda sin saber qué hacer. Habían recogido la cosecha menguada, vendido el borrico y reducido a dos o tres bultos sus escasos haberes. ¿A dónde irían? Ni lo pensaban siquiera. Se encontraban como la primera vez, cuando bajaron de la sierra, empujados por la necesidad de aproximarse a los caminos traficados. ¡De allá a aquí, de aquí a quien sabe dónde! ¡Palmo a palmo la tierra los arrojaba, no los quería!

La mañana de la partida se inició con un caluroso despertar de la estación. Se había enterrado de nuevo, casi de repente, el verano, y ya empezaban a empolvase los árboles y a secarse los terrones. La hojarasca, retorcida, encartuchada de los mangueros, era llevada con fuerza aquella mañana por la ventolina del nordeste. Y como hacía muchos días que Teobaldo no regaba los sembrados, la huerta amarillaba y algunos frutos se pudrían verdes al margen de canalillos muertos de sed.

Teobaldo desbarató con delectación maliciosa de que no se le hubiera creído capaz, tabla a tabla, palma a palma, la casita donde había sido dichoso. Amontonó los despojos, les prendió fuego y sopló. Que nadie – y menos aquella odiosa gente que había venido de lejos a robarle lo suyo– tuviera sombra bajo el mismo alero venturoso que les había cobijado a los tres. Sentía un rencor enorme contra aquellos miserables y comprendía ahora bien claro en sentido para él antes oscuro de las revoluciones.

Recordó que en la última contienda civil había pasado por lo alto de la montaña una guerrilla arrasándolo todo como un huracán. Y que a él, que no había sentido nunca odios lo habían reclutado sin que pudiera explicarse entonces el por qué de aquella guerra semisalvaje. ¿A dónde iban, qué bien buscaban aquellos labradores que abandonaban el hierro que fecunda la tierra para empuñar el hierro que mata? ¡Ah, pero ahora sí que lo empuñaría él también! No para ir contra los suyos, contras sus propios hermanos de infortunio, sino para echar de la patria aquella gente extraña y aquella otra gente, más infame que los otros, puesto que entregaba la tierra al extranjero. ¡Si todas las alegrías de su corazón se habían deshecho, cualquier camino era bueno!

Y Teobaldo iba a terminar su pensamiento con una imprecación, cuando lo interrumpió la voz de Águeda que rezaba y le ofrecía al pequeño. Trasfigurado entonces, suavizó el ademán, ablandó el rostro que la rabia retorció, y se acercó conmovido. Las cabezas de los tres, juntas, en el paisaje matinal, eran como la floración maravillosa de una vida nueva y fecunda.

En la hora quieta, profunda de paz, flotaban aún las palabras de la oración –*El pan nuestro de cada día dánosle hoy*– cuando ya los tristes marchaban a lo largo de la costa. Teobaldo pensaba vagamente que el machete esgrimido a tiempo era más eficaz que los ruegos que aconsejaban las religiones, pero no obstante, la dulzura de aquellas frases en la boca fresca y juvenil de Águeda, le inspiraron confianza en el porvenir. “Nero” los seguía, oliendo a cada paso las huellas que se marcaban en la arena húmeda, borrándose casi en seguida como para que nada de los desterrados quedará detrás.

Volvieron los ojos, ya lejos, y alcanzaron a ver la columna de humo de la cabaña extinguida, la que de esta manera parecía decirles adiós. Tan quieto estaba el aire de la mañana y el cielo tan limpio y esmaltado, que la blanca ascensión del humo no acusaba retorcimientos, ni forjaba aquellas veleidosas figuras de monstruos en las que algunos suelen descifrar horóscopos. Y reanudaron el andar.

Paso a paso llegaron a la aldehuela de Julián. Gran vocerío de mujeres y chicuelos llenaba la playa a aquella hora en que regresaban los botes con la pesca. Teobaldo y su mujer pudieron ver desde lejos a “La Celosa” que se contoneaba al vaivén de las velas, como esos pelícanos que se dejan flotar en la orilla después de un largo ejercicio.

Julián alcanzó a verlos y apresuró el encalle. Arrió el velamen y metido luego hasta las rodillas en el agua, aprovechó un golpe de mareta para sacar el bote a la playa.

En su semblante se adivinaba el éxito de la noche. La pesca había sido buena. Bastaba verlo sonreír, sobre todo cuando hundiendo las manos en el fondo pleno de la embarcación, se echó al hombro para que lo admiraran todos, el sábalo más grande de la partida. Era una alacha de plata repujada, con el vientre de color de mar y las aletas y la cola abiertas a manera de galantes abanicos de nácar.

Vanidoso cual un cazador del océano, aguardó a sus amigos y les ofreció su tesoro. Pero en seguida advirtió en aquellos rostros la tragedia y se puso repentinamente adusto como cuando decía sus literaturas a Teobaldo.

—¿Qué era lo que pasaba? ¿Qué traían en esos sacos? ¿Qué les había ocurrido?

Y ellos contaron: lo habían perdido todo; no tenían dónde refugiarse. Se iban al azar. Buscarían algo que hacer en el pueblo. La comarca no los quería. Pero necesitaban alimentar al pequeño. Sus vidas no les importaban. Era por él, sólo por él, aurora donde se habían fundido todas las tinieblas de su noche, por quién necesitaban vivir y arrostrarlo todo en el mundo, hasta la muerte...

Julián prendió la pipa, se sentó en la borda del bote, y con su entonación peculiar, calmado y serio les dijo:

—No, la vida para ustedes esta aquí. Olvidad vuestras montañas y vuestro cortijo. Tendréis otra cabaña en esta rivera y una barquilla igual a la mía. El monte os arrojó hasta el surco y ahora el surco os arroja hasta la playa. Sois los náufragos de la tierra y sólo el mar, mi mar, puede daros el amparo que buscáis. Teobaldo, no muy tarde has comprendido que yo tenía razón. También yo en la tierra lo perdí todo. Los hombres de allá me robaron y me envilecieron. Y aquí me redimí. Ahora me río de todos y soy dichoso. La tierra es de ellos solamente. ¡Que se la guarden, que algún día se la ha de tragar el mar!

Julián, imprecante, levantando el rostro barbudo, serenos los ojos, mirando al horizonte, estilizaba una antigua figura de profeta.

Teobaldo y Águeda callaron, pero tuvieron una iluminada sonrisa de esperanza. Era verdad: Cuanto más lejos de la tierra, mejor. ¡Había sido tan dura para ellos! Por lo menos de aquí ya no los echaría nadie.

Y ante la promesa que envolvían las palabras del pescador, le tendieron las manos agradecidas que él oprimió con las suyas húmedas y salobres.

En la aldehuela repicaba una campana.

“Nero”, de un salto, se adelantó por el arenal, ladrando festivamente, como si hubiera querido ser el primero de los náufragos que pisara “tierra firme”, y Águeda y Teobaldo lo siguieron.

El grupo solemne, en la alegría del paisaje, bajo el sol que restallaba, trajo a la memoria de Julián el recuerdo de otro grupo, ya perdido en el tiempo, que habían visto en una lámina de sus libros de la escuela. Tal vez es una historia de santos.

Y absorbido por la infantil evocación, sintiendo que se le aguaban lo ojos, hizo saltar con el cuchillo las doradas escamas, como si estuvieran sembrando estrellas...

JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR*

La muerte en la calle

Hoy me ladró un perro. Fue hace poquito, cuatro o cinco o seis o siete cuabras abajo. No que me ladrara propiamente, ni me quería morder, eso no. Se me venía acercando, alargando el cuerpo pero listo a recogerlo, el hocico estirado como hacen ellos cuando están recelosos pero quieren oler. Después se paró, echó para atrás sin darse vuelta, se sentó a aullar y ya no me miraba a mí sino para arriba.

Ahora no sé por qué me he sentado aquí sobre este sardinel, en la noche, cuando iba camino de mi casa. Parece que no pudiera andar un paso más, y eso no puede ser; porque mis piernas, bien flacas las pobres, nunca se han cansado de caminar. Esto tengo que averiguarlo.

También por primera vez pienso que mi casa está lejos, y esta palabra me suena extraña. Lejos. "¿Será lejos?" Sí. Es "lejos". Es que ya tenía olvidada la palabra:

Yo digo "casa" pero no es más que una cuevita a la salida de la ciudad, casi en el puro monte. Me gusta poner nombres así. A mis conocidos, a quienes pido los centavos que diariamente necesito, me les arrimo diciéndoles: Qué tal, caballero. Son pocos esos conocidos. Verdaderamente son mis amigos. Yo busco uno o dos de ellos cada día y voy dejando descansar de mí a los otros; y como sólo les pido muy de tiempo en tiempo no me huyen ni se me excusan. Cuando me encuentro alguno que no está en turno para el día, lo saludo "Qué tal, caballero" y sigo de largo con mi paso que siempre parece que llevo un poco de prisa. Si es alguno a quien le toca, le digo: "Qué tal, caballero". "Échese allí tres centavos, o cinco, o siete o diez". Con tres tengo para el café tinto. Si son cinco hay para el pan. Si son siete, ahí está el azúcar, y entonces bajo mi mochila, saco mi jarrito y le echo el café; y saco mi botella de agua y echo, revuelvo con un dedo y así el café aumentado me alcanza para el pan. Y si son diez, añado una arepita de masa dulce. Tres es malo; cinco regular; siete bueno; y diez,

* Barranquilla, 1885 - 1966. Periodista y político. Se desempeñó como contralor departamental. Residió por un tiempo en Estados Unidos. Dirigió el diario *El Liberal*. Fundó y dirigió las revistas *Mundial* y *Semana Ilustrada*. "El grupo de Barranquilla", del que hicieron parte Gabriel García Márquez, Germán Vargas Cantillo, Alfonso Fuenmayor y Álvaro Cepeda Samudio, se formó en torno a él y a don Ramón Vinyes. Publicó: *Musas del trópico* (Poesía, 1910); *Cosme* (Novela, 1927); *Una triste aventura de catorce sabios* (Cuentos, 1928) y *La muerte en la calle* (Cuentos, 1967).

completo. Con uno solo o con dos nada más, o sin uno o sin dos, no sé porque nunca me ha pasado. Dios me favorece. Y también me dio el don del orden.

A veces es más de diez, porque cojo a un caballero en un momento así, entonces puede haber para almuerzo y hasta para comida. Pero eso de almuerzo y comida no me importa mucho. Mi mala costumbre, que no he podido quitarmela, es el desayuno. Otra que si me quité, era que toda la plata me la acababa inventando cosas; y eso noté que me perjudicaba la salud y me estorbaba para caminar.

Entonces dejé la mala costumbre, y lo que me quedaba lo guardaba para el otro día. Pero aunque tuviera algo guardado yo no dejaba de hacer mi trabajo de caminar. Naturalmente, mientras me duraba el guardado yo no pedía nada; y si entretanto me cruzaba con algún caballero a quien le tocaba, lo saludaba y seguía de largo porque su turno quedaba aplazado.

Una vez tuve un problema de mucha plata. Llegué por la noche a la casa de un caballero a quien le tocaba y lo encontré en la terraza, donde estaba en reunión con mujeres y todo. Le dije: "Caballero, échese ahí tres, o cinco, o siete, o diez". Entonces otro caballero que estaba allí sentado se levantó y se me puso al frente y me dijo que repitiera lo que había dicho. Yo repetí. Me dijo que le explicara lo que yo quería decir con eso, y yo le expliqué, largo. Porque a mí me gusta hablar de las cosas mías y es de lo único de que habló; porque en mis cosas veía siempre la mano de Dios. Cuando me encuentro a una persona que le pone interés a mis asuntos, hablo; pero es muy raro que la encuentre, como aquel caballero. Entonces me la paso callado. A mí me ven pasar, como mudo, y la gente pensará que a, mí no me gusta hablar; pero no es así, es lo contrario, porque yo estoy siempre hablando, hablando conmigo mismo. Bueno: y aquel caballero me tendió delante de los ojos cinco pesos. Yo le veía el billete en la mano. "Caballero es de quinientos", le dije, para que se fijara, si era que se había equivocado, "sí, tómalo", me dijo. Lo cogí, qué caray, y me despedí.

Esta es la voluntad de Dios, pensaba yo, caminando; él me dirá lo que corresponda hacer. Dos días, o tres, o cuatro, o cinco, tardó en llegarme la iluminación. Y entonces, lo hice: envolví el billete en un papelito y lo amarré al fondo de la mochila. Ahí está, desde entonces; para que cuando yo me muera el que me recoja lo encuentre y sea suyo. Dios le guiará la mano para que dé con él, como premio de su buena acción.

Una cosa rara, que me haya sentado aquí, cuando yo sigo siempre en viaje liso. Y acabo de fijarme que sólo he traído tres periódicos en vez de los cuatro que deben ser. Nada de esto me había sucedido nunca. Y viendo eso me quedo aquí sentado en lugar de devolverme a buscar el que me falta. Dios mío. Tú debes saber lo que me está pasando; me está pasando algo malo, pero tú haces tu voluntad. Ahora tengo la preocupación de mi mala costumbre de abrir dos periódicos en el suelo y echarme encima dos también; porque solo traje tres, y ahora no se si convenga más dos arriba y uno abajo que dos abajo y uno arriba. Dios mío.

librame de esta preocupación, porque me siento sin ganas de devolverme a buscar el que me falta.

Hace tiempo tenía yo una manta. Dios me hizo ese milagro, porque me condujo a pasar por una casa en el momento en que un hombre en la puerta decía, y yo lo oí: "Llévese eso y bótelo". Miré, y vi la manta. Y le dije al hombre: "Qué tal caballero; échese acá si va a botarla"; y el hombre me la dio.

Aquel fue un buen tiempo. Comenzó cuando yo estaba ya cansado de pedir alojamiento, hoy aquí, mañana allá, porque no me lo daban más que una vez. Yo sólo pedía que me dejaran dormir en la cocina, o bajo alguna enramadita, o en cualquier parte del patio; o en cualquier parte que no fuera la calle, en un sardinel, como estoy ahora; porque yo tengo mis gustos y hay dos cosas que no paso: ni dormir en un sardinel, en la calle, ni pedir comida. Siempre me contestaban con mala cara, lo mismo cuando me decían sí que cuando me decían no. A veces tenía que rogar el favor en dos o tres o cuatro o cinco casas antes de conseguirlo. Y un día que pedí permiso para ir atrás en un patio por una necesidad, vi un hoyo en el suelo que quién sabe si lo habían hecho puercos o lo cavó un perro. Lo medí con el ojo y lo encontré de mi largo y ancho, y bien seco estaba. Miré para la casa, y lo tapaba la cocina. Miré derecho para la calle, y había un portillo en la cerca. De una vez lo pensé: Y en seguida fui a hablar con la gente de aquella casa y expliqué mi asunto: que yo siempre llegaba a acostarme muy tarde cuando están durmiendo; y salía muy temprano, cuando nadie se había levantado; allí estaba el portillo para entrar y salir sin que sintieran; y como no iba a molestar a nadie, que me dejaran dormir en el hoyo del patio que no se veía desde la casa porque lo tapaba la cocina; todo bien explicado. Aquella era gente buena y me lo permitió.

La primera noche, cuando me metí en el hoyo creí que el frío de la tierra no iba a dejarme pegar los ojos. Pero Dios me ayudó, porque después de un rato ya estuve en calorcito. Lo mismo siguió pasándome todas las noches.

Una noche, cuando menos lo pensaba, me cayó un aguacero; pero fue a la madrugada, casi cuando iba a levantarme, y me salí y me sequé con la brisa, caminando. Y mientras andaba se me presentó en la cabeza un pedazo de cerca con una lámina de zinc que quedaba a tres, o cuatro, o cinco, o seis, o siete pasos del hoyo. Esa misma noche aflojé la lámina, la quité y la puse de tapa al hoyo; y por la noche la volvía a su sitio; y nadie se dio cuenta, y así seguí haciendo; y ya podía llover. Esa idea del zinc no me vino de Dios, porque Él es bueno, y aquello de usar la lámina sin autorización era cosa que no debía hacer, cosa mala. La idea me vino de la lluvia que no es buena ni mala; pero tapar el hoyo era bueno. Como fuera, Dios me lo perdonó; porque al otro día del zinc, me mandó la manta.

Aquel buen tiempo duró hasta que los muchachos me descubrieron. Yo digo que los perros son buenos y los muchachos son malos. Esto quiere decir que yo no he conocido muchacho bueno ni perro malo. Pero seguramente Dios ha hecho de todo.

A mí ningún perro me ha molestado, y algunos me siguen, desean vivir conmigo, eso muy claro se los comprendo. Ellos no buscan mi comida sino mi compañía, porque bien saben que yo no tengo comida porque demás que pueden oler mi mochila. Viene uno y me ve. Se estira, alzando la cabeza; luego se afloja, se me va poniendo detrás y continúa adelantando hasta que marcha a mi lado acomodando su pasito brincado al mío suave y largo. Así voy con él, vamos juntos, mirándonos. Él bate y bate más y más su esperanza con la cola. Hasta que yo le doy la última mirada y muevo la cabeza pensando: no puedo vivir contigo, caballero perro. Y él me entiende; y con pasito más brincado y más triste, se aleja.

Qué pasaría hoy con aquel perro. Eso tengo que averiguarlo.

Los muchachos con quienes yo me he estado cruzando, son malos. Hablan sucio y feo. Y se fijan en uno, y le tiran piedras y le gritan apodos. Si es uno solo, yo sé que se hace el que no me ve, pero me está preparando y buscando ocasión. Si son dos, o tres, o cuatro, o cinco mi peligro es mayor porque entonces se descaran, juntos pierden el miedo y cada uno quiere ganarse en maldad a los otros. A mí me parece que cuando están así, también les sale rabo pero no de perro sino de Malino que se les pone y por eso no puede vérselo el que está con Dios.

Verdad que yo sé que con mi flacura cada día se me ha ido saliendo el esqueleto más y más para afuera, y esto es bueno de ver para los muchachos que no están con Dios. También les gustarán mis pantalones rotos, tal como se han roto, porque yo no los remiendo, remangados en mis canillitas, sobre mis zapatos, que yo los abro bastante en la punta para que los dedos de mis pies tomen aire y no críen mal olor. Y tal vez lo que más les pica son mis patillitas que de una vez crecieron y ahí me las he dejado y no son más que unos pelitos ralos y larguitos, un poco monos, pero, eso sí, suaves como de seda, y por eso estoy siempre pasándome la mano por la cara.

Todo eso lo sé yo. Pero me defiendo. Y un modo es que no les huyo y si me gritan, no es conmigo. Y tampoco les doy tiempo ni lugar para que me pongan ningún apodo que se me quede pegado, porque nunca me ven achatado ni dando vueltas por esos sitios que hay donde se amontona gente, que unos vienen y van y se ve que están como en ocupaciones y diligencias; y otros parece que algún vivo viento los hubiera tirado allí para nada o creo que están esperando que el mismo viento que allí los echó les lleve algo, y no saben qué. Yo nunca estoy por esos sitios. Yo camino en busca de mis caballeros; y después que los encuentro sigo caminando, caminando.

Otro modo de defenderme es que si un muchacho viene o va para delante de mí o lo siento que anda por detrás de mí, yo estoy arisco y vigilante para sacarle el cuerpo a la piedra. Si no fuera por eso, quién sabe cuántas veces ya me hubieran roto la cabeza de una pedrada.

Y lo que me hicieron los muchachos en mi hoyo de dormir, no es que yo no hubiera tomado precauciones. Es que yo no sé cómo me descubrieron los muchachos. Eso, no he podido averiguarlo. Pero una noche sentí puyitas por el cuerpo, y era cadillo que me echaron en el

fondo del hoyo. Otra noche, seguido, me enronché porque me pusieron pringamosa. Y la última noche, seguido también, cuando abrí la manta me ensucié todo de porquería. Había tanta que comprendí que no era obra de un solo muchacho.

Me salí del hoyo y me limpié con tierra, bien restregado. Pensaba: Por qué habrán hecho esto conmigo. Pero Dios lo había permitido.

Está visto que las cosas malas que a uno le pasan, son buenas por otro lado que uno no llega a conocer sino después, cuando es su momento. Es lo que siempre sucede.

Y aquella noche me dije que no iba a dormir. Puse la lámina de zinc en su puesto de la cerca y salí por el portillo. La manta, la dejé; yo pude habérmela llevado y lavarla, pero se las dejé allí.

Caminé, caminé, como si fuera de día, seguía derecho, no doblaba por ninguna esquina, sino derecho. Y después vi que ese era el camino. Ya estaba en las afueras cuando paré. Y allí mismo la vi: mi cuevita, la que desde ese momento iba a ser mi casa. Entré, agachándome. Daba media vuelta y hacía como sala y cuarto. De una vez me acosté. Y cuando ya no estaba despierto pero tampoco me había dormido, Dios me dio la idea de los periódicos, y yo ayudé, pensando: deben ser cuatro: dos en el suelo y dos como sábana.

Desde entonces estoy mejor, como nunca. En mi casa puede llover lo que quiera llover, y no me mojo, y sin tener que tapar nada con zinc. Y por allá no he visto a ningún muchacho.

Aquí llevo mis diez para mañana. Mi botella de agua está llena. Si mi mamá me ve desde la otra vida estará contenta de que a su hijo no le falte nada. Lo único ahora es el periódico; pero eso ya no importa porque he resuelto poner uno solo en el suelo y arroparme con dos, y ya se me acabó esa preocupación. También si mi tío lo supiera le gustaría conocer que, si yo no fui zapatero, busqué en cambio mi propio camino y en él no paso necesidades.

Una cosa que yo he debido averiguar es que nunca he sabido quién fue mi papá. Pero como no me lo decían, pensé que era que no debía saberlo, y por eso no lo averigüé.

Mi mamá trabajaba mucho. Todo era lavar ella; ella coser; ella planchar, ella cocinar. No dejaba que le ayudara. Me decía: Tú no sabes de eso, anda a jugar. Y yo jugaba en el patio que era chiquito, pero podía correr de una punta a otra y me gustaba clavar un palo en el suelo y saltar por encima. Y yo a veces no tenía ganas de jugar, pero jugaba para que mi mamá viera, porque a ella le gustaba mucho verme jugar.

Un día mi tío se fue a vivir con nosotros. Mi mamá me dijo: Este es tu tío. Era él muy ancho. Yo lo veía por detrás y me parecía que no tenía cabeza, o que su cabeza no era cabeza. Mi mamá nos ponía la mesa con mantel. Los dos no más nos sentábamos, porque ella iba y venía, seguía trabajando. Mi tío, cuando acababa su comida hacía pedacitos de bollo, los pasaba por el plato y se los comía. Le decía a mi madre que eso era para que le fuera más fácil lavar el plato. Haz tú lo mismo me decía, y así ayudas a tu madre. Yo lo hacía, por obedecerle; pero no me gustaba hacer eso.

Toda aquella comida la tengo olvidada, ya no es nada para mí. De lo que me acuerdo es de aquellas tajaditas de plátano maduro que mi mamá me dejaba coger cuando las estaba friendo. Después, cuando estaban sobre la mesa en un plato, ya no me gustaban tanto como cuando las comía cerquita a mi mamá, en la cocina.

Un día murió mi mamá. Yo comencé a llorar; pero mi tío me cogió por un brazo, me sacó al patio y señalándome un rincón me dijo: Siéntate ahí, y nada de llorar, porque los hombres no lloran.

Mi tío se hizo cargo de todo. Me dijo: Hay que venderlo todo: este es un deber que yo tengo que cumplir.

Y otro día, cerró la casa. Coge eso y vamos, me dijo. Yo alcé un saco grande, uno mediano y uno pequeño y seguí detrás de él. Llegamos a un buque. Me quitó los sacos y no me dejó subir. Te puedes caer, me dijo, espérame aquí. Tardó mucho y al fin volvió con un bultico en la mano. "Ya no tienes a tu madre ni a tu tío, me dijo; ahora vas a hacerte hombre y debes asegurar tu porvenir. Yo quiero que seas zapatero. Es un oficio honorable y produce mucho dinero. No se dirá que yo te abandoné a tu suerte, aunque eso es lo que Dios quiere, que cada cual busque su propio camino. Aquí te doy esto, con lo cual puedes empezar la zapatería". Me entregó el bultico y se volvió al buque.

Comenzaron a soltar los cabos; y yo, parado en la orilla, esperaba que mi tío se asomara para gritarle: Adiós, tío. El buque se abrió en el agua, respirando fuerte, y comenzó a irse. Se iba el buque, yo esperaba, pensaba que era mejor que mi tío no se asomara sino cuando fuera bien lejos, para que entonces lo alcanzara allá mi grito de adiós, porque me parecía que dar un grito desde la orilla hasta un buque muy distante, era como soltar un pájaro que sigue volando hasta después que uno ya no lo ve. Pero mi tío no se asomó.

Cuando recibí el bultico noté que era pesado. Anduve un buen rato con él sin desenvolverlo. Aunque no imaginaba lo que pudiera ser, no estaba curioso por saberlo. O tal vez sí sentía mucha curiosidad y por lo mismo demoraba en abrirlo. O era que sin darme cuenta, yo lo tenía sabido, porque mi tío me lo había dicho: lo que yo llevaba en mi mano era mi zapatería.

Al fin me senté en un sardinel, como estoy ahora, y quité el papel y vi: era una horma de zapatero. Claro, tenía que ser una cosa de zapatería. Y lo mejor que se me ocurrió fue ir a buscar un zapatero. Seguramente era eso lo que mi tío había pensado que yo haría: que con la horma, yo encontrara un zapatero que me hiciera socio de su zapatería.

Fui donde uno y le tendí el bultico, sin decir nada. El zapatero me miró a la cara. ¿Qué traes ahí?, me dijo; cogió el bultico y lo desenvolvió. Esta es una horma izquierda, dijo; ¿dónde está la derecha? Yo no entendí y no supe qué contestar. Él volvió a mirarme a la cara; y agarrando con una sola mano el papel suelto y la horma desenvuelta, los tiró al suelo y me dijo: Eso no sirve, y ahora vete. Yo me fui rápido, sin atreverme a recoger el papel y la horma; y ya andando en la calle comprendí que mi tío se había equivocado y no se fijó pero yo le

agradecí su buena voluntad aunque se hubiera equivocado. Y cuando Dios permitió que eso pasara es porque no quería que yo fuera zapatero.

Entonces vi grandes las palabras que me había dicho mi tío: ahora no tienes ni a tu mamá ni a tu tío. Me puse a mirar por todas partes y vi que tampoco tenía ni mi mesa para comer ni mi patio para jugar. Yo pensaba: algo se puede encontrar en el mundo. Yo no conocía la gente ni las calles. Me miré yo mismo para adentro y pensé: yo no puedo quedarme con la gente porque cada una es de otra y yo perdí la mía, entonces, la parte que me queda del mundo son las calles; por las calles es por donde puedo buscar mi propio camino, que es lo que Dios quiere, como me dijo mi tío.

La manera como Dios lo conduce a uno, yo la conocí: es con riendas. Lo mejor es no resabiarse y dejar uno que le apriete bien justo el freno pues así va uno más seguro porque siente los tironcitos por pequeños que sean, que Dios le dé. Por eso yo sentí el que me dio un día que yo me iba a ser hombre de pala para coger arena; y en seguida dejé la pala. Otros me ha dado y también los he sentido. Pero cuando voy por la calle, caminando, me deja suelto, porque ese es mi camino y ahí no necesito tironcitos y entonces parece que ni freno llevara puesto.

Hay un peligro, que yo lo tuve, y es el misterio de la mujer. Yo me dije: eso tengo que averiguarlo. Y me puse a fijarme en las mujeres; pero el misterio no se resolvía con cualquier mujer en que me fijara. Un día vi a una que estaba sentada y se me pareció a mi mamá; pero se levantó y ya no se parecía. Otra vez me iba delante una mujer que en el bulto y en los movimientos era como mi mamá; eso veía yo; pero cuando me la pasé y le vi la cara, se fue el parecido. Me sucedió también que yo iba distraído y de pronto oí la voz de mamá: alcé la cabeza y vi unas mujeres que iban hablando, pero la voz de mi mamá no volvió.

Entonces, yo me puse a pensar que mi mamá estaba repartida en pedazos, y también en pedacitos, entre otras mujeres. Esto me gustó al principio y yo las seguía disimuladamente y con el misterio dándome vueltas en la cabeza y que a veces comenzaba a regármeme por todo el cuerpo.

Pero, después, me molestaba que una mujer pudiera ser en ninguna cosa como mi mamá. Y entonces ya no les hallé más parecidos. Primero pensaba yo: es que se los estoy negando, porque sí lo tienen. La verdad la vi, al fin, cuando comencé a, sentir los tironcitos; esos parecidos no existían y era que el misterio de la mujer me los ponía como trampa. Y ya no quise averiguar más el misterio de la mujer.

Sí, Dios me ha favorecido. Con su protección y atendiendo a las riendas encontré mi propio camino en el mundo. Mi trabajo es caminar, y eso me gusta. El alimento lo consigo con solo decir: Qué tal, caballero. Ahora tengo mi casa: Dios me ha librado de toda inquietud.

Y él me ha sentado hoy aquí y no quiere que me levante y camine. Qué raro aquel perro. ¿No habrá por ahí algún muchacho con una piedra en la mano? No. No hay nadie. No hay

más que la calle. Pero la calle comienza a desaparecer, me va dejando, y el sardinel donde estoy sentado se está alzando como una nube y me lleva en la soledad y el silencio. Ahora veo a mi mamá. Está de pie, a la puerta de la cocina, pero no me ha visto. La llamo: ¿Ya vas a freír las tajaditas de plátano, mamá?

VÍCTOR MANUEL GARCÍA HERREROS*

Ocaso

– Me alegro de que hayas venido, porque no te esperaba. Siempre me visitas por la noche...

Humberto la encontró lánguidamente sentada en una mecedora, con los ojos apagados y un cigarrillo en los labios.

Gozó una vez la más agradable sensación que aquella salita producía. Se hallaba uno en ella como en el campo, sin febriles ruidos de la ciudad, envuelto en las sutiles gasas de silencio. Una rama del almendro del patio entraba intermitentemente por la ventana con la brisa tarta de la tarde, y el cielo, de tan puro azul vestía, estaba más lejano que nunca.

– Debes hacer todo lo posible por distraerme. Estoy de mal humor y tengo un fastidioso dolorcillo de cabeza. Ya sabes: esta elegante jaqueca que me da una displicencia agradable.

Humberto miró los nuevos objetos que había en las mesas de mármol.

– Veo que aumentas tu colección de cosas feas.

– ¿Feas? Es que no quieres comprender la belleza de la fealdad.

Con repentino entusiasmo, se animó un momento, y sus labios se abrieron; pero murió en ellos el grato anuncio de la palabra encendida y ágil, ante la queja breve que no de la boca, sino de los ojos pareció salir:

– ¡Qué fastidio!

Se hundió los dedos en el abundoso cabello claro; un cabello nórdico del agresivo color que Ludwig von Zumbusc encontrara para su rolliza Niña de la pelota.

Humberto la halló deliciosa con aquella expresión de fatiga; deliciosa y frágil. Su boca, que sabía la locura de las risas desordenadas, se inmovilizó desapacientemente, más provocativa que nunca.

* Cartagena, 1884 - Barranquilla, 1950. Periodista. Director de la revista literaria de Barranquilla Caminos, en la que fueron publicados algunos cuentos de tendencia cruel y humor negro. Hizo parte del grupo de "los Nuevos". En la publicación que dirigía en Bogotá Luis Enrique Osorio, La Novela Semanal, aparecieron inicialmente sus relatos *Lejos del mar* (1926) y *Asaltos* (1929). Trabajó en casi todos los diarios de Barranquilla.

- Vamos, Humberto: dime algo interesante
- Pero si tú sabes que nunca he sabido decir cosas interesantes.
- ¡Hombre..! Un chisme cualquiera... Habla mal de tus amigos. Aunque sea eso, que es lo mejor que hacen ustedes... Indudablemente: eres aún muy niño.
- Son veinte los años que tengo. Veinte años bien vividos muy bien, igastándole el dinero a mi padre! Ya te has dado cuenta de lo sabroso que es el dinero del viejo. Precisamente, te traigo...
- No, no. Guárdatelo: me aburre el oro. Tengo más del necesario, y no es dinero lo que ahora quiero.
- ¿Qué, entonces? Dime: haré todo lo posible por complacerte. A pesar de que tus caprichosos son incompresibles, me agradan.
- Quiero que me hables de nuestros amores. Ven; siéntate aquí.
- Te obedezco: pero antes... ¿Me haces un favor..?
- Pon los pies sobre esta silla... Que los pueda yo ver...
- Así: ¡qué adorable eres!
- Principia.
- Mira: están encendiendo las luces.
- Como si fueran indispensables en esta tarde tan clara. Ve qué bonita está la sala: todo el crepúsculo se ha metido aquí dentro.
- Te vi, la primera vez, en un almacén. Comprabas no recuerdo qué. Lucías unas lindísimas zapatillas de charol con hebillas de nácar.
- Te estacionaste en la acera de enfrente...
- Sí, porque me gustaste mucho. En la esquina subiste a un coche. Media hora después volví a verte: habías cruzado los pies hacia fuera...
- ¿Y qué más?
- Transcurrió una semana. Una noche fuiste a teatro; llevabas un sombrero inquietante, y unas zapatillas blancas y pequeñas. Daban “Los ojos de los muertos” de Benavente. Me senté en el palco vecino, y te hablé. Te hice brillantísimas proposiciones.
- Sí, sí... Me hubiera yo reído esa noche con toda el alma.
- ¡Sí, te reíste..! Te vi la risa en los ojos y en la sonrisa. El siguiente día tuviste la audacia de venir a mi casa.
- Y aquella noche no fui por mi tía Josefa, a quien había invitado a teatro. Mi padre me riñó fuertemente, y yo me vengué diciéndole a mi hermana Lola –pensando en los tuyos tan breves– que tenía unos pies de soldado alemán.

– ¿De verdad los tiene muy grandes?

– Terriblemente grandes, te digo. Intolerables.

– El crepúsculo se había ido. Se oscurecía el verde de las hojas del almendro. Llegaba una noche con brisas suaves y profusión de estrellas. Gilma encendió un cigarrillo y miró a Humberto con mirada honda que lo penetró, y se le quedó adentro como una inquietud. Hubo un instante de duda en ella, casi de lástima por él. Y le habló resueltamente:

– Es necesario que terminemos esta noche, Humberto. Hay mucho hastío en tu vida y en la mía para darles el de nuestro dorado capricho, que no tardará en venir.

Y se echó hacia atrás, con indiferencia por lo que pudiera suceder. Humberto palideció, estrujado y empequeñecido. Había en su silencio la angustia de una tragedia cumplida.

Gilma observó los esfuerzos que él por conservarse varonil, y comprendiendo que en aquel adolescente voluntarioso y mimado había el alma fuerte de un hombre, quiso, sincera, atenuar su mal de amor y hacerle menos dura la realidad del instante.

– Van a ser las siete –dijo– ¿sabes por qué, a pesar de tus ruegos, nunca he consentido en permitirte ver mis pies? Un rasgo de amor propio... Siendo niña, me arrancaron una uña... El dedo me quedó como un ojo vaciado. Es horrible, ¿verdad?

Humberto se llegó a la puerta; y Gilma, con mimos adorables pero lejanos, como de un pasado borroso, le arregló el bermejo mechón que le caía sobre la frente.

– Siempre estás despeinado, como los poetas. Lo cierto es que tienes un bellissimo cabello, tumultuoso y raro.

FERNANDO DE ANDREIS*

Tula del Real

Durante mi largo viaje de México a La Habana, lugar éste último donde debía desembarcar para tomar nueva nave con rumbo definitivo hacia Colombia, me sorprendía frecuentemente entregado al recuerdo de Tula del Real, mi compañera de viaje.

Sucedía, entonces, que, casi indignado, me preguntaba: ¿Pero por qué pienso tanto en esta mujer? ¿A mí qué puede interesarme? Simple necesidad de mi espíritu inquieto. ¿Estoy

* Riohacha. 1900 - Barranquilla 1941. Cuentista, novelista, poeta, dramaturgo y ensayista. Colaboró en diversos periódicos y revistas nacionales y extranjeros. En su juventud vivió en México, donde fue influido por el agitado ambiente cultural que vivía ese país. En 1928 ganó el primer premio en un concurso abierto en Santa Marta con la pieza teatral *Madre*. Publicó "Tula del Real" (Cuento, 1923) en *La Novela Semanal*; *El tablado de los caprichos* (1927); *El romance de los potros del alba* (Poesía, 1938). *Tierra irredenta* es la novela que no alcanzó a publicar, referida a los sucesos turbulentos de finales de los años veinte en la zona bananera.

realmente enamorado de Tula? Rechazaba enérgicamente tal pensamiento, y concluía por echar su recuerdo lejos de mí.

Cuando "El Hollandia" permanecía aún en el muelle de Salina Cruz, próximo a zarpar, recuerdo que al llegar al borde divisé sobre el puente una mujer elegante y hermosa. No sé por qué comprendí que viajaba sola, pues me dio una súbita sensación de libertad, de la gran libertad de que gozaba. El gozo de su libre albedrío se abría en sus grandes ojos negros, que miraban el cielo, el horizonte, la mar y todas las cosas vastas. Al andar tenía un movimiento perezoso. Parecía no tener mucha prisa de llegar a su destino. Le daría lo mismo quedarse una eternidad en el barco.

Gocé en silencio su belleza, su libertad, y la envidié. Yo era un prisionero de mis afanes, y desesperaba de llegara cuanto antes.

Guiado siempre por el capricho, tuve la tentación de inquietar a la hermosa extranjera, sólo inquietarla y nada más.

Modalidad definitiva de mi vida ha sido siempre el deseo momentáneo de las cosas; la especulación ligera, y después cansancio, fastidio. Hablaría a Tula diciéndole cosas tremendas o anodinas, según su psicología, y al fin, cuando la viera despertar, encenderse, la abandonaría, sintiendo acaso la misma amargura de siempre: fastidio, cansancio.

Una hora después el barco se desprendía lentamente del puerto. Nos fuimos sobre la borda a contemplar los últimos movimientos de la muchedumbre apelonotada sobre el muelle.

Miré hacia uno de mis costados y me sorprendí gratamente ante la cercanía de la bella mujer. Sonreído, la saludé, preguntándola, a la vez, por el destino de su viaje.

— Voy a La Habana para seguir después a la Argentina, donde me esperan mis padres.

Nos miramos largamente, y callados otra vez continuamos contemplando el gentío. El deseo de hablarla nuevamente me punzaba. Al fin, no hallando qué decirle, pronuncié, como para conmigo mismo, estas palabras:

— Gratos recuerdos llevo de México... Qué hermosa capital.

— Oh, sí, bellísima... Allí estuve seis meses en casa de mis hermanos que tienen establecidos sus negocios —, me respondió ella.

Y seguidamente habló con pasión de Buenos Aires. Era más hermosa que la ciudad azteca. Oh, sí, más hermosa, y más poblada.

— Si usted conociera Buenos Aires...

Fatigados nuestros ojos de la visión del puerto, ya borroso, abandonamos la borda y comenzamos a pasearnos por el puente.

Hablamos abundantemente de viajes, de aventuras, de libros. Tarde ya, cuando nos despedíamos —, pues la hora de la comida se acercaba, yo le di mi tarjeta, y ella alargando su fina mano blanca, me dijo, mientras sonreía con los ojos y los labios:

– Tula del Real... Cuánto gusto...

Me fui al camarote un poco decepcionado de Tula. La encontraba entonces menos interesante. El fastidio de haberla conocido comenzaba a morderme. Pero no obstante, en el fondo de mi espíritu, hallé un leve escozor.

Durante el viaje intimamos con rapidez extraordinaria. Conscientemente le inspiré confianza, y llegó a tener para conmigo libertades que me sorprendían, pero que yo aceptaba sin muestras de asombro, a fin de no infundirle sospechas y dejarla en el camino que yo le había trazado.

Fue así como logré obtener detalles íntimos de su vida. Me habló de sus primeros amores con un joven tenor italiano que visitó Buenos Aires, allá por los años de mil novecientos quince, y de los consiguientes desengaños sufridos. El tenor la dejó yéndose hacia remotos países, cantando como un pájaro. Después los años habían pasado, y ahora en México había vuelto a amar. Era a un joven, Secretario de la Legación Francesa.

Estos últimos relatos de su vida me inquietaron sobre manera. Pensé que estaba enamorado de Tula, y esto me indignó. ¿Por qué entonces tenía celos de aquellos hombres que habían gustado de su belleza? Todos mis esfuerzos por borrar la impresión que en mí ánimo habían producido las palabras de Tula fueron vanos. La inquietud persistía marcándose cada vez más con mayor intensidad. Llegué a pensar, para consuelo mío, que acaso mis celos eran sólo de macho, orgulloso y egoísta, pero nunca de amor. Amar yo a una aventurera coqueta que se enamoraba del primer tenor que llega a Buenos Aires, y ahora deja un novio en México. ¡Qué tontería! ¡No faltaba más! Finalmente terminé por asegurar que Tula había inventado todas esas historias sólo para enamorarme.

Cuando llegamos a La Habana, me dijo:

– Yo me hospedo en casa de la familia Pumar, a la cual vengo recomendada por mis hermanos. ¿Dónde se instalará usted?

– En el Manhattan...

Fueron diez días los que pasamos en la capital cubana, durante los cuales estuvimos en todo lugar.

Mi situación con Tula se fue complicando. Por momentos parecíamos novios, novios que nunca se habían dicho: “Te amo”, y en ocasiones nos despreciábamos cruelmente. En verdad nosotros no teníamos amores, ni yo estaba enamorado de ella. Simplemente me atraía, y a falta de otras aventuras y amistades me entregaba a ella queriendo hacerla interesante.

Tula había estado dos veces en mi cuarto de hotel. La primera fue con el pretexto de visitarme, pues había soñado la noche anterior conmigo y en su sueño me vio enfermo, lo cual sucedería—sin duda alguna— si ella no lo relataba. Reía de su ingenuidad, a la vez que me decía:

– Pero ahora que se lo he contado usted no enfermará...

Por distraer mi atención y apartar malsanas intenciones que me asaltaron viéndome solo con Tula en mi cuarto, tomé un álbum de postales y juntos estuvimos mirándolas. Ella me contemplaba furtivamente, y me dijo de pronto:

– Sabe usted, Federico, yo me admiro de las cosas que hago. Venir yo a su cuarto... ¿Por qué me ha inspirado tanta confianza?

Otro día volvió. Entró jadeando y me advirtió que al día siguiente partiría en un barco de la Flota Blanca.

– ¿Por qué no nos vamos juntos? Si viajo sola me aburriré una barbaridad.

Y quedamos de acuerdo para realizar nuestro viaje en compañía.

Aquella mañana desperté con una nerviosidad extraña.

Cuando llegué al *dinning-room* a tomar el desayuno hallé a Tula a la mesa. Sus ojos tuvieron una expresión de alegría, y apenas tomé asiento me preguntó:

– ¿Por qué se ha levantado tan tarde? Cuánto le he esperado

Le expresé mi inquietud y la agriedad de mi carácter. Deseaba permanecer callado. Mejor sería que ella no me hablara nada.

– ¿Estamos ya con la neura?– insinuó ella burlonamente. Tuve ganas de golpearla brutalmente, y la odié.

El desayuno fue triste. Por mi espíritu pasaron múltiples impresiones, inquietándome. Mi pensamiento saltaba, locamente, de Tula a cosas lejanas.

Su voz me despertó:

– Perdona que le interrumpa, Federico... ¿Quiere usted acompañarme, ahora que nos levantemos, a pasear por la marinería?

– Sí–, le respondí secamente, y recordé al instante la misma insinuación que en día pasados me hiciera cuando viajábamos de México a La Habana. Entonces me traía fastidiado ponderándome la belleza de un lobo marino de barbas floridas, de rostro judaico. Hube de contrariarme con ella por su cínica insistencia, en la cual adiviné un deseo de mortificarme. Le dije algo brusco que ella rechazó indignada, riendo después de mi audacia.

Abarqué rápidamente la psicología de Tula y me declaré que no sabía qué pensar de ella. Por momentos me parecía la mujer más adorable del mundo de cuantas había conocido y tratado, y a veces me repugnaba despreciándola. Tenía instantes candorosos y otros de un cinismo desconcertante.

Cuando terminamos ella fue la primera en levantarse y recordar mi ofrecimiento.

Salimos del salón, y fuimos directamente a las bodegas, sobre las cuales están, en sus ratos de ocio, tendidos sobre las carpas los marinos. En esos momentos, unos acostados

vientre-arriba y otros sentados, cantaban los primeros y se desayunaban los últimos. Algunos tomaban café en grandes tazas de loza, montados aparatosamente sobre la borda entre cabos y garfios. Los había de todas nacionalidades: españoles, mexicanos, un colombiano, y el resto, casi todos americanos e ingleses.

Un grupo de marinos mexicanos se divertía molestando a un grumete, un chiquillo italiano de ojos negros, de labios sensuales, de hondas comisuras. Le amenazaban de echarlo al agua para que aprendiera a nadar. Había en la mirada del muchacho una expresión altiva de temor, en la cual se traslucía la fiera intención de defenderse.

Cuando le dije a Tula que yo había presenciado muchas escenas como esas, me pidió jubilosamente:

– Cuénteme... Cuénteme... Estos hombres son bestiales, ¿no es cierto? Huelen a muelle, a brea, y tienen risas, miradas y gestos apasionados... Cómo amarán estos hombres...

Miré a los ojos de Tula, y había en ellos relumbres hondos que me quiso ocultar cuando mis ojos envolvieron los suyos penetrándola. Comprendió que había hablado demasiado, indiscretamente, desnudándose con una inconsistencia apasionada. Y temiendo yo que el momento divino de la revelación de sus desnudeces pasara, clavé tercamente los ojos en las tablas sucias de brea, por ocultar su inteligencia, y serenando la voz hasta hacerla natural, por no asustarla y hacer que se arrepintiera de su audacia la hablé de la belleza. De la pasión, de la tragedia de las vidas marinas. De las ansias de las bocas de mujer, que se abren en la noche de los puertos, cerradas sobre los labios de la marinería, entre los vientos salados de los olores acres. De los puñales lucientes entre las canciones de amor.

Tula se había ido alejando de mí hasta llegar a la borda sobre la cual se dejó caer. Y yo fui detrás de ella, hundiéndole mis palabras húmedas en el oído, y ya junto a ella, sobre ella, mi aliento, que la brisa llevaba, le golpeaba el rostro.

Un alarido salvaje de uno de los braceros, un mexicano de tez bronceada y pecho veloso, nos hizo volver.

El grumete se había arrinconado entre dos altos rollos de cabos húmedos de agua de mar. Tenía la actitud de los felinos al saltar. Y saltaría resueltamente sobre sus enemigos, a dentelladas, pues al reír, con su risa de rencor, mostraba dos hileras de dientes blanco, agudos. El viento le tendía la cabellera, pelándole la frente. Se escuchaban voces agrias, y risas llenas de nervios, que se iban con el viento:

– Agárralo por los cabellos... Sácale los dientes.

– “Tiburón”, échalo al agua... Yo te ayudo...

– Imbéciles... Lo desnudamos y lo untamos de brea...

– Vamos, vamos –, gritó un viejo lobo, desde lo alto de una jarcia, lanzándose y cayendo estruendosamente entre el grupo de marinos. Los que estaban sentados sobre las carpas y

bordas, se levantaron, se bajaron, y todos, reunidos, se fueron contra el chiquillo italiano gritando:

– Vamos. Vamos.

– Tula, separándose de mí, corrió hacia el grupo, y queriendo presenciar mejor la escena, brincó sobre una alta caja de madera. Jadeaba.

Un grito largo, cortante, traspasó el montón y vino hasta mí. Y acto seguido el muchacho acorralado, saltando sobre todos, se prendió de una de las cuerdas de los mástiles, y trepó rápidamente, por las escaleras flojas.

Las risas estallaron.

– Cómo. Saltas que ni un mono...

– Ya verás...

Y llovieron entonces pedazos de cuerdas, latas vacías, zunchos, palos. Uno, entre ellos, lanzó un pedazo de pan untado de mantequilla que ensució la frente crispada del grumete. Otro le bañó la cara con café caliente, y finalmente, alguien que yo no vi, le hirió en el pómulo izquierdo con el filo de un plato de peltre. El muchacho rugió de ira, y sosteniéndose de las cuerdas con una mano, con la otra sacó del bolsillo del pantalón una navaja, de cuya hoja tiró con los dientes. Lista el arma ya, se ladeó incliniéndose hacia atrás, para tomar fuerzas, y la disparó sobre el pecho de uno de los marinos, el que momentos antes le hiriera en la cara. La hoja se hundió hasta el pomo. Un grito de dolor se rompió en la garganta del hombre herido, y llevándose las manos al pecho cayó entre el grupo asombrado de sus compañeros.

Todos se inclinaron sobre él.

El grumete, arriba, entre el sol y las jarcias, manchada la cara de sangre, tenía una sonrisa estereotipada sobre los dientes blancos, fríos.

Tula se perdió entre marinos y pasajeros, que acudieron al lugar de la tragedia. Cansado de buscarla, me fui al *music-room*. Un momento después entró ella, pálida, distante la mirada. Traía las manos enlazadas, hundidas las uñas en sus palmas. Fui hacia ella, y tomándola por un brazo la sacudí suavemente llamándola por su nombre. Sobresaltada volvió el rostro hacia mí, y sonrió mostrándome las encías blancas.

– ¿Qué se hizo usted? –, la busqué afanosamente... Al fin me vine...

– Déjeme, no me hable usted ahora –, me replicó contrariada, girando con abandono sensual frente a mí, para salir del salón. Pero deteniéndola por las manos, le tiré al rostro mis palabras:

– ¿Y esas manchas de sangre aquí... en la manga y las manos?

– ¿Cómo, qué?

Y corriendo hacia la puerta huyó veloz.

¿Será posible..? No lo creo ¿Pero entonces qué significan esas manchas en la manga derecha y en las manos? Tuvo que haber estado cerca de él para mancharse de esa forma... Y sus manos tuvieron que tocar la herida...

Cuando él cayó herido entre el grupo de sus compañeros, yo miré hacia el lugar donde estaba ella un momento antes y no la vi... Luego, en el apelotonamiento de las gentes, la busqué con inútil empeño. Se perdió. Yo me cansé y salí. Fui arriba, al puente, a tomar aire y sol limpios. Ella seguramente aprovechó la ofuscación, el atropello, e inclinándose sobre él le besó en los labios, en la herida... Tula es muy capaz. Oh, cómo le besaría la cabezota, de cabellos fuertes, aceitosos, hundiéndole las manos temblorosas... Y luego la caricia, se expandió y se hizo infinita en su cuerpo... Cómo apretaría con sus dedos los labios de la herida, labios de vellos negros, que le dieron la sensación de una boca ensangrentada, y allí hundió la suya, seca... Laxa, harta, se hurtó del bullicio para gozar a solas el placer... Y se vino, entonces, trayéndoselo escondido...

Hundido en la poltrona de cuero, los ojos cerrados, y abiertos, enormes, dentro de mí, en mis entrañas, reconstruí, gozando, torturándome, las escenas que ahondaba con pasión, apasionadamente. Cerrados mis labios, oía dentro de mí, resonando en mi vida, el jadeo trágico de gozo de Tula, y sentía sus latidos y las palpitations todas de su cuerpo, y su respiración, pausada, tibia, cual si fuera yo el mismo herido... Abrí los ojos desorbitados. Sorprendí mis uñas rasgando el cuero, sobre el brazo de la poltrona. Me ahogaba y levanté el pecho para respirar. Cerca de mí, sobre una mesita, estaban la botella de whisky y el sifón de soda. Llené una copita y un vaso de uno y de otro licor respectivamente y los apuré, revueltos. Y me serví otra vez, y otra y otra.

Mareaba precipitadamente. Las cosas todas del *smoking-room* danzaban ante mis ojos; el barco se movía de babor a estribor, y una ola de náuseas se levantaba, como onda de mar, en mi vientre, golpeándome, salpicándome de saliva la garganta, los labios. Cerré la boca, apreté los dientes, y haciendo un esfuerzo me levanté. Vacilante, salí del salón. Atravesé el puente, bajé por una escalera buscando mi camarote. Tropecé con un sirviente que traía un balde de aguas que derramó encima de mí. Yo continué avanzando. Me detuve ante una puerta cerrada. La empujé, se abrió, y dando tumbos, entré. La puerta se cerró sola, y yo me tendí sobre la litera.

Durante el sueño, la pesadilla me turbó. Por la claraboya del camarote se asomaba la cabezota ensangrentada, negra, del marino, amortajado ya para lanzarlo al agua. Se acercaba hasta mi cara, y me decía cosas que no escuchaba. Así durante todo el sueño. Cuatro, cinco, seis horas. No sé cuántas dormiría.

De pronto desperté sobresaltado en medio a un clamor infernal. Oía gritos largos, ahogados. Una mano fuerte me apretaba el hombro sacudiéndome. Abrí los ojos, me incorporé en el lecho y no vi nada. No obstante ante mí había un cuerpo, que poco a poco tomaba forma

humana. Sobre mis ojos había dos ojos enormes, y sobre mi fraz caía un aliento cálido de mujer, que gritaba sacudiéndome. La forma se fue marcando, acentuándose, y apareció la figura de Tula. Era Tula del Real, cuyo camarote había ocupado yo equivocadamente.

— Federico... Oiga, Federico... ¿Qué le pasa? ¿Pero es que usted no ve que se ha acostado en mi cama?... Oiga, Federico, levántese... Tengo que hablarle... se ríe ¿no? ¡Ah, usted se burla de mí?

Efectivamente, una sonrisa apareció en mis labios, y levanté los ojos para mirar a Tula. Lentamente volvía la lucidez a mi memoria. Recordé y le dije:

— ¿El herido?

— A eso venía, precisamente... Apure, levántese para que podamos verle... Le echarán dentro de poco al agua...

— ¿Cómo?

— Nada... Murió...

— ¿El marino herido, murió?

— Claro, bien muerto está... Le tienen sobre un catafalco en proa, sin mortajas aún... No fue posible salvarlo... La navaja le penetró el corazón.

— ¿Y el chiquillo? ¿El grumete?

Está preso... Le entregarán a las autoridades de Cristóbal... Bueno, ya basta de preguntas... Véngase conmigo...

Tula me tomó de las manos y llevándome ante el espejo hizo que me arreglara los cabellos y me enjuagara el rostro. Ella se sentó sobre el borde de la litera.

Un poco de Agua de Colonia me refrescó. Comencé a anudarme la corbata, cuando de pronto volvieron los recuerdos, precisos, de los pasados sucesos hasta el momento de la entrada misteriosa de Tula al *music room* manchada la manga de sangre. Entorné los ojos, como ha sido costumbre para ver mejor dentro de mí, y evoqué las escenas. Y en el preciso instante en que yo escuchaba mentalmente la pregunta que a Tula le formulara al verla manchada de sangre, ella, Tula, me despertó:

— Bueno, ¿y cuando termina usted?

Sorprendido, mis labios repitieron, entonces, la pregunta evocada:

— ¿Y esa sangre en la manga y en las manos?

Volvíme hacia ella, asustado de mi pregunta, que se escapó contra mi voluntad. ¿Por qué le había recordado aquello? ¿No era eso una imprudencia?

Tula se estremeció como si la hubiese azotado. Sus ojos se encendieron y se apagaron al instante, como el relumbre momentáneo de los faros.

¡Qué imbécil yo! ¿Pero quién me mandó a decirle algo? Ahora la he despertado y será imposible robarle el secreto escondido. ¡Oh, cómo me miró! ¡Qué fogonazo hubo en sus ojos! Ya está despierta... Ahora calla... Recuerda. Vuelve a vivir el momento angustioso.

Un vapor tibio me subía al pecho, coloreándome el rostro, y una mano fuerte, de movimientos pausados desenvolvía la red de mis nervios. Mis párpados se cerraron y mis ojos se hundieron nuevamente para abrirse dentro de mí, llenándome de claridad las entrañas. Y viviendo por Tula y con ella, viví el inquietante placer de recordar. Las escenas evocadas en el salón pasaron inmóviles por mi memoria, hasta la última cuando ella venía callada trayéndose escondido el placer. Y nuevamente escuché mis palabras, sorprendido ante la huella de sangre.

Desperté, salté sobre mí rompiendo la evocación, abiertos los ojos, que ardían como heridos.

Tula, desmadejada sobre las almohadas, parecía llorar, estremeciendo la cabeza sobre ellas.

¿Por qué lloraba? ¿Qué pasaría por su espíritu? Desconcertado quedé sin responder a mis íntimas interrogaciones. ¿Lloraría él? ¿Pero hace un instante no reía y hablaba del marino muerto despreciándole?

– Muerto, bien muerto está, y le echarán el agua...

Recordaba yo que me había dicho, invitándome a verle, pues aún no le habían amortajado. Quedó solitario y silencioso mi ánimo. ¿No sería de dolor por la ofensa que le lancé? Y entonces dentro de mí se fue abriendo la piedad, y mi corazón fue una rosa mística de aromas. Grávido de ternuras me acerqué a ella, me senté sobre el borde de la cama, y le acaricié los cabellos, los finos cabellos negros. Violentamente saltó del lecho reventado de risas jocundas, conteniéndose el vientre que palpitaba del estremecimiento nervioso.

Quedé desorientado, arrepentido. Estrujé palabras fuertes que me llenaron la boca ahogándome. La maldije, la aborrecí. Después tuve la sensación del ridículo, y me vi en un espacio de desolación, de frío de miseria. La blanca flor se tornó roja, negra, se licuó de sangre. Y me desangré perdiéndome en mí mismo.

La risa de Tula, cortada por pausas nerviosas, subía, bajaba, revoloteando por el camarote, aleteando sobre mi cabeza, azotándome con sus alas frías. Y comprendiendo que era inútil todo empeño me abandoné dejándome fragmentado. Tuve vergüenza, y huyendo de los ojos de Tula, deseé desaparecer, no verla más.

Ella cesó de reír y se llegó hasta mí, conteniendo su deseo de risas, húmedos sus ojos. Yo le daba las espaldas, y posó sus manos en mis hombros. Me estremecí, sintiéndome más ridículo, pues entonces le inspiraba piedad. Se llegaba hasta mí lastimosamente a desagraviarme. Oh, dónde estuvieron mis fuerzas que no atezaron mis músculos y crisparon mis manos.

Cómo le hubiera molido a puñetazos, a puntapiés.

Me abandoné a sus caricias humillantes.

— ¿Te has puesto bravo conmigo?

Me sentí niño, niño dulcísimo, y ansié sus mimos. Contuve las ganas de llorar. Me vi pequeñito ante ella. Me tuteaba:

— ¿Te has puesto bravo conmigo? —. La dulzura me penetraba serenándome, tornándome humilde.

Una mano suya, pequeña, suave, perfumada, me acarició la barba y los cabellos. Y el antes deseado dominio volvió a mí. Un latigazo estremeció toda mi vida, y me volví sobre ella. La tomé de las manos y sacudiéndola, la arrojé lejos. Vaciló y cayó.

— ¡Desvergonzada!

Y mi pie, solo, brutal, la golpeó en las caderas. Quedé inmóvil, aterrado de tan tremenda cobardía, indigna de mí. No quise yo hacerlo. Fue contra mi voluntad. Tuve el deseo de levantarla y pedir perdón, pero pensé que estaba bien, que se merecía el castigo. Sí, se lo merecía. ¿No me había escarnecido ella antes? ¿No se había burlado de mí? ¿Por qué había de soportarla?

Y allí estuve ante ella pensando en que estaba bien el castigo, y tratando de huir la acusación insensata de mi conciencia.

Tula, tendida sobre el suelo, se retorció de los dolores. Apenas gemía, hundiendo la cabeza entre los brazos que parecían almohadas. Viéndola tuve el gozo de su padecer, y crueles instintos se desenvolvieron en mi corazón. Sentí que me lanzaban sobre ella, que apretaban los puños, duros como piedras, y los dejaba caer sobre su cuerpo. Y cada estremecimiento del suyo avivaba mis ansias ancestrales. Sufriendo, gozando, la golpeaba.

Ahogado salí del camarote.

Cuando me vi sobre cubierta solo, libre, hinché el pecho en un hondo respiro. Corrí por el puente, huyendo de algo angustioso que me perseguía, abrazándome. Quería desprenderme de aquellos abrazos, y de voces que llevaba prendidas de mí. Seguí en una carrera y me hallé de pronto, estupefacto, ante el catafalco del marino. Quedé inmóvil ante él. En torno del muerto estaban sus compañeros silenciosos, inclinadas las cabezas sobre las manos y los codos apoyados en las rodillas. El marino muerto tendido sobre una ancha tabla, que sostenían dos cajas, tenía los brazos cruzados sobre el pecho cubierto hasta el cuello por una sábana. Abarqué el cuaderno de un solo golpe de vista sin comprenderlo. Pero poco a poco me fui serenando. Miré fijamente al muerto, y observé sus carrillos: estaban hinchados, como llenos de risa, que revoloteaba sobre el rostro bellaco. El muerto iba a reventar de risas. Preví un movimiento de su mano, oculta bajo la tela blanca, como queriendo llevársela a la boca para ahogar el deseo nervioso. Tuve la sensación de que el marino y yo nos habíamos comprendido

en una muda inteligencia al sorprender su gesto angustioso, en el que los demás no habían reparado. Indudablemente, ahora sí no podría soportar. Y yo sería el culpable, pues acaso mi presencia le cosquilleaba por el cuerpo. Me contagié de su humorismo, y sacando mi pañuelo me apreté los labios con él. ¡Oh, pero el pobre muerto no podía hacerlo igual! Y entonces me asaltó el deseo irresistible de llegar hasta él, y antes de que estallara, vendarle la boca. Las ansias y la risa me ahogaban. Había necesidad de proceder inmediatamente. Los labios del marino iban a abrirse ya cuando una mano me empujó, de pronto, hasta él, y riendo estruendosamente, tomé el borde de la sábana y le tapé la cara. Comprendí que el marino me daba las gracias, desinflándose las mejillas, que se vaciaban como un pito de caucho.

Hubo una sorpresa en el grupo de acompañantes, que yo aproveché para escapar.

Imaginé que detrás de mí iban cien brazos largos de manos abiertas, vellosas. Pero como yo no debía correr, por no despertar sospechas, mis piernas se paralizaron, logré un dominio absoluto sobre mí, y mis pasos se hicieron lentos, graves.

El resto del día lo pasé encerrado en mi camarote, triste, arrepentido, aniquilado.

Tremendas acusaciones me hacía otro Federico Altamar, otro yo, que siempre, después de todos mis actos, llegaba hasta mí, impertinente, hipócrita, a decirme que yo era un miserable.

Entonces se entablaban largas, dolorosas polémicas entre mi Fiscal oficioso, que no supo nunca evitarme la comisión de hechos justificables, y yo. Me dejaba triste, malhumorado. Me levantaba del lecho donde permanecía horas eternas, entregado a mi acusador implacable, y me paseaba por la reducida estancia. Hacía ruido en mi conciencia por no escuchar más sus palabras de censura, sus insultos. Tomaba un libro, lo abría, y tendido nuevamente en la litera, leía en voz alta, más alta que mi voz interior, que entonces gritaba clamorosamente, obligándome a suspender la lectura para escucharla.

Salté nerviosamente, ahogándome. Me acerqué al espejo y examiné mi rostro. Estaba pálido, y tenía dentro de los párpados un cerco rosado. Mirándome permanecí un largo rato.

— ¡Imbécil! —dijeron mis labios de pronto, herido el pensamiento por una idea que no sé cuál fue. Me odié. Sentí la necesidad de golpearme, y me deseé todos los males de la vida. Después me prometí formalmente no hacer más cosas absurdas que aniquilaran mi existencia. ¡Había de dejarme de tantas tonterías! Formulé largas promesas que refrescaron mi ánimo, serenándome.

Volvieron las voces del otro Federico Altamar, pero entonces suaves, reconviniéndome amorosamente. Eran saludables consejos que yo escuchaba sin contradecir, asintiendo.

“Sí, no volvería ya más... ¿Qué ganaba con eso? Debía vivir una vida serena, tranquila preparándome para la que viviría al lado de los míos. Debía marchar muy equilibradamente”.

Tranquilo mi espíritu, se fueron cerrando mis párpados, y me hundí en el sueño.

Cuando desperté estaba envuelto por las sombras de la noche.

– ¡Oh, qué tarde..!

Y saltando de la cama abrí la luz, que me hirió en los ojos. Quedé ciego un momento, después del cual se precisó la claridad en el camarote. Pensé que ya había pasado la hora de la comida. No había almorzado. Tomaría algo en el *smoking-room*.

Terminaba ya el último arreglo ante el espejo, cuando alguien tocó en la puerta. Abrí. Era un camarero, que me alargó una carta, marcada con mi nombre.

“Señor Federico Altamar-Cuarto número 24”.

Despedí al sirviente, regalándole algunas monedas. Cerré la puerta y rasgué el sobre. Era de Tula. Comencé a leer:

“Federico: Atroces dolores me han reducido a cama. He llorado más que por los dolores por la pena de verme tan brutalmente tratada por usted. Soy mujer pero sabré vengarme. Crea usted que su falta no quedará sin castigo. El capitán dará cuenta de usted cuando lleguemos a Cristóbal. Tula”.

El pánico se abrió en mi espíritu, poseyéndome. Y se hizo todo silencio en mi vida. Cauteloso, doblé la carta tremenda, la guardé, y caí sentado sobre la cama, a la cual me había acercado inconsciente. Permanecí pensativo unos minutos, durante los cuales no logré resolver nada concretamente, interrumpido el pensamiento por el recuerdo de algunas frases de la carta de Tula. “Soy mujer pero sabré vengarme”. “El capitán dará cuenta de usted cuando lleguemos a Cristóbal”.

Saqué la carta y la leí nuevamente. Entonces apareció el sentido del peligro con toda su realidad aterradora. Debía de hacer algo por evitar que esa mujer me denunciara. ¡Estaría irremisiblemente perdido! ¡Qué desastre! ¡Por hacer cosas estúpidas! Bien está. ¡Debían prenderme! Denunciarme yo mismo, y bien merecido. Ella tiene razón, itoda la razón! ¡Golpear a una mujer en la forma en que yo lo hice! ¡Es el colmo! Sí, que haga lo que quiera. Yo no haré el papel ridículo de suplicarle que no me denuncie. ¡Qué vergonzoso sería eso! Hay que ser hombre y sufrir las consecuencias.

Resignado a mi cruel destino, salí resueltamente.

Al entrar al *smoking-room* clavé los ojos en el suelo alfombrado sintiendo la presencia del capitán en el salón. Supuse que él estaría allí, y que mis ojos denunciarían mi cobardía, y entonces me prenderían. O acaso ya estaba él en conocimiento de todo y esperaba sólo verme para hacerme arrastrar. Me envolví dentro de mí, ocultándome, empequeñeciéndome. Llamé al cantinero por señas, temeroso de que mi acento se rompiera denunciándome y llamando la atención del capitán. Pedí un plato de jamón y una botella de cerveza, y tomé asiento. Esperé impaciente. Quería salir de allí cuanto antes, pero algo sobrenatural me

retenía contra mi voluntad, enérgicamente, afianzándome en la poltrona de cuero; sentíame pesado, enormemente pesado.

Comprendí que de allí no volvería a levantarme. Estaba empotrado para siempre. Bajo esta sensación tuve una angustia tremenda pensando que no podía correr, ni siquiera moverme, y que allí me cogerían como en una trampa. Eso era: una trampa. Estaba perdido, irremisiblemente perdido. Entonces imaginé que el capitán y sus Oficiales se burlarían de mi candidez. Ellos no me habían prendido porque tenían la seguridad de que yo no podía escapar. Oh, qué tonto, como caí tan presto.

Me resigné

El cantinero me trajo el jamón y la cerveza. Le miré y el hombre sonrió. También éste sabía ya todo. También se reía de mi prisión por trampa. Ahora sí no había lugar a dudas. Perdí las últimas esperanzas. En esos momentos todos estallaron de risas, y entre ellas advertí la del capitán, ancha, franca, fuerte, que me envolvió jugando atrevidamente por mis barbas y perdiéndose por una de las ventanillas del salón. Entonces me sentí escarnecido, ridiculizado. Estaba como en un patíbulo, ante el cual la gleba ríe del llanto del sentenciado. Pero yo no lloraría. Malditos sean ellos que se burlan de mí. Que se burlen de quien los echó a la vida. De mí no se mofaría nadie. Ya verán. Si estaba preso me haría respetar, pues un reo es sagrado. Que se me aplique el castigo, sea cual fuere él, pero que no se me ridiculice.

La ira me abrasaba la sangre, y mis manos se crispaban hasta sangrarme con las uñas. Altivo miré súbitamente a mis burladores mal nacidos, y *arrancándome* de la poltrona, me puse en pie, fuerte, inmóvil.

Con las manos en los bolsillos, avancé hasta el centro de la reunión de oficiales. Busqué ávidamente al capitán para mirarlo y retarlo, pero no estaba allí.

Dentro de mí resonaban vibrantes las voces que mi pensamiento lanzaba:

—¿Qué es la cosa..? ¿Quién es el que ahora se burla de mí..? Idiotas... Ah, callan, cobardes, hipócritas...

En esos momentos los oficiales levantaron los vasos de cerveza, brindaron y bebieron.

—Ahora disimulan, bebiendo... Desvergonzados, cobardes... ¿Quién, quién es?

Salté sobre mí volviéndome contra alguien que me tocó en los hombros.

Era el cantinero que me cobraba el jamón y la cerveza.

Al llegar a mi cuarto me senté en la cama. Encendí un pitillo, y soplé el humo sobre el suelo. Continué fumando, y durante este tiempo me entretuve viendo cómo las nubecillas de humo se dilataban, se comprimían, se desvanecían ascendiendo suavemente o descendiendo raudas, según los impulsos que recibían del viento que entraba por la claraboya. Hubo un momento en que sentí el movimiento de las maquinarias, el zumbido del abanico eléctrico y aspiré fuertemente ese olor *sui géneris* que tienen los camarotes de barcos marinos. Estaba

anodino, insubstancial. Vi la hora en mi reloj de pulsera. Eran las nueve de la noche. Recordé que al día siguiente amaneceríamos en Cristóbal, y tuve una impresión. Llegaríamos a Cristóbal. ¿Y qué habría resuelto Tula? ¿Sería cierto que me había denunciado al capitán? Era absurdo pensar en esto, ¿pues entonces por qué no me habían prendido ya? ¿No estuve en el salón ante la oficialidad y nada hicieron contra mí? Seguramente que no iban a esperar a que llegáramos al puerto. Y, entonces, haciendo más tenue la voz de mi pensamiento, me pregunté: ¿caso, por consideraciones personales, teniendo en cuenta mi condición de caballero, no han querido avergonzarme haciéndome viajar prisionero en una bodega y me han dado el barco por cárcel? Si lograra averiguar con la misma Tula ¿Pero cómo? ¿Preguntándola? ¡Qué ridículo!

Comprendería ella mi temor... Eso nunca. O provocando un encuentro con ella... pero, si no sale. No la he vuelto a ver después de los últimos sucesos... Ir a su camarote... ¿Con qué pretexto?

Un pensamiento feliz pasó iluminándome. Salté del lecho, y abriendo la puerta, salí con el propósito de visitar a Tula. Mientras me dirigía allí pensaba cómo debía hablarle: Tula, perdone si vengo a molestarla, pero un sentimiento de caballerosidad me trae hasta usted... Quiero enterarme por su salud... Yo deseo justificarme ante usted... Bueno, algo así por el estilo.

Y de pronto me hallé ante la puerta del camarote de Tula. Toqué con los nudillos de los dedos. Ella preguntó:

– ¿Quién es?

Volví a tocar sin responderla. Y ella repitió la pregunta. No quería hablar temeroso de que no se abriera.

La puerta se abrió y Tula apareció ante mí envuelta en una pijama de seda anaranjada, y la cabellera suelta. Al verme se sorprendió, y yo apoyé una mano sobre la puerta temiendo que cerrara.

– Tula, usted sabe... Pero mire, yo quiero que antes de llegar a Cristóbal me diga la verdad... ¿Me permite que entre un momento?

– Sí, entre... ¿Qué quiere que le diga?

Avancé un paso largo dentro del camarote y cerré la puerta tras de mí. Olvidé todo cuanto había pensado decirle, y de pronto, confuso, acobardado, le tomé las manos suplicante:

– Perdón... perdón Tula, no me denuncie...

Cuando mis oídos escucharon las últimas palabras que dije, quedé sorprendido, avergonzado. Me maldije. Tuve locos deseos de gritarle que no creyera lo que había dicho, que me importaba un pito me denunciara o no. Que hiciera lo que le diera la gana. Pero no

pude; las palabras no me salieron, y una pena dulce se dormía en mi vida. Vida mía miserable. Que se hunda la nave si Dios quiere.

Me encontraba ya en la litera, y allí me senté. Todas las anteriores impresiones habían pasado por mi ánimo en un segundo, que Tula aprovechó para decirme algo que yo no escuché por el ruido de mi vida impresionada. Accedió seguramente, a mi súplica ruin. Un silencio infinito se hizo entre nosotros, que Tula rompió con un acento dulce:

Mañana llegaremos a Cristóbal... Nos separaremos... No nos veremos más. Yo llevaré un recuerdo muy triste de usted, y usted ¿qué pensara de mí en la ausencia?

Su voz me despertó. Llegaba hasta mí idealizada por la distancia de una ausencia vivida ya anticipadamente. Voz lejana, que acarició mi alma. Era su acento melancólico, limpio de rencores.

Repetí con el pensamiento sus palabras: Mañana llegaremos a Cristóbal... Nos separaremos... No nos veremos más... Yo llevaré un recuerdo muy triste de usted, y usted ¿qué pensará de mí en la ausencia?

Me levanté ennoblecido por su palabra, y acercándome hasta ella, la miré a los ojos dándole toda mi vida triste y la revelación muda de mi amor. En mis manos aprisioné dulcemente las suyas, levantándolas hasta mis labios, que puse sobre ella con mis besos.

Hubo sobre toda mi vida un temblor de caricias. La envolví, la amparé con la mía de hombre que ama. Me sentí su dueño, la sentía mía. Pero mía perdida para siempre, resignado de su pérdida, gozando su abandono. Amaba el goce de sufrir por ella. Mártir de amor por Tula, abierto el corazón, penetrado de lanzas.

Nuestros labios no dijeron nada, pero todo lo comprendimos a través de nuestros ojos, que se unieron confundándose, haciéndose solo dos que tendieron la mirada hacia el porvenir desolado de nuestras vidas.

Vimos nuestra llegada a Cristóbal, separados pocas horas después. Ella seguiría al Pacífico, pasando el Canal, y yo en otro barco hacia Colombia. Ella iba a una gran capital, de amplias avenidas, de fragor de vehículos lujosos, y el ruido y todo la aturdiría olvidándome. Y yo habría muerto entonces para siempre en su recuerdo. Yo en cambio iba a una población triste, aplanadora, que me haría recordarla con más ardor.

Desperté, y creyendo a Tula muy lejos de mí tuve un hondo respiro cuando la vi cerca, debajo de mí, fundida a mi costado, respirando de mi vida. La envolví en mis brazos, y la besé en la boca triste, húmeda de fragancias de mujer hermosa. Respiramos cambiándonos el aliento, sosteniéndonos de nuestras últimas palpitaciones. Mis besos fueron muriendo sobre sus ojos, en la frente en la nuca. Ella me daba su mirada tranquila, confiándose de mí.

—¿Vamos?

La comprendí, y tomándola del talle salimos unidos al camarote. Subimos las angostas escaleras y llegamos sobre cubierta.

El barco navegaba tranquilo, sin el más leve movimiento. Delante de él, delante de nosotros, la luna blanca, limpia, nos guiaba. Un mástil horizontal de proa rompiendo la noche de luna.

Apoyados sobre la borda, unidas nuestras cabezas, permanecimos largas horas, sueltas nuestras almas vagabundas, que revoloteaban en torno de la nave, como grandes aves blancas.

A veces, presa la suya, me preguntaba:

– ¿En qué piensas?

– No pienso. Siento la noche con su temblor de astros sobre mi vida. Te siento a ti, viviendo el instante presente, infinito...

– Yo no me siento: me he perdido en la noche y en ti... Tú me vives.

Callamos, y un momento después estaban nuevamente nuestras almas vagabundeando.

Súbitamente, partió la noche un alarido. Fue un grito de Tula, tan cerca de mí que lo sentí arrancarse de mis entrañas. Asida, suspendida de mis hombros por un brazo, con el otro alargado, mostraba un punto en la mar, gritando sobrecogida de miedo:

– Mira, mira la cabeza del marino...

Abiertos mis ojos sobre las aguas, buscaba la cabeza flotante, imaginándome la de carnes blancas de rana y los ojos acuosos, verde-mar, inflados los carrillos. La idea me mordió, y supuse que entonces tendría la boca llena de risa y de aguas y que al reír lanzaría su chorro hasta nosotros. Chorro tibio, espeso de babas, y me aparté violento de la borda.

Llevando en brazos a Tula, y presentándola ante la noche, como un exvoto, estallé de risas largas. Loco, corrí por el puente, y detrás de mí dejé la noche con su temblor de astros.

AMIRA DE LA ROSA*

Marsolaire

*Al doctor Juan A. Donado V,
por su elegante manera espiritual.*

* Barranquilla, 1900 - 1971. Dramaturga y educadora. Se desempeñó en varios diplomáticos, entre ellos el de agregada cultural de la Embajada de Colombia en España. Escribió las obras de teatro *Los hijos de ella*, *Madre borrada*, *Piltrafa*, *Las viudas de Zacarías* y *El ausente*. Creó la letra del himno de Barranquilla. Publicó bajo el título de *Marsolaire*, cuentos, viñetas, cuadros de costumbres y la obra teatral *Los hijos de ella*. Sobre Amira dijo Gabriela Mistral: "Hay en esta mujer nuestra, aristocratismo y sencillez en el pensar, el vivir y el expresar, generosidad y llaneza al obrar, piedad en el ver y en el tratar la dura fealdad que ha sido siempre lo que llamamos vivir."

La casita está sobre una loma guijarreña. Techo de anea y paredes sin encalar. Sobre la pared, a dos colores, junto a la puerta de entrada, un nombre “El Lucerito”.

El solar, sin lindes ni heredad cercana. Un atajadizo de cañas para torcer el rumbo de las corrientes invernizas. Redes tendidas al aire. Una lata con brea. Andando por todos lados, un cerdo gordísimo, que barre, con la cogullada, cáscaras de yuca, zuros, ventallas de legumbres, barro y lodo.

Una cocina sin fábrica, sostenida la techumbre solo por horcones. La olla en el suelo, sobre ladrillos. Un horno para cocer pan, y al pie, leña rocera y hornija. Sobre una tabla, que hace de mesa, un pez sin agalluelas, con las ijadas rotas al sesgo y en cura de sal. Sobre un asiento vacarí, albarda y mochila de colores. En el rincón, la tinaja húmeda, fresca, por el agua recalada, que lleva en su vientre, con letras blancas, una leyenda tierna: “Te quiero”. Se la trajo de arriba, a María Julia, un primo hermano que viaja.

Separada de la cocina, una salita, y paredaño un cuarto pequeñito. En la sala, con el piso de tierra endurecida, una mecedora, tres banquetas, una mesa de cativo y una máquina de coser. Sobre la máquina un pote de barro con unas clavellinas de papel crespón. Por las paredes cometas de todas clases y colores, un aviso del café “Sabroso” y otro de manteca “La Mejor”. En el cuarto, una cama de viento, abierta, con el lienzo blanquísimo, y dos más, cerradas, sobre la pared cubiertas con una colcha de retazos. Baúles viejos; una mesa de altar con el *Ánima Sola* de yeso, metida entre llamas; y unas oleografías de Santa Rita de Casia, San Expedito y el Beato Claret. En el marco de la Santa, una lacinia seca de palma de Ramos.

– ¿Cómo fue esto de vení, padrino, después de tanto tiempo?

– Me tiraba la tierra. Bogotá está bien y amarra, pero la tierra tira, tira; la tierra y... las ahijadas bonitas.

La señora Candelaria dice medio resentida:

– Mentira mija. Ni siquiera se acordaba de ti. ¡Uf! ¡Qué padrino más ingrato! La difunta misía Josefita, mi comadre, esa sí que nos quería. ¡Buena mujé, aquella! Y el hijo, aquí presente, isí!, ino voy a negalo!, cuando estabas chiquita, no dejaba la ía por la venía, y sus buenos pares e zapatos te pusites con su plata.

– Se los volverá a poner, comadre. Se los volverá a poner.

– Dios lo oiga. Toma, nula, endúrzale er café.

La niña recibe la tacita de manos de la señora Cande, que sale a buscar los pollos, sacudiendo el afrecho en una totuma:

– Pito... pito.... pito...pito...

En un plato de peltre azul hay dos o tres puñados de azúcar y Maria Julia, con el recazo del cuchillo, va llevándola al café poquito a poco:

— ¿Ya? ¿Ya? ¿Ya? Usté dirá, padrino.

— Echa hasta que te canses.

— ¡Ussol! Esto es pura azúcar.

El padrino ha puesto los ojos sobre las manos de la doncella, su ahijada. Las tiene limpias, morenas y nuevas. No tiene color en las uñas ni aliño alguno. Son unas manos de mujer, comunes y corrientes; pero tiene un modo, la niña, de volver hacia arriba la palma y de recoger los dedos, que parece que llevara agua en el cuenco.

María Julia se siente mirada con regalo y se azora toda:

— ¡Que se me derrama er café!

— ¿No te han dicho que tienes las manos lindas?

— No señó.

— Ya tendrás novio, de seguro.

— Mire... ¡Ni siquiera! ¿Quién se va a fijá en mí?

— Cualquiera que tenga ojos.

— ¿Ojos?

Y levanta los de ella, verdes y jubilosos. Al padrino se le clavan con miseria de pecado en el ánimo:

— Llama a tu madre, muchacha.

— Mi papá es er que viene ahí.

El padre saluda:

— Compae Grabié, ¿usté por aquí?

— Por aquí, compadre. ¿Mucha pesca?

— Noo señó. Si ajora no se coge na. Los pejes se han vuerto juyilones. Si señó. En las nasas no cae na y en las atarrayas tampoco. Si tuviera otra embarcación, me abriría ajuera. Si señó. Pero así, atenío ar remo y a la vela. Er pargo se pesca lejos, er buré hay que corretealo. Ahí, anzueliando, coge uno cualquier cosa. Le digo, compa, que se cansa uno sin gracia. Se jueron los barcos y se jue er pescao. Si señó.

— Se fueron los barcos y se ha quedado el puerto vacío, ¿no?

— Requetevacío. Si señó. ¡Lo que era este Puerto Colombia entonces, ¿no, compae?, cuando usté bautizó a la niña! Barcos van y barcos vienen. Si señó. Guenos jornales, los trenes llenos e gente, las casas baratas, musiules por toas partes.... Si señó. Toito se ha perdió. Jasta er condenao má la ha cogió con uno. Ca rato tumba un barranco. ¿Lo ve como se va metiendo?

El pescador arrastra las redes y arrastra las quejas y arrastra las palabras por el patiecillo, y va hacia la mujer:

– ¡Candel! ¡Niña Cande...!

Gabriel Méndez Olaya queda en pie, junto a la puerta de la salita, con la cara vuelta al mar y con la voz serena:

– No debiera llamarse esto Puerto Colombia. Es un escarnio. Puerto sin barcos y sin trajinería. Ya esto no es más que mar, sol y aire. Debería llamarse Marsolaire. Así, todo unido, como un nombre de mujer.

– ¿Cómo padrino?

– Marsolaire.

La doncella aprende el nombre que se abre como un abanico sobre el calor de sus años.

– Marsolaire.

– ¿Te gusta, niña?

– Me gusta, si señó.

– Si tuviera una hija la llamaría así.

– ¿No tiene ninguna... por ahí? –escudriña ella con malicia.

– Ninguna.

– ¡Qué raro!

– Nunca fui mujeriego.

– Pues cásese...

El padrino mira lejos y responde desde lejos:

– Ya es tarde.

– ¿Por qué? –insiste Maria Julia.

Ahora la mira él, y vuelve a realidad.

– ¿Por qué? Porque... soy ya viejo.

– ¿Cuántos años tiene?

– Cuarenta y cinco.

– Eso no es se viejo –responde ella alabancera–; además... usted no los representa.

– ¿Qué sabes tú, chiquita? –replica él agradecido–.

Y se va lejos otra vez.

Gabriel Méndez Olaya es un hombre bizarro, fuerte y ágil. Tiene la cabeza alzada, de venado en celo, airoso y bien vista, con canas a lo gris y cabello espeso. Los dientes enteros y bien unidos, blancos y sensuales. La boca fresca aún. Tiene larga la línea de los ojos y el mentón partido. En el entrecejo se le hace una tajadura fina de mal genio, desmentida por un perenne comienzo de sonrisa. El cuerpo, ni de vencedor ni de vencido, de hombre sano, sin alardes, con el equilibrio del varón que no se fatigó en correrías ni despilfarros.

María Julia le reclama:

– Hace un mes, cuando allegó, me gustaba usted más.

– ¿Cómo nena?

– No sé. Era como más entera en cariño y venía más a la casa.

El padrino sonríe afable:

– Es que estoy ocupado.

– ¿Ocupao... en qué?

– Escribiendo muchas cartas.

– ¿Quiere que vaya yo a Viña del Mar?

– No hija, no. Vendré más a menudo;

Y con la tajadura del ceño honda:

– No bajes allá por donde están los choferes. Quietecita en casa, ayudando a tu madre.

La madre llega a tiempo de nombrada:

– Regáñela. Si señor Que no más quiere está con el espejito y por ahí me ha hecho fiale un traje y que pa dí a la cambiamba...

El padrino se vuelve a la muchacha con un fuerte virazón de genio:

– ¿Tú a la cambiamba? ¿Tú? ¿En qué estás pensando? ¿Te volviste loca? ¿Tú a la cambiamba? ¡No faltaba más!

Y tal celo pone y tan corajuda hace la voz, que la muchacha baja la cabeza dolida y asustada.

La madre conviene con palabras mediadoras:

– ¿Tas viendo, niña? No tenga cuidao, compa, que no irá. Si a su pae tampoco le gustan esas cosas. ¡Ge! Hay que promediá las arciones como es debío. Y ná. Basta que usted no quiera. ¡Ge!

Volvió Gabriel a buenas vías; sacó del bolsillo un billete de cinco pesos y se lo dio a la comadre:

– Pague el traje y que se lo ponga para estar por aquí o cuando salga con ustedes.

Y salió de la casa sin mirar a la ahijada, señor de pasos contados, por la veredita de trupillos.

El trupillo es el árbol del pueblo. Lo hay por todas partes, en llano y en cumbre y en ladera y en barranco y en calles y plazas. Es niño y es doncel y es maduro y grandevo y pasado de años, pero en todo momento, airoso y cortesano y con apostura de galán. Sus ramas no las tiende como un árbol cualquiera, sino con estilo y con linaje. Siempre parece que se adiestra

en una reverencia o que dice un cumplido. Podría decirse que es un árbol que tiene maneras. Estando como está, por todos los sitios, no se contamina de mal vivir y sigue en todo caso su tono y su línea. Según la estación, cambia de verdes pero no se queda desnudo nunca. Da una flor, verde también, que no se distingue de las hojas: un escapo de felpilla, retorcido como un ricillo de criatura o como un gorgorito. Y la vaina, que da a comer a los cabritos y al ganado mayor, no la hace igual de línea, sino con la gracia dulce del filete de orejuelas que se borda al canto de la ropa blanca. Tiene en tronco, hojas y flor una suave fragancia que no llega a ser aroma. Es una exhalación discreta de cosa viva o de llovizna de mayo. El follaje es espeso pero transparente, como una mantilla de blonda. Las hojas las echa en macillos, fieles a su base. Cada hojita nace mirada en la otra, su pareja; y si una rama cae, arrancada, ellas se buscan y se cierran, y la juntura es apretada como la de las valvas de los mejillones. Las espinas le salen en cada retoñecida sin encono y sin escuela de mal hacer. Son como un pico fino de colibrí, o también como las uñas de la paloma, que presionan sin herir.

Gabriel Méndez Olaya deja la veredita de trupillos y entra en el caserío apretado.

Pensamientos y crudezas de alma le hicieron inquietud y desazón. Bajó y subió cuestecitas con el disgusto en calzas de arena, con la pasioncilla en agraz, inconsciente, inaceptada. “¡La muchacha a la cumbiamba!, con los mozos llenos de sudor y aguardiente. Tendría él, Gabriel Méndez, que agarrar a las pocas vueltas a uno, o a dos, por el cuello. María Julia, con su traje corto y las piernas sin medias, allí, en la ola de hombres. Ella, con sus manos bonitas, chorreadas de esperma. Ella, con el cuerpecito nuevo, sometido a los esguinces del bailador, en sesgo, sobre el ritmo caliente, aventado en el deseo de la media noche de tragos y de lujuria. Ella, María Julia... ¡No y no!”.

De una casa en canillas sale una voz pasada del medio siglo:

– Es Gabrielito Méndez. ¡Quien lo vio y quien lo ve! ¡Tan dergaíto que era!

Más adelante, de un ventano con jaulita de pájaros, trote de máquina de coser y risitas sofocadas, viene otro decir:

– Es el padrino e María Julia, la hija e Desiderio. Buen mozo ¿Nosverdá?

Llegó al hotel y cayó como un fardo sobre uno de los sillones del comedor; presto levantóse, inquieto, y vino a la escalera.

Subió las gradas de dos en dos y se hundió, pesado, sobre la otomana del cuarto. Ni descansó ni encauzó la dolencia. Se irguió y fue al balconcillo, respirando fuerte. Halló cansada la línea mansa de los cerros de Cupino y Pan de Azúcar y achatado el follaje costanero y ofensivo el brillo de las paredes enlucidas. Fue al espejo, se alisó el cabello con las manos, moderó la expresión tormentosa y repitió con miedosa certidumbre:

– Buen mozo, ¿nosverdá?

– ¿Qué tiene María Julia?

- Fiebre y mucho acaloro.
- ¿Desde cuándo?
- Ayer tarde le prencipió.
- ¿Por qué no me avisaron?
- Da pena, compae, molestalo tanto.
- ¿Hay médico en el pueblo?
- Ahora allega, a las cuatro, en la farmacia.
- Que vayan a buscarle.
- Yo misma iré.
- ¿Y Desiderio?
- Ta pescando.
- Iré yo entonces.
- No compae. No se moleste usted. Ensegua guervo.

Y dando una voz:

- ¡Niño Manué! Deja la cometa y ven pa acá, pa si tu hermana quiere argo.

La madre se va. El niño Manué sigue volando la cometa; y Gabriel Méndez queda solo con la enferma, en la casa.

En el cuartico, frente a la puerta, está María Julia en una cama de viento. Tiene el cabello suelto y marañoso; los brazos, desde el comienzo, al aire, sin un filo de manga; la sábana a la cintura; el corpiño es de una muselina artificial, desteñida y resbalosa.

El padrino le habla con ternura:

- Maria Julia... ¡Nena!
- ¿Qué dice, padrino?
- ¿Qué tienes?
- Malrespiro... y fiebre.
- ¿Qué diablura hiciste?
- Me bañé en el aguacero.
- ¿Con quién?
- Sola. Detrás e la casa, con el chorro e la canal. Dice mi papá que estaría sofocá.
- ¿Sola? ¿Solita...?
- Sí..., padrino.

De repente cambia la expresión godesca por una sombría:

- ¿Y el primo de la tinaja?

María Julia calla.

– ¿No me contestas?

– Se fue er mismo día ese...

– ¿Para dónde?

– Pa Barranquilla, a cogé su buque Como es despensero...

– ¿Qué te dijo?

– Me trajo un lebrillo y un adorote e casabe.

– ¿Que qué te dijo?

– Naa, ¿qué va a decime?

– Te enamora...

– No señó.

– Sí. Te enamora. Y a tí te gusta. ¿Por qué no lo dices de una vez?

Y dominando el golpe de ira:

– Si te gusta te casas. Eso no es problema.

– No señó. No me gusta –responde ella con entereza.

– ¿Por qué? Es joven...

– Tiene la cara picá e viruelas.

El padrino ríe impulsivo:

– Diableja –dice tirándole el vocablo a la cara como una piedrecita de travesura.

Ella ríe también.

– ¿Por qué no dentra, padrino?

Gabriel no contesta. Se queda mirándola, en lucha, con evidente malestar nervioso.

A María Julia se le cae la almohada. Ahora es la perversidad de las cosas inanimadas la que fogariza.

– Me se cayó la armuada.

Gabriel Méndez la recoge:

– Espera, muchacha. No sabes estar en la cama.

– Es que me se refalan las cosas.

El padrino la incorpora. Con la mano izquierda, abierta toda como una hoja de vid el varón sostiene la espalda virgen y con la otra dobla los cogujones de la almohada para hacerla más alta, y empuja hacia el centro el relleno, que es de lana limpia de Castilla.

– Así. ¿No estás mejor?

- Sí, padrino.
- ¿Quieres otra?
- No hay más.
- ¡Qué aliento tienes, hija!
- ¿Caliente?
- No, sabroso.
- Que me dieron una toma e yerba buena.
- Échamelo a la cara — pide entre suplicante y dueño.
- ¿Qué?
- El aliento.
- Noo.
- ¿Por qué?
- Me da pena.
- ¿Pena de mí?
- A usted le tengo más pena que a nadie en er mundo.
- ¿Por qué?
- ¡Hum! —y se tapa la cara.
- Gabriel la urge:
- ¿Por qué?
- Porque sí —y se mueve con desasosiego.
- ¿Qué tienes?
- Me se ruedan lar armuadas.
- ¿Te arreglo otra vez?

La niña quiebra una risita angustiada. Gabriel vuelve a levantarla y ella se agarra con los brazos al cuello del hombre.

- ¡Quemas!
- Ella calla.
- Quemas, María Julia.
- Se le va a pegá la fiebre.
- No importa.
- ¡Qué val Si usted ya no me quiere.
- ¡Niña, calla!

- No me quiere— insiste exigente y mujercita
- Gabriel la besa en el cuello y en los brazos.
- ¡Quemas! ¡Quemas!
- El otro día se fue bravo.
- No hables.
- Me regañó.
- ¡Porque te quiero!
- ¿De verdad?
- Sí. Te quiero.

Y la besa los cabellos voltizos sobre los hombros, de piedra. Ella le mira de cerca los dientes enteros, bien unidos, blancos.

- ¡Padrino, idéjeme! — ruega con entrega y dulzura.
- ¡Nena! ¡Nena!

La cabeza gris está llena de hilos azogados. La carne joven de María Julia huele a fiebre y a cogollos de hierba.

- ¡Nena! ¡Nena! ¡Mi vida...!

Fuera, la corneta del niño Manué runrunea suave y galana, un palomo sabio. Sopla viento marero y el bramante tenso con una raya la montaña verde-azul. Se oyen los gritos de voces alborozadas: “¡Cóbrala!” “¡Cóbrala!” “¡Que se cabeceai!”. “Déjala que se vaya”. “Échale toa la pita”... “¡Cóbrala!”.

El niño Manué es un cometero excelente. Tiene en su conocimiento todas las formas y todos los vuelos. La cometa estrella, la flor de lis, el barrilete... Posee geometría instintiva y razón natural de línea pura. Sabe la medida justa del rabo y de los trazados y de la hcadura. Hace de la guadua hebras y filetes y sabe dar al arco la perfecta curva de Eros. En su cometa las verticales tienen fuerza de flechas; y en el nudo de encuentro, las pegaduras no se hallan. Es un trabajo fino, de artesano maduro, pero con la ternura de las manos sin durezas y del tacto sin hieles. Para los perendengues, que son como las arracadas de la cometa, el niño Manué tiene en su tijera los mil calados y celosías. En los bordes hace un repicado lujoso de gorguera de ricadueña; y, hacia adentro, en las lonjas angostas, que son como los márgenes del aire, hace círculos y ranuras que, sin saberlo, le dan, como en la rosa de los vientos, los treinta y dos rumbos de la vuelta del horizonte.

Por la veredita de trupillos viene la niña Cande.

- Niño Manué, ¿y tu hermana?
- Aentro con Don Grabié.

– Anda tú pallá, soo bandolero. Te dije que te fueras a está con ella.

La niña Cande lleva traje negro y pañuelón de merino. La mujer legítima de nuestro pueblo, por ley de rubor puro, no se atreve a salir en cuerpo. Ni el sombrero de jipa como la sabanera del altiplano, ni el rebozo como en otras partes; pero requiere, para los hombros y el escriño materno de su cuerpo, velo claro o espeso. Es un hacer de la casta de madres señorial y ritual casi. Y, para decir que una perdió el equilibrio y la excelencia de obra, la paremiología, así como en la península dice: “Se soltó el pelo”, aquí exclama: “Soltó el pañolón”.

Cuando la niña Cande entra en casa, no halla a don Gabriel:

– Niña. ¿Y mi compae?

– Se jue. Como usted no venía... Dijo que le pasaran a er la cuenta de too.

– Pobre mi compae. ¡Tan gueno! ¿Y esta armuá en er suelo?

– Me se refala ca rato...

– Pa ve, ¿te has refrescao.

– No, señora.

– Muchacha, si estás que ardes. Y ese condena médico que no allega. Claro, como tiene su guena plata guardá y su guen artomoví, ¿a er que le importa?

La señora Cande preocupada, se detiene ante la mesa del altar, hace un rezo y prende un cirio.

– Niña, ¿por qué te tapas la cara?

– Me molesta la luz.

La señora Cande apaga la vela que encendió para el Beato Claret.

– ¡Ave María Purísima! –y se santigua supersticiosa.

Fuera, la corneta del niño Manué sigue volando con viento de mar. Ahora tiene un run-run estremecido y agorero, y esto que el aire es limpio y que los colores de su estrella se abren sobre la tarde como un pañuelo jovial de retazos encendidos.

El día, lleno de relámpagos y truenos y tormenta, trajo al filo de la noche el cuento de un ahogado. Y la noche, que sufre de insomnios y cree en brujerías, lo repitió a su modo con hilazas de miedo y graznidos de lechuzas.

El mar, está terriblemente oscuro y el cielo cerrado también a toda luz. Por debajo del barranco van y vienen hombres descalzos, con los pantalones a media pierna, batiendo con las plantas el agua de la orilla. El chapaleo es, en la noche, un chasquido funesto y en el ánimo produce destiento y sobresalto.

El pueblo está lleno de linternas y desvelos y preguntas:

– ¿Lo encontraron?

– Noo.

– ¡Pobre hombre!

Era joven. Estaba al canto de los veinte años. Iba para Guaruco, pero el arroyo de “Boca e Caña” estaba crecido y torrentoso y se lo llevó agarrado por las piernas. Se salvó la bestia; y él, de más valía pero menos esforzado, halló la muerte de agua, que dicen que es horrible.

– Agua mala la que ajoga –refunfuña un viejo que viene de los lados de Morro Hermoso. Las mujeres le preguntan:

– ¿Usted lo vio?

– No lo han jallao. Argún peje grande, a lo mejó ...

– Jesús, ¡ Dios mío!

Y las mujeres se hacen cruces sobre el rostro.

Con la amanecida se le ve la dolencia al mar. Lleva en el lomo las cuchilladas amarillas del arroyo y, a flor de lumbre, las grandes manchas rojas del aserrín que hizo el aguacero en la molienda de maderas viejas, por el monte. La orilla está llena de troncos retorcidos, de árboles rotos y de hierbas sin nombre. Al fondo, la greca oscura del muelle inútil y el barco negro refugiado en la bahía, levantan el cartelón lúgubre de entierro.

Sube el primer sol y se engruesan los grupos y se inflaman comentarios.

Hay dos mocitas en la yema de los años:

– Es que el pueblo está de malas desde aquello...

– Cállate, que las paredes oyen.

– ¡Adiós! ¿Y no es verdad? Creyeron que no iban a salir los malos jechos así.

– ¿Tú la viste?

– Ta escondía.

– ¡Pobrecita! Me prestaba su chalina pa di a misa...

– Ahora, ¡no irás por allá!

– No. No va nadie por ese lado. Dicen que en el trupillá oye un vajo de cosa mala.

– Y que le han quedado los tobillos hinchaos...

– La señora Juana dijo que era el diablo, que por las madrugás le afuetiaba las piernas con el rabo.

– ¡Virgen Santísima!

– Nadie puede decir: desta agua no beberé; pero yo... manque me quedara sin marío toda la vida... ¡ju!

– ¡Dios nos libre!

– El pobre viejo y que se está quedando ciego e llorá.

– Yo la hubiera contramatao, a la perra esa...

Hay un revuelo y un rizado de exclamaciones:

– Míralo. ¡Ya traen al ahogado!

– ¿Lo traen?

– Sí, señora. Allá en los botes.

– En el más grande.

– ¿El de la vela?

– Sí, señó. En ese.

– ¡Pobre mael!

– ¿Quién lo encontró?

– El viejo Tiberio. Un pae puede mucho, por viejo que esté.

– ¿Por qué lao?

– Ahí mismo estaba. La señora Juana le evocó el espíritu y él dijo que no salía porque estaba cogio en una palizá, que lo sacaran ligero, porque ya por momentos reventaba.

Los botes arriman a la playa. El cadáver tiene los pies amarillos como las cuchilladas del mar y la cara tapada con un lienzo de vela. El buzo que le halló dice que tenía, allá en el fondo, los ojos abiertos sobre una cinta de algas.

Un perro deshambrido quiere lamerle.

– ¡Usschi, animal! –y le dan patadas crueles.

– ¡Ay! ¡quera era su amo!

– ¡Pobre perro! –dice una muchacha con la voz desgarrada.

Y se riega un murmullo de espanto.

Por la veredita de trujillos llega a “El Lucerito” una vieja que es comadre y es sortilega y lenguaraz:

– ¡Candelaria! –grita desde la puerta.

– Dentre, señora Juana.

En el cuartico, sobre la cama de lienzo blanquísimo, hay una criatura dormida. Tiene larga la línea de los ojos y el mentón partido. En el entrecejo lleva una tajadura fina de mal genio, desmentida por un perenne comienzo de sonrisa.

La señora Juana dice a sovoz a María Julia:

– Es clavá su padre. ¡Qué parejura! Muchacha, es iguá, iguá. María Julia tiene un silencio solemne. La señora Cande pregunta tímida:

– ¿Cómo sabe que hay cura, señora Juana?

– Viene ahora a ponele los olios al ahogao. Quiere decí que se aprovecha. ¿Hasta cuándo va a está mora?

La muchacha protesta supersticiosa:

– ¡Ay! ¿Con el cura del ahogao...?

– Que se va jacé, mija — interviene Candelaria.

– ¿Quién la lleva... mama?

– Yo, mija. Yo soy la madrina. ¿Quién va a sé más que tu mae?

Hay un silencio grave y doloroso. La muchacha se atreve al fin con la pregunta:

– ¿Jayó padrino?

– No.

Y la señora Juana, cruel:

– No quiere nadie, niña.

– No le dijo a mi primo antiyeil, cuando estuvo usted en Barranquilla, mama?

– Sí le dije.

– ¿No quiso tampoco?

La señora Cande contesta con la voz en lágrimas.

– Me dio la esparda y se puso a llorá.

Maria Juana traga nudos de angustia. Los ojos verdes perdieron el júbilo y son ahora como dos manchas de agua estadiza.

La sortilega tercia:

– Pero gueno, niña, isi er cura dijo que la bautizaran manque juera sin padrino! Y la gente dice que así es mejó, porque no hay peligro de que er crimen se...

– Cállese — rompe María Julia con ira.

– Niña, te lo digo por la confianza... que tengo, no por ná. Ya ve que soy la única amistá que les ha quedao..

Y va carantoñera a la muchacha y la cuenta con misterio que el naipe ha dicho que vendrá una carta por camino de agua...

A la niña la visten casi dormida. La señora Cande la acoge en el escriño materno bajo su pañuelón de merino. La afrentadita se rebulle, pero halla en la abuela roce tibio y pega de nuevo la hebrita de sueño.

La señora Juana indica:

– Se llamará María er Carmen, como la patrona.

- No – replica María Julia.
- Candelaria, como tu madre.
- No, señora.
- Desideria... María Julia...
- Noo.
- ¿Y cómo, pues?
- Marsolaire.

Y el nombre se abre como un abanico de rubores sobre su vergüenza.

La sortilega protesta:

- Niña, ese es nombre e perra.
- Que la pongan ¡Marsolaire!

La señora Cande insinúa:

- Niña Julia, no querrá er cura...

Ella replica desazonada, impúdica:

- ¡Marsolaire! Como la hubiera puesto... su padre.

El padre de María Julia, el viejo pescador, arrastra su amarulencia por el patiecillo y da mordiscos rabiosos al tabaco. La cara le escuece. “¡Como si no hubiera habío más hombres en er mundo! Tampoco yo me casé con su mae, pero éramos na más que una mujé y un hombre. Si señó. Sin impedimenta e por medio. Si señó.

- “¡Esgraciá muchacha!”.

María Julia se queda de pie en la puerta falsa, cara al camino. Allá va el pedacito de su alma, el pedacito de carne que le dieran, chiquitito en su ternura de madre nueva, como un grano de incienso o como un puñadito de flor de harina. Allá va la sin padrino, bajando por la vereda de trupillos verdes.

Hasta “El Lucerito” llegan los gritos de la otra madre triste, la del ahogado, que vive allí a la bajada de la loma.

- ¡Hijo de mi arma! ¡Mijo! ¡Mijito!

Y la campana trémula de almas da el eco macabro.

En la iglesia, el agua pura, el agua bendita, que no sabe de rencores, pone gracia y nombre sobre la frentecita de jacintos. Y una voz solemne:

- Yo te bautizo, Marsolaire, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

JOSÉ FRANCISCO SOCARRÁS*

Contrabandistas

Taita, estoy cansao.
Apúrate, hijo.
No puedo.
La Sierra Montaña está lejos.
¿Por qué mató al policía, taita?
No era policía, sino guarda.
¿Guarda de qué?
De una cosa que llaman la renta.
¿Y eso de quién es?
Del gobierno.
¿Qué es el gobierno?
El alcalde, la policía, los guardas...
¿Por qué son gobierno?
¿De ónde te salió tanta preguntadera?

El muchacho guardó silencio por breves instantes. Allá, arriba, el sol poniente bronceaba las vetas calcáreas del Cerro Pintado, que domina enhiesto las serranías circundantes. Acá, abajo, se hacía la sombra, y árboles y peñascales se desdibujaban quedando reducidos a puras masas plásticas. El cañón del río de *Los Quemados* era más y más abrupto a pesar de que por este lado de Perijá y Motilones, los Andes son apenas estribaciones terminales.

Dígame, taita, dígame, ¿pa qué son gobierno?
Pues los pusieron pa mandar.
¿Quién los puso?
¡Al diablo con tus needás!
¿Quién, taita, quién?
Tú no habías nació y no sabés na de la guerra.
Algo me arrefirió mi mama.

* Valledupar, 1905 - Bogotá, 1995. Psiquiatra, cuentista y docente. Fue Secretario de Educación del Departamento del Magdalena en 1935 y Director de la Sección de Enseñanza Secundaria del Ministerio de Educación Nacional en 1936. Rector de la Escuela Normal Superior de 1937 a 1945. De 1945 a 1946 se desempeñó como representante a la Cámara por el Partido Socialista. Se refugió en Francia a raíz de la persecución desatada por el régimen conservador y durante esos años (1947-1950) se especializó en psiquiatría en la Universidad de París. Cuentos suyos aparecieron en los principales diarios y revistas del país. Publicó *Viento de trópico*, (Cuentos, 1961) y *Laureano Gómez, psicoanálisis de un resentido*, (Ensayo, 1942). En edición póstuma se recogieron en Trilce Editores sus traducciones de la obra poética de Jacques Prévert, (2001).

Había dos bandos, se echaron plomo hasta que se jartaron. Unos ganaron, otros perdieron; los que ganaron pusieron el gobierno.

Pero... ¿quién?

¿En el pueblo?

— Sí; en el pueblo.

Ahí... El compadre Ariza que fue quien ganó. Por eso le dicen general.

¡Quién fuera gobierno, taita!

Pues sí; debe ser bueno hacer uno lo que le dé la puerca gana.

A usted no le ha provocao.

Ni soñando.

¿Por qué?

Eso es pa los blancos.

Cuando yo sea grande voy a ser gobierno.

No pensés en pendejás.

Ahora sí, cuénteme, ¿por qué se tiró al hombre?

Se me fue la sangre a la cabeza cuando rompió los trastos.

Yo lo vi destripar la pipa con la bayoneta.

El guarapo estaba a punto.

¿Cuándo la había cargao?

Acabando agosto; le había metío to lo que tenía.

¿Cuánto?

A ver... diez paquetes de panela, a cinco el paquete... Como cincuenta pesos.

¿Onde escondió el sacatín?

Se lo llevaron.

¿Por qué hacen eso, taita?

Porque son gobierno y apetece el negocio pa ellos solos.

¿El alcalde?

Y los policías y los guardas y el compadre Ariza.

¿El ron no es igual al del estanco?

Emborracha lo mismo. Pero sin la competencia amontonan más plata.

La conversación siguió con largas pausas mientras ascendían penosamente. El camino era uno de esos atajos que sólo frecuentan contrabandistas y cazadores extraviados. Hacía

rato que habían quedado atrás los cañahuates de flores intensamente amarillas, que señalan el curso del río en la tierra plana. Ya no se oía el ladrido de los perros de las haciendas de caña, que en las vecindades de Villanueva aprovechan hasta la última gota de cuanto ojo de agua viva brota de la tierra. Grandes cantos rodados se interponían de trecho en trecho al paso de los fugitivos, que subían y bajaban cuchillas y canjilones prendiéndose a las aristas y hendiduras o suspendiéndose del trapecio engañoso de los bejucos sobre el vacío de las torrenteras.

Al fin, rendidos, se acomodaron sobre unas peñas como pudieron, pero el silencio infundía pánico en el muchacho.

¡Taita, taita!

Dormíte, hijo.

¡El corazón me brinca, taita!

Toavía es de madrugá.

¡Taita!

¿Qué es la fregadera?

Siento miedo.

¿Miedo de qué?

¿Y si vienen los guardas?

¿A este cerro?

¿Por qué no?

Aquí no suben sino las cabras... en siendo baqueanas.

Ayer, cuando bajé al pueblo...

¿Por qué te callás?

No quería contárselo.

¿Pa qué principiaste?

Los guardas registraban la casa. Habían revuelto toítas las cosas. Mi mamá tenía unos verdugones en los brazos.

¡Algún día me la pagarán!

Rosarito se había escondió llorando en un rincón.

¿Le pegaron también?

Le habían roto la ropa y la esculcaron por entre las piernas.

¡Qué vaina con los sinvergüenzas!

¿Cuántos años tiene Rosarito, taita?

Por ahí unos catorce. ¿Por qué me lo preguntás?

Los guardas decían que ya estaba jecha y que por la noche volverían pa jugársela a los daos.

¡Alevantáte!

¿Las muchachas se juegan a los daos como los animales?

¡Alevantáte!

Tengo frío.

¡Amalaya estuviéramos en Santander!

¿Pa qué, taita?

¡Allá si le damos cacao a estos hijuemadres!

¿Cacao?

¡Plomo, carajo...! ¡plomo!

¡Quedémonos aquí!

¡Alevantáte!

¿Pa qué, taita?

Caminá pa el pueblo.

Estoy entumío.

Si no corrés te quedás.

Espere y recojo mis cosas.

¡Apuráte! ¡Apuráte!

No arrisco a embojotar la manta.

Extendéla en el suelo y doblála.

Es muy grande.

Entonces, dejá... dejá...

¿Y si se la roban?

No importa.

Aguarde y busco mi mochila.

No te demorés.

¡Un momento, taita, un momento!

Acre y penetrante olor a mastranto anunciaba el amanecer. El cielo, azul, limpio, de luna llena, se cubrió poco a poco de un tinte lechoso que alejaba las estrellas. El padre buscó un claro en la arboleda, escudriñó *El Molendero* y cambió de rumbo. A medida que se alejaron

del río fue desapareciendo la tupida floresta, y el terreno se desenvolvió en una sucesión de lometones casi pelados y esmirriadas matas de monte en las que predominaban los peralejos. El mozalbete trastabillaba a cada nada, y de cuando en cuando volvía sobre el tema:

No vayamos, taita. Me dentra miedo.

Tú no parecés hijo mío.

Los guardas juraron que lo cazarían como a un tigre.

Veremos quién da primero.

Ellos son varios, usté uno solo.

Pero yo onde pongo el ojo pongo el plomo.

Usté no carga sino un revólver.

Tiro de gras es sólo culatazo y ruido.

¿Cuándo me regala un arma?

Cuando seás hombre.

Ahora podría ayudarlo.

¿Ayudarme?

¿Por qué no me presta su machete?

Valiente pretensión... Toavía llevás la leche de la Juana en la boca.

No se crea. Ayer me burlé de los guardas.

De éstos se burla cualquiera.

Me les escapé del rancho. Mi mamá le mandó un recaó a su compadre Gumersindo. Salté por la ventana.

Hay que aprender a sacarles el cuerpo.

Me costó más trabajo engañarlos cuando me les escurrí pa acá.

¿No te olfatearon el rastro?

El "Tuerto" me siguió hasta la finca de don Manuel.

¡Cuidao averiguó la dirección que traías.

Seguro que lo engatucé.

Ojalá...

Ya está clareando.

Apuremos.

Deme la mano; esta peña está resbalosa.

Déjate escolgar.

¿Y si me caigo?
Los porrazos enseñan.
¡Taita, taita, un celaje!
Es de la luna.
Me pareció que un hombre se escondía detrás de aquel barranco.
Agacháte pues.
¡Oiga, oiga...!
Un crujío de ramas.
Algún conejo.
Son pisás de gente.
El miedo te hace oír de too.
Regresemos, taita. ¿Pa qué vamos al pueblo?
Me reviento si no averiguo qué le pasó a Rosarito.
Por eso no quería contarle.
Adelantáte, hijo.
Un momento... Allí se mueve un bulto.
¿A ónde?
Junto al caracolí.
Estás viendo visiones.
Llegaremos de día.
De día o de noche es lo mismo si la muerte anda atisbando.

La bajada fue menos penosa y más rápida. Venían siguiendo el camino mulero que lleva desde el pueblo a los cafetales de El Porvenir y Las Vegas. Casi sin darse cuenta llegaron al paso de Las Lajas, en las afueras del villorrio. Decidieron hacer un alto a cubierto del bosque que disimula el remanso de aguas frescas, pero apenas trataron de acomodarse detrás de un macizo de revienta-puercos, cuando varios disparos estallaron a quemarropa. Padre a hijo hablaban en voz cuchicheada:

Me pasó rumbando una bala.
Echáte al suelo, hijo.
Huyamos ahora.
Arrastrate por esa quebradita y abrí carrera.
¿Y usté?
Yo los tranco y tú cogés ventaja.
Sin usté no me voy.

El estampido de los fusiles entrecortaba las frases:

¡Te matan, hijo! ¡Maldita sea!

¿Qué fue, taita?

Me quebraron la pierna. ¡Corré! ¡Corré!

Yo lo ayudo. Arrastrémonos...

No te parés, que les hacés blanco.

El trupillo me tapa.

Agarrá el revólver que rodó pa ese lao.

¡Me dieron, taita... me dieron!

¡Qué vaina!

¡Yo se lo dije...! ¡yo se lo dije!...

Si regresás al pueblo, cuidá mucho a Rosario.

¡Ay!... ¡ay!

Decíle a tu mamá...

¿Qué, taita, qué?

Decíle...

– ¡Taita! ¡Taita!

Un silencio grave quedó como suspendido en el aire claro de la mañana. Poco a poco las voces del pueblo fueron ascendiendo en la atmósfera, a tiempo que el sol iba descubriendo los techos pajizos unos, de zinc pintarrajeado de colorines otros. Los guardas aparecieron cautelosamente de uno a uno. El cabo inició el diálogo. Los subalternos respondieron con palabras que dejaban traslucir la cólera:

– ¡Al fin!

– Si no le madrugamos nos friega.

– Estos máuseres nuevo no pierden tiro.

– El pelao también cayó.

– ¿Cómo bajamo los cadáveres?

– El alcalde tiene que subí a levantálo.

– ¿Por qué?

– De lo contrario, los muerto no son legale.

ALEJANDRO ÁLVAREZ*

Gallera

El patio de la cuerda, en las primeras horas de la mañana, se inunda de sol tibio y vitamínico. Bajo el sol los gallos se esponjan amarrados por la traba a pequeñas estacas en forma de cruz católica, distribuidas como en los camposantos. Las bestezuelas de pelea ostentan los más varios colores. Hay gallos giros, chinos, canelos, gallinos, cenizos, pintos, canaguayes. Y en todos ellos una crueldad elemental canta, gorjea, hace visos. En las cuerdas la vida muestra el mismo sentido altanero y gritón que en los patios de las escuelas primarias.

Aniano Gancho palmoteó ásperamente al entrar. Los gallos respondieron al saludo del gallero con un rumor sordo y unánime. Luego se destacaron del conjunto voces individuales, altas o bajas, parecidas al trino o al reto. Algunos cantaron, golpeándose los flancos con las alas. Y fue de ver el oleaje multicolor de esas velas latinas, de pluma y hueso, desplegadas al viento. Las velas que sostienen al gallo a flote en la tormenta oceánica de la riña. Gancho recorrió los puestos castañeteando los dedos ante cada gallo. Llamando a cada uno por su nombre o por sus hazañas. Sobándole desde el pico hasta las espuelas. Arreglándole las guías. Al fin se detuvo ante Pisisí, un espléndido canaguay. Lo levantó hasta la altura de su corazón. Le examinó el pico. Le calculó la fuerza por el temblor del músculo de los muslos. Observó las heridas de la última riña. Y lo puso en la balanza. Pesó 3,8. Y en ese peso el canaguay era invencible.

—Ay na má Pisisí... estás ande ej...! ¡Pero no páses é las patá, pocque el que t'han traío y que ej el Taladro, de Corozá, que ha jecho recogía dende Tolú-viejo, pasando po Sincelejo, jasta pu'allá por Sencé y la Villa...!

—Oye, Aniano—interrumpió don Pablo— ¿Te acuerdas del corozalero que vino el domingo a la gallera?

—Naturalmente, que sí, blanco... Ese carajo vino a conocele la pelea a Pisisí... Yo lo he averiguao tó... Ya le tienen el gallo preparaao: ej un animá que pelea pu'abajo, arrastrao, jugadó, que no da la cabeza pa ná...

— Esa si es una vaina, Aniano... Nos pueden tirá... Tú sabes que Pisisí necesita un gallo teso, que se páre a peliá pico a pico.

* Toluviejo, Sucre, 1909- Bogotá, 1982. Abogado de la Universidad Nacional de Colombia. Escribió en las revistas Hoy y Mercurio de Cartagena, y bajo el seudónimo Álvaro de Alas mantuvo una sección en Lecturas Dominicales de El Tiempo entre 1932 y 1934. A fines de 1948 aparece en El Tiempo el cuento "Gallera", reproducido en esta antología. En su obra, buena parte de ella hasta ahora inédita, examina—según Eduardo Pachón Padilla— ante todo, los aspectos típicos del litoral atlántico, o para ser más exactos, los departamentos de Bolívar, Sucre y Córdoba, deteniéndose en el análisis de las costumbres practicadas en las sabanas bolivarenses..."

– ¡Qué va, blanco Pablo...! A mí no me ejpanta el corozalero. Es menesté que esté compuesto y que tenga bisuaca y que yo no se la encuentre.

– No seas tan mal pensao, negro... Esa gente pelea limpio a limpio, y el gallo se los está cuidando el viejo Arroyo, que te enseñó a ti a gallero.

– ¡Vea la vaina e Manué Arroyo...! Ese cuidaba los gallos del pae suyo, blanco, y agora está contra su hijo... ¡Se ha vendió el desgraciao!

– Y qué es, ¿que le tienes miedo? Te va a tocá luchá la pelea con él... Tú lo conoces. Si llegamos a la guerra, Arroyo no necesita el Taladro pa ganarse a Pisisí.

– Asina será... Pero tuito lo que ese viejo sabe me lo enseñó a mi cuando yo estaba pelao... ¡Le voy a enseñá a mi pae a jacé un hijo... !

– ¿Entonces tú también has preparao al Pisisí?

– Se lo voy a corretiá, pa que vea...

Buscaron la mona. A Pisisí le embotaron las espuelas. Gancho comenzó el correteo. Primeramente procedió como de costumbre: colocando la mona a la altura del canaguay, que la batía poderosamente, haciéndola sangrar por la cresta y por el pico. Dábale, asimismo, vueltas rapidísimas alrededor del cuerpo de Pisisí, procurando que lo picara en la pechuga, los encuentros, los muslos y encima de las entrañas. El canaguay respondía con agilidad relampagueante. A un mismo tiempo su inteligencia defendía cada palmo de su cuerpo y quedaba pronto al ataque. Tenía los ojos fijos sobre la mona como miras, el pescuezo como un arco, las espuelas dispuestas como dardos.

– ¡Ah, cosa güena, don Pablo...! –exclamó Aniano limpiándose el sudor de la frente con la mano– ¡Tá ni mandao a jacé...!

– Sí, está bien... Esa es la pelea de él... Pero...

– Aguárdese, pa que vea... ¡Agora verá candela!

Y cambió los planos del correteo. Puso la mona a ras de suelo. Y allí, a la par que movíala de derecha a izquierda, de izquierda a derecha velozmente, la empujaba casi con furia bajo el cuerpo de Pisisí, arrollándole las patas y haciéndole morder el buche. Luego extendió los brazos cuan largo pudo, y comenzó a describir amplios círculos concéntricos, imitando con los desplazamientos de la mona a un gallo jugador. Pisisí quedó automáticamente desconcertado Mientras el gallero hacía girar la mona, corría desesperado a alcanzarla. Pero cuando la tenía debajo no acertaba a hacer nada. Trataba de morder en carne viva, de agarrarse para batir. Y quedaba paralizado, con el pescuezo extendido o alzado, y mostrando en ambas oportunidades al enemigo, el blanco preciso de los cielos, las morcilleras y los buchisangres. O abría desmesuradamente los ojillos inyectados de sangre y rabia. Picaba al viento, sin destreza y sin seguridad. O se apartaba de la lucha aturdidamente. Gancho le miraba atónito. Le hablaba cariñosa o brutalmente. Le acosaba con la mona.

– Vamo, vamo pa entro. Pisingo... Tú eres muy machito...

¡Pedazo e pendejo...! ¿Pa qué t'he enseñao entonces a peliá como sea? ¿T'has vuelto maricón? ¿Me vas a dejá exhibilo el blanco?... No... no... Tú no ere desagradecio...

Ahí está lo que te decía, Aniano... Esa no es su pelea... con gallo arrastrao y jugadó se lo tiran... Con gallo que dispute pelea a calzón quitao y pico a pico le juego tó lo que tengo...

Gancho no alcanzó a responder la objeción de don Pablo. Pisisí ya había dominado el contraste. Cuando el gallero comenzaba el juego con la mona, el gallo se detenía en el centro del círculo. Giraba sobre sí mismo para no descubrirse un instante y para cubrir todos los puntos de ataque. Atendía al frente, a los flancos, a la retaguardia del enemigo. Y allí en el centro del supuesto combate, unas veces erguido como una torre y otras agazapado como un tigrillo, recibía firmemente las embestidas frontales de la mona. Pero cuando el gallero se la metía por debajo se tiraba veloz, a fin de no dejarse agarrar la pechuga. Y acometía a su turno repelando vertiginosamente, en un ataque que cubría a la mona desde el pico hasta la rabadilla.

– ¡Así, así, negro...! –aprobó don Pablo ruidosamente–. ¡Si pelea así, le juego hasta el sombrero! ¡Si es catiaña, blanco...! Entoavía no ha nació el gallo pa Pisisí. Le puede jugá toa plata y jasta la silla ande monta... ¡Caramba! yo lo único que tengo es a Rufa y a Joselito, y me atrevo a apostar, pocque sé que no los pierdo.

Así concluía el entrenamiento de Pisisí. Los demás gallos, soliviantados en su instinto por el espectáculo, vociferaban pugnando por reventar las trabas. El gallero preparó el ron con yerbas y las esponjas para frotarlos. Y distribuyó pedacitos de carne cruda a los que estaban en cuido para próximas riñas. Don Pablo salió sin decir palabra, como había entrado. Para él Pisisí era un instrumento de ganar o perder dinero. Gancho se volvió hacia el gallo. Lo acarició tiernamente, con manos casi paternas, y dijo:

– ¡Si te matan me friegan...!

II

La vela de sebo iluminaba el altarcito montado en un rincón del cuarto de Rufina, apenas la pequeñita familia que ella había formado con Aniano Gancho cruzaba dificultades. Ahora eran felices: el negro tenía trabajo y ella cuidaba de la casa y de Joselito. No pedía más. O bien, si pedía algo a la Virgen que alumbraba, más no para ella ni Joselito, sino para Aniano exclusivamente. Amaba todo lo que tenía relación con su hombre: sus mudas de Malibú, su hamaca de lampazos, su cinturón ancho con monedera, sus abarcas de tres puntadas, su manta colorada, el caballo que montaba, los gallos que cuidaba, sus caricias y sus groserías. Por eso rogaba a la Virgen María y le había prendido una vela: para que ganara Pisisí. La hembra vaquera sabía que Gancho alimentaba tres orgullos, como partes de su propio ser: su caballo, su hijo y el canaguay. Ella había pasado a segundo plano, desde el nacimiento de

José del Carmen. Pervivía como copartícipe del trabajo. Pero su cama ya no era el centro del mundo pasional de Aniano.

– Rufa, ¿poc qué está la santa alumbrá?

– Pocque ej el mé de Mariasantísima...

– Verdá que sí... El domingo ej la Crú e mayo y se cierra la gallera... Va a peliá Pisisí, Rufa, y ni han se va a ensuciá.

–Pueda sé que Dios quiera, Niano... Se lo he rogao a Mariasantísima...

– En la gallera no vale rezo sino espuela, Rufa... ya me parece ve al Taladro ensaltao jasta los pegue... ¡Ay mi mama!, se lo voy a tumbá en las pata, pa que vea el viejo Arroyo que los deseos no empreñan...

Arroyo acababa de entrar y oyó las últimas palabras. La sangre le subió al rostro. Bajo la pelambre de medio siglo, grisácea y arremolinada, que le daba a la suya la apariencia de cabeza para un estudio, los rasgos del viejo crujían de vergüenza y de rabia. Súbitamente recordaba toda su vida de cuidador de gallos del padre de don Pablo. Y no podía comprender cómo ahora, ya al final de su carrera, se empeñaba contra esa raza y esa cuerda que él había ayudado a crear, y a la cual le debía su gloria de gallero invencible. El corazón de Arroyo trepidaba bajo esa avalancha de recuerdos, que lo pisoteaban como cascos de buey de molienda. Pero logró dominar su emoción ante el adversario:

– ¿Qué ej lo qui'anda tú diciendo pu'ahí, Niano?

– Lo que ha oío, Manué... ¡ Que le voy a tumbá el corozalero ante que llegue a fondo!

– ¡No hables bagazo, negro sungo! Mi gallo se gana a Pisisí patiándose o me lo gano yo en la guerra. Me lo voy a ganá, juío, ipo Dió y la que me parió...!

– ¿Juío? ¿Un Pisisí juyendo? ¡No má que con bisuaca...!

Al oír el ultraje, Arroyo saltó sobre el agresor. Gancho le recibió a pie firme, con la guardia a la altura del rostro. En los duros brazos del negro los golpes de Arroyo se quebraron. Pero Aniano no contraatacó. Bajó la guardia y dio unos pasos hacia atrás, diciendo:

– No sea loco, ño Manué... Pégueme si le da la gana... Usté no ej hombre pa mí...

– ¡Maldecío sea tu lengua y la que te jizo, negro mapuchín! ¡Párate a peliá si ere macho...!

La palabra cegó a Gancho. Ni era afeminado, ni un hombre puede dejarse mentar la madre de nadie. Parecía un toro. Arroyo resistió la primera acometida. Los pescozones de Aniano casi le rasuraban las barbas. Pero lograba eludirlos con habilidades impropias de su edad. Y exaltado con la refriega, en la cual vislumbraba probabilidades de triunfo debido a su antigua pericia de trompadachín, guapirreó como en sus buenos tiempos de truhanería:

– ¡Juaip...! ¡Juaip...! ¡Juaip...!

El grito, como un varazo de mariangola, desbocó al negro. Durante algunos minutos los contendores cambiaron golpes tremendos, sin que ninguno cediera terreno. De los cuerpo a cuerpo Arroyo salía reventado. Pero peleando a distancia, su juego, de la mejor ley dentro de ese arte bello y bárbaro de la riña a puño limpio, le ponía a cubierto de los golpes. Gancho literalmente embestia. Las defensas de Arroyo, sin embargo, no daban paso. La pelea, plena así de figuras que se sucedían en el espacio y en el tiempo con perfecto ordenamiento, suscitaba la presencia de un grupo escultórico destinado a mostrar la impotencia del ardor contra la habilidad. Gancho comprendió que tendría que privar a Arroyo para reducirlo. Rápidamente concibió y puso en ejecución una treta ya clásica, que no obstante despistó al viejo trompadachín. Tras de tapar un golpe casi encima de su quijada, contraatacó con la derecha en línea oblicua, y en el momento preciso falló el golpe, de manera que se descubrió, dando francamente la espalda a Arroyo. Este vio el claro y se lanzó a terminar. Entonces Gancho giró violentamente contra él, cargándole todo el peso del cuerpo, golpeándole con la base del puño sobre la oreja. Arroyo se derrumbó.

— ¡Ahí tá la vaina, Rufa! —exclamó Gancho al verlo tendido en el suelo—. Echále agua, y cuando güelva en sí, dile que el domingo nos yerno aentro e la valla...

En el pueblo ya no se hablaba sino de la próxima pelea de Pisisí. En la cuerda, ya sentado sobre el quicio de la puerta, ya a horcajadas en un taburete de cuero sin curtir, Gancho informa al vecindario del estado del canaguay. Había tomado precauciones para que nadie se le acercara. Ni siquiera lo dejaba ver. Una romería de cocineras, lavadoras, pilanderas, saleras, prostitutas y queridas, desfilaban frente a la cuerda desde las primeras horas del sábado. Las mujeres no irían a la gallera. Pero sí las sumitas que pudieran hurtar a su miseria o a la paga de los perdidos y de los maridos blancos. Ananiano Gancho recibía ese dinero, lleno de gratitud. Porque él serviría para darle mayor volumen al grito de arrogancia con que habría de colmar la gallera al comienzo de la pelea. El domingo muy temprano comenzaron a llegar los jugadores. Unos venían de los corregimientos y veredas del municipio. Otros desde cualquier punto de la Sabana donde hubiera llegado la noticia de que al fin habían encontrado gallo para Pisisí. Unos entraban a pie o en burro, con los gallos a la mano o colgados del hombro, en calzones de fique. Otros en automóvil, chivas y camiones. Otros en caballos bien o mal aperados: sillas chocontanas con estribos de zapatos, gualdrapa, cabezón de cerda o riendas de cuero. O sillas vaqueras con estribos de aro, jáquima de penca, esterilla y manta colorada en la asentadera. Todos traían grandes o pequeños rollos de billetes en los bolsillos. En la plaza, frente a las cantinas, a las puertas de la gallera y casas vecinas, se agrupaban disímilmente los vehículos. Caballos, burros y mulos están amarrados en los horcones. Se oyen pitos, rebuznos y relinchos. Las bestias meaban a chorros. Y el ambiente se impregna de un acre sabor de gasolina, sudor y amoníaco. A medida que la hora de los gallos se acerca, aumentan el ruido y la inquietud. De pronto cruza la calle principal un jinete deslumbrante. Es don Miguel, dueño del Taladro. Viene de su potrero, situado en las afueras

del pueblo, donde ordeña diariamente cuatrocientas vacas y ceba dos mil novillos anuales. Don Miguel se desmonta a las puertas del estancillo. Y avanza haciendo sonar las espuelas y crujir las polainas. Pide un litro de ron y cerveza helada para el que quiera. A poco aparece Manuel Arroyo estrenando abarcas, limpiecito y medio encorvado. Trae en la boca una mueca oscura, casi dolorosa. Pero sus ojos brillan como el acero de las rulas cola-de-gallo. Y en la mano derecha carga al Taladro, que trae cubierto con un pañuelo tostenemos.

– ¡Gallo tapao, no frieguen...!

– ¡Ná e tapao! –respondió Arroyo– y lo hizo saltar sobre el corredor.

– ¡Es el Taladro...! ¡Hoy sí va a habé vaina...!

– ¡El Taladro...!

– ¡El Taladro...! ¡El Taladro...!

– ¡El Taladro! —repitió Arroyo como un eco—. ¿Qué taban creyendo, que le íbamo a poné un mócoro?

Tras de Aniano Gancho venía medio pueblo. Acercóse al grupo de bebedores, sin saludar. Le brindaron un trago. Hizo con él un buche y roció a Pisisí. Luego lo colocó en el suelo, pisando la traba con el dedo grande del pie. Pisisí batió las alas, hizo unos cuantos arrumacos y cantó alegremente. Después irguió el pecho, encogió el pescuezo y se quedó pensativo. Así parecía una pequeña catedral de pluma y de arrogancia.

– ¡Qué hubo, Niano!, ¿nos ganamo al forastero o nos vamo a dejá pisa?

– Lo van a sacá colgao po laj pata... Que vayan buscando el ñame y la yuca pa sancochalo esta noche ande comae Marquesa Flore, pocque esta noche nos vamo a bebé la plata a Sincelajo, en el fandango e la Crú... ¡Se me tan apolillando los tobillo de no bailá...!

Y se entró a la gallera sin decir nada más ni nada menos. Gancho tenía en Pisisí una fe de carbonero. No podía concebir que un gallo de esa raza perdiera. Estaba acostumbrado a mirarlos envejecer invictos, rodeados de gallinas de cría, defendiendo a sus polluelos contra los gavilanes, en el patio del potrero de don Pablo. El Taladro tenía que salir necesariamente colgado de las patas. En ese desenlace iba envuelto el prestigio de la cuerda de don Pablo y el honor personal del gallero. Para el azaroso corazón bolivarense de Aniano Gancho, esa seguridad en las espuelas de Pisisí era un píamigo de carreto.

La gallera es un anfiteatro de tendidos de tablas sin cepillar, de caña brava o de caña de lata, amarradas con bejuco o con alambre dulce, o clavadas. No infirma su construcción ni siquiera uno de esos principios arquitectónicos elementales, de antiguo al servicio de la comodidad. Los tendidos se escalonan en línea casi vertical, de suerte que los hombros y las cabezas de los jugadores se sirven recíprocamente de escabel, cuando los intereses de la riña absorben los de la urbanidad. Por eso la gallera, sea grande o pequeña, parece un gran monstruo de grandes anillos que se contorsionan bruscamente, oblongo, elusivamente viscoso

y armado de mil tentáculos. En los puestos, al borde de la valla, se sientan los jugadores pudientes, y galleros en actual receso, jueces de gallos y representantes de la autoridad. Hacia los puestos de más arriba se amontona la muchedumbre oscura. Cuanto menos dinero se tiene se está más alto, como si la situación de las gradas señalara un orden jerárquico revolucionario. Afuera están las mesas de las riferas: pan, café y aguardiente. Y la balanza para pesar los gallos. Y la tinajera con agua fresca para rociarlos. Los espectadores gritan sin descanso. O hablan en altas voces. O cambian confianzas acerca de los gallos. Unos se refrescan con chicha o guarapo. Otros atacan los rimeros de dulces que se alinean sobre las mesas. Otros se emborrachan.

Pisís y Taladro entraron al círculo en manos de Aniano Gancho y de Manuel Arroyo. La exaltación subió entonces como una marea. Los augurios y las apuestas cruzábanse como latigazos. Y se oían las exclamaciones más soeces o pintorescas. Los galleros echaron los gallos a la arena del círculo, previniendo que no se acometieran aún. Y comenzaron a estimularlos golpeándoles la armazón de la cola con el dorso y la palma de la mano extendida, pegándoles suavemente con el ala del sombrero, apretándoles contra el índice y el pulgar del huesito del ñango. En los ojillos chispeantes, en los movimientos ya ágiles, ya precautelativos, en las específicas voces de guerra, los gallos aceptaban la cita impuesta por los hombres, de la cual casi nunca vuelven vivos o intactos.

Al momento de soltar los gallos, Aniano Gancho elevó el suyo por encima de la cabeza. Arrojó el sombrero violentamente sobre los espectadores. Y gritó a pulmón batiente:

- ¡Diez peso tiene mi gallo ante e patearse...!
- ¡Tan pago, y diez má...! —replicó Arroyo extendiendo la mano.
- ¡Tan pago, Manué, y yo le aparo tó lo que arrempuje...!
- ¡Tonce te juego mi burro mojino y...

Pero don Miguel se había levantado de su asiento imponiendo silencio. La pelea acababa de comenzar. Los gallos se entretenían aún cazándose, sin acometer, calculando cada uno la manera de herir primero. Don Miguel estaba congestionado por la emoción y el aguardiente.

- ¿Qué hubo, Pablo? ¡Doscientos pesos tiene mi gallo...! ¡Canta toa la plata que quieras...
- ¡Pagué yo! Y...

Don Pablo se detuvo en mitad de la revirada. Pisís aparecía desconcertado ante el enemigo exactamente como al principio del último correteo. El Taladro peleaba como Gancho lo había previsto. No se mantuvo en las patadas sino brevemente, de suerte que la riña a fondo se inició estando los gallos aún frescos y sin una sola herida. El Taladro sale jugando, bordeando la valla en amplias carreras circulares, agachado, con la cabeza a ras de suelo. Pisís no corta esas retiradas tácticas. Emprende la persecución del enemigo. Y lo alcanza. Y ya va a agarrarlo. Pero el Taladro se devuelve raudo. Y de un repelo despica al canaguay. La gallera se estremeció en un alarido de asombro:

– ¡Despicao...!

– ¡Despicao...! ¡Despicao...! ¡Despicao...!

– Pablo, ¡quinientos pesos tiene mi gallo...!

Don Pablo vacila. Gancho le grita colérico:

– Blanco Pablo, ¡apare toa la plata que le arrempuje... ¡En esto van a vé que no necesitamos el pico pa ganá...! ¡Maldecio sea jasta el que ej pobre..!

– Miguel, ¡pagué yo...! ¡Y aguanta un momento, que nos vamos a cogé los cuellos...!

Pisís llevaba las de perder. Gancho oteaba el peligro. Pero no podía creer en él.

– Vamo... Vamo... Vamo pa entro, Pisís... Pisingo... acuécdate e lo que te enseñé... no lo persiga... quédate parao... espera que ete éntre y repelo no te aguanta doj cogía, po mi mae que sí... .

El gallo pareció comprender a su gallero. De improviso adquirió dominio sobre sí mismo y respeto del enemigo. El ojo zahorí de don Pablo comprendió, a los primeros síntomas, la reacción favorable. Y ya nada lo contuvo:

– ¡Mil pesos tiene mi gallo, Miguel! ¡Y que rempuje tó el que quiera jugá. la plata..! –y extendió el sombrero.

– ¡Están pagos los mil y mil ma..!

– ¡Pago! ¡Pago! ¡Pago! —respondían de todos los sitios. Y dentro del sombrero de don Pablo iban cayendo los billetes del pueblo aullando. El demonio de la gallera se había apoderado de las almas. Las apuestas calan como frutas desprendidas por una ventada. Y cualquiera las recogía sin pensar en las consecuencias. La riña marcaba hacia el desenlace a velocidades mortales. Ya los gallos habían perdido el ardor inicial. Ahora peleaban sin premura, quizá porque cada instinto avizoraba la muerte cercana.

Sobre la tierra del círculo goteaba la sangre. Y el rumor de las alas era una pequeña tempestad. De pronto se hizo el silencio. Un silencio hueco, como de cueva. Se podía hender, cortar, astillar ese silencio. Lo rasgó un grito trastabillante de animal herido en la entraña. El Taladro volaba sin conciencia por encima de los espectadores, cacareando como gallina asustada por una zorra. Parecía implorar auxilio o piedad.

– Golpe e vista y sentío. ¡Manué Arroyo!

Arroyo se tomó lívido. Pero el viejo tenía un ojo clínico.

– ¡Ná d'esol! ¡Puro palo, Niano, puro palo! Tuavía no me has ganao...

Al Taladro lo reintegraron al círculo. Había recobrado el sentido. Pero regresaba con la cabeza literalmente torcida. Y así continuó batiéndose. Batirse hasta la muerte, he ahí el tremendo sentido de lo heroico en el gallo fino. La lucha se ensombrecía paso a paso. Los gallos estaban convertidos en harapos sanguinolentos. Ya nada quedaba de aquellas estampas

rutilantes de la cuerda, envidia de las guacamayas, de aquella agilidad sin paralelo. Solamente pervivía el valor. La masa sucia de sangre y de tierra se movía pesadamente, caía y volvía a levantarse, para seguir peleando. De las gargantas expectantes menudeaban palabras inclementes. Los galleros sentados sobre sus propios talones, se absorbían en los incidentes de la riña. En sus rostros se reflejaba cada herida como una placa de celuloide. Permanecían mudos, estáticos, o se levantaban bruscamente pregonando los golpes. Y la gallera, y el pueblo, y la raza, y toda la tierra, pendían del desenlace de la pelea, fin, imprevisto o milagro.

— ¡Upaaa... a..! ¡Ciego..!

— ¡Morcillerai ¡Un par de morcillera..!

— ¡Cielo, caramba..! ¡Un cielo..! —Está tumbao..! ¡Tiene pingarria..!

Los golpes se sucedían lentos y certeros.

— ¡Buchisangre..! ¡Buchisangre..! ¡Buchisangre..!

— ¡Dos mil pesos tiene mi gallo y doscientos terneros de año...!

— ¡Pagué yo..! ¡y trescientas vacas parías...!

— ¡Pago.., y quinientos novillos que despaché a La Dorada..!

— ¡Te juego mi potrero con tó lo que tiene..!

— ¡Pagué yo!

Don Miguel y don Pablo se dieron las manos. Uno de los dos quedaría arruinado. La gallera rodeó esa apuesta de respeto y de orgullo. Pisisí daba vueltas sin timón, picando al vacío, perfectamente ciego. Y el Taladro comenzaba a esponjarse, morado como una morcilla. Abandonaron la pelea y quedaron cola con cola. Arroyo y Gancho iniciaron el refresco. Durante cinco minutos cada cual chupó las heridas de su gallo, y haciendo calor con las manos, que aplicaban a los muslos, procuraban fortalecerlos. Le enderezaban el pescuezo. Puestos en el cuadro imaginario, o de madera en forma de cuartilla hundida de medir granos, que queda en el centro del círculo, los gallos no se acometieron

— ¡Careo...! ¡Careo...! ¡Careo...!

Comenzó el careo. Los gallos se picaron. Pero no pudieron batir.

— ¡A la guerra...! ¡A la guerra...! ¡A la guerra...! Fueron a la guerra. Llegaba el momento que don Pablo y Gancho tanto temieran. El Taladro estaba moribundo, ahogado por un buchisangre. Pero Arroyo ganaba en la guerra hasta con gallo muerto. Gancho, colocando una mano debajo de la pechuga y apretando con el mayor y el índice de la otra el pegue de la cola de Pisisí, lo empujó contra el adversario en procura de que lo repelara. Arroyo maniobró hábilmente para evitarlo. Y a su turno colocó el pico de su gallo en carne viva del canaguay. Pero el Taladro no batió. Abrió las alas desmesuradamente. Dobló el pescuezo hasta el suelo. Y se desgonzó como una vejiga de res sin aire.

Lo sacaron colgado por las patas.

MARZIA DE LUSIGNAN*

Esta noche a las nueve...

*Para el querido maestro,
Antonio Gómez Restrepo.*

—¡Hoy sin duda sería de su agrado, como para pintarme, como para llevarme del brazo por los campos de margaritas blancas..!

Así hablaba Ana María, ante el espejo de su “boudoir” terminando de anudarse bajo la barbilla, que suavizaba un hoyuelo, las cintas lilas de su capelina de paja y seda, que sentaba maravillosamente sobre los bucles de aquella interesante cabeza de mujer.

Con grandes tijeras se dirigió al jardín, bien cuidado y florecido, que rodeaba el predio de su quinta. Al ir de un lado para otro, cortando gajos aquí y allá, sostenía un monólogo que escuchaban atentos las mariposas y gorriones que poblaban las tupidas frondas:

—Gladiolos y azucenas para el salón: nomeolvides y lotos para mi alcoba. ¡Éstas serán siempre mis preferidas!... ¡Allí están las de José Luis! ¡Le gustaban tanto esas flores! Al entrar miraba los búcaros y al verlas se acercaba sonriente, las tomaba entre sus finos dedos de artista y las acariciaba como si acariciara un rostro femenino. Recuerdo bien que muchas veces sentí celos de esas flores!

Miró las altas magnolias que eran como copos de nieve perfumada. Subióse entonces sobre el borde de la fuentequilla de azulejos y logró alcanzar así la rama baja que tenía tres flores abiertas y una en capullo. Las meladas pupilas brillábanle de satisfacción. Las pondría en el sitio donde él pudiese gozar más con aquella presencia floral.

Así andaba por la vida Ana María, ¡a sus años! Cada flor, cada nota de armonía o de belleza que sus manos creaban para el hogar, cada rincón acogedor y tibio que arreglaba, siempre era como para el descanso y el gusto del amado. Al ponerse un nuevo traje pensaba sin remedio: —¿le gustaría a José Luis este vestido? Y al contemplarse en la ovalada luna del espejo, con una brizna de humana vanidad, se decía: —¡Oh, sí, seguramente hoy sería de su agrado!, ¡mucho más de su agrado con este atavío..!

Cuando conversaba con sus amigos decía en mente sin poder evitarlo: —¿qué diría José Luis si me oyese en esta charla de pamplinas? Así todos sus actos eran el reflejo vivo del deseo de agradar al hombre que adoraba.

* Santa Marta, 1910 – Bogotá, 1983. Periodista, poeta y narradora. Marzia de Lusignan era el nombre bajo el que firmaba Juanita Sánchez Lafaurie, la primera mujer en hablar por un micrófono para la Radiodifusora Nacional de Colombia en los inicios de este medio de comunicación en nuestro país. Le fue otorgado el título de Miembro Correspondiente de la Real Academia de Letras, Ciencias y Bellas Artes en Madrid, España, y ganó el Primer Premio del Milenario de París, Francia. Publicó *Arca de Sándalo* (Poesía, 1946); *Oro y mirra*; *Viento de otoño* (Novelas, 1941); *A la sombra de las parábolas* (Cuentos, 1946).

Medio abril. Calurosa la tarde en extremo, bajo el agobio del bochorno solar. Ana María metió las flores en la fuentecilla para refrescarlas y subió las escalinatas de la quinta. Se ubicó en la terraza acomodándose en un amplio sillón de mimbre. Allí sobre su mesita de madera repujada, chata y sin barnices, al estilo rústico moderno, halló su bordado y uno de sus libros preferidos.

*"Mais l'invisible ami
me protege trop bien.
C'ne sera pas l'ange
mais c'est l'amour gardien..."*

¡Cerró los ojos y suspiró muy hondo! Alguien que silbaba una sonatina antigua le hizo levantar la cabeza. Por el ancho camino polvoriento se acercaba con su andar cansado y lento un viejo cartero. Ana María pensó que no era el mismo que en tardes como aquella habíale entregado tiempo atrás los mensajes de José Luis, portadores de la felicidad. ¡Ahora seguramente ya no se detendría! Los oscuros ojos, tristes como aurora otoñal, se quedaron sin mirar, fijos en el estanque florecido de lotos. La noche había caído sin que Ana María hubiese advertido su presencia. La estrella del pastor aquella estrella que amaban los dos— se reflejaba hermosa y clara sobre el agua entre los mismos lotos, como otro loto azulado y radiante. Levantó los ojos hasta el cielo. ¡Él amaba tanto las noches serenas luminosas, llenas de murmullos y de aromas!... Un sollozo amargo de tremenda angustia le estranguló la respiración en un segundo. El viejo cartero, desconocido mensajero que ella nunca había visto por aquellos contornos, le hacía señas de que se acercase a la reja...

Abrió el despacho con mano temblorosa: "Esta noche a las nueve llegaré por ti. José Luis". Ana María miró a la claridad del farol su reloj de pulsera. Las siete y un cuarto. Por Dios, que tarde se había hecho! Sólo quedaba una hora y 45 minutos para la llegada del amado. Y había que arreglarlo todo y arreglarse ella. Mil campanillas de plata repicaban dentro de su corazón en aquel momento de la grata noticia. Por ella quiso dar una propina al mensajero y alzó los ojos para decirle que esperase un instante. ¡No había nadie, cosa rara! El camino serpenteaba ante sus ojos en absoluto silencio de abandono. Se había marchado sin que ella lo advirtiese. Quizá había entrado en una quinta vecina a entregar otro mensaje. Ansiosa miró el sendero solitario por el cual no demoraría en llegar José Luis!

Recordó entonces cuando lo había visto por última vez junto a la misma reja, mientras el viento les azotaba los cabellos y un bando de golondrinas, en símbolo de despedida, cruzaba por el éter hacia el mar.

Al día siguiente José Luis había escrito una larga carta amorosa y dulce. "¡No tuve valor para decírtelo ayer, Ana María! Estaremos separados un tiempo, pues mi nuevo jefe me ofrece mejor sueldo si presto mis servicios en otra ciudad lejana de la nuestra. Pero piensa que este sacrificio de nuestras almas será recompensado con creces, será para nuestro bien.

Pronto he de volver y te llevaré conmigo para siempre!”.

Siguieron muchas cartas y mensajes tiernos, llenos de promesas, que los ligaba como con cadenas de oro fino a través de la distancia. Siempre muchos planes de felicidad para el hogar próximo, en el cual serían dichosos sin medida. Una de las últimas cartas decía: “Llegaré por ti más pronto de lo que imaginas!”. Luego un largo silencio...

Y ahora llegaba este mensaje, y Ana María sentía que se ahogaba de emoción incomparable. Esta noche a las nueve, José Luis estaría de regreso para llevársela con él, hacia el puerto de la dicha soñada!

Corrió a su alcoba y suspiró al mirarse al espejo. Abrió el armario y entre todos eligió aquel traje de terciopelo rosa, el mismo que llevaba puesto la noche de la despedida, cuando el viento les alborotaba el cabello y las golondrinas cruzaban el éter hacia el mar insondable. Vistióse apresuradamente y consultó de nuevo su reloj de pulsera. El tiempo apremiaba. Sobre el tocador había puesto las magnolias que aromaban el ambiente. Ella se prendería unos miosotis entre los cabellos que trenzó hábilmente alrededor de las sienes a manera de diadema. ¡Así era como le gustaba a José Luis!

Ya arreglada en esta forma le acometió un ligero vahido. Sentóse en el amplio sillón de damasco, a tiempo que sus rodillas como si padecieran mal de angustia se doblaban... Se le acababan las fuerzas..., le acometía un necio deseo de llorar. Reclinó la frente sobre el brazo del sillón mientras el corazón latiendo locamente dentro del pecho, incapaz de contenerlo como si quisiera adelantarse al encuentro del amado, era un péndulo que repetía sin cesar: José Luis llegará... ¡José Luis va a llegar! Quería levantarse sin poder conseguirlo. La emoción indescriptible de su alma la mantenía como clavada en el sillón. Se abandonó. Allí esperaría, aguzando el oído y cuando percibiera sus pasos inconfundibles, nunca olvidados, correría a su encuentro. Como para contener la furiosa locura de su corazón se llevó las manos al pecho, donde guardaba el mensaje de José Luis. Sintió que las lágrimas humedecían sus ojos sin poder evitarlo y cerró los párpados en elocuente gesto de cansancio. Echó hacia atrás la cabeza sobre el respaldo del sofá y se quedó pálida, quieta, sin acción y sin fuerzas, esperando...

Se oyeron a lo lejos unos pasos fuertes y apresurados en tanto que el reloj de la vecina estancia desgranaba lentamente las nueve campanadas que marcaban la hora del regreso, de la dulce cita con el novio esperado!...

Inés, la hermana mayor de Ana María, en cuya compañía había vivido siempre ella, habíase demorado en una visita de vecinas más de lo que había pensado. Volvía presurosa pensando en la soledad de Ana María. Al entrar en la alcoba de su hermana, para contarle cosas de la tertulia reciente, quedóse sorprendida al hallarla sentada inmóvil en el sillón, ataviada con aquel traje de terciopelo rosa, que por más de veinticinco años había guardado en el armario cuidadosamente con el deseo de ponérselo el día en que José Luis volviese, conforme lo había prometido, peinada como lo hacía antaño.

Inés era la única que sabía lo ocurrido. Al año de estar ausente, José Luis había anunciado su regreso para llevarse a Ana María; pero en vez del esperado novio había llegado un anuncio fatal: el naufragio del "Bismarck", donde regresaba la ilusión de su hermana enamorada. Ninguno de los pasajeros se había salvado de la catástrofe imprevista!

Inés y su marido resolvieron guardar silencio. Recibieron el golpe y reservaron el dolor para ellos solos, pensando que Ana María no habría de resistir aquella prueba. Nada dijeron y esperaron que el tiempo curase a su hermana y la hiciese olvidar aquella historia amorosa. Pero Ana María no olvidó nunca, y a través de los años seguía esperando el regreso de José Luis que un día vendría por ella.

Inés se acercó a su hermana, la mujer otoñal, ya próxima al invierno de la vida, que aún conservaba bastante juventud para mantener radiosa la mirada, sedosos los bucles, como ingenuo y puro el corazón, y la miró más detenidamente. Serena la faz, algunas lágrimas sobre las mejillas brillaban como pequeñas gotas de rocío detenidas en el pétalo de una magnolia. Apretadas las manos sobre el pecho parecía guardar dentro de ellas un tesoro. Un poco grande en el dedo anular, adelgazado, ostentaba el anillo de compromiso.

La hermana mayor apartó devotamente aquellas manos sin hallar en ellas el invisible mensaje recibido esa tarde. El mensaje anunciando el regreso sólo había existido para Ana María! Inés cayó de rodillas y prorrumpió en sollozos...

José Luis había sido puntual a la cita. Esa noche a las nueve había llegado por ella!

CARLOS DELGADO NIETO*

El arete morado

Yo miraba su pierna fina que terminaba en un zapato amarillo, puntiagudo, y avanzaba oblicuamente bajo la butaca de enfrente; miraba también, a hurtadillas, el arete de su oreja derecha, imagen de una margarita de color morado con un borde de metal blanco, que formaba con la piel morena una combinación de magia; por breves instantes veía sus ojos y su boca; pero sobre todo sentía el calor de su axila junto a mi hombro, y mi codo lograba a ratos sumergirse en la tibia hondonada de su cintura.

* Mompox, 1914 - Bogotá, 1973. Novelista, ensayista y publicista. Estudió Pedagogía y derecho en Bogotá. Vivió en algunos países hispanoamericanos y europeos. Publicó *El hombre puede salvarse* (novela, 1951), *Hermógenes Maza "El Vengador"* (biografía, Premio Espiral para Ensayo, 1951; *José Padilla Estampa de un Almirante* (biografía, 1957); *El limbo* (novela, 1957) y *La frontera* (novela, 1959). Barranquilla, 1915 - Bogotá, 1989. Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1957 y Directora de Extensión Cultural de Barranquilla. También hizo parte de infinidad de organizaciones cívicas. Publicó en Barranquilla, en 1946, el libro de cuentos *En las penumbras del alma*, y posteriormente, en 1953, *Se han cerrado los caminos*, novela que alcanzó cierta resonancia en su momento y fue satanizada por la curia diocesana de Barranquilla. De esta obra, con libretos de Gabriel García Márquez se hizo una versión para radio-novela en 1954.

El salón estaba iluminado con luz plena y se comentaba entre todos la parte ya vista del espectáculo. Pero la luz parecía no alumbrar la zona que ocupábamos ella y yo. El salón estaba lleno de palabras; ella y yo también decíamos palabras, pero entre los dos reinaba el silencio. Todo allí era claro y sencillo; sólo entre ella y yo germinaba el misterio.

De pie frente a las butacas se encontraba un hombre joven, de anteojos y de aspecto agradable. Su papel era dirigir el pequeño debate que se hacía sobre el espectáculo, recogiendo las ideas que iban emitiéndose. Pero el hombre de los anteojos se olvidaba de su papel y se ponía a hablar largamente. Con el estar concentradas las atenciones en el director podía yo sentir más a mi vecina, quien a fuerza de vecindad iba siendo ya como una mitad de mi cuerpo. Además, cuando el director soltaba algunas opiniones aventuradas, mis ojos y los de mi vecina tenían un pretexto para enfrentarse, haciendo que comentaban lo escuchado, pero en realidad repasando, rumiando muchas cosas no pronunciadas.

El joven director exhibía una gran facilidad de expresión, debida, tal vez, al gran número de mujeres que allí había; pero de pronto empezó a tropezar con las palabras, perdió el hilo de su discurso y se mostró abatido. En ese mismo momento disminuyó la temperatura de mi costado izquierdo, lo cual quería decir que mi vecina, sin abandonar su asiento, se alejaba de mí. Después de saber que no se trataba de una simple coincidencia, el director resolvió su situación diciendo intempestivamente: "Sigamos". El salón fue puesto de nuevo a media luz y el espectáculo se reanudó.

Mi vecina y yo nos hallábamos en la última fila. Llegué cuando ya la sesión había comenzado, y por no importunar me instalé allí donde realmente no veía bien. Por el temor de sentir frío, o simplemente por capricho, dejé vacías las dos primeras butacas y fui a ocupar la tercera. Mi vecina, a quien siempre había visto llegar acompañada de varias personas, vino esa noche sola. Yo me apresuré a retirar de la segunda butaca el abrigo que había colocado en ella, le ofrecí el sitio a la recién llegada, y ésta lo ocupó.

Cuando el espectáculo se reanudó, mi vecina se mostró tranquila. En cuanto a mí, comenzó a preocuparme ese puesto vacío que había quedado al lado de ella y que era tan fácil ocupar por hallarse a la orilla. De las primeras filas se levantó un hombre en quien pronto reconocí al joven director. La inquietud de mi vecina se acentuó, y el hombre empezó a avanzar lentamente y como tambaleándose hacia donde estábamos nosotros. Pensé que iba a abandonar la sala, pero ocupó pesadamente la butaca vacía, emitiendo algo parecido a un suspiro de cansancio o a un gemido. Mi vecina se puso tensa, y colocada exactamente en el centro de su silla trataba de no tropezar ni con el recién llegado ni conmigo. El hombre emitió otro suspiro y comenzó a inclinarse. Yo había dejado de mirar el espectáculo y observaba al joven director con el rabillo del ojo.

Varias veces había rehuído situaciones conflictivas originadas en una mujer; pero esta vez sentía deseos de comprometerme, quería arriesgarme por esta mujer de la cual no sabía nada y que sólo me había dado un poco de perfumado calor. No perdía ninguno de los movimientos del recién llegado, por lo cual pude ver cómo hacía avanzar su mano derecha por debajo del saco. Yo fui asumiendo una posición apropiada, lentamente, o sea obrando en la misma forma en que obraba él. En cuanto a la mujer, seguía allí, tensa y derecha, ella sí mirando hacia la pantalla, como si todo aquello que se producía a causa suya debiera resolverse sin ella. El codo del hombre, que había llegado hasta el centro de su vientre, comenzó a retroceder. La mujer hizo el intento de inclinarse, pero yo logré que reasumiera su anterior posición y me dejara ver; lo conseguí tocando levemente uno de sus brazos. Con la gran capacidad de captación que se tiene en esas circunstancias psicológicas, el hombre debió advertir mi pequeño movimiento y atribuirlo a un entendimiento mío y de la mujer. Ciertamente la extracción del brazo se aceleró; yo intensifiqué la vigilancia y alcancé a ver algo metálico que se destacaba sobre su vestido oscuro.

Actué como un experto, en forma que ahora me sorprende: Incliné el torso, y con una acción rapidísima agarré la muñeca del hombre mientras le decía: "Suelte eso". Le hablé en voz baja para evitar alarma en el salón; pero el hombre trataba de desasirse y yo repetí, ya en voz más alta: "¡Suéltelo!" Los espectadores de las butacas vecinas comenzaron a volver los rostros hacia nosotros mientras mi vecina, que no tenía salida posible, se echaba cada vez más sobre mi espalda en busca de protección. Al parecer, más que mi presión sobre su muñeca influyó en el hombre el principio de alarma sembrada en el salón y aflojó la mano, de la cual yo tomé cuidadosamente un pequeño puñal.

La posesión de esta arma por parte de él no implicaba ningún propósito deliberado, pues nuestra ciudad se hallaba en tal estado de inseguridad y eran tan frecuentes los atracos y atentados, que yo mismo a veces andaba armado. Sin embargo la mujer dejó escapar un "¡oh!" ahogado cuando le mostré disimuladamente el puñal; se puso en pie de un salto, mostrando deseos de salir; yo también me puse en pie y miré al hombre. Éste se mostraba muy abatido y decidió repentinamente irse, no sin antes decirle a la mujer, con una voz dulce y conciliadora: "No, quédate, quédate". La mujer fijó en mí una mirada interrogadora; le sonreí, la tomé del brazo para hacerla ocupar mi puesto, y tomé el suyo. Ella obedeció como una autómatas, y una vez acomodada en la nueva butaca, dijo solamente "¡Qué cosas!", y se dedicó a mirar el espectáculo. La proyección estaba muy gris, por lo cual la luz fue apagada totalmente. Largo rato después la mujer me miró de nuevo, sonrió en silencio y volvió a ocuparse de la pantalla.

En cuanto la proyección terminó, los asistentes comenzaron a mirar para todos los lados en busca del director; algunos miraron justamente hacia el puesto que estaba vacío a mi lado. Entre tanto, mi vecina se levantó, y casi sin darme tiempo para abrirle paso,

cruzó frente a mí diciéndome con tono autoritario: “Espéreme”; se encaminó luego con paso vivo hacia el sitio de dirección, o sea frente a la primera fila. Al llegar dijo con naturalidad:

– El señor Lavalle me comunicó que se sentía mal y pidió que lo remplazara—. Ella había desempeñado ya otras veces la dirección, por lo cual su llegada no causó sorpresa alguna; sólo vi dos cabezas que se inclinaban la una hacia a la otra y se decían algo indicando hacia donde me encontraba. La sesión de crítica empezó a desarrollarse con animación. La mujer dirigía en forma brillantísima. A algunos que no acertaban a precisar sus ideas, ella les ayudaba con pocas palabras; planteaba cuestiones cuando la discusión amenazaba con decaer, y a mí me daba la impresión de que se burlaba un poco de todas las opiniones.

Gracias a la inclinación de la sala pude ver mejor sus piernas, muy finas realmente, pero un poco débiles, como de persona que no hace ejercicio, que se moviliza siempre sobre ruedas. Por lo demás, toda ella revelaba una gran posesión de sí misma: sus palabras salían fácilmente, lanzadas por una voz cálida y segura; como para atenuar la impresión de dominio, empleaba a menudo la forma interrogativa, haciéndole creer al interpelante que era él quien expresaba las ideas; miraba con atención a quien le hablaba, y al sonreír dejaba ver unos dientes largos que se buscaban en el centro de una boca de maxilares agudos. Observando a esa mujer no se pensaba ni en la belleza ni en la fealdad. Se pensaba solamente en fuerza humana, en potencia femenina. Yo, que me cuidé mucho de no intervenir en la discusión, me dije: Nunca se hará con ella nada que ella no quiera”.

Al terminar la sesión, la directora empezó a regresar; pero se detenía a cada momento para cambiar impresiones con los asistentes, que se hallaban de pie dispuestos a salir, aunque ninguno mostraba prisa en hacerlo. Yo crucé algunas palabras con un espectador al cual no conocía, más que todo por facilitar la espera. En cuanto a ella, parecía tener menos prisa que nadie; quedaban unos pocos espectadores en la sala, y con ellos departía mi vecina, quien ni siquiera me miraba para disculparse. Hubo un momento en que tuve el impulso de salir sin esperarla, pero entonces sí me miró ella, y seguí esperando haciendo ciertos giros y paseítos para no dar la impresión de que estaba justamente esperándola a ella.

Ya en la puerta, eran los contertulios de ella quienes no la soltaban, hasta que yo me decidí a acercármele para ofrecerme a llevarla en mi automóvil, y por fin se despidió. Ya en marcha, sentada ella a una distancia que contrastaba con la que habíamos guardado en la sala, le propuse ir a tomar algo, y accedió. Ella no abordaba el tema del incidente con Lavalle y yo estaba dispuesto a no tomar la iniciativa, no obstante que a cada curva que tomaba el automóvil, el pequeño puñal pasaba de una a otra esquina de mi bolsillo interior. Ella se mantenía silenciosa, mirando fijamente hacia delante. Cuando doblé hacia occidente en la calle 47, se animó y dijo:

– ¡Ah, vamos a “La Estrella”! Es bueno allí.

A continuación y mientras nos instalábamos en “La Estrella”, un restaurante con orquesta, hablábamos sin aludir todavía al incidente:

– Hacía mucho que no venía usted a las sesiones– me dijo.

– Sí, le respondí. Suelo acordarme al día siguiente. ¿Usted viene a todas?

– No, a todas no. La semana pasada no asistí.

Mientras preparaban la carne que habíamos pedido, hicimos servir dos vasos de un vino muy oscuro, un poco pesado y que se mantenía siempre muy tibio. Nunca pregunté de qué marca era, pues siempre lo pedía diciendo: “vino de mesa”. Estando ya para terminar su vaso, ella dijo pensativamente:

– Con los jóvenes nunca se sabe qué hacer. Si se les decepciona de pronto, pueden cometer una barbaridad, y si se les dan remotas esperanzas... también puede intentar una barbaridad, como Lavallo esta noche. Al terminar sonrió con tristeza, y retuvo en sus labios la sonrisa mientras hacía girar el vaso con los dedos.

Como una manera de vengarme por no haber aludido ella antes a mi pequeña hazaña y al mismo tiempo en un deseo inconsciente de sacar ventaja de ello, cambié la conversación para decirle:

– Se está muy bien a su lado.

Ella se puso muy seria, aspiró largamente su cigarrillo, como tratando de extraer todo el sentido de lo que yo acababa de decir, y por fin respondió:

– No se me ocurre otra cosa que repetir exactamente lo que usted ha dicho.

Ya consumida la carne entre una conversación sin importancia y teniendo frente a nosotros otro vaso de vino, abordé nuevamente el caso de Lavallo, preguntándole si él conocía su dirección.

– ¡Hola, sí!– respondió como si se tratara de un juego. Pasamos un buen rato sin que ninguno de los dos hablara, bebiendo lentamente, hasta que ella, iniciando un tuteo que yo no esperaba, me expresó:

– Siempre tengo un poco de miedo, vas a tener que llevarme contigo.

– ¡Desde luego!– repliqué yo entusiasmado, pero no sin desconfiar un poco del final de todo aquello. Cada vez ejercía más atracción sobre mí el arete morado sobre la piel morena, y cuando lo miraba sentía deseos de que lo vagamente prometido se realizara.

A la salida del restaurante, ella estuvo más cerca de mí que en el viaje de ida. Pero eso fue todo. Yo me di cuenta de que esa extraña mujer gozaba especialmente con no ser acariciada, con no darle importancia al amor, y actué de acuerdo con eso. Y ella tenía mucha razón; esa

misma noche comprobé que la ausencia de prolegómenos contribuye al placer, ya que acumula los descubrimientos.

El edificio en donde estaba mi apartamento quedaba en un recodo de la vía y frente a un pequeño parque que se veía bien desde mi ventana. Frente a ésta me encontraba yo, a las ocho de la mañana, ya vestido y esperando que ella terminara su tocado para ir a desayunar los dos en un restaurante cercano. Un verdadero sobresalto me produjo ver parado en la esquina más cercana a Lavalle, el joven director de la noche anterior, el del conato de homicidio, quien mostraba claramente que no había dormido en toda la noche. Luego me di cuenta de que él no estaba en busca de mi vivienda, cuya dirección no conocía, sino que andaba por allí, vaguenado, buscando quizá un poco de paz espiritual. Entonces me dije: “Tan grande como es la ciudad, y este tipo tenía que venir a pasearse justamente por aquí”.

La insistencia con que yo miraba hacia la esquina despertó la curiosidad de Isaura (por fin dije su nombre), quien se acercó también a la ventana. Miró largo rato en silencio, como para estar más segura, sosteniendo en el aire su lápiz de labios, hasta que dijo con acento dolorido: “¡Oh! ¡Pobre!”. Traté de desviar su atención recordándole que me había prometido darme uno de los aretes como recuerdo. Me respondió moviendo afirmativamente la cabeza, pero sin quitar la vista del hombre de la esquina. Yo también, a falta de otra ocupación, seguía mirando. Lavalle, quien con las manos en los bolsillos del pantalón se había dedicado a contemplar un pino, hizo ademán de irse. Isaura cerró bruscamente su estuche y dijo: “Me voy”. La miré sorprendido, pero ella ya buscaba su abrigo para salir disparada mientras decía en forma juguetona: “Adiós”. Ya empezaba a bajar la escalera cuando le grité:

– “¡El arete!” Ella se detuvo un instante, se arrancó el arete de la oreja derecha y me lo lanzó sonriendo, para seguir luego bajando a toda velocidad.

Yo volví a la ventana. Desde allí pude ver cómo el hombre se iba, despacio, hacia occidente, y cómo Isaura se empeñaba en darle alcance. Pude ver cómo el hombre, al sentir a Isaura a su lado, hablándole seguramente en su forma juguetona e interrogativa, se echó contra la pared, notoriamente perturbado. Poco después seguían la marcha, muy cerca el uno del otro, como dos tranquilos paseantes. Yo le daba vueltas en mi mano derecha al arete, y un filo de éste me produjo un fuerte rasguño. Apretando mi dedo pulgar para atenuar el dolor y viendo a aquellos dos irse tan juntos, se me ocurrió que el otro arete sería para él, lo cual me pareció un buen ejemplo de justicia distributiva.

OLGA SALCEDO DE MEDINA*

Desolación

En el sitio en donde desembocan dos calles formando una plazuela cerrada por aquellas casas que suben y bajan en la orilla de andenes torcidos, ahí precisamente, comienza el barrio de Santa Librada. La plazuela sirve de estación a una línea de buses de itinerario fijo y de esta circunstancia toma el nombre: *Plazuela de la Estación*. Las otras calles, las interiores, son tristes, sórdidas y estrechas, por donde transcurre, inmodificable, la vida de las gentes.

En el centro de la plazuela extiende sus ramas un viejo árbol de calabazo, tan viejo como acogedor y bueno, que sirve de apoyo a los trasnochadores, de refugio a los enamorados y es —al mismo tiempo— alcahuete empedernido de caricias y de besos; mudo testigo de romances y mentiras; en su tronco arrugado se ahonda el tatuaje de nombres y de fechas, y es a manera de un ícono al cual todos se acercan. En la esquina en donde comienza la plazuela está la funeraria, con sus ataúdes negros y blancos apilados frente a los candelabros ennegrecidos por el tiempo, los crucifijos de rostros desdibujados y toscas coronas de cera. Es una casucha endeble, con techo de paja semejante a una cabeza despeinada; bajo el alero, orgullosamente, aparece el nombre: *Funeraria La Comodidad*, y anexado un cartelito: “Cajones a plazo”. En la misma casucha, en la puerta siguiente, está el Bar-Café *El Torbellino*. El nombre entre dos bombillas de luz anémica, una roja y otra azul, parece que hiciera guiños picarescos, cada vez que una bombilla se enciende y la otra se apaga. Colindante, pero audazmente lanzada a la plazuela, está la cocina popular. Es la fritanga de la niña Juana, quien todos los días, a las seis, inicia su faena. A esa hora la niña Juana, con su amplia falda de percal floreado, con su escote inmenso, con un heliotropo en la oreja, muy pintada y coquetona, enciende los carbones en el anafe, rústica hornilla portátil adaptada a una lata vacía. Se enrojecen los carbones, hierve la manteca en el caldero, se enfrían en la mesa los chorizos, las butifarras, las morcillas, los muslos y pechugas y menudencias de gallinas; lamidos por los ojos ávidos de chiquillos y perros hambrientos, mientras los hombres hacen ronda a la niña Juana devorando sus caderas y sus senos. A espaldas de la fritanga, el “establecimiento” de *Yusseppi*, el zapatero remendón. Un poquito más allá la tienda de la niña Petra. Al doblar la otra esquina, buscando la calle del *Mediopaso*, vive Carmelina, la comadrona, muy amiga del *profe Moya*, el maestro de escuela... Esto lo esencial. Porque de las demás calles, sin casas ni nombres ni personas determinadas, van y vienen como cualquier calle, como cualquier nombre, como cualquier persona de arrabal.

* Barranquilla, 1915 – Bogotá, 1989. Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1957 y Directora de Extensión Cultural de Barranquilla. También hizo parte de infinidad de organizaciones cívicas. Publicó en Barranquilla, en 1946, el libro de cuentos *En las penumbras del alma*, y posteriormente, en 1953, *Se han cerrado los caminos*, novela que alcanzó cierta resonancia en su momento y fue satanizada por la curia diocesana de Barranquilla. De esta obra, con libretos de Gabriel García Márquez se hizo una versión para radio-novela en 1954.

¡Es carnaval...! Ningún vecino viste como Dios manda. El añoso calabozo está arreglado para el caso, con serpentinas, y caretas y máscaras, tiras de papel brillante y leyendas alusivas. El señor Samuel, el dueño de la *Funeraria La Comodidad*, está disfrazado de médico: con largo y roído saco negro; gafas sin vidrios; un tubo de caucho; unas tijeras y un serrucho, sentado frente a los ataúdes, corta y remienda, incansablemente, el abultado vientre de un muñeco de aserrín. De vez en cuando, bebe un sorbo de ron blanco, gritando: "¡Vengan los enfermos, los cojos, los ciegos, los que tienen un dolor, que yo los curaré!". En tanto, el hijo del propietario del Bar-Café *El Torbellino*, vestido de "Muerte", siembra el pánico por las calles, atrapando con su guadaña a los transeúntes. *Yuspeppies* músico: con una totuma que tiene por cuerdas un alambre, toca imaginarias sinfonías ante el mudo auditorio de los zapatos viejos que le escuchan desde las butacas de los armarios, mostrando las lenguas de las suelas desprendidas. La comadrona es Cleopatra. Y el *Profe Moya*, convertido en Napoleón, imparte órdenes marciales de derecha a izquierda.

Por obra y gracia del carnaval impera la mentira y todos realizan aquello que alguna vez han soñado. Las niñas son señoritas de alto mando, princesas, artistas de cine. Las viejas, niñas. Algunos hombres —fenómenos del subconsciente— son *señoritas*. Hay mariposas, gitanos, árabes, pendencieros, bailarines, Pierrots y Colombinas. Ladran los perros de dos patas... Rugen los tigres... Embisten los toros... Las danzas de pájaros y de diablos giran sobre sí, entre cantos y coplas. Y todos rinden pleitesía a su Majestad Lastenia Primera, la reina electa en votación popular. En la puerta de su casa, hoy Palacio Real, Lastenia Primera, bajo un arco de palmas secas, vestida de tul blanco, con un manto rojo de tela barata, con corona de latón, ríe feliz entre su cortejo de pajes y princesas.

II

Al final del barrio, medio escondida por las "Bellisimas" y "Flor de La Habana", está una casita recién pintada, con la puerta y la ventana cerradas. Dentro de la casita, silenciosos se encuentran el marido y la mujer. Hace más de una hora llegó él y permanece sentado en una vieja mecedora de bejuco, con la cabeza recostada contra el espaldar, las manos cruzadas encima de las piernas. Próxima a él, la mujer va y viene, arreglando una cosa, cambiando de lugar otra, pendiente del menor movimiento de su hombre. Los minutos pasan lentos, pesados, angustiosos. La mujer revuelve en su cabeza las frases y palabras, en busca de alguna oportuna que disipe la preocupación del compañero. No la encuentra y al fin piensa: "Antes que oscurezca tengo que hablarle. No puedo acostarme en esta incertidumbre..." Y resuelta, avanza hasta él, insinuando cariñosa:

— ¿Quieres comer algo?... Te he preparado arroz... Conseguí un poco...

— ¡No! —responde seco el marido.

La mujer se dirige entonces a la hornilla. Destapa la olla y revuelve el arroz, desganadamente. Las comadres del barrio le recomendaron a un nuevo santo milagroso y en

él, cuyo nombre no recuerda bien, tiene puestas sus esperanzas. Lo invoca mentalmente, y observando hacia atrás, de reojo, habla en voz baja:

– ¿Sabes, mijo? He descubierto otra cueva de ratones... –Se agacha haciéndose la interesada en lo que dice y prosigue– la niña Merce me prestó una trampa... ¿Quieres ver la cueva?

Se volvió de frente al hacer la pregunta. Pero el marido ni ve ni oye. Hundido en sí mismo, permanece inmóvil, tieso, como ausente. La mujer se limpia las manos con el borde de la falda y acercándose a la ventana, la entreabre lo suficiente para mirar fuera. Sonriendo dice:

– ¿Te has dado cuenta, mijo, del entusiasmo de este año?... ¿La reina es muy alegre, verdad? ¡Y qué cantidad de danzas!... Dicen que la del Congo Grande ganará el primer premio. ¿No saldremos un ratico por ahí, Carmelo?... Vale la pena echar una miradita... Los...

– ¡Cállate! –ruge Carmelo incorporándose. En pie, como animal en acecho observa de un lado a otro y se desploma de nuevo en la mecedora de bejuco.

La mujer cierra la ventana. Sus movimientos son lentos y pausados. Las lágrimas le nublan la mirada. Se encamina a la hornilla, y con los labios apretados revuelve, otra vez, la olla del arroz. Carmelo en silencio, en tanto, recuerda la escena...

Jugando con el sombrero llegó, esa mañana, donde el Patrón. Para disimular su complejo jugaba con el sombrero. Ocurría que cuando tenía que hablarle y sentía sobre sí su mirada dura y fría, no sabía qué hacer con sus manos ni con sus ojos. Se empequeñecía. Perdía toda noción de su condición humana. Tenía la evidencia que el Patrón podría ocasionarle nuevo trabajo. Y por ello fue a hablarle, a pesar de su miedo, de esa especie de compasión que le inspiraba su propia inferioridad, su ruego, su forma mendicante. Pero era preciso hacerlo y lo había hecho. ¡Cuánto había rogado! Como si fuese una mujer exhibió su miseria con la repugnancia de si mostrarse una llaga. “Señor don Roberto... –había dicho– ¿cree usted que no cuesta rogar? ¡Da vergüenza! Pero hágalo por su madrecita... ¡Por los clavos de Cristo!... Él se lo pagará... Escúcheme usted: mi mujer...”

El Patrón no lo dejó acabar. ¿Qué sabe el rico del dolor del pobre? ¿Qué comprende el feliz de la angustia del que sufre? ¿El que ríe de quién llora? ¿El harto de quién tiene hambre?... Le respondió que no podía dar a todos los que pedían, porque él quedaría sin nada. ¿Empleo?... No había. ¿Préstamos?... ¡Bah!... ¿Con cuáles garantías? ¿Iba él a exponer su dinero? Por último lo mandó a salir diciéndole que estaba ocupado...

– ¡Maldito!... ¡Maldito!... –dice en voz alta, poniéndose de pie.

La mujer, que adivina, que sabe cuánto ocurre en el interior de su marido, le pregunta ansiosamente, sin ocultar ya sus pensamientos:

– ¿Visitaste a don Roberto..? ¿Te ofreció empleo..? ¿Te prestó algo?

– ¡Nada, hija, nada..! –responde el hombre, rabiosamente– Esos malditos tienen el corazón como la piedra. Me dijo lo mismo: ¡No hay empleo..! ¡No tiene para prestarme..! ¡Será morirnos de hambre, hija..! ¿Qué otra cosa podemos hacer..?–y entre sollozos largos y hondos añadió: – ¡Malditos! Malditos ellos...

Salió, curvado por el peso de su angustia. La mujer, empequeñecida, vencida, tapó la olla del arroz. Por la calle bailaban, alegremente, las comparsas y las danzas.

III

Al día siguiente, como a las diez, se lo trajeron muerto. La mujer había pasado la noche en vela en espera del regreso de Carmelo. Llegaron dos agentes de policía en un carro de ambulancia. Rodeaban el carro del propietario de la agencia funeraria el hijo del dueño del *Torbellino* y *Yuspeppi*, Carmelina, el *Profé Moya* y la niña Juana. Tras de ellos, como un río manso, avanzaban los vecinos cabizbajos... Sobre los rostros pintarrajados, marchitos de tranocho y sudor, se asomaba el espanto. Seguían el muerto los comentarios:

– Pobrecito Carmelo... Buena persona sí era.

– Dios lo perdone...

Él mismo se arrojó al río. Traía la nariz rota, llena de sangre coagulada. El rostro amoratado y las ropas empapadas. A la hora del entierro la mujer se abrazó al ataúd, una caja sin pintar ni pulir, burdamente forrada en tela. Mirando al marido muerto dice:

– Ya nos quitaron la casita... Ahora se me va él, ¿Para dónde cojo yo..?

En las entrañas de la mujer se remece el hijo en tanto que desde la calle suben los gritos alegres de los disfrazados y más lejos aún, los tambores y las gaitas anuncian que es martes de carnaval.

ALFONSO BONILLA NAAR*

Salto Vital

Me encuentro dentro de una urna o ataúd, no podría precisarlo, rodeado de espesa oscuridad. Tengo la sensación, como los centípedos del jardín cuando se los toca, de estar como enroscado ante el peligro. En la más tenebrosa de las noches, me siento señalado por un dedo invisible. ¿Es el temor a la muerte? ¿Es el temor a la vida? ¿Qué soy yo en estos infinitos momentos? ¿Vivo en otro mundo? A veces, por una extraña sensación de que floto en medio de algo, he llegado a pensar, firmemente, que soy un astro apagado que viaja a la deriva

* Cartagena, 1916, Bogotá, 1978. Médico Cardiólogo de la Universidad de Cartagena. Obtuvo el premio de novela Eso con la obra *Viaje sin pasajero*. Lerner publicó esta obra en 1965. El cuento *Salto vital* fue tomado del libro *Cuentos impresionantes*.

hacia constelaciones ignoradas. ¿Por qué no? Quizá rodeado de estrellas en plena Vía Láctea, a miles de años-luz de la tierra. Ciego, irremisiblemente ciego, sometido al misterioso destino de los astros fuera de órbita. ¿Es un castigo o la magna recompensa? Nada sé. Todo es presentimiento.

Sospecho que tengo ojos porque mis manos en inexplicable actitud bloquean la salida de dos túneles que deben ser las órbitas. ¿No es la oscuridad, precisamente, la inevitable visión de las cuencas? Los muertos, si se atienen a sus órbitas, no verán nada distinto de una inmensa oscuridad... Pero yo tengo la certeza de algo. De que vivo. Tan seguro como de que floto en la oscuridad sin poderla ver. Siempre me sorprendió cómo saben los ciegos cuándo es de día. Puede “el río ignorar que va hacia el mar, pero saber que fluye...”

¿Qué clase de vida es la mía? ¿Duermo? Imposible un sueño que dure años o siglos como éste que describo. Sé también que no respiro. Aún más: allí no hay aire. Por eso tampoco puedo hablar. ¡Ay!, si pudiera gritar, gritar hasta que estallaran mis pulmones. El eco, su compañero inevitable, en ambiente propicio como el de una urna, me revelaría tantas cosas. Qué tan cerca del hombre o a qué infinita distancia de él me encontraba. Sin aire, no oigo. En una oscuridad cuyo silencio es ideal para escuchar la más leve manifestación de la vida, “el caer de los párpados la sombra gota a gota”... Si me inunda la poesía en esta absurda cárcel, es por ser ella clave del misterio... ¡Qué angustia más cruel! Vivo, y sin embargo, no oigo, no veo. Floto sin saber para quién vivo o ante quién muero lentamente. Sin pudrirme o, a lo mejor, sin olfato, pudriéndome en mis narices hace años. En la misma posición sin cansarme, sin dolerme nada; y sin poder salir de esta duda que me estrangula. Sin una mano que me insinúe: ¡ven!

A los que se ahogan en un pozo profundo, les queda la esperanza de que alguien los saque de nuevo a la vida. Los muertos odian la soledad. Pobres fantasmas que a nadie han pretendido asustar, sólo buscan compañía. La angustia ha hecho ya un largo recorrido por los hombres y esta situación insostenible debe ser el último peldaño. De ahí en adelante, ¡el caos!

El hombre se ingenia siempre en los momentos en que todo parece perdido y puedo afirmar que mi cerebro aprendió a humanizar el sonido por vías distintas del oído. Las vibraciones moleculares de mi ser al amparo de la densa noche que me rodeaba, hicieron posible que ya “escuchara” los primeros ruidos: ¿Era mi cerebro un estupendo cráneo vacío lleno de acústica? Así, pude apreciar algo como lejanos surtidores día y noche, o toda la noche de mis días, lavando lo que yo he llamado una urna. ¡Manes de la lluvia arrolladora sobre el techo de zinc de la infancia, cuando sentía llegar el sueño con sus pasos de algodón, ahora convertido en instrumento de insomnio eterno! En todo caso, los surtidores manteníanme siempre despierto. ¿Dormido soñaba que era de día y el sol, a todas horas mordía mi angustia en una mañana infinita?

Después, no tengo la menor duda. Algo que quería salir del pecho, como deseoso de averiguar lo que afuera pasaba, me ratificaba que yo era. Funcionaba velozmente como

asustado. ¿Le dio lástima mi estado de total postración y aceleró sus corceles para alegrar mi vida? ¡Pensaba tantas cosas! Debo aclarar que sentí como un relámpago cruzando el cielo de mi desesperanza. Al fin una luz. Esta vez, luz vital ¿En verdad se trataba de mi corazón o de una carnada de alegres ratones jugando en la cueva de mi tórax? Estaba a un paso de la locura. ¿Qué diantres hacía yo allí? No comía. No tenía urgencia de ninguna clase, sufría, pero no sentía. ¿Los sentidos para qué? Sólo el tacto, que hacía el olfato por deducción, me permitió suponer, casi asegurar por la humedad de las paredes, que se trataba de un lugar muy viejo, donde habrían habitado generaciones sin fin; que un olor a polvo rancio lo inundaría todo. ¿Y a qué solución eficaz conducíanme tales conjeturas? Tal vez me tranquilizaba un poco el saber que los puños cerrados insistentemente sobre las órbitas me evitaban el desolador espectáculo de enfrentarme con el más noble de los sentidos, a una noche infinita, sin estrellas, sin astros. Igualmente, hacía imposible que en un momento de desesperación llegara a eliminarme, a estrangularme con lo primero que encontrara, aún con mis propias manos: ¿Cómo sería el espectáculo de un hombre, balanceándose, no de un árbol sino del techo de la más lúgubre de las noches, como escarmiento para los que no saben esperar? La fe también me salvó de no decidirme por la más tremenda auto-sugestión de que se tenga noticia. De repetir hasta la muerte: “Quiero morirme, quiero morirme”, y al fin ver cumplido mi deseo.

En el millón de peldaños de la angustia, había logrado mediante la fe, bajar uno. “Algo es algo”, me dije. Había llegado a la conclusión de que estaba vivo, sin poder asegurar si despierto. ¿Me encontraba en un sueño inacabable? En verdad, no tenía la sensación del tiempo, como creo nadie la tiene cuando sueña. No había ninguna fantasía en mi estado. Demostración indudable era el no haber soñado en colores jamás, sino en blanco y negro. Si alguien hubiera fotografiado mis sueños, comprobaría mi aserto. ¿Podría existir una situación más angustiada? ¿Más inhumana? ¿Más absurda? En los papeles privados del que creó los “ghettos” no encontrarían un castigo semejante. ¿Quién inventó este castigo mío?

Llegue a creer, después de mucho meditarlo, sin el menor sonrojo, que era una marmota que hibernaba en su cueva. Me costaba creerlo, por una razón: porque habría reencarnado; y por otra, ino recordaba haber muerto! Sin embargo, la suposición que más me sedujo era la del estado de momia. También conservado me sentía, que sólo esperaba la mano arqueológica para sorprender a la humanidad. Sin hambre, sin necesidades fisiológicas, insensible a una misma postura durante siglos, creí que el “hallazgo” lo estaban haciendo las manos ciegas de profundísimos riachuelos que lavaban mi urna o ataúd; y las vibraciones cada vez más frecuentes (ahora veo más claro) eran los barrenos de los exploradores que hacían temblar la tierra y trepidar mis carnes. Yo no recordaba haber muerto, lo repito. En fin, hay tantas maneras impunes de eliminarlo a uno... Cuando abran la urna, pensaba, la gente exclamará: “No sólo se conservó vivo, intacto, sino que, como los cereales enterrados con las momias egipcias, será capaz de vivir y de reproducirse”. Lo mismo no dejó de preocuparme. Yo creo

que un organismo después de tan larga parálisis vital, ha tenido que olvidar el sentido de perpetuarse en la especie. Y mi primer hijo, como todos mis hijos, Inacería muerto! Estaba resuelto a todo. A cualquier cosa que resultara Pero que fuera cierta. Que me constara en forma indudable. Que pudiera tocarme, pellizcarme, y decir: “esta es mi piel de todos los días. Si subo apresurado una escalera, me fatigo”. En fin, saber que estoy vivo.

Si alguien me hubiese preguntado qué idioma me gustaría hablar o, mejor cuál era mi lengua original antes de esta absurda situación, le hubiera respondido sin titubeos: Ninguna. Hacía tanto tiempo que estaba allí, siglos tal vez, que tenía la seguridad casi absoluta, de no ser capaz de salir caminando como cualquier mortal, y mucho menos de hablar. Y no andaba extraviado. ¿Cómo abrir al ejercicio unas articulaciones clausuradas por el óxido de la quietud? ¿Y los pulmones, sin respirar, no estarían como piedras? ¿Y qué podía esperar de la grabación y recuperación de la memoria de las sensaciones, si viví tanto tiempo en blanco? Todo era incomprensible y, sin embargo, me parecía que una sutil lógica tejía estos incidentes que no iban más allá de la cenestesia. Así se desprendía de mi raciocinio, que debió costarme centurias.

Días o siglos después, imposible precisarlo, algo inexplicable sucedió. Al fin llegó el indudable informe vital. En este caso no lo sentí íntimamente, y menos estando quieto, mas sí lo aprecí en centímetros. ¡La urna comenzaba a quedarme pequeña! Y algo más, absolutamente inexplicable, desconcertante, para cualquiera: alguien compartía en silencio, como petrificado, la misma oscuridad, el mismo limbo conmigo. Esa otra persona que me inspiró terror, momia o marmota, lo que se quiera, desliza su espalda contra la mía en actitud de completa indiferencia. ¿Por qué tan quieto? ¿Estaba al acecho para destruirme? ¿Qué razones tendría para odiarme? ¿Para qué pelear un espacio fúnebre? ¿Con qué derecho estaba allí? Era un extraño monstruo, hijo onírico mío con la noche, que se preparaba a devorarme? Por primera vez tuve miedo y jugándome la incierta vida que comenzaba a perfilarse, me aventuré a golpear, discretamente a mi vecino con el codo. El intruso no se dio por aludido. Continuó indiferente dándome la espalda...

El cerrado ambiente se volvió invivible. Si el incógnito no respiraba como yo, menos mal. Pero, ¿y si se asfixiaba y se pudría? Se imaginan acostarse uno con un cadáver en descomposición? A lo mejor me pasaría sus gusanos... ¿Quién además puede dormir tranquilo en un cuarto sin ventanas, sin escape, con un enemigo en potencia, si el menor daño que podía hacerme era morirse? La pelea seguía casada, pero, ¿con quién?

El espacio se iba reduciendo por momentos. Cada vez sentía más cerca la sombra amenazante, entre las sombras, del inesperado huésped. Mis movimientos, hasta hacía poco reveladores de la libertad fueron ilusión cruel y fugaz. Sin embargo tenía un consuelo: la muerte en compañía si mi vecino estaba tan entregado al destino como yo.

Cierto día algo extraño aconteció. Una fuerte vibración estremeció mis carnes: había atravesado un medio líquido, pues al menor movimiento sentía como un chapoteo ¡Eso me

faltaba! La urna se hacía agua... y me resigné a morir... Mi refinada sensibilidad a los ruidos me decía que se trataba de un grito, probablemente de dolor. ¿O era alguien con un cuerno de oro, llamándome a la muerte? Se repitieron varias veces, cada vez más próximos. Ya no me sentía tan solo, y esto me reconfortaba. ¿Había hecho algún progreso en mis dudas? Muy poca cosa. Tal vez sí había obtenido una nueva e importante sensación con estas vibraciones: saber hasta dónde llegaba con exactitud mi ser, mis contornos corporales, en esa infinita oscuridad, cuáles eran los verdaderos límites de mi vida o de mi muerte.

Las vibraciones o corrientazos, los gritos, diría yo, se repetían más frecuentemente. Entre terror y alegría, me preguntaba: ¿ahora, sí, los exploradores? ¿Cuando saliera, en qué extraño país o planeta me encontraría? Distaba pocos instantes de saber la verdad completa.

La urna continuaba reduciéndose y me sentía desalojado, deslizándome por un túnel igualmente oscuro, por entre el cual solo cabía una persona acurrucada, rumbo a lo desconocido... Tenía el presentimiento de que me precipitaba al vacío. Una de esas corazonadas que nadie puede explicar y que nunca fallan. ¿Hacia dónde? Imagínense a uno con la cuerda del paracaídas amarrada a la cintura, dentro de la cabina oscura de un avión con ruta desconocida, que de pronto alguien abre una portezuela automática y lo precipita al vacío; y que, de allí en adelante, todo dependa de que se abra o no el paracaídas. ¡Ni más ni menos esa fue mi sensación! Y me persigné mentalmente al tiempo de dar el salto a la nada.

Cuando abrí los ojos —al fin pude hacerlo— una fuente luminosa me encandiló y vi un millón de estrellas. ¿Aterrizaba en el sol? No podía articular palabra. Gritaba y me movía con dificultad. Un monstruo con la cara tapada y los ojos refulgentes me golpeó con tanta fuerza que me hizo llorar. Fue el mismo que cortó la cuerda que me salía de la cintura y arrojó a un balde un paracaídas ensangrentado. Noté que el llanto iniciaba mi respiración. Que no había tales pulmones de piedra. Así llegué a este mundo lleno de sonido y de luces, mi hermano, media horas después, ya entrada una noche de verdad.

NÉSTOR MADRID-MALO*

El día en que llegaron las máquinas

Esa tarde, a la salida del colegio, vimos venir a Alfonso, que se había echado la leva. Esperó que llegáramos a la esquina de don Arturo —para que el maestro no advirtiera su presencia—, y nos esperó más que emocionado:

* El Carmen de Bolívar, 1918. Bogotá, 1989. Estudió derecho en la Universidad Nacional de Colombia. Poeta, ensayista y cuentista. Colaboró en los diarios *El Tiempo*, *El Herald* y *La Prensa*. Publicó los siguientes libros de poesía *Los sueños recobrados* (1949); *Memoria de los sueños* (1959); *Poemas italianos* (1967); *Navegante del sueño* (1976) y *Soledad del canto* (1985). También publicó los libros de cuentos *Suerte a las siete* (1955) y *Guineo verde* (1966).

– ¿Sabes que están llegando las máquinas?

– ¿Qué máquinas?– repuse yo inquisitivamente.

– Pues los tractores de la Compañía. Hace como quince minutos pasaron por el cementerio...

– Entonces ya deben estar llegando por aquí –observó Víctor–.

– ¿Por qué no vamos a ver por dónde vienen?– dije, mientras iniciaba veloz carrera hacia la esquina de la Calle del Camposanto, por donde debían aparecer las anunciadas máquinas.

En tropel arribamos allí, cuando ya comenzaba a oírse un ruido ronroneante. Echamos una mirada hacia “abajo” –porque “arriba” era del otro lado, según el sentido en que corría nuestro doméstico Arroyo–, y vimos que a lo lejos, como a tres cuadras, avanzaban unos bultos rodantes o, mejor dicho, uno solo, pues apenas se distinguía el que encabezaba la caravana. En nuestra infantil impaciencia, no nos resignamos a esperar que llegaran hasta nosotros –en su lenta marcha a través del Pueblo– sino que resolvimos correr a su encuentro.

Entonces los pudimos ver de cerca. Eran unos monstruos trepidantes, que no caminaban sobre ruedas –como los primeros “Dodge” que un año antes habían aparecido por el camino del río–, sino sobre una férrea y dentada cinta que todo lo aplastaba a su paso e iba dejando por doquiera la huella de sus encadenadas garras. Encima, en su parte delantera, un hombre rubio, que fumaba un descomunal tabaco, operaba una serie de palancas, sentado bajo un sucio toldillo, mientras una chimenea expelía densos copos de humo a medida que los golpes del motor resonaban acompasadamente. Cuando pasó a nuestro lado, la tierra parecía temblar. Aquel inmenso armatoste arrastraba algo así como unas carretas de hierro, donde se apilaban largos tubos y varillas. Detrás venían como diez chécheres más de esos, que Alfonso había llamado tractores, con idéntica carga. Y luego seguían otros menos grandes, con muchas cajas, galones y quién sabe qué más cosas, pues estaban cubiertas por unas amplias lonas. Y manejando las máquinas, o echados encima de la carga, los mismos tipos rubios y acuerpados.

– Son trabajadores gringos de la Compañía Petrolera. Van hacia el Campamento de “El Tunal” –dijo Víctor, que parecía ser el más enterado.

Pero apenas podíamos escucharlo, pues el ruido que producían era ensordecedor. La novedad de aquellos poderosos artefactos que así de improviso invadían las antes tranquilas calles del pueblo, lejos de producir en nosotros un júbilo infantil, sólo dio motivo a nuestra silenciosa expectación. Y así nos quedamos, viéndolos desfilan como si veinte plantas eléctricas pasaran junto a nosotros, con sus secos pop, pop, pop que aún vibraban en nuestros oídos cuando desaparecieron a lo lejos, al llegar a la Plaza.

(Ahora comprendo lo que en ese momento pasaba por nuestras mentes. Intuíamos, sin darnos exacta cuenta, que se estaba clausurando una época en la existencia de aquel pueblo

soñoliento y que entrábamos en la era de las máquinas. Algo de lo cual sólo habíamos tenido recientes datos, cuando se inauguró la planta eléctrica —que por primera vez había traído hasta nuestras casas el amarillento milagro de aquellas bombillas que alumbraban sin quemarse—; y luego el salón de cine, donde Tom Mix, Douglas Fairbanks y Mary Pickford nos habían situado en medio de un mágico e insospechado mundo. Después de la revolución de la luz, llegaba la revolución de los motores).

Cuando llegué a mi casa, en la oficina de mi padre había una numerosa reunión. Allí estaban los notables del lugar, que comentaban la singular novedad. Hablaban, de lo que iba a significar para el pueblo la explotación petrolífera que se iba a iniciar en terrenos del Municipio, y de la bonanza que ello conllevaría para nuestra comunidad. Estaban muy entusiasmados, e incluso mi padre —normalmente tan poco expansivo— estaba más hablador que nunca. Pasé a la alcoba de mi madre, y le conté lo que había visto. No se emocionó en absoluto y me miró largamente sin decir nada: Luego, moviendo la cabeza en gesto dubitativo, comentó: —¡Quién sabe hijo! ¡Quién sabe lo que nos traerán esas máquinas!—. Y siguió cosiendo.

No transcurrió mucho tiempo sin que se dejara ver lo que en aquellos tractores había llegado al pueblo. Las calles, anchas, planas y arenosas, pronto mostraron los efectos de sus férreas cremalleras. Dos zanjas fangosas se formaron con las primeras lluvias, que fueron convirtiéndose en inmensos baches a medida que las bestias, especialmente las recuas de mulas que traían el tabaco desde las vecinas plantaciones, fueron chapoteando allí a diario. Muchas casas situadas en la Calle del Camposanto presentaron rajaduras y algunas amenazaron ruina, debido a la vibración que producían aquellas gigantescas máquinas. Los dólares comenzaron a correr por cantinas y bailaderos, que de pronto proliferaron, con su población de mujerzuelas sospechosas que nunca antes se habían visto por aquellos lados. Buenas mozas muchachas humildes se pervirtieron de la noche a la mañana, y ya había todo un barrio del pueblo, “El Tendal”, donde se las veía pintarrajeadas y en descaradas actitudes.

El encargado de enterarme de todo eso fue Salvador Mendoza, un lejano pariente nuestro, bonachón y borrachín. Fue, recuerdo, una tarde que —como casi todos los días— me paseaba en su caballo, montado allí en las ancas de la briosa cabalgadura. Al pasar por aquel barrio me fue enterando con pleno desparpajo de aquellos “progresos”. Y cuando yo, ingenuamente, se lo conté a mi madre, ésta se horrorizó y nos prohibió a sus hijos que pasáramos por ese “arrabal de perdición”. Su buena reprimenda se llevó el simpático Salvador cuando al día siguiente se encontró con ella. Pero el “pariente” Mendoza le dijo desenfadadamente: —Es para que vaya sabiendo y se vaya cuidando, comadre... Y para que esté enterada de todo lo bueno que nos han traído los tractores—. Pero mi madre remataba con un “¡Jesús Salvador!” que provocaba la gozosa risotada de aquél.

Y así comenzó aquello. Todo un séquito de ingenieros, cadeneros, perforadores, tractoristas, mecánicos y choferes se dejó ver a diario por el pueblo cuando terminaban las labores en el Campamento de “El Tunal”, armando jarana y escandalizando al pueblo amedrentado. Sólo Salvador los paraba en la cabeza cuando intentaban salirse de madre o propasarse con alguna muchacha. Pero incluso él hablaba bellezas de las maravillas que se podían ver en el Campamento. Y un día, siempre a la salida de la escuela, le pedí que me llevara hasta allá. Unas altas y negras torres coronaban aquella pequeña agrupación de casas, estilo “bungalow”, que se veían surgir ordenadamente a un lado. Algo así como un pequeño barrio norteamericano, con las casitas de madera pintadas de verde, y con sus techos recubiertos de tela encerada y el anjeo de las ventanas, donde residían los ingenieros y el personal norteamericano de la Compañía. Lo que más llamó mi atención fueron las torres, donde sin cesar se oía el empuje incisivo de los taladros, acezando noche y día con su golpeteo horadante. Y por encima de todo estaba aquel pegajoso y esencial olor a citronela y a insecticida, que inundaba el ambiente. Salvador me lo explicaba todo, con una suficiencia que nunca hubiera sospechado en él.

Pronto nuestras relaciones con los pobladores del Campamento fueron inmejorables, pues un primo nuestro—entonces el único médico del pueblo—, que había estudiado en los Estados Unidos, se convirtió en “factotum” de la Compañía, no sólo por su reconocida pericia clínica, sino porque hablaba fluidamente el inglés. Además, el intercambio social con sus funcionarios era muy activo, y éstos organizaban frecuentes bailes y otras fiestas a los cuales asistía la “crème” de nuestra pequeña sociedad. A algunas de ellas asistían mis padres, y no pocas veces fui yo allí con ellos. Alelado casi quedé cuando por vez primera pude ver los grandes abanicos eléctricos dando incesantes vueltas desde el techo; las neveras y cocinas de gas; los “water closet” con su milagrosa cadenita que convertía en inodoras ciertas urgentes y cotidianas funciones, o la fábrica de hielo, de la cual salían los gigantescos bloques que iban a refrescar el macizo calor que sobre el pueblo pesaba desde dos siglos atrás, cuando don Antonio de Latorre y Miranda—el gran fundador— edificó allí las primeras moradas. Y qué cenas las que nos brindaban. Carnes, legumbres, jugos, compotas, cuyos extraños nombres leía yo en los envases, venidos desde muy lejos para provocar mi infantil admiración. Las atracadas de “spann”, salchichas, jamón ahumado y rosados quesos de bola, que entonces me di. ¡Y estaba además el variado espectro de las frutas de California! Y los sabrosos helados y postres que confeccionaba un simpático cocinero chino, que reinaba sobre los sirvientes y las auxiliares de cocina como un jeque árabe sobre su harén. Y hasta llegué a probar un día algo parecido a nuestro ron bolivarenses, en cuyas botellas se leía “Bourbon”, y que trasegaban abundantemente mi primo el médico, mi padre, el alcalde y el Cura, en la entusiasta compañía de Mr. Johnson, Mr. Feenner, Mr. Lehmann, etc.

Y como si eso fuera poco, no tardaron en llegar los ingenieros italianos que estaban trazando el Ferrocarril Central de Bolívar. Luiggi, Pasquele, Ferruccio, unos tipos

simpatiquísimos que más pensaban en cantar y bailar que en la manera de dotar a la frustrada vía férrea de una apropiada banca. Pronto el pueblo no fue sino un solo jolgorio, donde gringos e italianos se turnaban para empinar la botella o danzar al compás de “Rosa de fuego”, “La hija del penal”, “Besos y cerezas”, y “Mocosita”, o de rápidos pasodobles como “Currito de la Cruz”, o apesarados tangos como “Ladrillo está en la cárcel”. Toda la gama de la ridícula ola musical de entonces.

Uno o dos años después, la Compañía anunció que había resuelto vender un paquete especial de acciones entre las gentes del pueblo que quisieran vincularse a la empresa. A la ventanilla abierta al efecto acudieron en una semana todos los ricos del pueblo, ansiosos de comprar los atractivos bonos, impresos en caracteres dorados y negros. Y hasta los que no lo eran tanto, como mi padre, que resolvió vender “Carvajal”, un hermoso potrero, para invertir su importe en aquellos papeles. Todo el mundo pareció volverse loco ante el espejismo que representaba tan extraña operación financiera. El único que conservó su buen juicio fue don Solimán Musalam, un hábil comerciante palestino que había llegado a tener una cómoda posición económica y social en el pueblo, y a quien todos querían y admiraban allí por sus dotes humanas. Buen amigo de mi padre, bastante que le previno para que no se metiera en semejantes honduras. Lo mismo hizo mi madre. Pero ¿cómo no proceder así, si igual cosa estaba haciendo todo lo que valía y pesaba en el pueblo?

¿Y si no había quien no creyera en el negocio del petróleo convertiría a la región en un emporio de riqueza? Y así continuó aquel oleaje de generalizado optimismo, entre el cercano alentar de los incansables taladros y el alegre sonar de las vitrolas que también habían hecho su aparición por aquellos lugares.

Hasta que un día de julio de 1927 —poco después de las festividades de la patrona del pueblo, la Santísima Virgen del Carmen, que aquel año habían sido especialmente fastuosas—, aterrizó de golpe una noticia en la tertulia que todas las tardes se reunía en la tienda de don Solimán, frente a la Plaza.

No había petróleo en la comarca y la Compañía se retiraba después de amontonar cuantiosas pérdidas. Al día siguiente comenzó la romería de gentes a las oficinas locales de la empresa y al campamento de “El Tunal”. Pero allí sólo había fantasmas: los de las torres que, quién sabe por qué, habían asumido un espectral aspecto; los de las casas deshabitadas, de los tractores abandonados y de los detenidos taladros. Nadie se explicaba cómo habían podido desaparecer los moradores del campamento, así en un santiamén. Pero luego se supo cómo había sido todo. Habían aprovechado los ocho días de fiesta para poner los pies en polvorosa. Yo fui a poco con mi padre. Además de todos esos lastimosos cadáveres de cosas, sólo quedaba allí aquel insistente olor a citronela y a insecticida, que ya comenzaba a desvanecerse. Al regreso, mi padre se preguntaba: —yo lo oía apesarado— si era que en realidad había existido aquel campamento, aquella explotación petrolífera, o si todo había

sido un sueño. Más que mohíno –como el común de quienes habían esperado tanto de aquella inversión–, regresó a nuestro hogar ese día. Y tenía razón, pues no sólo había vendido “Carvajal”, sino “La Ensenada” y “Llano-Lindo”, para comprar acciones de la Compañía. Estábamos arruinados y sólo nos quedaba nuestra vieja casa. Fue entonces cuando emprendimos el camino del exilio. Que todavía dura.

CARLOS ALEMÁN*

El diablo y él

Caminaba sobre el mundo como si le perteneciera. Lucho era así. Descendiente de alcabaleros, trocados por la dinámica de la tortuosa historia en libertarios, estaba perplejo en medio del mundo que se le escapaba a porfía.

Rodeado de viejos cuadros, de pergaminos enmohecidos, desvalorizados. Escudos de armas cubiertos por telarañas, Lucho deseaba agarrar la vida. Cientos, miles de hectáreas con cédulas reales permanecían incultas; vestigios de pasadas épocas de esplendor, explotación y poder de sus antepasados hispánicos.

Cavilando sobre el destino de semejante latifundio –y de su destino– ensilló el último caballo que le quedaba, calzó las espuelas y desenrolló unas rotas polainas que pendían del zarzo de la casa solariega. En el sucio pellón introdujo dos mudas de ropa raída, en las alforjas media libra de queso y dos panes viejos. Así armado marchó a los extensos dominios de lo que otrora fuera la más maravillosa hacienda de la Colonia. Con titánica voluntad se empeñó en rescatar económicamente las inmensas tierras de sus abuelos. Pero los años transcurrían sin variación. De nada valía el empeño de transformar el latifundio “La Esperanza” –así se llamaba la hacienda–, permanecía idéntico, a despecho de los esfuerzos de Lucho.

Comprendió que era utópico, con la sola voluntad de variar el curso de la desintegración de sus bienes. Desesperado resolvió regresar a la ciudad, vencido, amargado. Después de un lustro enfrentado a las limitaciones de la vida rural, inició una mañana el retorno. Atrás quedaban enterrados los sueños de mejoramiento, ilusiones truncas. Años inútiles. Con tal bagaje de frustraciones se despidió de los peones que le permanecieron fieles durante ese lapso.

* Mompox, 18 de abril 1919. Estudió bachillerato en el colegio Pinillos de su ciudad natal. Estudió Derecho en la Universidad Nacional. Fue Diputado a la Asamblea de Bolívar en 1949, clausurada por el gobierno de Ospina Pérez. Artículos suyos han aparecido en El Espectador, El Heraldo El Diario del Caribe y El Periódico de Cartagena. Dirigió el Radioperiódico Sincelejo al Día durante tres años. Los relatos “El día que se fue el río” y los “Cuatro alegres gatos” aparecieron en Vanguardia Liberal, con introducción de Roberto Burgos Cantor.

Un duro nudo le apretaba la garganta y cuando iba a convertirse en blanca y salobre lágrima reaccionó; los machos como yo no lloran, carajo.

Al dirigirse a la ciudad en su cansado jamelgo tuvo que desmontarse para abrir un viejo portón de hierro que le cerraba el paso. Cuando adelantaba esa penosa operación, pues los goznes estaban vencidos por el tiempo y el abandono, sintió que alguien a su espalda le seguía. Sin tomarse el trabajo de volver la vista para inquirir por el desconocido gritó:

– De este mundo o del otro, no me joda.

– Así no, jovencito, –replicó el desconocido–. No se altere que podemos ser buenos amigos.

– Qué buenos amigos ni qué carajo. Yo no tengo amigos ni nada. Sólo tienen amigos los ricos. Cuánto tienes, cuánto vales.

– Así me gustan los hombres que tienen ambiciones y aman el dinero, el dominio de las gentes y las cosas. Pero todo eso sólo se consigue con plata, harta plata, mucha plata y yo estoy en capacidad de dártela.

– Deje de ser pendejo. Además, quién es usted y por qué he de creerle.

– No interesa por ahora quién soy ni tampoco si debe creerme o no. Hablemos y después cerramos trato.

– ¿Trato de qué y con quién?

– Escucha –le dijo a Lucho el desconocido–, extiende la vista: miles, cientos de miles de hectáreas de tierra de tu hacienda, pero están incultas, vacías, sólo tres reses para alimentarte malamente a ti y a tus jornaleros, a quienes les debes varios meses de mísero salario. Un ranchito donde vives en promiscuidad con los peones, las gallinas y dos cerdos que no son tuyos sino del cuidandero. Ni una mujer ni un halago. No sientes que eso que llamas vida no es vida. Que existen cosas diferentes a tu mundillo precario. Dinero, licores, mujeres, viajes, dominio. Mas eso no lo alcanzarás trabajando. Llevas cinco años enterrados en este latifundio sin progresar y jamás progresarás sin ayuda. Yo te ayudaré y transformarás esto en algo grande. Todos te obedecerán y sobre todo, no lo olvides, te temerán.

– Hasta ahora te he escuchado. Creo estar despierto. Y no he dormido. Supongo que lo que me ofreces tendrá alguna contraprestación. ¿En qué consiste?

– Cuando te elegí, sabía no equivocarme. Tienes ganas, estás conformado para triunfar, para avasallar. Eres inteligente y sin miedo. Fija la atención: yo te doy lo prometido a cambio de que en este mismo sitio, cada Jueves Santo a las doce del día me entregues uno de tus peones o servidores. Y después tus colaterales. Además, tendrás larga vida, serás longevo.

– Trato hecho –gritó Lucho–; choque esa mano. Al extenderla para cerrar con ese cumplido el contrato, se quedó en el vacío. Mas un sudor helado recorrió su cuerpo, permaneció como sembrado a la tierra, a esa tierra que era el fundamento de su mundo feudal.

III

Un día seguía a otro, todos tan igualmente monótonos que Lucho perdió la noción del tiempo. Caían las fuertes lluvias novembrinas y humedecían la tierra. Unas horas más tarde salía el sol y el agua se iba levantando desde la tierra, dejándola reseca y calcinada.

En los riachuelos las babillas se asomaban al sol. Los campanos se erguían sobre el agua sucia y las ranas y sapos en cero cantaban bajo. Todas las noches los mosquitos hacían del sueño un infierno en vida. Pero el ganado se multiplicaba. “La Esperanza” empezó a cambiar rápidamente y extenderse. Parecía como si la tierra pariera novillos. Cinco mil vacas llenaban los corrales de madera. A diario se despachaban caravanas de ganado para abastecer los mercados del país y una república vecina.

Donde estuvo el ranchito Lucho proyectó una mansión. El trabajo comenzó pronto y prosiguió durante varios años. Maderas diferentes: robles, guayacanes, soleras, maderas duras, secas para resistir la humedad de las tierras cenagosas. Muebles adquiridos en los viejos negocios de su vieja ciudad, modelos trabajados por los mejores artesanos de su vieja ciudad. En su fabricación se habían empleado semanas, meses, cuidadosos afanes, hasta que se consiguió toda su reluciente belleza. El trabajo continuó noche y día. Al final de un mes sin nombre la gran mansión quedó concluida. Desde el principio la vivienda tenía cierta majestad, un soberbio aire de orgullo y excesivo desdén.

Con la proliferación del vacuno también llegó la proliferación de hijos. Se contaban por decenas, siempre con mujer diferente. Jamás llegó a tener dos hijos en una misma amante.

Cuando llegaba la descendencia de inmediato la licenciaba, donándole un baúl de madera, una mecedora y una máquina Singer. La amante así desechada era recogida generosamente por otro de sus hermanos mayores o menores.

Cansado de la transhumancia amorosa resolvió sentar cabeza, formar hogar. La seleccionada fue una mujer de su misma estirpe, ello iba envuelto en el pacto.

Con el inusitado crecimiento de la hacienda empezaron a correr rumores entre los habitantes de la región. El prestigio de Lucho, el terror a todo lo que encarnara, un símbolo de su prepotencia se desarrollaba tanto como sus ganados, que, además, tenían la característica de ser de color mono. El abigeato, que crecía como flor silvestre entre las demás ganaderías, nunca penetró en los predios de La Esperanza. Existía un temor reverencial por los bienes de esa hacienda. Nadie osaba penetrar en el territorio inmenso de la finca ni para la pesca ni para la caza. Ninguno cometió la avilantez de robarse un novillo mono.

IV

Ritualmente los Jueves Santos a las doce del día –según lo pactado–, Lucho enviaba a uno de sus trabajadores a que arreglara el portón de hierro de la hacienda. A poca distancia se encontraba escondido otro trabajador y cuando el primero estaba atareado en sus quehaceres, el segundo le propinaba un golpe mortal y lo enterraba al pie del fatídico lugar.

Los primeros desaparecidos no hicieron entrar en sospecha a las gentes de la finca. Pero cuando el hecho se hizo notorio por haber desaparecido en circunstancias idénticas, varios peones de La Esperanza, las personas seleccionadas para realizar el arreglo de marras se tornaron esquivas al principio y después resolvieron rebelarse ante el mandato.

Correspondió luego el turno a los colaterales. El círculo se estrechaba. El pacto apremiaba. Un Jueves Santo la suegra de Lucho, cuando cabalgaba cerca al portón de hierro, cayó fulminada por un ataque al corazón. Años después, un Jueves Santo dos yernos del hacendado al ejecutar acrobacias en sus avionetas particulares chocaron entre sí y cayeron envueltos en llamas sobre el siniestro lugar.

Una rutina de manjar siempre probado carcomía el organismo del hombre. Tambaleante con su ceguera a cuestras, caminaba por los largos y desiertos corredores de la mansión, sólo lo acompañaba una nube de moscas que crecía a su alrededor tanto como los novillos en las dehesas.

Las hijas viudas, los hijos sin descendencia para prolongar el linaje. Lucho describía la parábola de la vida. Le cercaba la muerte. Él, que había cercado tantas haciendas propias y ajenas en su afán de proyectarse al futuro. Y un día cuando dialogaba sin interlocutor, Lucho murió.

El cadáver fue trasladado a la tierra de sus antepasados, a la antañona casa de donde saliera en lejano día dispuesto, sin ayuda alguna, a tomarse el mundo, pero después de cinco años y vencido resolvió iniciar el retorno que fue interrumpido por el contratista misterioso.

Una inmensa muchedumbre acompañó el cortejo fúnebre, tan inmensa como las tierras reconquistadas del latifundio enantes inculto y ahora –gracias al pacto– incorporadas a la producción.

Mas al intentar conducir el féretro en la iglesia, se desató una tempestad de arena. A lo lejos se escuchaba el jubiloso bramido de cientos, de millares de novillos cimarrones que llevaban en vilo el cadáver pútrido de Lucho.

MANUEL ZAPATA OLIVELLA*

La tinaja en la sombra

Isidoro desgranó las palabras a sorbos, el resuello quemante:

– Don Casildo me mandó a decirte, que quiere comprar tu rancho; que te pagará buena plata. ¡Mira cómo eres de suertuda!

* Lórica, Córdoba, 1922. Médico, antropólogo, novelista, ensayista y dramaturgo. Entre sus publicaciones ensayísticas se pueden mencionar: *El hombre colombiano, Tradición Oral y conducta en Córdoba, Etnografía colombiana, Nuestra voz: aportes del habla latinoamericana al idioma español* (1987) y *Las claves mágicas de América (raza, clase y cultura)* (1989). Entre sus novelas se cuentan: *Tierra mojada* (1947); *La*

¡Una bofetada no le hubiera desfigurado tanto el rostro como aquella propuesta!

—¿Vender mi rancho? No seas loco. ¡Ni que me pague toda la plata que tiene el muy hediondo!

Los ojos de la vieja Chana se enturbiaron y la totuma en que acabara de dar de beber agua a su primo, crepitó en su puño, triturada como hoja seca.

Escupió su mascada de tabaco y complacida comprobó que las aguas empantanadas arrastraron el negro salivón muy lejos de su rancho. Una vez más se escapaba de la inundación. Suspiró. Se quedó pensativa allí a la orilla de la ciénaga. Oscuros pensamientos la agobiaban.

— Mana Chana, será el próximo año cuando el río se lleve tu tinaja.

La vieja miró a Isidoro, curvado bajo el peso de cepas de plátano. Era de su misma edad; no, un poco más viejo. La sangre los amarraba por uno de esos undos en la amplia red de los primazgos. Era, además, el único pariente que sobreviviría, porque su raza, quién sabe por qué maldición, no espigaba hijos ni nietos que la perpetuaran. Raro que ella hubiera vivido tantos años: ¿Setenta? ¿Ochenta? No sabía cuántos. La tinaja, solamente la tinaja tenía su edad. Su primo Isidoro afirmaba que el padre la había enterrado bajo el limón el mismo día en que sepultó la placenta de ella bajo los cimientos del rancho. Y la gente del pueblo, por decir, comentaba que la Chana moriría en la misma hora que se rompiera la tinaja. Habladurías... Había que buscar en otras raíces el culto que le profesaba. ¿Recuerdos? Desde luego, ella era algo así como la encarnación de su padre, su espíritu tutelar, que desde el sombreado rincón compartía de su existencia, una compañía más sincera y constante que la de su propia sombra.

Cuando Chana metía la totuma por su ancho cuello y removía el agua, una voz regurgitaba en su interior, voz de hombre, honda y sonora como la risa de su padre. Y cuando vacía, raspaba el fondo con la totuma, hablaba largo, historias viejas, con el acento anecdótico de los narradores de cuentos del pueblo... Leyendas. ¡Para eso al pueblo le sobraba imaginación, y a los cariteños mucho más!

Porque ha de saberse que el rancho de la vieja Chana estaba ubicado a un lado del camino real que cruzaba a El Carito. Camino real en toda época, pues cuando no transitaban por él los ganados en verano, paso obligado era en invierno de las champas que surcaban las ciénagas inundadas. Entonces los cariteños vivían en sus tambos, acurrucados sobre las barbacoas, alimentándose de los puños de arroz que guindaban de los tirantes del techo, rezagos no vendidos de la cosecha anterior. Aligerada estaba de estos temores la vieja

Calle 10(1960). *Detrás del rostro*(1963); *Chambacú, corral de negros*, *En Chimá nace un santo*(1964); *Changó el gran putas* (1983), extensa e intensa novelario en cuyo cauce se recoge su experiencia total de narrador, investigador, dramaturgo y poeta. *El fusilamiento del diablo*(1986). En 1988 ganó el Premio Nuevos Derechos Humanos, en París, con el relato autobiográfico *¡Levántate, mulato!: por mi voz hablará mi espíritu*.

Chana, porque su padre, de los primeros mestizos fundadores del pueblo, había escogido la parte alta para construir su choza. Ni las más fuertes crecientes alcanzaban a anegarle. He aquí también por qué el puente de mampostería sobre el caño descansaba cerca de su corral en uno de sus dos extremos.

¿Quién no conocía a la vieja Chana en muchas leguas a la redonda? Día y noche los caminantes orillaban su casa, en busca del puente. Fiesta que hubiera en uno u otro pueblo, peregrinos que pisaban su patio y tocaban a su puerta demandando un poco de agua de su tinaja. ¡Agua de la vieja Chana! ¡Cómo se conservaba fresca a cualquier hora del día! ¡Las hojas del limonero la impregnaban de un aroma que no venía de los azahares, sino de la misma sombra olorosa.

– ¡Deme un poco de agua, viejita!

Y ella hundía su totuma en la tinaja, ofreciendo el agua cristalina, decantada con trozos de carbón vegetal que ponía en su fondo.

– ¡Cómo es de sabrosa su agua, abuela!

– Cosas de la sed, mijito, agua del caño, ni más ni menos.

– Pero conservada en su tinaja. ¡Por algo la toman las muchachas para embellecerse!

Sí, era cierto, ya le atribuían poderes milagrosos. ¿No era esa agua la que mantenía erguida a la vieja, pese a sus cientos y tantos años? ¿No había ella curado a muchos desahuciados por los médicos y curanderos? No era, pues, de extrañar la romería en torno a su rancho, sobre todo en las fiestas de Santa Lucía, patrona de El Carito.

– ¡Lléname esta botellita, mana Chana, a ver si se me quita la telaraña que me enturbia los ojos!

La vieja pasaba día y noche acarreando agua del caño con su múcura, doliéranle o no los huesos, para que ningún cristiano se fuera de su rancho con sed o sin la ilusión que su agua, calmaría sus dolencias.

– ¿Por qué no vendes el agua? –le había dicho su primo Isidoro.– ¡No pasaras tantas necesidades si cobraras un centavo por cada totuma!

– ¡Cómo voy a cobrar por el agua del río!–, exclamó la Chana alarmada. –¿No te das cuenta, que si no fuera por ella, esta pobre vieja se moriría de soledad? ¡El uno viene y me dice que a su burro se le estropeó un casco; el otro que la cosecha de arroz fue más buena que nunca, y yo, siempre aquí acompañada de muchachas hablando de sus amores y de viejos que sin el pretexto del agua, no vendrían desde tan lejos a recordarme mis buenos tiempos de zandunguera!

Isidoro no volvió a hablar más de la venta del agua, pero sus vecinos, esos que le regalaban el plátano, el pedazo de queso, los tabacos, no se cansaban de aconsejarle hiciera como el cura de Palmito, que vendía el agua bendita a los que iban a adorar al Divino Rostro

del Señor, aparecido en el tronco de un árbol de su parroquia. Primero habría preferido romper la tinaja que vender su agua.

Esa noche llegaron a su rancho unos mulatos foráneos. Traían su mochila al hombro y sendos machetes guindados en sus vainas. Sudorosos, nunca los había visto así reunidos en tropa. Venían de muy lejos. A juzgar por los pies enfangados y los pantalones recogidos por encima de las rodillas, habían tenido que atravesar casi a nado las ciénagas.

– ¿Buena señora, nos da un poquito de agua?– pidió el más desparpajado, que parecía ser también el más joven. La vieja corrió a la tinaja con afán, llenó una totuma grande y se la ofreció gustosa. Las manos del joven la aprisionaron con firmeza y tragó hipeando, como bestia sedienta.

– ¡Qué buena agua!– exclamó paladeándose los labios y pasó la vasija a sus otros compañeros.

– ¡Miren, morirse de la sed con tanta agua fangosa que tienen las ciénagas!

– El río baja, baja a la carrera–, fue la explicación de Chana, y se quedó silenciosa, atajando su curiosidad por averiguar la insólita presencia de tantos extraños. Cuando la totuma raspó el fondo de la tinaja, el joven despabilado preguntó azaroso:

– ¿Estamos todavía lejos de la finca de don Casildo ?

– No, no mucho, sigan recto el camino y un poquitín más allá de la cerca de mi rancho, la tierra que pisen y la que vean sus ojos hasta llegar a la barranca del río, toditica es de él.

– ¿Dicen que tiene mucha plata?

– ¡Uf!

– Venimos contratados por él...

Se alejaron contentos, dando las gracias con dispares rezongos.

“¿Para qué querrá el hediondo tanta gente?”, se preguntó Chana, mirando cómo los corpulentos mulatos chapoteaban el barro en la dirección que les había indicado.

En la mañana siguiente otras cuadrillas de mozos cruzaron el puente, todos en busca del gamonal. La Chana estuvo acarreado más agua que de costumbre; los extraños la agotaban antes de que pudiera sombrearse un poco. Poniendo atención a unos y otros, al fin supo la razón de aquel reclutamiento: Don Casildo iba ese año a sembrar por vez primera algodón, mucho algodón.

– En los años que tengo de vida, nunca vi que se sembrara algodón. ¿Eso para qué?

Isidoro respondió a la prima con otras preguntas:

– ¿Qué sé yo? ¿Acaso el algodón se come? ¿Será para alimentar el ganado? No creo que los animales se lo prueben.

La extrañeza de los campesinos se convirtió en estupefacción cuando apareció el primer tractor en el pueblo sacudiendo las calles con estruendo. Rugiente venía la pesada maquinaria alborotando gallinas, reses y bestias. Todo el mundo se asomaba a las puertas, a excepción de algunos muchachos que se escondían en los rincones, con los ojos agrandados. ¡Aquella máquina personificaba al mismo demonio!

Humeante llegó a la orilla del caño y allí, como si fuera un ser viviente, se aprestó a beber agua. Algunos niños confianzudos llegaron a tocarla, mirándole por debajo la complicada armazón metálica. Arriba, muy alto, el conductor, un foráneo, se quitó el sombrero de iraca y se rascó la cabeza en señal de contrariedad. Movi6 algunas palancas y el pesado gigante echó camino atrás, asustando a los curiosos. Con su cabezota estuvo inútilmente buscando un vado a lo largo del caño.

El viejo Isidoro habló burlón:

– Si se nos hubiera ocurrido pensar que este armatoste iba a venir aquí algún día, habríamos hecho el puente más ancho.

Las risas de los presentes ahogaron por un instante las maldiciones del conductor.

– ¡Aquí nos cogió el tigre!– vociferó, bajando como un simio de la alta silla. Se arremangó los pantalones y se metió en el caño, palpando con los pies el lecho. Las corvas, las rodillas y hasta la cintura se hundieron en las aguas, pero sin mayor apremio pudo salir a la otra orilla. Merodeó el rancho de la Chana y luego, paso a paso, se regresó por el puente mirando a uno y otro lado, escupiendo aquí y allá como si quisiera dejar puntos de reparos. –Tornó a la máquina, le hurgó el vientre y ésta, después de soltar unos disparos que espantaron a los curiosos, se quedó silenciosa.

No tardó en aparecer el caballo tordillo de don Casildo, trotador, sacudiendo el barro orgullosísimo del dueño que lo cabalgaba. Al llegar al puente los cascos resonaron con rítmico palmetear, galope limpio y claro. El conductor le salió al paso, el sombrero en las manos:

– Qué friega, patrón, hay que esperar que se seque el caño.

– ¡Déjate de pendejadas y fijate en lo que dices! No sé cómo lo harás, pero tendrás que cruzar el caño hoy mismo. Pago y doy de comer a mucha gente; se nos viene encima el verano y hay que arar pronto la tierra para la siembra–, reprochó el gamonal, caracoleando la bestia nerviosa.

El conductor se manoseó el cogote mientras se reafirmaba en lo dicho:

– Como se lo cuento, patrón, hay que esperar el desagüe, ya he tentado el fondo del caño, puro fango, y la máquina se hundirá hasta el tope.

– ¿Y el puente?

– ¡Estrecho, estrecho!

Encabritando la bestia, el jinete lo inspeccionó de un extremo al otro.

– Yo creo que resiste.

– Sí señor, aguanta. ¿Pero los muros?

– ¡Qué muros ni que pan caliente, los demoleremos ya!

– ¿Y el rancho?

– No me dirás que el tractor no lo arrancará de cuajo.

– Si, pero la vieja.

– De ella me encargo yo.

Observó a los mozos del pueblo y les soltó la orden:

– Déjense de estar olisqueando la máquina y traigan unos picos para derribar los muros del puente.

Se quedaron plantados: las palabras cruzaron muy alto por encima de sus cabezas.

– ¿No oyeron? ¡Yo les pago, pero eso sí, pronto!

– Mire don Casildo, eso de dañar el puente del pueblo solo para que pase ese animal, no es cosa buena— tanteó Isidoro, queriendo abrirle el entendimiento.

– ¿Y a ti qué carajo te importa?

– Yo no sé, pero lo que soy yo no daré una picada, ni si me lo manda el alcalde.

– ¡Qué alcalde ni qué perros muertos! Pronto, traigan los picos, yo me responsabilizo de todo.

El viejo Isidoro se alejó contando sus pasos por mitad del puente hasta perderse bajo las palmas del rancho de su prima, silencioso, sin alzar la vista. Los demás, como obedeciendo una consigna, se dispersaron también, cabizbajos, mirando de reojo la bestia mecánica con indignado silencio.

– ¡Pendejos! ¿Acaso creen que voy a perder mi plata por unos ladrillitos?

El tordillo, no acostumbrado al castigo, corcoveó al sentirse herido por los azotes, rozando la estacada del rancho. Varios foetazos zumbaron sobre el alar. Traqueteó el techo y la vieja salió alarmada.

– ¡Cuidado don Casildo!

– ¡Apártate del medio con tu rancho!—, se le oyó decir antes que el caballo se tragara el camino. Media hora después, una docena de mulatos, cargados de picos y mazas, llegaban al puente comandados por Iscariote, el capataz del gamonal.

– ¡Bueno, a los muros, hay que dejar el puente liso como piel de perro zungo!

Estimulados con tragos de aguardiente, los foráneos, tal vez sin comprender lo que aquello significaba para los habitantes de El Carito, empezaron la demolición de las barandas de cal

y canto, construidas por los primeros fundadores del pueblo. Don Casildo había entrado en el rancho, acalorado por la carrera. El caballo, sueltas las riendas, se quedó afuera piafando.

– Chana, dame un poco de agua.

Con solicitud la anciana se fue a su tinaja y en una jarra de barro sirvió al empingorotado visitante.

– Tome, don Casildo, tenía mis días de no verlo por aquí. ¿A qué se debe su gracia?

Pausadamente tomó el agua, y luego, paseándose firme con sus albarcas de hebillas de plata, sacudiéndose los pringos de barro del pantalón con el foete, dijo entrecortado:

– Hace días te mandé decir con tu primo Isidoro que quería comprarte el rancho, por la plata que quieras, tengo por ti las consideraciones que te guardaba mi padre. Necesito toda la orilla del caño, además dentro de unos minutos cruzará por aquí mi tractor y como no hay otro paso, será preciso que lo aplastemos.

– ¡Pero mi niño! ¿Con tan amplio que es el camino, por aquí es por donde debe pasar el coroto ese?

– ¿Qué culpa tengo yo que esté tu rancho en mitad del camino?

– ¿El camino? El camino pasa muy alejado de mi rancho.

– Pero está anegado y la máquina se atascaría.

– ¡Espere, pues, espere no más unos días y todos los caminos le estarán sequitos!

La voz del gamonal empezó a alterarse:

– No puedo esperar. Es tiempo preciso para la siembra del algodón, sembraré mucha tierra, como nunca lo vieron por aquí. No es una pendejada la plata que le he metido al negocio. Dime cuánto quieres por el rancho y apártate pronto que ya los muchachos terminan de despejar el puente.

– ¡Santa Lucía de El Canto, protégeme! ¿Por qué se le ha metido en la cabeza esa temeridad?

– Bueno, eso del precio lo arreglaremos después, ahora recoge tus chécheres y sal de aquí. Ordenaré a los mozos que te ayuden.

Golpeó el foete contra la mesa y se retiró resonando las espuelas, seguido dócilmente por el tordillo.

El mismo Iscariote se presentó al frente de los foráneos. La vieja, abundando en lágrimas, las manos en la cabeza, lo recibió desesperada:

– ¿Has oído las ocurrencias de don Casildo? Que me mude de mi rancho. Eso no lo logrará él con toda su plata, aquí me dejaron mis viejos y aquí me comerá el gusano!

El capataz habló con brusquedad:

– Mire abuela, yo no vengo aquí como paño de lágrimas, sino a sacar estos chismes al patio.

Dio una señal a los mozos y poniéndoles el ejemplo, alzó una mesa y la arrojó en mitad del patio. No osaron hacer otro tanto los demás. Retiraron con parsimonia el banco, los catabres, el baúl y algunos puños de arroz.

– ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¿Qué van a hacer conmigo?

Vacilaron un poco los peones.

– ¿Qué vaina es esa? ¡Pronto, saquen esos trastos a las patadas, que ya viene el tractor!

La vieja se halló impotente para resistir. Viendo vacío el rancho, corrió hacia el limonero y se abrazó ansiosa al cuello de la tinaja.

– Es lo único que me queda, no vayan a tocarla, ¡Les juro que de aquí me arrancarán a pedazos!

Los vecinos habían dejado de contemplar la demolición de los muros del puente, atraídos por los gritos de Chana.

– ¡Mijitos, ayúdenme, no dejen que rompan mi tinaja! ¡A nadie le he negado su agua, y ahora, se quedan ahí plantados, sin venir en mi auxilio! ¡Santa Lucía, mira lo que hacen conmigo!

Miraban con ojos enrojecidos. No miraban, se les cuajaba en sangre.

Al otro lado del caño se oyó de nuevo el retumbar del tractor. Lentamente subió la trompa sobre el puente. Temblaron los cimientos. Las llantas enormes tomaron apoyo y con gran pericia el conductor adelantó la marcha. Los mulatos gritaban alborozados, preveían un feliz cruce. Los cariteños miraban en silencio. ¡Cómo clamarían en ese mutismo a Santa Lucía para que el puente se derrumbara! Más allá la máquina tuvo que detenerse: en mitad del paso se levantaba el rancho.

– ¿Qué pasa?– clamó don Casildo.

– La vieja...

El tordillo cruzó a nado el caño y se precipitó sobre el limonero. El jinete le gritó:

– ¡Déjate de melindres y quítate de allí!

Chana no contestó, su tinaja y ella se trababan en compacto nudo.

– ¡Isariote! ¿Qué haces allí plantado?

El capataz tiró de los cabellos de la vieja y en ese instante, raudo, el machete de Isidoro, le cercenó la mano. El caballo tordillo relinchó nervioso, espantado por el disparo sobre sus orejas, mientras el anciano, rota la cara, se desplomaba.

El muñón sangrante bañaba las propias ropas del capataz, a los mozos, a la cabeza de la vieja Chana, hundida en el cuello de la tinaja. Cuando los brazos de los mulatos pudieron desprenderla, estaba asfixiada, más muerta que su primo Isidoro. Los cadáveres fueron puestos a un lado del camino. El pueblo ya los rodeaba con respuestas que tenían sabor a maldiciones.

El tractor, con pujantes resoplidos, derrumbó las cañabravas del rancho y se abrió paso por entre los muebles desparramados.

— ¡Carajo! ¡Cómo son de estúpidos estos campesinos! ¡No entienden el progreso!— rabió don Casildo, golpeando las grupas del tordillo, todavía con el arma humeante.

HÉCTOR ROJAS HERAZO*

El Abuelo

El abuelo era un retrato. Un gran retrato color de humo sólido que colgaba sobre el baúl de la tía mayor. Parecía que aquel hombre no hubiese muerto nunca. Parecía asomado a una ventana. Mirándonos desde la vida dura de sus mostachos de alquitrán. Con sus ojos severos siguiéndonos, con pensativa cautela, por todos los rincones del cuarto. Conocía su oficio el retrato del abuelo. Por las noches, a la luz de la lámpara, aparecía súbitamente sobre la pared. Entonces era lo único vivo en ese cuarto lleno de cosas muertas. Sobre aquellos baúles que parecían ataúdes demasiado anchos, sobre aquel escaparate, sobre aquellos sillones destrozados. Todo lo que había sido tenso y luminoso cuando él andaba con sus botas de resorte—seguro, pausado y autoritario— por las alcobas derrotadas. Sabía de nosotros. Sabía que estábamos allí, que creíamos, que usábamos tobillos que nadaron en su sangre.

Ese hombre del retrato, el abuelo, meditó muchas veces en nosotros. Cuando nosotros todavía no habíamos llegado. Lo decían sus ojos. Sus pómulos subían y bajaban, en la luz macilenta de la lamparita de gas, con una furia sólida, con dulzura amarga parecida a un regaño. Mirarlo era sentirse. Explicarnos.

Encontrar la causa de aquellas paredes, de aquellos horcones donde pendulaba la hamaca durante la siesta, de aquel lecho de madera labrada, recio y colosal como un escenario. Ese,

* Tolú, Sucre, 1921 - Bogotá, 2002. Reconocido pintor, poeta y novelista. Su obra poética comprende: *Rostro en la soledad* (1951); *Tránsito de Caín* (1953), *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956), *Agresión de las formas contra el ángel* (1961), *Señales y garabatos del habitante* (prosa y verso, 1976) y *Las úlceras de Adán* (1995), además de dos antologías. Sus novelas son *Respirando el verano* (1962), *En noviembre llega el arzobispo* (1967) y *Celia se pudre* (1986). "Para leer a Rojas Herazo —afirma Aleyda Roldán de Micolta— es necesario despojarse de toda caracterización abstracta sobre la vida sensible o sensitiva y regresar a la vivencia elemental, a la sensación táctil de un mundo físico de sonido y de olores recreados por un lenguaje que busca captar el deseo primitivo de aprehensión."

en verdad, había sido su reino. Allí se había trenzado, glándula con glándula, con la viejita seca que nos daba agua de panela y trocitos de alcanfor para la tos.

De esa trabazón habían venido a nosotros esas voces de ahora: esas mujeres rojas y extrañas que se abanicaban en los mecedores al mediodía; esos tíos macizos que amarraban sus caballos al pie de los almendros y entraban a la sala con su olor a cuero, a desdicha, a polvo y sudor de caminos lejanos sobre las polainas y los hombros. Pero el abuelo seguía allí con nosotros. En sus puñados de latín, en sus refranes, en sus migajas de pan en el comedor.

No quería irse. Sobre aquellos terrones de barro asentaba su poderío. Era un vaho. Una fuerza ruda e ineluctable dispuesta a seguir siendo, a seguir durando, a seguir respirando más allá de sus pulmones, de su lengua, de su saliva, de sus huesos. Por eso el retrato del abuelo era como un llamado. Un embrujo que venía de los árboles y sacudía nuestros corazones. A veces era un temor. Algo que nos dejaba indefensos. Entonces recordábamos una carta y un nombre de mujer entre las hojas. También recordábamos un invierno y un diálogo en una casa cural con un sacerdote que jugaba al ajedrez y fumaba unos exóticos cigarrillos rosados para aplacar una dolencia asmática. Eso era el abuelo: una vida simple; una cosa que había contado con nosotros frente a una cofia de recién casada y con unos libros que tenían litografías napoleónicas; un cráneo con dos ojos que había visto unas hormigas subiendo a despojar el limonero de un patio. Allí estaba. Con su cuello de tiza y sus mostachos de alquitrán sobre nuestras cabezas. Lo sentíamos subir y bajar como si fuéramos el oleaje sanguíneo de su deseo de estar acá. Con nosotros. Porque el retrato miraba los vasos y los muebles y el hilo del comején adherido al muro de la sala. Todo eso lo miraba el retrato —el abuelo—, el dueño de esa respiración que oíamos en la noche. Cuando la casa era como un cuero gigantesco que empezaba a nutrirse de nuestro pavor o de nuestro sueño para resistir, bajo el follaje de los almendros, el empuje de la muerte.

JUDITH PORTO DE GONZÁLEZ

Manos limpias

Era el momento de aprovechar. Allí estaba la oportunidad que había imaginado todo el rato anterior, mientras corría el automóvil devorando la cinta plateada de bordes cargados de sombras.

Por el espejito, antes de salir de la ciudad, le había visto al gringo contar el abultado fardo de billetes americanos. ¡Dólares! ¡Dólares limpios, lavados, verdes!

* Cartagena, 1924. Ha publicado *A caza de infieles* (1953), *Doce cuentos* (1960), *Al filo de la leyenda* (1961). *La casa de don Benito* (1963); *Teatro* (1968), *Pilares Vacíos* (1968); *Jacinto* (1971); *Novela y teatro* (compilación, 1972). Cuentista, dramaturga, educadora y gran gestora cultural de Cartagena y de la región Caribe. Al frente de la Extensión Cultural de Bolívar organizó concursos literarios y de teatro y fundó una serie de publicaciones de autores costeños.

¡Él había sido honrado siempre, había mantenido a su familia con su trabajo! ¡Nunca le había faltado para comer, y hasta un solar tenía para comenzar a edificar algún día! Pero la cría aumentaba; ya el mayor de los hijos varones quería entrar en la Universidad a estudiar Medicina, y además, tenía que acabar de pagar las letras del automóvil.

¡Nunca le había pasado por la imaginación lo que ahora pensaba. Nunca! ¡Y tenía casi veinte años de ser chofer! Claro que nunca se le había hecho tan apremiante conseguir una suma grande de dinero.

En todo el trayecto, desde que se embarcó el gringo en el hotel junto al mar, el viejo (podía decirle así, puesto que era un hombre de algunos cincuenta años, de mediana estatura, con un poco de conocimiento del español), no dejó de hablarle y preguntarle mil cosas, que a él le parecieron idiotas.

Parecía que estuviera empeñado en alejarle los pensamientos y distraerle de lo que deseaba planear.

“... Y si, ahora, en plena carretera, se le ocurriera detener el automóvil y... Pero ¿cómo? Bueno, detenía el vehículo, decía que tenía algún daño en la máquina, se bajaba, sacaba herramientas, amenazaba al gringo con dejarlo en la mitad del camino sino le entregaba el dinero...”

– Mígue, ¿y qué poblos nosotros vemos en camino?

Casi salta en el asiento del sobresalto. Otra vez interrumpiendo el maldito con sus necesidades.

– Pues, mire: pasamos en el lado de Bolívar: Bayunca, Clemencia, Santa Catalina... Del lado del Atlántico: Los Pendales, Luruaco, Arroyo de Piedra, Molinero, Sabanalarga, Campeche, Baranoa y Galapa...

– ¿Son pobladores grandes?

– Algunos, otros no—, contestó de mala gana.

Las luciérnagas se encendían y apagaban a ambos lados de la carretera. Parecían las luces y anuncios de una ciudad populosa vista desde la ventanilla de un avión. De pronto, al acercarse el automóvil, pájaros nocturnos alzaban el vuelo delante de ellos.

– ¿Cómo llamarse ese pájaro?

– Nosotros les decimos Bujíos.

En represalia a tantas preguntas, le hundió el pie al acelerador tan fuerte, que sus mismas manos tuvieron que apretar con fuerza el volante para poder controlar el poder de la furia de las ruedas.

“... ¿y si hiciera un viraje de modo que fuera a dar la cuneta..? Pero sería una tontería dañar así su carrito nuevo, que aún no había acabado de pagar. No podía ser malo que él, tan

necesitado de ese dinero, se lo quitara a este millonario norteamericano, que hasta le ponían avión expreso, y le había ofrecido a él, por el viaje, seis veces más de lo que acostumbraba a cobrar!

Las escasas lucecitas de las linternas puestas en algunos corredores de las casuchas de Bayunca, se distinguieron en la recta. Eran las once de la noche. Podían estar en Barranquilla a las doce y media de la noche a una velocidad de cien kilómetros por hora.

“... Ya había perdido el primer trayecto de la carretera solitaria para ejecutar, ¿qué?, ¿el asalto..? No. ¡No..! ¿El chantaje..? ¡Tampoco! Bueno, ¡pero no iba a perder tiempo buscándole nombre al hecho de quitarle el dinero del gringo! Le dejaría algunos dólares para que pudiera llegar a Barranquilla a tomar el avión. ¡Probablemente lo perdería! Porque era un vuelo, según le había explicado el viejo, “extra”, pues él tenía pasaje para el día siguiente en avión desde Cartagena, y de pronto le había comunicado la compañía aérea que el avión suyo para los Estados Unidos saldría con diez horas de anticipación... O sea, que si no estaba a las tres de la madrugada en el Aeropuerto de Soledad, tenía que quedarse, y no asistir a la reunión importante que tenía...”

“... Bueno, ¿pero a él que le importaba lo que le sucediera al gringo..? Él tenía que salir de la mala situación y allí estaba el millonario con su cartera repleta de dólares. Lo que tenía era que planear cómo hacer para quitarle los dólares al gringo”.

Ahí estaba ya Luruaco, con sus gentes en las calles a todas horas y sus muchachos acribillando a los viajeros con la venta de “fritos”, “chuletas de cerdo”, a todo lo largo de la carretera que atraviesa el pueblecito.

“... Esperaría perder de vista las luces de este pueblo. Frenaría repentinamente el automóvil, se bajaría y le diría al gringo que se apeara también. Lo amenazaría con el cran (ahí lo estaba tocando con el talón del zapato, pues lo tenía siempre a mano para defenderse de lo que pudiera acontecer)...”

– ¿Gente no va a viajar de noche por este camino?

– No...

– ¡No encontramos ni un hombre!

– No...

– ¿No usar viajar gente de noche?

– No...

– ¿No hay gánsters aquí?

“... ¡Qué cosa! ¡Maldita sea! ¡Hablar de gánsters a estas horas!” ¡Se crispó todo, sintiéndose que él era el gánster que había ahora en el camino.

– ¿No haber gánsters –repitió el gringo con su voz nasal y gangosa.

– A veces...

– ¿Asaltan carros?

En ese momento, al bajar una cuesta, aparecieron los faros de un vehículo en la mitad de la carretera.

Él sintió que el gringo se enderezó en el asiento, y en la oscuridad de la noche las luces del otro vehículo llenaron el automóvil. Se le ocurrió mirar por el espejito la cara del gringo. Estaba atento.

Él pitó, y el vehículo se hizo a la derecha. Al cruzar distinguió un enorme camión de toneladas cargado hasta gemir bajo su carpa oscura.

“... Con esos dólares podría pagar la matrícula de la Facultad de Medicina, que cuesta tanto como el solar... ¡Qué alegría se llevaría el muchacho! ¡Porque era estudioso ese hijo suyo y bien parecido! ¡Había salido a la madre en el color claro de la piel y en el cabello liso! Un hijo suyo estudiando en la Escuela de Medicina... Su hijo graduado de doctor... Hasta le ayudaría a levantar a los otros... ¡Porque el muchacho era bueno y agradecido..!”

Con los ojos fijos en la cinta plateada, su boca esbozó una sonrisa...

“... ¡Ah, pero no había pasado! ¿Y si lo llegaban a descubrir? Mejor era liquidar al gringo... Era difícil que lo descubrieran porque él no le había dado su nombre a nadie. Excepto el botones del hotel, nadie sabía que a él le había tocado el viaje extra del gringo, y estaba seguro que a Perico lo callaba con un puñado de dólares”.

De pronto sonó un silbido agudísimo e instantáneamente se bamboleó el automóvil de manera especial.

Frenó a un lado de la carretera y automáticamente se bajó a mirar cuál había sido la llanta del daño. Acostumbrado a estas cosas, sin detenerse a pensar, se encontró abriendo el baúl del carro, sacando la llanta de repuesto y las herramientas.

El gringo abrió la puerta y preguntó:

– ¿Qué pasa?

– Nada... Una llanta.

– Yo poder ayudar a usted –determinó el viejo quitándose el saco y poniéndolo en el asiento de atrás. (El saco cuyo bolsillo contenía la billetera con los codiciados dólares).

Él puso su gato en la defensa del automóvil, encendió la lámpara de camino, y comenzó a aflojar tuercas.

“... Era el momento de actuar... Con la misma llave voltear repentinamente hacia el viejo y propinarle un buen golpe en la cabeza... ¡Y zas! ¡Pero no, todavía no! Era mejor cuando ya estuviera la llanta cambiada para así devolverse enseguida...”

“Al llegar a la ciudad diría que los habían asaltado y que él había podido escapar por un milagro, o diría algo semejante...”

El aire frío de la noche y el olor a campo le acariciaban todo el rostro y lo hacían sentir fuerte y optimista, a pesar de que gotas de sudor, producidas por la angustia y la expectativa, le corrían hasta caer en el pavimento.

Cuando soltó todas las tuercas y cargó la llanta para cambiarla por la buena, el gringo, adelantándose, cargó la llanta buena y la puso en su lugar y comenzó rápidamente a apretar con la llave las tuercas.

“... ¡Estaba decidido! ¡Allí lo tenía delante de él, dándole la espalda, a su disposición! ¡Podía ejecutar lo planeado..!”

Con paso rápido se dirigió al automóvil, agarró el cran...

“... Ahora sí era el momento de “ajustarlo” y salir de angustia”.

Lentamente fue subiendo el brazo que ocultaba la tremenda oscuridad de la noche estrellada. El viejo seguía apretando las tuercas... Ya casi terminaba... ¡Él lo observaba fascinado y sin pensar..! Levantó el brazo ya listo. El viejo murmuró:

– It is ready–. Y comenzó a bajar el gato. Él bajó el brazo lentamente, sin saber qué hacía. Un frío de muerte le corría toda la espina dorsal. Puso a su lado el cran, tomó la llanta dañada, la guardó en el baúl, recogió las herramientas, se limpió las manos sucias de grasa y tierra en un trapo que sacó de la gaveta y luego... se lo ofreció al gringo...

¡Él temblaba y sudaba como si hubiera asesinado! Sentía ganas de llorar y de maldecir de su cobardía... Había perdido la única oportunidad de su vida y sentía ganas de reirse a carcajadas de ver sus manos limpias.

El gringo hablaba, pero él no le oía. Se volvieron a embarcar para seguir la carretera y el sudor de le iba secando en el rostro, helado por el aire de la noche.

CARLOS FLORES SIERRA*

El ascensor

Se quedó mirando, fijamente, los números en el tablero y apretó los labios como si intentara, con ese gesto, impartirle más velocidad al aparato, los números fueron, los números fueron apareciendo en orden descendente, titilantes, fugaces, brevemente, como estrellitas sin puntas, solecitos amorfos, estrellitas cifras, 22, 21, 20, 19 y 18, de pronto quietud, 17, pleno,

* Barranquilla, 1925. Periodista, crítico de jazz y narrador. Fue diplomático en Rumania. Se ha desempeñado en radio y televisión. Fundó y dirigió en los años ochenta la revista de arte y cultura *Olas*. Sus primeros cuentos fueron publicados en la Revista del Atlántico y en Estampas. Ha publicado la novela *Crisis*, 1979,

rotundamente quieto, mecánicamente muerto y el hombre murmurando, ¿quién estará saliendo o será que alguien se ha montado?, me juego la cabeza si no es el tipo del 17 que bajó del 25 y se fue y tiró, malhumorado, la colilla en el cenicero, dio dos o tres pasos hacia atrás, miró de nuevo hacia el tablero y pensó a mí qué me importa quién suba o quién baje, lo que me interesa es que ese maldito ascensor se apure, tengo prisa, faltan diez para las cinco, ya el entierro debió salir de la iglesia, ojalá que encuentre esa corbata negra, creo que la dejé en una de las gavetas de la cómoda, estoy que me muero de la rabia, , qué se hace, uno se tiene que morir de algo, de la rabia o de la risa, ja, ja, ji, ji, por fin el 16, 15, otra vez parado, pero que antes, dijo en voz alta, ahora no pensaba, hablaba, a secas, hablaba con una voccecita carraspeante, todavía el 15 y yo necesito embarcarme, por qué embarcarme si los ascensores no son barcos, maldita sea se dañaría otra vez o será que algún gracioso lo tiene aguantando para poder cotorrear con el del 1502 sobre aquello de que esta noche juega el Huracán no llegues tarde que el Estadio estará a reventar, pero el que se reventaba de la ira era el hombre que iba para su apartamento en el 25 a buscar una corbata negra para poder asistir correctamente encorbatado al entierro de un amigo de la infancia a quien no había visto desde hace 25 años, esto es el colmo, tres minutos en el 15 y faltan todavía 15 pisos para que esa porquería llegue, me iré por la escalera, ahora ya no hablaba en voz alta sino que pensaba en voz baja, un tono de idiota nostalgia, qué ganas de decir idioteces, estos 25 pisos son 375 peldaños, una vez, una sola vez en la vida me los subí, uno a uno y los conté uno por uno, casi me da la pálida, sí, así fue, me subí los 25 pisos pero de aquello ya hace 20 años, sí, 20 años, exactamente, yo tenía 25, es decir que me subí 25 pisos cuando tenía 25 años pero ahora no soy capaz de subirme 45 pisos por tener 45 años, lo cual demuestra que las matemáticas también fallan, qué regla de tres ni qué niño muerto, que tal si no voy al entierro y me quedo con mi mujer y hacemos el amor, sonrió con tristeza, un leve ridículo estremecimiento y se quitó la corbata que no le servía para ir al entierro y la sepultó en el bolsillo trasero del pantalón, junto a la botella de ron, mientras balbuceaba aquello de que siquiera no paró en el 13 como siempre, qué extraño y luego pareció meditar en eso de que él no era cabalístico pero que la evidencia a veces lo obliga a uno a serlo por que la verdad es que los números tienen influencia sobre la vida y al muerte, en el 1313 vien 13, la mujer callada y sus doce apóstoles, no hijos, pensionistas, inquilinos, imagínese 13 personas en una caja de fósforos, sardinas en lata, 13, un equipo de fútbol, hoy hay partido, Huracán contra Millonarios, 13, un equipo de fútbol con portero de reserva, en este edificio hace falta un buen portero para que controle el uso del ascensor, no, mejor sería un ascensorista que maneje ese aparato, diablos, la verdad es que la gente no está culturalmente preparada para disfrutar

traducida al rumano. El libro de cuentos *Malandaria*, 1980, del cual tomamos "El ascensor", narra en estilo vertiginoso los acontecimientos insólitos y absurdos de la arribista mesocracia urbana con sus pretensiones aristocráticas, su propensión al juego de apariencias y a las prácticas corruptas en el mundillo de la burocracia y de la política. Tiene una novela inédita: *El quetzal emplumado*.

las ventajas de la automatización, este último pensamiento retumbó pedante en su cerebro, bueno, ya casi llega, 8, 7, maldita sea, paró de nuevo, apuesto a que la vieja del 7 se ha puesto a sacar su basura, le llegó el olor, le llegó el sonido de un campanario, claro son las cinco, no puedo equivocarme, es ella, domingo cinco de la tarde piso 7 la vieja del turbante basura, cuatro bolsas plásticas y la eterna caja de cartón, ahí está pintada, como si la estuviera viendo, qué calamidad llegaré tarde al entierro, no voy a encontrar esa maldita corbata negra, buenas tardes, cómo le va, usted es el nuevo inquilino del 10 verdad, aquí esperando como de costumbre, del 22 al 7 se han tirado más de 10 minutos y lo que falta, esa maldita vieja de la basura de los domingos a las cinco y yo con ese problema del entierro a la misma hora, paciencia dijo el nuevo inquilino del 10, hay que aguantarse ciertas incomodidades muy incómodas, siempre hablabab así pero el hombre con los problemas del entierro, la corbata negra y las ganas de no ir de pronto al entierro para quedarse haciendo el amor a su mujer no sabía que su nuevo vecino del 10, sustantivando los adjetivos y adjetivando los sustantivos producía un acto de magia capaz de hacer aparecer súbitamente a media docena de personas impacientes por montar en ascensor era algo que molestaba mucho al hombre desesperado por llegar pronto al entierro ya que frecuentemente había pensado que uno monta bicicleta o a caballo o sobre una mujer pero jamás en ascensor y mucho menos en ataúd, a pesar de que ésta es también una forma de trasladarse de un lugar a otro y para siempre pero la molestia se le convirtió en angustia porque en la puerta principal apareció el tipo del 1403 con su fulana de turno, listo para arrugar su noche en persecución de nuevos placeres antiguos a tanto la hora de tiempo perdido, cero e iban cuatro esperando el ascensor y entonces apareció la pareja del 303 con su niño prodigio, el virtuoso tocador de timbres y nalgas de sirvientas y para las 5 y 3 minutos eran 7 personajes en busca de ascensor y de pronto las lucecitas, las estrellas cifras, 6, 5, 4, ya casi, llegaron 3 más juntos y al mismo tiempo en que la lucecita marcó, fija, brillante, 4, un desconocido de guayabera de color conocido, negra, otro desconocido de pantalón verde-bolsillo-sepulcro ja, ja, ji, ji, y el más conocido del edificio, el gordo del 2503 con quien el hombre que quería llegar a tiempo al entierro no se hablaba desde hacía casi 12 años por culpa de aquel perro pequinés que apareció una mañana tirado en el corredor del piso 25 con todas las apariencias de haber sido molido a garrote, un crimen horrendo que el idiota le endilgó a nuestro hombre con el fin de indisponerlo con la alemana que vivía en el 2504 y que después se murió de rabia atrasada al reactivar sus tediosas discusiones con la vieja del turbante, empecinada en aquel entonces en sacar las basuras todos los días en el instante mismo en que ella sacaba a Fifi a hacer pipí, ya arrancó, no pensaré en el 3 ni en el 2 para que el ascensor siga de largo hasta el 1, siga o venga, llegue, no pensaré en el 3 ni en el 2 porque siempre sucede lo que uno piensa, pensar es desear, darle órdenes a las cosas sobre lo que marcha la vida, ¿estará mi mujer en casa?, tengo unas ganas locas de hacerle el amor toda la noche sin parar, 1, al fin, pero cuando la puerta se abrió entre crujidos metálicos de parto mecánico, el hombre y los otros 9 personajes

en busca de ascensor se dieron de narices con un ascensor vacío de cuyo interior salía el olor pestilente de las basuras de la vieja del 7 que todos tuvieron que ayudar a sacar del apartamento porque ni la dueña de la basura había bajado ni tampoco el tipo del 17, quien según alguien pudo comprobar después, había llamado el ascensor desde su piso para luego subir, subrepticamente, por las escaleras, hasta el 25, con una llave en la mano y mucha sonrisa en los dientes, en tanto que la persona que se había embarcado en el 15 se había quedado en el 7 ayudando a la mujer a introducir y apilar su cargamento de basuras, para luego permanecer allí en su apartamento hasta por la mañana cuando bajaron el ataúd por las escaleras porque el ascensor se había descompuesto por culpa del niño prodigio, cuyo virtuosismo como tocador de timbres había desencadenado un colapso de chisporrotazos en serie y hecho estallar un transformador con estruendo que alarmó a la gorda de la peluca del 4 quien tampoco bajó ya que después de timbrar recordó que un tipo de pantalón verde le había dicho esa mañana, en la farmacia, que pasaría a las 5 de la tarde para que le echara la suerte con los naipes, arte que practicaba para ayudar a su marido, un desocupado de oficio que consumía su vida en el billar del local situado en la primera planta del edificio venido a menos desde cuando se mudaron tres prostitutas en el 1001 y el tipo descarado del 1403 comenzó a traer sus fulanas a su apartamento para hacer el amor al compás de música vallenata en tocadiscos al galope, entre gritos, vulgaridades y risas largas y sucias como la basura que acababan de sacar hasta el andén para luego regresar al ascensor que los llevaría a sus respectivos destinos en la tarde que languidecía, súbitamente entre bostezos de un sol opaco proyectado a través de una llovizna pasajera que duró el tiempo necesario para que cada uno llegara a su respectivo piso, primero al 3 donde el virtuoso del timbre le pellizó la nalga a la fulana y todos festejaron la picardía del tocatimbres con un alborozo estúpido y después al 4, crack, crack, un estremecimiento en vaivén con luces titilantes y después al 10 y 10 segundos más tarde al 14, en donde la risa sucia de la fulana abrazada al maniaco del 1403 musitándole que se lo iba a comer vivo y coleando salió contoneándose para que al fin se abriera la reja en el 25, dándole salida al hombre que llevaba en la cabeza, adentro, en los socavones del cerebro, un ramillete de ideas muy precisas sobre el entierro de un amigo de la infancia, una corbata negra, unos deseos incontenibles de tirarse en la cama con su mujer y el olor ácido de la basura recientemente puesta en la acera para deleite de los rebuscadores de bazofia, perros y niños maltratados por Malandria, el pueblo grande en el que cada uno de nosotros todavía finge ser lo que no es y todos fingimos creerlo, dentro del contexto de una aletargante simulación concertada, todo un hechizo que ahora se quebraba en pedazos, sobre los ojos aterrorizados del hombre al accionar el interruptor de la luz de su alcoba y ver a su mujer desnuda, entrepiernada, con el negro del 17, diciendo mi amor, más, más, así, te adoro, me estás matando del gusto, una retahíla de frasecitas entre ardientes y ridículas que murieron de repente cuando el hombre gritó sinvergüenzas, malditos, yo lo sospechaba desde hace tiempo, los mataré, puta de mierda, malparido, otra retahíla pero de palabrotas

enredadas en la confusión de un forcejeo hecho de manotazos y patadas lanzadas sin destreza, simples manifestaciones de una amargura incontenible, de un terror defensivo, de unas vergüenzas tardías, de un odio innecesario puestos en acción sobre un escenario cursi por unos protagonistas que no se sabían de memoria sus papeles porque la vida todavía no les había repartido sus partes en la gran escena de su pequeña existencia así que, improvisaban frases y gestos en un esfuerzo por darle dramaticidad a la cómica vulgaridad de sus pobres cotidianidades, signadas por lo demás, desde aquel momento y como si todo aquello y lo de antes hubiese sido poco, por el desenlace no buscado, por el final jamás previsto de la más negra noche vivida por los inquilinos del Edificio al enterarse de la noticia de la muerte del señor del 25 a quien se le paró el corazón roto en el instante mismo en que todo quedó sumido en la oscuridad más oscura, como dijo el tipo del 10, a causa del corto circuito ocasionado por las perversidades del hijueputica del 303 que dejó los 25 piso sin luz, al ascensor parado en un lugar incierto, silenció el tocadiscos del camaján del 1403 frustrado quién sabe qué clase de paroxismos y exacerbaciones, canceló los ímpetus del hombre del 15 quien aquel momento jugaba sin jugar, al gato y al ratón, con la mujercita del 7, alrededor del ataúd que ella mantenía cubierto con una sábana cerca de un rincón de la sala con el sano propósito de ahorrarle a sus vecinos problemas de última hora en el caso de que muriese de repente y habida cuenta de que ella no tenía parientes que sufragaran los gastos de un sepelio inesperado, “mejor es prevenir que curar” decía con frecuencia mientras le pasaba el turbante al cajón y volvía a cubrirlo con solicitud semejante a la que demostró al obsequiárselo después a quien tardíamente perdonaba por sus injurias cada vez que ella sacaba la basura, un favor oportuno que todos, sin excepción, aceptaron como un gesto muy humano a pesar de tratarse de un cajón blanco, señorero, tal vez demasiado femenino para un hombre tan machista, pero qué diablos dijo el hombre de la guayabera negra, en estos menesteres el color no tiene importancia, de todas maneras la muerte es negra o tal vez incolora, así que sin demoras innecesarias procedieron a preparar el cadáver para su viaje al otro mundo, chantándole ante todo la corbata negra que apareció, efectivamente, en la última gaveta de la cómoda, retirándole la botella del bolsillo del pantalón dado que ya no la necesitaría, una serie de preparativos que se cumplieron sin mayores afanes mientras que su mujer se ponía el traje negro que la alemana había dejado colgado en su escaparate tres días antes de morirse de rabias atrasadas y todos esperaron la mañana sentados alrededor del ataúd que proyectaba su silueta sobre la pared del fondo de la sala, por efecto de la luz de una vela que había traído la echadora de cartas del 4 quien así mismo contribuyó al velorio con varias jarras de ron que todos bebieron y comieron entre chistes y comentarios apropiados para la ocasión hasta que amaneció y los hombres medio borrachos cargaron el cajón y comenzó el descenso, un lento bamboleo peldaño a peldaño, 375 peldaños uno detrás de otro, uno sobre otro, lentamente, sin afanes, turnándose unos con otros, de forma que desde el 25 cargaron el ataúd el nuevo vecino del 10, el descarado del 1403, el padre del niño prodigio y el desconocido

del pantalón verde, siendo remplazados después del 20 hasta el 7 por el gordo del 2503, el desconocido de la guayabera negra, el huracanista del 1502 y el negro del 17 que se sentía profundamente culpable de todo lo que ocurría y cargó el cajón hasta el 1 en compañía del nuevo vecino del 10 la única persona que pronunció palabra durante todo el descenso para decir que aquello era una tragedia muy trágica y del tipo del 15 que hacía por dos dada su corpulencia y deseos de alardear ante la mujercita de las basuras eternas quien acompañada de la fulana que había salido con el camaján del 1403, la madre del pellizca nalgas, las 3 prostitutas del 1001, la nigromante, los 12 inquilinos de la mujer del 13 y la esposa del muerto esperaban en el 1 la llegada del cajón que de pronto apareció por la escalera a tiempo que todas las mujeres prorrumpieron en un llanto monacorde y ridículo que cesó cuando alguien anunció, alegremente, que ya habían arreglado el ascensor.

ROSA MARRERO*

Aquiles era un santo

Desde la terraza de su palacio, Teolindo observaba los juegos de los pájaros entretenidos en la pesca, el lento desangre del sol en el Bósforo. Unos siglos antes, los abuelos dárdanos de los bizantinos, verían llamear, entre las trirremes surtas en el Cuerno de Oro, el manto morado de Alcibiades. Frente a este mismo mar, manso como un estanque doméstico, el Emperador, agitado por el incidente ocurrido en la iglesia durante la misa, meditaba, mientras sorbía el cubilete de hipocrás. En sus oídos se derretían como un alud las palabras de Eulalia, sobrina del Patriarca Anaxartes, esposa de Belardo el armador, uno de los hombres más ricos de Constantinopla. El silencio arrojaba la iglesia, entre la avidez, la curiosidad de los fieles mimetizados por la bella voz de la penitente que confesaba su pecado de fornicación y adulterio. Cuando Anaxartes intervino con un limitaos a arrepentiros de vuestra culpa, omitid nombres propios, ya era tarde: los feligreses —estaban enterados de que el Diácono, su secretario, profesor de griego, era un maravilloso amante, compañero infatigable durante toda la noche. Tembloroso como un azogue por el insomnio o por la infidencia de Eulalia, con los ojos bajos, no sabía dónde ponerlos; tampoco Belardo qué hacer con los pliegues de su túnica, porque el relato, de una inverecundia insólita, los exhibía en situación incómoda.

Cauteloso, vago, el lenguaje de las confesiones ordinariamente parecía una salmodia monótona. Acusábase al cristiano de robo, callando la víctima; jamás se nombró al herido o

* Ciénaga, Magdalena. 1925 - Barranquilla, 1978. Periodista y cuentista. Se inició en la actividad periodística en La Prensa de Barranquilla y trabajó con otros medios en los que pudo compartir con los en ese entonces jóvenes García Márquez y Cepeda Samudio. Junto con Cecilia Porras fueron las dos únicas mujeres que participaron del Grupo de Barranquilla. Con el pseudónimo Nakonia firmó una reconocida columna en El Heraldo de Barranquilla. "Aquiles era un santo" fue tomado de la antología *Cuentos del Magdalena*.

al asesinado, menos al compañero de hazañas eróticas; quien incurriera en abigeato no suministraba el color o las señas del semoviente. Una vez sí, un mozo medio tonto, muy prolijo, habló de un carnero blanquinegro enredado en una cerca tan terco que no quería irse a las buenas... y en éstas saltó el dueño exigiendo la devolución del animal. El Diácono receptor de las confesiones, para evitar un caldo de manos en plena iglesia, propuso un entendimiento; entonces, del bolsillo de la burda túnica, extrajo el ladronzuelo una dorada nomisma, rapada probablemente de algún garito callejero; pero antes tuvo que oír frases groseras sobre los entretenimientos moceriles de su madre cuando se iba a los muelles a esperar la luna y los marineros. Nunca el pregón impúdico de una señora de la mayor distinción. Ay, este hombre, Teolindo veía el rostro de facciones puras entre el chal bellamente bordado. Ay, este hombre que aquí veis era como un demonio desatando fuego en mi sangre; sus labios ardorosos como una llama viva recorrían mi cuerpo desde los pies hasta los cabellos. Ay, Aquiles no daba tregua y yo tampoco tuve freno, ay... Y la voz conocida, respetada en toda Constantinopla: Callaos, omitid nombres propios, limitaos a arrepentiros... El Emperador daba vueltas a una cadena de sucesos. Cómo había sido efectiva la ayuda de Belardo para demorar las naves que transportaban al Patriarca Juan y a los antioqueños para que apenas alcanzasen a la clausura del Concilio de Efeso, tras haber hecho tan fatigoso viaje con el fin de exponer la tesis de Nestorio sobre la naturaleza de Jesucristo. El mismo Teolindo, rectificando, exilió a un teólogo eminente, virtuoso como Nestorio. Ahora debía sortear el egoísmo de Anaxartes, empeñado en conservar un secretario eficiente, pero el Emperador pensaba que el hogar de un cristiano merece respeto, sobre todo tratándose de Belardo, a cuya influencia y poder debía Anaxartes la silla episcopal. Estos orientales discuten encandecidos por las tintas corridas de una vitela, se alteran por imperfecciones en el dibujo de un ángel sobre Pegaso, y en cambio alzan los hombros ante el adulterio o sonrien desdeñosos, indiferentes por el bisexualismo.

Teolindo, de otro parecer, despachó un mensajero para Alejandría, con instrucciones de contratar las cátedras de sánscrito y hebreo antiguo; estaba dispuesto a desterrar de Constantinopla a aquel religioso demasiado inquieto. Además, los esbirros de Belardo bien pudieran, en cualquier fiesta, sazonarle con polvos mortales los deliciosos mariscos del Helesponto. Esperaba a cenar (para informarles de su voluntad) a los cuatro personajes del escandaloso incidente: Eulalia, Aquiles, Belardo, Anaxartes.

A la expectativa del asunto tan delicado de tratar, los huéspedes compartían la cena íntima rica en licores, platos típicos, sabrosas kolivas, pescadillos, quesos, aceitunas, avutarda asada con salsa de almendras, buen vino de Samos. Disimulaban pasiones, ambiciones, rencores, conveniencias. Anaxartes, con su gracia chispeante, intentaba desviar el tema con anécdotas; su abuelo saboreó dátiles con el Emperador Constantino en Nicea. Este recuerdo le llevó a la observación muy nacionalista de la bastardía del entronizado, hijo de una esclava ambiciosa e intrigante. La muy viva inventó el hallazgo de la Cruz del Calvario y de

los clavos, preservados intactos a los tres siglos en un clima atroz como el de Judea. Devota, suelta de lengua y de fantasía, se puso a decir que su nuera y el hijo mayor de Constantino, del primer matrimonio, colocaban en la frente imperial unos signos parecidos a los de la media luna. Según sus hábitos, Constantino evitó el juicio, remitiendo las almas de su esposa, madre de tres o cuatro vástagos, y del heredero del trono a los dominios del Juez Supremo. No hizo alarde, justo es reconocerlo, si alguna señal luminosa lo indujo al uxoricidio y al filicidio.

Belardo se sirvió un pastel de huevos de golondrina y esturiones; con sus maneras suaves hablaba de las costumbres de Milán, de la cortesía de los maridos al obsequiar a sus esposas infieles con objetos apropiados para mantener presente el pasado, como un pie de cama a alfombra de piel del amante, un grabado en el mismo material, el marco primorosamente elaborado con los huesos de las manos antes acariciadoras. En fin, siempre con su sonrisa, con la simpatía del diplomático, del hombre de negocios, el Armador deslizó su concepto personal: no creo en las esposas coleccionistas.

Quizás las referencias milanesas obligaron al Diácono a sustituir la frase ensayada de mi contrato con el Patriarcado es por cinco años, por otra: Yo entré al dormitorio por un libro que Eulalia demoraba en devolverme, pero ella tiene una imaginación fantástica para crear toda una suerte de cosas, si no fuera dama tan alta, brillaría en el teatro.

Eulalia apenas había despegado los labios para elogiar la talla de un pebetero; su bonita cara expresaba inocencia cuando dijo tal vez fue el diablo. Anaxartes entonces recomendó precaución: Sobrina, es mejor que eches el cerrojo cuando Belardo esté de viaje.

Del jardín subía el aroma de los rosales, la luna rielaba sobre las aguas verdinegras del Bósforo e iba punteando con alfileres de plata los techos de cebolla, los mármoles, los rostros encendidos por el reflejo de las lámparas por el vino. Teolindo se refrescaba con el hipocrás aromado con especias, dándole largo a las palabras de sus huéspedes hasta el punto preciso escogido para exponer su decisión: No me gustan los ojos de amantes incrustados en los doseles de los lechos, ni cuadros, ni alfombras a la milanese; la venganza será placer de dioses pero no ley de cristianos. Pasado mañana zarpa un barco para Alejandría. Prepara — dirigiéndose a Diácono— tu equipaje; te entregaré cartas de presentación para el Rector de la Universidad, para el Patriarca. Te vincularás con una sociedad de masoretas.

Al fondo del salón sonaban las cítaras; luego un artista tañía el arpa, o la hermosa voz de un cantor nacido a orillas del Betis entonaba nostálgicas de la lejana Itálica. Cuando el licor soltó su alegría, se oyeron coplas picarescas sobre chismes de sociedad, bellaquerías de funcionarios, alusiones directas al emperador como ésta:

*Atila que pide,
Teodosio que da,
Ay, Constantinopla...*

La copla quedó trunca porque Teolindo liberal, tolerante, tornábase susceptible en lo del tributo a los hunos. El cantor sesgó hacia motivos menos peligrosos... Los invitados pidieron permiso para retirarse; criados del Patriarca y del Armador los aguardaban con antorchas. Belardo, bajo el semblante sereno, disimulaba su satisfacción, los otros su descontento: cuando regresaban a sus casas ya bronceaba la madrugada bizantina.

Casi nadie recordaba el episodio, sobre todo después del decreto que prohibía las confesiones públicas. El Emperador y el patriarca recibían, regularmente, noticias de Alejandría. Recién llegado, Aquiles se enredó en un amorío con la esposa de un cretense profesor de matemáticas, y luego la cretina le armó un escándalo de padre y señor mío por haberlo sorprendido en besuqueos, en ciertas caricias con un joven muy apuesto, Rosiquero, el colega alejandrino de estudios bíblicos. La cuitada vociferaba que esas exploraciones corporales no eran los caminos indicados para la búsqueda del evangelio. Razonable...

Después de un período de silencio Anaxartes y Teolindo, leyendo los comunicados estallaron en carcajadas. Se les solicitaba colaboración en el proceso de canonización del Diácono Aquiles, muerto por los efectos de un vino avinagrado que bebiera en una taberna de los suburbios. Lacónico, el Patriarca de Alejandría informaba al de Constantinopla de una discusión de tipo religioso; del envenenamiento decía que tan atribuible era a un secuaz de Eutiques, como a seguidores de Nestorio o de Arrio. No estaba seguro.

Un sacerdote ravenés, hábil en el scriptio plena para descifrar el hebreo antiguo y quien se hallaba de paso en Alejandría abogaba por un resurgimiento de la fe creando nuevos santos. En un principio el Obispo de Roma, apático, había manifestado poco interés en el proyecto, tal vez por la vida disipada de Aquiles. Pero el asunto es favorable para nosotros: por lo tanto, ayudemos. Dos testigos importantes han desaparecido: Rosiquero y Eulogio, compañeros de Aquiles en el estudio de las Sagradas Escrituras. Hay indicios de que el rencoroso profesor de matemáticas los oculta en Chipre o en Creta.

La carta del rector a su amigo Teolindo, más explícita, concretaba hechos: "Cuando vino el napolitano Eulogio para verificar la autenticidad de unas cartas de Pablo de Tarso, puso sus ojos, caldeados del fuego del Vesubio, en Rosiquero, la prenda adorada del griego Aquiles, a quien tú me enviaste hará un lustro. Con un ímpetu feroz, insospechable en un carácter apacible y sosegado como el suyo, les cayó encima aullando maldiciones, hazte cargo una cigarra sobre girasoles. Salieron huyendo entre risotadas, esquivando las piedras y objetos lanzados por el celoso, energúmeno —según sus propias disculpas—, por haber visto lo que vio. Los muy cínicos se detenían en la carrera, volvían las cabezas y lo humillaban con señas feas. Nos presentó excusas por el uso de proyectiles como el atril del

Patriarca, una guzla de su sobrino, mi cinturón bordado en perlas con incrustaciones de marfil, regalo de mis hijas. La cólera borra todo razonamiento; digo cólera porque cuando ocurrió esta escena, acuérdate del Satyricón, ellos estaban sobrios. En los períodos de reconciliaciones salían juntos, mezclados con efebos y prostitutas en los arrabales. Debían estar muy ebrios aquel día en que celebraban el cumpleaños de Aquiles, porque no repararon en el óxido de las copas, ni en el vino agrio, ni en el mal sabor de los mariscos. Murieron, entre retorcijones, Aquiles y cinco desconocidos; sobrevivieron a los fuertes dolores de estómago y a las fiebres, Rosiquero y Eulogio, quienes por cierto nadie sabe dónde se encuentran. ¿Me creerás, Teolindo, si te digo que hechos públicos pueden transformarse en una fábula como la urdida –con bolsa bien provista– por un clérigo traductor de evangelios, según la cual Aquiles es un mártir envenenado por heresiarcas?”.

Testimonio de milagros de su “conducta edificante” surgen por doquier. Todo porque dizque la iglesia necesita de “nuevos santos”. Más adelante “De todas maneras, tus imagineros llenarán sus arcas, acudirán los peregrinos para adquirir hilachas del manto, sandalias del virtuoso griego. Yo salgo con mi mujer y mi familia para la casa a orillas del Nilo; prefiero marginarme de tamaña farsa”.

Anaxartes, exento de protocolos, podía entrar a cualquier hora a la cámara imperial.

Halló a Teolindo dándole vueltas al problema, vacilante entre sus principios y la conveniencia de las concesiones.

Teolindo, si tus escrúpulos son por las orgías, recuerda lo que Agustín, el númida escribe en sus Confesiones: “Andaba yo por aquel tiempo entregado al desenfreno, a la depravación”. Como no aparecen mujeres en la narración se infiere la existencia de amoríos con jovencitos. Pasatiempo quitado, como los resabios maniqueos, por el viejo Ambrosio de Milán, el mismo al que el dálmata Jerónimo trata de cuervo.

Pero, Anaxartes, aquella vieja historia...

Los bizantinos son de mala memoria. Mi sobrina y su marido viven en Milán. Un amante vivo será un riesgo; pero muerto y santo... No habrá bastantes tejedores para los tapetes, los gobelinos. Piensa en el sobrecargo que impondremos a visitantes por el derecho de mirar reliquias, contemplar objetos de su pertenencia.

El Emperador calculaba cifras, pensativo. De pronto —el poder civil y el religioso se entienden— soltó una carcajada:

– Anaxartes, en asuntos de fe tú ganas siempre. Bueno, Aquiles era un Santo.

ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO*

Hoy decidí vestirme de payaso

Hoy decidí vestirme de payaso. Me he puesto unos grandes zapatones de caucho y me he pintado la cara de rojo y de blanco. Cuando atravesé el estrecho corredor de arena la sentí rebotar debajo de mis zapatones y tuve la agradable sensación de sentirme payaso. Todos estaban ya en el redondel cuando entré y no me han mirado siquiera. Estaban esperando que yo llegara para comenzar, pero no me han dicho nada. Cuando fui a ocupar mi puesto he pasado frente al domador que está todavía tratando de pegar una melena de papel amarillo a sus leones de cartón. Y ahora estoy entre los demás payasos, los payasos de verdad, y yo que sólo estoy vestido de payaso, me confundo entre ellos y nadie podría decir cuál de nosotros es el menos verdadero. La marcha comenzó a sonar y con un movimiento lleno de gracia y soltura salió el director quitándose el sombrero y haciendo malabares con un bastón negro. Todos hemos comenzado a movernos alrededor de la pista. Nosotros salimos corriendo y nos mezclamos con los demás como estorbándolos. Parece que yo me he excedido porque al tirarle la cola a uno de los leones se me ha quedado en las manos una borla suave de lana amarilla. El domador me amenazó con el látigo y los payasos me han mirado con asombro por debajo de sus máscaras de colores.

Todos están serios, pero a medida que se van acercando a las primeras silletas, las sonrisas comienzan a aparecer hasta que están completas en los rostros, como si fueran un trozo más de pintura blanca y roja.

Desde que sonaron los primeros cascos sobre la pista la muchacha ha comenzado a sonreír también, mientras salta de un caballo a otro. Los payasos se han metido entre los caballos y saltan imitándola con ademanes grotescos. Yo he querido hacer lo mismo, pero tengo miedo de asustar a los caballos y romper la sonrisa de la muchacha. El director, que para todo usa ademanes graciosos, ha hecho sonar un silbato y los payasos han salido corriendo hacia el pasadizo y la han dejado sola en el centro de la pista con sus dos caballos. Yo no he querido salir, pero otro payaso, el de la gran nariz morada, ha venido a sacarme dándome pequeños escobazos que suenan con gran estrépito. Sin embargo, yo quiero ver a la muchacha y no fui a meterme detrás de las cortinas como lo han hecho todos. A la muchacha se le han caído los palos con que hacía malabares y yo he corrido al centro del redondel y los

* Barranquilla, 1926. Nueva York, 1972. Periodista. Director del Diario del Caribe por más de una década. Filmó *La langosta azul* y *Un carnaval para toda la vida*, además de otros cortometrajes. Publicó el libro de cuentos *Todos estábamos a la espera* en 1954, *La casa grande* (Novela, 1962) y *Los cuentos de Juana* (1972). A raíz de la aparición de *Todos estábamos a la espera*, el crítico Hernando Téllez señaló: "En este libro no pasa nada... Pero yo les diría otra cosa: aquí pasa todo. Aquí, de la misma manera que en todas las creaciones perdurables del arte literario, la reiteración de los temas opera sobre el viejo registro, siempre inmortal y suficiente: el amor, el dolor, la muerte, los sueños, la crueldad, la ternura, el desajuste en el mundo interior y en el mundo exterior."

he recogido para entregárselos. Ella me miró asombrada pero no dijo nada y los hombres con casacas rojas de militar han entrado y me han sacado de la pista otra vez. Otra vez ha salido el director con su silbato y mientras la muchacha sale al galope montada sobre sus dos caballos los payasos han entrado corriendo. Yo he salido detrás de ellos y ahora los veo dispersarse en la pista y hacer cabriolas. Yo me he quedado quieto, pues quiero ver cómo hacen los demás payasos para hacerlo yo también. El de la nariz morada le está diciendo al que tiene un sacoleva negro y unos calzoncillos amarrados a los tobillos: “¿A que no sabes de qué están hechas las nubes?” El payaso gordo, que tiene las ropas llenas de globos de colores revienta uno y dice: “De caramelo blanco”. Todos los payasos lo persiguen y le dan escobazos. Yo me acerco al de la nariz morada y le digo: “Las nubes están hechas de la espuma que usa San Pedro para afeitarse las barbas. Eso lo saben todos y es una tontería preguntarlo”. Todos los payasos se vuelven hacia mí y me miran con rabia. A mí ha comenzado a cansarme esta forma que tienen de mirarme cuando hago algo que ellos creen que no está bien. Por esto me he salido de la pista y he venido a buscar a la muchacha de los caballos.

Al pasar frente a los hombres de las casacas rojas, éstos se vuelven hacia mí y me dicen: “¿A dónde vas? Vuelve a la pista”. Yo digo “No” y corro sobre el pasadizo de arena. Los caballos están parados frente a una tienda que tiene remiendos de colores. Entro a esta tienda y la muchacha, que ya no tiene el saquito dorado sobre el pecho, sino dos senos pequeños, me grita: “Sal de aquí, ¿qué quieres?” “Yo quiero hablar contigo”. “Bueno, pero espérame afuera”. “No quiero”. Y la muchacha me dice que está bien, que me dé vuelta con la cara contra la carpa y la espere a que se acabe de vestir. La lona deja pasar las luces y la parte que me queda delante de los ojos parece un cielo de juguetería. Mientras se viste, la muchacha quiere saber todas las cosas que yo no sabría contestar. Yo le digo pequeñas palabras, monosílabos, pero ella insiste. ¿Cómo es mi nombre? Yo no sé. Ella se ríe de todas mis respuestas y parece muy divertida, pero a mí esta situación ha comenzado a parecerme molesta. ¿Para qué quiero hablar con ella? Tampoco sé. Quise oírle la voz cuando la vi saltando sobre los caballos. ¿Te gusta mi voz? Sí. ¿Pero quién soy yo? Y tengo que contestarle: “Hoy decidí vestirme de payaso”. Ahora está frente a mí con unos pantalones verdes y una blusa blanca. El pelo que llevaba atado a la nuca lo tiene suelto sobre un hombro. Sobre la cama angosta y desordenada hay una guitarra verde con las cuerdas hacia abajo. Me he sentado en la cama y he pasado los dedos sobre la madera y momentáneamente se han coloreado de verde. “Yo creía —le digo— que las guitarras verdes sólo existían en los cuentos”. “Esa guitarra es para dar serenatas, por eso es verde”. La guitarra suena a música encerrada cuando yo la levanto. Le digo que toque algo, pues yo no sé tocar. “Yo tampoco sé”. Ahora he tomado a la muchacha de la mano y hemos salido de la tienda con la guitarra. “Vamos a buscar a alguien que sepa tocar esta guitarra”. Al salir nos hemos cruzado con el director que sigue mirándome muy serio. Quiere que deje la guitarra y me vuelva a la pista. Yo le digo que tengo que encontrar a alguien que sepa tocar la guitarra. “Entre ahí”, me grita

empujándome por el pasadizo. Tal vez alguno de los payasos sepa tocar, por esto he entrado a la pista otra vez. La muchacha está detrás de las cortinas hablando con el director. Los payasos han traído unos cubos de agua y se persiguen tratando de mojarse unos a otros. Yo me acerco a uno que tiene unos lentes sin vidrios y le pregunto. Este payaso me mira pero no contesta. Los payasos han dejado de perseguirse y el de la nariz morada le está sacando de la camisa una gran muela de madera al de los lentes sin vidrios. Yo me le acerco y le pregunto si él sabe tocar una guitarra verde. Cuando termina la farsa todos salen corriendo y yo quedo en el centro de la pista con la guitarra. Otra vez vienen los hombres de casacas rojas a sacarme, pero yo me voy antes y le hago señas a la muchacha para que salgamos de la carpa. Desde fuera de la carpa parece un elefante echado. Yo se lo digo y ella me dice que entre y lo diga así desde la pista. En la puerta un hombre de casaca roja le ha preguntado a la muchacha para dónde va. “Él anda buscando alguien que sepa tocar esta guitarra”. “Cuando yo estaba en el colegio tocaba algo de dulzaina”, dice el hombre. “No, tiene que ser guitarra”. “Pero es que si es alguna pieza que él quiere oír yo podría tocarla en una dulzaina”. “No, no es ninguna pieza en particular. Cualquiera cosa con tal que sea con la guitarra”. Ella le dice que volveremos para el final y cruzamos la calle hacia el bar. Yo pongo la guitarra sobre el mostrador y le pregunto al bartender si él conoce alguien que pueda tocarla. El negro dice que no y comienza a servirnos los tragos. Luego se vuelve y grita: “Quién de ustedes sabe tocar guitarra? Aquí el payaso está buscando a uno que sepa”. Todos han girado sobre sus bancos para mirarnos, pero nadie contesta. La mujer que está parada frente al tocadiscos echando monedas en la ranura habló sin levantar la vista de los nombres de las canciones. “Sammy tal vez sepa. Él toca el contrabajo y cante en L-Bar”. Yo quiero saber dónde está Sammy. “No sé, tal vez en Londres o en Suramérica. Ya no toca en L-Bar. Él siempre quiso irse a Londres y seguro eso es lo que ha hecho: se ha ido a Londres”. La música ha silenciado las últimas palabras y yo insisto con el bartender. “Tiene que haber alguien que sepa tocar esta guitarra”. “Es que le hace falta para un número, ¿o qué?” “Él quiere oír la guitarra. Eso es todo”. La oigo hablar con el negro hasta cuando comienzo a golpear la madera con el fondo duro de mi vaso. La mujer ha venido a sentarse al lado mío y con manos lentas acaricia la guitarra que está todavía sobre el mostrador. “Estoy segura que Sammy hubiera podido hacer sonar esto”, —ha comenzado a decir. “A mí también me gustaría oírla: ya estoy cansada de los mismos discos con las mismas canciones: sí, me gustaría oír cómo suena la música de esta guitarra”. Luego se ha levantado sin tomar su trago y ha dicho: “Vamos a buscar a Sammy”. “Tenemos que volver para el final”. Yo levanto la guitarra y salgo del bar detrás de las dos mujeres. En la puerta me ha detenido el grito del negro: “Oye, payaso, porque no vuelves más tarde. Tal vez haya alguien entonces que sepa tocar”. Yo quiero decirle que no soy un payaso, que simplemente hoy decidí vestirme de payaso, pero me parece inútil toda explicación y no digo nada. Ya las mujeres están frente a la carpa cuando el hombre de la casaca roja está diciéndome que es una lástima que nadie sepa tocar.

“Sammy va a tocarla —le digo. Iremos a buscarlo después del final. Tienes que apurarte. Ya el domador está entrando a la jaula con sus leones y ustedes tienen que estar en la pista cuando él comience”. Cuando yo entro, todos los payasos están corriendo alrededor de la gran jaula mientras el domador hace sonar el látigo y dispara un revólver brillante. Los hombres de las casacas rojas están parados a distancias regulares rodeando la jaula. Como ellos no pueden moverse, yo paso a su lado haciéndoles burla y mostrándoles mi guitarra verde. El domador ha puesto sus leones sobre banquitos de colores y luego se da vuelta dándoles la espalda. Cuando encienden el aro, yo tengo miedo de que se les quemem las melenas o las borlas del rabo. Parece que el domador piensa lo mismo, pues no se decide a hacerlos saltar. Yo me acerco y le digo que pueden quemarse sus leones. Por fin sacan el aro de la jaula y el domador recoge sus leones y sale con ellos para su tienda. Cuando pasa frente al director, éste lo mira con rabia y yo creo que no va a poder salir sonriente y con ademanes graciosos esta vez. Los payasos se han agrupado al lado mío y el de la nariz morada dice: “¿A que no saben por qué la guitarra de éste es verde?” Todos los payasos se agarran la cabeza y dan volteretas como buscando qué decir. El de la nariz morada dice por fin: “—Porque no está madura todavía”. Yo me aparto con rabia y les digo: “No, no es por eso; sino porque es para dar serenatas”. Ahora los payasos se ponen furiosos. El de la nariz morada se arranca la nariz y la tira contra el suelo. Los demás se quitan las pelucas y tiran los zapatones contra las silletas de los palcos y se van todos a buscar al director. Ya no parecen payasos. Sólo yo estoy todavía vestido de payaso cuando vienen a llamarme para irnos a buscar a Sammy. En toda la carpa no ha quedado un payaso: solamente esos hombres que se limpian de la cara los manchones rojos y blancos y que discuten rabiosamente con el director. El hombre de la casaca roja se ha soltado los botones dorados y ha puesto la gorra en la silleta del portero y está tocando asordidamente su dulzaina. “No lo he olvidado todavía” y sigue tocando. De pronto deja de tocar, recoge su gorra y dice: “Vamos a buscar a Sammy, yo -siempre quise tocar la dulzaina acompañado por una guitarra”. La dulzaina sigue sonando cuando cruzamos la calle y yo comienzo a sentir en mi mano la mano tibia de la muchacha de los caballos.

EDUARDO ARANGO PIÑERES*

¿A dónde va mister Smith?

Joe Smith se había despertado. Estiró los brazos y las piernas cinco, diez, quince veces, experimentando, al hacerlo, un secreto regocijo. Después miró su reloj: exactamente las 7:00.

— Qué bonito día —exclamó—. Lástima que no fuera domingo.

* Sincé, Bolívar, 1931. Abogado de la Universidad Javeriana y licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Es autor del libro *Enero 25* (1955). “¿A dónde va Mr. Smith?”, el cuento escogido para esta antología, se inscribe en lo que se conoce como literatura fantástica.

Se desnudó rápidamente y se dirigió al baño, cuya puerta permanecía abierta.

— Qué mal color tengo —dijo—, mirándose al espejo y pasándose la mano por el rostro. Joe Smith tenía el pulso muy agitado y había empezado a sudar.

— ¿Serían las copas de anoche? No, Joe; tú no eres de esos. ¡Vamos, hombre, reaccional— concluyó para darse ánimo.

Después abrió lentamente la llave del agua y se quedó mirando cómo saltaban las goticas al tocar el suelo. Intentó lavarse primero las piernas, como hacía siempre, pero no pudo. Se vistió de nuevo.

— Bueno, por lo menos me afeitaré —pensó, con idéntico resultado.

Joe Smith estaba perplejo. Nunca se había sentido tan mal. Hubiera querido acostarse, pero le parecía que con ello no iba a conseguir nada y que, además, si no acudía a trabajar, fácilmente podía perder su empleo. Se sentó al borde de la cama, metió las manos entre las piernas inclinó ligeramente el cuerpo hacia adelante. Así estaba mejor. ¿Cuánto tiempo permaneció en aquella posición? No lo sabía. De pronto oyó que alguien lo llamaba:

— Joe, Joe Smith.

Joe miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

— ¡Qué nervioso estoy! —dijo—. Debe ser cosa de la fiebre. Y volvió a quedarse como antes.

De nuevo le pareció escuchar la misma voz, volvió a mirar y encontró el mismo vacío en torno suyo. Ni siquiera el más leve que pudiera denunciar la presencia de alguien. Repitió el experimento varias veces inútilmente. Comenzaba a inquietarse. Se levantó y se puso a buscar por los rincones. Todo lo miró, todo lo examinó, hasta el interior de los armarios. ¡Nada! Por todas partes la misma soledad. Pero había que probar por última vez para no volverse loco. Y lo hizo. Y volvieron a llamarlo:

— Joe, Joe Smith.

“¿Espíritus? ¿A quién se le ocurría pensar en ellos? ¡Bah! Patrañas”.

Terminó de vestirse y salió a la calle. Tal vez aún alcanzara a llegar a tiempo. Caminaba muy de prisa, tanto como si fuera volando. Las casas se le perdían súbitamente de los ojos y los vehículos marchaban muy lentamente. Pero lo más extraño de todo era que las personas con quienes se encontraba parecían ignorarlo por completo.

Joe penetró en el lugar donde trabajaba, sin que nadie aparentara darse cuenta de ello. Es más: ninguno contestaba a su saludo, a pesar de que Joe alzaba la voz cuanto podía. El gerente, otras veces tan amable, ni siquiera se volvió a mirarlo cuando le dio los buenos días.

Confuso, avergonzado, se dirigió a su puesto. Lo encontró ocupado. Un hombre, como de unos treinta años, estaba frente a su escritorio.

¿Le habían reemplazado tan pronto? Tal vez esto explicara la indiferencia con que le habían recibido. Estarían disgustados con su conducta. Llegar con tanta demora a un

establecimiento de tal importancia como era aquel. ¿Qué se imaginaba? Naturalmente, convenía alejarse de quien así correspondía al buen trato de la empresa. ¡Pobre Joe! Tenía que buscarse otro trabajo. Era inútil pedir explicaciones. Resultaba demasiado claro para que tuvieran que enrostrárselo en otra forma. La puerta estaba abierta para él. Lo habían despedido.

Salió apresuradamente, sin saber a dónde encaminarse. Anduvo en todas direcciones hasta quedar totalmente agotado. Entonces se acordó de que no había comido nada en todo el día, y se entró al primer restaurante que halló abierto. Ocupó una mesa desde donde podía ser visto con facilidad, esperando que así no demorarían en atenderlo. Pero nadie demostró haberse dado cuenta de su presencia. Llamó a uno de los sirvientes. Después a otro y a otros. Los llamó a todos pero ninguno se acercó a él. Golpeó fuertemente la mesa con los puños. Gritó. Maldijo. Por último, angustiado, sin comprender lo que ocurría, abandonó el recinto, tirando bruscamente la puerta al salir.

En todas partes adonde fue le sucedió lo mismo. Joe creyó que iba a estallar de cólera. Hubiera querido matar a alguien, para calmar sus nervios. “¿Qué le estaba pasando? ¿Todo el mundo se había vuelto loco? ¿O el loco era él? Primero, cuando iba camino de su labor. Después, sus compañeros en la oficina. Y ahora, hasta los empleados de los restaurantes”.

Ya estaba oscureciendo cuando regresó a su casa. Fatigado, casi muerto de hambre, pensaba que acostándose quizá pudiera recuperar la tranquilidad. Trataría de dormir, para ver si al día siguiente las cosas volvían a normalizarse. Era una pesadilla, no cabía duda. De todos modos, descansando se sentiría mejor.

Antes de entrar en el hogar, le pareció oír que alguien mencionaba su nombre en la casa de al lado.

Prestó atención. Efectivamente, un sujeto de mediana estatura estaba preguntando por él tal vez por haber equivocado su dirección. Claramente oyó cuando la vecina decía:

– ¿Mister Smith? ¿Mister Smith? Sí, vivía allí pero ahora la casa está deshabitada.

INDALECIO CAMACHO C.*

La vida fácil

La parte que a mi me tocó de Greenwich Village fue un prójimo de dementes consumiendo sexo, drogas y alcohol como si se tratara de oxígeno. Gente atraída por la fuerza del desvarío, jovencitos tras una muerte rápida como única meta, fracasados penando por estar vivos sin

* Cartagena, 1932. Arquitecto de la Universidad de Oklahoma, Estados Unidos, 1956. A finales de los sesenta dirigió el suplemento literario del Diario de la Costa, llamado La Palabra. Bajo el título *for Zyg* fue publicada la recopilación de sus artículos de cine, entrevistas, obras de teatro y cuentos que publicó en revistas literarias y de arquitectura.

producir su más grandiosa obra de arte y así, como un abanico, cada quien con su cuento. ¿Más? Póngale música.

En esa parte de Nueva York alquilé un cuarto con el propósito de conquistar la gran manzana a través de mis “maravillosos” solos de trompeta. Por la necesidad de andar liviano para poder irme rápido, todas mis pertenencias cabían en una talega.

¡Eso debía cambiar! Dándome la mano estaba la estatua de la libertad; no era sino que me oyeran los grandes y Satchmo quedaría de segundo... Ooo shobibop du!

Llegué con mi equipaje al cuarto que alquilé en Mac Dougal. Ya había acomodado la ropa cuando tocaron a la puerta. Abrí a un flacuchento con un gato en el hombro que me tendió la mano y se identificó:

—Willy Ricardo, W.R.

El gato dió un brinco, quedó en la cabeza de Willy por un segundo y se posó en el otro hombro.

—¿Qué tal?

Pregunté hipnotizado por los ojos del gato, que creí haber hecho la pregunta al animal y no al hombre.

Al ver la trompeta supuso que me gustaba el jazz y después de preguntar si había estado en Minton's se enfrascó en una alabanza interminable sobre Gillespie y “El pájaro” Parker. Finalizó invitándome:

—Ven a mi apartamento cuando quieras, tengo mucho de Morton y de Ellington.

W.R. fue quien me enseñó los vericuetos del Village y del Bowery. Su ocupación era falsificar pequeños Calder reeditándolos en su sótano, para negociar el falso móvil en otra parte de Nueva York.

Después de algunos meses, todo lo peculiar del Village se vuelve normal. ¿Quién se mosquea si pasa alguien por la ventana camino a reventarse contra el suelo, o por encontrar la tina del baño al final del corredor con algún fulano pasado de heroína, o dos adolescentes probándose?, ¿importa el sexo? Uno simplemente aparta los personajes para usar lo que necesita.

W. Ricardo era adicto al Bowery, sitio plagado de gente llegando al vacío por los callejones del trago. Barrio bajo, sin el tono artístico del Village, gente vencida que las muchachas del “Salvation Army” trataban de pescar con el anzuelo de un buen almuerzo.

—Hay que atraerlos, seducirlos a un mundo mejor. ¡Hay que salvarlos! —insistían las viejas puritanas después de toda una vida de ser derrotadas por los caídos.

La pernicia nos llevó a ese barrio inicuo y dando vueltas por la Tercera, llegamos a “Las Follies de los Felices Años Veinte”. El sitio estaba lleno de entusiasmo, vaho alcohólico, humo y jazz.

En la barra se deslizaban los vasos de cerveza. Dos sillas milagrosamente quedaron disponibles, y una voz cálida acompañada de un piano silenció las demás.

Su dueña, con tantas carnes como para sacar dos mujeres bien despachadas, llevaba una gardenia en el pelo y un escote abierto por donde se entreveía el paisaje de sus oscuros pechos moviéndose al compás agresivo de la canción. Me sentí arrasado por esa voz rica, llena de matices.

La quemante fraseología se acercó al territorio de las grandes cantantes de blues y finalmente se extinguió para darle paso al siguiente número.

El cancan alocado de las que habían sido las follies de Sigfield cuarenta años atrás apoyándose unas a otras cogió fuerza con el poder renovador de las tablas y la música inmortal, glamorosa y vibrante de Offenbach: sólo la más joven logró al final esparrancarse. Estaban tan cerca de mí, que al ponerse de pies se sentó encima de nuestra mesa como la cosa mas normal.

– ¡Hola! ¡Soy Cristina!

Dio un vistazo a Willy y al gato picándome el ojo. ¿Vería en mí al joven inexperto? ¿O mi asombro al estar frente a una auténtica pieza histórica?

Quitó un whisky de una bandeja, se lo bebió de un sorbo y se sentó en la silla que le brindamos. Mientras Cristina se ajustaba el vestido, Willy ordenó más trago.

– ¡Todo esto es real y en su sitio!

Y tal como se muestran unas condecoraciones, abrió la boca para mostrar sus dientes:

– ¡Son reales! Voy donde el dentista cada seis meses desde 1920.

Sus pechos también tuve que tocarlos para constatar su firmeza. Willy propuso salir a recorrer bares.

La noche estaba fría y Cristina se abrazó a los dos: Seguimos de un bar a otro hasta terminar en el apartamento de “nuestra” follie, fulminados por la ponzoña del whisky.

Yo desperté en un sofá. Cristina roncaba en el lecho y Willy se veía muy cómodo dentro de la bañera con su mascota en los pies.

Puse a calentar agua para el café al pitar la tetera. Los ronquidos de Cristina se interrumpieron. Comenzó a estirarse y a mirarme detenidamente:

– ¿Quién eres?

– Un amante del Bowery.

Dejó los estiramientos y se acercó para preguntarme.

– ¿Cómo llegamos aquí?

– Creo que gateando...

Le acerqué un poco de café.

La luz reventándose contra los vidrios, iluminaba a Cristina semidesnuda y descalza, que abrió los grifos de la tina como si Willy no existiera. Mojado y maldiciendo salió del baño con el gato. Le di de mi café para calmarlo: estaba tan airado que repetía una y otra vez perra, perra, hija de perra!

La corista, envuelta en su bata de baño, y como si no lo hubiese oído, regresó a la cama y desde allí me lanzaba miradas lujuriosas. Willy se despidió dando un portazo y entonces quedé con el campo libre para aceptar la invitación de aquel cuerpo abierto a mi sed.

Nos dormimos hasta la noche y después, agarrados de la mano y sin pisar el suelo, regresamos a "Las follies de los Felices Años Veinte".

La negra de los blues estaba de espaldas al piano vistiendo un traje plateado. Con ese mismo traje la vi al día siguiente, sola y bebiendo en un bar de Village. Sangraba de una desolladura amorosa reciente y quiso guarecerse en alguien mientras pasaba la tormenta.

Del bar nos fuimos a su cuarto, entré a la vida de Lola Print por la puerta amplia de sus desbordantes tetas, mientras Cristina quedó a un lado.

Lola Print imitaba a Billie Holiday tratando como ella de romperse el corazón a fuerza de blues. También le copiaba otros detalles:

Se ponía una gardenia en el pelo, usaba drogas e intentaba ser negrísimamente bella.

Le oía a diario tocar los discos de su heroína uno tras otro, reproduciendolos fielmente con la tenacidad propia de los monomaniáticos.

Esta exagerada Lola-Billie había llenado las paredes de su cuarto con la cara de la Holliday. Cuando ya no pude más, le grité desesperado por su afán imitativo:

— ¡Jamás podrás igualarla, porque eres muy gorda!

— ¿Estás tratando de insultarme? ¿Qué tienen que ver mis orgullosos quilos con mi tersa voz?

Continúo hecha una ventisca:

— Yo sé que quieres irte para California. ¡Tu tampoco eres original!

Ahora todos corren para allá. ¡Véte..! ¡Lárgate..! Puedo reemplazar tu trompeta por otra mejor.

Una urgencia por Frisco me envolvió. Decidí dejar Nueva York, despedirme de Cristina y Lola, y viajar a lo mío: tocar la trompeta con Jerry Mulligan y Chet Baker. Lo grande se entonaba en la libertad del oeste... ¡el jazz frío era el futuro!

Llevé una gardenia para Lolita y otra para Cristina. Lola Print recibió enternecida la flor y se la colocó en el pelo mientras con lágrimas me daba la noticia:

– Cristina se suicidó ayer... Me ganó de mano... ¡Se mató porque le tumbaron los dientes!

No pudo más y se abrazó a mi llorando sin parar hasta que la llamaron a escena. Debió quererla mucho, porque al interpretar su número y desgarrarse por dentro en un interminable blue, ya no imitaba a Billie cantaba con su propia voz libre y poderosa, una voz que nació en la mitad del Bowery para iluminar la noche azul del jazz.

JOSÉ RAMON MERCADO*

Mai broder

a Roberto Montes M.

a Roberto Ruiz Rojas

Mai broder. Mi querido mai broder.

Llavecita. Mi primohermano. Viejo bóquio. Mai fren. Tigre. Viejo tigre. Divino putas. Ajá y qué mi mai broder. Mi querido mai broder. Bien. Mis amigos de la cuadra sí me habían dicho: “Vimos a mai broder en los periódicos”. “Es mai broder viejo Cato”. “Tiene que ser mai broder el que salió en el diario”. Y así toda la bonchada vivía diciendo lo de mai broder a toda hora. Ahí en la esquina. En la tienda de Pilicha la hembra aquella de pechito de paloma. En el parque de los almendros frente al hospital de caridad entre Cochera de Hobos y Camposanto. Eso fue como una fiebre aquí en el barrio. Por Dios que yo nunca llegué a verte ni en retrato ni en tevé mai Broder. Algunos me lo decían bien tristes. A otros se les conocía la malicia en los ojos. Pero siempre era a mí que me lo decían. Y a la fija que era porque todos recuerdan lo llave que éramos nosotros. Ahora que he leído que es mai broder. Mejor dicho que eres tú es cuando vengo a creerlo. Eso fue todo un golpe bajo para la vieja que siempre vivía supiritando contigo mai broder. “Que mi hijo va a ser capitán de barco”, “Que él tiene que casarse con una mujer del extranjero”. “Que no le digan mai broder carajo”. “No te dejes decir así que así le dicen a los marihuaneros”. Y tú como para huevoniar decías: “Mai broder será tu madre”.

* Ovejas, Sucre, 1937. Poeta, narrador, dramaturgo y docente. Se graduó en Ciencias Sociales y Económicas en la Universidad Nacional de Colombia en 1963. Se especializó en Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena. Magister en Administración Pública de la Escuela de Administración Pública ESAP, Bogotá, 1975. Rector del INEM José Manuel Rodríguez Torices entre 1976 y 2001. Como autor y director de teatro ganó el Primer Premio del Concurso El Tiempo-RTI con *Réquiem por un negrito*, en 1965. Ha publicado *No sólo poemas* (1970); *Las mismas historias* (1974) cuentos; *El cielo que me tienes prometido* (1983); *Agua de alondra* (1996); *Árbol de Levas* (1996). En el año 2.000 salió la segunda edición de *Perros de presa*, cuentos, de la cual se tomó “Mai Broder”.

en seguida picabas el ojo para que la vieja fuera creyendo en seguida que tu cabriabas en serio. El viejo la cogió bien suave. Tú sabes cómo es el viejo. Tú lo conoces mejor que yo. Pues sí mai broder. El bacano. ¿Te acuerdas del bacano? Él es el que dice que el viejo es más duro que la concha de un morrocoy. Con toda esa tremolina no ha soltado ni una sola lágrima. “Qué verraco viejo tiene mai broder”. Me dijo el otro día. Antes que se me olvide eso era lo que quería decirte. No dejes que se pudran. Ya todos saben en el barrio. No hay nada que esconder. Pero te decía que no creo que ellos se nieguen a leer una carta de mai broder. Claro que la bonchada cree que lo del buque “Insignia” en que andabas como dicen los periódicos fue un negocio de película que se fue al agua. Otros dicen que eso no es de ahora. Que con ese sueldo de sirvienta que tienen los militares. Que nadie es tan pendejo de ponerle el pecho a la bala de balde. Así de pura papaya mai broder. Que por eso es que están pasando esas vainas del contrabando. La gente dice que le quitaron las paredes de adorno del barco y escondieron ahí la marihuana. Es decir todo ese mandado de la maracachafa y ese polvito blanco que es el que da el billete. Lo mismo que en los cojines y en los camarotes. Que no era la primera vez que hacían ese negocio. La gente no ha visto eso mai broder. Pero eso es lo que dicen.

Otros dicen “cómo va a ser mai broder el dueño de toda esa mercancía”.

Te decía que el viejo no volvió a salir a la calle para que nadie le pregunte por ti. Pero tú sabes cómo es la gente. La vieja es la que me dice que él hubiera querido ayudarte con las personas influyentes que te vieron jugar pelota en el estadio. Pero como que ha sido la vergüenza la que no la ha dejado salir a la calle. Tampoco es que lo hubieran ayudado mai broder. Los que jugaban con él andan porái tirándole a la caridad en las esquinas. Viviendo de cualquier modo. El viejo porque tú sabes que está jubilado en la policía y todos los meses coge su billetico a la fija. Porque esto aquí anda muy mal mai broder. Yo sé que la cana es peor. Uno se da cuenta por esas películas. Yo sé que la cana pudre en uno o en dos años. Pero ya por el resto de tu vida así como dicen los periódicos parece imposible. La gallada dice que tú cogiste el camino que no era. Los periódicos de estos días dicen que en esto hay metidos peces gordos. Que tú qué carajo. Que eso es una mafia que está bien organizada. Que tú caíste por bobo. Porque fijate yo. Tú perdona mai broder. Pero en esto del boxeo uno aprende cuándo debe morder. Tú quizá me has visto en los periódicos de allá ganándole a todo el mundo. Porque tengo ganas de llegar a campeón. De pelear en el Madison Escuaigarden y llenarme los bolsillos. Tú sabes que mi gente está en la calle. Así como te lo digo mai broder. Acá nadie sabe cómo fue la movida. Nadie mai broder. Lo que se sabe es que ahí hay peces gordos de los del mismo barco. Unos dicen que la nave iba bien llenita de la marihuana de la Sierra. Otros dicen “Mai broder nunca”. “Mai broder cuándo”. “Mai broder él no es capaz de eso”. Pero de verdad cuanto fuera ese billete nos duele en la verga mai broder. Con todos esos dólares con veinte millones alcanzaba para comprar todas las pintas del mundo. Una casona en Bocagrande bacana con un carro full de lujos. Full de muebles y cuadros. Muchos cuadros raros para el desplante. Y un equipo chévere con los lomples del viejo Daniel y toda

la Matancera en su apogeo y Pérez Prado y el gran Riky y esas guarachas de cuando aprendimos a bailar. Y sin que le importe a uno el que dirán de la gente. ¿Quién sabe cómo será tu soledad allá en esa cárcel gringa mai broder? Porque yo he visto esa cárcel en las películas. Y los periódicos ahora en estos días hablan mucha paja con lo del caso del grumete. ¿Y quién iba a pensar que eras tú mai broder? Porque si no es por el Mono el hermano del Malanga que en su casa compran el diario aquí todavía era la hora que nadie supiera esa cosa del "Insignia". Porque cuando hay peces gordos alguno paga los camarones. Uno sabe eso mai broder. Y Pilicha también lo sabía porque ella oye la radio. Pilicha la hembrita de la tienda de la esquina. Ella cuando me ve me pregunta por ti. Tú me dijiste que una vez la batiaste en una vespertina. Si supieras: el bacano anda diciendo que él fue el que le quitó el virgo un sábado en una discoteca de Bocagrande. Pues sí mai broder. El otro día me dijo: "¿Cómo habrá hecho mai broder para matar esa soledad?". "¿Cómo habrá hecho él para matar estos malos recuerdos?". Y así todo el mundo mai broder. ¿Te acuerdas de Jimi el de la loma que nos tenía bronca? ¿El que decía que se quitaba los escapularios cada vez que se quedaba con la flecha que tenía en el cabaret de Germania Quiroz? Supe que se había puesto a decir que siempre andabas grogui. Que le sonabas duro a la droga. Que te gustaba cualquier cosa de basura. Que ya tú desde hacía rato roletabas la pelota. Que tú desde antes metías mucho monte. Sin embargo. Nadie de la cuadra de los que jugaban pelota en el mismo equipo con mai broder puede decir eso. Pero como tú te fuiste a Barranquilla y siempre que llegabas aquí a Cartagena con tu uniforme de grumete venías estrilando con eso de que estudiabas Ingeniería de Máquina. Y cambiando el hablado de la cuadra. La gente sí me lo iba diciendo: "Ya mai broder no es el mismo". "¿Te das cuenta lo hazañoso que vino mai broder?". Tú mismo debiste haberte dado cuenta aquella mañana junto al mar cuando te encontré que te dije: "¿Ajá mai broder y qué?". Yo me di cuenta que tú te quedaste serio como si hubieras frenado en seco. Tú andabas con unas hembras que no eran de por aquí. Eso uno lo sabe en el hablado. En lo de la piel bronceada. En lo del pelo suelto como en las películas y sobre todo por lo de las gafas quemadas que usaban esas hembras mai broder.

Parece que el tiempo lo va borrando todo mai broder. A mí eso ya se me olvidó. Y desde entonces fijate mai broder ya nadie hace lo de antes. El Gato. ¿Te acuerdas? Aquel que vivía después de la esquina de las Mendoza. Él cogió para Barranca a trabajar en lo del petróleo. Los Santos que jugaban en el aufil se perdieron del barrio. Parece que se sacaron un chance o unas fracciones de la lotería y compraron en Castillo mar una quinta que les costó un jurgo. Las Monas del segundo, piso que iban a Bellas Artes a pintar monicongos. ¿Te acuerdas? Me dijo el bacano el otro día que se putiaron y se fueron para Venezuela a ganar en bolívares. Una lástima mai broder con las ganas que les teníamos. Todo el mundo decía que se estaban desperdiciando. Lo de Wili ni para qué te lo cuento. No me gusta decir esas vainas de los amigos. ¿Lo recuerdas? El pobre se metió a marica y cada vez que cumple años bota la pelota y empieza a tirar la casa por la ventana gastando lo que ahorra en todo el año. Se llama

María Feliz en el gremio y le da rabia que le digan Wili... Siempre lo veo rasurado. Lleno de perfumes y más perdido que nunca. Me dijeron que tiene un salón de belleza y se hace tratamientos para rejuvenecerse. Aquí nadie está en lo de antes. El bacano es ahora Luis Felipe y es el bacán de la canción de moda. Él es el que hace el show de medianoche en el cabaret de Germania. Levanta hembras como un diablo. Si lo vieras Mai broder. Se gasta una pasta de tumbador bien original. La gente de la cuadra de la vieja guardia cuando lo ve lo atarzana y él se solla en seguida. La gallada le pregunta. “¿Ajá bacán y qué?” “Ahora soy el bacán de la canción de moda”. Dice casi siempre con los mismos ademanes que él hacía cuando estaba en el cénter. Pero te dije que me fui del béisbol y que me metí en lo del boxeo. Chico dice que yo seré grande si sigo así. Así como lo oyes mai broder. Él es el que me ha dicho que si quiero ser grande tengo que ir despacio. Pisando con cuidado. Nada de camarones pesados. Nada de atravesarme en peleas con gente desconocida. Me fui del béisbol mai broder. Así que ya nada de bigliger. Nada de esos sueños. Ahora estoy en lo del boxeo y nadie me gana. Los chicos del callejón me esperan todas las tardes ahí en el corredor para verme entrenar. Todos quieren llevarme los guantes. El uno me lleva las botas. El otro me lleva la mascareta los más grandes me cogen el maletín. Y los más pequeños me llevan de la mano. Yo les digo: “Me responden por eso ah”. Y todos me dicen: “Tranquilo campeón”. Tú sabes mai broder uno fue peláo y uno gozaba viendo a un pelotero y tocándole la manilla o el bate o tentándole el uniforme. Cuando oigas decir que Rocky es el campeón del mundo soy yo: Catalino Barragán. Lo que pasa es que tuve que cambiarme el nombre porque con ese otro no se puede llegar a ser campeón. Los recortes de periódicos es para que veas. Si pudiera pelear allá en el Madinson Escuaigarden. Aunque Chico me dice que siendo uno bueno uno puede pelear en cualquier parte del mundo. Aunque tú no le hayas escrito a nadie de la bonchada ya ellos saben que “el grumete de la fragata de la marihuana”. Como dicen los periódicos es el mismo mai broder. Y nadie se alegra de lo que te pasó mai broder. Nadie. Y tú te preguntarás cómo habré hecho para escribirte. Y tú sabes. Preguntando. Preguntando mai broder. No to creas que soy el menso de antes. Yo sé cómo es eso de la soledad. A veces creo que la soledad lo pudre a uno mai broder. Nadie se alegra de eso. Antes por el contrario. Me da mucha rabia que te estén echando el agua sucia mai broder. Como quien dice que mai broder es el que cargó con los platos rotos. Si uno no lo supiera. Son ellos mai broder. Pero tú debes boquiar. Qué ganas con taparte la boca. Con toda esa plata hubieras quedado sentado para toda la puerca vida. Hasta hubieras podido ser el mánayer del viejo Rocky. Tu llavecita mai broder. Pero tú no eras el dueño de esa mercancía. Los periódicos dicen que ahí están metidos los capitanes del “Insignia”. Que ellos son los peces gordos. Que tú no tienes dónde caerte muerto. Mejor dicho que tú no tienes siquiera dónde cagar.

Fíjate yo mai broder cuando me subo a un ring ya no soy Catalino. Mejor dicho soy el mismo sino que tengo otras esperanzas. Al fin y al cabo las mismas esperanzas de todos nosotros. Lo que pasa es que oigo y veo que más allá del cuadrilátero están los que quieren

que yo gane. Y cuando me subo a un ring soy Rocky y estoy pendiente que no puedo agotarme. Me asusto como todo el mundo. Entonces Chico viene y me dice: "Cálmate". Y me soba la nuca. Después me frota las espaldas. "Tienes que ganar". Me dice. Me unta la vaselina en las cejas. "Boxéalo en el primero". Y como si yo no hubiera oído me repite lo mismo. Luego me calienta el plexo. "En el segundo quiero un concierto". Me dice. Y yo sólo lo entiendo. Entonces me ablanda los hombros. Vuelve a frotarme los pómulos. "El tercero es descanso". Me dice. Me estira la pantaloneta y me hace que respire. "En el cuarto le caes como una metralla en la cara". "En el quinto demuéstrale quién eres". Es una lección larga que nunca pasa del quinto ráun pero yo me la sé todas por si acaso. Tú debiste hacer la mismo mai broder. Si ellos dijeron que eras tú dile a todo el mundo que no eras tú. Alguno te oye aunque esté lejos mai broder. No dejes que te pudran. A esa soledad mai broder dale una patadita en el culo así como cuando yo subo al ring que voy acabando con todo el mundo aunque no tenga rabia. Y no me preguntes cómo hice yo para escribirte: averiguando. Averiguando mai broder llega uno a todas partes. Cuando por último me soba las pantorrillas ya estoy en el centro del ring fajándome de lo lindo. Mai broder aunque te dije que el tiempo lo va borrando todo, te repito que todo el mundo sabe que tú no fuiste. Mejor dicho todo el mundo sabe que tú fuiste el anzuelo. La carnada que usaron los mismos peces gordos de tu barco. Mai broder cuando me escribas me cuentas cómo fue el rollo. Todo el rollo. Tienes que romper ese silencio.

Rocky

RAMÓN ILLÁN BACCA*

Un caso para Bruno Manos Albas

No supe qué responderle al joven juez Bruno Manos Albas cuando me preguntó qué sabía sobre las hermanas Fanti-Pontino. En realidad ¿qué se yo de ese par de jóvenes artistas, ese par de gemelas, bellas y de gran mundo, hijas de mi rica y lejana pariente y con quienes no cruzo palabra desde que llegaron a la pubertad? ¿Qué puedo saber de ese par de mujeres que han atado a su tío y a mi amigo del alma Ludovico Pío en un crimen que ha conmocionado a este pueblo grande con título de ciudad?

* Santa Marta. 1942. Abogado de la Universidad Libre de Bogotá. Se dedica a la docencia y el periodismo. Fue uno de los directores del Suplemento del Caribe, en el que escribía la columna Toque de conticinio; tuvo a su vez en El Heraldó una columna bajo el nombre Notas Sueltas. Obtuvo el Primer Premio en el Tercer Concurso de Cuentos del Magdalena y Premio Regional del Diario del Caribe en 1981, con el cuento: "No hay canciones para Osiris Magué". Publicó el libro *Marihuana para Göering* en 1979 y en 1984 fue incluido en el libro *Cuatro Narradores Colombianos* de la Fundación Simón y Lola Guberek. Así mismo fue incluido en la Antología de Eduardo Pachón Padilla *El cuento colombiano* y en 1987 fue finalista en el concurso de novela Plaza y Janés con *Devora Kruel*.

Doy vueltas en la habitación ante la mirada reprobadora de los testigos citados. Él, un hombre con canas en las sienas pero de ademanes felinos y delicados, y ella, una mujer negra, una palenquera que ha dejado en la otra silla la palangana llena de cocadas, alegrías y caballitos de papaya mientras rezonga que está perdiendo la venta del día.

Desde el balcón miro el parque. Allí esta el templete, blanco, de delgadas columnas y muchas volutas donde muchas veces asistí con Rita y Gilda a escuchar las retretas dominicales. Debe ser desde esa época cuando se les desató la vocación musical porque ni siquiera la proximidad de la heladería “El Páramo” las distraía de la atención con que seguían los movimientos de batuta del Mono Julián el director vitalicio de la banda municipal.

En esa lejana época podría decir que hubo complicidad entre nosotros. Aunque en principio yo era tan sólo un pariente pobre y vago que solo tenía justificada su existencia porque le correspondía pasearlas los domingos en que el aya tenía el día libre, al final hubo algo cercano al cariño.

A lo mejor nada de lo que ha pasado es tan extraño. Creo que el destino de los Fanti-Pontino es vivir dentro de un drama pues todo lo indica así: El accidente de la madre, el abandono del padre y ahora esto. Pero aclaro, lo musical y lo teatral viene por el lado de la madre, Gina Pontino; el padre Fanti, ese viejo cargado de plata con sus fábricas de pastas, no tiene nada que hacer en esta serie de supuestos. A él solo le correspondió poner el escenario y el decorado, y vivir separado de su familia desde hace décadas instalado en la capital.

“Arrojaron una lluvia de champaña sobre los que pasaban bajo el balcón”, comentó una de las escasas personas que a esas horas de la Nochebuena estaba fuera de casa. “Era una música infernal”, dijo una de las beatas que había trasnochado para estar en la iglesia para la misa de gallo. “No era tan nueva la música, era Iron Butterfly y Led Zeppelin, música de los sesenta”, dijo menospreciativamente Nando Correa, el dueño de “Aquí fue Troya”, el bar que estaba ubicado en forma diagonal a la pretenciosa mansión de las Fanti.

“Las mellas tenían vestidos largos de noche, exactamente un strapless negro y otro blanco de lunares azules iguales a los que usó la protagonista en “Gilda”, dijo Memo Clavel, el dramaturgo de la ciudad, y añadió: “el tío Pío estaba muy apuesto en su smoking tropical y aplaudía todas las gracias de sus sobrinas”.

En lo que sí empiezan las diferencias de los testigos fue sobre si los alaridos de espanto habían sido antes o después de un ruidoso motete entonado en la misa por el grupo coral de la Casa de la Cultura. Pero este detalle no impidió que casi todos los feligreses hubieran acudido en estampida a la vieja edificación, subiendo al segundo piso por la frágil y desvencijada escalera, donde se encontraron con el par de mujeres gritando en esos do agudos al borde de la octava que indicaban que sus registros eran extraordinarios, como lo habían comprobado sus profesores del London College of Music, mientras las manos agarrotadas empuñaban los cuchillos asesinos. El cuerpo atlético del tío, ese prototipo de

“latin lover”, estaba fieramente acuchillado, la expresión alelada de las homicidas, con las largas cabelleras caídas sobre los hombros, y lo incomprensible del hecho le dieron un carácter teatral al momento.

– Como de ópera, dijo el Mono Julián

– Como de ópera punk, corrigió Nando Correa

– Como de gran ópera, reafirmó Lorenzo Colonna, el hijo de Alma Pura la dueña de “El Pequeño París”.

II

El juez Bruno ha seguido con sus preguntas, y esta vez fue si me gustaba la ópera. No supe qué contestarle; hubiera sido como acostarme en el diván del psicoanalista y empezar en una corriente imparabile.

Es penoso que lo confiese, pero salvo una representación de nuestra ópera nacional en el Teatro Colón de la capital, no he visto óperas en vivo. Pero creo que mi amor por ella se debe a que Trinita Purificación, mi abuela materna, me hablaba con tanto odio de “ese tenorcillo”, para referirse a mi padre, que me agarré a la ópera como una compensación.

Pero es que aquí donde estoy, secretario de un juzgado con un sueldo para sobrevivir, capoteando el desempleo y nombrado por un padrino político, con apenas seis meses de práctica y con sólo la ayuda de un manual al que le faltaban las últimas páginas—yo soy en realidad un artista sin instrumento y alguien que empezó en este mundo del canto desde muy temprano—¿pero cómo no iba a serlo si mi padre era el tenor yugoeslavo Francisco Zitko que llegó en los años treinta? El tenor, doblado a tenorio, conquistó a mi madre, la hija de Trinita Purificación, y así tuvo asegurado casa, cama y comida hasta que se murió. Su única preocupación era el concierto para las “Emisoras Unidas” los domingos por la tarde y en el que hizo popular aquella aria de zarzuela que decía “Mi aldea cuando el alma se recrea...”

Pero éstas son digresiones no necesarias, sino que inquietantes y que no puedo controlar, pues si hay algo que me gusta es hablar de mí mismo. Sin embargo, le voy a hablar al juez del muerto, que con seguridad, eso ayudará a debelar el crimen.

Reconozco que además de apuesto y tener buena voz, Ludovico Pío siempre fue una rara avis. Mientras sus primos participaban en los concursos de bailes del mambo en el “Jardín Águila”, a ver quién tiraba más paso, él, que también asistía cargando siempre con la más bonita de las chicas, le decía al oído a su pareja que le avisara cuando fueran las nueve para poderse escapar e irse a ver “Abismos de Pasión”, una película que ya había repetido cuatro veces porque había quedado fascinado con la música de fondo. Allí nos encontramos todas esas veces y nació nuestra gran amistad.

Como amábamos la música vocal, nos volvimos unos expertos. Sabíamos que el tema musical de “Cuando la noche cae...” la radio novela de las nueve era en realidad al aria “Mi

corazón se abre a tu voz..." de Sansón y Dalila, y que el tema de fondo de la película "La luz que agoniza", era el tema de la locura de Lucía de Lammenmoor. Era bello sentirnos poseedores de una parcela de conocimiento no compartida con todos, sino con sólo los iniciados, con sólo aquellos tocados de una chispa especial, de un símbolo de diferencia.

Grabamos en cassettes todas nuestra joyas, hasta aquellos viejos discos de Luisa Tetrizzini cuyos agudos desaparecían a nuestros oídos, pero intranquilizaban a los perros, pues ya se sabe que ella dio la idea para el silbato supersónico para canes. Pero la vida nos separó cuando él se fue a estudiar y después se radicó en el exterior. (Para alivio de su padre que veía con intranquilidad su debilidad y éxito con las mujeres casadas. Fue para esa época que se oyeron los rumores de sus amores con Gina Pontino).

Ahora me encuentro en este rincón del mundo investigando su muerte. A todos los de la comisión: el juez, los dos detectives y yo, que soy el secretario, nos ha tocado alojarnos en esta pensión, la única del pueblo, que queda diagonal a la iglesia.

La dueña del "Pequeño París" nos ha advertido que su casa es un lugar respetable. "No se aceptan ni parrandas ni visitas de mujeres", dijo en forma perentoria al firmarle el libro de registro.

Pero Alma Pura ha demostrado ser menos severa que lo que temíamos después de este saludo. Todo el tiempo ha estado pendiente de nuestra comodidad, preguntándonos si hemos encontrado cómodas las piezas, si los abanicos no hacen demasiado ruido, si las sábanas están de olor a lavanda y si no nos fastidia el perfume. Además cada media hora se acerca al juzgado una muchacha de facciones indígenas llevándonos jugo de mango en dos grandes jarras.

La investigación ha marchado aceleradamente. Como hemos empezado las diligencias al llegar después de tres horas de la capital, hemos encontrado que todo estaba patas arriba. La gente que invadió la casa movió todo y no hay forma de reconstruir con exactitud el crimen. Para mañana se espera oír testimonios sobre la personalidad de las jóvenes y redondear así sus perfiles. Ha sido un largo día y por eso bendigo este cómodo mecedor que ha puesto para mí en la terraza Alma Pura, y donde recibo el fresco de la noche. La anciana se ha sentado en otro mecedor con copete en su espaldar, exclusivamente para su uso.

Solamente Alma Pura, con Lorenzo Colonna, un hijo de su difunto marido Francisco, podían situar con claridad ciertos hechos. He encontrado que la mejor manera de informarse es escucharlos cuando juegan esas interminables partidas de naipes bajo la inmensa ceiba del patio, en la mesa de estilo "nouveau art" y con la inmensa sombrilla multicolor pero cuyos colores desteñidos indican un momento de esplendor ya lejano. Evocan un momento flamante en un playa francesa, tal vez una Niza con camellón empalmerado, caballeros de sombreros de tertarita y damas de sombreros con velos, como lo indican esas viejas fotografías que están en la sala acompañando la gigantesca fotografía entronizada de isorpresa! mi

padre el tenor Francisco Zitko esposo de la propietaria de este lugar y que ahora, (estoy un tanto desconcertado pero no del todo asombrado) se me ha revelado, era bígamo. No le he dicho a nadie mi descubrimiento.

III

El joven juez me tiene intrigado. En realidad él es todavía más bisoño que yo, pues apenas acaba de salir de la universidad y éste es su año de práctica. Él mantiene su distancia y no quiere dar a entender que desconoce la rutina del cargo. Me pregunta con insistencia sobre mi vida musical; a veces pareciera que el investigado fuera yo y no las mellas Fanti a quienes ha ordenado dejar bajo arresto domiciliario. El estupor ha sido general, y ¡qué no se ha dicho! Ha salido a relucir que el juez es hijo de un anarquista español, que su madre era una latifundista loca, que de adolescente se hizo echar del seminario y se rumora que está comprado por la madre de las muchachas, "la agiotista inválida" como la llaman sus malquerientes, deudores en su mayoría. Lo que sí está muy claro es que el finado también tenía un tiro en el estómago, y que no se detectó a tiempo porque sobre el mismo sitio de entrada de la bala también se había apuñalado el cadáver. Este hecho no había sido visto por Jesús Daconte, el médico legista, otro estudiante está haciendo su año en el puesto de salud. Pero este joven ha resultado puntilloso, y se lo hizo notar al joven médico, el cual desconcertado me ha dictado un acta disparatada que tengo que rehacer. La bala pequeña se encontró, y después de recogerla cuidadosamente, se ha añadido a las pruebas para ser enviadas a la capital. "Pulvis et umbra sumus" dijo con solemnidad fingida el joven juez. No le quise preguntar de donde sacaba su latín, pues era obvio. Esa tarde el joven Bruno me ha llamado aparte, y sin muchas vueltas me ha preguntado mi opinión sobre los testimonios contradictorios, en los que no se sabía si los gritos habían comenzado después de un coro en el misa o después de algún disco de los que ponían en la fiesta. Me pareció irrelevante la preocupación, pero mayor fue mi desconcierto cuando me preguntó si yo había visto el film "El hombre que sabía demasiado" de Hitchcock. Le contesté que no sólo la había visto sino que podría decirle las diferencias de las dos versiones del film y empecé a contar el argumento. Me interrumpió para decirme si recordaba la escena clave el único golpe de los platillos en la cantata que la orquesta interpreta coincide con el disparo, afortunadamente fallido. Tenía cierta furia por dentro, ¿qué se estaba creyendo, que uno no sabía de cine? Hasta podía decirle que se tocaba "Nubes de Tormenta", pero no me dejó hablar sino que me señaló un testigo, Idris Pombo, la negra palenquera, decía que se oía música pegajosa, mientras que Lorenzo Colonna decía que la música era ruidosa, de esa con muchos platillos, alemana sin duda. Cuando iba a hacer unas distinciones eruditas me sorprendió al decirme que él sí sabía qué autor sonaba en ese instante. Segundos después regresó con un disco y me dijo: "hice lo más elemental, fijarme qué disco estaba puesto, ya que con seguridad fue el último que se escuchó". Más adelante, y casi con voz de padre confesor me dijo: "¿Quiere oír el redoblón del último movimiento?". Mientras lo escuchaba me sentía disminuido, el juececito

estaba resultando una fiera. Ahora, y con pausas reflexivas entre una y otra frase empezó a decirme. ¿Quiénes podrían conocer en esta aldea una composición tan de entendidos? La respuesta se caía de su peso, las mellas Fanti, tal vez el muerto— hizo una larga pausa antes de soltar el nombre—, también Gina Pontino, la madre de ellas y la cuñada del muerto. Me sorprendió la forma como alargó la palabra “cuñada”. Pero no había terminado.

¿Qué clase de pistola fue empleada?, me preguntó. Le respondí que deberíamos esperar varias semanas antes de que la oficina de balística nos diera el resultado. Asintió, pero después de un instante volvió a la carga y me preguntó si yo sabía qué era una “Lady Wetson”. Me sentí soberbio, ¿cómo me iba a preguntar eso a mí que me había visto por lo menos setecientas veces películas mexicanas, cuando fui proyectorista de “La Morita”? ¿A mí, que había visto a una heroína sacar de su diminuta cartera una pequeña pistola anacarada y disparar mientras le decía a su rival “la quiere a usted porque usted va a darle lo que le di yo una tarde de lluvia y que una mujer no puede dar sino una vez en la vida”?

Me escuchó con atención, se rió de mi apunte, pero preguntándome, “¿quién de todos los que estaban en la fiesta tenían ese tipo de arma? Le contesté que no había respuesta. Esa vez duró un largo rato en silencio, al final lo rompió al preguntarme: ¿Sabe qué es la “Navaja de Occam”? Definitivamente el joven estaba sacando a relucir sus artimañas escolásticas, la verdad es que sabía muy poco de esa navaja. “Es muy sencillo —me explicó— todo consiste que si hay soluciones simples no hay por qué buscar las complicadas, luego si el asesino sabe de música y de armas, ¿quién reúne esos atributos de los que estaban en a fiesta? Volví a la carga diciendo que todavía no se sabía ni la clase de arma, ni la distancia, ni otras circunstancias. Me interrumpió con un ademán casi teatral. “No tenemos el dato legal, pero de hecho, sí sabemos que fue una pistola pequeña y disparada a escasa distancia”. Balbuceé que podían ser las mismas mellas, una de ellas por supuesto. “¿Y después arrojarse a apuñalar al mismo tío con quien minutos antes se estaba divirtiendo? Hay algo que no encaja”. Se levantó, y antes de darme las buenas noches me dijo: “Se ha dicho que es un crimen como de ópera, la verdad es que en este momento los únicos instrumentos que tenemos son sus conocimientos de cine mejicano y de ópera, —y por último, con su expresión mas seria, concluyó—, usted que sabe tanto que ambos ¿podría ayudarme?”

IV

El día siguiente, al levantarme, miré por la ventana del hotel. Había trasnochado leyendo “La balada de las armas de fuego” un tratado de balística escrito por un señor de apellido Bataille. Un aviso en la paredilla de enfrente recomendaba: “Acuéstese fea y amanezca bonita usando la crema Pecados de Siria”. No debía haber usado esa crema Gina Pontino cuando llegó a dar su declaración a la hora señalada. Lucía un vestido caro de escote puntiagudo, y una boquilla larga de plata en la mano derecha, tenía las facciones desencajadas y una cejas postizas que las grandes gafas oscuras trataban de disimular. Venía acompañada

de Lorenzo Colonna, quien empujaba la silla de ruedas mientras mantenían una conversación que rezumaba familiaridad. “Hay que tener una conversación larga con el tal Lorenzo; él debe saber algo sobre el paradero de nuestra Lady” me cuchicheó al oído el juez Bruno. Por lo pronto seguimos oyendo la declaración de Ruperto Silvestre, el empleado de la tienda “Sal si puedes”, y que en algún momento había llevado el hielo pedido. Como aclaró, él había estado una hora antes del crimen, pero lo que sí vio fue a Ludovico Pío sentado al piano mientras cantaba el bolero aquel que dice: “Yo no sé si ese amor es pecado que tiene castigo...” su declaración terminó con el juicio afirmativo de: Para mí que todas ellas estaban perdidamente enamoradas de él”. También fue enfático en decir que no había visto a la inválida en la sala. Fue bajo ese pensamiento como recibimos las declaraciones de Gina Pontino, que en un principio negó todo. No se había movido de su pieza, —sabían, aclaró, que su pieza estaba en la otra ala de la casa y que para pasar a la sala había que bajar y subir escaleras, cosa que ella sin ayuda no podía hacer. Prosiguió diciendo que no sabía qué canciones tocaban, no sabía de qué disparo hablaban, solo salió a oír los gritos. Y jamás, agregó, había tocado un arma de fuego. En ese momento intenté ayudar al juez escribiendo, antes de que él me dictara, una pregunta de él porqué cuando su accidente, huyendo de unos presuntos violadores, se decía que ella antes de estrellarse había disparado repetidas veces. Pero el juez me detuvo con un imperativo “yo soy el único que hace las preguntas” Cuando se le preguntaron cuáles eran sus relaciones con el muerto, trazó un cuadro idílico de relaciones cordiales y distantes. Y cuando se le hizo la misma pregunta sobre las relaciones del muerto con sus hijas, habló de una confusa cohabitación de ellas con él en Londres en una respuesta que se enroscaba en sí misma. Cuando se intentó ahondar en la pregunta contestó con un digno: “Me niego a incriminar a mis hijas”. De ahí en adelante fue una imagen despojada de sí misma, hierática, con un laconismo que se siente elocuente porque supone un sin fin de cosas no dichas...

Al terminar el día extenuados, la única prueba conseguida era una factura por una pistola con las características de la Lady Wetson, comprada en Londres por una de las mellas.

V

Alma Pura me ha salido al encuentro en el corredor, se le veía el temor en el rostro. “Por la memoria de tu padre, no involucres a tu hermano en este asunto”. No me dio tiempo a que aclaráramos el parentesco porque en seguida me dio su versión sobre el crimen: “Fue ella, la arpía esa que tiene por deudas, esclavizado a mi hijo. Yo miraba con unos binóculos que tengo, esa fiesta que me daba malos pálpitos. Ella le había pedido la pistola a mi hijo, que para evitar una mala hora se la tenía guardada. Lorenzo, de bruto, se la mandó con el muchacho del hielo. Por eso, después que Ludovico empezó a dedicarle a cada una de ellas boleros, Gina no se aguantó y disparó; tú sabes, el amor muere, pero los celos permanecen...”,

después de un leve lloriqueo continuo, “las mellas, para proteger a su madre, acuchillaron a su amante, porque, –en ese momento cambió la expresión por una de complicidad–, tú sabes, ellas lo compartían...”

Al preguntarle si iba a declarar me dijo con una expresión aviesa en los ojos: “Diré que no sé nada y pediré que te declaren impedido por el parentesco con nosotros”, y añadió más adelante “necesitas ese sueldo, el desempleo en esta época es fatal...”

Después de esa conversación tuve que pensar que en esta investigación cada gato caminaría sobre su pared. La segunda declaración de Lorenzo Colonna no ayudó en nada y la “Lady” buscada permaneció en el fondo del mar. Al cerrar el caso y remitir el expediente al juez superior, respiramos. Bruno, lanzó un conformista “no podemos probar quién hizo el disparo. No se les hizo a tiempo la prueba indicada a los sospechosos. Para mí las mellas apuñalaron a un cadáver. Un buen abogado las sacará libres.

No contesté, sino que al llegar al vehículo miré de nuevo el retrato de mi padre y pensé que la verdad casi siempre es el secreto de unos pocos. En la terraza Alma Pura y Lorenzo me miraban con aprehensión. No les dije adiós.

GERMÁN ESPINOSA*

El hombre

La casa era enorme: unos ochenta metros de profundidad por treinta de frente daban cimiento a tres plantas con habitaciones desmedidas. Al principio, cuando no tenía yo más de cuatro o cinco años creía que el hombre habitaba los depósitos de la planta baja, que en realidad eran empleados por mi abuela para hacinar un océano de muebles viejos y un enjambre de vigas podridas, entre cuyo laberinto divisé alguna vez, mientras hostigaba mis fosas nasales el rancio olor del moho, una espléndida aralia de veinticuatro -luces, olvidada allí por quién sabe qué azar o qué incuria. Estos depósitos, que tenían todos puerta hacia el patio embaldosado en cuyo aljibe rodeado de arriates almacenábamos las aguas

* Cartagena, 1938. Poeta, cuentista, novelista, ensayista y periodista. *Letanías del crepúsculo* fue el primer libro de poemas que publicó en plena adolescencia, en 1954. Traductor y catedrático de literatura, ha publicado innumerables artículos y ensayos. Publicó el libro de cuentos *La noche de la trapa* en 1965; la novela *Los cortejos del diablo* en 1970; el ensayo de historia *Anatomía de un traidor* en 1973; el poemario *Reinvención del amor* en 1974; el libro de cuentos *Los doce infiernos* en 1976; la novela *El magnicidio* en 1979; *La tejedora de coronas*, su novela de mayor reconocimiento internacional, en 1982; *El signo del pez*, en 1987. Un año más tarde, apareció su libro de cuentos *Noticias de un convento frente al mar*. En 1990 publicó la novela *Sinfonía desde el Nuevo Mundo* y en ese mismo año apareció el ensayo *La fiebre en la luna*. Con *La tragedia de Belinda Elsner* incursiona en la temática policíaca en 1991. Un año después publicó otra novela: *Los ojos del Basilisco*. La noveleta *La lluvia en el rastrojo* fue publicada en 1993. De 1995 es su *Obra poética* y de 1999 sus *Cuentos Completos*.

lluvias, eran lo bastante sombríos y siniestros como para que en ellos habitase el hombre. Pero no: el hombre moraba en un altillo que se elevaba por encima de la tercera planta.

Los dos pisos que ocupaba mi familia se habían repartido de modo que mis tres tíos solteros disfrutasen a sus anchas del inferior. Mis dos tías solteras, así como mi abuela, mis padres y yo, vivíamos en el superior, donde funcionaba, con ancho balcón a la calle, una sala descomunal llena de muebles pesados y de consolas con bustos de famosos compositores, amén de un piano de cola. Separado del ancho vestíbulo por un corredor larguísimo, cuya baranda desbordaba de helechos, el comedor se encontraba al fondo, y de él partía la tortuosa escalera que comunicaba con el altillo, habitado por el hombre.

En mis primeros recuerdos el hombre era sólo una referencia, incorpórea. Se me había advertido que no subiese nunca solo al altillo, sobre el cual había una formidable azotea desde donde se dominaba el mar; y sobre todo que no intentase jamás acercarme a su habitante, que solía permanecer tumbado en un catre de tijera recatado, al fondo por un tabique. Las ventanas de su encierro se preservaban cerradas, de modo inexorable. A mí me gustaba ir a la azotea a elevar barriletes, cuando arreciaba el viento cómplice, mas lo hacía siempre en compañía de mi tía Francina, única que, según tengo entendido, hablaba con el hombre y, de tiempo en tiempo, le proporcionaba libros sacados de nuestra añosa e inmensa biblioteca. Habría cumplido yo seis años cuando, en camino a la azotea, intenté verlo por primera vez, no en forma directa, pues el tabique me lo vedaba, sino buscando su reflejo en un espejo prócer, de marco de caoba, que había frente al catre. Para mi pasmo, el lecho rudimental era reproducido en su totalidad por la tersa luna, pero no vi allí imagen de hombre alguno. Entonces Francina me dijo que los hombres que no saben morir dejan de reflejarse en los espejos.

Cuando se es muy niño, se propende a aceptar ciertos hechos como fatalidades. El hombre era, para mí, un hecho tan fatal como la existencia de la noche o el vuelo, en su negro caos, de los murciélagos fatídicos, que solían planear sobre la ciudad como partos de la sombra. Pero, a diferencia de estos últimos, el hombre existía también de día y, aunque no lo hubiese visto, yo había aprendido a temerle. Para calmar mis inquietudes, mi madre me dijo, una tarde, que no había nada que temer, que el hombre era un tío bisabuelo mío que no había conseguido morir y que lo único prudente era no acercarse a él. Por aquellos días, caí por primera vez en la cuenta de que nadie llevaba nunca alimentos al huésped del altillo. Francina subía, ella sola, una vez por semana, y tardaba allá arriba; después supe que lo bañaba con alcohol y lo rasuraba, lenta y pacientemente. No sé cómo me enteré también de que el hombre jamás hablaba. Se comunicaba mediante señas obtusas que sólo Francina entendía. Una vez, la vi en el lavadero fregando la ropa del hombre. Me pareció distinguir sólo una sarga descolorida, algo así como el hábito de un ermitaño cuya piel verdiseca odiase casi ya el contacto de la tela.

No vine a ver al hombre sino después de cumplir mis siete años. Mi tío el director de orquesta había llegado con su mujer, una búlgara de ojos rasgados, a pasar una temporada en la ciudad. Se alojaron en un hotel lujoso, junto a la playa. Íbamos, la familia toda, menos mi abuela, a bañarnos con ellos en el mar, metidos en esos púdicos trajes de baño de entonces; el de la búlgara, que era gordísima, una especie de banderón a gruesas listas rojas que la hacía semejar un aviso de barbería. Aquella mujer se comunicaba en inglés con mi padre y con mis tíos; y apenas si reparaba en mi abuela, en mi madre y en mis tías, como si el no hablar esa lengua las hiciese inexistentes. Un domingo, alquilamos un pequeño yate y nos aventuramos mar afuera. El sol nos ardía con furia en los rostros. Su chorro de fuego se estrellaba en el agua y devolvía un resplandor candente. Mi madre preguntó a su hermano, el director de orquesta, por qué esa endiablada cuñada, tan entendida en cuestiones mundanas, no aprendía el español. Él sonrió tan sólo —el cielo era, sobre nosotros, de una diafanidad casi mágica; soplaban un viento marero, muy fuerte; el mar nos rociaba de una espuma virgen—; de pronto, preguntó:

—¿Y qué hay del hombre?

Mi madre le dijo que lo mismo de siempre, sólo que ahora empezaba a hacerle daño la sangre de vaca y había que proporcionársela de ternero. Ésta era, por supuesto, más cara, ya que no se sacrificaban allá terneros y era preciso desangramarlos cuidadosamente por la carótida, extraer la sangre con delicadeza y luego restañar con extrema habilidad la herida. El tío músico dijo entonces que de idéntico modo había visto alimentarse a los *maasais*, en el África. Después se puso a hablar en inglés con su mujer, que lanzaba desparpajadas risotadas.

Yo no hubiera tenido acceso a aquella conversación, a no ser porque compartíamos el reducido espacio del bote. Me devané la cabeza preguntandome a qué horas le sería suministrada al hombre la sangre. Mi madre, que así lo comprendió, me explicó al oído, en susurros, que esos hombres, por fortuna muy contados, que no consiguen morir, deben alimentarse con sangre; pero que sólo la consumen cada dos o tres meses. A mí ya no me interesaron más, aquel día, ni el vuelo errático ni los alaridos de las gaviotas ni el sorpresivo irrumpir de una escuela de delfines, que intentaba escoltar el yate. Pensaba con tristeza en el hombre; lo imaginaba con los labios y la lengua tintos en sangre de bovino. Y, viendo al cielo dilatar la luz como se riega un óleo dorado sobre un lienzo, me partió el alma pensar que a aquel pobre ser la luz lo había abandonado como a una criatura infernal.

Esa noche, mi abuela ofreció una cena, en agasajo a su hijo, a la cual asistieron dos o tres parientes cercanos. Una tabla más fue añadida a la mesa del comedor y se prendió una pareja de candelabros de plata, de tres brazos cada uno. La búlgara bromeaba en inglés y todos la festejaban. El director de orquesta, muy regocijado, relataba cómo, dos años atrás, mientras dirigía la Orquesta Sinfónica de Guatemala, sus tirantes se reventaron en un instante de desmelenamiento artístico y quedó en calzoncillos sobre la tarima, pero continuó

dirigiendo. Todos celebraban el suceso cuando, de pronto, se oyó un crujido en la escalera que comunicaba con el altillo. Vi a mi padre girar la cabeza, demudado. Vi congelarse la risa de la búlgara. En efecto, el hombre había abandonado el catre habitual y descendía, sombrío, los peldaños.

Nadie profirió gritos ni palabras. Se hizo sólo una especie de silencio sistáltico. Los parientes que no vivían en casa se abstuvieron de mirar. Yo sentí miedo, sí, pero no creo que fuera el caso de los demás: se hallaban, en cambio, sobrecogidos, como cuando un *andante maestoso* toma comienzo o cuando una montaña descomunal interrumpe de repente el paisaje en una carretera de llanura. Entonces mi abuela, que ocupaba el puesto principal y que era una anciana emblanquecida por los años y por la viudez hasta la pureza mas sutil, se irguió con muy gallardo talante, se separó de la mesa, anduvo unos pasos hacia la escalera y con voz muy firme, señalándolo con el dedo índice, increpó al hombre:

—Vuélvete a tu cama, tío Pepino. Te lo ordeno.

Reparé entonces en el continente de quien permanecía a media escalera, mirándonos a todos y clausurado en un mutismo inepto. Era un ser en extremo desmedrado, un guiñapo triste y corvo, de tez verdiseca y rostro escuálido, estevadas las piernas, pelado y huesudo el cráneo, lleno de palidez y de temblor, cubierto con un sayal astroso. Por un instante, abrió su cavidad bucal, toda desdentada, y emitió como un gargarismo suplicante. Pero sabía que no había caso —mi abuela lo conminaba, inflexible— y acto continuo, con lentitud, dio la vuelta y retornó en ascenso la escalera. Cuando se hubo hundido en la oscuridad de arriba, todos recobraron con desmandada rapidez su compostura. Mi abuela tornó a su asiento, comentó que algo así no ocurría sino de diez en diez años, sonrió para tranquilizarnos y oía la búlgara musitar una cosa como:

—My God.

Y se reanudó la conversación donde se había interrumpido.

Esa noche tardé en conciliar el sueño. Mi madre trató de ayudarme, leyéndome una historia de gnomos. Pero yo no estaba asustado ahora. Simplemente, sentía infinita piedad por el hombre. Me preguntaba si el hecho de no poder morir justificaba el que fuese tratado de ese modo.

Seguí haciéndome la pregunta por largos años. Bien que jamás volví a verlo, su ademán de súplica me perseguía como un remordimiento. Unos dos lustros después de aquella escena, y tras la muerte de la abuela y de la tía Francina, a quien consumió el cáncer, mi familia se mudó a un barrio moderno, de bajas construcciones. Por ese entonces, yo me había ido a estudiar al exterior y sólo cuando regresé, ya graduado, me pregunté qué habría sido del hombre. En la nueva casa no tenía cabida; era una residencia sin recovecos ni escondrijos, al estilo americano. Mis padres habían montado hogar por separado y, cuando traté de indagar con ellos, me dieron respuestas deliberadamente vagas. A la sazón, me di, con gente de la

Academia de Historia, a hacer averiguaciones acerca del habitante del altillo. Se me indicó que don Pepino, según las crónicas disponibles, había sido un solterón muy mujeriego, que en el mundillo local descolló como poeta y como hombre de dilatados ocios y juergas. Y, en efecto, en la colección de cierto periódico de hacía casi un siglo, encontré notas de sociedad en las cuales su nombre campeaba y, en una página femenina, un soneto alejandrino suyo en loor de cierta dama, muy parnasiano y con rimas rarísimas. También, asombrosamente, topé con su obituario en un ejemplar del dieciocho de junio de 1923. Visité el cementerio y di con su tumba. Había una florida inscripción, mas yo sabía que era un sepulcro vacío.

Concentré mi atención en la antigua casa de mi familia. Aquella mansión señorial, por esas ironías del tiempo, se había transformado en una pensión para estudiantes. Amisté con algunos de ellos y me indicaron que el altillo del caserón había sido condenado hacía años. Quise informarme sobre el porqué, pero nadie daba razón. Hablé con la propietaria, una mujer agria y asolada, por ver si se me permitía desclavar las tablas que bloqueaban la escalera. Amenazó con llamar a la policía. Logré calmarla, mientras con desolación miraba los muebles mediocres que ahora poblaban las habitaciones, mientras añoraba los destrozados arriates, los desaparecidos helechos.

Acudí entonces a mis amistades en el gobierno local. El alcalde me preguntó qué diablos quería encontrar yo en aquel chiribitil. Le mentí que las memoria de mi bisabuelo, antaño general de los ejércitos rebeldes, cuyo manuscrito sospechaba poder hallar en unos baúles allí olvidados durante la mudanza. Tras muchas gestiones, obtuve el permiso, que alegaba una prioritaria investigación histórica. La propietaria de la pensión palideció cuando le mostré el papel. Pero me acompañaban dos agentes de policía, medio sobornados por mí, que le hicieron creer que se hallaba en la obligación de obedecer. El desclavado se pactó para el día siguiente.

Madrugué ese día de junio y fui en mi automóvil hasta el matadero público. A medida que la oscuridad iba cediendo, un suspiro de ruego crecía en el aire y yo pensaba en las miserias de la sed ardiente, de la sed pertinaz. A eso de las ocho de la mañana, me apersoné en la antigua mansión, con paciencia consolé los reclamos de la pensionista, le pedí dejarme solo. Cuando se hubo marchado a sus habitaciones, ubicadas en la segunda planta, coloqué sobre una mesilla el botellón que portaba conmigo y procedí a desclavar las tablas. Desde allí podía oír el ruido plebeyo que hacían los huéspedes por toda la casa. El calor era tal, que por un momento pensé que la casa podría desmoronarse en cenizas calientes.

Con lentitud subí la escalera. El altillo, todo cubierto de polvo y de una desflecada red de telarañas, me recibió con una suerte de gemido visceral. Al fondo estaba el tabique, estaba el espejo. Me acerqué con cierta cautela, sin poder apartar de mi memoria las advertencias de mi madre. Entonces lo vi, tumbado en el catre, medio adormilado, polvoriento, centenario, menoscabado, exiguo de olvido, con la barba en la cara y el sayal que no había vuelto a

lavarse. Lo sacudí de un hombro. Abrió los ojos con infantil perplejidad y largamente me examinó antes de bosquejar una sonrisa débil. Comprendí entonces cuánto cariño sentía por él; le extendí el botellón que asió con trémulas manos y apuró con un ansia ilímite.

Hace ya añisimos pago el alquiler de ese altillo, adonde nadie sube sino yo.

Cartagena, 1989

MARVEL MORENO*

El encuentro

A Jacques

Lucía tuvo la impresión de existir por primera vez el día en que Robert Harrinson, el célebre actor norteamericano, la besó en un corredor del Hotel del Prado en Barranquilla. Ella contaba apenas trece años y hasta entonces había vivido como si formara parte de todo cuanto la rodeaba: su madre, por quien sentía un profundo cariño; las religiosas del colegio, cuyas órdenes nunca se había atrevido a desobedecer; sus amigas íntimas. Pero le ocurría ser también la brisa entre los árboles, una hoja transportada por hormigas negras o la lluvia cuando se descuajaba sin clemencia abriendo agujeros en la tierra del patio. El beso de Robert Harrinson le reveló en un instante que era única y diferente de los demás, dejándola abrumada ante el abismo de soledad que acababa de abrirse frente a ella. Porque no podía seguir siendo la misma ni volver a confundirse con los otros si de repente su cuerpo había cobrado vida y la abrasaba como una lengua de fuego; si su mente, de ordinario adormecida entre imágenes momentáneas y difusas, se veía asaltada por pensamientos audaces, de una insólita tenacidad. Aquel beso la arrancó de la infancia. Y, sin embargo, todo lo que Lucía quería del actor era un simple autógrafo.

La llegada de Robert Harrinson y de la famosa Milena O'Hara, su pareja en varias películas de capa y espada, resultó un acontecimiento en la ciudad. Habían sido recibidos por el alcalde y los periodistas los seguían adonde fueran. Asistieron a la presentación de "El corsario indomable" entre calurosos aplausos no merecidos, visitaron las playas de Puerto Colombia y casi atrapan una insolación, se bañaron en un mar que para desdicha estaba esa tarde infestado de medusas venenosas. Al cabo de tres días de sol, aguaceros y mosquitos,

* Barranquilla, 1939 - París, 1995. Reina del Carnaval de Barranquilla en 1955. Algunos relatos suyos aparecieron en revistas bogotanas y barranquilleras. Publicó *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (cuentos, Bogotá, 1981); *En diciembre llegaban las brisas* (Novela, 1987), fue la novela con que obtuvo el premio literario Grimzane-Cavour; *El encuentro y otros relatos* (Cuentos, Bogotá, 1992). *El tiempo de las Amazonas* es el título de la novela que no alcanzó a publicar. Basada en el cuento "Oriane, tía Oriane", la directora de cine venezolana llevó a la pantalla grande la película franco-venezolana Oriana, galardonada con la Cámara de Oro del Festival de Cannes de 1984.

tenían la piel enrojecida y una expresión crispada que a duras penas lograban disimular. Amenazaron con regresar a Hollywood interrumpiendo su gira por las otras ciudades latinoamericanas y obtuvieron el permiso de encerrarse en sus cuartos con aire acondicionado un día antes de lo previsto hasta tomar el avión que debía liberarlos de aquel infierno. Sin embargo, sus admiradores exigían su presencia a gritos y armaron tanto alboroto que las autoridades debieron intervenir enviando veinte agentes de policía para proteger la entrada del Hotel del Prado. A Lucía le fue fácil franquear la barrera de los policías y, cuando subió al segundo piso, encontró a una empleada que, sin hacerse de rogar, le dio el número de la habitación ocupada por el actor. Golpeó la puerta con los nudillos, trémula de excitación y asustada por su propia osadía. Robert Harrinson le abrió envuelto en una bata de noche carmesí. Era más bello que en las películas. Tenía los ojos de un azul acerado y los cabellos negros como la obsidiana. Eso alcanzó a ver Lucía antes de que el actor la tomase entre sus brazos y, alzándola del suelo, la besara en la boca. “Entra”, le dijo luego en inglés con una voz desafiante y exasperada. Pero en ese instante Lucía tuvo miedo y, zafándose del abrazo, echó a correr por el pasillo, bajó los peldaños de la escalera de dos en dos y salió del hotel como perseguida por un demonio. Sólo después, regresando a su casa en compañía de su amiga Sofía, cayó en el vértigo de la emoción. Supo que de allí en adelante amaría a Robert Harrinson hasta el fin de su vida. Decidió estudiar en serio el inglés y escribirle a una tía suya radicada en Miami para que la suscribiera a todas las revistas de cine norteamericanas.

Gradualmente cambió. De expansiva se volvió discreta, de desaplicada se convirtió en buena alumna porque quería terminar cuanto antes el bachillerato para luego obtener cualquier diploma que le permitiera instalarse en los Estados Unidos.

Aprendió a aislarse. Apenas terminaba sus tareas encendía la radio y se ponía a soñar sentada en una mecedora de mimbre. No tenía necesidad de cerrar los ojos para ver el jardín donde una orquesta interpretaba la música que justamente la radio estaba pasando. Algunas parejas danzaban en la pista de baile, otras hablaban y se reían entre las mesas dispuestas alrededor de la piscina. Había bombillos de colores, estrellas en el cielo. Los sirvientes circulaban con bandejas de plata. De pronto ella aparecía en lo alto de la escalera que conducía al jardín. Su presencia pasaba inadvertida para los demás, pero Robert Harrinson se volteaba a mirarla con ojos fascinados. En la mecedora, Lucía sentía que su corazón le latía de un golpe. Sus diminutos senos se endurecían y un aguijón ardiente le entreabría las piernas. Robert Harrinson caminaba hacia ella y al llegar a su lado le tendía la mano para saludarla. Sus dedos le acariciaban la muñeca y, aprovechando su desconcierto, le besaba la palma. Lucía se estremecía de turbación. Detenía el vaivén de la mecedora y, concentrándose, guardaba esa imagen en la mente hasta que la radio pasaba un bolero. Entonces Robert Harrinson y ella bailaban ante la mirada admirativa de los invitados. Forman una pareja maravillosa, decían. Lucía oía los comentarios, sentía el aliento de Robert Harrinson en su frente y era feliz.

La vida real de Lucía estaba dominada por los problemas económicos. Carecía de dinero y no podía comprar las cosas que le gustaban. Su padre había muerto sin dejarle un centavo y su pobre madre se mataba trabajando como profesora de inglés para sostener la casa. A veces tenía pocos alumnos y Lucía pasaba hambre. No contaba ya las noches que se había acostado sintiendo un hueco en el estómago después de haber tomado por comida una simple taza de leche. Afortunadamente lo esencial estaba asegurado. Los cursos que dictaba su madre en el colegio donde Lucía estudiaba le pagaban la mensualidad y, como era semi-interna, tenía derecho al almuerzo. Su tía de Miami le enviaba de vez en cuando algunos dólares y así podía comprarse coca-colas en los recreos y ver todas las películas de Robert Harrinson. Por unos pesos el portero del Teatro Metro le vendía las fotos del actor que, ya en su casa, Lucía envolvía religiosamente en papel celofán antes de esconderlas en un viejo armario. Al cabo de cinco años tenía tantas que le habría sido posible empapelar con ellas las paredes de su casa. Pero nadie conocía su secreto. Si su madre había descubierto alguna vez los paquetes de fotografías, se había abstenido de hacerle comentarios. Tampoco estableció una asociación entre el culto que Lucía le rendía al actor y su curiosa decisión de matricularse en una escuela de contabilidad y secretariado con la plata que su tía le había mandado para que se comprara el vestido de su presentación en sociedad. Los pocos muchachos que Lucía frecuentaba no podían ni de lejos compararse a Robert Harrinson. No tenían su apostura, ese aire resuelto de hombre acostumbrado a imponerse en el mundo. No sabían acariciar a las mujeres con la mirada ni parecían capaces de afrontar cielo y tierra para seducirlas. A Lucía le interesaba muy poco una vida mundana de la cual Robert Harrinson estaba excluido. No era en los bailes y fiestas del Country Club donde lo encontraría, sino más tarde, en los Estados Unidos, cuando convertida en secretaria de ejecutivo viajaría durante las vacaciones a los lugares frecuentados por el actor.

Mientras tanto se refugiaba en sus sueños. La escena del jardín había adquirido infinitas variaciones. De la pista de baile, Robert Harrinson y ella se iban a una playa iluminada por un claro de luna. El aire traía vapores de jazmín y de lejos venía la música de la orquesta. Lentamente Robert Harrinson la desvestía, y con la yema de sus dedos le recorría despacio, muy despacio, el cuerpo. Los pezones de Lucía se erguían adoloridos y en lo más recóndito de su intimidad se agitaba una mariposa apremiante cuya avidez calmaba entrecruzando bruscamente las piernas. El sudor le corría por la frente y sin embargo tenía las manos heladas. Cada uno de sus poros llamaba a Robert Harrinson a gritos y a veces una tímida lágrima temblaba en sus párpados. Le parecía un escarnio ser tan joven y linda para vivir el amor soñando en una mecedora. Pero la música de la radio la devolvía a un salón en penumbra donde Robert Harrinson la esperaba con impaciencia. Regresaba a sus besos y sus caricias, la mariposa se despertaba aleteando de desamparo. Sin transición pasaban de la playa a una cueva llena de objetos preciosos: collares de esmeraldas, anillos de perlas, pulseras de rubíes se derramaban de un viejo cofre español; monedas de oro brillaban bajo la luz de un

candelabro. Robert Harrinson le ofrecía vestidos de seda y tul. Acostados sobre la arena tibia se amaban poseídos por un deseo afiebrado y sin fin. Su ardor no conocía los límites del tiempo ni el desgaste de los años. Aunque cambiaran de escenario y la cueva se transformara en hotel de lujo o gruta submarina, su necesidad de amarse hasta la locura seguía siendo la misma. Se buscaban con ansia en el fondo del mar, entre peces plateados. Desfallecían de pasión en un desierto de dunas amarillas. Cansados de tanta voluptuosidad, dormían juntos a la sombra de una palmera.

Era casi siempre en esos momentos cuando su madre la llamaba. Su madre estaba enferma desde la menopausia y una artritis muy grave la mantenía paralizada en su lecho. Con su salario, Lucía le pagaba una enfermera para que se ocupara de ella. Ya entonces ganaba bien su vida. Era la secretaria personal del director de una gran empresa y durante las vacaciones de Pascua viajaba regularmente a San Francisco, donde residía Robert Harrinson. Siempre llegaba al mismo hotel y conocía de memoria el trayecto que la llevaba al enorme parque detrás del cual se escondía la casa del actor. Por lo pronto, Lucía no quería encontrarlo. Le resultaba imposible hacer planes mientras su madre tuviese necesidad de ella. Además, aspiraba a casarse y fundar una familia, y la vida amorosa de Robert Harrinson, con sus cinco matrimonios y otros tantos divorcios, indicaba que no había adquirido aún la estabilidad necesaria para ser un buen marido. Nada de eso inquietaba mayormente a Lucía. Le parecía normal que el actor tuviese tanto éxito con las mujeres y estaba segura de que con ella se comportaría mejor. Porque Robert Harrinson se hallaba en su destino. Se lo había dicho una vidente: en su bola de cristal aparecía mucha agua, una isla, un velero y un hombre rico que se enamoraría de ella en el momento mismo de conocerla. Justamente el actor había comprado un velero rojo y en verano viajaba por el Mediterráneo. Tan pronto como atracaba en un puerto hacía fiestas a las que asistían personalidades del mundo cinematográfico y artístico. Siempre había un periodista para fotografiarlo en compañía de mujeres bellas, suntuosamente vestidas. Como se había vuelto muy miope, Lucía se calaba sus lentes y con una lupa observaba la ruta seguida por el velero rojo: Saint-Tropez, Antibes, Mónaco, Puerto Andraitx. Era allí donde lo encontraría. Su amiga Sofia se había casado con un español, propietario de una cadena de almacenes de lujo de Palma de Mallorca, y varias veces le había escrito ofreciéndole la dirección de uno de sus almacenes. Pero Lucía no podía dejar a su madre y seguía amando a Robert Harrinson en sueños, cada vez más eróticos a medida que pasaba el tiempo y sus aprensiones virginales caían como el polvo sobre una telaraña abandonada.

Cuando su madre murió, Lucía tenía cuarenta y cinco años y Robert Harrinson había pasado de moda. Nadie se acordaba de sus películas de capa y espada. Sólo a veces las revistas mencionaban la presencia de su velero en Puerto Andraitx, con asombro, pues lo creían arruinado. Tántas fiestas había ofrecido, tántos procesos le habían hecho sus antiguas esposas, que le había tocado vender su colección de automóviles y hasta su casa en San

Francisco. Menos rico, Lucía lo sentía más cercano, más accesible. Forzando su imaginación se había encontrado un parecido con Bárbara Varner, su última aventura conocida, una viuda que llevaba los largos cabellos anudados en una trenza. Lucía se peinaba del mismo modo y pasando hambre se mantenía delgada. Había conocido el hambre en su adolescencia y ahora se la imponía para guardar la línea. Quedarse en cincuenta y cinco kilos le parecía la mejor manera de conservar su juventud. Y a pesar de su edad, Lucía seguía siendo joven. Con su trenza y sin maquillaje se le habría dado a lo sumo treinta años. Bonita, llena de entusiasmo, desembarcó en Palma de Mallorca un día de invierno decidida a conquistar su felicidad.

No le fue difícil acomodarse a aquella ciudad de viejas casas amarillas. Muy pronto se granjeó la confianza del marido de Sofía y después de unos meses de aprendizaje fue nombrada directora del almacén de la Avenida Jaime III. Allí empezó a conocer a las personas ricas que vivían en la isla o la frecuentaban. Los domingos iba a Puerto Andraitx, donde residía Tadé, un pintor rumano compañero de parrandas de Robert Harrinson, para quien la fiesta había terminado. Tadé pintaba mal, consumía mucha droga y sólo quería a Julius, su perro. Aceptó la presencia de Lucía cuando Julius la adoptó. Además, Tadé era ya viejo y le gustaba referir historias de mejores épocas. Lucía no se cansaba de oírle contar cómo Robert Harrinson y él habían bebido tres días enteros vaciando las reservas de whisky del velero rojo o de qué modo se habían comido unas hojas de papel impregnado de L.S.D. afrodisíaco y se vieron forzados a hacer el amor con sus compañeras hasta la madrugada. Ese era su recuerdo favorito, la noche del frenesí erótico provocado por aquellas papeletas aparentemente inofensivas que al fin lograron sacar a Robert Harrinson de su apatía sexual. A Lucía le parecía un escándalo imaginar al actor indiferente a los placeres del amor. Tadé no lo decía de manera explícita, pero hacia las seis de la tarde, cuando había terminado de beberse las cinco botellas de vino rojo que Lucía le llevaba cada domingo con un jamón serrano, volvía a la misma anécdota y divertido celebraba las virtudes de la droga contra las inhibiciones de los seductores fabricados por el cine. Sólo se refería a eso bajo el efecto del alcohol y sin sospechar las zozobras que sus revelaciones provocaban en Lucía, pues Tadé le había cobrado afecto. Ahora estaba acostumbrado a verla aparecer los domingos a mediodía con sus botellas de vino y su jamón, sin preguntarse claramente por qué esa mujer linda y todavía joven se interesaba en él. No obstante, tenía la impresión de deberle algo, su gentileza, la atención que le prestaba a sus palabras, y para mostrarle su agradecimiento solía invitarla a los yates de sus amigos cuando arribaban a Puerto Andraitx. Así fue como Lucía conoció a George Stedes, un hombre de sesenta años, muy rico, que quería casarse con ella y poner el mundo a sus pies. Lucía vaciló: era la primera vez que le proponían matrimonio y Robert Harrinson había vendido ya su velero. Pero renunciar a encontrarlo un día y descubrir a su lado el amor, incluso despojado de su aspecto físico, significaba volver irrisorio su pasado, quitarle a su vida toda razón de ser. Si Robert Harrinson estaba abandonado y solo, si los

reflectores de la fama se habían apagado a su alrededor, ella lo esperaba para darle su apoyo y acompañarlo en los días de su vejez.

Tadé se enfermó gravemente y antes de morir le pidió a Lucía que se ocupara de su perro. Julius resultó ser un compañero muy cariñoso que apenas la veía entrar en el apartamento le hacía toda clase de monerías. A su lado, Lucía descubrió la dicha de compartir un afecto. Los domingos solía sacarlo a pasear por la Avenida del Generalísimo, pensando que si Robert Harrinson lo reconocía se acercaría a hablarle. Y era imposible que no lo reconociera, pues él mismo se lo había regalado a Tadé. En el fondo, Julius le servía un poco de lazarillo porque Lucía no veía nada y no se ponía los lentes por vanidad. Sólo los usaba en su casa y en el almacén, pero nunca en las calles cuyo recorrido conocía de memoria.

El tiempo pasó y para conservar una apariencia de juventud, Lucía se vio obligada a hacerse una cirugía estética. De golpe recobró la bonita cara de sus veinte años. Cuando caminaba hacia el almacén algunos hombres se volteaban a mirarla. Lucía no les prestaba atención. Se había operado únicamente para seducir a Robert Harrinson el día que el destino los reuniera. Una tarde, saliendo del trabajo, un hombre muy alto y canoso la invitó en inglés a tomar juntos una copa. Era de noche y a través de la niebla de su miopía, Lucía tuvo la impresión de haber visto esa cara alguna vez. Pero no iba a dejarse importunar por un desconocido y Julius, ya muy viejo, la esperaba con impaciencia en el nuevo apartamento que había comprado. Así que le dio la espalda y echó a andar por la avenida en busca de un taxi.

Al día siguiente, al entrar en el almacén, encontró a las empleadas en plena agitación mirando algo que aparecía en la primera página del periódico local. Lucía se acercó a ellas con el corazón anudado por un mal presentimiento. Adivinó, un segundo antes de verla, que era la fotografía del hombre encontrado la víspera, y no se sorprendió cuando, al ponerse los lentes, leyó bajo la foto el nombre de Robert Harrinson.

GUILLERMO HENRÍQUEZ*

Póster

Me dijo la Periviu:

—Vinieron varios pelaos a mi apartamento del puro centro de la población, con esos choferes de taxi observándome los mínimos pasos de mi vida.., llegaron esos pelaos con ganas tú sabes de qué, pero sólo acepté a uno, porque ni Erótida ni Rinzi habían venido a

* Ciénaga, Magdalena. 1940. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Dramaturgo de la Escola D'Art Dramatic "Adriágual" y el Instituto de Teatro, Barcelona, España. Dramaturgo, periodista, historiador y cuentista. Para ser representadas ha publicado las siguientes obras: "El cuadro de astromelias" (1980),

visitarme. Me llamó la atención el muchachito porque es bajito y fornido, y se está dejando crecer el pelo; dizque imita a unos cantantes ingleses: Los Beatles... ¿cómo es que se pronuncia, Nino?

– Los Bitles, birols, así suena mejor.

– Bueno, ese pelao me dijo que se llamaba Ricucho y es de Tierralta, no, le dicen Ricucho... Pero creo que no es su verdadero nombre. ¿Hay algún nombre Ricucho? En fin, si él lo dice así será, a la gente hay que creerle, me gustaría mudarme de aquí, Rinzi, imagínate que por gentileza del señor Fandiño, el dueño del hotel, estoy aquí en este apartamento tan central, que tiene sus inconvenientes –en especial por la vigilancia que ejercen los taxistas que se paran frente a mi casa, y todos esos niños de Ciénaga que pretenden venir de noche cuando ven la luz prendida; como es un segundo piso se suben por el aire acondicionado...

– Apaga la luz, niña.

– No es eso solamente. A toda hora, y cuando salen del colegio, no me dejan dormir, son las dos de la mañana y tocan, después de los bailes, los domingos cuando vienen del mar llenos de sal, y luego el rector del colegio anda pregonando que soy una corruptora de menores y llama a la policía –que también vienen agentes–, para que me lleven presa, y él metiendo mujeres en el colegio de noche. Yo desde aquí lo veo, pero a mí todo el mundo me ve, pero no quieren ver a los hombres mayores, hechos y derechos que llegan tocando fuerte, son casados, como que aquí esa fiebre primaveral dura más y la adolescencia se retrasa; yo entiendo que unos muchachos sin mujer vengan, y eso está bien, pero hombres viejos, no. ¿Acaso no les basta con sus mujeres? Vengo tan cansada de la cocina de ese puto hotel...

–No, mija, ese es otro cuento: para variar cambia la comida.

–Ay no, así no es la cosa, eso que lo dejen a quienes estamos en el asunto... Y como te venía diciendo, si no abro la puerta, me tiran piedras..., tengo una pena con el señor cura. Y los vieras tú el lunes siguiente, muy serios, camino de sus oficinas, ¿quién podría pensar que estuvieron buscándome..? Y si te contara... Algunos suben para que yo les dé por donde sabemos, ¿cómo te parece? Yo sirviendo de hombre! ¡Dios me libre! Pero por eso se amañan conmigo.

– ¿Ahora sí entiendes, Rinzi?

– Sí, Peri, creo que sí.

– ¿Y qué podría hacer entonces?

– Cierra la ventana.

– Hace mucho calor.

estrenada en Barcelona en 1972; "Martha Cibelina" (1982); "Las tentaciones de Sor Mariana Montes" (1982); "Escarpin de Señora" (1984); "Detrás del abanico" (1986); "Teatro de Cámara" (1988). Publicó en 1993 la serie de cuentos titulada: Historia de un piano de cola.

– ¿Y el abanico no sirve? ¿Ya se te dañó?

– Ay no, el abanico suena mucho, pero es poquito el aire que mueve. Niño, tú sabes que esto es un segundo piso, y lo mejor sería poner una reja a la ventana, porque a veces se cuelan por la ventana, cuando hacen esos calores antes de llover, que una parece que se deslie como helado, y de repente veo aparecer el hombre suspendido en el aire, sobre el aire acondicionado. Se suben apoyados en el aire acondicionado del restaurante de abajo; casi no duermo pensando en que van a entrar a deshoras. Estoy horrible (no es culpa sino de tu madre), ese desvelo constante me daña la piel, tengo el cutis marchito (son los años, querida), no valen las mascarillas que me pongo ('Lo que natura da') ¿No lo notas? Tengo el opinador dañado. A propósito: Melissa no me ha traído las mascarillas que le encargué de Maicao... Yo a ese pueblo no voy, hay indios y turcos por las calles... Es de cenizas volcánicas, pero carísima.

– Cuncia, ve al volcán de Lodo, es más barato y natural el lodo azufroso que se saca de allí.

– No lo dejan sacar para no dañar la ecología.

– Ja, ja, será la antropología.

“Bueno, pues; el pelao entró temprano... no, por la puerta, recuerdo bien, porque yo misma le abrí, y se desnudó delante de mí (no iba a ser delante mío). Él lo hizo antes de que yo iniciara mi strip tease, me agrada hacerlo muy teatralmente, apagando luces, encendiendo otras, escindiendo cosas que se supone uno no tiene, ja, ja, ja, ja. Me acosté en mi cama, en ocasiones lo hago en el suelo, pero como se trataba de ese muchacho tan especial (rubio, delicado, musculoso) sí lo hice; era algo especial: nunca vi en cuerpo tan pequeño un apéndice tan grande. Por eso te lo digo, me acosté en la cama, así tenga a veces que enredarme en semen”.

– Claro, es que tu piel gusta del contraste... ¿Verdad, Peri?

– Y me desnudé con ese lindo cuerpecito (de gorila será).

– Sí, tiene un lindo cuerpecito. Como el de Esperanza Gallón.

– Algo gordito y unas llanticas de triciclo.

– No me compares con la Señorita Colombia...

– ¿Entonces con Miss Universo?

“Me dio vergüenza, tengo mucho que esconder (Sí, te dicen la Venus del Pingón). Últimamente no he encontrado depilador (con esa selva de pelos, necesitarías de una podadora de césped), me coloqué de frente para hacer el 'pollo asado' (será el pavo), claro que él me lo advirtió, y luego de algunos besos previos, me colocó el póster, y en seguida lo supe por la suavidad del papel, extendido cuan largo sobre mi cuerpecito escultural... me alzó las piernas (de gallo viejo) con la mano izquierda, mientras con la derecha se manipulaba su miembro largo y duro –yo inmóvil como la mujer del poema mejicano– y él introducía lentamente su... bueno, lo que iba a introducir, y me besaba intensamente, mas era sobre el

papel donde accionaba y yo no sentía nada, esperando que me quitara al fin el sucedáneo para yo empezar a moverme, paralizada que estaba debajo de la carga de papel, porque mientras estuviese ese ripio sobre mí, encima mío, no solamente en lo de abajo donde estaba la vela del navío triunfador, —con la vela desplegada, si parecía, no, era yo un bongo cortando la brisa sobre el lago. Abajo, lo digo, todo iba bien, con viento de costado, y la lucha del canalero por doblegar la tarde, calor y sudor en el maderamen que entraba y salía del agua, y izuas! izuas! Iba yo serena mientras el navío entraba y salía, ¡ay! ¡ay! Era un gondolero de Venecia, un artista florentino esculpiendo la piedra dura... ¿Así reman en Venecia, Nino?"

—Esos canales son malolientes, pero en todas partes hay brisa, niña.

"Y mi lindo cuerpecito de Esperanza Gallón (bueno, por fin, ¿era gallo o gallina?) mientras lo suyo navegaba en el canal de las salmonellas y amebas. Vientre llano de las ostras sin perlas de la ciénaga, a lo largo de mis entrañas, con mi peinado de Gina Lollobrigida, él buscando el acomodo final, y yo entresacando el... no, la popa, acomodo difícil pero sublime, por su rara habilidad de no producir dolor, y cuando lo produce, el mástil salía al sol.

"¿Y arriba?... Allí todo iba mal, entonces me estaba orinando y me oriné sobre el agua del lago gris, pero él no lo advirtió porque era un papel de calidad alemana. ¡Heil Hitler! Me estaba... no, eso no lo hice, porque entonces él si lo iba a notar. Los apasionados besos que golpeaban mis valvas y que no me producían placer, el pelo largo sobre mis ojos perdidos en la noche rosa de la alcoba se perdía en el papel de Gutenberg, cuando de pronto él, en su aumento de velocidad, con viento de costado y pulsando el manillar tuerce la cuesta andina, sube el pedalista la montaña negra, él queriendo rasgar el papel sobre mi rostro Art decco (pero de cocina). Yo grité: ¡Nooooo!"

—Oye: quitame —ya ese papel de mi cuerpo roturado. ¡No resisto una impresión más! ¡Fuera de aquí!

"Encendí la luz cenital de la alcoba, y se hizo la luz en mis entendederas, y lo vi, lo que había colocado sobre mi cuerpo velludo y selvático, animalucho ancestral, todo lo que quieras decirme (víbora): Una gigantesca mujer rubia de papel, exuberante en sus formas, desnuda como yo pero depilada, extendida sobre una colcha roja..., no, más bien sobre un cortinaje púrpura y borgiano (pero de Borgia y no de Borges), con una boca cardenalicia y sensual nunca sellada. Era la silueta de algo sobre mí. Un otro yo en papel, en plena contradicción. La verdad es que jamás me habían ofendido así: ¡Una mujer sobre mí! ¡El colmo!

"Menos mal que Dimer, mi amante habitual, tan bueno, tan honrado, hombre trabajador, cumplidor de su oficio, carcelero de mis carnes y carcelero de hombres malos, guardián del pudor ajeno, celoso de la sociedad, vino más tarde; el pobrecito, como me dormí profundamente a causa de la toma de toronjil, tuvo que subirse al muro y entrar apoyado en el aire acondicionado, pero sin sobresaltos a la alcoba, despertándome de mi letargo nocturnal":

- ¿Qué hace ese póster ahí, Peri?
– Es un regalo que me hicieron unas amigas, dizque se parece a mi...
– No está mal la hembra, ¿verdad?... Marilyn Monroe 20th Century Fox. Copyright 1955.
– Sí...
– Pero tú estás mejor porque ella es de papel... Bueno, hija, rápido, voltéate de una...
(La vida tiene sus compensaciones, ¿no crees Nino..? ¿Para qué voy a ponerle reja a la ventana? ¡Que se metan todos de una vez!)

JAIRO MERCADO ROMERO*

Escarabajo sagrado

Apoyo los pies sobre las balanzas del mecedor y el chirrido llena la sala y avanza por los corredores hasta el patio soleado, y otra vez tomo impulso, y otra vez y otra vez, hasta que se apaga el ruido del mueble y cuando me estoy quedando adormitado siento que un abejón revolotea encima de mi cabeza. Confío en que se vaya por sus propios medios o que me quede completamente dormido, porque no tengo fuerzas para abrir los ojos y para levantarme y ahuyentarlo de un solo manotazo. Pero no me duermo del todo y el ruido se vuelve más persistente y lo único que quiero en el mundo es que cese el aleteo ese del abejón taladrando el silencio.

Al fin logro abrir los ojos, busco el insecto con la vista y de repente deja de zumbar y se posa en algún lugar de la sala. De una vez abro de par en par las hojas de la ventana en espera de que se fugue hacia el aire del patio y vuelo al hilo del sueño. Regresa en seguida haciendo de nuevo círculos sobre mi cabeza y ahí mismo recuerdo que bien temprano en la mañana nos hemos revolcado con Salvador y José y con Manuel en el cerro de bagazo de caña, abajo en el trapiche, y mamá les dijo a ellos, apúrense muchachos que se les hace tarde para irse a la escuela, por eso caigo en cuenta de que el abejón vuela a enredarse en la maraña de melaza de mi pelo. Entonces, despierto para siempre y lo busco rabioso y cuando me canso de buscarlo sin éxito, me siento a mirar el misterio del mediodía. Contemplo a

* Ovejas, Sucre, 1941. Licenciado en Filología e idiomas de la Universidad Libre de Colombia, sede de Bogotá, y Especialista en Literatura Hispanoamericana, del Instituto Caro y Cuervo. Profesor de Literatura de Lengua Española durante 25 años en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y Universidad Nacional de Colombia. Profesor de Literatura de Lengua Española y colaborador del Nuevo Diccionario Chino-Español 1989-1990 en la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghai, China. Ha viajado por Europa, Asia y América. Autor de *Cosas de hombres* (1971), *Las mismas historias* (1974), *Cuentos de vida o muerte* (1985), *Bogotá, de los orígenes al deslumbramiento* (1988), *Quintopatio* (1995), *Cuentos escogidos* (2002). "Escarabajo sagrado" es tomado de este último libro.

través de la ventana las otras casas de la estancia como aplastadas bajo el sol, el alto corral de varetas, la sombra del malambo en donde tienen instalada su fiesta las chicharras y el inmenso patio desolado, más inmenso y desolado a esta hora.

Mariluz está sentada en un rincón del cuarto de allá. No la veo y ella tampoco me ve, aunque sé que siente mis movimientos en la sala oigo que arrulla a Hermenegilda y al mismo tiempo la regaña y le da nalgadas para que se duerma y yo no alcanzo a escuchar bien lo que le dice porque tengo ocupada mi atención en el trote suelto de Ñato, que asoma sus orejotas y la bola oscura de su cuerpo como perseguido por un tábano invisible. De pronto detiene la carrera, hinca sus patas delanteras en el polvo, besa con su hocico la tierra y cae desplomado en mitad del patio. Yo grito llamando a mamá y luego a papá. La primera que acude es Tía Mónica. Qué pasó, muchacho, quién se murió para que grites de esa manera. Y yo no le hago caso y sigo gritando y señalando con la mano al burro que se revuelca en el suelo y los cascos le tiemblan en el aire hasta que se quedan inmóviles y tiesos.

Papá trae los ojos abotagados y mamá camina frotándose la espalda y componiéndose el traje y corren al sitio donde al animal le ha dado la pataleta. Mi abuela Tita y Tío Jerónimo llegan y Julio también. Mi abuela se lleva las manos a la cabeza como lo hace cada vez que ocurren desgracias. Los mozos las cocineras y los hijos de los mozos y las cocineras le hacen rueda a Ñato, y en esas papá se agacha, le pone la mano abierta más arriba del vientre, en el lugar en que es más lisa y más clara la piel, y pronuncia la frase que de seguro estábamos esperando: no hay nada que hacer, está muerto.

En esto, sin decir esta boca es mía, el loro que se le pasa desde que Dios amanece en una sola charlatanería dando salticos en las ramas del laurel, se desgajó como una frura madura y se reventó contra una piedra. Papá corrió, y detrás de él mamá y el tropel de curiosos y yo también, y examinó el cuerpo del pájaro comenzando por abrirle bien el pico y apartándole los plumones para observarlo por detrás, y luego le apretó suave la barriga y el buche y observó que le brotaba agua espesa por la nariz y nos miró y dijo que se trataba de una infección en los pulmones. A estas, mis hermanas Catalina y Josefina, que estaban dormidas, se despiertan llorando y mamá corre a calmarlas y a distraerlas para que no se enteren de lo que está pasando en la estancia y no se acerquen al patio porque a los niños los enferma el humor de los muertos.

Después papá se sentó en el corredor, a la sombra de la casa grande, sacudiéndose la camisa para quitarse la sofocación, y así se estuvo silencioso hasta que le llegaron con la noticia de que la mariposa y la Cajita que eran las únicas vacas que le quedaban estaban agonizando a la orilla del pozo artesiano. Y que los críos berreaban enloquecidos tratando de recostar sus belfos a las ubres y ellas los rechazaban y corrían rodeando el ojo de agua y al rato dejaron de correr y de berrear y se tendieron temblorosos junto a los cuerpos aventados de sus madres que hacía rato habían dejado de bramar y poco a poco fueron doblando el testuz y los jarretes sobre la nata de fango de la orilla.

Me recuerdo en el acto del abejón y me devuelvo a buscarlo por los rincones de la sala, detrás de los horcones, de las puertas, del seibó, debajo de los taburetes, por entre los pedales de la máquina de coser, y agito un trapo y con el trapo barro las telarañas pegadas a las juntas de las palmas del techo y por fin lo hallo enredado en el tejido de pajas de la mecedora y caigo en cuenta de que Mariluz sigue como si nada reprimiendo en el rincón de la sala a su muñeca de trapo. Le cuento que el loro se desplomó de arriba del palo de laurel y cayó redondo como un coco y que a Ñato le dieron las convulsiones y tiene las patas estiradas y los ojos vidriados y la barriga hinchada ahí en la mitad del patio. Apartó la mirada de sus juguetes y con su voz y sus ojos tranquilos me dice que ella ya lo sabía y que fue que se murieron. Se murieron, repite moviendo los hombros, quién no entiende eso, se murieron.

Tomo el abejón y lo echo a volar en la sala y en vez de salir disparado por el aire rumbo a la claridad de la tarde, se estrella contra la pared y cae patas arriba en el suelo. Lo enderezo y lo empujo con el dedo y se queda paralizado, frente a mí, y como mirándome con sus fríos ojillos de piedra. Tiene alas rígidas, el aguijón endurecido y parece que el cascarón del cuerpo empieza a perder los destellos de un oscuro celeste. Mariluz vuelve a interrumpir y estirando el cuello y poniendo sus manos en la cintura, me dice: cómo quieres que vuele, Toño, si está muerto.

Y más duró en hacerme la aclaración que en poner el grito en el cielo, que este es un abejón negro y cuando entra en un casa es anuncio de malos sucesos, y lo cogió por el caparazón y lo arrojó con asco por la ventana. Y yo le aseguro que eso no es verdad y Julio vino y mi hermanita melliza le preguntó: ¿cierto, Julio, que el abejón mono trae buenas noticias y el abejón negro trae malos agüeros? Julio se sonríe y nos explica que el abejón es un insecto de la misma familia de los escarabajos, pues todo lo vivo se agrupa en familias. Nosotros pertenecemos a familias y los animales y las plantas se agrupan también en familias.

Inmediatamente toma el abejón en la palma de la mano y nos enseña su cabeza alargada, y observamos que tiene en la frente dos cuernos, el cuerpo cubierto de vellos y el abdomen en forma de membranas finísimas, contamos una por una sus seis patas y nos muestra sus alas pardas, y nos dice que las hay de tonos dorados, carmelitas, violetas, bermejos, plateados, y con su caparazón de cobre viejo o de un suave esmeralda, y que son criaturas del aire y de la tierra que no traen ni llevan a nadie la mala o la buena suerte. Y yo le creo porque con Julio nos hemos pasado mañanas enteras observándolos por trochas escarpadas y luego cuando están a punto de coronar la altura, la preciosa carga de su alimento rueda al fondo del abismo. Entonces vuelven a bajar por la bola de boñiga y a rodarla con toda la paciencia del mundo cuesta arriba y otra vez la carga se le resbala y emprenden de nuevo su oficio con la misma voluntad del comienzo. Mariluz no terminó de oír las razones tranquilas de Julio para arrojarle encima de mí y tirarme una seguidilla de golpes mientras gritaba y gritaba, te fijas, te fijas, que yo no digo mentiras.

Pronto vuelve la agitación a la estancia. En el buey Chibolo arrastran al burro y encima de su barriga acomodan al loro que se llama Roberto como todos los loros, y papá ordena que hagan un hoyo en el extremo de la finca y los entierran bien hondo y mamá se lleva las manos a la cabeza, y yo pienso que el gesto de ella es aprendido de Tita, y llora desconsolada porque al loro se lo trajo de regalo Gregoria Olivera, y ella misma le enseñó a decir Tuuurrial me llamo Roberto visto de verde y soy liberal, y muy de madrugada despierta a todo el vecindario con la cantaleta: Luis Carlos a moler a moler la caña, Chibolo, carajo, recuesta buey, Hugo José, Manuel, Salvador José, a estudiar a estudiarr. Tuuurriiaaal, me llamo Roberto y soy liberal.

Hay una cosa que a papá no le ha gustado nunca y es que el loro no haga más que despertarnos todas las madrugadas con su alboroto de que me llamo Roberto visto de verde y soy liberal. Porque lo que pasa es que papá es conservador y que el papá suyo, el viejo Manuel Salvador era igualmente conservador, y no faltan ocasiones en que pronuncia con orgullo que él se rompió el cuero por defender al gobierno legítimo en la guerra de los Mil Días. Pues de ahí es de donde vienen las discusiones con tío Jerónimo que tampoco es tío de nosotros y le decimos así por mamá, que lo llama de esa manera. Tío Jerónimo es tuerto de un ojo, como él dice, y medio sordo y en vez de sentir pena por esos defectos los exhibe como condecoraciones de la guerra. Muestra el raspón que le hizo una bala de gras en la paleta y cuenta que perdió el oído en el oficio de artillero y fue el estallido de un polvorín lo que le achicó la vista y que de habérsele ofrecido habría dado la vida por el gran partido liberal.

Aunque uno no sabe si es en serio o en broma lo que dice papá del loro, porque él lo hace nada más que para picarle la lengua al hermano de mi abuela, que la otra ocasión proninció a gritos que liberal quiere decir que uno no depende de nadie, carajo, y es libre como los pájaros y no es por otra razón que el loro canta a los cuatro vientos que es liberal allá en lo alto del laurel. El asunto sucedió hace tiempos, a la hora en que se sentaban a almorzar los jornaleros en un día de zafra y todos celebraron su ocurrencia, menos papá que replicó que se necesitaba ser igual de animal para ser copartidario de un pajarraco, quieréndole decir a él, pienso yo ahora, que el tío era tan bruto como Roberto, porque ahí mismo se le fue encima y tuvieron que despartarlos. Por eso supongo que por un lado es bueno que se haya muerto Roberto, porque desde hoy se van a acabar las peleas de tío Jerónimo con papá por motivos de política. Y por otro lado también es mejor que se haya muerto, porque Roberto no hacía más que recordarle a papá las épocas de prosperidad, cuando era dueño de plantaciones de caña y había moliendas en la estancia y negocios de panela y de miel.

Con esto no pretendo afirmar que a papá no le duele la muerte de Roberto. Le duele, claro que sí, pero más pesar le causa la muerte de Ñato que nació el mismo día que Hugo José, el hermano mayor, que cumple dieciocho años para octubre, y quedó huérfano recién nacido y se crió en la casa como un miembro más de la familia y lo bautizaron con el nombre de Ñato. Al burro quiero decir, porque nació con una cicatriz que le atrevasaba de parte a parte la

trompa, y mamá cada vez que lo mira le recuerda al mismo hijo que lo mandó a estudiar a San Francisco de Asís, vivía en la casa de la niña María Francisca, la sobrina de ella, y un día no tomó el destino del colegio sino en dirección a la carretera escondido en la troja de un camión y desde entonces de él no ha tenido noticias ni chiquitas ni grandes. Y todo eso mamá lo dice llorando de manera que su llanto nos contagia, y en la casa sin querer todos terminamos llorando.

La única que no llora es Tita. Ella dice que no hay tiempo para el llanto cuando una está abrumada de trabajo y que un día de estos se va a sentar a llorar por todo lo que ha dejado de llorar en la vida, y no va a parar de llorar por lo menos en un mes largo, y va y les da a las aves domésticas pastillas de sulfatiazol diluidas en la piedra del agua, y es en balde porque unas tras otras, con excepción de los patos, van clavando el pico en el suelo, y los cerdos tampoco se salvan porque en cierto momento suspenden la tarea de masticar el plátano recién cocido, se revuelven en el chiquero gruñendo como si unas voces que no se alcanzan a oír ni unas manos que no se alcanzan a ver los espantaran desde dentro de sus cuerpos, y al poco tiempo caen derrengados con los hocicos enterrados en el caldo espeso del bongo de la comida. Al cabo de un rato vemos cómo el buey arrastra también a los cerdos, y costales de fique repletos de gallinas, pavos y cocás, a las que por otro nombre las llaman gallinas de guinea, y Mariluz y yo nos vamos corriendo detrás de las huellas que van dejando en la arena del camino los cadáveres de los animales.

Entonces papá nos regaña desde lo alto del caballo y desaparece detrás de la cortina de polvo del camino, y el alazán bate con sus cascos el aire y parece que no pisara la tierra y que tampoco lo tocara la muerte, y se agrupa redonda y colorada y las espaldas anchas de papá se convierten en un punto en la distancia. Y a mí y a Mariluz nos llueven regaños de todas partes, sobre todo de Salvador, de Manuel y de José que en este momento han regresado de la escuela, y nos devuelven a la sombra de la casa grande, pero nosotros estamos inquietos y apenas se descuidaron nos fuimos del otro lado del patio y debajo de una manta de ají dulce descubrimos una gallina triste respirando difícil y una nidada de pollitos con los ojos adormecidos y los plumones mustios y hechos un sólo montón de patas atesadas.

Ahí mismo trajimos una totuma y de una vez nos metimos uno a uno los pollos en la totuma boca abajo y nos esmeramos en la función de golpearla con los nudillos de los dedos y al rato los pollos están despiertos y dando pasitos y nosotros gritamos de alegría, pero la alegría es momentánea porque más demoramos en animarlos que ellos en estirar la pata y en volver a quedarse dormidos y a caerse derrumbados. Pero Mariluz insiste en ponerlos de nuevo debajo de la totuma y colocarlos parados, de modo que le dije imitando su tono de voz y el gesto del cuerpo con las manos sobre la cintura: cómo quieres que caminen, mona, si están muertos, están muertos.

Mi hermana se echó a reír y no para de reír y yo también río con ella y tanto reímos que lo único que se oye en la estancia es la risa de nosotros y mamá vino y se enojó de que

estuviéramos de fiesta mientras la familia entera estaba de luto. Hasta los animales están de duelo, dijo, y es verdad porque el gallo y las escasas gallinas sobrevivientes empezaron a recogerse en silencio en la rama del guásimo. Los patos volvieron en fila a refugiarse bajo el alero. El par de tuseros que a esta hora arman su alboroto de música antes de dormirse en la copa del almendro, tosen en vez de cantar. La mula tordilla de Jerónimo no relinchó en toda la tarde y el gato silvestre que pasa a toda carrera antes de prima noche provocando a los perros de la casa, hoy pasó despacio, orondo, como si nada delante de Rompecadenas y de Vuelamasquelviento, que se la han pasado por ahí con las orejas gachas y sin ganas de comer ni ladrar.

Mamá dijo después que estaba atrasada en sus quehaceres y sacó con prisa la lámpara grande de gasolina y los mechones de gas y los colocó sobre una mesa. Les arregla las mechas a los mechones y les revisa a cada uno el tanqucito de petróleo, y retira con cuidado el tubo de cristal de la lámpara. Nosotros nos quedamos lelos mirando a mamá esa operación. Toma un trapo y a la última luz del sol remueve escrupulosamente las manchas de tizne pegadas por fuera y por dentro del vidrio. A continuación rellena el depósito del combustible y una vez vuelve a colocar el tubo en su lugar, abre la llave de la lámpara y aplica un fósforo encendido a la caperuza y ante aquella explosión de luz aplaudimos de júbilo. Pero la llama de pronto se debilita y es cuando presiona la llave hacia adentro y hacia fuera con energía y se entrega de cuerpo y alma, como se dice, a esa tarea y nos gusta que la luz nos estalle en plena cara y se entre por las rendijas del techo y vuelva a dibujar nítidas las imágenes de la gente y la claridad blanca como de luna bajita llega hasta la línea de monte del patio y en este círculo de noche queda restablecido el día.

Tita dispuso entonces la comida y se comió más por costumbre que por hambre. Apenas se retiró la mesa las personas grandes recostaron los taburetes a los horcones, al tiempo que los visitantes de a caballo descabalgaban y los que vienen a pie apagan sus linternas de mano. Toman asiento Jerónimo, Pedro Valencia, Nicolás el viejo y Nicolasito y no hay aquí quien no hable de la peste. Que donde los Sánchez no dejó vivas ni a las palomas que velaban la virgen de Fátima. Que adonde tío Ismael no dejó un solo pavo con vida. Que la única propiedad de Nazareno Peralta en la vida era su yegua castaña y la condenada peste se la llevó. En cambio en la hacienda de Arenal de la viuda de Olmos las nubes de ganados pastan tranquilas y sus caballos engordan en las pesebreras y sus gallinas y sus cerdos revientan de excelente salud en los corrales. Tita que empezó a repartir el café murmuró como para que no la oyeran la peste era un aviso de la Divina Providencia, y con la mano y los ojos señaló para arriba, y era castigo del cielo porque los hombres habían perdido el temor de Dios.

Como siempre que mi abuela habla, nada más que por llevarle la contraria, Jerónimo interviene y dice que si Dios existe lo último que se le ocurriría sería hacerle daño a sus propias criaturas. Impío, blasfemo, le replicó Tita, y se retiró pronunciando un montón de

injurias que no se le entienden. Pello Valencia es hombre de labia fácil, se refina tanto para hablar que da gusto oírlo. No conoce la o por lo redondo y nadie atina a poner en claro de dónde saca tanta prosopopeya cuando habla. Lo cierto es que en la estancia desde los tiempos de leyenda del viejo Manuel Salvador Mercado su oficio ha sido la palabra. Impone silencio y respeto cada vez que habla y declara que la peste es un efluvio, algo así como un espíritu que viene de lejos en el viento. Dice que alguna vez oyó decir por la radio que los alemanes habían ensayado bombas con plagas que si se arrojaban desde aviones causaban daños en las cosechas, los animales y los cristianos. No descartó que esos efluvios llegaran hasta acá viajando en la corriente del sudeste, que según él es un viento que viene de los lados del mar. Que sí, que la guerra había terminado hacía meses, pero nunca se sabe de los designios del viento. Así se expresaba él.

En cambio Julio no es persona de conversar florido. Él rebusca la idea muy adentro de él y después encuentra la manera justa de decirla. Lo que de él salen son pensamientos reposados. No interviene para contradecir. Enseña como sin querer. Y cada cual saca su lección de lo que Julio instruye. Sí, dijo. La causa de la peste son unos organismos vivos tan pequeños que no se ven a simple vista, sino con un aparato que se llama el microscopio. Uno entiende fácil las cosas que él habla, que parecen leídas o dictadas de memoria de tan simples que las pronuncia. Se entendió claro que esos microbios se propagan en el aire y habitan en las aguas estancadas y en ambientes en donde no hay hábitos de higiene y dijo que unos se entran por la piel y otros por la boca y hay los que se entran por la nariz de las personas y los animales.

Julio tiene los ojos azulencos que de noche le cambian a un verde oscuro de ciruela en embrión. Son ojos de agua quieta, de modo que quien los mira y mira sus manos tratando de salirse de la caja magra de su cuerpo, se pregunta cómo de una hechura tan frágil pueden salir juicios de tanto peso. Por eso con la fuerza de su verbo aclaró que quizá no depende de Dios que los animales de los ricos vivan sanos y los animales de los pobres los mate cualquier infección. Los ganados y las aves de corral de don Samuel Martelo y de la viuda de Olmos beben mejor agua que nosotros y además están vacunados contra la peste, dijo por último.

Y siguió hablando, pero ya no pude oír lo que Julio decía. Tita me sacó de ahí del grupo de hombres con la frase que cada rato me recuerda que los menores no deben estar entrometidos en la conversación de los mayores y que a esa hora en vez de estar aprendiendo industrias del diablo debería estar durmiendo o entregado a prácticas devotas. Y me echa por delante y me arrodilla en el reclinatorio frente al San José de la Montaña que lleva un hacha en el hombro y una azucena en la mano derecha, al lado del nicho de cristal del niño Jesús de Praga que tiene la bola del mundo en la mano derecha y el día que se le caiga de las manos el mundo se acaba, y me pide que rece con ella a San Roque el abogado de la peste y de los apestados; y yo miro su imagen de bulto en el altar con sus ojos de vidrio y sus barbas

oscuras, su capa deshilachada y arremangada hasta las rodillas para que se le vean las llagas que le cubren íntegras las piernas y a un costado del santo el perro lamiéndole las llagas.

Entonces la abuela va por Mariluz y junta las manos de nosotros y junta las de ella y recita en voz baja y los dos recitamos detrás de su voz: bienaventurado san Roque, tú que fuiste por los caminos del campo y por las calles de las ciudades con el maravilloso poder que te concedió el Señor, sanando a los hombres y a los animales que sufrían de peste haciendo la señal de la cruz y poniendo los labios sobre las llagas de los enfermos; tú que en el santo ministerio de la curación de los pobres contrajiste la peste y te mudaste a vivir en despoblado mientras un perro te traía en su boca el pan de tu sustento, intercede ante el Señor en esta mala hora por la salud de nosotros y la de nuestros animales, amén. A continuación nos pide que le recemos a San Roque tres padrenuestros y tres avemarías y que no dejemos de rezarle también al perro de San Roque, porque Tita dice que Gotardo, que según ella a veces es el nombre del animal y a veces el nombre del amo, es tan milagroso como el santo, pues si no hubiera sido por el perro San Roque se habría muerto de hambre.

Después mamá me lleva al caney en donde está el tabaco secándose a fuego lento y orino sobre un tizón de candela, y Tita dice que es el santo remedio para que las sábanas, la manta y Mariluz no amanezcan ensopadas y olorosas a berrenchín. La hallo a ella arreglándole la cama y poniéndole la pijama a Hermenegilda. Josefina y Catalina ya están dormidas. Los otros hermanos están recogidos en sus hamacas esperando a que mamá se desocupe de sus oficios y nos refiera el cuento que siempre nos cuenta para dormirnos. Desde adentro de la casa grande de la estancia, en el silencio de la hora percibimos que los visitantes se despiden. Escuchamos que Tita desgarras como raspándose la garganta y murmura algo en la pieza vecina y afuera por el enigma de la noche se extiende el aullido de un perro. Y cuando por cosa de milagro se han apagado los ruidos del mundo, todos en coro le pedimos a mamá que nos cuente el cuento que más nos gusta oírle que es el caballito de los siete colores.

Porque ella se sabe todos los cuentos habidos y por haber, pero el que más nos gusta es la historia del niño que es el menor y el más débil y el más enfermizo de los miembros de la familia y los hermanos mayores salen a perseguir un caballo que destruye el cercado y pisotea los sembrados durante la noche, y los hermanos mayores fracasan en la búsqueda y son despedidos de las casa por el padre que es un hombre muy severo, y un día Manuelito que es el nombre del hermano menor sale a apresar el caballo y a traer a los hermanos y ellos en vez de cogerlo lo maltratan y lo venden a unos malhechores, le ponen una piedra en el cuello y lo arrojan a un río, lo venden como esclavo y cierta vez que comete el atrevimiento de rivalizar con los pretendientes a la mano de la princesa, supera todas las pruebas y termina casándose con la hija del rey porque cuenta con la ayuda del caballito de los siete colores. Entonces mamá nos dice que la perdonen, que esta noche no tiene ánimos para contarnos nada, que le han dolido últimamente los riñones y que cuando se acuesta siente mucho dolor, siente como si le caminaran por la espalda adentro una procesión de morrocoyas.

Y yo no termino de oírla y me estoy quedando dormido y no sé si es que me duermo o que me despierto cuando oigo resoplar el alazán de papá en el fondo del patio, y luego el caballo resopla y trotta libre en el campo, y siento que las espuelas de papá rechinan en el corredor y al momento adentro en la sala y me parece que mamá le descalza las espuelas y oigo que se desploma vestido en la cama. La pieza huele a aguardiente de anís, y papá murmura que es tiempo de separar a los mellizos en la cuna; que es tiempo de que duerman en camas separadas y cada cual juegue aparte los juegos correspondientes a sus sexos; que apenas entregue el último pedazo de tierra en parte de pago por las deudas de las malas cosechas de tabaco del año pasado y venda las cosas y los pocos animales que deje en pie la peste, todos nos vamos a vivir a San Francisco de Asís de Ovejas. De seguir aquí va a llegar el día en que no vamos a tener qué comer. Y yo estoy de acuerdo con papá. Como van las cosas no sólo a nosotros nos va a faltar la comida. Tampoco habrá comida para los escarabajos, que se alimentan de la boñiga del ganado; y como la Mariposa, la Cajita y los terneros se murieron, no más falta que se muera el buey Boliche para que los que viven en la estancia se mueran también de hambre. Quién lo creyera, pero es Julio el que me ha dicho, que es el excremento de las vacas lo que le da la energía de vivir y el brillo de plata martillada y de rubí transparente y de oro bruñido a las corazas de los escarabajos.

Papá dice que allá en el pueblo todo empezará de nuevo. Sus bienes de fortuna con el asunto ese de la guerra y con los malos precios del tabaco se fueron a pique. Todo rodó al abismo, dijo, como una piedra que se desprende de la montaña. Pero él le va a meter duro el hombro al trabajo para volver a la altura en que estábamos antes, y acaso con el tiempo vivamos en una casa regia con balcones y puertas tan grandes como las de la iglesia y el corredor sea tan alto como el atrio de la iglesia, y quizá Hugo José vuelva a casa y los otros hijos estudien en los mejores colegios y ojalá un día lleguen a ser algo en la vida.

Mamá le replica que nada nos espera allá sino el desempleo de él y la miseria de nosotros. Y me voy quedando dormido, mamá, qué, mijo, ¿cierto que hay un cielo para los animales?, sí, duérmete, y me duermo y no sé si es que pienso o que sueño con los poderes de San Roque y su perro Gotardo y con los poderes del caballito de los siete colores y hago la señal de la cruz sobre la frente de Ñato y el burro se alza y afirma con fuerza los cascos en el suelo, y rayo con los dedos la mollera de Roberto y Roberto salta de mi mano a la rama más alta del laurel, Luis Carlos, Servio, a trabajarr, Hugo José, Guido Manuel a estudiar, turrial, me llamo Roberto, visto de verde y soy liberal, toco el testuz de la cajita y de la Mariposa, y las vacas y sus becerros se levantan de la nata de fango del pozo artesiano y los cerdos elevan los hocicos esperando los desperdicios de la comida que Tita les trae y recojo del suelo el escarabajo y lo bendigo y el delicado caparacho del escarabajo recobra su fulgor azabache y con sus alas de terciopelo negro vuela y se pierde en la claridad del día.

Bogotá, 2001

ALVARO MEDINA*

El ácido reposo

Con cuidado, afinando la puntería, sin fuerza y con ganas pero con miedo por primera vez, ya iba a tirar la última piedra que tenía cuando repentinamente sentí concentrada en mi mano su física dureza. Paré el impulso y busqué a mi alrededor algo en qué envolverla para no hacerle ningún daño: contra la tapia lateral encontré una hoja entera de papel periódico y recorté un pedazo. Cuando casi lo arrugaba, me detuve, lo desplegué y miré lo que tenía:

—Qué raro— dije. Perdí el miedo, sentí una rabia triste, guardé en mi bolsillo el recorte, boté la piedra, y sin esperar más caminé hasta el extremo del largo corredor de casa (justamente junto al lavadero), tomé la escoba y regresé nuevamente al limonero, donde Roberto con una piedra afilada arrancaba secreciones de goma del árbol grande, joven y frondoso.

El limonero ahí, sí, era de tarde, la luz era brillante y blanca, pero el sol no se mostraba enceguecedor como de costumbre por las breves nubes jalonadas del verano joven que flotaban marcando la dirección de la brisa procedente del mar, ese mar que no se veía desde ningún punto de la pequeña ciudad de entonces pero que se presentía poderosamente. Yo hurgué y esperé, removí y esperé, esperé y esperé, y nada. Así que me volví en busca de Roberto, pero sin soltar la escoba cuyo extremo se perdía ahora entre las matas que desde el solar de la otra calle entraban en el patio de la casa por los portillos de la vieja cerca burda de madera. Roberto me pareció ocupado tratando de alcanzar a saltos un gajo de limones, por lo que regresé a mi trabajo para concentrarme fascinado en el extremo de la escoba nueva que mama había hecho comprar muy temprano en la mañana cuando me envió a la tienda de la esquina por lo del desayuno.

—Y una escoba de palito para barrer el patio, que está hecho un basural. Si no me gusta que la devolveré enseguida.

—¿Para el patio? Yo lo veo limpio.

—¡Cállate! Decir que el patio está limpio.

* Barranquilla, 1942. Arquitecto, crítico de arte, curador, narrador y docente universitario. En los años sesenta hizo parte del movimiento nadaísta y bajo el seudónimo José Javier Jorge escribió en la prensa barranquillera. Su vida ha transcurrido entre Barranquilla, Nueva York, Bogotá y París. Algunas de sus publicaciones de carácter investigativo son *Procesos del arte en Colombia*, 1978; *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, 1994, Premio Nacional de Cultura Colcultura; una importante monografía sobre la obra del escultor Edgar Negret y *Arte y violencia en Colombia 1948-1998*, 1998, (recopilador). La novela *Desierto en Sol mayor*, 1993, ha sido su único libro de ficción hasta ahora publicado. Fue finalista en el premio Seix Barral con la novela *La Penzail*, de la que muy pocos lectores tienen noticia. "El ácido reposo" ha sido tomado de NOVA, revista de arte y ciencia, Nos. 5 y 6, mayo-julio de 1967.

El patio de arena blanca y limpia ahora, con el piso duro, el guanábano, los dos papayos, los dos naranjos, el limonero, las matas de flor y el grifo a su mismo centro.

– No se te olvide: de pa-li-to. Una escoba de palito o la devuelvo.

– El patio está limpio, creo.

Después, con una blusa suya enrollada en la cabeza, lo fue barriendo todo con energía, casi que con rabia. Y en el rincón del patio aún estaban las cenizas húmedas de la basura recogida y quemada que había ardido desde el final de la mañana y casi todo el mediodía hasta que papá antes de marcharse llenó el balde con agua y lo yació sobre la pira.

PAPÁ: Has podido echarla en el galón y hacer que uno de los muchachos la botara en el solar de atrás metiéndose por el portillo grande ese.

Volvió y lo llenó, volvió y lo vació, caminó digno y solemne al lavadero y dejó el balde. Cuando caminó hacia acá, tropezó la escoba y la tumbó pero no se devolvió a recogerla. Y la escoba ahora moviéndose cariñosamente, acariciante, rozando con sus palitos duros esa dulce piel, no yendo de un lado a otro linealmente sino más bien girando sobre su mismo centro con arcos cortos de intervalos regulares, aquí y allá, aquí y allá, y luego quietud, una quietud llena de movimiento en esa carne blanda y viva, aquí y allá, aquí y allá.

PAPÁ: No-no-no, no me vengas con ese cuento. La basura en el galón para que se la lleve el carro, o allá atrás si es mucha, pero esa vaina de quemarla nunca.

Lo dijo sudoroso, con la respiración entrecortada, remangando la camisa. Le echó un vistazo a la hoguera, que despedía una columna de humo blanco, y entró en la casa. La pobre mamá con su ojo hinchado y negro lloró de ira poniendo carbón en el anafe, sacudiendo su traje de luto, derramando un poco de petróleo, encendiendo una cerilla, todo en medio del polvo negro que había quedado flotando en torbellino a su alrededor.

MAMÁ: Ahora que salgas entra en la tienda y paga la escoba para yo sentir que haces algo en esta casa.

Papá estaba sentado en la mesa esperando la comida, y en ese momento sintonizaba el radio nuevo de cordón blanco y pelado un poco rayado y sucio que había traído el día anterior. Las emisoras pasaban escuchándose muy brevemente, mientras en el baño papá cepillaba cuidadosamente sus hermosos dientes, de pie junto a mamá en la cocina, procurando no escucharla desde su puesto en la mesa mientras masticaba muy lentamente yuca y carne y cortaba carne, volvió a pegarle a mamá en pleno rostro esta vez y se marchó abotonando su camisa sin decir una palabra más.

– Tanto empleo que ofrecen y tu dices que no consigues nada– dijo. Y a pesar de que lo impugnaba, su tono fue de súplica.

Desentendido, papá sintonizó al fin una emisora, en el baño lavó el cepillo y enjuagó su boca, agarró con los dientes el nuevo pedazo de carne y le dió la espalda a mamá caminando

hacia la mesa sin poner atención a sus palabras. La ira de papá había desaparecido. Abrió los botones de la camisa para sentir un poco de fresco en el pecho y movió nuevamente la aguja en el radio buscando otra emisora.

MAMÁ: A mí nadie me quita la idea de que todas esas cosas que has traído en estos días son robadas.

La lata del carbón estaba a un lado, las brasas ya ardían, pero mamá aún abanicaba el anafe llena de nervios, sofocada, cuando papá llegó a donde ella y la golpeó duro en el hombro, y ella tambaleó admirada con un gesto vago en el rostro, la mirada perdida fijamente en la actitud de él, y rodó por el suelo sobre el menudo cizco que había calado cerca del fogón.

PAPÁ: Para que sepas que si robo, carajo, no es por mi culpa no por gusto, icarajo!

Mamá se llevó la mano al rostro sin decir una palabra, se levantó, recogió el abanico de palma y colocó la olla con la sopa en el anafe como si nada hubiera sucedido, cuando papá se acercó a ella cariñoso caminando de puntillas, la abrazó sorpresivamente por la espalda y la cargó soltando una estupenda carcajada, mientras Roberto y yo regocijados dábamos saltitos a un lado y otro.

— ¿Cuándo va a estar caliente este sancocho, hermosa? —dijo.

— Suéltame, suéltame— gritó ella pataleando en el aire con una sonrisa tímida, nerviosa, alegre, golpeando sin fuerza los brazos gruesos y velludos que le aprisionaban la cintura.

Papá la puso en el suelo satisfecho, hizo que girara y le examinó ceremonioso el ojo.

PAPÁ: Todavía lo tienes rojo ah voy a bajar limones para que te echas seguro no te has echado hoy ah dime no te has echado ni una gota ah dime le tienes miedo al limón no lo niegues pues yo voy a bajar uno aunque no te guste sí limones para ese ojo que yo golpeé como un bruto.

Papá cerró sus puños y se dió con los nudillos repetidas veces en la cabeza, como reprimiéndose.

— He conseguido un trabajo formidable para hoy— dijo.

Mamá abrió sus ojos conmovida y algo renació definitivamente en ella:

A) la piel del rostro, que se volvió tersa cuando cedieron las arrugas por músculos prematuramente tensos que aflojaron;

B) esa brillante sonrisa juvenil suya que no a floraba hacía semanas;

C) el vivo tierno y simple de sus ojos.

— ¿Vas a trabajar?— exclamó más que preguntó, y furiosamente se pegó a su cuerpo, restregándose, sintiendo el necesario calor de su volumen mientras la desbordaban lágrimas inútilmente contenidas.

PAPÁ: En algo definitivo.

MAMÁ: ¿Seguro?

PAPÁ: Seguro. Vamos a tener reposos nuevamente y ya no más problemas porque boten a este reyecito de un empleo. Yo sé por qué lo digo.

Mamá empinándose, le pasó los brazos por el cuello, se colgó de él y le dió un beso.

—Vamos, vamos, limón para ese ojo feo que necesito lindo para este futuro bueno que nos llega —dijo papá—. Sí, limón, mucho limón.

El limonero ahí y el patio lleno de detalles con su tapia lateral, de ladrillos desnudos separados por la pega, de ladrillos a trechos deshaciéndose, mientras la escoba nueva que mamá había colocado al final del corredor después de haber barrido pacientemente otros detalles, acumulando la basura en el rincón, colocando las piedras grandes y los palos contra la pared de la casa justamente detrás de la masa compacta de correos y margaritas florecidos, la escoba —digo— continuaba su saludo como si fuera una brisa áspera chocando y desviándose o resbalando en esa piel extraña.

Roberto agarró el gajo de limones y cayeron tres de los siete u ocho, al cuarto o quinto saltos hechos seguidos y sin descansar. Los limones rodaron y Roberto dió un gritico y casi silencioso, una aguda exclamación que voluntariamente nació ahogada en la garganta y que sonó como “AY” o solamente “AH” con una “I” muy apagada al final, y se llevó el dedo índice de la mano derecha a la boca para morderlo.

Aquí, allá y allá los limones, situándolos rápidamente con una mirada dura escapada del dolor y luego la misma mirada al resto del gajo. Roberto ya iba a saltar nuevamente, bajaba la mano desde la boca, se agachaba tomando impulso concentrado en los cuatro o cinco limones que quedaban, cuando volteó para mirarme y yo ya lo estaba mirando a él desde hacía un rato, desde cuando escuché el “AY”. Sí, lo miraba con mis ojos grandes y abiertos, medio ido, moviendo maquinalmente la escoba cuyo extremo estaba allá, la escoba con que hurgaba paciente y delicadamente.

Roberto paró el impulso, me miró y miró el extremo de la escoba perdido entre las matas. Yo también miré el extremo de la escoba y la moví entonces con más fuerza, con un entusiasmo renacido. Roberto me contempló un momento y decidió saltar, pero de repente cambió de parecer.

—¿Qué es lo que haces ahí desde hace rato?— preguntó acercándose.

—Primero estás tirando piedras y ahora puyas con la escoba. ¿Qué es lo que hay ahí?— preguntó, y llegó a donde mí cuando respondí como una cosa natural: “una cinta”.

—Una cinta? Me vas a vacilar?

—No, es una cinta.

Roberto agarró también el palo de la escoba y miró a ver qué era, sin lograr distinguir nada.

— ¿Qué es? Qué es?— dijo, más que intrigado como entusiasmado porque presintió algo bueno que podía divertirnos diferente.

Señalé el extremo de la escoba y Roberto miró con cuidado entre las matas que asomaban desde el otro lado de la cerca, sin encontrar nada todavía.

— Es una cinta rara que está ahí.

Roberto, sin soltar la escoba, resbaló la mano a lo largo del mango, agachándose poco a poco, pero regresó enseguida, de repente, con una asombrosa rapidez.

— ¿Cuándo la viste?

— Ahora rato.

Volteó para mirar hacia la casa, y vio a la tía que leía sentada en un taburete recostada a una de las columnas del corredor, o no, ella estaba dentro de la casa y se asomó por la ventana del cuarto que estaba detrás de los correos y margaritas, o apareció en ese momento caminando por el corredor.

Roberto vio a la tía leyendo recostada a la ventana, de perfil, dividida verticalmente en franjas por los bolillos labrados de madera de la reja.

—Préstame la escoba— dijo.

Se la entregué y Roberto comenzó a hurgar con mucho cuidado al principio, casi en la misma forma en que hasta el momento lo había hecho yo, pero luego hizo una pausa, volteó nuevamente hacia la casa, y la tía estaba distraída caminando por el corredor sentada en el taburete leyendo el libro detrás de la ventana del cuarto. Roberto volvió a hurgar con más fuerza, yo me agaché en el suelo junto a él para observar de cerca pero me levanté asustado cuando por primera vez oí una, dos, tres veces un erizante resoplido seco y prolongado, una especie de silbido apagado con sordina. Roberto también se asustó y soltó la escoba al mismo tiempo que retrocedimos asustados agarrándonos por las camisas mutuamente.

— ¿Qué es?— pregunté yo pensando que Roberto ya lo había descubierto.

—Yo no sé, ahora te digo— dijo él, y agarró una piedra que iba a tirar con fuerza pero no se atrevió o cambió de táctica, y la lanzó para tocar apenas, como para llamarle la atención al hombre que había entrado con el revólver en la mano tirando y revisándolo todo sin que de nada valieran el llanto de la tía, los gritos de mamá, la agresividad de Roberto, el susto mío y la expectativa de la gente que se había aglomerado frente a nuestra casa esperando la culminación del espectáculo.

— Con la escoba, dale con la escoba— dije lleno de nervio.

—Eche, ve, tiene un revólver. ¿Y si me mata?

– No importa, dale.

El hombre me miró fijo, miró a Roberto y arremetió contra nosotros extendiendo un brazo, nos empujó contra el rincón del patio con restos de basura y se estuvo un momento con el cañón del arma inclinado hacia arriba como un vaquero, manteniendo el brazo contra nuestros pechos para no dejarnos escapar.

– ¿Por qué me empuja? Yo estoy en mi casa– dijo Roberto con ira. Pero el hombre ni siquiera hizo caso.

– Se están quietos aquí si no quieren que les pase algo.

El hombre nos dejó y caminó pasando agachado por debajo del limonero para no puyarse y se colocó detrás del tronco sin dejar de mirar a todas partes.

– Qué pasa?– dijo la tía. Miró al hombre un momento y siguió leyendo. Me pareció bueno hacer lo mismo y cogí mi cartilla y me puse a mirar concentrado la lección que me tocaba:

Pero Roberto se incomodó.

ROBERTO: El enano bebe, el enano bebe, Lola no baila ni lee, bala, bola, bula, be, be, beee.

Y estaba haciéndome pistolas.

ROBERTO: Deja, eso, pendejo. ¿Te fijas que la tía se va a dar cuenta? Eso pasa por hablar alto.

– Pásame la escoba y verás– dijo nuevamente en voz baja. Me agaché para recogerla pero me detuvo.

– Con cuidado– dijo.

– De pronto esa cosa te muerde– dijo.

–¿Y eso muerde?

– De pronto sí– dijo Roberto. Se agachó muy pendiente de lo que pudiera suceder en el extremo y la agarró.

– Cuando le tiraste piedras ¿qué pasó?

– Nada– dije.

–¿Nada?

Yo me alcé de hombros sin dejar de mirar para allá cuando papá entró al patio saltando la tapia, sudoroso, con la camisa húmeda pegada a la espalda y el pecho agitado, lívido, llevando en las manos un maletín negro, grande y ligero. Nosotros corrimos a saludarlo con el beso, pero él no se agachó ni nada para que pudiéramos alcanzarlo, pendiente de algo que parecía urgente.

–¿Trabajaste mucho hoy?– pregunté.

– ¿Donde está mamá?

– Allá adentro.

– Si llegan buscándome, quien sea, digan que no he regresado en toda la tarde– dijo papá, y sobre las ramas más altas del limonero tiró el maletín, que quedó completamente oculto por el follaje tupido. Ahora Roberto brincaba tratando de coger los limones, y el camino largo y angosto se abría frente a la casa para reducirse cincuenta metros más allá y perderse recto y parejo mucho antes del río con el estrechamiento de los bordes. La tía iba corriendo entre los matorrales y yerbas altas de un lado, y yo iba más atrás junto a papá. De pronto todos nos fuimos de bruces pero logramos milagrosamente aguantarnos y continuamos corriendo inclinados hacia adelante, abanicando el aire con los brazos sin avanzar en absoluto, resbalando los pies en el piso vacilante como una correa sin fin, mientras los hombres se acercaban con sus amenazadoras bombas.

– Corran, corran sin descansar o nos matan– gritó papá.

Y movimos inútilmente las piernas tratando de apoyarnos con más fuerza en el suelo y giramos los brazos palanqueando, todo en el vacío. Cuando los hombres llegaron, Roberto salió de detrás de un árbol, Roberto barriendo el camino con la escoba, Roberto acercándose a ellos distraído con una sonrisa en los labios. Los hombres se lanzaron sobre papá y comenzaron a forcejear rodando sobre el horizonte recortado contra un cielo gris y despejado, muy pequeños todos allá lejos, hechos una masa compacta rojiza en la que no se sabía quién era quién, mientras Roberto continuaba avanzando muy lentamente flotando en el aire, y la tía y yo resbalando en el césped nos esforzábamos por llegar a donde papá para ayudarlo. Yo cantaba emocionado, como cuando en el colegio habíamos izado la bandera el 20 de julio antes de salir al desfile:

*Yo no tengo padre
Yo no tengo madre
No tengo dinero
Mucho menos quien me quiera.*

El cielo gris se iba tornando blanco, Buitrago me acompañaba con su guitarra metido en el río, hundiéndose poco a poco y tragando mucha agua con una sonrisa ancha, Roberto bailaba ahora la canción sin dejar de barrer con la escoba ni dejar de acercarse siempre al grupo de papá y los hombres que forcejeaban, y el obispo daba saltos debajo del limonero tratando de agarrar un gajo que se balanceaba mientras mamá rezaba en la cocina, que era donde comenzaba ahora el camino.

De pronto, Roberto volteó a todos lados, ofuscado.

–¿Dónde está la tía, que no la veo?– dijo.

Yo miré.

– Está sentada en el taburete ahí leyendo.

—¿Ahí donde?

Roberto dejó de bailar con la escoba, el obispo dejó de coger limones, mamá dejó de rezar, papá y los hombres dejaron de luchar contra el cielo sobre la línea del horizonte y se daban abrazos de alegría, el suelo se volvió firme y yo pude correr.

— Ahí en el taburete— respondí.

— Bruto, ¿en qué parte?

— Recostada a la columna.

Roberto miró y la vio caminando en el taburete por el corredor, detrás de la ventana del cuarto.

— Bueno, prepárate sin que ella se de cuenta— Dijo Roberto.

— ¿Qué vas a hacer?

Voy a puyar duro esa cosa y corremos.

Roberto agarró fuerte la escoba y ya iba a empujarla entre las matas cuando desistió.

— ¿Qué pasó? —pregunté yo—. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Mamá lloraba, la tía lloraba, y ellas y los hombres se arremolinaron en el cuarto. Todos gritaban, y Roberto y yo nos pusimos también a gritar nerviosos procurando imitar lo mejor posible el llanto de las mujeres.

— Puya tú y yo cojo unas piedras por si acaso— dijo Roberto entre lágrimas.

— No, házlo tú y yo cojo las piedras.

— Yo tengo más puntería que tú, pendejo.

— No, no, tu no— dije ofendido y escupí en el suelo cerca de él.

— Lo que tienes es miedo, marica— dijo Roberto, y lo dijo en voz alta, con rabia.

La tía oyó. Echó adelante el taburete para retirarlo de la columna, se paró y caminó hacia nosotros.

— ¿Qué pasa?— preguntó.

— ¿Qué vocabulario tan sucio es ese?— preguntó ofendida.

Los dos nos asustamos y nos sentimos sorprendidos en algo que no era correcto. Subimos los hombros y aflojamos los brazos dejándolos balancearse libremente, desgonzados, de una manera especial que sabíamos.

— Nada, nada tía.

— ¿Qué es lo que están haciendo ahí desde hace rato con la escoba?— dijo, y se la arrebató a Roberto.

— ¿Van a dañarla cuando apenas la compraron esta mañana?

Los dos nos miramos sin saber qué decir.

— Lea debía dar con ella unos buenos golpes, que se los tienen merecidos— dijo, y caminó hasta el final del corredor, la dejó en su sitio, puso los brazos en jarra y nos miró con severidad.

—¿Le digo?— pregunté en voz baja a Roberto.

—Déjame a mí, que tú no sabes qué es. La tía regresó al taburete.

—Vayan a lavarse las manos y la cara, a peinarse y a vestirse, que ya es tarde— gritó la tía.

Los dos permanecemos sin movernos, mirándola a ella indecisos y espiando por el rabo del ojo el secreto de las matas que bordeaban a lo largo de la cerca burda de madera.

—¿Qué es lo que hay ahí que no se mueven?— volvió a gritar la tía. Se paró nuevamente y caminó hacia nosotros con una cara amenazadora y dura. Entonces Roberto habló:

—Una culebra, tía.

—¿Una culebra? ¿Dónde?— dijo la tía con un rostro extraño que enseguida se tornó pálido. La tía cerró el libro, lo puso en la ventana, corrió hacia la puerta del cuarto, la tía desapareció un momento y reapareció en el corredor.

LA TIA: ¿Dónde? ¿Dónde?

Roberto la llevó al sitio agarrándola de la mano, mientras ella, con un temor que daba risa, lo agarró a él por el hombro tratando de protegerse poniéndolo siempre adelante para satisfacción de él, que había puesto una desconocida cara de valiente que le venía bien.

—Yo fui quien la encontré— dije orgulloso para destruirle la sonrisa, y fui a buscar la escoba nuevamente.

La tía miró primero a una buena distancia sin ver nada, y entonces agarró la escoba que yo le entregué y hurgó para ver lo que sucedía en el punto en que Roberto le indicó.

—Yo encontré la culebra esa— dijo más orgulloso todavía, cuando me pareció que ya había sentido ese blando estremecerse—.

La tía movía la escoba buscando, y cuando oyó “culebra” dejó de leer en el taburete recostado a la columna, soltó el libro, soltó la escoba, y salió disparada hacia la calle gritando “una culebra, una culebra, una culebra”. Entonces nosotros dos nos abrimos paso entre la gente que acudía, miramos entre las piernas de los hombres de las bombas el cuerpo irreconocible de papá boca arriba sobre mucha sangre con una mueca horrible en la boca, y también corrimos —yo primero— hacia la calle gritando “lo mataron, lo mataron, lo mataron”, sintiendo por primera vez que realmente estábamos llorando.

ANTONIO MORA VÉLEZ*

Ejercicios filmicos

Bent y yo, investigadores del centro de experimentaciones sicofilmicas de Jaraquiel, realizábamos la función de seis de la tarde con grandes deseos de progreso en nuestro proyecto. Sobre la pantalla horizontal y convexa del tridivisor se erguían las figurillas de dos danzantes en medio de una atmósfera de vapores rosados que salían del cristal y que los hacía ver flotando como si en lugar de estar en la superficie bruñida de color ónix, estuvieran en el espacio exterior haciendo la caminata Leonov de reglamento.

La danzarina vestida de tul llamaba con sus dedos de mil arpegios a su compañero desnudo que se encontraba ensimismado, contemplando la limpidez del agua que bajaba rauda por el río. El joven se volvió y admiró el hermoso cuerpo que transparentaba a través del vestido y sonrió.

¿Porqué le pusiste esa sonrisa? inquirió Bent a mi derecha ¡Es insulsa!

El joven no se dio por aludido. Continuó contemplando a su Elisa desde la orilla mientras el agua corría por la superficie mostaza del cauce.

—¿Eres tú, mi amor? preguntó ella desde lo alto; temblorosa, con ese rubor casi infantil de las heroínas— Te he estado buscando por todas partes Puso sus manos sobre sus rodillas en actitud coqueta.

—Estaba bañándome. Antes corrí un poco por la pradera simulando ser un potro salvaje... ¿Te sientes bien? —le respondió él después de abandonar el agua y dirigirse al talud de la ribera.

La mujer, bajaba por una ligera pendiente rocosa cubierta de gramilla lila. La brisa liberaba los siete velos de su ropaje y toda ella parecía una almendra de nácar cubierta por ráfagas de sedas al viento. Al verla llegar, él sintió la punzada del deseo en el bajo vientre. Ella inició sobre la arena un baile de incitación al amor; movía sus brazos en forma sincronizada con todo el cuerpo, como si fuera una oruga que se encogía y estiraba, o un cisne que abría sus alas y luego las recogía, alternadamente.

¡Pura cursilería! exclamó Bent, contrariado, y se situó enfrente de la pantalla del tridivisor, contemplándola. La danzarina continuó sus movimientos y su compañero se extasiaba con ellos y se tendía desnudo sobre la playa, esperándola.

* Barranquilla, 1942. Abogado de la Universidad de Cartagena. Obtuvo en 1971 el Premio Nacional de Cuento auspiciado por el diario El Espectador. Ha sido incluido en varias antologías de cuentos de ciencia-ficción, entre las que se cuentan *Cuatro autores de ciencia ficción*, Bogotá, 1988, y *Joyas de la Ciencia Ficción*, Cuba, 1989. Otros libros publicados son *Glitza*, 1979, *El juicio de los dioses*, 1982. *Lorna es una mujer*, 1986, y *Córdoba: 30 años de literatura*. Ha publicado además en las revistas Arco, Letras Nacionales, Sésamo y Punto Rojo. Actualmente es docente y directivo de la Universidad CECAR, de Sincelejo.

—El final es demasiado obvio, agregó Bent y se volvió hacia mí. Yo me lo quedé mirando fijamente, molesto por sus insistentes y mordaces apuntes. “¡Toma tú el control, entonces!”, le dije y me levanté del sillón.

Bent trajo a cuento el tema de las relaciones entre la fantasía y la realidad mientras se sentaba frente al tablero del tridivisor y comenzaba a mover sus videobotones. “Verás un buen filme me dijo con más imaginación y profundidad, con menos cliché...”.

Sobre la pantalla, casi al instante, aparecieron dos agitados astronautas que huían de una bestia en un desierto ferroso de Caciopea; la bestia corría tras ellos pero los valientes astronautas, armados de valor y de un adminículo antigravitatorio que les permitía volar a baja altura, se mantenían a salvo.

—¡La misma historia de siempre! atacué entonces, porque era mi turno. Y no pude evitar una sonrisa al ver la cara de contrariedad de Bent.

—Ya verás que no— me respondió. Cerró los ojos como para lograr una mejor concentración y continuó desparramando ondas lumínicas sobre la caja de integración del tridivisor—. Prepárate para ver algo original agregó.

Sobre la pantalla aparecieron entonces los mismos astronautas con sus vestidos de desembarco, cabalgando sobre dos briosos corceles en una hacienda del oeste norteamericano del siglo anterior. Se preparaban para un rodeo pero, fantásticamente, éste estaba próximo a iniciarse en un monumental estadio de “hard ball” con techo de fibra de vitrex.

—Eso no es real, es un disparate— le dije, insistiendo en la vieja polémica existente entre él y yo.

¿Qué es lo real y qué es lo ilusorio, lo sabes tú acaso? respondió enseguida— ¿No podemos crear situaciones escénicas que satisfagan nuestros, deseos? ¿En qué queda la libertad de creación, contigo?—complementó y continuó con el ejercicio.

Los astronautas dieron la vuelta al estadio en medio de los aplausos y de la algarabía del público, de un público heterogéneo que reunía individualidades vestidas a la usanza de la Grecia heroica, del Renacimiento florentino, de los años treinta en Chicago y de los sesenta en la era del rock y del petróleo en América y hasta de las calendas de Hermes, el atlante que se comunicaba con Sirio desde su observatorio piramidal en Egipto.

Se diría que los jinetes de ese extraño rodeo se habían sobrado en las pruebas de monta y de coleo, a juzgar por la ovación. Yo le reclamé entonces a Bent que ese tipo de mixturas filmicas no eran originales, que ya Mel Brooks, un realizador de cine de los primeros Estados Unidos de América, las había llevado al celuloide y que en este año 2.047, en plena era de los neurotrones, no era racional ni ético conjugar diferentes personalidades y situaciones correspondientes a épocas diversas, para tratar de plantear problemas del

presente. Cada época tuvo su ser humano, con sus virtudes y defectos, con sus capacidades y sus carencias. Y así hay que tomarla. En su contexto. En cada era el hombre tal cual fue.

Bent se quedó un rato pensativo, luego miró el reloj y me pidió que apagara el aparato. "Es hora de ir a la reunión del consejo", dijo para justificar la interrupción de la sesión. Yo apunté con mi dedo el icono "on-off" y lo observé mientras guardaba los neurotrones en sus cajas esféricas. Hecho esto se dirigió a mí: "La imaginación es como las alas del pensamiento; un hombre sin imaginación es como un pájaro sin alas", dijo en tono magisterial y empezó a despojarse de su "mono" de trabajo.

Nos disponíamos a abandonar el laboratorio para salir hacia el edificio del Consejo con los documentos del nuevo hotel que la cooperativa proyectaba construir en el hermoso balneario de Broqueles, y Bent notó que algo no estaba bien en el tridivisor.

—Es esa luz residual tenue me dijo con expresión de incertidumbre. Hizo entonces un leve contacto digital con el icono rojo y exclamó: "¡Está apagado!" Sin embargo había remolinos de luces en aumento sobre la pantalla que no podían provenir del tridivisor. Eran como esos remolinos de estrellas que anteceden al proceso de reintegración de la materia.

¿Otro producto de tu imaginación, Bent? le dije, pensando que tal vez trataba de tomarme el pelo. "No, esto es otra cosa", me contestó. Su pensamiento se perdió en los laberintos de la meditación.

En ese instante los ovillos luminosos cobraron forma y aparecieron sobre la pantalla los mismos astronautas del ejercicio filmico anterior pero saliendo de una pequeña nave de líneas tradicionales que se posaba sobre un terreno plano y desértico.

¡Eureka! gritó uno de ellos. Temerosamente afirmó su pie derecho en la superficie firme del planeta, manteniéndose asido a los pasamanos de la astronave y con el otro pie sobre el último peldaño de la escalinata.

¿Todo bien? preguntó receloso un cosmonauta.

¡Baja!— le contestó su compañero.

El segundo hombre bajó entonces con un poco de mayor confianza. Entretanto, el primero daba saltos como un niño sobre la tierra del mundo que acababan de descubrir.

Parece que es un defecto de reincidencia —dijo Bent—. A veces ocurre. Es como un sueño, una reactivación de las conexiones nerviosas pero en forma desordenada. Bent observaba detenidamente el paisaje árido que reproducía el tridivisor.

¡Mira, Bent! grité yo, señalándole las insignias de la nave estelar. Bent se acercó hasta el límite permisible por el campo envolvente. "

—¡No puede ser!—, exclamó—. "¿Douglas Wilson y Arthur Pendleton?"— Bent me observó con cara de incredulidad.

—¡Ellos son —agregué yo y le señalé la pantalla.

¡Pero si esta gente salió hace dos años rumbo a Barnard! ¿Cómo pueden estar allí? preguntó Bent y señaló la superficie bruñida del tridivisor.

Es posible que hayan llegado a Barnard y que eso que vemos sea una transmisión sónica del acontecimiento...

—No, no puede ser interrumpió Bent, estos aparatos no están diseñados para captar ese tipo de señales, y ellos (señalándolos) deben estar a seis años luz de La Tierra... Sobre la pantalla del tridivisor creativo.

¿Es eso Barnard, Douglas? ¿No te parece muy raro que hayamos llegado antes del tiempo previsto?— le dijo un astronauta al otro, al tiempo que recogía del suelo un pedrusco que parecía carbón.

—Para serte sincero, estoy tan confundido como tú. No sé si esto es el planeta óptimo de Barnard, lo que sí te puedo asegurar es que no es región alguna de nuestro sistema solar que conozcamos (miró en dirección a nosotros, bóveda arriba). La superficie es enigmática y sobre todo, esa bruma que no nos deja ver más allá de la curvatura...

—Es posible que estemos en una estación orbital abandonada —dijo Arthur. Y se cubrió las cejas con ambas manos, tratando de mirar a través de la bruma.

Bent y yo escuchábamos atentos, sin querer dar crédito a lo que nuestros ojos miraban. De repente Bent se puso de pie, como si hubiera encontrado la solución del problema. Tomó el extractor entrópico y lo colocó en dirección a la pantalla.

¿Qué pretendes hacer, Bent? le pregunté, temeroso de las consecuencias.

Quitar eso que ellos llaman la bruma que no los deja ver más allá de la curvatura.

—¡Estás loco, Bent! Eso puede generar una reversión de campo en el pequeño espacio de los astronautas —le dije.

—No, nunca he estado tan cuerdo como hoy me contestó; encendió la unidad de carga del extractor e inició la succión de la bruma que inquietaba a los astronautas y que no era otra cosa que energía compresada por la cara interna del campo que envolvía la pantalla del tridivisor.

No olvides que la imaginación es como las alas del pensamiento. ¿Quién me dice que esos no son Ray Douglas y Arthur Pendleton en persona, trasladados a esta pantalla por alguna extraña fuerza del cosmos? agregó y siguió en su tarea.

Es posible, Bent. Bastante posible le respondí.

ALBERTO DUQUE LÓPEZ*

Retrato de una señora rubia durante el sitio de Toledo

Para Whisper

*Aunque vengas mañana,
en tu ausencia de hoy, perdía algún reino".*

Jaime Sabines

Hace calor. Siempre hace calor en julio.

A través de las cortinas y las ventanas abiertas del hotel, siento los ruidos de las calles de Madrid.

Son ruidos familiares, como viejas postales que repaso en la oscuridad.

Tengo los pies hinchados. Me duelen.

Me quedo tumbada en la cama, tratando de adivinar la hora sin tener que consultar el reloj eléctrico de la mesita.

Hace calor. Alguna vez, no sé cuándo, caminé por estas calles de la mano del abuelo.

Caminábamos despacio, con su barba blanca, sus ojos azules, su chaleco a cuadros escoceses, sus zapatos de alpinista y esas manos grandes, manos de leñador que enloquecían a las mujeres cuando las abría.

El abuelo. Ya no estoy segura si lo conocí.

No estoy segura si los recuerdos que tengo de esos sábados interminables con el agua a la cintura, mientras pescábamos en un río de corriente muy helada, o en una playa tibia, sentados en un muelle, sean reales.

No estoy segura si de tanto hablar del abuelo, he acabado por confundir los sueños, los recuerdos, la imaginación, los deseos y la realidad.

Cierro los ojos y siento su olor a sudor, fuerte, contagioso, como cuando me alzaba y me sentaba en sus piernas, y jugaba con mis bucles dorados.

* Barranquilla, 1943. Escritor y crítico de cine. Obtuvo el segundo premio del concurso de cuentos que organizó la Extensión Cultural de Bolívar en 1964, con "Rapsodia húngara". Primer Premio ESSO, 1968, con la novela *Mateo y el flautista*. Fue semifinalista en el concurso Seix Barral de novela con una versión anterior a *Mi revólver es más largo que el tuyo*, publicada posteriormente por Colcultura en 1977. Ha publicado también *El pez en el espejo*, y *Alejandra y Muriel, mi amor*. Otras publicaciones son los libros *Barranquilla, por nuestros niños* y *Colombia, país de flores*. Ha sido colaborador de los más prestigiosos medios de comunicación del país, tanto en prensa como en radio y televisión. Ha sido docente en diferentes universidades nacionales y del exterior. Escribió y dirigió los cortometrajes *Paloma y Sebastián* y *Cenizas*. "Retrato de una señora rubia durante el sitio de Toledo" fue segundo premio en el sexto concurso nacional de cuento Carlos Castro Saavedra, 1995, de cuya publicación fue tomado.

El recuerdo de tu olor es tan fuerte que abro los ojos en la oscuridad, y tiemblo mientras separo con las manos, la fragancia de la lavanda que te untabas en el cuerpo, del olor a sudor que te quedaba después de varias horas en la playa.

Como si fueran las dos mitades de un melón o una sandía, separo su aliento mezclado con ron y tabaco, del olor de animal salvaje que siempre llevaba pegado a las costuras de la ropa.

Me quedo con los ojos abiertos, buscándote en la penumbra de la habitación y miro el reloj eléctrico sobre la mesita de noche.

“Me fijo en la fecha”.

(El abuelo siente la tibieza de la piel sobre el suelo.

Avanza a tientos, tratando de no hacer ruido.

El sudor le baja por la espalda.

El sudor provocado por el calor del verano y también por el miedo.

La noche anterior, mientras partía con los dientes los huesos de un conejo guisado, pensó en el temor del animalito perdido en medio del bosque, y lo entendió, y sintió miedo, y supo que a la mañana siguiente, cuando bajara a la primera planta, se sentiría igual). “Me fijo en la fecha”.

Julio 2 de 1995.

Otro 2 de julio, 34 años atrás, en otra madrugada, el abuelo despertó en su casa de Ketchum, un pequeño pueblo en Idaho.

Tanteó en la oscuridad, fue hasta la planta baja, abrió la boca y se disparó una vez, con un rifle de matar tigres.

A veces me gusta repasar los periódicos de esa semana.

Me gusta mirar los rostros de centenares de personas, y otros escritores que estaban ahí, en el cementerio, junto a la abuela Mary y mis padres, mis tíos, mis primos, con los ojos llorosos.

El ataúd estaba cerrado porque tenías la cabeza destrozada, y la abuela no quiso que nadie viera el desastre en que quedaste convertido.

Hoy es 2 de julio, hace calor y tengo que levantarme porque quiero ir hasta Toledo.

¿Recuerdas que muchos años atrás, caminando por estas mismas calles, me dijiste que nadie podía irse de España, sin visitar Toledo?

Recuerdo que tenía hambre, quería comerme unos churros con café, pero te empecinaste en que fuéramos hasta la Puerta del Sol, en busca de una paella perfecta.

Recuerdas, hablaste de Toledo y la batalla del Alcázar, y me contaste el sitio que duró tres meses, y te pregunté si habías estado ahí, y me dijiste que no, que estabas en otro sitio de España, pero en la voz adiviné que siempre lamentaste habértelo perdido.

Mientras, ibas masticando las cabezas y las colas de los camarones y los langostinos, y escupías suavemente, para que nadie te viera, en la palma de la mano.

Después te quitabas el olor a mujer con una rodaja de limón.

Movías la cabeza, como cuando en los pastizales africanos se escapaba una fiera, o uno de tus gallos perdía, o uno de tus amigos toreros era ensartado por detrás.

Movías la cabeza, ves, no sé si fue así, no sé si lo estoy inventando, no sé si los recuerdos han podido salvarse, o sólo estoy aquí, tumbada en la cama de un hotel, junto al Paseo de la Castellana, con ganas de levantarme y bajar y subirme a un autobús, rumbo a toledo”.

(El abuelo mira por la ventana).

Mira los caballos que no se mueven, como si estuvieran bajo el ojo de un tigre. Siente el viento que viene de las montañas cercanas. Alcanza a sentir la rugosidad de la boca del pozo que tiene agua muy fría. El abuelo se siente solo. Acaricia el rifle, como si fuera un animal impaciente por atacar, por matar).

“Cuando bajo al comedor del hotel, está vacío todavía”.

Dos camareros se sorprenden al verme tan temprano. Me preguntan hacia dónde voy y les digo. Entonces me hablan de los autobuses que salen cada hora y me dicen dónde debo tomarlos.

Estoy cansada. Más que cansada, adolorida, como si se hubiera reabierto una antigua herida, o como si una cicatriz, se renovara de repente.

No tengo mucha hambre, pero como no alcancé a cenar anoche, Le pido al mesero un jugo de naranja, unos huevos revueltos con jamón, café con leche y panecillos.

¿Recuerdas, recuerdo, el sabor de la carne ripiada y mezclada con huevos, el arroz de frijoles de cabecita negra, y los plátanos maduros fritos que comimos una noche en La Habana?

Yo había estado jugando con tus gatos en Finca Vigía, bajaste de la torre pintada de blanco, donde escribías de pie durante varias horas, untado en sudor y tabaco y ron, y me hiciste una pregunta curiosa: ¿Sabes lo que son moros y cristianos?

No supe qué responder y los muchachos que estaban cortando la hierba con unos machetes, se echaron a reír, divertidos.

Entonces el abuelo me dijo, me dijiste, cámbiate que vamos a cenar como personas decentes que están hambrientas. Me cambié.

Parto uno de los panes, le unto mantequilla con un cuchillo pequeño de plata, me lo llevo a la boca, y siento el sabor de la carne ripiada con el huevo, un sabor fuerte porque está preparada con un guiso de tomates, cebollas, perejiles, pan rallado y ajos.

Cierro los ojos y te escucho, hablándome de la comida cubana, hablándome de unos tamales que preparan en Santiago, y unos dulces que hacen en Matanzas, me hablas con

ganas, como haces todo, como escribes tus cuentos sobre el escritor que está acostado con una pierna gangrenada y sabe que allá en la altura, en medio de la nieve, está el leopardo.

Gregory la hizo, me dices.

Te pregunto: ¿Gregory?

Me respondes: Gregory Peck con Ava Gardner y Susan Hayward.

Te digo: Ya recuerdo.

Cierro los ojos y el camarero se lleva el plato con unas cuantas hilachas de carne rezagadas en medio de un poco de arroz”.

(El abuelo siempre manchaba la alfombra con sus zapatonos de cazador.

Por eso mi madre lo detestaba.

El abuelo: ahora recuerda que debe evitar la sangre sobre la piel extendida en el suelo, sigue mirando por la ventana y de repente gira la cabeza hacia la penumbra, como si oyera un roce de patas diminutas en medio del pastizal. Se queda quieto y descubre el leopardo pequeño que se arrastra en la maleza. El abuelo sonrío porque la jornada ha comenzado bien.

“Siempre me decía, siempre me hacía una promesa: cuando lo vea, le preguntaré qué se siente cuando se mata algo, cuando se dispara contra alguien que se mueve, pero se me olvidaba.

Me hablabas de tantas cosas, me contabas tantas historias. Como soy mayor que Mariel y Margaux y los demás primos, entonces era una de tus favoritas. Creo que era tu preferida.

Cuando nos veamos de nuevo, recuérdame preguntarte dónde quedó el rifle para matar tigres, si acaso lo vendieron o está en un museo”).

(El abuelo pasa la mano por el metal del rifle.

Trata de recordar cuál fue el último animal cazado con esta belleza, mira hacia las paredes pero en Ketchum no tiene tantas cabezas como en Finca Vigía.

Recuerda otra madrugada: Ava desnuda y echada sobre las sábanas manchadas de semen, sangre, orina y defecaciones, llorando, amenazando con matarse si el abuelo no le juraba que era fiel, que le eras fiel.

Recuerda el hermoso pelo negro de la mujer, sus ojos azules, sus senos hermosos, su pubis escaso y el olor de hembra en celo que brotaba de la seda y el nylon.

Mientras coloca los dos cartuchos, el abuelo siente tristeza porque ahora ya no puede repetir, ni siquiera evocar la erección de esa otra madrugada, cuando miró a la mujer, húmeda de llanto y celos y deseos, se acercó a la cama, le dio una bofetada, la hizo ponerse boca abajo y la penetró, como varios años atrás había penetrado a Lola Flores).

“El autobús está refrigerado.

Va lleno de turistas, como yo. Repleto de mujeres rubias y gordas, como yo.

Soy rubia, como la abuela Mary. Dicen que nos parecemos mucho. Quizás por eso me amabas tanto, abuelo.

Por eso, y porque hablábamos mucho de los toros, los toreros, la sangre, los trajes de luces, las velas encendidas a la Virgen, porque alguna vez me llevaste a una corrida y mis padres se molestaron contigo.

Recuerdo, recuerdas, tu risa cuando mi padre, tu hijo, te dijo que una plaza de toros no era el sitio adecuado para una señorita decente.

Lo miraste sonriente, desafiante, pensando en el terror que sentí cuando descubrí, colgando, sudorosas y brillantes, las enormes bolas del toro, cuando intenté descubrir el miembro que después se asomó, sucio de arena, y cuando me dijiste que ojalá esa noche no tuviera fantasías con el animal.

Las tuve, por supuesto, abierta de piernas en la cama fui penetrada, una y otra vez, por un animal incansable y oloroso a estiércol.

Sonríó y una mujer que está sentada en la fila de adelante, piensa que estoy haciéndole algún gesto y me dice: Ya vamos a llegar.

Le digo: Gracias.

Me pregunta: ¿Ya conoces el Alcázar?

Le digo: Por fotos y por libros.

Me dice: Es una historia terrible, imagínese toda esa pobre gente, sitiada, sin poder comer ni beber agua, sin electricidad, sin municiones, resistiendo el ataque de los rojos.

Rojos: alguna vez me explicaste por qué habías peleado en la guerra civil española, por qué habías disparado, por qué habías estado con las Brigadas Inter nacionales y otros escritores, por qué habías estado en las trincheras, aguantando hambre mientras enviabas tus artículos a los periódicos de Estados Unidos y Canadá.

Creo que en ese momento no lo entendí, como no puedo entender mi obsesión con los genitales del toro y el bulto que se le formaba al torero entre las piernas, y miraba la corrida, pero en verdad anhelaba el momento sublime en que, milagrosamente, el cuerpo rozara la tela, abriera una herida y brotara el gajo suave y tierno que yo quería recibir en mis manos.

La mujer me hace otra pregunta que no alcanzo a escuchar, porque, en ese momento, cuando Ava Gardner y yo nos alistamos a ser penetradas, el guía del autobús dice con orgullo: Esa mole que ven allá, es el Alcázar”.

(El abuelo se siente cansado.

Tan cansado que preferiría que alguien llegara en ese momento a la casa, y lo ayudara a dispararse el rifle para tigres. Lo liberara.

Basta con apretar el gatillo. Basta con sentir el frío y el sabor metálico contra la lengua, los dientes, el paladar, las encías y el alma.

El anciano sonríe, no debería sonreír porque en este momento, cuando el cazador se alista a disparar sobre su presa, debe seguir muy serio, pero no puede evitarlo.

Recuerda una entrevista que le hizo un periodista alemán, muchos años atrás, antes del Nobel, antes de sus libros convertidos en películas.

El periodista le preguntó: ¿Para usted qué es la muerte?

El abuelo sonríe mientras recuerda la respuesta que le dio en ese momento, porque nunca más volvería a repetirla.

El abuelo le respondió: La muerte es una puta más.

Entonces mira por última vez los caballos, los patos, las gallinas, los conejos, los unicornios y otras bestias que están despertándose porque lo sintieron cerca, y toma el rifle para tigres, con la mano derecha).

“Me muero por conocer el Alcázar, pero tengo miedo.

Recuerdo las historias que me contaste, sobre hombres y mujeres devorándose los unos a los otros.

La historia de los franquistas sitiados por el ejército republicano durante noventa días.

También fue en julio, casi sesenta años atrás.

Tengo miedo. A pesar del aire refrigerado del autobús, siento un sudor frío que me recorre el cuerpo.

Pienso en la muerte.

Pienso en el olor de la muerte que tantas veces he sentido. Algunas veces al lado tuyo, cuando cazábamos en Kenya o pescábamos en la corriente del Golfo. Es un olor que no puede olvidarse.

Pienso en Robert Jordan y Pilar hablando de la muerte, y cómo ella le dice al otro que, cuando esté en Toledo, aquí, busque el olor en ese puente que se ve allá, en la madrugada, cuando todavía está oscuro.

La mujer le dice que se quede parado allí, en el empedrado, mientras la neblina suba del Manzanares, y espere a las ancianas que van antes del alba, a beber la sangre de las reses sacrificadas en el matadero cercano.

Le dice y eso es lo que me asusta, porque cerca al autobús, pasan varias ancianas vestidas de negro.

Le dice que cuando una de ellas salga del matadero, envuelta en su chal, con rostro gris, con ojos hundidos, con los bigotes de la vejez sobre su barbilla surgiendo de su rostro blanco

de cera, como los brotes surgen de los frijoles germinados, pálidos brotes en la muerte de su cara, entonces, Robert debe abrazarla y apretarla contra si y besarla en la boca, y sentirá, y descubrirá el olor de la muerte.

Recuerdas, abuelo, que muchas veces hablamos de la muerte.

Te dije que la palabra Muerte me fascinaba, me gustaba.

Entonces hicimos una lista con las palabras favoritas de cada uno, y recuerdo que entre las mías estaban:

*Susurros,
seño,
lluvia,
ángel,
pubis,
alba,
tigre,
gato,
soledad.*

No recuerdo tus palabras favoritas. Papa, no las recuerdo.

Te gustaba que te dijera Papa, me decías que a veces Ava o cualquiera de tus amigas, cuando se aproximaban al orgasmo, repetían Papa centenares de veces.

Te pregunté: ¿Cómo son tus orgasmos?

Me dijiste: Como cuando estoy en la llanura y descubro que un león está mirándome, entonces siento un corrientazo en las ingles, y aprieto el gatillo, y el animal da un salto en el aire, y cae. Entonces, me siento triste y también vacío, porque el animal que era tan hermoso ya no respira, y la hembra que estaba jadeando, ahora parece muerta.

Después de tantos años esperando, por fin estoy en Toledo y no quiero bajarme del autobús. Tengo miedo.

Pienso que en cualquier momento, los republicanos van a atacar con sus aviones y sus tanques.

Quieren que los franquistas se rindan”.

(El abuelo siente el sabor del cañón del rifle para tigres.

Siente la dureza. Siente el frío. Recuerda lo que le dijo hace pocos días a uno de sus mejores amigos de apellido Hotchner: “¿Qué es lo que le importa a un hombre? ¿Mantenerse en buena salud. Trabajar bien. Comer y beber con sus amigos. Gozar en la cama..? No tengo nada de eso. ¿Comprendes, maldita sea..? Nada de eso...”)

“Recorremos varias calles de Toledo.

Hace calor. Siempre hace calor para esta época.

Tengo la ropa empapada de un sudor frío, incómodo.

Me siento mareada, pero como dejamos el Alcázar para visitarlo de último, quiero aprovechar este recorrido.

La voz del guía me llega tamizada, como a través de una gasa que me rodeara y con sus palabras entrecortadas, descubro que pasamos junto al hospital -de Tavera, la Sinagoga del Tránsito, la Catedral, el hospital de Santa Cruz, la casa y museo del Greco, y la iglesia de Santo Tomé. Decido entrar.

Ahí está, terrible, angustioso, “El entierro del Conde de Orgaz”.

Mientras los demás salen de la iglesia, me quedo en una de las bancas, me siento, trato de entender la explicación que le hacen a otro grupo.

Tengo miedo. Descubro que las rodillas me tiemblan. Me paso la mano por la frente y la siento ardiendo.

Me levanto para no desmayarme.

Es entonces cuando todos levantamos las cabezas sorprendidos: a lo lejos, muy a lo lejos, se acercan varios aviones”.

(El abuelo sonrío de nuevo.

Sonríe porque recuerda al rey entregándole el diploma y la medalla del premio Nobel.

Recuerda el primer trabajo que vendió para un periódico deportivo de Toronto.

Recuerda su entrada a París, a bordo de un tanque del general Patton, rumbo a la suite que mantenía en el hotel Ritz.

Recuerda el nacimiento de cada uno de sus hijos. Recuerda la primera noche con cada una de sus esposas, y la primera copulación con cada una de sus amantes.

Recuerda los daiquiris en el bar Florida, y los mojitos en La Bodeguita del Medio, y los tiburones cazados junto a las playas de Cojímar.

Recuerda la única tarde que pasó pescando con Fidel Castro.

Recuerda el verano sangriento compartido con Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín. Recuerda los puentes volados y los campesinos fusilados y las mujeres agonizando con sus trajes negros.

Recuerda la pelea de Santiago con el pez enorme, y con los tiburones que se comieron su pez enorme.

El abuelo recuerda y sonrío de nuevo.

Mientras aprieta el gatillo, siente la quemazón que le entra por la boca.

El abuelo siente que se le murió el olvido de repente).

“Cuando subo a la explanada que da acceso al Alcázar, el cielo está muy azul y el río está tranquilo y los ruidos de la ciudad llegan suavemente.

Uno de los guardias que está junto a la enorme bandera española, sonríe cortésmente, y decido tomarle una foto.

Quiero tomar una foto antes que comience el ataque.

Busco que el sol me quede a la espalda, enfoco sin afán: aparecen en cuadro el guardia, parte de la bandera y la fachada del castillo.

A través del lente observo el rostro del guardia, joven, con bigotes negros.

Descubro que la sonrisa se va trocando en un gesto, primero de sorpresa, luego de inquietud y enseguida de miedo.

Ambos sentimos el ruido inconfundible de los aviones.

A pesar del temblor de las manos, alcanzo a tomarle una foto y siento que los aviones comienzan a disparar contra el Alcázar.

Las balas rebotan contra el empedrado.

Busco al guardia y lo encuentro en el suelo, con el rostro ensangrentado.

Los aviones pasan por encima del Alcázar, arrojan sus bombas y disparan, siguen de largo, reordenan su formación y vuelven a atacar.

Desde las almenas y el techo del Alcázar, responden al fuego.

No puedo moverme. Busco el autobús que me trajo de Madrid y lo veo envuelto en llamas. Miro hacia el resto de Toledo y descubro que por las estrechas callecitas, suben columnas de milicianos republicanos.

Desde el interior del Alcázar me hacen señas, me gritan, me dicen que me ponga a salvo, que corra hacia una de las pequeñas puertas que mantienen abierta, en medio del humo y el incendio, para que yo pueda pasar y salvarme.

Pienso en el abuelo que hace 34 años se destrozó la cabeza con un rifle para tigres.

Pienso en la batalla que apenas está comenzando aquí en el Alcázar, pienso en ti, Papa, en lo mucho que hubieras querido estar aquí, y entonces, corro hacia la puerta, corro mientras todos gritan que me dé prisa, que ahí vienen los aviones, que los rojos están disparando de nuevo, que ya me miran, que me están apuntando, que están disparando contra esta turista rubia, nieta de escritor, asustada, indefensa, enloquecida ante la posibilidad de excitarse de nuevo ante las bolas de un toro”.

Toledo, septiembre de 1994

Bogotá, mayo de 1995

EDUARDO MÁRCELES DACONTE*

La mujer de Broadway

La calle se extiende hasta donde alcanza la vista entre las hileras paralelas de altos edificios en cuyas ventanas empiezan a encenderse las luces de un crepúsculo rojizo en Nueva York. Los carros se deslizan por el asfalto húmedo con pasajeros forrados en gruesos abrigos invernales y cuando se detienen en las encrucijadas de semáforos, recuerdan un enjambre de luciérnagas erráticas que se entrecruzan compitiendo por un espacio que parece encogerse a medida que crece la noche.

Por la acera de Broadway se aproxima una mujer vestida de negro que me pregunta la hora mientras saca un cigarrillo de su cartera. En el momento de informarle ella enciende el fósforo. A la luz de la lumbre observo un maquillaje espeso, pestañas postizas y la cabellera que parece una peluca sacada del ático sin mayor tiempo para acicalarla. Está nerviosa, gira la cabeza a derecha e izquierda como si temiera ser atacada o estuviese huyendo de algún designio trágico.

Mientras agradece el favor, se me ocurre que quiere quedarse conmigo, conversar, contarme algún pasaje de su vida, proyecta una soledad indescifrable.

Doy algunos pasos en dirección del metro sintiendo su mirada sobre mi espalda con un sentimiento de urgencia y desolación. De repente, escucho que me llama:

—Hola, ¿puedo caminar con usted?—me dice que con un tono entre triste y confidencial, implorando mi compañía.

—No sé qué decir. Es una mujer de mediana edad, sin alcanzar a ser hermosa tiene facciones simpáticas. Detengo la marcha y la miro por encima del hombro. La siento perdida, desesperanzada, parecería que contempla un precipicio hacia donde quisiera lanzarse. No puedo evitar un sentimiento de lástima, aunque también me siento atraído por el misterio que se esconde detrás de aquella súplica.

—Por supuesto—digo sin pensar dos veces, más bien de manera automática, aunque con el remoto temor de estar en presencia de un peligroso juego.

* Aracataca, Magdalena, 1942. Licenciado en Artes de New York University, 1970. Adelantó estudios de posgrado en asuntos de América Latina en la Universidad de California, Berkeley, 1972. Ha sido profesor de literatura en la Universidad Javeriana y la Gran Colombia de Bogotá, la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghai, China, 1986-87, en Miami-Dade Community College y The New School for Social Research. En la actualidad es curador independiente de varias galerías y director editorial del semanario cultural y de entretenimiento *Vida* que circula con el diario *Hoy* en Nueva York. Ha escrito *Los años locos* y es autor del libro de cuentos *Los perros de Benarés y otros relatos peregrinos*. Ha publicado además *La crítica y las tendencias de la pintura en Colombia*, la antología de *Narradores colombianos en USA*. Tiene inédita *15 poetas de fin de siglo: Antología bilingüe de poesía colombiana en Estados Unidos*. El cuento que se incluye está inédito.

– ¿Quiere un cigarrillo? –me pregunta extendiendo la cajetilla que ha mantenido en su mano desde el principio.

Niego con la cabeza y la interrogo sobre su estado de ánimo. Cuenta entonces que durante una semana ha estado vagando por la ciudad sin rumbo fijo, duerme en un lugar donde le alcanza la noche y a veces ha pasado días sin comer.

– El casero me desalojó del apartamento porque dejé de pagar el arriendo. He estado sin trabajo desde que la policía clausuró el cabaret donde trabajaba como bailarina exótica – comenta con un dejo de amargura.

– Dijeron que allí se vendían drogas –prosigue–. Además, acusan al dueño de ser cómplice de un asesinato y yo caí en la redada con un gramo de cocaína que me había regalado un admirador –cuenta con la mayor naturalidad.

Cuando la miro para registrar su reacción, encuentro que sus ojos se empozan de lágrimas. Sobre la esquina, a la entrada del metro, quiero despedirme, voy a decir adiós a esta mujer que camina en una nube de angustia, pero su mirada de perrito asustado me detiene. Ella adivina mi intención y comenta que quiere proponerme un negocio.

– Esta tarde vendí las joyas que me dejó mi mamá. Era el último lazo que unía a la familia que dejé en Kansas. Aquí tengo dos mil dólares en la cartera.

No sé adónde quiere llegar con su conversación. Entiendo que quiere proponerme un negocio pero no atino a imaginar en qué sentido puedo ayudar, y menos a una desconocida a quien acabo de encontrar en la calle. Así que seguimos caminando y me pide que la acompañe hasta el muelle sobre el río Hudson que se encuentra a escasas cuadras de donde estamos.

A medida que no aproximamos al muelle, el ruido de la ciudad se asordina en la distancia. Sólo se escucha el eco remoto de una sirena y el murmullo del tráfico a la hora de mayor congestión urbana. No hemos dejado de conversar en el trayecto. La mujer comenta que tiene muchos amigos, pero recapacita y corrige.

– No son amigos reales sino conocidos en el trabajo que quieren manosearme y después siento asco –dice con una mueca de desdén.

Nos sentamos en una banca del muelle que mira hacia Nueva Jersey. Las luces parpadean con el vaivén de las embarcaciones sobre el corriente y escucho un suspiro que parece salir de un sufrimiento recóndito.

– Bien –le informo después de algunos segundos–, ¿cuál es el negocio que me quiere proponer?

– Yo quiero suicidarme pero soy una mujer cobarde. No puedo hacerlo yo sola –dice mirándome a los ojos, ya sin lágrimas en los suyos. Le ofrezco estos dos mil dólares si me

ayuda a tirarme al río. Es muy fácil, yo me paro allí –y señala el borde del muelle– y usted me empuja. Yo no sé nadar y aquí la corriente del río me llevará sin duda hasta la bahía. Estoy segura que nadie se enterará y así puede guardarse el dinero –concluye.

Estoy perplejo. No encuentro la manera de responder a su oferta. Por un momento me entusiasma la idea de tener dos mil dólares más en el bolsillo y pienso en la cantidad de cosas que podría hacer con esa suma. Pero de inmediato un escalofrío me eriza la piel, me invade un sentimiento de culpa pensar siquiera en la posibilidad de ayudar a alguien quitarse la vida. Nunca hubiese imaginado el tipo de “negocio” que me iba a proponer la desconocida.

– ¿Cómo puede pensar en matarse, carajo? –le espeto sobre la cara con furia– ¿Cómo quiere involucrarme a mí semejante proyecto tan descabellado? La policía no demorará en encontrarme y me acusará de homicidio. Además, se equivoca de persona, yo no soy el doctor Kavorkian.

La mujer me mira desolada. Intenta encender un cigarrillo pero la fuerza del viento apaga los fósforos hasta que por fin consigue prender uno. Exhala una bocanada de humo, respira hondo, y prosigue.

– No le van a acusar porque yo aquí mismo escribo una nota diciendo que por voluntad propia me estoy eliminando del mundo.

Es inútil, ni mis creencias budistas en el karma ni toda la enseñanza familiar me van a permitir hacer tal cosa. Así que me levanto con la intención de regresar a la estación, me siento un tanto reconfortado por mi decisión. No me arrepiento de haber rechazado la oferta, aunque una sonrisa interior me dice que, con tantas estrecheces económicas, esos dos mil dólares hubieran sido utilizados para sostenerme mientras termino la novela que se encuentra detenida entre dos estaciones.

Unos días después de aquel incidente, ya en vías de desaparecer de mi memoria, observo la fisonomía de una mujer en una fotografía del Daily News mientras desayuno, y regresan de manera minuciosa los detalles de aquel encuentro. De repente, siento una punzada en el estómago cuando me topo con el título que dice: “Hallado el cadáver de una mujer en una playa de Staten Island”. El artículo comenta que una mujer sin documentos de identidad fue encontrada por un pescador entre el sargazo de una playa solitaria el día anterior. Se solicita a quienes la conozcan comunicarse con la policía o visitar la morgue para su identificación.

DAVID SÁNCHEZ JULIAO*

El pargo rojo

Magdalena Santiago vive –sigue viviendo– de comprar, limpiar y desescamar pescados a la orilla del mar. Se levanta con los primeros ardores del alba y se va al puerto a esperar el retorno de los pescadores. Allí canta, invariablemente, todos los días a idéntica hora, la misma canción; una tonadilla de aliento africano cuya letra, ella la ignora, tiene origen en el romancero español: *Rey que sabe/ leer y contar/ dime cuantas olas/ manda la mar*: A caso aquella liturgia es, además de una orden de su porción de sangre negada, la expresión del sueño incumplido de ser alfabeta. Porque, por el contrario del rey del estribillo, Magdalena ni sabe leer ni sabe contar. Pero tiene un don especial: cuando ha cantado, sin contarlas, diez veces el estribillo, señala en el horizonte las primeras canoas. Magdalena nada sabe de números o letras, pero el cantar le otorga un acertado manejo del tiempo.

No es el único don que posee. También carga claro en la cabeza que, comprando los pescados al precio del puerto y vendiéndolos de puerta en puerta pueblo adentro, el dinero sobra en casa. Magdalena llama “el milagro de la vida” a aquella elemental abstracción, como de impuros logaritmos Pese a asistir día a día a ese milagro, dice no entender nada pero lo entiende todo. Por ejemplo: es madre de seis hijos de tres padres diferentes; y no sabiendo al cabo de los años a dónde han ido a parar los padres luego del abandono, se llama a sí misma “viuda triple de muertos vivos”. Sus hijos, ya crecidos, trabajan allí en Tolú o en otros pueblos del Caribe en forma marginal: cargando bultos o vendiendo baratijas a los turistas de la playa, hoy; cocinando en una casa de familia, mañana; después, tal vez...

Magdalena, sin embargo, se dice feliz; aunque desde los días en que el cinematógrafo llegó a Tolú, a ratos ni ella misma lo cree. La noche en que fue a ver por primera vez una película, recuerda, empezó a sospechar –sin que lograra volver razones las sospechas– que el meridiano de la felicidad pasaba por lo cotidiano. Entonces, “Muy fácil –dice con frecuencia– : dejé de ir al cine y ya está, volví a vivir contenta”. Además, ¿que otra cosa quiere? –se pregunta en sus noches de hamaca. Conoce un oficio, produce con qué comer, guarda plácidos recuerdos de cada marido en cada cama –del segundo, sobre una mesa–, es amada por sus hijos y estimada por los pescadores y la gente del barrio. Y lo más importante: ninguna de sus hijas le ha salido vagabunda, y ninguno de sus hijos ha estado en la cárcel. “Son muy unidos”; comenta: “Cada uno es capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo al otro”. Y no se

* Lorica, Córdoba, 1945. Sociólogo, conferencista, con formación en literatura y comunicaciones, ha publicado los libros de relatos *¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?* (1974); *Historias de raza mandaca* (1975); *El arca de Noé* (Fábulas, 1976); *Cachaco, Palomo y Gato* (Novela, 1977); *Nadie es profeta en Lorica* (1979); *Abraham al humor* (1981) *Una década: David Sánchez Juliao 1973-1983* (1983). En 1983 ganó el Premio Plaza y Janés con la novela *Pero sigo siendo el rey*. Su argumento “Gallito Ramírez” fue llevado con éxito a la televisión nacional. Obtuvo el premio del XII Certamen Dulcinea 2000, de Barcelona con el cuento “El pargo rojo”.

queda en la superficie, pues agrega: “Ojalá nunca sean ricos; porque poco dinero, evita preocupaciones; mucho dinero, las trae”. Y remeta: “Dios quiera que nunca vayan al cine”.

Magdalena vive –continúa viviendo allí, aún después del incidente– en una calle a la que la gente bautizó como “Bocagrande”. Su nombre oficial tiene que ver con un héroe de la Independencia, Francisco de Paula Santander. Pero los desocupados de la plaza lo han cambiado por aquel más sonoro, debido a que en esa calle las vecinas riñen a diario en insultos que se vociferan de acera a acera, con frases cargadas de dobles sentidos e imprecaciones.

En la misma calle de “Bocagrande”, puerta seguida a la casa de Magdalena, vivió una vez una mujer adinerada que odiaba a los pescadores y a las revendedoras. No es extraño que estas cosas sucedan en la América hispana, puesto que en sus pequeños pueblos conviven príncipes y mendigos, ricos y pobres en una misma calle, en una constante ebullición de la vida que ante todo los ricos niegan disfrutar. En estos poblados, los modernos barrios residenciales jamás tuvieron futuro, pues no tardaron en convertirse, de tan tediosos, en una antesala de la muerte.

Aquella vecina –la del incidente– odiaba a Magdalena, en razón tal vez de que el profesor socialista de la escuela pública llamaba “marxismo al revés”; es decir, el desprecio de los de arriba por los de abajo. La vecina, sin embargo, amaba la lúdica del humilde vecindario, pero siempre deseó que su torrente de vida bullera, no allí sino en el barrio residencial de las afueras al que un día se mudó, hasta que se aburrió... por falta de vida. Cuando regresó a vivir al antiguo vecindario, continuo haciéndole la vida imposible a Magdalena: le corría la cerca del jardín, ordenaba a las sirvientas que desaguaran la cocina hacia el patio vecino, y sacaba en voz al sol ciertos trapos sucios que Magdalena prefería lavar en casa; como aquello de la triple viudez de muertos vivos, los seis hijos de tres maridos; y la pobreza y el mal vestir, cosas que Magdalena sobrellevaba con inadvertida dignidad.

La vecina insolente es viuda de verdad, y tiene tres hijos casados cuyas mujeres le desean la muerte para heredarle la hacienda que ha comprado en las mejores tierras del Sinú. Hoy, en los tiempos posteriores al incidente, la hacienda es manejada a distancia, mediante despachos de correo y llamadas telefónicas. Porque la que fue vecina de Magdalena, es ahora una mujer muy rica; y va no vive en la calle de “Bocagrande” de Tolú, sino a muchas leguas de distancia, en un sector del mismo nombre que es parte de la hermosa Cartagena de Indias. Aún así, viviendo lejos, dos de las tres nueras han tratado de envenenarla, tres de sus hijos varones no la visitan, dos de ellos no le dirigen la palabra –ni siquiera por teléfono– y el tercero, el menor, no le permite ver a los nietos los domingos.

Y todo, por culpa de Magdalena; al menos, eso comenta la gente. Magdalena es en extremo cuidadosa al respecto; jamás ha dicho que aquello es cierto, pero tampoco lo ha negado. Se limita, eso sí, a contar la historia tocada de un airecillo de satisfacción:

Un día, mientras desescamaba los pescados en las escalinatas del puerto, vio que algo brillaba entre el espeso amarillo de las hueveras de un pargo rojo. Se trataba de un brillo poco común como de estrella en el cielo, emitido por una piedrecilla de aristas pulidas con esmero. Magdalena jamás había visto uno en su vida, pero por lo que siempre escuchó, estuvo segura de que la piedrecilla no era tal sino un diamante. Pensó de inmediato en sus hijos yendo al cine, en sus nueras tratando de envenenarla, en sus maridos regresando a buscarla uno a uno o los tres al tiempo, pero con la misma cara de arrepentimiento; pensó en ella misma, liviana y desafiada, viviendo la muerte de un barrio residencial y comprando pescados en la puerta a sus compañeras de trabajo; y pensó, lo más grave, en no poder ver a sus nietos domingos. En ese instante tomó la decisión de regalar el pargo rojo.

Alguien, cuenta ella, se ofreció a comprarlo en el puerto.

—No está para la venta —dice Magdalena que dijo—. Lo tengo reservado para alguien muy especial.

Irrumpió en la casa de la vecina en el momento en que la mujer discutía con las tres nueras sobre qué cosa preparar para el almuerzo.

—Perdonen si interrumpo —dice Magdalena que entró diciendo—, pero la pesca de hoy ha sido excelente y me he acordado con ti cariño de todas ustedes. Les he traído este hermoso pargo rojo para que lo disfruten en la santa paz de la familia.

FANNY BUTRAGO*

Pasajeros de la noche

Es tu hora de marchar, Tadeo Miranda. Tiene que suceder. Cada quien obtiene al fin lo que se merece y hace muchos años que estás viviendo de prestado. No es un decir. Sólo sé que Dios olvidó que existías o te abandonó al desenfreno de los poderes inferiores. Este es el final. Vine a contemplar tu último viaje.

—¿Que tienes un talismán? Lo sé. Eres un jugador de buena suerte. Arriesgas siempre el todo por el todo. Como debe ser. El que juega lo hace para ganar aunque acepte con entereza la derrota. Pero nunca tuviste el suficiente coraje para ser un perdedor.

* Barranquilla, 1946. Ha ejercido el periodismo, crea libretos para televisión y radio y su obra dramática y narrativa ha sido galardonada en Colombia y en el exterior. Sus primeras publicaciones las hizo en Zona Franca, El Nacional, Papeles, Cuaderno del Viento y El cuerno emplumado. Ha publicado *El hostigante verano de los dioses* (Novela, 1963); *El hombre de paja* (Teatro, 1964); *Las distancias doradas* (Cuentos, 1964); *Cola de zorro* (Novela, 1970), con la que fue finalista en el premio Seix Barral; *La otra gente* (Cuentos, 1973); *Bahía sonora* (Cuentos, 1976); *Los pañamanes* (Novela, 1979); *La casa del abuelo* (Relatos infantiles, 1979); *Los amores de Afrodita* (Novela corta y cuentos, 1983). Algunas de sus obras han sido traducidas parcialmente al francés, inglés, portugués y alemán. El cuento "pasajeros de la noche" fue tomado de *Bahía sonora*.

—¿Que tienes un talismán? ¡Ah, sí! Pasaron demasiados veranos bajo el cielo luminoso de la isla desde esa noche hechizada en que nos lo enseñaste por primera vez. Conocí al indígena que te lo vendió. Era un hombrecito de rostro apesadumbrado y labios trémulos, tenaz en su presencia junto a ti, que parecía arrastrar más que lucir la trenza ancestral de su tribu.

—Págame el talismán— decía persiguiéndote por las playas de Bahía Sonora—. Págame el talismán, Tadeo Miranda. No sea que te pese después.

—No tratabas de huir ni de maltratarle. Estabas acostumbrado al declive de su sombra. Le sonreías condescendiente y protector, a pesar de la expresión helada de tus ojos.

—Te pagaré en el momento justo. No antes ni después.

—¿Cuándo conoceré ese momento?— la sombra se acercaba, bruñida en contraste con el vestido blanco, de repente rostroindio tras el ala de un viejo sombrero de fieltro.

Te limitabas a encogerte de hombros.

En esa época todavía se hablaba en la isla del asesinato de Basaño Rosales. Sí, sí. El mismo. Un isleño de piel tostada y rutilantes ojos pardos, que abandonó el mar para ingresar en un seminario, y renunció antes de ordenarse porque el mismo mar le reclamaba. Tenía menos de traidor y todo de marino. Cometió el error de negarte la posesión de una gaviota.

Cuando Basaño Rosales inició la construcción de su lancha pesquera nunca imaginó que navegaba en la desgracia. Durante un año trabajó a la sombra de un samán, con el torso desnudo y la risa en los labios, atento al sentir de la madera. Tal como se esperaba del hijo y el nieto y el bisnieto de varios hombres de mar. No tenía prisa.

Los Rosales tumbaron la cerca del patio para sacar a la calle La Gaviota. Se nos venía encima una dulce, estrellada noche de sábado. Toda la gente de Bahía Sonora estaba invitada a los festejos. También venían familias de La Loma, San Luis, El Arenal. Epaminondas Jay Long con su guitarra y la gruesa Miss Angie a preparar una sopa de cangrejos. Los Rosales son isleños importantes.

—Diez mil si me la cedés— dijiste a Basaño antes que el cura bautizara La Gaviota.

—No puede ser —respondió él—. Ella será el fruto de mi casa. Tengo padres ancianos y hermanas casaderas.

—Veinte mil.

—Nunca.

—Mi caballo de carreras.

—¡Imposible..! Hace un año que sueño volando en mi gaviota.

Lo encontraron decapitado en las cercanías de El Arenal. No tuvo tiempo de pescar en altamar. Un grupo de niños que jugaba al escondite te señaló como su asesino. Las autoridades no encontraron huellas ni pruebas en la arena, la marea lavó la sangre y el viento norte las

pisadas. Ni siquiera rendiste indagatoria. Enseguida te enrolaste en un barco carguero, en huida magistral, con los documentos en regla, sin que se sublevaran las voces que murmuraban aterradas. Ya presumías del poder del talismán.

Regresaste con los pájaros de octubre y la confianza en el olvido. Todo el mundo se asombró de verte beber codo a codo con el padre y los hermanos de Basaño Rosales, una juerga de nunca acabar en El mesón del pirata, el casino Eldorado Star y los kioscos del Johnny Key. Limpio de una culpa que tampoco pudo comprobarse.

No faltaron las preguntas. Unas valientes y otras curiosas:

– ¿Quiénes son tus dupys tutelares, Miranda?

Enseñabas el talismán sin responder.

Entonces, en una noche fantasmal, yo mismo pude contemplarlo. Un anillo oscuro, liso, de frialdad infinita. Como el espinazo de una malévola deidad, palpitante a la luz de la hoguera, mordiéndose la cola. Por un instante pensé que aquel anillo sorbía la vida gota a gota la sangre de tus manos. Me acerqué buscando protección a Santos Molinares. En sus pupilas cálidas leí confianza y seguridad. Ella me dijo:

– No temas.

Santos Molinares y yo pertenecíamos a un grupo de amigos que –por una serie de circunstancias incomprensibles para ti– habíamos abandonado la capital, para buscar en la isla la esencia vital de la naturaleza. Estábamos estrechamente unidos, espiritual y mentalmente. Tanto que solíamos bañarnos desnudos al reflejo de la luna llena sin que ninguna pasión tortuosa o extraña se interpusiera entre nosotros. Fue una etapa feliz que ya resulta irrecobable, sin dimensión en el espacio ni en el tiempo, en donde el ansia de dinero y de posesión y de sexo y de poder no tenía el menor significado. Pero no; te resultaría imposible comprender. Es lo mismo que si te propusiera jugar a logogrifos.

De todo ello quedó un poco de tibieza en la memoria y fechas imprecisas que se dislocan y transforman. Recordar y envejecer van de la mano. Pronto llegará tu hora de convertirte también en un recuerdo. El plazo se cumplirá aunque no puedas comprender.

El grupo murió para permitir que viviesen dinámicos hombres de negocios y amas de casa insatisfechas, bellezas de sociedad, eminentes políticos, marginados, revolucionarios, moralistas y tristes sujetos atados a la rutina gris de la ciudad. Murieron muchos. Es cierto. Pero sólo dolió incisiva Santos Molinares, que se negó a vegetar en las cuevas del mundo del cemento y regresó a la isla para encontrar una muerte más cruel. Errante en los abismos del Caribe.

Ella, Santos Molinares. Con su risa fabulosa, su delirante deseo del mar, su aire peregrino, y aquellas manos huesudas que –increíblemente fuertes– tomaban cada tarde un machete para limpiar el pescado y los mariscos que consumíamos como alimento común. Lo tenía

todo. Una fortuna entera de asombro, decisión, alegría y bondad para despilfarrar en los demás y con los demás. Parecía muy difícil destruirla. Pensaste que podrías poseerla y dominarla. Creíste tener razón cuando la viste regresar.

¡Santos Molinares! Todavía creo escuchar el diario milagro de su alegría. Esa explosión de la vida sin miedo ni malevolencia. La risa que te hirió como un puñal cuando supiste que los Rosales le habían regalado La Gaviota. Rechazaron su dinero. Al verla por primera vez notaron que ella tenía la misma risa calurosa de Basaño, el alma parecida. La amaron como a la imagen del muchacho desaparecido e imaginaron que estaban predestinados el uno para el otro (ellos que nunca se miraron a los ojos) y terminaron por creer que no era tan tarde como parecía. No demasiado; no. Quizá porque los que vivieron en la intimidad de Basaño Rosales gritaban sorprendidos al tropezar en la calle con Santos Molinares. El cómo se urdió su leyenda y el cuándo y el porqué está difuminado en ese verano que sólo conserva la silueta afilada del indio en mi memoria.

– Págame el talismán, Tadeo Miranda. El tiempo es cumplido. No sea que te arrepientas después.

– Mi tiempo es el tiempo de poseer una gaviota con senos de mujer.

– El tiempo es cumplido –insistía el indio–. Ahora estás protegido de todo y contra todos. Del sol y del viento del vendaval del odio y de la gente. Si te falla el sortilegio morirás.

No respondiste. En la madrugada Santos Molinares se hizo al mar con La Gaviota. El día amaneció con vientos propicios. Docenas de lanchas y veleros atracaron al declinar el crepúsculo en la caleta de los pescadores. Los isleños vendieron bonitos pargos, meros, sierras y langostas. Tú escasamente sí trajiste unas libras de sardinas, porque desde meses atrás negociabas con los buques extranjeros que pirateaban en las aguas territoriales de Colombia y Nicaragua. Fue una jornada productiva.

Santos no regresó. La isla entera se movilizó para acudir en su rescate. Pesqueros, lanchas, yates, helicópteros, en una búsqueda apremiante y angustiada que la familia Rosales continuó semanas después de haberse perdido completamente la esperanza. Desistieron a la misma hora y en el mismo día en que extraviaste el talismán.

¿Qué lo tienes aún? ¡Ah, sí! Con él perdiste la seguridad y la arrogancia, mientras perseguías el rastro de ti mismo, en la playa y los burdeles, en el muelle y las mesas de black-jack, en el Johnny Key y la caleta de los pescadores, palmo a palmo en la casa donde escondes tus temores, aunque tu mujer espanta con un abanico el zumbar de las moscas y de los remordimientos. Estás derrotado. No es un decir. Da lo mismo que viajaras a Urumita, Itsmina, el Valle de Upar y Venezuela, para pagarle al indio el valor del talismán. Un áspero peregrinaje por caminos y carreteras y corregimientos y misiones y caseríos. Sin descanso. En vehículos destartados, monturas fatigadas o aviones de lujo. Ignorabas su nombre. Y como todos los indios se parecen y en esas tierras había demasiados, no pudiste encontrarle.

Shhhsss. Cállate. Tranquilo. Me angustia verte temblar. Santos Molinares sabía reír, jamás temblaba. Conocía los senderos del mar y cuidaba La Gaviota como la herencia de una ternura mágica y distante. En la isla, nadie se explica cómo pudo estrellarse contra un banco de coral. No; no. Nadie me dijo lo que no debe decirse. Nunca necesité de terceros para saberlo todo acerca de Santos Molinares. Durante el resto de mi vida, noche tras noche, hora tras hora, hasta el último minuto, continuaré escuchando la campana enlutada de su voz, con ese tañido escalofriante que empañó al final el eco de su risa. Me queda la duda de saber si Basaño Rosales amó tan intensamente a La Gaviota.

- Ayúdame, Tadeo Miranda, por favor... ¡Ayúdame...!
- Sabes lo que quiero.
- Ayúdame nada más, me voy a pique.
- Promete, dí que sí... ¡Tienes que prometer!
- Por favor...

Había diez mil libras de pescado en tu lancha y cuatro hombres dormían bajo las lonas. No era difícil ayudarla. Bastaba despertar a tus amigos, echar el pescado al mar y remolcar a Santos y al chiquillo isleño que iba constantemente con ella y le preparaba las carnadas.

– Tengo amigos y dinero en la isla— suplicó Santos, el llanto del niño está mordiendo sus entrañas—. Recibirás el doble por la pesca, el triple por el niño y el mejor de los barcos a cambio de mi vida.

- Apenas quiero lo que quiero

En casa de la familia Rosales una mano asesina clavó en la puerta una gaviota moribunda. Con el pico y las alas cortadas.

El tiempo y el olvido son enemigos solapados. Durante años no quise pensar en Santos Molinares. Hasta el momento en que un indio me detuvo en la calle para venderme un talismán.

De manera que tomé el primer avión y atravesé durante horas el Caribe para enseñarte la cara del destino. Es tu hora de marchar, Tadeo Miranda. Vine a contemplar tu último viaje. No es un decir. Le pedí a tu mujer que planchara tus ropas domingueras. Este es el final. Además de ser mi mejor amiga, Santos Molinares era mi hermana mayor. Ahora voy a matarte.

ESTRELLA DE LOS RÍOS*

Sobre las olas de Sotavento

Doce minutos antes de pasar sobre la Ciénaga de la Babilla las nubes surcaban veloces. El avión ahora da tumbos. Ve un ala en llamas, cierra los ojos, se aferra a la silla, se encomienda al cielo y ve en la pantalla el *videoclip* de su existencia, es el Huracán Cindy, viaja a lo largo del litoral, azota lo que avista en su recorrido y con pericia de relojero el comandante al timón lo esquiva y desvía hacia Cartagena sin cesar por ello los tumbos aunque se nota que el comandante es un viejo lobo. El pavor apretujado en la escalerilla borra los detalles de la llegada. La pista es un ramajal. El cielo se quiebra a cataratas, el mar brama, vuelan raíces y trozos de ciudad. Las palmeras, los uvitos de playa y los almendros se abaten contra el suelo y trabajan con la laboriosidad de una barredora mecánica.

Si se deja morder del colectivo se pierde la película. Es imperdonable que se abstraiga de la hermosura del espectáculo que produce pánico en el resto, es irracional que desaproveche la oportunidad de la indecible emoción de sentir hasta el límite la inclemencia de los actos de Dios. El cuerpo se repliega en dos con la fuerza ciclópea del mar que demuestra quien es. El tropel de la devastación agrava el pánico. Gritan, "¡El mundo se va a acabar!". Echan la culpa al piloto. El terror cunde. "¡Esa torre de control no sirve para un culo!". Alguien reclama la presencia de la autoridad irresponsable que no avisó por radio la cercanía de Cindy, el huracán de la temporada.

Deseos de matar jamás los tuvo tan ciegos. El desvío le cambio sus planes. Y en cierto modo la libró de una mala hora. ¿Para qué se quejaba? ¿De qué? Además no había a quien quejarse. De todas maneras llegaría a tiempo para la cita del día siguiente. Menos mal que tenía una excusa evidente en las noticias de esa misma noche. El país entero se paralizó. La situación en general era tan caótica como la descrita en Ciudad Gótica. Cualquier cosa podía pasar. Pero "debía" estar allí a tiempo o perdía. Por eso se dijo que era inútil desperdiciar energías.

Era urgente desahogarse. La dialéctica elegida es contrariar sin contrariar. Los vidrios y techos de los edificios del aeropuerto dan la perfecta visión de combarse ante el ímpetu del viento. La gente sobrecogida de espanto se funde en las paredes apretujados unos contra otros. La algarabía no cesa. Los llantos de los niños. Sirenas. Bomberos. Reflectores de emergencia. No hay luz. La tiniebla de las siete hincha los salones y suenan tejas, vidrios rotos, pone los pelos de punta el crujir de corpulentos árboles que se resquebrajan y luego la explosión de la caída.

* Cartagena, 1947. Cuentista y ensayista. En el periódico El Universal han aparecido artículos suyos. Diferentes medios han publicado poemas y cuentos suyos. Su libro *Las razones de las tías* fue finalista en Casa de las Américas. Formó parte del taller literario Contracartel de Bogotá. Ganó una convocatoria de la Compañía de Fomento al Cine, Focine con el argumento de una de sus obras. Es autora de *Cocinar no es un misterio*, libro de cocina que publicó, entre otros que tiene en edición, como también el de cuentos *De los ríos al mar*.

Con marcha pesada avanza, palpa las paredes, busca una cafetería abrigada del viento, repleta de gente muda con los ojos blanqueados de pavor. Se sienta frente a un gran ventanal de cara al mar. No va a dejarse manosear por las autoridades histéricas más pasmadas y descontroladas que los civiles. El desmadre es absoluto. Ella tiritita. La blusa está empapada. Exprime el exceso de agua del vestido. Seca los pies con el dobladillo de la falda y los encarama en el espaldar de una silla. Masajea las piernas. No sabe en qué y en quién pensar. O no quiere arriesgarse en el pensar. Los cristales amenazan con salir disparados de los marcos en cualquier instante e imagina las grandes astillas incrustadas en la piel sangrante, imagina el dolor y la profundidad de la herida por aristas de cristal.

“¿Será que amaneceremos mañana?”, se pregunta sobrecogida por una muerte chiquita que no sorprende. Siempre que siente la muerte chiquita piensa en Víctor que la llamaba “viaraza”, aunque los médicos hablan de un “petit-mal”. Le da la muerte chiquita y se abraza en sus brazos. “¿Será que creerán que deserté?” Es oportuno que la naturaleza decida por ella. En estos casos muchas cosas pueden suceder y la circunstancia se presta para inventar embustes y miles de excusas, el Huracán Cindy... Cuántos casos contarán pasado el huracán. “Fue que el huracán me... Por el huracán no pudimos... El huracán no nos dejó... Todo estuvo interrumpido por el huracán... No pude llegar a tiempo porque me cogió el huracán...”

En la primera planta sigue la batahola. Arrojada con el espectáculo natural de luz y sonido se monta en un dirigible imaginario. Abajo se esfuman los esperados triunfos. Se baja del zeppelin nuboso. Abre la cartera y saca la agenda. Toma lugar en una larga de cuatro filas que esperan turno para una llamada telefónica en los únicos aparatos en servicio. La policía retiene la avalancha de desesperados que a empujones derriban a los otros. Dos llamadas de urgencia por persona. La primera frustrada. La larga distancia está bloqueada. La segunda llamada. Mientras timbra allá, enciende la imagen de los espejos de la casa, las baldosas blanco y negro, el zaguán siempre húmedo, fresco; los candilejos, el pequeño estanque de los *guramis* negros, el jazmín de Alá y la palma datilera donde duermen las brujas en sus noches de agosto.

– ¿Aló? ¿Aló? *(No se oye. Bajen el volumen del televisor, llaman, parece que no es local).*

– Cuelga. Quien sea vuelve a llamar.

– ¿Aló, aló? Se cortó.

Por poco se arrepiente, quiere colgar mientras escucha lo que dicen al otro lado del teléfono y en fracción de un segundo alcanza a la interlocutora.

– Tía soy yo, Amalia.

(Quién sabe en qué lío estará y por eso llama) ¡Qué gusto nena! ¿Dónde estás? ¡estás aquí! ¿Y estás bien?

Mientras responde escucha que la otra, allá, tapa la bocina y secretea, "Es Amalia".

– Sí tía, estoy bien, en el aeropuerto, no puedo demorarme, desviaron mi vuelo, sí, el huracán Cindy.

Está incómoda, igual que el que espera nervioso su turno tras de ella.

– Si escampa vente hija (*Quién sabe con qué invento viene ahora...*)

– No puedo tía, es que...

– Sin excusas. Esta vez no te perdono si no vienes. Si escampa ven y pasas la noche acá. ¡Te tenemos una sorpresa!

No deja terminar a la tía. Siente vértigo estomacal al colgar y queda paralizada otro segundo, se apoya en la caja del aparato, cree que va a caer desvaída. El que espera el turno la aparta. Está segura de que metió la pata llamando a esa casa y decide no ir, o mejor vuelve a llamar y se disculpa, nadie se puede mover de sus lugares, la emergencia que decreta las autoridades.

Los vientos amainan y se siembra la incertidumbre de que la fuerza regrese o no regrese, que la primera racha de vientos ha sido pálida, sólo un amago de coletazo. Mejor no se entera de cómo avanza el huracán, de su trayectoria, de su intensidad. Amaina y arrecia. "No, mejor sí voy, hago una visita corta y regreso al hotel". Reparten cupones para pernoctar en un hotel. Los transportarán tan pronto puedan transitar seguros hasta el centro de la ciudad. Al día siguiente temprano informan la hora de reanudar la conexión de los pasajeros que sufrieron el desvío. El mar ruge con pasión de tenor enamorado que corteja a la tierra, y la lame hondo y largo, la abofetea y ella se deja maltratar hasta caer vencida.

Se convence de asumir los riesgos de una indecisión más aunque no puede seguir dándose el lujo de repetirse en los eternos arrepentimientos, especie de manía vieja de sufrirlos. Al escuchar la voz de su tía estuvo a punto de colgar el teléfono y supo que hacía lo correcto. Los impulsos fallan guiados por la emoción de los afectos. Habría sido mejor quedarse de frente a la ventana contemplando los destrozos del huracán, mucho más productivo que encarar los destrozos de los afectos y la realidad de a puño: la familia. Una decisión resuelta pudo librarla del debate emocional en que se hallaba, el principio del segundo gran diluvio universal. El viento silba con deleite en diferentes tonos según la hendidura en que se cuele, angosta y trémula, larga y ancha, y emite sonidos de secreteo, de rumores ponzoñosos, de alaridos lastimeros, de ayayaes de dolor.

Calza los audífonos del walkman y escucha a Joe para doparse mejor. Por un instante palpa un alivio colectivo y la gente se anima con la confianza de ver pasado el momento crítico, se despereza, busca el mostrador de la aerolínea y averigua el paso siguiente para dormir por fin en el hotel. El rumor del regreso del vendaval se escucha parecido a decenas de turbinas de aviones en marcha.

Buena parte de su vida transcurrió acostumbrada a las veleidades de los vientos. No viene a Cartagena... ¿desde cuándo? Perdió la cuenta durante esos lapsos de no querer saber de nadie, durante esos lapsos de permanecer lo más alejada posible para que no sepan de su vida. Lo turbio se esfuma. El amor fue inventado a prueba de mediciones pero ella no lo comparte. Es más, está segura de haber nacido con deficiencia crónica de amor.

Mientras suena la música que escucha sin mayor atención, se figura riéndose de las ocurrencias de ellas, de las tías y de las suyas. Uno crece quiérase o no, uno sana de la juventud sin darse cuenta, se piensa en tono mayor y en importancia y no se nota. No se le pasó por la mollera que coincidieran en algo. Excepto en lo que a ella más le gustaba: aquella indescriptible sopa, inolvidable, irreplicable que tan bien cocina Petronita. Eso solamente. El Guisadito, la sopa de bofe y masitas de maíz. Daba la vida por esa sopa. Y ellas lo sabían; tanto, que las pocas veces que las visitó en los últimos tantos años le prometen la sopa el sábado y Petronita la prepara. En una ocasión las dejó con la sopa preparada.

Eran sangre de su sangre pero nada más. Por fortuna nacemos con corazón de madera. Y qué madera. Se abona que el tiempo por fortuna nos deja pasar en blanco. En esta ocasión, expresaría sin rodeos que se antojó de un mueble que le salía en sueños. De la pulsera de dijes de oro de Caticá también; de los guantes de la primera comunión, de la corona de azahares de cera y del velo del vestido de novia de la abuela de todos ellos. Quería esos objetos para ponerlos en una vitrina pequeña e inventarse juegos vestida de novia frente al espejo. Lo sacan en enero y septiembre para rociarlo con caldo aguado de citronela y le dejan nuevas perlas de naftalina de *Yardley* en la envoltura. Y de nuevo, el sumiso vestido regresa en su caja para el escaparate. Siempre queda ensayado. Para nada. Mejor muerto. ¿Para hacer la pantomima de salir de su nido de celofán azul dos veces al año? ¡Valiente gracia! ¿Más de medio siglo sin uso? “Tanto ensayar para salir de perro”, decía mi mamá, y en este caso ni eso.

No escampa. Siguen los truenos. Menos mal que no se enteraron de lo último que hice. Lo que hacen los demás: vivir la vida con apetito. Además que no se enteren del “no me las nombres que no quiero saber nada de esa casa, mamá”. Del “no me obliguen a llamarlas porque no las quiero saludar. No me importa que se mueran mañana.”

¡Lo azaroso cómo le gustaba! Lo azaroso tiene que tener su virtud y encanto.

—Es de vida o muerte señor. Se lo ruego. Yo sé que puede. Ya el huracán pasó. De aquí en adelante es sólo lluvia. Ya pasó lo peor, no me deje aquí parada, por favor, no tengo cupo en el autobús de la línea aérea, por favor intente, usted sí puede.

—Súbase rápido pues. Se me ahoga el motor y me paga. La saco de aquí con esa condición. Si a mi taxi le sucede algo usted me paga.

Amalia enmudece con la amenaza del taxista, guarda compostura en su asiento y hace esfuerzos por precisar el panorama afuera, los vidrios están empañados, es poco lo que

puede observar. Las aguas rebasan el nivel de la avenida principal del malecón, las del otro lado del caño y las del lago se confunden. Tinieblas por donde enfila la pupila. Muge el viento por segundos y se calla. El taxi corcovea, toma aire y continua el nado con dificultad, el motor está a punto de morir ahogado y estornuda. El taxista reniega, amenaza con detener la marcha y ponerse a salvo tan pronto encuentre un recodo sin anegar. Ella lo convence de seguir la marcha. “Ya casi llegamos, siga que usted sí puede”. Malencarado replica, “Si se me funde el motor me lo paga”. Guarda silencio arrinconada con el frío de la manija incrustado en el brazo, teme que su respiración irrite al conductor y le recuerde que lleva atrás a una imprudente y obstinada pasajera.

Sus cálculos quedan cortos al llegar. Se sorprende, “¿Conque ésta es la sorpresa? ¿Y en qué momento convocaron a los parientes a la manifestación?” Unos la esperan en la puerta a pesar de la llovizna que pertinaz empapa, agresiva, molesta, llega a lametazos de aire sibilante, gélido. Ellas en el portal, orondas las tías dirigen la operación. La casa es un barco que navegan en la noche nórdica. Los pequeños corretean y la señalan con el índice erecto, escondidos tras las faldas de sus jóvenes madres, sus primas casadas. “Llegó Amalia. Llegó Amalia, llegó Amalia”, corean con melodía que no deja rincón sin recorrer.

Clarinalda y Petronila, la pareja de eficientes servidoras con agilidad de heminópteros reparten vino dulce con y sin hielo, sandwichitos de miga con y sin protocolo. Niobe la tía mayor, la mandamás, en una hilera ordena a los más jóvenes por tres grados de consanguinidad para que Amalia los reconozca “¿Qué los animó a salir de sus casas con semejante temporal?”, se pregunta. Le inquieta la curiosidad de todos, los baches de silencios, las miradas pilladas en flagrantia. “¿Será que tienen razón? ¿Seré yo la equivocada? ¿Será que yo tomo el camino más largo, el más escabroso, el más difícil de caminar? ¿Será que de verdad soy el fenómeno de la familia?”, vaciló. Siente que le tiembla el piso. Sabe que su decisión de venir no le conviene. El huracán era otra cosa. La familia no queda duda es un accidente fatal. Tal vez sienten envidia. Quisieran estar en su pellejo. Eso es. Pero no tiene velas en ese entierro y sin embargo está en él.

La última visita se despide a las diez pasadas. Casi a las once. Los pequeños salen dormidos en brazos de sus padres. Aprovecha la pausa de recoger las sobras y los platos y los vasos y reacomodar los muebles en la sala y llama por teléfono. La casa queda tranquila; por fin se fue la visita, podemos quitarnos los zapatos y estirar los pies. Logra llamar justo antes de que se caiga el laurel de trescientos años encima del poste de la esquina y deje las líneas sin corriente. Arregla con entusiasmo una cita con unos viejos amigos de farra siempre que se encontraban. La noche apenas empieza. Después del espectáculo de la noche y de salir ilesos de Cindy hay que celebrar.

E inicia la verdadera diversión en “Sotavento”. Empiezan a sonar ventanas que se cierran, claraboyas que se ajustan, pasan los pestillos, ponen las fallebas, aseguran los basculantes,

pasan trancas, colocan candados y corren las chapas de los armarios, de las fiambreras, de las persianas y repisas, de los aparadores y los baúles. El trajinar de todas las noches y jamás se han metido los ladrones. No quedó hoja de puerta abierta aunque poco después más tarde se vuelvan a abrir solas al serpentear el viento que aúlla entre las piedras de los muros. Se oyen entrechocar los chismes de la cocina, los chécheres colgados, los instrumentos pesados tropiezan y algunos peroles caen y arman tropel. Una vez cierren las puertas será difícil convencerlas de que la dejen salir.

Petronita y Clarinalda se fueron a acostar, señal inequívoca de que la casa se fue de reposo. “Voy a esperar a que todas se retiren. Escampó y puedo salir a pie a encontrarme con esta gente, con mis amigos, por fortuna es aquí cerca.” No. No puedo llamar un taxi. No hay teléfono. ¡Qué vaina!, estoy atrapada. Se resienten si les digo que no me quedo a dormir. Pero no puedo salir. Ya cerraron las puertas. Petronita y Clarinalda se fueron a acostar.

Cuánto desearía tener la libertad de salir rápido a como dé lugar, con o sin las puertas cerradas y cumplir la cita con sus amigos que la esperan a las once, a menos de dos manzanas, ansiosos de una hilarante noche. La luz se fue tres veces. Encienden las velas y el viento vuelve a apagarlas donde quiera las pongan. No encuentra la forma de despedirse. En ese instante. Sin dar explicaciones. Su sensación de estar atrapada no era sólo eso, una sensación.

Sus tías ocuparon las sillas habituales frente al televisor, al lado del costurero, repasan las cuentas del mercado, del gasto del diario y de lo que se va a comer al siguiente día al almuerzo, como si Amalia no estuviese allí, muda, sin moverse de una silla, sumergida en la parálisis de la incomodidad. A zancadas retrocede a pasadas visitas, entra con los brazos abiertos por la puerta principal de “Sotavento”. Llega la cabra suelta. Apareció la locaria. Se ve tomada por sorpresa por ella misma atormentándose. El cielo se raja en tres chasquidos de látigos de fuego que dan la impresión de arrojar chispas contra el baldosín. Se persignan. Levantan los pies del suelo para que el fuego no se propague hasta sus entrañas. Amalia finge estar relajada y pone atención a las noticias. “Aplaca Señor tu ira, tu justicia y tu rigor, por el llanto de tu Madre, misericordia, Señor”, implora una hincada de rodillas.

¿Qué nos cuentas de nuevo, Amalia? Hemos sabido de ti... por...

— ¿Qué hiciste todo este tiempo?

— Te vimos en el periódico, pero de eso ni hablemos.

“Porque no hiciste esto, porque estudiaste lo otro, que no te gustan los niños, mira tus primas todas casadas, y sus maridos, tan buenos y tú tan sin fundamento”.

No te conviene andar sola, sin nadie que te respalde.

Entonces te vas a encontrar con tus amigos... humm....

— Tienen una reputación... No te conviene andar con ellos.

A punto de reventar fue al baño. Hizo pocos esfuerzos por comportarse. Al fin de cuentas le importaba un comino y le daba igual responder que quedarse callada. Ella se iría y punto. Y esta sería la última visita. Nada iba a cambiar y esta ocasión no pasaría a la historia. Si le viene en gana se guarda el momento, lo embolata en la enredalapita de sus recuerdos olvidados y sanseacabó. Dos *Nobad-feelings*, las pastillas para el estrés que repartió la aerolínea, los vinos dulces con hielo y los bocadillos se encargaron revolverle el estómago y sintió náusea. Se sentó en la taza, lloró de la ira del arrepentimiento, un nuevo brote de lo mismo. Se odió por verse atrapada, ahora sí, sin salida. Se arrepintió de las ligerezas que no evitó ni para ponerse a salvo del dolor del arrepentimiento. Escuchó el inicio de un murmullo y abrió la llave del lavabo para fingir que ocupaba el tiempo. Paró la oreja.

- Es que ella da pábulo para que le...
- Se va para allá. Te dije que esa llamada que hizo tenía su intención.
- No sean tan malpensadas.
- Tú no te metas. Por eso ella es así, por tu alcahuetería.
- Tito contó que está metida en lo de las armas.
- Y en lo del Fuerte de Trinidad. Por gente como ella estamos como estamos
- ¡Cómo inventan! Eso lo castiga Dios. Mírenla, la que se arrodilla a rezar como una santa.
- Cállense que está en el baño y puede oírnos.
- Se fue la luz otra vez... y Amalia sigue en el baño. ¿Quieres una vela, Amalia?
- Yo no me siento segura con ella bajo el mismo techo. ¡No quiten las velas de ahí que se apagan!
- ¿Entonces, qué hacemos? Es por su bien. A lo mejor le reducen la condena por...
- Déjenla que se vaya tranquila. Para qué inventaron que se quede a dormir. Hipócritas. Y ahora quieren tenderle una trampa, es una infamia... y al fin y al cabo es nuestra sobrina.
- Hagamos lo que te dije, yo quiero quedar con mi conciencia en paz. Si no actuamos quedamos... como es que dicen... colaboradoras de ¿la qué..? encubridoras de un delito y bien grave. Pero es por su bien, por el nuestro y por la memoria de mi hermano que tanto padeció en vida por culpa de ella.

Amalia sale del baño con sigilo y junta su maleta con la cartera para partir. Pero no halla la ocasión. Entreabre una ventana. El retumbar del mar irrumpe, se lleva por delante las hojas de una puerta y ruedan por el piso los caracoles rosados y las cabezas de coral blanco que las sujeta. Las rejas de hierro truenan ante la embestida de la brisa. No halla la manera de huir bajo la lluvia que no da tregua.

- Fíjate que a Margó le fue lo más de bien, Amalia, se casó con un americano que la tiene como una reina y no la baja de un yate y de un avión.

– Siempre pregunta por ti cuando llama. Como no cuentas nada no podemos dar razón de tu vida.

– Si insistes en andar con esa gente vas a terminar mal, muy mal.

– Tu padre murió de pena moral, todo por tu culpa. La Santísima Trinidad nos ampare de la revolución.

– Ave María Purísima sin pecado concebida.

Una se aplica colutorios con miel de abeja, mientras la otra unge la frente con *mentolatum*, la otra embadurnaba la cara con crema de nácar de Andrinás. Era música de gárgaras y toses y estornudos.

– ¿Es que a nadie le molesta el batucueo de esa ventana que se abrió? Dile a Petronila que la cierre.

– Petronila se acostó. Déjenla. Bien cansada está.

– Si te hubieras casado ya fueras dueña del Mantel de Venecia con sus doce servilletas que tanto te gusta, Amalia.

– Y de las copas de cristal de colores.

– A Amalia lo que le gusta es el mueble que La China nos quiere comprar para su anticuario.

– ¡Que se olvide de ese mueble! Prefiero que se lo rípié el comején.. ¡Por allá atrás entra viento! Me voy a resfriar otra vez.

– Dejen ese vestido en su lugar. Tiene dueño.

– Es que Amalia lo quiere.

– Ella no se lo va a poner, déjenlo en su puesto.

– Es preferible que ella lo tenga a que se lo coma la polilla.

– Prefiero que la carcoma se lo coma con todo y baúl . Ella no respeta ni santos ni iglesia ni al ángel y se burla de los sacramentos.

– Y ésta no deja de defenderla. Ya verás

– A mí no me amenaces más. Es un delito. Eso sí es delito.

– Mejor me voy a dormir.

– Yo también. Apaguen el televisor que se va a fundir con el prende y apaga.

– Apaguen las lámparas, vamos a amanecer envueltas en candela. Apaga esa vela que se incendian las cortinas. ¿Dónde va a dormir Amalia?

– Amalia que duerma en el cuarto de Chago.

– ¡Qué mala eres! En el cuarto de Chago espantan.

– Quítate, quítate. A ella no la espantan los espantos.

– Esa sirena no nos va a dejar dormir. Se me pone la carne de gallina, mira, mira.

– Amalia, si te da hambre, despierta a Petronita para que te dé algo. Para eso está.

– Y si escuchas ruidos, me tocas. Si quieres duermes acá, en el sofá de mi cuarto.

– ¿Régulo cuida esta noche? Díganle que no se vaya a dormir. La ciudad está en tinieblas y los cacos andan sueltos.

“Buenas noches”, dijeron. “Buenas noches” se oyó la respuesta. La casa bajó el telón por esa velada. Faltaban sus horas para clarear.

Se preguntó qué iba a hacer encerrada. Sin poder escapar. Sin poder conseguir las llaves. Sin poder salir en puntillas. Sin poder abrir los cuatrocientos mil pestillos. En la calle intransitable corren riachuelos que inundan los andenes y se meten en los zaguanes. Se conforma con tomar camino hacia la alcoba de Chago, del difunto Chago que se prendió candela en la era de los bonzos del Tíbet, cuando se pusieron de moda protestando por el desalojo que impuso Mao. Chago optó por el estilo bonzo atrapado en los tentáculos de un amor no convenido en esos momentos por estos parajes. En este mismo balcón estaban sus padres Chichí y Peyo sentados antes de las siete cuando vieron pasar la bola de candela ante sus ojos corriendo por la muralla hasta que se extinguió el combustible que regó por todo su cuerpo. Era Chago.

Se desvistió a medias y experimentó la viaraza de la muerte chiquita que tuvo en el aeropuerto al preguntarse si amanecería viva. El desfile de los fantasmas de los muertos de los tiempos que no cesan de pasar se encerró en el cuarto junto con ella. Los ruidos de las fiestas, de las mojigangas, de los llantos y las cumbiambas, de las tropeleras por los embustes y de los incestos masivos, de los amores pendejos, de los duelos y los fracasos. Y a pesar de la espesura de las tres cortinas que tenía el cuarto de Chago por su alergia a la luz y a pesar de los espesos rodapiés para amortiguar sus propios pasos por los calambres que le daban en la quijada, y a pesar del mullido sobrecama que de noche lo cubría para ampararlo del frío del aire acondicionado—que él usaba por no soportar el calor— alcanzó a escuchar el cuchicheo, los sigilos del eco del cuchicheo, se levantó y pegó la oreja a la puerta.

– ¿Qué pruebas tienes que es ella? Mírate ese pelo pegado al cepillo, estás quedándote calva.

– No necesito pruebas. Las pruebas las tienen ellos. Cumplimos con avisar que está aquí. Peor es que ande suelta metiéndose en líos peores.

– Hablan de ella como si se tratara de una delincuente. Yo saco mis chorizos del humo, no quiero cargos de conciencia. Allá ustedes que ardan en el infierno.

– Supón que alguien le mordía los pasos, supón que la siguieron desde el aeropuerto y la vieron llegar aquí. Caen y nos cogen a todas porque somos de la misma red que denuncia la televisión.

— A mí no me da miedo meterme con la autoridad, si vienen les digo la verdad. Mucha gente inocente que persiguen. No me voy a echar a cuestras otro cargo de conciencia.

En la habitación de Chago muy a su pesar respiró Amalia. El cuchicheo llegaba entrecortado, lejano. La conversación llegaba entrecortada e incoherente a sus oídos. Sintió alivio y acarició la estancia, palpó la cama y recordó que durmió en ella. Chago vivía en otra ciudad sus amores inconvenientes. No le produjo estremecimiento de escalofrío. El viento helado entra en su sueño, los barrotes de hierro de las ventanas se adelgazan, se debilitan, se ablandan, se quiebran, ella se mete en la silla de lona, penetra en un bolero de alelíos, la agarra y la tumba al suelo.

La tarde que Amalia recobraba de su infancia, los colegios soltaron temprano a los alumnos. Alertaron la ciudad de la amenaza de un pavoroso huracán que se acercaba. El mar se veía gris con la quietud del culpable, con la mudez de la verdad, con el cielo encima a la espera de la largada. Eran las dos de la tarde y parecían las ocho de la noche. La gente buscaba refugio. Los transeúntes marchaban atropellados, recostados contra los muros para que el viento no les puyara la cara, no quedó una uvita de playa en los racimos de los palos ni basura en la calle, el viento venía barriendo. Al día siguiente saldría de viaje con su familia que se trasladaba a otro lugar. “Sotavento” se encontraba empacada en cajas, y Amalia quería estar presente en cada fracción de la función. En esta ocasión no saldría desfavorida escabulléndosele al huracán, escondida bajo las camas, con la cabeza hundida en la almohada, temblando cada vez que caía una centella. No iba a quedarse maniatada hasta que cesara el temporal. El cielo luce después la transparencia de los miosotis al trasluz. “Aquí no pasó nada”, dice el cielo. “Yo no fui”, dice el viento.

Llegó del colegio por entre las sábanas almidonadas que batían en los tendedores de las terrazas al aire libre. Las cortinas aleteaban, entró a la casa, tiró los libros, se soltó el moño y buscó su palco de honor. Cayó la primera gota salobre en la canal del labio superior en el momento que arrojaba las cáscaras de un caimito por el balcón para que la riada del andén se las llevara. Y los brazos aferrados a los barrotes, seguros los pies cruzados en los barrotes, para anclarse contra la arremetida del viento que de repente la arrastra hasta el confín del mundo y eso le daba miedo. El mar roncaba. El mar desempeña su papel y embruja a Amalia.

— ¡Entra Amalia!—, gritó alguien retenida por la fuerza del océano que embestía en las puertas y ventanas. ¡Entra que te vas a enfermar! ¡Entra que te vas a mojar! ¡Tú no haces tu voluntad! No me levantes la mano que no te voy a soltar. Te saco a la fuerza prendida de las mechas. ¡Sixta, Régulo, Petronita! Vengan a ayudarme que esta niña no quiere obedecer, dice que se va a quedar allí afuera contemplando el huracán.

Amalia forcejea y se aferra con garra al balcón. La otra se moja, se empapa la cara y se aparta el agua de los ojos sin querer soltar a Amalia.

— ¡Corran que el viento se lo lleva todo! ¡Corran que esta niña está endiablada y la casa se inunda! ¡Corran que la lámpara se va a desprender del techo! ¡Corran que la mata de malanga se cae! ¡Se moja la foto de Tulio papá! ¡Corran que se inunda la casa y esta niña me quiere matar!

Inútil el alboroto y las amenazas. Amalia termina en el balcón, harta de amagos y sentencias. Cierra la puerta en sus narices, rueda la silla y la ajusta como tranca y ve caer uno a uno los rayos y las centellas sin que la partan en dos, sin quedarse ciega, sin que el mar arda en llamas, sin quedar sorda, sin que la ira de Dios pase a mayores, la empapa la lluvia, se baña en un chorro que cae directo de la canal, hace pechos de paloma resbalándose en el piso y no tuvo fiebre ni le dio un ataque al corazón porque le nació de madera.

Ahora no puede conciliar el sueño en el cuarto de Chago. No quiere pensar más. Está desvelada, preciso ahora que necesita gozar de un descanso contundente y detener la pensadera. Desde la ventana observa que le cambiaron el puesto a unas cosas en la calle y otras tienen otro tamaño. Las garitas se encogieron, la arena no brilla, las ventanas son enanas, los techos desarmados y cambiaron las estatuas de mármol por fibra de vidrio. Padece de insomnio ajeno, de una angustia desconocida para ella, del desordenado sentido del *presagio*, palabra tan mañé toda la vida. Sería preferible padecer de arrepentimiento crónico.

Le empezó a rascar el cuerpo. Pensó que el colchón de Chago se había infestado de insectos repugnantes en los cientos de pliegues de algodón antialérgico. Los resortes sin uso del *spring* de la cama sin uso chirreaban al mínimo movimiento y en la tortura de pescar el sueño con el ojo pelado y la oreja aguzada escucha el rumor de un festejo sigiloso. Los gatos maullan más en los tejados cercanos a pesar del temporal. Alguien tose con asma creciente. Alguien emite jadeos desvergonzados. Cada media hora suenan las campanas del reloj. Siente el pesado resuello de los desaparecidos que insisten en pernoctar en “Sotavento”. Como ella encerrada en una alcoba que agoniza y se queja, busca una salida. Amalia se arroja hasta la coronilla y se envuelve los pies hasta acuñar los pies para que no entre el fantasma por ningún orificio. De repente un peso pluma se apoya en una esquina del colchón, trepa lento y enreda sus garras en la colcha y salta en su pecho. Se arma de energía y suelta el más violento manotazo y un puntapié con ira y lo lanza contra la puerta. El mal nacido gato, consentido y caprichoso maulló con dolor, y daba de cabezazos contra las paredes desesperado por salir. Amalia entreabre la puerta y lo deja huir.

Estuvo tentada a levantarse, salir en puntillas y al precio que fuese salir de “Sotavento” sin considerar la hora, franqueando vigilancias y rompiendo sellos y fallebas. Verse en el mostrador del hotel la hizo suspirar de alivio en el colchón de Chago, tomar un baño relajante y dormir en una cama diferente a pierna suelta. Mañana será otro día se dijo conformada. Y lentamente llegó la ola y la envolvió, la sumergió hasta tocar la tibieza de la arena firme

donde muere la ola mansa, la arrastró y regresó la ola con más ímpetu y la arrolló contra el casco revuelto de la marejada y la ola subió y creció, crecía cada vez más crecida hasta tomar la altura de las garitas de las murallas y sepultó la ciudad de papel crespón. Sin zozobrar navega Amalia, se abre paso a salvo en el océano surcado de naufragios de edificios y cascos de acorazados y corbetas, abrazada a la palma de un mástil, asegurada a una baranda errabunda ve que la casa se aleja, se hacen cada vez más pequeñas, más lejanas las letras de cemento blanqueado "Sotavento", más sepultada, más hundida, con un cielo azul Barú como telón navega. Navega con la mano sin muñeca, con la casa sin acera, con la acera sin ladrillos, con el cubo sin aljibe, con la sopita de bofe que cocina Petronita, con la pulsera de Niobe, con el velo de la abuela, con los azahares de almendra. Y mañana será otro día. 1985

GUILLERMO TEDIO*

No han visto el mar mis ojos

Al tocar el bongó con ese dúctil repiqueteo de dedos hábiles sobre la piel tensa y curtida, la gente movía la cabeza con un arrobamiento de hipnosis. Los ojos se detenían en la cara del negro Ebenecer. En realidad no había nada particular en su rostro, a no ser aquella expresión de ausencia melancólica estampada entre los párpados. Sin embargo, la gente temía su reacción. Hacía ya más de un mes que el hombre no cumplía la ejecución cuya apertura lenta y cercana a un susurro de gaviotas, iba ascendiendo hasta alcanzar un compás de agua de mar pulverizada por el huracán contra las rocas. Y ahora, como en las veces anteriores, estaban a la expectativa del remezón que pondría fin al solo tambor. Pero en esta oportunidad se prolongaba la cadencia, y algunos hasta creyeron descubrir en los labios cuarteados por el frío, el asomo de una sonrisa lejana. Estaban allí, bajo el cielo veteado por la niebla que se cuajaba con el vaho de los páramos cercanos. Resultaba extraño el grupo en medio de la plazoleta, inmerso en esa atmósfera sin sol, casi congelada por la tristeza plomiza de la tarde.

En un comienzo, cuando lo descubrieron caminando por las calles con el paso de atleta de sus pies polvorientos y agrietados, se preguntaron de dónde había salido aquel hombre cuyo rostro parecía esculpido en una pesadumbre de ébano. Inmediatamente se convencieron de

* Baranoa, Atlántico, 1947. Abogado, docente y narrador. Guillermo Tedio es el seudónimo de Manuel Guillermo Ortega, quien realizó estudios de postgrado en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. Obtuvo el Segundo Premio en el Séptimo Concurso Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán de 1983 con el libro de relatos *La noche con ojos* (1979); asimismo obtuvo una Mención de Honor en el Tercer Concurso de Cuentos Universidad de Medellín con el relato "Historia de un hombre pequeño" (1983). En 1984 publicó el libro de cuentos *También la oscuridad tiene su sobra*, de donde fue tomado "No han visto el mar mis ojos".

que no les pertenecía. El color oscuro, casi azul de la piel, no dejaba dudas sobre la calidad de forastero. Imaginaron entonces que debía tratarse de un vagabundo venido de la costa. Después surgió la pista que dieron algunos viejos madrugadores de mercado y que terminaron repitiendo proverbialmente todos como si todos hubieran sido testigos oculares del hecho. Una madrugada, cuando el frío calaba la lana de los pechos y escarmenaba la piel, un camión fantasmal entró en el pueblo haciendo crujir los muelles por el exceso de velocidad, y con un frenazo chirriante se detuvo en la plaza por unos cuantos segundos. Los cinco o siete viejos que cruzaban por allí a aquella hora, vieron caer de la mesa del vehículo una cosa que se quedó allí, sobre la tierra, envuelta en el polvo levantado por las ruedas al ponerse de nuevo en movimiento. El camión siguió hasta perderse en los vericuetos de la distancia como si lo acosara la prisa por deshacerse de los otros bultos que llevaba, antes de que despertaran los caseríos diseminados por la cordillera. Se acercaron con cautela al fardo, que continuaba tendido, acurrucado, como cosa muerta. Miraron aquello por todos lados hasta concluir que se trataba de un hombre. Supieron que estaba con vida cuando al buscarle el rostro, se toparon con unos ojos iluminados por un extraño rescoldo. Después de ubicarlos desde su negra inmovilidad, el hombre se ovilló sobre el suelo, sacó de su garganta un ruido parecido a un "no me jodan", y se quedó dormido. Los viejos recogieron sus canastos de mercado, se hicieron cruces sobre la frente, se acomodaron las ruanas y se fueron chupando los tabacos.

Cuando Ebecener despertó, buscó el sol con una ansiedad dolorosa pero se sintió aplastado por la monotonía implacable de una atmósfera gris y sin futuro. Aguzó la mirada y descubrió, apartados unos treinta metros, a unos niños que lo miraban con una curiosidad prodigiosa. Se levantó en silencio, sacudiendo la tierra que blanqueaba su cara, y observó en redondo las puntas de azúcar de los páramos que rodeaban el pequeño valle donde estaba el pueblo. Los muchachos retrocedieron a la expectativa, con las manos en lo alto esgrimiendo pedruscos, pero él no les hizo caso, simplemente los miró con una calma sostenida y les preguntó por el mar. Uno de los niños tuvo la rápida intuición de que en aquella humanidad de dos metros de estatura se escondía el hombre más pacífico del mundo, y abandonó la piedra para señalar que el mar quedaba muy lejos, del otro lado de las montañas. Desde entonces se le dio por correr hacia los cerros, buscando el agua azul que había perdido, para encontrarse sólo con la neblina infinita y pastosa, y el frío inclemente que lo devolvía con los gruesos labios partidos y una nostalgia cada vez más acentuada.

Nunca llegó a tenerse una prueba del rumor propagado por la gente. Se decía que el alcalde de una ciudad costanera había dispuesto, sin comprometerse con una resolución escrita por la infame insensibilidad del hecho, que los desquiciados que deambulaban por las calles, produciendo en los turistas la impresión de una administración inoperante, debían ser recogidos y llevados lejos. De modo que todos los dementes, sin discriminación, fueron tomados a la fuerza, montados en enormes camiones y abandonados, después de un viaje

cruel, en los pueblos del interior. Entre ellos había caído Eberecén. Una mujer que alguna vez viajó a la costa a curarse de una enfermedad con los yodos del mar, decía reconocerlo. Ella les informó que era un loco tranquilo habitante de la playa, tocador de un bongó cuyo ritmo endemoniado ponía a bailar en ronda africana a los bañistas. Ella recordaba la manía del negro como la de abandonar de pronto el tambor, en el instante en que el sol alcanzaba su clímax, salir corriendo hacia el agua y comenzar a nadar a brazadas corajudas hasta perderse entre las olas más altas para después aparecer victorioso, como un enorme perro marino, con un pez dorado entre los dientes de coco.

Aquella misma mujer se le acercó y le preguntó por su nombre. Dijo llamarse Ebenecer pero después notaron que intercambiaba las consonantes, de manera que unas veces era Ebecerén y otras Erecebén. Un viejo le dio cierta ropa para que tirara sus harapos. Otro le mostró un rancho abandonado donde podía echar a dormir sus huesos. Al fin y al cabo, el único chiflado que había tenido el pueblo, ya llevaba más de cuatro años de muerto, así que aquel negro sosegado no hacía peso a nadie, antes por el contrario, les ofrecía un poco de diversión con su cotidiana indagación del mar.

Un día descubrieron que tocaba cualquier pote o caja con resonancia, y alguien recordó que en el cuarto de los trastos sobrantes de su casa, conservaba un viejo bongó, sin olvidar, por supuesto, la versión de la mujer que lo había visto tocando tambor en la costa. Así, como ahora, bajo la atmósfera penumbrosa, Erebecén golpeaba de tarde en tarde los cueros, sacando un ruido en crescendo que mantenía en suspenso al coro de espectadores, quienes sabían que en el instante más alto del cadencioso repiqueteo, tiraría el instrumento y saldría corriendo hacia los páramos en busca del mar y las gaviotas, los tiburones y los peces, los sargazos y corales.

Muchos comenzaron a seguir el juego de sus historias alienadas, simulando creer en ellas. Sentado en una banca del pequeño parque de eucaliptos, Ecebener describía como ciertas las imágenes de sus pesadillas y sueños. Buceaba en un fondo de corales más rojos que la sangre donde había peces que en lugar de ojos tenían globos plateados. Peleaba con tiburones monstruosos que trozaban un cuerpo de una sola dentellada. Ofrecía alimento a las gaviotas que se atrevían a picotear entre sus manos. Pero desde un mes atrás en que uno de los oyentes cometió la imprudencia de reírse, él comprendió que lo escuchaban por lástima o para burlarse más tarde, por lo que decidió callar y aunque quienes se habían granjeado la intimidad de sus confidencias, se lo rogaron, no lograron hacerlo volver a las narraciones de buceos fabulosos ni a su formidable son de bongosero. Ya no salía a caminar por las calles, pateando cascajos redondos. Sólo hacía dos excursiones, de mañana y de tarde, para perderse en el frío, tratando de perseguir el olor a mojarra frita y cangrejos descompuestos de la arena distante. Comprendieron que aquel hombre se moriría si no volvía a su costa. Tal reflexión hizo pensar en una recolecta para pagarle el viaje de

retorno pero el proyecto se demoraba en su realización pues siempre surgía un pretexto o contratiempo. Además, aquella tarde, el negro parecía volver a su rutina anterior. Sin que nadie se lo hubiera pedido, había salido de su refugio con el tambor y se había puesto en la plazoleta a golpearlo mientras los mirones se aglomeraban a su alrededor, complacidos pero a la vez expectantes.

La cadencia se cortó de repente pero esta vez no se dio el remezón presentido. Las manos se quedaron inmóviles sobre el círculo de cuero. Sin violencia, Eceneber abandonó el instrumento y se levantó pausado. Avanzó por el camino de los páramos, con lentitud, como si la vida resultara un lastre a sus espaldas. Lo vieron desaparecer tras los primeros matojos. Sintieron que en el pecho se les cuajaba una opresión de culpa porque hasta ahora no habían hecho nada por regresarlo a su ciudad de origen. No se desperdigaron como otras veces, permanecieron allí, necesitados de su sombra.

Rápidamente la tarde se metió en noche, y Eneceber no regresaba. A las dos horas lo vieron retornar abatido por la ausencia, lleno el pensamiento de distancia sin meta. Les preocupó verdaderamente la situación del negro. Decidieron que mañana se realizaría la recolecta. Con la fatiga de la caminata se durmió pronto, cayendo en un sueño de costa despejada y sol bulicioso sobre la arena blanca y el vaivén del agua. Sentado sobre una roca, comenzó a sonar el bongó con un arte extraño, sacando un ronquido suave de olas que morirían en la arena y luego un son furioso. Estaba solo en la playa del sueño, extrañamente no había ningún bañista, únicamente el murmullo de las gaviotas por encima de su cabeza y el zumbido del viento contra los acantilados.

Dejó el tambor y corrió hacia el agua pero el mar se alejaba sin que él pudiera alcanzarlo. Entonces le habló con un ruego de "no me abandones, mar" y el mar se quedó quieto. Comenzó a bracear hacia adentro, siempre hacia adentro, en la linfa que se plegaba cálida a su esfuerzo. Nadaba alejándose de la costa, buscando con ansiedad los fondos. Dio un envión hacia abajo, hacia la luz roja de los corales y el centelleo de peces innominados. Después sintió en los pulmones la presión de la falta del aire.

La mañana amaneció tan fría que las gotas se cristalizaban sobre las hojas. Pero aún así el negro acostumbraba a madrugar. Por lo mismo, los que no vieron su figura oscura en el parque, se preguntaron si no estaría realmente enfermo y se atrevieron a llegar hasta el rancho para husmear su presencia. Llamaron con el temor de ser inoportunos. Nadie contestó. Entonces se decidieron a empujar la puerta. Desde la penumbra les llegó un vaho de aguas saladas, una tufarada de peces y mariscos. Poco a poco fueron reconociendo la estancia. Eneceber estaba allí, en mitad de la habitación, sobre el piso de barro, envuelto en sedimentos marinos, como el cadáver de un buzo que retorna de fondos abismales.

ELIGIO GARCIA MÁRQUEZ*

El campeón de siempre

Un día te levantaste diciendo que querías volver a pelear, pero en vez de hablar con tu apoderado y ponerte a practicar en serio andabas por las oficinas de las compañías aéreas dizque averiguando el día y la hora de llegada de los vuelos internacionales. Por eso nadie te creyó pero de todos modos armaste un lío grandísimo porque fue entonces cuando la gente comenzó a decir que ahora sí era verdad que estabas loco de remate. En la ciudad no se hablaba sino de ti, como antes, que era lo que a ti te gustaba, claro, y repetías con una certidumbre y una serenidad que nunca habías tenido es paque se vayan enterando que el campeón soy yo y no el cabrón del palenquero, ahora con coronita de mierda. Por fin había llegado la hora de sentar a cada cual en su propia esquina de movimiento decías, y era que ya estabas aburrido de que te lo pusieran de ejemplo: que el pobre Kid había tenido que emigrar a Maracaibo por la ruta de los muertos de hambre porque en ese tiempo aquí sólo había sitio para ti que eras el rey, y quién iba a creerlo, ahora regresaba champion del mundo, tú que habrías podido ser el primero si lo hubieras querido.

Ponérmelo de ejemplo a mí, comequehayas de mierda, eran ellos los que andaban locos, con tu retorno al ring, averiguando por todas partes que con quién ibas a pelear, si con Ismael Laguna o Eder Jofre, mira cómo andaban de confundidos. Pero a ti que te dejaran tranquilo porque esos asuntos no eran de tu incumbencia, que mejor se lo preguntaran a uno de los tiburones del boxeo cartagenero, o a los dos de inclusive, y qué iban a responder, estarían muy campantes en sus oficinas con aire acondicionado y neveritas para el agua del hielo, esperando a que fueras a implorarles la limosna del adelanto de la próxima pelea para luego quedarse con la mejor tajada, como siempre, tú que eras el que tenías que sudar y joderte. Hasta el día que no volviste a pelear porque no pagaban lo que te merecías aunque lo hiciste porque ya el manoseo con tu mujer no fue como antes cuando bastaba que te dieran las ganas para estar en lo mejor del cuento, asombrado que después de tres días seguidos en *El Salsipuedes* llegaras a la casa y tu mujer dándole a la cantaleta y tirándote rayos y tú a convencerla cuchicuchi de mi alma y metiéndole mano por donde le gustaba, te le arrimabas con disimulo, restregándoselo, y ella a no dejarse diciendo tatequieto malparido que algún día me las pagarás todas juntas y cuando se descuidaba, ¿ves? se las estabas

* Sucre, Sucre, 1947 - Bogotá, 2001. En 1966 inició estudios de Física Teórica en la Universidad Nacional de Colombia. Dos años más tarde se desvinculó para desempeñarse de lleno en el periodismo y la literatura. En 1974 viaja a París y Londres. Realiza estudios de Televisión y ejerce como corresponsal en diferentes medios latinoamericanos. Ha publicado *Para matar el tiempo* (novela, 1978), *Son así* (reportajes novelados con nueve escritores latinoamericanos, 1982); *La tercera muerte de Santiago Nassar* (crónica de la filmación de la película de Francesco Rosi, 1985, basada en la novela de Gabriel García Márquez). *Tras las claves de Melquiades*, fue el libro póstumo que le publicó Editorial Norma en 2001. "El campeón de siempre" fue tomado de *Obra en marcha 2*.

pagando y hasta con ñapa le decías suspirando hondo, y ella sollozando te silbaba entre lágrimas y dientes apretados que esas putas podrían hacer como gata o como chivo pero aquí volverás siempre pase lo que pase porque soy la única que te conoce y te quiere de verdaverdá, no como esa gentuza que sólo te busca por la plata. Y tenía razón, sufrió contigo cuando se te acabó el prestigio, viéndote borracho día y noche, triste y solo como andabas oyendo murmurar a la gente que ahí va el prospecto hecho nada, tú el primero que habías peleado por un título mundial, qué lástima.

Aunque qué carajo, que dijeran todas las embusterías que les diera la gana, no te importó hasta el día que el Kid conquistó sorpresivamente el título en Panamá y te lo pusieron de ejemplo, cangrejeros de la puta madre, yo que siempre he sido el mejor. Había que verlos cuando andaban detrás de ti lamiéndote el culo como perritos falderos, para que ahora vinieran a dañarte la noche, tan contento como estabas con el triunfo de tu compadre, oyendo los pormenores del final histórico de un momento antes en Panamá, toda Cartagena feliz con su primer título mundial de boxeo, señores, y de pronto se le da a la radio por joderte con otros tiempos ya olvidados, pasando momentos culminantes de las peleas de tu pasado glorioso, esas sí que eran vergajadas de no soportar. Con rabia apagaste el radio y te fuiste al patio inundado de agua y huecos de cangrejos y oyendo la música de los sapos lloraste recordando esos años que tanto dolían ahora, la primera vez en el Circo Teatro, la gran pelea con Pascual Pérez en Buenos Aires y luego sin poderlo evitar se te vino encima toda la tristeza de la noche del 27 de diciembre en la Plaza de Toros, la pinche plaza que habían construido especialmente para que tú pelearas por el título mundial en Cartagena porque la gloria era para compartirla con 'tu gente, pero unos alegaban que mejor un coliseo cubierto y se la pasaron meses discutiendo y mientras tanto tú haciendo peleitas fáciles por ahí para no perder la forma, que si en Bogotá, que si en Kingston, hasta que al fin los tiburones del presupuesto local se pusieron de acuerdo de dónde sacar la mejor tajada para ellos y así fue que comenzaron la plaza de toros Cartagena de Indias y aun sin haberla terminado ni puesto la corona que ahora tienes peleaste y perdiste. Triste llorabas derrumbado en la lona de la esquina neutral, la gente muda, soportando con amargura y rabia tu fracaso, y tú confundido porque pensaste que la pelea iba a ser tan cómoda como las anteriores, convencido que el cubano—mexicano campeón del mundo tampoco te iba a ver una y por eso nada de cuidado y como siempre metido en *El Cabaret del Cieloy* en *El Salsipuedes*, para después estar en la correndilla del exceso de peso, te encerraron en la Base Naval en los últimos días y tú refunfuñando no joda que siquiera dejénme ver a las pelaítas que para eso habías comprado la pinta legal, y mostrabas la camisa de lentejuelas y los pantalones verde iguana, pero ni madre, al final la cosa sí fue en serio porque te pusieron de guardia a la PM, y para nada porque con todo y eso tuviste que estar todo el día en el baño turco antes del pesaje, rebajando las libras que sobraban y llegaste sin fuerza al ring y agotado como estabas la cosa no pasó del séptimo.

Esa vez le echaste la culpa al baño turco, claro, era el único consuelo que te quedaba, y te hacías el loco cuando te ofendían por la radio y por la calle, además ya estabas acostumbrado a tanta habladuría. Lo olvidaste, como también ahora y cuando tu compadre vino te emborrachaste con él y con la misma recua de camajanes cacheteros que antes se emborrachaban contigo. No volvieron a decirte nada y creíste que todo había pasado, que ya te estaban olvidando y después fue cuando un día te levantaste con la ventolera de que querías volver a pelear, que si el Kid que había sido echado de la ciudad por malo había podido por qué no tú que siempre fuiste el mejor. Y con ese convencimiento andabas por las compañías aéreas y con ese convencimiento llegas, todos los días, a la playa de Marbella para hacer tus practicas. Después de un corrín efímero, frenéticamente tiras puños al aire, buscando al contendor invisible y los pocos aficionados presentes se ríen aunque no los ves ni las oyes porque sólo estas pendiente de los automóviles que vienen del aeropuerto, y pasa uno y pasa otro sin detenerse pero no importa piensas, mañana será otra día, aunque mañana no hay vuelos internacionales y estás decidido que sólo practicarás para que te vea la turistiza que es la única que trae el billete que vale y convence hasta a Dios, si no que lo digas tú que cuando andabas con los bolsillos llenos te sobraban los amigos y a tus antiguos colegas les pagabas hasta el triple por un paquete de cigarrillo americano. Era con el billete que te sentías fuerte para meterte por la calle de las Carretas y comprar la pinta cheverosa en los almacenes de la elegancia, y así poder hacer lo que más te gustaba en esta vida que era pasearte por el Centro Amurallado con los zapatos de capricho negroiblanco, la esclava de plata en la mano derecha con tu nombre grabado en letras de oro, el sombrerito con la pluma de papagayo y el collar de dientes de tiburón que atraía a tus amigos, todos detrás de ti y hablando al mismo tiempo: que cómo fue la última pelea en Puerto Rico que dile al Pacho Benedetti que te eche al argentino ese que está hablando mucha basura y tú alzabas las manos diciendo tranquilo hermano que tú sabes que el pez muere por la boca y este caerá solito como han caído todos. Y mientras tanto lo legal era vivir el goce y estar pendiente del último levante de la muchachita de la joyería Cesáreo donde compraste de puro hazañoso la sortija de oro macizo con el dado en el número cinco y la calavera de la buena suerte, y en la noche directo para el Barrio de la Virgen. En el prostíbulo de la Niña Rubia siempre sacabas la pila de billetes y los ponías sobre la mesa y era como un imán porque todo el mundo venía a babearse en elogias, ni siquiera tenías que tocar palmas para que aparecieran el mesero nalgaspará y las niñas, y tus amigos mierda viejo man tú eres lo máximo. Y aún recuerdas la vez aquella que llegó a tu mesa un tipo fumando un enorme tabaco para decirte que él brindaba esa noche y todo engréido le contestaste que nada que aquí mando yo, y tu apoderado y tus amigos que cálmate campeón que es un man pesadísimo, pero tú estabas alegre y borracho y seguías que me importa un culo quién es este gordo pipón, y ellos que te callaras que mira que es un tiburón pesado de la jailay, y tú que más parece un barbúo con la barriga llena de y el tipo del tabaco que se iba poniendo serio después de estar riéndose con una cara

de tonto y tú seguías con tus ocurrencias y para terminar de una buena vez con el displante digo y dijiste que el único pesado de verdad era tu amigo el Virrey y entonces fue que el tipo del tabaco se enverracó y se largó del salón sin decir ni adiós, coño que se despida que no parece gente estudiada, riéndote a carcajadas porque lo habías dicho porque sí, porque te acordaste que cuando regresaste victorioso de la segunda pelea con el panameño don Emiliano Torralbo y De Ambulodi era el alcalde y te condecoró con una sipote medalla en el Palacio de la Aduana y luego del discurso aburrido de la poetisa dueña de la cultura te invitó a su casa del Laguito, tronco e mansión Virrey, y tanto te quería que aceptó que borracho te metieras con todo y ropa en la piscina que tiene en la mitad de la sala, frente a la estatua gigante del tipo en pelotas, Virrey puto le murmurabas, a tus amigos, riéndote feliz de estar bebiendo con ellas y de estar contándoles nuevamente cómo le habías ganado al argentino en el propio Luna Park, y con los tragos en tu cabeza no te puedes dominar y te levantas de la silla para hacer un pase de torero y vas a soltar la izquierda con la que lo mandaste a la lona cuando dices safe viejo man que yo no meto monte y te ríes estrepitosamente, señalándolos a todos con el dedo donde llevas la sortija coronada de diamantes, y te sientas y te tomas dos tragos de un solo jalón y quieres seguir recordando y contar lo de Maracaibo pero no puedes y en cambio sientes una emoción muy rara, como de nostalgia y sin saber por qué recuerdas aquellas tardes de invierno cuando ibas a practicar a *La Caldera del Diablo* después de estar todo el día en el mercado vendiendo cigarrillo americano y hablando de los partidos de béisbol del fin de semana y de que Mario Rossito siempre se veía apurado con Elías Lian, ellos que habían sido tus ídolos y hoy estaban acabados, y también recuerdas las peleas de los viernes en el Circo Teatro, todo el que te echaban por veinte pesos lo tumbabas antes del quinto sin siquiera tocarlo, había que bañarlos con agua helada de lo mareados que quedaban con tus movimientos de rumbero feliz.

Y como prometías tanto fue que decidieron traerte al panameño excampeón mundial, el cual llegó pensando que eras otro bocado más para su gran historial y tú le diste la soberana paliza que todavía debe estarse acordando. Ese día el Circo casi se viene abajo con la locura de la gente, te sacaron cargado del ring, te pasearon, y fue ahí donde todo comenzó a darte vueltas porque desde entonces es que no te das cuenta de nada de este mundo sino sólo de la pinta legal y de la pelaíta virgo, ay que tú sabes, y luego para donde las niñas del Barrio de la Virgen a beber y a bailar y a pichar sintiendo la frescura sin límites de la brisa salitrosa que viene de la ciénaga de Tesca. Y al día siguiente aparecían los titulares de primera página diciendo que eras el ídolo de los cartageneros y nadie te podía tocar, y por eso cuando a alguien se le ocurrió ofenderte por la radio diciendo que el panameño estaba acabado casi lo matan al salir de las Emisoras Fuentes y para contentarte entrevistaron a tu mamá y ella dijo con una voz muy serena que siempre supo que llegarías a campeón porque habías nacido no llorando como todo el mundo sino riéndote. Ahí mismo anunciaron que volverías a pelear con Justo Torrijos, ahora en su propia casa para que se callaran la jeta todos y se las

callaste porque esa vez fue más fácil y al volver la ciudad se lanzó a las calles para verte, estabas que no cabías en el Cuerpo de los Bomberos que te paseaba, jamás habías visto tanto personal junto:

Te decían que eras más grande, que La Popa, y como así te sentías comprabas la camisa de seda con paisajes marinos y los pantalones amarillos con cuadros rojos, sólo para que te vieran paseándote por el Centro Amurallado. Y cuando ibas por el Camellón de los Mártires la felicidad era oír a tus amigos sonando las cajas de embolar zapatos y tú todo aguajero con tus mocasines blancos y tus vestidos de colores chillones, la misma pinta que luego llevabas a Bogotá para tus peleas del Campín, escandalizando a los cachacos con el saco rojo de maestro de ceremonias y con tus gritos de mandamás que aquí se hace lo que yo quiero porque yo soy el putas, a todos les corrías la madre si no era así, y un día quisiste plátano maduro en tentación y se volvió el desconcierto en el Hotel Tequendama porque no tenían Kola Román y como finalmente no supo igual al que te hacía tu mujer todas las tardes en el barrio de Canapote lo tiraste al piso alfombrado en medio del estrépito de platos y vasos que caían y rostros de estupor y espanto de la distinguida. No era posible que hicieras eso delante de ministros y actrices de televisión decían tus amigos, y tú que fresco, que no eran gentes sino ropa almidonada y colgada en el patio tan estirados como estaban, riéndote a toda garganta. Sabías que esa noche ibas a ganar y ganabas y te perdonaban y te pechichaban dándote todo lo que pedías, que la casa del Crédito Territorial para tu madrecita Trinidad Antonia de los Dolores a quien le dedicabas esa pelea, que la luz para el poste de la Esquina Caliente de tu calle de Canapote donde jugabas al dominó y a la lotería con tus amigos y a quienes también les dedicabas la pelea.

Y siempre fue así hasta que regresaste derrotado de Manila y entonces sí fue verdad que nadie te volvió a mirar ni a hablar ni te iban a ver las pelaítas que hacías por cualquier miseria cuando se te acababa la plata de la anterior, y por eso es que tampoco vienen a verte ahora que practicas en la playa de Marbella. Aunque piensas que así es mejor, sin esos mirones que no hacen sino estorbar mientras tú haces tus ejercicios para atraer a los turistas, tirando puños al aire y moviéndote como si estuvieras delante de un espejo y pensando que ahora sí serás campeón del mundo y volverá el billete y las hembritas que se tomaban la foto contigo y piensas que también volverá la rumbita mientras ves que los carros siguen de largo. Pero de repente crees que el turista que va en ese Ford crema te va a mirar y un aficionado se coloca entre ambos y te estorba coño y con rabia le dices que se quite y él se aparta diciendo este tipo está loco. Entonces ves que el turista sólo contemplaba el ancho mar, detrás de ti, siguiendo por la avenida Santander y es cuando sientes un desconuelo muy grande y muy hondo. Esos gringos de mierda no se dan cuenta que estás ahí, tienes que hacer algo para que lo sepan y así es que recuerdas aquellos cartelones anunciando tus combates por toda la ciudad. Entonces recoges tus motetes diciéndole a los pocos mirones se acabó la función por hoy y te vas a tu casa que está al otro lado del caño de Juan Angola y

entras directo al cuarto y te metes debajo de la cama para salir con el afiche que tanto te gustó siempre, ese que anuncia tu gran pelea con Ramoncito Arias, apollado e inservible pero no importa. No almorzaste ni comiste ni dejaste que tus hijos se acercaran porque estabas pintando tu futuro: el afiche vuelto hacer, copiado el texto sin saber lo que dice y dejando en blanco donde estaba el nombre del contendor. Y no dormiste pensando que ahora la cosa sí se estaba poniendo buena y a la mañana siguiente sales con tus papeles debajo del brazo y una lata con goma de uvita en la mano, y llegas al Centro Amurallado para pegar el afiche en el sitio más visible de la ciudad, y en el Mercado no porque allá la gente sólo está vitrineando lo que van a dar esta noche en el Rialto y el Padilla, y vas por el Portal de los Dulces y tienes que esconderte porque los cocheros no te quieren ver desde el día que ofendiste a uno gritándole cochero prende el radio, y vas por los Bajos de la Gobernación y están los mismos negociantes de siempre decidiendo y rifándose el futuro de la ciudad pero a ti sólo te interesa el tuyo así que ahí tampoco, y vas hasta la esquina del almacén TÍA y hay mucha gente cruzándose por todos lados y el vendedor de periódicos que le falta una mano te dice cariñoso ajá champion y cuándo es el debut y tú nada le contestas y sigues caminando por la Calle del Tablón, pasas la otra esquina también populosa y los quioscos de ventas de refrescos y frutas y artículos de contrabando hasta llegar al antiguo edificio de Telecom donde en tus tiempo de gloria llamabas a las muchachitas de Bogotá y Cali y recostado a la pared hay un enorme cartel anunciando una corrida en tu Plaza de Toros y sobre ese afiche comienzas a pegar el que habla de ti mientras la gente te pregunta burlándose que con quién vas a pelear y volteas para ver quién habla y los ves muy campantes, junto al puesto del vendedor de ostras, todos con el vasito en una mano y la galleta de soda en la otra y sólo les respondes que ya verán cabrones de mierda y siguen jodiendo que cómo vas hacer para ganar si ya tú no soplas y piensas que no soplarán ellos que tienen que estar comiendo ostras para poder pichar y siguen jodiéndote y piensas entonces que cómo se puede ser campeón mundial en esta puta ciudad si todos no hacen sino amargarte la existencia y es cuando alguien se te acerca hasta el oído para decirte campeón con quién vas a pelear y con rabia le gritas con tu madre coño y el tipo se avalanza para pegarte diciendo agárrenme que le voy a partir el alma, y ya lo estás eludiendo con un movimiento de cintura magistral y vas a cruzarlo con una izquierda cuando el policía del tránsito que siempre está encaramado en la tarima de la Avenida Venezuela los separa mientras el tipo se agarra del brazo del policía y grita suéltanme que lo mato pero finalmente todos se calman y el tipo se va con su amiga y te dejan tranquilo y cansado. Y tienes que irte rápido porque esta tarde viene un avión de Miami y corriendo te fuiste a tu casa y corriendo llegaste a Marbella y antes de comenzar la práctica ves con angustia que ya van a ser las seis porque el sol hecho una bola de fuego cae en el mar y a esta hora hay mucho movimiento de automóviles en ambas direcciones y esos malditos gringos ni paran ni ná, no son capaces de echar una monedita, truñños de mierda, vienen a comerse a las pelaitas y a meter monte y a darse la gran vida a costillas de uno y

no sueltan ni el dolarcito para mí que soy el campeón. Vuelves a sentir ese vacío dentro de ti y piensas que tu mujer tiene la culpa porque te amenazó diciéndote que si no le arreglabas la cerca de cañabrava y matarratón para que no se volvieran a meter los puercos del vecindario esta noche no había movimiento en el *bugpen* y por eso llegaste tarde y pronto va a oscurecer maldito sea el mundo y los turistas pasan a mil y nuevamente sientes ese vacío que te entristece. Lo que pasa es que nadie quiere verte, a ti que todo el mundo te buscaba y te quería acariciar para convencerse que eras real y no una ilusión de la ciudad y los niños gritando campeón campeón. El desconsuelo te está derrumbando los anhelos cuando ves un carro que viene despidiendo luces por todos lados, mierda el Virrey, y te emocionas porque él sí bajará para hablar contigo y ya estás viendo la carroza detenerse y ya crees ver a don Emiliano Torralbo y De Ambulodi todo de blanco hasta el sombrero de Panamá y su clavel rojo en el ojal cuando te das cuenta que la carroza sigue de largo hacia su mansión del Laguito. Y no puede ser que el Virrey también te haya olvidado, seguro fue que no te vio por lo oscuro que está y lo negro que eres y te dan ganas de gritarle *llavesota* para que sepa que estás ahí cuando descubres que va vacía, sólo con el cochero rubio vestido de azul violeta. Y es un alivio porque el Virrey nunca me olvidará, como él no hay dos en esta puta ciudad de alacranes, fue él quien te dijo que no te dejaras atortolar de nadie porque campeón como tú ni madre y él sí sabe de eso porque es muy leído y hasta carroza de oro tirada por *ful*/caballo blanco pasero tiene y la ves perderse en la Avenida deslumbrando con los últimos reflejos de la tarde y piensas que si la carroza del Virrey ya se vino del aeropuerto es porque allí no queda gente importante y por eso es mejor cambiarte y recoger las cosas para irte a tu casa con la intención de no salir sino hasta el sábado cuando vuelvas a esta playa.

Pero el viernes estuviste nuevamente en el Centro Amurallado, buscando desesperadamente a los periodistas que antes decían que tú eras el putas y sólo te recibió uno, en el Diario, y te contestó que claro que te hacía una entrevista y le contaba a toda la ciudad en su columna más leída que volverías al ring, que ahora sí serías campeón mundial por mi madre y Dios si no, y también que pronto vendría el contendor, rankeado y hasta diría que invicto para convencer al personal incrédulo, y el periodista parecía atento aunque nervioso, a cada momento miraba tus manos, ajustándose las gafas oscuras y recogiendo el mechón de cabello que le caía en la frente y entonces piensas que quizás es que se le olvidó tu récord y sacas del bolsillo unos recortes de periódicos, amarillentos y gastados, y vas a decirle mire man bacano publique mis peleas ganadas cuando ves la foto del tipo con la bata de tigre, el árbitro levantándole la mano y el otro detrás, en la lona, coño si eres tú, y sientes una emoción muy fuerte como si te fuera a dar la pálida y casi sin respiración le dices llave este soy yo y también le muestras la fecha de la pelea cuando nuevamente estuviste a punta de coronar y fue duro porque la pelea se buscó y se buscó y al fin el filipino aceptó arriesgar el título pero en su casa porque tenía miedo y tuviste que ir hasta Manila, al otro lado del mundo caño, pero no importaba porque ibas optimista y practicaste seriamente, ni tú

mismo creías tu juicio y te sentías fuerte y seguro y peleaste como nunca lo habías hecho, siempre saltando en la punta de los pies y metiendo toneladas de puños, haciendo bicicletas como todo un campeón y ese chinito andaba como loco por todo el cuadrilátero, con los ojos hinchados que ni veía y al terminar convencido que habías ganado brincabas de la alegría en la mitad del ring y es ese momento que no puedes olvidar, esa tristeza enorme, esa rabia, esas ganas de coger a ese árbitro de mierda y gritarle atracador, porque el campeón eres tú, porque ganaste limpiamente y se te salta la piedra y le zampas la mano y te agarran y tú llorando y amalayándote del título que se te va otra vez y tendrás que volver a Cartagena sin la corona que es lo único que convence al personal, y la amargura te hace sentir más lejos aún del barrio Canapote. Y por eso te emborrachaste y no quisiste ir a la fiesta que hacía en tu honor la reina nacional cartagenera que vivía en Manila con el millonario cafetero, la hembra más buena de la tierra te habían dicho pero ni así, no querías ver a nadie, sólo emborracharte para quitarte de encima esa tristeza amarga que mataba y que vuelves a sentir ahora delante del comentarista del Diario y guardas tus recortes de periódicos viejos y le dices que muchas gracias pero que mejor dejen la cosa así, que no publique nada, que primero vas a hablar con tu apoderado que a esta hora debe estar en el *Café Moka*, y sales a la calle y quieres ir hasta la calle del Candilejo pero no te atreves porque tienes que pasar por la esquina del almacén LEY y también por el Banco de Bogotá con el runruno eterno de los habladores de paja debajo del árbol de caucho y no quieres buscar más pleitos, tú sólo anhelas volver al ring para que sepan de una buena vez que el campeón eres tú y mejor te vas en dirección contraria, hacia la estatua de la India Catalina, y antes de llegar al puente de Chambacú doblas hacia el Cabrero, pero caminando del lado del lago para eludir el Circo y no amargarte más esta mañana triste de tus nostalgias, y luego sigues hacia la Avenida Santander, y vas por el malecón sudando con el sol del mediodía, golpean furiosas las olas contra las piedras y te salpican de espumas y unos niños que vienen de bañarse en el mar te ven cabizbajo y arrastrando toda tu pena te gritan campeón campeón cuándo vas a pelear y te tiran cáscaras de platanito y pepas de mango pero no te importa porque sabes que lo has probado todo en esta vida y hasta pelearás sin apoderado para que no te robe nadie, y hasta pelearás gratis si es necesario pero de que eres el campeón no hay duda y para que no lo olviden tienes que practicar y con ese pensamiento que te obsesiona vuelves el sábado a Marbella y toda la mañana te la pasas haciendo *widvin*, dándole tronco de muñequera al contendor invisible mientras los carros pasan de largo, aunque, nuevamente, un mono rubio de guayabera blanca te va a mirar pero alguien estorba y le gritas quitate de ahí perro Sarnoso, y el tipo se hace el que no te oye y no se quita de puro macho y entonces lo empujas y parece no moverse porque aún así no te deja ver al mono rubio de guayabera blanca y desesperado le lanzas un directo al mentón y el tipo se va al suelo y crees que le van hacer el conteo reglamentario de diez pero quien se acerca no es un árbitro sino un policía y la gente grita que te lleven para el manicomio de Sibaté y tú pidiendo mil perdones que fijese señor

agente que usted sabe que hay que estar en cuidado porque el contendor rankeado vendrá la semana entrante y pensando safe tomo que a ti nadie te puede tocar porque eres el champion y afortunadamente todo se arregla y el policía dice que para evitar más problemas es mejor que te vayas para la casa y tú muy tranquilo recoges tus cosas y las metes dentro del maletín y te vas con él que te acompaña hasta el puente y tú diciéndole que esos comequehayas creen que te van a perratear y al día siguiente vuelves y es domingo y la playa está llena de bañistas, desde Las Tenazas hasta La Boquilla y tú sin perder un instante te colocas tu indumentaria de boxeador y dale que dale al *widvln* y la gente te ve y se ríe y te saca la lengua y te gritan campeón te coge el cubano-mexicano y tú que te dejen tranquilo que ahí viene un turista y ellos te echan arena y te agarran por detrás y tú que se aparten coño y te vuelven a pellizcar y volteas y no ves quién fue y te desesperas y comienzas a tirar puños a diestra y siniestra y la gente agárrenlo que está loco y te caen entre todos y ya la cosa se te está poniendo fea cuando aparece un carro y te alegras porque ves que son tres policías que vienen a defenderte y los policías apartando gente y sin decir nada te maniatan con unas esposas en medio de la gritería de los bañistas no lo suelten que se solló y tú pensando que qué coños es lo que quieren hacer contigo cuando sientes que te arrastran y te meten de cabeza en la radio-patrulla y todo confundido preguntas que qué pasa mí teniente, que si no es mucha molestia tú vives en Canopote, al otro lado del cañito, y los policías no contestan ni se ríen contigo y sólo le dicen al chofer directo a San Diego y es sólo hasta entonces que te das cuenta que no té llevan a tu casa.

ROBERTO MONTES MATHIEU*

Punch run

PRIMERO

– ¡Señor Ramírez! ¡Señor Ramírez!

El hombre se detuvo. Volvió la cabeza y entrecerrando los ojos por el sol que le daba en plena cara, vio al que lo llamaba.

– ¡Señor Ramírez!– dijo acercándose. Lo he estado buscando desde hace días.

– Ah, eres tú– dijo el señor Ramírez y prosiguió su marcha.

– Señor Ramírez, necesito una oportunidad. Usted sabe, estoy mal, necesito..

* Sincelajo, 1947. Abogado, periodista y profesor universitario. Ha publicado los libros de cuentos *El cuarto bate*, 1985; y *Tap tap*. Desarrolló una loable labor en la difusión cultural a través de suplementos dominicales y fue galardonado en el Concurso Nacional de Cuento 90 años de El Espectador, con relato "El cuarto bate". La temática de sus cuentos gira en algunos casos en torno a los deportes más practicados en el Caribe: el béisbol y el boxeo. "Punch run" es un cuento inédito.

- Tú sabes que no puedo.
- Por caridad, señor Ramírez.
- No se trata de caridad, tú bien lo sabes.
- Pero señor Ramírez, yo lo necesito. Fíjese que no sé hacer otra cosa.

El señor Ramírez seguía indiferente chupando su grueso tabaco y saludando a los conocidos que pasaban a su lado.

- Ayúdeme señor Ramírez. Le prometo que será la última vez. No volveré a molestarlo.
- ¿Y la Asociación? –preguntó el señor Ramírez, sin mirarlo–.
- ¿Qué hago con la Asociación? Te quitaron la licencia y sin ella no puedo darte trabajo.
- Pero, señor Ramírez...
- Consíguate tu licencia y veremos qué se puede hacer.
- Con la Asociación no es posible, señor Ramírez. Ellos no quieren devolverla.
- Entonces olvídale, muchacho. Yo no puedo hacer nada.
- Si puede, señor Ramírez– insistió el hombre, desesperado, como si fuera a llorar.
- No puedo, te digo. Si lo hago me vetan y jamás podré volver a promocionar peleas.
- ¿Quiéres que me pase eso?– dijo, mirando al hombre a la cara.
- Claro que no, señor Ramírez– dijo el hombre–. Claro que no.
- Además estás enfermo.
- Eso es mentira del médico de la Asociación. ¡Es mentira!
- Basta con mirarte para uno darse cuenta de que estás enfermo.
- ¡Eso es mentira! Yo siempre he tenido este movimiento– dijo el hombre–. Es mi swim.
- Nunca me ha pasado nada.
- Si te pasa algo ahora yo pago el pato. Definitivamente no.
- Pero señor Ramírez, usted me conoce.
- Por eso te lo digo. Y sabes que te ayudaría si tuvieras tu licencia. Ya lo hice otras veces.
- Pero señor Ramírez, mi situación es difícil–, rogó el hombre.
- ¿Qué fue lo que el médico dijo que tenías? Ah, sí, punch run.
- Pero pelié en el Ecuador dos veces después del dictamen médico y no me pasó nada.
- Entonces vuélvete al Ecuador.
- Usted sabe que no puedo. No tengo para el pasaje, además tomaría tiempo, mucho tiempo concertar una pelea. Y de paso no pagan lo que uno vale.
- En todo caso yo no puedo hacer nada.
- ¿Y si consigo un certificado médico?– dijo el hombre, más calmado y con una sonrisa maliciosa.
- ¿Cómo?– dijo el señor Ramírez, sin inmutarse.

– Digamos que un amigo me lo da.

El señor Ramírez siguió chupando el tabaco. Después de un rato dijo:

– Yo no sé nada, ni quiero saberlo. ¿Entendido?

– Despreocúpese, señor Ramírez, despreocúpese. Yo sé como son las cosas.

– Tráeme el certificado mañana a la oficina y prepárate para dentro de 15 días.

– ¿Y con quién va a ser la confrontación? – preguntó el hombre.

No contestó enseguida. Sacó el pañuelo y secó el sudor de su frente. Sin mirarlo, dijo:

– Joe Álvarez

– Me parece bien – dijo el hombre.

– Es lo mejor – anotó el señor Ramírez. El muchacho apenas ha hecho tres peleas profesionales, podrás lucirte, sólo tienes que cuidarte de su gancho de izquierda que es tremendo.

– Tranquilo señor Ramírez. Yo lo he visto peliar. Es apenas un niño.

– Acuérdate que él llega y tú vas de regreso – dijo el señor Ramírez –. No te confíes, procura estar en buena forma para que hagas una pelea decorosa.

– Usted sabe, señor Ramírez, que yo siempre dejo al público satisfecho.

– No siempre – lo corrigió –. No olvides la vez que se formó la pelotera porque tú y el orejón Gómez no hacían más que abrazarse.

– Eso hace tiempo, señor Ramírez – dijo el hombre –, y la culpa fue del orejón.

– Me rompieron varias sillas. Perdí mucha plata por esa pelea.

– Esta vez no pasará eso, señor Ramírez.

– Eso espero.

Dio la espalda para cruzar la calle y alejarse del boxeador, pero éste corrió detrás hasta alcanzarlo. Cuando el señor Ramírez lo vio nuevamente a su lado, dijo:

– Bueno, ¿y ahora qué? Te dije que mañana hablábamos.

– Así es señor Ramírez, mañana estoy temprano en su oficina llevándole el papel.

– Entonces lárgate a entrenar.

– Pero es que quiero saber cuánto me va a pagar.

– Mañana hablaremos de eso.

– Es que yo necesito algo ahora, señor Ramírez. Usted sabe, ya se lo dije, estoy mal.

Lo miró, llevó la mano al bolsillo y sacó un rollo de billetes. Seleccionó uno de cien pesos. Se arrepintió y lo cambió por otro de doscientos y se lo dio al boxeador.

– Ahora no vayas a irte a beber donde las putas – dijo, y se alejó.

SEGUNDO

Todavía estaba oscuro cuando salió a correr. Iba solo pero esperaba encontrar otros boxeadores al llegar a Marbella. Algunos años atrás nunca estuvo solo, desde las primeras

horas de la mañana un nutrido grupo de peliadores pasaban a despertarlo para correr juntos. Tenía juventud y muchas condiciones para llegar a ser campeón mundial. Su dedicación al gimnasio y la vida sana que llevaba garantizaban que llegaría lejos. Toda su buena época aparecía detenida en recortes de periódicos y revistas pegadas en viejos libros de contabilidad que le habían regalado y en diplomas y trofeos regados en toda la casa. Ahí se anunciaba bajo las fotos donde lucía sonriente y haciendo finta, que había madera y campeón para rato. Entrar a su casa era sumergirse en un pasado glorioso que se quedó en promesas que él no supo aprovechar.

“La gente se inventa muchas cosas, así como lo suben a uno de un soplo también lo quieren bajar de un soplo”, dijo al periodista. “Es cierto que yo tuve que trabajar de noche porque necesitaba plata, el boxeo nunca me dio lo suficiente para poder vivir”. Fue cuando se instaló en los prostíbulos de Tasca como el hombre duro que hacía pagar las cuentas a los clientes renuentes. Era un espectáculo verlo peliar contra tres y hasta cinco personas al tiempo, se lucía más que en el ring. Después hubo gente que llegó a pagarle para verlo bailar salsa. Así todas las noches hasta que poco a poco se fue alejando del gimnasio y de las carreras matinales.

“Ganaba más de matón que de boxeador”, dijo al periodista. “En un rato me ganaba lo de varias peleas y sin necesidad de entrenar, sin mayores sacrificios.”

—¿Y las bolsas fabulosas de que hablaban los comentaristas deportivos?— dijo el periodista..

— Siempre fui un explotado de los representantes y los empresarios. Todos son iguales. Dios los cría y el diablo los junta.

—¿Y la cuenta bancaria que tenías? Sé que era buena—dijo el periodista.

— Sí, llegué a tener hasta medio millón de pesos. Eran ahorros de toda la vida. Que yo recuerde siempre estuve rifándome el pellejo, creo que desde antes de nacer. De niño en Canapote ya me pagaban por peliar y por verme bailar salsa, ¿sabes? Eso no es de ahora. En realidad no pasaba de ser una suma insignificante en comparación con lo que ganaban mis manejadores. A ellos todavía les sobra la plata.

—Hicieron buenos negocios—dijo el periodista.

— Seguro. Yo fui el mejor negocio. Los que iban por mí nunca perdían.

—¿Y las putas?—preguntó el periodista.

— Eso hace parte de la vida—dijo. Siendo el chacho del momento no podía dejar perder la ocasión sin gozarla. Tú sabes. En una misma noche llegué a tirarme cinco, y sin necesidad de usar mentol chino ni xilocaína. Y todos los días de la semana. Para mí siempre era domingo. Además eso también me daba plata, yo las protegía por buenos pesos. Y figúrate que había gente de la ciudad, y me reservo los nombres porque así debe ser, y turistas, que me pagaban para verme tirar. Gente degenerada, sabes, aunque algunos decían que lo que pasaba era que querían aprender a echar un polvo como todo un campeón. Entraban a la pieza y se

sentaban frente a la cama, como en un teatro, y yo en el centro con la hembra de turno haciéndole una pelea completa, con todas las arandelas. Me pagaban bien por ese raund. Algunos dicen que eso es agotador para un deportista, pero que va, para mí era una actividad normal. Yo estaba en mis papeles. Rendía como fuera.

En realidad no se arrepentía de haber truncado su carrera. Siempre creyó que jamás haría dinero peleando. Pensaba en las mafias que controlan el boxeo internacional y decidió que estaba bien como peliador local y protector de cantinas. “Para que me siguieran explotando y jodiendo, estaba bien”, dijo al periodista. “Además no me interesaba, aquí está todo lo mío. Cuando viajé a Nueva York me sentí raro, por un lado esos gringos hablando enredado y por otro lado la comida de lata, allá hasta el agua es enlatada. A mí me hizo mucha falta el pescado del Arsenal, el sancocho. Y mi gente, claro. Casi me muero de tristeza. Tuve que venirme, en fin nada nuevo iba a aprender. Y porque tenía que irme de Cartagena. El solo hecho de pensarlo me mata. Qué sería de mí viviendo en un país extraño sin mis viejos amigos de toda la vida, sin las hembras a que me he acostumbrado, en fin toda la sabrosura de mi bella ciudad.

— ¿No sería por otra cosa? —preguntó el periodista.

— Mira, a mí no me molesta lo que piensa la gente. Yo sé que han dicho muchas cosas que no tienen nada que ver con la verdad. Yo me vine por eso, porque no soporto vivir fuera. Pero al fin y al cabo todo el que tiene boca dice lo que quiera. Eso no me molesta.

Y los que creyeron que todavía tenía algo que brindar le buscaron una pelea con el campeón del mundo que viajó a Cartagena, y frente a su público sufrió la humillación más grande de su vida al caer derrotado sin pena ni gloria, ante un hombre que le pelió con una sola mano y una sonrisa abierta que alcanzaba a verse desde el techo del circo teatro durante los seis asaltos que duró el combate. Esa noche él y su gente se dieron cuenta de que la promesa se había acabado. No quedaba nada de lo que había sido apenas un año antes, convirtiéndose en un boxeador de relleno por el que nadie pagaba un centavo. Fue el comienzo de la época mala.

Amargado por la derrota y la frustración que roían su alma, decidió definitivamente convertirse en un hombre común, subiendo al ring sin un mínimo de preparación y dando el más lamentable espectáculo dentro y fuera del circo teatro. Una noche borracho le rompió la mandíbula a un comentarista deportivo que criticó su vida disipada. “Fue un momento de desesperación, cualquiera tiene problemas. Y se pusieron a decir que yo estaba alcoholizado y que además había recibido demasiados golpes en mi carrera deportiva. Pero nadie dijo que el periodista me había provocado, no por lo que escribió sino por lo que dijo cuando llegó esa noche al bar.”

Y ya su prestigio no alcanzó para evitar que lo guardaran en la cárcel de San Diego. “En la cárcel aprendí que los amigos no existen si uno está en la mala, sin plata en los bolsillos.

Ninguno fue a visitarme. Como son las cosas. Antes me sobraban y aja campeón para allá y campeón para acá, y siéntate aquí y tuya es la vía y no le pares bolas a los envidiosos, tu eres el campeón, el más grande, el que le das guante a quien se te ponga adelante. Y en la cárcel, nadie, óyelo bien, nadie se acordó de mí...”

Sin posibilidades de conseguir peleas y carente de medios para poder vivir le tocó probar suerte en otros países, a pesar de su renuencia a abandonar el suelo nativo, viajó a Venezuela en la primera oportunidad que tuvo.

“Me fue como a los perros en misa –dijo al periodista– casi me muero de hambre por allá, hasta limosnas me tocó pedir. Es que esa gente se aprovecha de la condición de indocumentado para abusar de uno. El empresario me llevó junto con otros halagándome con tantos ofrecimientos que me ilusionó. Iba a ganar buenos bolos pensé, que traería mercancía para sacarle el jugo a la plata. Pero apenas pisamos tierra de Venezuela se olvidó de las promesas y nos exigió hasta el máximo amenazándonos con denunciarnos a la PTJ, o la pendejota, como le dicen allá a la policía, por indocumentados. Total, nos explotó, nos quitó lo que merecíamos y nos dejó a la buena de Dios. Y las peleas fueron peores. Hice dos que tuve que perderlas por obligación, además que no hubo tiempo ni condiciones para entrenar. Me dijeron que si quería salir vivo tenía que perder, y que me pagaban por eso. Pero no recibí nada. Fue una derrota esa gira, yo quedé sin ganas de volver a salir, pero desgraciadamente las cosas siguieron de mal en peor y las necesidades aumentaron y como no me daban peleas tuve que salir a otros países, donde no me fue tan mal. Y aunque seguía jodido no me quedaba mas remedio que seguir buscando peleas donde me las dieran porque ¿de qué iba a vivir? Yo sabía que las cosas no iban a mejorar como antes, pero bueno había que mantenerse si no quería morirme de hambre”.

Ahora pensaba en su juego de piernas y en la agilidad de la cintura. Ni en su época más crítica los había perdido. Eran dones innatos y contra eso no había podido el hambre ni la mala vida. Todavía alguien lo recordaba y le pedía que se luciera haciendo la bicicleta y él se llenaba de orgullo y complacia a la gente. Era lo único que le quedaba para complacer, ya no tenía nada en los puños y aunque de vez en cuando corría, su estado físico no respondía, estaba ya minado por los excesos, pero su corazón se desbordaba de satisfacción, de saber que había vivido intensamente la vida.

Al entrar a Marbella se encontró con otros boxeadores que entrenaban. Casi todos eran nuevos y no lo conocían. Pasó a un grupo, luego a otro, más adelante algunos hacían sombra y sólo llegando a Crespo se encontró con gente conocida.

Se detuvo frente al mar y aspiró profundamente hasta inflar sus pulmones.

– ¿Qué haces por aquí? –preguntó el que parecía ser un entrenador.

– Entrenándome –contestó haciendo finta.

—¿Entrenándote?

—No lo ves —dijo, lanzando un recto de derecha.

—Sí, te veo —dijo el otro—. ¿Es que piensas pelear? —preguntó con incredulidad.

El boxeador corrió hacia la playa hasta llegar al borde del mar. Se detuvo, abrió los brazos y respiró profundo. Flexionó el cuerpo varias veces tocándose la punta de las botas con los dedos de las manos. Se irguió nuevamente e hizo una serie rápida de sentadillas. Giró en redondo y corriendo volvió a la carretera donde se había quedado el entrenador. Frente a él empezó a saltar con una cuerda imaginaria, soltando luego el jab y rematando con ganchos, lo hacía como si estuviera frente a un espejo.

—¿Cómo me ves? —preguntó al entrenador.

—No estás mal para impresionar —dijo sin quitarle la vista de encima—. Pero estás demasiado lerdo y ya no tienes nada en esos puños.

El boxeador no contestó y siguió haciendo finta.

—Pero dime —volvió a preguntar el entrenador, intrigado—, ¿es que piensas pelear?

—¿Te sorprenderías si te dijera que sí? —dijo el boxeador sin dejar de moverse y como si hablara consigo mismo.

—¡Claro que me sorprendería!

—¿Y por qué? —ahora tiraba rectos de derecha y con la izquierda ganchos cortos para quitarse un supuesto jab de la cara—. Soy un boxeador y los boxeadores peliamos.

—Tú no eres nada de eso —dijo el entrenador—. Dejaste de ser boxeador hace tanto tiempo que ya lo olvidé.

—Buena plata te hice ganar —dijo el boxeador.

—No tanto como esos —dijo el entrenador, señalando un grupo de cinco que completaban su cuarta carrera. —Ellos sí tienen que dar!

—Eso mismo decías de mí cuando empezaba.

—Pero tú te acabaste comenzando. No tuve nada que esperar de ti.

El boxeador lucía ahora su movimiento de cintura y su guardia enconchada. El entrenador seguía frente a él.

—¿Y con quién vas a pelear?

—Con alguien llamado Joe Álvarez.

—Es un muchacho joven —dijo el entrenador—. Ha hecho apenas tres peleas profesionales y las ha ganado todas por nocaut. Tiene dinamita en los puños.

—Yo tengo experiencia —dijo el boxeador—. Y estoy bien de cintura y de piernas.

—Eso no será suficiente para enfrentar a Álvarez. Necesitas estado físico. Y suerte, mucha suerte. Cuidate Kid.

El boxeador dejó de moverse. Por primera vez pareció ver al entrenador.

– Necesito que me entrenes.

El entrenador vio pasar nuevamente a sus pupilos. Miró el reloj en su muñeca y pensó, “van bien”. Miró al Kid y poniéndole una mano en el hombro, dijo:

– ¿Tú no estabas sin licencia?

– Ya me la devolvieron –respondió.

– Pero el médico que te examinó después de la pelea con Huracán Ramos dijo que no podrías volver a pelear, que te olvidarás del boxeo.

– Eso dijo.

– Y entonces, ¿cómo es que vuelves a pelear?

– La Asociación reconsideró mi caso y me pusieron otro médico.

– No sé qué pensar –dijo el entrenador. –Pero creo que deberías retirarte. Ya no estás para estos trotes.

– Es mi última pelea –dijo el Kid, sentándose en una gran piedra. –Con ésta me retiro.

– ¿Por qué tienes que hacerla?

– Necesito unos pesos.

– Siempre los vas a necesitar –dijo el entrenador–. Después de la pelea vas a quedar sin cinco y vas a necesitar pelear otra vez.

– Estoy sin nada. Qué puedo hacer.

– Consigue un empleo. ¿Por qué no vuelves a Tesca?

– No puedo, me tienen vetado. –Y mirando al entrenador en la cara: –Por el trago y la hierba.

– Terminarás muerto en un ring –dijo el entrenador–. No quiero cargar con esa responsabilidad.

– Eso no sucederá.

– ¿Tú qué sabes? No me digas nada. No creo lo del médico.

– Si no fuera cierto –dijo el Kid. –No me arriesgaría.

– Eres capaz de eso y de otras cosas –dijo el entrenador viendo que sus pupilos pasaban para otra vuelta.

– Necesito tu ayuda –dijo el Kid–. La pelea está fácil, Joe Álvarez es un novato.

– Un novato que aprende rápido –dijo el entrenador–. Es veloz y pega como patada de caballo.

– Pero yo todavía me muevo. Fíjate.

Y fintó rápidamente, esquivando golpes imaginarios con movimiento de cabeza y cintura.

– No sé qué decirte. Después de la derrota con Huracán Ramos no quiero subir contigo ni a un bus.

– Sólo tú puedes ayudarme –dijo, casi implorando. –Tú me conoces.

– Está bien –dijo el entrenador, ablandándose–. Pero que quede claro que es la última vez que lo hago.

Kid se abalanzó sobre él y lo abrazó. El entrenador lo rechazó con un movimiento brusco y le ordenó que corriera cinco vueltas.

TERCERO

El señor Ramírez estaba sentado detrás del pequeño escritorio leyendo The Ring cuando entró el boxeador. La oficina ocupaba un cuarto estrecho en un rincón del gimnasio.

– Aquí traigo lo que le prometí –dijo el boxeador alargando un papel membreteado con el nombre y dirección de un médico.

El señor Ramírez dejó la revista y miró al boxeador, estiró la mano y tomó el papel. Lo leyó, miró al Kid.

– Está bien –dijo–. Me quedo con él, ahora vete a entrenar.

– ¿Nada más? –preguntó el Kid.

– ¿Acaso había otra cosa?

– Lo que me va a pagar –dijo el boxeador.

– Ah, sí –admitió el señor Ramírez. Abrió una gaveta del escritorio y sacó la forma del contrato. Llenó los espacios en blanco con bolígrafo y se lo entregó al boxeador para que firmara. Kid leyó lentamente, con la misma lentitud con que hablaba, como masticando con desgano las palabras, buscando el sitio donde debían figurar los honorarios que iba a recibir.

– ¡\$1.200! –gritó escandalizado. –¡\$1.200! ¡Pero eso es un robo!

Sin perder la calma ni dejar de chupar su tabaco, el señor Ramírez se puso de pie y se acercó al boxeador.

– Es lo justo, no es un robo.

– Sí que lo es. Peliar por esa suma no es justo.

– Escúchame –dijo el señor Ramírez. –Tú estás acabado, si te doy esa pelea es para ayudarte. A ti no te conoce nadie ya. No arrastras gente, me estoy exponiendo a perder contigo.

– Todavía hay quienes me conocen –dijo el Kid.

– Peor, porque saben que estás enfermo. Nadie va a querer ir a la velada.

– Redondéeme los \$2.000 y quedamos bien.

– Si quieres firma como te ofrecí. No puedo darte más.

– ¿Pero qué son \$800 para usted?

– Tengo que pagar el alquiler del circo teatro, empleados, impuestos, publicidad, periodistas y además regalarle entradas a las autoridades.

El Kid miró nuevamente el contrato. Lo puso sobre el escritorio. Frunció el ceño y apretó la boca.

– Tómallo o déjalo –dijo el señor Ramírez.

Sin mirarlo, inclinado sobre el contrato en el escritorio, dijo:

– Está bien, usted gana –y firmó.

– Ya te dí \$200, el resto después de la pelea.

– Pero yo necesito...

– El contrato estipula que el resto lo recibirás después de la pelea, ¿no sabes leer? Ahora lárgate.

En el gimnasio, Joe Álvarez hacía guantes con su sparring. Kid se acercó hasta el cuadrilátero para ver de cerca a quien iba a ser su rival.

“Tiene un gancho de izquierda rápido”, pensó. “Y riposta bien con la derecha, pero es un poco torpe, quizás demasiado torpe, se descubre mucho cuando tira. Con buen cuidado y un poco de entrenamiento quizás pueda enredarle la pelea”.

– ¿Espionando a mi muchacho? –dijo el gordo-. Sólo tiene tres peleas profesionales.

– Ya sé –dijo el Kid-. Todas ganadas por nocaut.

– Así es, –dijo sonriendo el gordo- y esperamos acabar contigo también antes de tiempo. Kid se volvió y lo miró de frente.

– Va a ser difícil. Fíjate que es más lerdo que un caracol –dijo, señalando con la mano hacia el ring.

– Tú tampoco eres rápido, Kid, además ¿no te das cuenta que estás acabado?

– No lo estoy –dijo-. Y la noche de la pelea lo vas a ver, a menos...

– ¿A menos qué?

– A menos que lleguemos a un acuerdo.

El gordo ordenó a su pupilo que suspendiera la sesión de guantes y se metiera en la ducha. Tomó al Kid de un brazo y caminó hasta un rincón. Golpeó el saco de arena.

– Entiendo lo que dices pero no lo necesitamos.

– Siempre se necesita –dijo el Kid-. Yo no tengo nada que hacer en el boxeo, es cierto, pero puedo dañar al Joe. Acuérdate que el viejo Pitalúa estaba en el ocaso cuando le abrió el pómulo a Alfonso Pérez que comenzaba.

– Tú no tienes nada que dar.

– Sólo te lo digo. Nunca se sabe.

– Joe está bien, no necesita de eso.

– Bueno, si te interesa sabes donde encontrarme –dijo el Kid, dando la espalda y buscando la puerta de salida.

“El muchacho está bien, son pendejadas –pensó–. Yo lo que quiero es asegurar un poco de plata. Ojalá el gordo se decida, de lo contrario tengo que buscar la forma de hacer algo y lucirme un poco, si no no me dan más peleas.”

Hizo un poco de finta en la calle y a uno que otro transeúnte los golpeaba suavemente, en juego, en las costillas. La tarde se venía abajo y la noche entraba con su brisa fresca.

CUARTO

– ¿Qué esperas hacer en esta pelea, Kid? –preguntó el locutor de “Aquí los deportes”.

– Ganar

– ¿De veras crees que tienes posibilidades?

– Las mismas que mi rival. –dijo el Kid.

– Pero Joe Álvarez es muy joven y toda una promesa –dijo el locutor.

– Eso dicen siempre que uno comienza. Ustedes dicen eso de todos. Es siempre lo mismo.

– Ese muchacho promete, Kid, créemelo. Además es disciplinado y con ganas de llegar.

– Yo también quise llegar. ¿No recuerdas?

– O sea que reconoces que se acabó todo.

– Todavía tengo algo –dijo el Kid, mostrándole el puño cerrado.

– ¿Por qué estuviste tanto tiempo en receso?

– No estuve en receso. Anduve peliando por Ecuador.

– ¿Por qué no pelaste aquí? Tú siempre quisiste hacerlo en Cartagena, ante tu público.

– No me dieron oportunidades.

– Y ahora de pronto te las dan.

– Sí, yo sigo siendo un boxeador con gancho. De eso se dieron cuenta los empresarios.

– Por aquí se afirma –dijo el locutor– que la Asociación de Boxeo te quitó la licencia porque sufres de punch run.

Kid iba a contestar pero el locutor le hizo una señal con la mano para que esperara.

– Para los oyentes que no están enterados del significado de estos términos les informamos que punch run es un mal que le da a los boxeadores que han recibido muchos golpes, demasiados golpes, durante su carrera deportiva.

– Yo he recibido lo que reciben todos –dijo el Kid.

– Se caracteriza porque el que lo sufre camina como si estuviera borracho –agregó el locutor.

– Yo camino así por el aguaje, ¿sabes?

– Por padecer de punch run fue que la Asociación de Boxeo despojó de su licencia de boxeador al Kid Mercado. ¿Cómo es que ahora vuelves a pelear? –preguntó el locutor.

– Fíjate que conseguí un certificado médico donde dice que puedo pelear.

- Teniendo punch run te expones a sufrir una parálisis si recibes más golpes.
- Yo no estoy tan mal. Déjate de exageraciones.
- Espero y toda la afición también espera que sea cierto lo que dices, sería lamentable que otro de nuestros valores boxeriles quedara inválido por no haber parado a tiempo.
- Pues no se preocupen, el doctor Gamboa, que es experto en neurología me vio y dijo que podía peliar.
- ¿Y por qué no te hicieron un electro o un encefalograma? –preguntó el locutor, haciendo un movimiento con la mano.
- Porque en esta ciudad solo hay un aparato para sacar esas cosas –dijo el boxeador visiblemente molesto–, y los turnos están copados hasta dentro de dos meses.
- Bueno, confiemos en el médico que te dio el certificado. Y dime, ¿cómo te sientes para el compromiso?
- Estoy entrenando. Mi entrenador me encuentra bien.
- ¿El Lobo Marino?
- El mismo.
- El locutor hizo un gesto extraño y preguntó:
- ¿Te sientes en forma?
- Sí, mejorando cada día.
- Aquí entrevisté ayer a Joe Álvarez, y dijo que acabaría contigo fácilmente. Que la pelea será un paseo por La Boquilla.
- Eso es fácil de decir, en el ring se verá lo que pase.
- También dijo que tú eres un boxeador sin nada en los guantes, que en cambio él tiene un gancho que tú no serás capaz de detener.
- Eso hay que verlo. Por lo menos hasta ahora me va ganando con la lengua.
- Te deseo suerte Kid –dijo el locutor. Y despidiéndose agregó: Ojalá no te vaya a dar una paliza como la que te propinó Huracán Florez.

El boxeador visiblemente molesto trató de decir algo pero la propaganda entró al aire y el locutor fue a contestar al teléfono. Se levantó de la silla y salió en silencio, con cierto alivio de que hubiera terminado la entrevista. Se sintió feliz balanceándose por las asoleadas calles de Cartagena.

QUINTO

Dos horas y media después de la hora señalada se inició la velada boxística. El público que había asistido desde temprano a las tribunas gritaba y arrojaba toda clase de cosas sobre el ring. A uno de los empresarios le preguntaron por una emisora las razones de la demora y dijo que se debía a la taquilla que era mala y esperaban que mejorara un poco.

Cayeron unas gotas de lluvia y la gente se desesperó más. Desde lo alto de las graderías se oyeron ruidos de madera que quebraban, la policía tuvo que subir a poner orden y evitar que echaran abajo el circo teatro.

Antes de la pelea de Kid Mercado y Joe Álvarez, el locutor divisó sentado en ring side al doctor Gamboa.

—¿Es cierto que el Kid no sufre de punch run? —preguntó

El médico mostró sorpresa por la pregunta.

—¿Quién dijo que no? —preguntó a su vez.

—En una entrevista que le hice para “Aquí los deportes”, dijo que usted lo había autorizado para pelear.

—Es cierto —dijo el médico—, pero eso no quiere decir que no tenga punch run.

—¿Entonces cómo fue que lo autorizó para pelear?

—Porque ya había recibido plata adelantada y no se podía echar atrás el combate, usted sabe que es un combate oficial y si no lo hacía me tiraba la programación.

—Según entiendo —dijo el locutor—, si el Kid recibe un mal golpe puede quedar lisiado de por vida.

—Esperemos que no suceda eso —dijo el médico—. Él me aseguró que estaba bien entrenado. Confío en que podrá cuidarse.

—Gracias, doctor —dijo el locutor.

Kid Mercado fue el primero en subir al ring. Lucía una bata azul celeste descolorida y gastada en los codos y los hombros. Una toalla cubría su cabeza. A su lado iban el entrenador y el masajista. Pasó bajo las cuerdas con la ayuda de sus second que mantuvieron pisada la de abajo y suspendida la de arriba. Saltó a la lona con los brazos en alto y danzando. Se paró frente a la esquina asignada y flexionó varias veces las piernas. Cuando Joe Álvarez subió, ataviado con una bata de piel de tigre con cuello peludo, se escuchó una cerrada ovación del público. Kid se había despojado de la toalla y practicaba la bicicleta.

Sentado en la esquina el entrenador le vendó las manos y luego calzó los guantes, mientras el masajista le embadurnaba la cara con vaselina.

—¿Cómo te sientes Kid? —preguntó el locutor subiendo hasta su esquina y acercándole el micrófono.

—Bien, tú sabes.

—¿No estás nervioso?

—No, porque tú sabes que yo soy viejo en esto.

—¿Y los reflejos cómo andan?

—Funcionan bien, ya lo verás.

— ¿Sí te preparaste a conciencia?

— Claro, tengo que lucirme para que me sigan dando peleas.

El árbitro llamó a los boxeadores al centro del ring y ordenó a las demás personas que salieran. Los instruyó sobre el comportamiento que debían mantener durante la pelea. Sonó la campana y empezó el encuentro.

Ambos habían pesado ciento treinta y cinco libras, en el límite de la categoría ligero, pero Joe Álvarez lucía más corpulento, tenía los hombros redondos y bíceps musculosos. Kid se movía nerviosamente, a todos lados, en forma excesiva. Soltó el jab, en látigo, recogéndolo demasiado pronto. Álvarez lo bloqueó sin dificultad pero no respondió. Se volvió hacia atrás rápido y giró en torno de Álvarez dejando caer otro jab que no llegó a su destino. Ahora Joe avanzó con un recto de izquierda que Kid esquivó con ágiles movimientos de cabeza y cintura, y ripostó inclinándose con un golpe sobre las costillas de Joe, éste retrocedió hasta el centro del ring para luego dar un paso adelante y soltar un gancho de izquierda y un cross de derecha que tropezaron la guardia cerrada de Kid Mercado, zarandeándolo. El público se puso de pie y sonó la campana.

En la esquina le preguntó al entrenador:

— ¿Cómo me ves, Lobo?

— Buen comienzo —respondió el entrenador— mantente así, alejado. Boxéalo. Recuerda: aléjate de su izquierda, muévete...

En el segundo asalto Kid colocó un buen jab en la cara de Álvarez obligándolo a retroceder. Bajó la guardia un poco y Álvarez lo alcanzó con un gancho de izquierda botándole el protector, luego un golpe en el estómago lo obligó a irse al clinch, amarrándolo. Álvarez trató de sacudirlo pero no pudo quitárselo, fue necesaria la intervención del árbitro que gritó break. En la esquina el entrenador le recordó que se cuidara y no se desesperara, que buscara la media distancia peliando y saliendo como en el primer asalto. Le echaron más ungüento en la cara.

El tercero fue su mejor raund. Haciendo gala de suficiente energía disparó todos sus golpes con precisión al cuerpo de Álvarez, quien sorprendido trataba por todos los medios de mantenerse alejado de los puños de Mercado. En las cuerdas, el Kid se meció a su antojo, como en las buenas épocas, escapando ladinamente entre los guantes del rival, martillándolo en el plexo sin mayores consecuencias. Álvarez estaba aturdido, nunca imaginó que el Kid se pudiera mover con tanta rapidez. El público, de pie, aplaudía. Los locutores hablaban del reencauche del Kid Mercado. En su silla de ring side el doctor Gamboa estaba contento.

— Doctor Gamboa —dijo el locutor, acercándole el micrófono—, ¿cómo le parece la actuación de Kid Mercado?

— Maravillosa —dijo emocionado—, no imaginé que estuviera tan bien, mejor de lo que dijo. No hay que alarmarse.

En su esquina, Kid Mercado preguntó a su entrenador:

– ¿Cómo me ves?

– Bien, muchacho, como en tu época de oro.

– ¿Crees que podré ganar?

– Si mantienes ese ritmo durante toda la pelea puede ser –dijo el entrenador para darle ánimos, sabía que ni con buen estado físico podría mantener el ritmo del tercer raund. “Está haciendo el gasto”, pensó.

Durante el cuarto asalto Kid se dedicó a bailar, corriendo de un lado a otro en el ring, rehuyendo el combate, pero al final del raund se acercó a Joe Álvarez, tratando de sumar puntos con el jab que no hacía daño. Álvarez dio un paso hacia atrás, lo dejó acercarse y disparó un gancho violento que lo estremeció. Desesperado trató de agarrarse al cuerpo de Álvarez cuando sonó la campana.

En la esquina dijo a su entrenador:

– Me siento mal. Me agarró bien con el gancho.

El entrenador le miró los ojos vidriosos. Kid volvió a hablar entrecortado:

– Me siento mal..., no sé.

– Trata de mantenerte en pie –dijo el entrenador–, pero si no puedes dímelo para tirar la toalla.

– Eso no, si no me mantengo de pie durante 7 raunds por lo menos, no tendré mas oportunidad de peliar.

Varias veces se imaginó andando de un lado a otro de Cartagena sin nada que hacer, mendigándole a los amigos para poder vivir. Eso lo haría al principio, después no tendría amigos y sería preciso robar. Recordó al beisbolista Petaca Rodríguez.

– Entonces cúbrete bien –dijo el entrenador–. Y trata de mantenerte alejado. Aprovecha tus largos brazos. Procura mantener la derecha arriba –dijo, enseñándole cómo debía cubrirse la cabeza.

Joe Álvarez salió dispuesto a finiquitar el combate. Avanzó hasta encerrar al Kid en una esquina neutral y lo golpeó despiadadamente. El árbitro intervino para separarlo y en el centro del ring el Kid apenas podía cubrirse cuando una derecha cruzada lo hizo aflojar la guardia y una izquierda corta lo alcanzó en la cara, tirándolo a la lona.

Trató de incorporarse cuando se inició el conteo, pero la campana volvió a salvarlo. Sus second lo cargaron y lo sentaron en el banco. Lo pusieron a oler amoníaco para que se reestableciera mientras el masajista hacía su trabajo. El entrenador le humedeció los labios. Atolondrado aún, farfulló:

– No siento las piernas. Dame masajes ahí –indicó.

- No te preocupes que vas a estar bien –dijo el entrenador. –Huele otra vez el amoníaco.
– ¿En qué raund vamos? –preguntó.
– Vas para el sexto –respondió el entrenador, mirando al masajista –si quieres paramos la pelea.
– No, eso no. Yo estoy bien, pero las piernas las siento dormidas.
Sonó la campana. Joe Álvarez salta al centro del ring. El Kid se levanta trabajosamente y avanza unos pasos cuando la noche, más oscura que nunca le extravía el camino.

MIGUEL FÁLQUEZ-CERTAÍN*

La espina aguda del deseo

*“Sentir otra vez, como entonces,
la espina aguda del deseo...”*

“Jardín antiguo”, **Luis Cernuda**

*“El mundo era sin límites, igual a mi deseo.
Frente al afán de ver, de ver con estos ojos
que ha de cegar la muerte, lo demás, ¿qué valía?”*

“Quetzalcoatl”, **Luis Cernuda**

Carlos Alberto Rivadeneira espantó las palomas que picoteaban en el parque y recogió una colilla del suelo. Al frente, el Paseo Colón comenzaba a llenarse de turistas alemanes con cámaras fotográficas y camisas estrambóticas y de marineros que desembarcaban de pequeñas lanchas en el malecón y se dirigían alegres hacia Las Ramblas. El cielo parecía un helado de moras y de fresas y el viento agitaba levemente las velas de la imponente carabela –réplica de la Santa María– y a los pequeños carros del teleférico que ascendían hacia el Museo Miró.

Carlos Alberto alisó con ansiedad la colilla, la prendió, aspiró profundamente y dejó que el humo se le escapara por la nariz y por los labios entreabiertos. El placer que le produjo el sabor picante del tabaco negro en la lengua hizo que olvidara por un instante todos sus

* Barranquilla, 1948. Licenciado en Literaturas Romances, Hunter College, 1980. Doctorado en Literatura Comparada por New York University, 1985. Ha obtenido abundantes distinciones por su trabajo en poesía, prosa y dramaturgia. Se le abona además su oficio de traductor literario, así como el de ensayista y crítico de cine y teatro. Ha publicado el libro de cuentos *Bajo el adoquín, la playa*, 1990, con el que fue finalista en el concurso de literatura Letras de oro, convocado por la Universidad de Miami. Con *La espina aguda del deseo* se llevó el primer puesto en el concurso de cuentos organizado por Hunter College, 1984. Otras publicaciones han sido *Reflejos de una máscara*, 1986; *Poemas en cámara ardiente*, 1989; *Usurpaciones y decidios*, 1993.

problemas. “¡Qué hermosa era la vida!”, pensó; “¡qué increíble sería tener dinero en los bolsillos, ir a un buen restaurante y saborear despacio un Carlos I, y a las gambas y a las vieiras de una paella valenciana!”. Sintió que no tenía a quién recurrir. Solo. Estaba solo. Y sucio. Hacía una semana que no se duchaba; no tenía sesenta pesetas para el baño en el hostel. No había escapatoria. No. Los días venían sin resquicios, iguales los unos a los otros, marcados tan sólo por la larga caminata a las once de la mañana hasta el consulado colombiano con la esperanza de encontrar una carta con dinero adentro que le sacara de apuros hasta cuando encontrara trabajo. Pero no llegaban. Pero no conseguía trabajo. Pero...un callejón sin salida. La vida no era hermosa, no. Injusta. Una pila de mierda. Un círculo vicioso. Sin residencia no hay permiso de trabajo, sin permiso de trabajo no hay residencia. Franco muerto; trabajó para los españoles. Las ambiciones que le habían empujado a abandonar todo y venirse a España en busca de oportunidades, de escribir, estudiar, trabajar de intérprete o traductor, todas hacían ya parte de los recuerdos —memorias amargas de un Carlos Alberto endeble ahora, duro por dentro, ahogado en la indiferencia de tantas puertas cerradas, tantos vacíos y humillaciones que le escupieron en la cara—. Por lo menos Xavier de Mena, su compañero de aventuras, tenía el tiquete de regreso. Pero él, nada. Pero él, sólo un cuerpo de escasas cien libras y ni un pedazo de tierra en donde caerse muerto. Ya habían vendido la mejor ropa que habían traído, y por una porquería. Y la máquina de escribir. Y los libros. Todo. Tres días sin comer, a punta de pan y agua para engañar al estómago. Tan sólo por un rato, tan sólo durante el día. Porque por las noches no podía dormir. Se despertaba sobresaltado y con cólicos. Vomitaba y se quedaba despierto pensando cómo solucionar su vida, hasta que le sorprendía cansado la luz del alba que se colaba por los visillos, y caía entonces en duermevela, acosado por pesadillas que le hacían sudar más de lo necesario en el calor asfixiante de agosto. Ya ni la sangre podía vender. La última vez que fueron, se negaron a sacársela porque estaba muy flaco. Desnutrido. Acabado. Un saco de huesos. Qué hacer, qué hacer, qué hacer, qué hacer. ¡No joda! Ni para mendigo servía. La cara se le caía de vergüenza y al final Xavier lograba que le dieran uno o dos duros que no alcanzaban sino para un pan o una naranja. Los hombres a los que se les acercaban a la salida del metro, con sus trajes y sus zapatos relucientes, se ponían furibundos, se apartaban asqueados como si les fueran a pegar la lepra, y les decían, “¿Y vosotros qué creéis, que a mí no me cuesta trabajo ganarme la vida? Buscar trabajo”, y se escurrían por las escalinatas como huyendo de la peste. “Prostituirse. Es la única salida”, le decía Xavier. “Hay varios bares en el Barrio Gótico adonde van los chulos. Tú estás bueno, y seguro que no te va a ser tan difícil encontrar uno que te pague”. Eso o lanzarse desde el Montjuich al mar y acabarla de una vez por todas.

Carlos Alberto tiró la colilla y la aplastó con el zapato. Las parejas regordetas y sonrosadas iban alegres, listas a divertirse. “Hijos de puta, ojalá se atraganten y se asfixien con la comida”, pensó con rabia. Se levantó de la banca y se dirigió hacia el Barrio Gótico. Tal vez Xavier ya había llegado al hostel, a lo mejor había tenido suerte, quizá.

Se detuvo en la esquina de la Calle del Vidrio. Al frente se veía el Hostal de la Alondra, con su puerta inmensa y descascarada, salida de goznes. Se acordó que debían dos semanas de hospedaje: mil cuatrocientas pesetas. “¿Y si me topo con el dueño?”. Titubeó por un instante, pero atravesó la calle. Subió las escaleras sigilosamente. Frente al escritorio de la recepción, en un sofá destartado y con la tela desteñida y deshilachada, dos viejos conversaban en catalán. Le pidió la llave de la habitación a la mujer que estaba en el escritorio; ésta le hizo un mohín, se la entregó, y Carlos Alberto se fue a su habitación. Xavier no estaba, pero encontró una nota: “Me fui al malecón. Tal vez tenga suerte esta noche. Olvida el orgullo y haz tú lo mismo. Te veo luego”. Carlos Alberto rompió con rabia el pedazo de papel y se tiró en la cama. Sintió que un nudo se le formaba en la garganta y sin darse cuenta empezó a sollozar. “Hija de puta vida. Me cago en Dios y la corte celestial va de culo”. Al rato se quedó dormido.

Cuando se despertó el cuarto estaba en penumbras, interrumpidas intermitentemente por las luces de neón del aviso del bar que quedaba al frente del hostal. Prendió la luz y miró el reloj despertador: las diez de la noche. Se desvistió perezosamente hasta quedar completamente desnudo. Fue al lavamanos frontero a la cama y se miró en el espejo. Tenía los ojos hinchados: unas ojeras profundas, violáceas, los circundaban. Se enjuagó la cara. Humedeció una toalla y se restregó el cuerpo. Luego se tiró el prepucio hacia atrás y se lavó el glande con agua y jabón. Empapó la toalla y se limpió el ano. Cogió la botella de agua de colonia y la esparció generosamente por la cara y el cuerpo. Se puso unas vermudas justas, una camiseta sin mangas, calcetines blancos y zapatos tennis. Apagó la luz y cerró la puerta. Al pasar por la recepción entregó la llave, bajó las escaleras apresuradamente y se lanzó a la noche.

Empezó a caminar despacio por las calles angostas del Barrio Gótico, fingiendo lujuria en los ojos cuando veía a alguien caminando por las aceras. Algunos le miraban brevemente, pero seguían de largo. Se detuvo en el número diez de la Calle del Vidrio cuando escuchó a Rolando Laserie cantando “Las cuarenta” en el traganíquel del bar del ecuatoriano. Sabía que allí tenía crédito. En otras ocasiones había recibido cheques en dólares que algunos amigos le enviaron, y el ecuatoriano siempre se los cambiaba. Buena persona, el ecuatoriano. Se habían hecho amigos cuando descubrieron que ambos tenían una pasión escondida por la música de la vieja guardia —Casino La Playa, La Sonora Matancera, Pérez Parado, Rolando—. Decidió entrar y ordenó una cerveza. Le dijo al ecuatoriano que se la pusiera en la cuenta. El bar estaba lleno de putas jóvenes que le saludaron con simpatía y de improviso se dio cuenta que ahora las comprendía mejor que nunca. “Las cuarenta” volvió a sonar. Se dijo que allí estaba perdiendo el tiempo; apuró la cerveza pensando que por lo menos algo de alimenticio tenía. Se despidió del ecuatoriano y las mujeres, y salió.

Se adentró en el barrio por calles cada vez más oscuras, por barras y tascas de donde salían canciones flamencas y gritos de “joder, macho”. Cuando dobló una esquina vio que en

su dirección venía un grupo de marineros borrachos. Aminó el paso. Al pasar a su lado, uno de ellos se le quedó mirando fijamente. Era rubio, alto, fornido, de unos treinta y cinco años, con ojos de un azul prístino. Carlos Alberto le sonrió y siguió caminando. El marino le llamó: "Hola, amigo. *Do you wanna join us?*". Carlos Alberto se dio media vuelta. "*Sure*". "*Atta boy*. ¿Habla inglés?". "*Ido*", le contestó Carlos Alberto. El marinero le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla. "*!Great!*", dijo.

El marino se llamaba Joe. Él y sus tres camaradas habían desembarcado esa misma tarde pues tenían el día libre. Debían regresar al barco a las cinco de la mañana, les pasarían revista a las siete, y a las nueve zarparían. Joe le presentó a sus amigos.

Dos calles más arriba, cerca de la estatua de Berenguer, el conde de Barcelona, se toparon con un bar al estilo americano en donde se escuchaba música disco y estaba provisto de aire acondicionado. "*This place is great, babe! Let's have some fun*", dijo Joe.

Se sentaron a la barra, y los otros marineros se dispersaron por el bar entablando conversación con muchachos jóvenes y hermosos, de vaqueros ceñidos y piel bronceada, que estaban apostados por todos los rincones. Joe le compró un Scotch con agua y empezó a besarlo apasionadamente, restregándole la lengua por la cara, mientras le agarraba las entrepiernas con una mano y el trasero con la otra. Carlos Alberto sintió que se estaba asfixiando y se apartó avergonzado. "*You're too much, d'you know that?*", le dijo tratando de controlar su timidez. "Estás muy borracho, Joe". "Nada, nada, estoy mucho bueno". Carlos Alberto se sonrió y se bebió el trago de un tirón. Pensó en lo que diría Xavier si le viera ahora. "¿No querías España? Bueno, come España", le diría, y terminarían riéndose. Si no fuera por el humor que aún conservaban ya estuvieran locos o se hubieran matado hacía mucho tiempo. "¿No querías España? Bueno, come España".

– Joe, hay algo que debo decirte antes de que...

– ¿Que eres un chulo? *No problem!*

– Es que no he comido...

– No problema –le interrumpió Joe–. Yo tener dinero. Yo dar dinero a ti. No problema.

Carlos Alberto respiró aliviado. Por lo menos mañana tendrían algo que comer.

– Vamos a mi hostel. Allí podremos hacer el amor.

– ¡*O.K., babe*! – y dirigiéndose a sus amigos: *Bye-bye guys. See you later.*

Joe y Carlos Alberto subieron las escaleras de la Alondra. Las luces de la recepción estaban apagadas, con excepción de una lamparita en el escritorio. Carlos Alberto le indicó a Joe que se quedara detrás de la puerta de entrada hasta que él consiguiera la llave de la pieza y le avisara. El recepcionista estaba dormitando. Carlos Alberto alcanzó la llave sin hacer ruido y llamó a Joe quien vino en puntillas, tapándose la boca para contener una risa nerviosa.

Entraron en la habitación, Carlos Alberto cerró la puerta silenciosamente y encendió la luz. Joe, como movido por un resorte, la volvió a apagar.

Al principio, de pie los besos, los abrazos mutuos, las entrepiernas restregadas, la contundencia de los penes erectos bajo las ropas acrecentando la lujuria de ambos, mordisqueo de orejas y de cuellos, manos que recorren los muslos ahora tensos, heridos por la aguda espina del deseo, sin anunciarse llega el mordisco centelleante que rompe los labios de Carlos Alberto, y con él, el grito herido, la rabia, el terror y luego, el empujón certero que le hace caer sobre la cama, las bofetadas y la mano potente, firme, tapándole la boca y el crujido de la franela que se rasga, la mordaza que le calla, el vuelco del cuerpo, las manos que le atan, el miedo y el pánico y la asfixia y el gemido, largo, interminable, el gemido, y el cuerpo que trata de incorporarse con el último esfuerzo, que se desgonza, cae abatido, las bermudas que se rompen, los azotes en las nalgas desgarrándole la carne, la lengua arrastrándose en la espalda, los dientes mordiendo los glúteos inmisericordemente, y de repente el pene, enorme y grueso y blanco y rosado como porcelana china, la lengua inquieta, bífida, rebuscando el ano, y de improviso el golpe, el grito ahogado, el recto penetrado, los gemidos y el movimiento agresor, acelerado, destruyendo los tejidos, y la sangre saliendo a borbotones, el estertor, el ronquido, la asfixia, el llanto, la aguda espina del deseo ahora satisfecha, finalmente desplomándose con el último suspiro.

—Top of the world, babe—dijo Joe con la voz entrecortada.

Eran exactamente las cinco de la mañana cuando Xavier atravesaba la Calle del Vidrio. La madrugada estaba fresca y finas gotas de rocío le humedecían el rostro. El cielo se veía despejado, teñido de un azul indigo, sin luna y con escasas estrellas, y tan sólo al oriente una emanación blancuzca formaba una línea difusa que anunciaba el alba.

Xavier entró a la Alondra y buscó la llave en la pared de la recepción. El viejo seguía dormitando. Al no ver la llave en el gancho número siete se fue directamente a la habitación. Ya en la puerta se dio cuenta que estaba entornada y la abrió lentamente, pero cuando vio a Carlos Alberto desnudo, bocabajo, con las muñecas amarradas en la espalda, las sábanas manchadas de sangre, la espalda marcada de rejazos y el cuerpo inerte, empujó la puerta de un golpe.

—Carlos Alberto, Carlos Alberto. Qué pasa, mi hermano. Contéstame, Carlos Alberto—dijo abalanzándose sobre la cama, sacudiéndole.

Carlos Alberto empezó a gemir. Xavier le soltó la mordaza, alcanzó una toalla y le limpió el cuerpo.

Carlos Alberto se puso a llorar inconteniblemente mientras trataba de reconstruir con una coherencia que cada vez se le hacía más difícil de encontrar las peripecias de aquella noche infausta.

- Creí que me iba a matar, el malparido –terminó diciendo entre sollozos.
–Ya, cálmate, ya pasó todo, afortunadamente –le dijo, acariciándole la cabeza.
– Mira –dijo de pronto Carlos Alberto, señalando la mesa de noche–. Me dejó veinte dólares. Por lo menos tendremos con qué bandearnos por un par de días.
– Por lo menos–. Hizo una pausa y añadió con sorna– Carlitos, ¿y no querías España? Bueno, come España.

Se abrazaron riéndose convulsivamente y sólo la luz del aviso de neón del bar de enfrente dejaba ver de vez en cuando las lágrimas que rodaban por las mejillas de ambos.

ROBERTO BURGOS CANTOR*

Aquí donde usted me ve

Aquí donde usted me ve cuando yo vine esto no era barrio ni era nada un deseo de seguir vivos y esa ilusión de un pedazo de patio con techo para cantar por la mañana para no dejarnos enfriar por ahí dejados de la gracia y con hambre era inventar de nada con puro deseo y ganas y los pocos que éramos estábamos todos no se había muerto nadie no habían matado a ninguno y lo digo sin engaño eran los mismos tiempos de mierda que ahora los tiempos verdad son obstinados tramposos y cuando uno quiere darse cuenta lo van destruyendo mientras uno pasa no había calles apenas esos caminos que de tanto pisar dejan los pasos y la loma contra la que recostamos las casas y nos cubría del viento frío con gemidos que salía de la ciénaga un viento raro que se quedaba en los huesos como un dolor y así íbamos día a noche vive y vacila poniendo ladrillos desarmando cajas de madera y cartón y también peleando con la policía porque los terrenos eran ajenos y ese cuento para los pendejos pero aquí estamos y puedo decir sin equivocarme que en este mundo no hay sitio peor ni mejor que éste y a pesar de tanto pintamos para embellecerlo y me doy cuenta aunque ya no salgo casi y pierdo esa alegría la alegría de sentir que íbamos construyendo un sitio lindo propio una estación de la felicidad y todos así Alejo que tenía una sola bicicleta antes de abrir su patio para taller y para alquilar las que iba armando las pintaba de colores de risa vanidosos brillantes toda la luz de enero y yo no veía sino brillo y príncipes y reyes y mujeres con el amor en las barajas que no dejaban asomar a la desdicha y las casas fueron

Cartagena, 1948. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Colombia. Cuentista, novelista y ensayista. Inició su carrera literaria con la publicación del cuento "La lechuza dijo el réquiem", publicado por Manuel Zapata Olivella en *Letras Nacionales*, 1965. Ha publicado los libros de cuentos *Lo Amador*, en 1981, de Colcultura; *Lo amador y otros cuentos*, de La Oveja Negra, 1986; *De gozos y desvelos*, 1987; *Y quiero es cantar*, 1998; además de las novelas *El patio de los vientos perdidos*, 1984; *El vuelo de la paloma*, 1993 y *Pavana de Ángel*, 1995. En los años noventa fue Cónsul de Colombia en Austria. "Aquí donde usted me ve" fue tomado de *Lo amador*.

tomando cuerpo contra el aire azules y rosas con nombres junto o encima de las puertas y el personal cantaba y se le metía duro cargando piedras cartones maderas desde el amanecer y tan pronto regresaban del trabajo los que trabajaban después no estábamos tan apresurados con las construcciones de techos calles y desagües y aprendí a leer el destino mientras armábamos el teatro lo primero que aquí hicimos cuando terminamos las casas fue un teatro.

Aquí donde usted me ve cada día más borroso el destino más perdido y claro el pasado detenida la memoria los días que parece no pasaran repitiendo su aburrido estar con muertos y vejez con el silencio que nos deja la canción que nadie inventa recorriendo el comienzo una y varias veces sin ver allí señales de lo que se vino y sin saber buscar en el orden de las barajas el desorden del destino yo no aprendí ese buscar el destino ajeno por bruja ni por entrometida sino que un sueño me dijo que lo leyera para poder modificarlo y no entendía bien por qué hay que modificar el destino pero ya cansada y dolida esa noche que no podía dormir con la desgracia suelta por todo el barrio la noche de la madrugada que mataron a Atenor Jugada lo vi y sentí que el destino nos lo había robado y dígame cómo vive usted con un destino prestado pero ojalá ahí sigues tropezándote sin tu caminado y eso que no dejamos de buscar el paso.

El personal se burla dice que no puedo leer ya el futuro y el imprevisto en las barajas porque tengo demasiados recuerdos y ciego el corazón pero vienen y me cuentan los desastres del amor lo esquivo de la fortuna lo difícil y teso de la desilusión que se va gastando las ganas y vuelven a soñar con la carta que anuncia la figura a caballo en tres lunas tres sueños tres acontecimientos y no es que se equivoquen las barajas o nos engañen sino que la carta se pierde y una carta extraviada en los vericuetos del destino no llega nunca ve usted en cambio le tengo miedo a las barajas volteadas a las que se me escapan de las manos y me anuncian un dolor una pérdida por eso es que me quedo a veces mira que mira el tiempo de atrás a ver si descubro dónde se me escondió el futuro dónde se dañó y nos dejó con esta hornilla apagada y el café frío y por más que miro nada quedo loca pensando en blanco con ganas de reírme de tanta tristeza.

Aquí donde usted me ve cuando yo vine esto no era barrio ni era nada y el teatro qué vaina tan linda para el llanto y para el sueño una sala grande descubierta que en el verano fresco de enero empezaba la vespertina a las siete porque no oscurecía antes y si uno recostaba la cabeza contra el espaldar de la silla veía las estrellas moviéndose por el cielo o la luna de julio que estaba encima de la sala al comenzar la nocturna y en esos tiempos íbamos más a cine que a los bailes sobre todo los sábados y los domingos que la función era con dos películas qué dobles y si llovía tocaba apiñarse debajo del cuarto del proyccionista y ver un desierto a través del agua cuando levantamos las paredes del teatro el municipio nos ayudó poniendo el proyector y las rejas de hierro de la entrada la taquilla estaba a la izquierda un hueco

redondo por el que no se veían sino las manos y se oía la voz quedó linda la fachada del frente unos girasoles de cemento en relieve encima de la puerta y dos como granadas grandes en los extremos de la parte alta coronando el nombre lo regaló el municipio y supimos que así se llamaba la esposa del alcalde la noche de la inauguración: *Laurina* y me sé de memoria la primera película que dieron en el teatro Laurina que para mí fue la primera primera que vi en toda mi vida y me la vi enterita veinte veces más las veces que la he soñado diga usted es una película que siempre me hace llorar como cada vez que lloro.

Aquí donde usted me ve cada día más difícil lidiar el desencanto lo que queda de esa ilusión que nos ayudó a inventar este barrio y que nos mantiene vivos a pesar de todo es una ilusión duradera que de pronto nos deja morirnos sin ningún arrepentimiento y preserva el deseo que no se pudre evitando perdernos en la mentira tan sólida en estos días y lo digo no por amargura, la amargura no tiene lugar en mis años ya largos y aquí que yo sepa nadie sufre de amargura eso sí los que se han matado como la mamá de Mabel Herrera se murieron de piedra usted sabe la piedra es una tristeza tan grande que no cabe en el corazón y le rompe a uno la vida pero es bien distinta la tristeza a la amargura la tristeza es por las ganas tan verracas que tenemos todos de ser felices de cantar una canción no esa felicidad idiota por cuotas sino un estado de dicha que a medida que caminos aumente el goce no sé si aquí donde usted me ve será la vejez que me pone a pensar estas cosas pero yo que he corrido para ayudar cada vez que nace alguien que me sabía la historia enterita de cada uno usted cree llorando a veces detrás de la puerta por lo que iba a pasar como esa vez que le dije al papá de Mabel Herrera él vino a despedirse de mí antes de irse a Venezuela le dije si te vas y te vas a ir vas a causar una muerte se me quedó mirando y se rió vieja si yo no me voy de chofer para atropellar a nadie voy a trabajar en una orquesta ya verás que compongo la canción del barrio y te nombro a tí hasta ahora quien convence a la gente que pare su destino si el desespero acosa y no es falta de voluntad no sé si seré una mala echadora de las barajas me canso de que el príncipe en el caballo pierda el camino o el oro se esconda bajo la sota de basto y esa esperanza se haya olvidado de nosotros quiero salir gritando que esta vida se gastó que inventamos otra desde el principio igual a cuando empezamos el barrio.

Aquí donde usted me ve cuando yo vine este no era barrio ni era nada y el teatro Laurina durante sus dos primeros años seguía llenándose y cada tercer día cambiaban el programa el que más duró fue el del primer día porque la gente pedía que lo volvieran a pasar lo pasaron todo un mes y medio la primera película que vi en mi vida y siguieron con el pavimento para las calles: eso fue un discurso porque cuando tuvimos una reina *Aracely Ira*.. todavía nos tocaba andar a brincos y por tablones en los meses de lluvia o regar agua con una olla en la calle en los meses de verano para que el polvo no nos cambiara el color de las cejas y tapara los retratos colgados en la sala pero las calles las formamos nosotros y les

pusimos nombres como a las casas nombres que dependían de quien viviese así la calle del Alejo donde él tiene su taller para las bicicletas y otros que han tapado el primero como la calle donde mataron a Atenor Jugada que antes se llamaba la calle sol porque nunca daba la sombra ya ve usted qué iba yo a pensar que esto se iría volviendo un sitio tan crecido que tendría gente que no conozco gente que tan pronto pueden se mudan porque están de paso y este no es su sitio y otros que se van quedando con cariño fijese el periodista hace ya cuánto vive en la accesoria de mitad de la calle el periodista que se le fue la mujer para San Pablo dicen con los revolucionarios yo no sé por San Pablo hay tanto acordeonero embaucador engañan a las mujeres con los pajaritos de papel del amor que quién sabe el periodista nunca me dice que le lea las barajas se queda a tomar un café conmigo y me pregunta que cuándo fundaron el barrio que cuál fue la primera película que dieron en el teatro Laurina que cuál fue la primera película que vi en toda mi vida que por qué mataron a Atenor Jugada que cuántos se han ido para Venezuela y yo no necesito mirar las barajas para verlo a él que es un muchacho leído desde su silencio se le nota no habla mucho y es triste de esos tristes para siempre yo lo molesto y le digo que tiene que cambiar de barrio que aquí como una maldición todos vamos perdiendo algo un sueño la mujer la cabeza la vida el marido una canción a veces viene con la grabadora me río le digo que no soy reina ni cantante no sirvo para crónicas mi tiempo se pudrió.

Aquí donde usted me ve cada día más desmemoriada intento recordar y me siento sola ese solo que cubre los retratos con su amarillo hasta gastarlos me cuesta dificultad caminar no tengo dónde ir y lo único que pienso lo estoy viendo son las primeras casas el taller de bicicletas de Alejo el teatro Laurina esos días que andábamos cerca de la ilusión la teníamos agarrada pero parece que nada queda apenas el otro día fui donde Alejo para hablar sentirme acompañada en estos tiempos y el taller estaba cerrado que andaba manejando un taxi que compró y así nos fuimos volviendo parecidos a algo que no éramos que está muy lejos de lo que quisimos inventar no me quejo de qué sirve quejarse diga usted apenas lo cuento si fuera cantante otro sería el contar pero nunca me salió en la barajas la vos y se me enredan los sueños sueño que mañana despierto camino el día avivo el carbón del anafe de pronto golpean a la ventana abro los ojos es de noche y aún estoy en la cama será que cuando me sueño dormida me toca morirme aquí donde usted me ve no sé dónde tengo puesta la cabeza fijese la primera película que yo vi en mi vida la pasaron muchas veces en el Laurina es una película italiana no era en colores el muchacho se llama roco sí nunca se me olvida roco tengo sueño o ganas de despertarme ahora no sé bien pero aquí donde usted me ve yo soy.

ANTONIO DEL VALLE RAMÓN

Un domingo en Nueva York

Por teléfono Felipa Muñoz llamó al capitán Eric Rojo para preguntarle si deseaba llevar un buque a Nueva York. Por unos segundos él guardó silencio; ella los tradujo en indecisión, y para ayudarlo le dijo que era “La Catleya”. Sus adversos alegaban que fue retirado de la Armada por su apego al trago; de la infrecuente navegación de cabotaje y de su modesta paga de jubilado soportaba la vida. Rutinariamente, a las once de la mañana, visitaba las oficinas de la Capitanía del puerto, situadas en el sexto piso de un edificio de perpleja arquitectura moderna, ubicado en el antiguo centro comercial de la ciudad. Llegaba bebido; cuando Felipa lo veía entrar, cantaba: “Con la nariz pumpá colorá”. Sonriente él la saludaba, por su rango y por las maledicencias que escuchaba de su probidad, no le daba un saludo a nadie más de los que encontraba allí; como tampoco contestaba el que le dirigía un despistado. Detenido frente al escritorio de ella preguntaba: “¿El buen Dios de los hombres justas está presto a socorrer a este pobre capitán? Con dolor, Felipa le replicaba: “Yo le aviso”; y seguidamente, lo regañaba afectuosa: “Pero deje de tomar para que le den un barco”. Bromeando, el capitán le decía que dejaría de hacerlo cuando ella se decidiera a comprometerse con él. Riéndose, Felipa le daba gracias mil por la oferta; sin embargo, no aceptaba por estar infelizmente casada.

Esa tarde lo llamó para darle la noticia; la que él calificó como una “buena nueva”.

Dormitaba una borrachera en el momento en que ella lo hizo; había dejado abierta la otra botella de whisky sobre la mesita de noche, y al lado del teléfono. El campanilleo del aparato lo despertó. Con el auricular pegado a la oreja, miró para la ventana abierta del dormitorio que, impávida, dejaba entrar la luminosidad de abril; detrás, entraba el calor, humedeciéndolo. Arriba, las aspas de un abanico encendido cortaban, sin descanso, el aire caliente. Para responderle a Felipa, esperó que el sopor del whisky no le borrara las ideas. Recordó “La Catleya”, la vio una vez más amarrada en el activo puerto de Jacksonville. Era una suerte de bañera gigante, sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial y de varios huracanes en las Antillas. Aunque se encontraba en buen estado. El primer oficial, de feral aspecto, hacía trabajar a la tripulación de cubierta hasta el desfallecimiento.

— ¿La puede llevar?— oyó que le preguntaba.

* Barranquilla, 1949. Historiador y docente. “La compatriota Sara” es el título del texto suyo finalista en el Concurso Nacional de Cuento de la Universidad del Atlántico 1981. Con “La prueba de tu amor” obtuvo el Segundo Puesto en el Concurso Departamental de Cuento Jorge Artel (Barranquilla, 1987) y con ese mismo relato le fue concedido el Tercer Lugar en el Concurso Regional y del Caribe de la Universidad de Cartagena, 1991. *Un asunto de honor* es el libro inédito con el que fue finalista en el Concurso Nacional de Cuento Ministerio de Cultura, 1998. El cuento escogido para esta antología fue tomado del libro “Un domingo en Nueva York” (Barranquilla, 2001).

– Claro– respondió sin ánimo.

– Entonces, lo esperan mañana en el puerto– le informó Felipa –“La Catleya”, zarpa a la una de la tarde.

– Le agradezco –le dijo él sin emoción, como si esperara desde siempre el suceso. Hizo una pausa para preguntarle qué le traía de Nueva York.

Del otro lado de la línea telefónica, el capitán oyo el silencio meditativo de Felipa.

Procuraba un deseo.

–¿Por qué mejor no se lleva Cristóforo? –le dijo tímidamente, y aventuró una lastimosa justificación–. Aquí no hace nada. Camina y camina las calles de Barranquilla buscando una mala hora.

Mientras él la oía, descubriendo sinceridad y esperanza en la voz, se bebió de un trago la cantidad de whisky servida en un vaso. Le dijo:

¿Y usted quiere que las camine allá? ¿Y que en Nueva York encuentre la mala hora?

Aquello era un reparo; con grave asombro, Felipa lo entendió. Tuvo que enmendar.

– No, no diga eso, Capitán. Usted sabe que yo, a él lo quiero mucho. Pero aquí vive con amargura.

Está bien –dijo el capitán–, basta que usted me lo pida. Avísele.

Esta última voz fue una orden, y colgó.

Sentado en la cama, pobló de gritos la habitación llamando a su esposa, una mujer con el rostro cruzado por la desdicha; con el cuerpo impreciso bajo la larga camisola. De las que nacen en los páramos del vasto país.

Frente a ella, le dijo:

– Alísteme la maleta.

– Zarparon del puerto sin lastre, bajo el descolorido sol de la una de la tarde del día siguiente. Iban por papel. La noche anterior, Cristóforo se hizo presente en el muelle, y una voz autoritaria lanzada desde lo alto del puesto de guardia de la nave lo hizo subir. No se detuvo en explicaciones ante el dueño de la voz; con parquedad le enseñó la orden de embarco como camarero del capitán. El sueldo no era bueno, pero no quiso contrariar a Felipa. Aunque lo segundo le importara menos que lo primero. Ella le consiguió para viajar una maltratada maletica con una vecina. Se la llenó de ropa y de ilusiones. Esa tarde Felipa le trajo la sorpresa feliz del trabajo. Cristóforo comía, en esos momentos. Dejó de hacerlo para prestarle atención. En él se sospechaba poco interés, sólo deseaba ser complaciente. Entusiasmada, Felipa le hablaba del viaje; del trabajo en el buque, del puerto de destino.

Cristóforo la interrumpió.

– A mí me gusta el mar; pero yo no soy marinero.

– Extrañada, Felipa se negó a entender que su marido deseara permanecer en el ocio; se negaba a admitir que seis meses de vacancia encanijara sus obligaciones de esposo y padre. Su vestido no correspondía a la pobreza decorosa y decente por la que ella trabajaba; sino al descuido aventurero de los que fatigan las esquinas y las calles, los prostíbulos y los garitos. Sobre la mesa en la que él comía, vio una edición barata y manoseada de *Los heraldos negros*. Todo aquello lo hizo enojarse; en lo profundo sintió que se jugaba la última carta, que de alguna forma él era bueno pero egoísta y algunas veces cruel como animal de presa y que, si se dejaba ganar por el amor o la comprensión acabarían por destruirse. Lo llenó de insultos y de amenazas.

La enorme embarcación levó anclas, despegándose lenta y majestuosamente del muelle e iniciando un giro perezoso en el centro del río, para quedar de proa al mar.

Bajo el notorio influjo del bar de “La Catleya”, el capitán tomó el mando; en las maniobras de zarpe, corregía las instrucciones del práctico al pilotín, por las de él, impartidas con una precisión de cábala erizándole los vellos al feroz primer oficial.

Cristóforo observaba con asombrado silencio; a ratos, por el inmenso vidrio de la cabina de mando, se dedicaba a mirar la ciudad con anticipada nostalgia; la vio vencida por un sol abrasador e íntimo. Se preguntaba: “¿Cuántos estarán haciendo el amor?, la vida y la muerte”.

“La Catleya” se abrió segura al Caribe mientras arriba la tarde resbalaba en un pálido azul en su profundo cielo. En seis días y cinco noches hicieron la travesía.

Por el balanceo del buque, pasó mareado dos días seguidos. Cadavérico, zigzagueaba por los pasillos de la nave, tropezándose con los demás marineros; y cuando estaba solo se aguantaba en las mamparas. Pero al oír los pasos de alguien venir en dirección hacia donde él se encontraba –ya fuera en babor o en estribor–, soportando su malestar y pidiéndole una tregua, se separaba de ellas con gigantesca dificultad. Le daba la sensación de quedar al filo de un abismo. Lívido, con el estómago en la boca y apretando los dientes fuertemente, se hacía al centro del pasillo; y mientras lo veía llegar pensaba, “sufre canijo, aguanta y no llorés”. Pues temió las burlas de sus recientes compañeros; todos, hombres curtidos en las labores marineras. Ellos presumieron delante de Cristóforo de haber cansado los diversos mares, o el único y solitario de nombres diversos.

El primero de sus días de aturdimiento, y en ejercicio de su humillación, bamboleándose, mientras llevaba en precario equilibrio el azafate con el monótono menú de la tarde al capitán, no vio el peldaño faltante de la escalerilla que subía rígida a la cabina de aquél; ruidosamente voló sobre el piso de la cubierta el pollo al vino, el pocillo de arroz blanco (nimbado del rojo de la salsa de tomate), las papitas a la francesa y el postre: una aventura de cocinero, coronado de rodajas de piña hawaiana. El aire iluminado de la tarde caribe lo

abatió frente a los marineros de cubierta que aún trabajaban, reparando dos plumas de proa; luego el barlovento, indolente, barrió de la cubierta las finas rastras de papas y los innumerables granos de arroz. Un marinero alto y silencioso, de aspecto patibulario, apodado “Tarzán”, le dio la mano para levantarlo; seguidamente, fue poniéndole sobre el azafate el pedazo de pollo y lo que quedaba del postre. Todo lo hizo Tarzán con un sentimiento diferente a su fama de camorrista.

El capitán fue enterándose del mal rato de Cristóforo, mientras examinaba conforme el repentino menú, desplegado en su mesa en varios platos por la rapidez de croupier del camarero de los oficiales de máquina. Sus carcajadas ahogaban el vivo y caricaturesco relato hecho por el feroz primer oficial. Hubo un momento en que éste le imitó su caminar zigzagueante, abandonándose a las mamparas para no caer.

En esos días, y algunas veces, el improvisado marinero estuvo lúcido; y en su claridad, no faltó el balanceo del buque. En una de esas dos tardes, y antes del crepúsculo, asomado a babor contempló un sol que no tardaría en ser rojo. En la noche siguiente, cuando vomitaba unas sopas horribles que el capitán le hacía tomar para darle “crudeza en el estómago”, de pronto el Caribe se reveló enorme, íntimo y misterioso. Luego de haber arrojado la infamante agua verdosa por la borda de estribor, y firmemente agarrado al canto de ésta, Cristóforo sintió el fresco aliento marino en miles de gotas de las olas que la cuajaron en su rostro, despejándole la cabeza; evocó emocionantes refriegas de filibusteros ingleses asaltando galeones españoles. De alguna película del género de aventuras, extrajo las impresionantes escenas de las naves disponiéndose para el abordaje; recordó el estruendo de los cañones y los gritos de muerte de ambas tripulaciones, trabándose en cruento combate. Distinguió al intrépido pirata Morgan dirigiendo el apasionante ataque contra el primer navío de la flota hispana que regresaba a España con el oro americano. La soledad era pura y tal vez intimidante, y Cristóforo, maravillado, sospechó que viajaba al pasado y no únicamente al Norte. De esa fantástica suposición lo apartó el capitán que al verlo con la cabeza fuera de la borda, lo agarró por el cuello de la camisa temiendo lo peor. Borracho, le dio una explicación sobre medidas de seguridad que a Cristóforo poco le importó, pues la exégesis para evitar los eventos luctuosos no le interesaban.

Cuando avistó la ciudad, ya había salido el sol y su resplandor inicial realzaba el vivaz e inmenso océano. El yodo cargaba el ámbito; y las aves marinas, buscando alimentos, revoloteaban incansables encima de las embarcaciones. Los calentamientos de la primavera, después del entumecimiento del invierno —de los que él sabía por los libros— fueron como una alegoría propia de un destino salvado del ocio. Nueva York, a las ocho de la mañana, conservaba ese aire cosmopolita y enigmático que le da la alta noche; Cristóforo ya la había visto en el comienzo de muchas películas, distinguió los elevados edificios, disparados contra el cielo; el Verrazano Narrows Bridge, sostenido por la conjetura de los ingenieros, la inmensa Estatua

de la Libertad. Comprobó que la reconocía con facilidad y con un principio de turbación. Pero el puerto le pareció un poco más que unos inmensos cobertizos, puestos unos al lado de los otros por cuadras. “La Catleya” recibió orden de atracar en el muelle 22, próximo al Brooklyn Bridge.

Desde la cabina del puente de mando, Cristóforo miraba la ciudad. Su ensimismamiento se lo interrumpió el capitán para comentarle, emocionado, de un amor que tuvo diez años atrás.

– Era buena en la cama –afirmó nostálgico.

Bajaron a las dos de la tarde.

Hasta ellos llegaba en oleadas el sordo rumor de la ciudad; en el interior, Cristóforo, de cultura citadina, recordaba y agradecía a su profesor de literatura.

Pero antes, subió la visita de las autoridades portuarias. Esta fue larga y extenuante. Eran seis tipos altos, robustos, bien trajeados y de aires insobornables. Lo hicieron con estrépito. Peinaron el buque con ayuda de la policía, que montó unos perros enormes y hermosos que olfateaban todo. Asegurados de la limpieza de la nave, la emprendieron contra la tripulación. En un acto degradante, calificado así por Cristóforo, los hicieron poner en fila, pasaporte en mano.

– ¡Confiesen! –les decía el más viejo de los seis, una suerte de Santa Claus, vestido de paisano. Reía con facilidad, golpeaba la mesa con la palma de la mano y los miraba divertido.

El capitán los había acomodado en el comedor de la marinería, habilitándolo como oficina para la inspección; Cristóforo, el último del registro, les simpatizó. Su pelaje de orfandad, que hacía pensar en un desarraigado le hizo preguntar al Santa Claus, en un mal español, si era un diplomático, un ladrón internacional, un buscador de fortuna, un narcotraficante o simplemente marinero.

– No soy nada de eso. Pero, potencialmente lo soy todo– contestó Cristóforo, arcano.

El desconcierto se dibujó en el rostro rubicundo de Santa Claus.

Afuera, la tarde primaveral tenía una fiesta de aromas y colores; en el muelle, las enormes embarcaciones se amodorraban, acunadas por una mar amorosa como una madre; y por entre las largas plumas, las aves marinas, hambrientas, aún revoloteaban.

– ¿Cómo?– preguntó Santa Claus.

En un acto de protección, el capitán se hizo al lado de Cristóforo; con su estatura y corpulencia lo borraba; antes de intervenir, bebió del vaso de whisky que tenía en la mano. Se detuvo en explicaciones, pero dirigiéndose al Santa Claus, en un inglés con acento caribe que el tripulante era simplemente un marinero de todos los mares, de todos los océanos y de todas las aguas navegables. Era un lobo de mar. Había nacido en un bote en el río Magdalena, cuando su madre iba de Zambrano a Barranquilla a parirlo en el hospital para indigentes de

esa ciudad. A los catorce años se embarcó en el velero "Caldas" perteneciente a unos contrabandistas del Caribe. Después se alistó en la marina de guerra de su país, persiguiendo con saña a esos mismos matuteros. Luego, buscó refugio en los Mares del Sur, porque pesaba sobre él una amenaza de muerte, pagada por aquellos contrabandistas. Por algún tiempo sirvió en la Real Marina Inglesa, bajo el mando de Sir Henry Morgan, distinguiéndose por su celo y por su lealtad a la reina Isabel...

El capitán quiso reírse un poco de estos "gringos güevones", pensó, pues llevaban horas fatigándolos con la inspección.

– *¿Just sailor?*—le preguntó Santa Claus incrédulo, pero sonriente.

Los de la visita se fueron con el mismo estrépito con que llegaron.

Feliz, el capitán los acompañó hasta la escalerilla tirada a babor, y allí los despidió. Excediendo la cortesía, esperó a que ellos subieran a sus automóviles y partieran raudos. El Santa Claus levantó el brazo en un gesto de despedida, atento, el capitán se lo regresó. Arriba, las gaviotas con sus giros rompían el hermoso azul de la tarde.

Posteriormente, almorzando con Cristóforo en su camarote, le recriminó.

– Con esos gringos de carajo no se puede mamar gallo.

De postre tenían piñas hawaianas.

Una gaviota acosada por el hambre logró llegar hasta la mesa en la que ellos comían. La puerta estaba abierta, y la vieron entrar, tímida, mirando para todas partes.

– *¿Juan Salvador?*—su burló de Cristóforo, llamándola y tirándole al piso sobras de pescado y de arroz.

El ave salió y volvió con toda la bandada.

Jesús, "el boricua", tuvo que sacarlas a escobazos mientras el capitán terminaba de espantarlas con sus carcajadas; y Cristóforo les lanzaba su postre y todas las sobras. Dejaron el camarote sucio de guano. Jesús barrió, trapeó y regó desinfectante para quitarle a la cabina el olor a gallinero. Cristóforo lo ayudó.

– Ya puede entrar, capitán—le dijo el camarero.

El capitán le pidió más hielo, y le dijo a Cristóforo que los colombianos no solían beber solos como los americanos. Con gravedad disimulada aquél le dijo que "adonde fueres, haz lo que vieres". Entonces el capitán jocosamente le gritó: "Es una orden". Cristóforo aceptó la invitación algo resignado; pensó: "Cómo negarse al jefe por segunda vez?". Aunque el estómago se le subiera a la boca.

Pasada una buena hora, el capitán hizo llamar al marinero de guardia para que le buscara un taxi; y a Cristóforo le pidió (se oyó más como una orden) que se trajera bien para que lo acompañara donde Isabella.

Afuera la tarde ascendía en hermosos colores, de vivos tonos, por encima del trepidar de una gran ciudad. Había movimiento en el muelle; otro carguero con bandera de lejano país, atracaba al lado de "La Catleya". Cristóforo, deténdo en toda la entrada del buque aguardaba al capitán mirando las maniobras de ataque. Se le veía triste. La brisa le había alborotado el cabello, acentuándole el aire de abandonado. El humo del cigarrillo que expulsaba de la nariz lo confirmaba. Parecía un pintor extraviado en el puerto en busca de inspiración. Llevaba un suéter enorme, color terracota, que le caía por todos lados, facilitado por el capitán.

Abajo les esperaba el taxi, al lado de la escalerilla. El chofer, un negro alto, los aguardaba despreocupado. Fumaba con placer. Estaba de pie, fuera del automóvil y apoyaba los brazos sobre el techo del vehículo.

Cristóforo vio venir al capitán como un hombre a quien nada le preocupara; vestía elegantemente: saco azul turquí, suéter blanco, pantalón y zapatos también blancos. Antes de llegar hasta donde él, llamó al primer oficial de cubierta y le impartió órdenes precisas:

– Dele primero a todo el que quiera bajar. Y a quien no la haga, déle una botella de trago. Y tráigame una a mí.

Mientras esperaba a Cristóforo, le habló de Isabella con el entusiasmo apuntalado por el whisky. Estaba eufórico. Se notaba una conjura de la naturaleza para propiciar la felicidad.

El primer oficial lo interrumpió para preguntarle desde la puerta de acceso al comedor de la marinería, qué marca de whisky prefería. Dubitativo, el capitán lo miró. Tardaba en decidirse entre el Chivas y un Johnny Walker.

Aquél decidió.

– Chivas, mi capitán– le dijo, entregándole la botella.

El taxi dejó los muelles para tomar el vertiginoso Brooklyn Bridge; a ambos lados de la vía la ciudad se desgajaba en viejas edificaciones. Esa visión y luego la del puente sumieron a Cristóforo en el recuerdo de algunos films, mientras el capitán le mostraba su verídica recordación. La verdad fue que le prestó poco cuidado; una Jane Fonda, joven y bella, perdida en la gran urbe, comunicándose desesperadamente por teléfono con Rod Taylor, quien le indicaba cada vez que ella se extraviaba la dirección que debía coger; era, nadie lo puede negar, emocionante, pero más la realidad de esa tarde primaveral y el hecho de estar ahí, en el vientre del imperio. La dicha lo distraía de la película "Un domingo en Nueva York" y de la belleza provocativa de Jane Fonda; Cristóforo borraba las imágenes filmicas y se abandonaba a la vida.

A izquierda y derecha del taxi, la ciudad se elevaba en modernos edificios; se achicaba el cielo y ya poco importaba, y en un semáforo en rojo de South Street el negro, mirándonos por el espejo retrovisor, les preguntó en inglés, si tenían "nieve". Aunque el Chivas había puesto nuevamente a tono el buen humor del capitán, la pregunta del taxista, considerada

por él como una ofensa, no impidió que se enojara. Le gritó en el idioma de aquél que se detuviera. Cristóforo al verle la expresión de ira le preguntó qué pasaba.

– ¡Hombre, enójese!– le contestó sin bajar la voz–. Este ipolicía disfrazado de taxista nos ha ofendido la patria! ¡Bajémonos!

Se bajaron y ya en el andén, y por la ventanilla del automóvil, le arrojó dos billetes de un dólar, pero antes lo invitó a pelear en inglés y le gritó: “¡Comunista!” El taxista arrancó.

Cristóforo, sin aprobarlo del todo, pues la historia le había enseñado el sufrimiento de los negros, le preguntó al capitán por qué lo hizo.

– Es lo peor que se le puede gritar a un negro aquí –le explicó azorado–, y no lo defienda que nos ofendió la patria.

Pararon otro taxi.

El capitán le dio la dirección de su emocionante destino al conductor; la última que recordaba de Isabella. Esa dirección databa de diez años atrás. El taxista, de aspecto hispanoamericano, hizo un ademán de duda como si aquella no existiera.

Recordó y aceleró el automóvil, zigzagueando temerariamente con pericia entre el denso tráfico.

– Parece que nos llevarán de emergencia al hospital– le dijo asustado Cristóforo al capitán.

– Le dije que me estoy muriendo de amor por una italiana –le respondió éste de buen humor.

– ¿Es italiana? –oyeron que el taxista preguntaba en español con acento ¿dominicano?, ¿cubano?, ¿portorriqueño?; ellos trataron de identificarlo.

– Ajá –le contestó el capitán.

Él se había acomodado en el rincón derecho del asiento posterior del automóvil. Extrañaba la botella de Chivas olvidada en el taxi del negro.

– ¡Acabe con ella! –recomendó el taxista– ¡Jódala bien!

– ¿Por qué dice eso? –se aventuró el capitán a preguntarle entre divertido y curioso.

– Porque mi exmujer es italiana. Y jodía conmigo, y con el vecino y con mis amigos. Se tiraba la barriada encima. No se satisfacía y se compró un vibrador de esos que se hacen tomando como modelo la de un negro. ¡Jódala bien!

– Aprovechando un embotellamiento momentáneo en East Broadway, se volvió para preguntarle al capitán.

– ¿Cuánto mide su vaina?

Avergonzado, el capitán no supo qué contestarle. Sonrojado miró a Cristóforo que gozaba de la situación.

– ¿Cuánto? – insistió el taxista mientras aceleraba el automóvil.

– No sé –le dijo abochornado el capitán.

– No le dé pena –lo animó el taxista–, la mía alcanza unos seis centímetros en reposo y para la batalla de los peluches, unos ocho. Estoy visitando a un psicoanalista. Sé que no me crecerá más, pero ya no me importa, ¿me entiende, man?

Hizo una pausa para virar a la izquierda en una esquina y tomar Bowery Street, que limita a la Little Italy por el este. Rodaron dos cuadras más; el capitán le pidió al taxista que se detuviera; y creyó haber llegado a su nervioso destino: una ancha calle de viejas edificaciones, cuyos ventanales reflejaban la cinematográfica puesta de sol. Por un momento se sintió desconcertado; no reconocía ese sector. Miraba con detenimiento los edificios bordeando la calle. Pero se orientó y le dijo a Cristóforo que caminaran dos cuadras más.

Aún hacía frío. De pronto, soplaron ráfagas de aire helado del East River. Había llovido y el asfalto estaba húmedo, lustroso.

El capitán empujó a Cristóforo a una licorera, atendida por un viejo italiano, gordo, bajo y con una hermosa calva. Era amable y hablaba inglés con fuerte acento patrio. Cuando ellos entraron, se insultaba a gritos con su mujer en una jerigonza que, después, el capitán identificó como el dialecto toscano. Ella era una señora con los cabellos pegados al cráneo, vestido de riguroso negro; a Cristóforo le pareció sacada de una película de Rosellini.

El viejo italiano le despachó al capitán cuatro botellas de vino tinto. Emocionado, descorchó una con un tirabuzón que le prestó el tendero. Llamó a Cristóforo que, pegado al amplio ventanal envidriado de la licorería, nostálgico, miraba la agonía de la tarde y a los transeúntes, llevando los cuellos de sus sacos alzados hasta las orejas. Le ofreció un vaso de vino para que se animara. También invitó al viejo. Bebieron felices.

El viejo propuso un brindis por las relaciones italo-colombianas; lo acompañaron. En la siguiente ronda, el capitán brindó por las mujeres italianas y colombianas; luego Cristóforo, ya en calor, propuso brindar por Dante, Galileo, Da Vinci, Beatriz, Pietro Crespi, el coronel Aureliano Buendía, Claudia Cardinale, Gina Lollobrigida, Luchino Visconti, Fellini y Vito Corleone.

Se bebieron toda la botella y el viejo italiano descorchó una, que, igualmente, vaciaron. El capitán le contó por qué estaba allí, en la “Pequeña Italia” y brindó por Isabella y por Palermo. Antes de irse, le deseó suerte en los asuntos de amor.

– Con las sicilianas nunca se sabe –le sentenció el viejo al capitán.

– Se lanzaron a la calle; Cristóforo aceptó la aventura de hallar la dirección de Isabella; ya el sol se había hundido y sus últimas luces refulgían en las paredes de los altos bloques habitacionales y en el asfalto de la viva y solitaria calle. Le quitó la prisa al capitán caminando

espacio para apreciar los colores de la tarde y aspirar los olores de la miel y flores provenientes del East River Park.

Caminaron una cuadra más hasta detenerse, esperanzados, frente a un edificio de seis pisos, de modesta fachada pero de moderna arquitectura.

— Es en el tercer piso recordó el capitán.

Decididos, entraron. Sin embargo, un tipo alto y uniformado de grave aspecto, les interrumpió el paso, preguntándoles en un inglés con acento italiano, para dónde iban. El capitán le contestó. Y sin darle tiempo le atacó la desconfianza al ujier, enseñándole su pasaporte y su permiso de desembarco. Alcanzado el crédito del conserje, le pidió que no anunciara la visita por el interfono a la signora Isabella Castellani, pues se trataba de una sorpresa. El ujier aceptó, señalándoles solemne, la escalera y el ascensor.

Isabella les abrió.

De la extrañeza saltó a la efusión; entornando los ojos lo volvió a ver en un atardecer de noviembre o diciembre del año setenta y dos, igualmente vestido y cargado de regalos de Colombia y botellas de vino (éstas últimas las conseguía en la licorería del barrio). Aquella noche la llevó al bar Palladium, para seguir enseñándole los pasos de los ritmos caribes; regresaron cantando y ansiosos de amor, luego de haberse escapado de los parientes de ella, con el deseo de amarse desafortadamente. Para el capitán esa era la única circunstancia de su felicidad. Después de una desmedida noche pasional, a la mañana siguiente pendía sobre ellos una tormenta de murmuraciones y quejas bajo el enorme cielo de su dicha. Isabella solía gritar cuando hacía el amor, ponía a todo volumen "La Traviata", enterándose todo el vecindario del edificio de su gozo.

Los hizo entrar.

Ella llevaba puesta una bata de seda blanca, medio abotonada, como si a la carrera la hubiera sacado del guardarropa. Cada vez que se movía, dejaba ver sus hermosas y firmes piernas y sus jugosos senos sin sujetador. Cristóforo le encontró un aire a Stefania Sandrelli. Le calculó cuarenta años bien llevados. La imaginó en gimnasio y haciendo dieta para controlar sus provocativas carnes con tendencia a la opulencia. Antes de descolgarse del cuello del capitán, lo besó en la boca. Él extrañó la pasión de Isabella; sin embargo, se dio esperanzas. Se alisó el pelo con los dedos y buscó en su memoria aquel aire seductor que tenía diez años atrás. Ella, sonriente, y sin quitarle los brazos del cuello y mirándolo a los ojos, le puso peros a su apariencia. Le pasó un índice por las líneas del rostro, ya flojas y gruesas; evocaban su fuerza y atractivo. Le pidió cuenta por cada arruga que encontró; después se fijó en Cristóforo que no sabía qué hacer con las tres botellas de vino tinto. Ella lo examinó de arriba abajo, y lo ayudó, recibéndolas.

— Bello —le dijo en italiano.

Como una grana, Cristóforo se sentó en un largo y bajo sofá, mientras ella fue a la cocina por vasos y a descorchar una botella; el capitán empezó a recorrer el apartamento de cuatro habitaciones. Lo recordaba como diez años atrás. Muchas cosas permanecían. Miró la colección de muñecos artesanales que le había llevado de Colombia; notó que faltaba el niño campesino con el burrito subiendo alegremente por una montaña de los Andes. En el dormitorio encontró el viejo tocadisco; evocadoramente le pasó una mano por encima. Quiso saber si aún servía. Ahí estaban los discos; aquellos de música caribe que él compraba en las aceras de Barranquilla, que después le llevaba entusiasmado. Buscó "La Traviata". Él le había regalado una excelente grabación con una cubierta tomada de la partitura original, en donde se leía: G. Verdi. "La Traviata. Opera completa per canto e pianoforte. Edizione Ricordi". La ilustraba la viñeta de una Margarita Gautier en escena. Lo encontró perdido entre otros discos de óperas y de canciones napolitanas. Rememoró aquellas noches de pasión y la volvió a escuchar gritando que ella era Margarita Gautier. "Dimelo tú", le pedía. Él lo gritaba, complaciéndola. También, recordó las protestas de los vecinos golpeando las paredes. Esto lo hizo sonreír como quien se acuerda de una travesura.

Isabella regresó de la cocina con copas y la botella descorchada. El capitán volvió a la sala, pegando su cuerpo al de ella, observándola verter el oscuro líquido en los breves y delicados recipientes. Cristóforo se había levantado para mirar en la pared de enfrente una excelente copia de "La fornarina", de Rafael. Ellos, entonces, se sentaron en el sofá; en el capitán se apreciaba la desazón del amor; el de repetir, simétricamente, los actos del pasado, mientras en Isabella se estimaba el reposo de su cuerpo. Cristóforo, paladeando su vino, la evaluaba. Ella le contó al capitán, haciendo pucheros, que estaba casada con un siciliano buen mozo y tremendamente celoso, pero se encontraba muy lejos, en Palermo, cobrándole unas cuentas al patrón. Lo miró con ternura, pasándole una mano por el rostro exenta de pasión. Condolida, le dijo:

– Me cansé de esperarte, lobo de mar.

Posteriormente, la información se estancó en los informes individuales y tristes de la vida. En la siguiente botella, Isabella se volvió a animar. Le decía al capitán que se alegraba de volverlo a ver. Bailó con él canciones napolitanas, practicadas diez años atrás, que Cristóforo se encargaba de poner en el plato del equipo de sonido que estaba en la sala. Después bailó con éste unas cumbias, que el capitán le había regalado en el pasado.

– Es excitante –le decía en español.

Sentó a Cristóforo y tomó de la mano al capitán invitándolo a bailar con ella. Al compás de "La cumbia cienaguera", cimbreaba su cuerpo, con movimientos frenéticos, enseñando sus hermosas piernas y el panty negro y diminuto. Era parte del rito de su entrega; el capitán lo sabía, pero ya él no estaba para esos trotes. Diez años atrás lo hacían, y él aguantaba

firme y con fuelle para hacerle el amor en cuanto dejaban de fatigar la sala de “El club Habana”, bailoteando charangas y guarachas.

Deseó cambiar de trago.

Tratando de encontrar en el whisky la reciedumbre varonil que antes lo caracterizó, Isabella le trajo una botella de Bourbon. El capitán se emborrachó, durmiéndose en el sofá. De repente, autoritarios golpes en la puerta del apartamento lo sacaron, abruptamente, del sopor ocasionado por el alcohol. Se sentó, mientras ordenaba las ideas. Desprevenido, vio sobre la alfombra el suéter de Cristóforo, el pantalón y los zapatos. Seguidamente, oyó que del dormitorio de Isabella salía la dramática música, a todo volumen de “la Traviata”. Los toques se repitieron más enérgicos, pero el primer impulso del capitán fue correr a la puerta de la alcoba y tocarles, reclamándole a Isabella que no había hecho un viaje tan largo para que se acostara con su amigo. Insistieron en la puerta del apartamento; el capitán reprimiendo una mezcla de rabia y dolor fue a abrir. Sorprendido se encontró con tres policías: dos blancos y rubios y uno negro; altos, muculosos y apuestos como sacados de una serie de televisión. Detrás de éstos se apilaban los vecinos de ese piso, lanzando expresiones airadas. Se habían quejado del ruido y lo acusaban en italiano y en inglés de perturbar la tranquilidad del edificio. El capitán no pudo levantar una sola de las acusaciones de los residentes. Se cruzó con ellos vulgaridades en tres idiomas. Aunque sentía rabia y celos contra Isabella y Cristóforo, no los señaló como los responsables del escándalo amoroso que tan consternados tenía a los del edificio. Soportó las réplicas insultantes de los italianos, en tanto que él armaba un argumento con la mejor punta de su buen humor en el que la culpa había que echársela a la primavera; que embriagaba; que disponía al amor. Sin embargo, perdiendo todo el control, a los inquilinos les gritó en español:

— ¡Culean!, ¡¿Qué hay de malo en eso?!

Uno de los dos policías rubios, el de ojos verdes, observando el airado rostro del capitán, y mirando a los otros dos, les preguntó en inglés:

— ¿Qué dice este hijo de perra?

El policía negro miró al capitán y le reconvino con solidaridad hispanoamericana, pues era portorriqueño.

— Oye, comemienda, ten más respeto con la autolida.

— Excúseme —le dijo el capitán más sereno, pero ellos están haciendo el amor.

El policía negro les tradujo a los otros dos la causa del escándalo; se miraron y el más delgado, jefe de la patrulla, le cuchicheó a aquél en inglés y le dio la voz cantante.

— Mis compañeros dicen que culeen en silencio—, le transmitió la orden al capitán.

Él obedeció; fue y les golpeó la puerta a los amantes y les gritó la orden por encima de la música del segundo acto de “La Traviata”. Desde allá el Capitán les hizo un gesto de impotencia

a los tres policías, y le cedió el turno al boricua, para que éste mismo la diera. El policía hispano entró dirigiéndose decidido a la puerta de la alcoba; les tocó fuerte.

– ¡En nombre de la ley, háganlo en silencio! –les gritó en español.

La desvergüenza, como la calificó una vieja italiana, con aires de matrona, se propagó al igual que el fuego por los seis pisos del edificio. Los del primero y segundo subían y los del cuatro y quinto bajaban.

– ¡En nombre de la Ley, Háganlo en silencio! –volvió a gritar el policía negro al pie de la puerta de la alcoba.

Mientras entraban el barítono se podían oír los gritos de placer de Isabella, y los bufidos de amor de Cristóforo.

El policía insistió en inglés.

– ¡En nombre de la ley, háganlo en silencio!

En una acción de fuerza de los tres policías, derribaron la puerta del dormitorio, precipitándose al interior atemorizando a los amantes, porque Cristóforo, desnudo, saltó de la cama y corrió como un animalito asustado a buscar refugio en un rincón de la alcoba, con los brazos en alto pidiendo que no lo mataran. Isabella, cubriendo su desnudez hasta la barbilla con una manta, les gritaban en italiano y en inglés como una verdulera que le desocuparan la alcoba y el apartamento. Amenazó con quejarse a su abogado por violación de domicilio; juró ir hasta el fiscal del distrito. Sin embargo se la llevaron. También al capitán y a Cristóforo.

Afuera, una curiosa multitud se agolpó en la entrada del edificio; la policía hizo todo un despliegue de sus fuerzas, pues buscaban narcotraficantes italianos y colombianos.

En el mismo meridiano, pero en el Caribe colombiano, avergonzada por su desnudez, Felipa Muñoz le contaba a Duque Medinacelli, armador de los buques detenidos en Nueva York, que la policía investigaba un cargamento de cocaína en el “Fermenco”, al día siguiente que “La Catleya” hubo atracado.

Sentenciosa y al borde del sollozo habló de la acusación formulada contra ellos por parte de las autoridades estadinenses; habían actuado como señuelos.

Estaban en un motel de las afueras de la ciudad. El armador aún respiraba con dificultad, después del esfuerzo de hacerle el amor a una mujer más joven que él. “Esto nos pasa por haber contratado a un capitán borracho y a un estúpido profesor”, pensó.

– ¿Los ayudará? –le preguntó la mujer con voz de súplica.

– Sí –contestó él sin creerlo.

Sentía cierta pasión por esa mujer; también piedad. Sabía por qué estaba allí con él.

– ¡Esa zorra italiana! –pensó el armador en voz alta.

Felipa ensayó un argumento en favor de ella.

– Cristóforo me dice en la carta que me envió que es la novia del capitán, y es tan inocente como ellos.

Al armador poco le importó el inocente raciocinio de Felipa. Volvió su rostro hacia ella, mientras encendía un cigarrillo que tomó del paquete que reposaba en la mesita de noche, para preguntarle.

– ¿Quieres ir a verlos?

– Sí, pero no tengo plata.

Hubo un breve silencio. Él fumaba con placer. Sin embargo, tuvo que apagar el cigarrillo porque le cayó un acceso de tos. La miró deseoso; ella reposaba en el canto de su cuerpo a espaldas de él. Tenía las piernas recogidas y sollozaba en silencio.

– Yo te daré para que vayas –le dijo–. Ven, súbete.

Ella se volvió hacia el armador, examinándolo. Era un hombre sesentón, de torso fuerte, blanco y peludo. Casi no cabía en la cama. Aún no sosegaba la respiración del todo.

– ¿Y si le hace daño? –le advirtió ella, pues no tenía deseos de cabalgar sobre ese hombre al que odiaba. Montándose, recordó a Cristóforo; apretó los dientes para evitar un sollozo.

– Es mejor morir bajo una mujer –le dijo impúdico el armador, recibéndola.

JAIME MANRIQUE ARDILA*

En el trópico encantado

*“Vale,
tú no puedes decirle al mundo párate
que me quiero bajar aquí”*

Tema del pavo Lucas (Canción popular)

Dobló la cabeza hasta que casi se tocó las rodillas con la abundante cabellera. Pensó: voy a vomitar, y sintió algo revolverse en el interior y subir por la garganta hasta llegar a la boca; pero cuando abrió la boca para derramar su náusea, sólo un líquido amarillo y espeso

* Barranquilla, 1949. Luego de finalizar sus estudios en Tampa, Florida, se estableció en Nueva York, donde se dedica a la docencia y a la literatura. Ganó el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 1976, con el libro de poemas *Los adoradores de la luna*. En 1978 publicó el libro *El cadáver de papá*, en el que se incluye la noveleta del mismo título y versiones poéticas de poetas contemporáneos de lengua inglesa. Al año siguiente lanzó a la luz pública *Notas de Cine/Confesiones de un crítico amateur*. En inglés ha publicado el libro de poesía *Scarecrow* y las novelas *Colombian gold*, 1983, y *Latin moon in Manhattan*, 1992. Actualmente es docente en cine y literatura latinoamericana en The New School for Social Research y en Goddard College en Vermont.

se coló por entre las rendijas de sus dientes. Alzó la cabeza y respiró profundamente; pero ni la sensación ni el malestar habían desaparecido. Entonces, resignado a no poder vomitar, miró al cielo y descubrió que había todavía docenas de estrellas que lo miraban como si fueran sus cómplices. Adentro podía oír la música antillana: triste y desesperada en esa gran confusión de notas. Cerró los ojos por un momento: como si con el acto de cerrar los ojos pudiera hacer desaparecer la realidad circundante. Trató de pensar en cuántas horas llevaba tomando; cuántos días llevaba sin dormir tranquilamente; cuántas veces en las últimas semanas había pensado en el suicidio. Prendió un cigarrillo, a pesar de que le dolía la garganta, y volvió adentro. Antonio estaba sentado en la misma posición en que lo había dejado, mirando el espejo de enfrente. Las mesas de los alrededores empezaban a llenarse. Las prostitutas, con ojos de luna vieja y frentes temblorosas, se sentaban a sobarse los pies. La mayoría estaban drogadas y simplemente se recostaban contra el respaldo de la silla, siguiendo el ritmo de la música con los dedos de las manos. Algunas cabeceaban. Otras miraban alrededor fijamente, como si no esperasen encontrar nada. De pronto, cuando algún disco mas rápido que los otros sonaba, algunas se ponían de pies mecánicamente; abrían los ojos; se lanzaban a la pista y bailaban como brujas poseídas. Sus cuerpos giraban al compás de la música; y sus movimientos, influenciados por la marihuana, eran simplemente gloriosos. Él estaba mirando a una prostituta baja, regordeta, con un suéter azul y pantalones rojos, que bailaba sola en la pista como si estuviera cruzando un río de pirañas.

– “Poeta –dijo Antonio–: ¿quieres torcerte de nuevo?”.

Él miró a Antonio y sintió un gran deseo de poder tomar sus manos y apretarlas fuertemente. Sintió deseos de decir No, pero no podía defraudarlo. “¿Tú no eres un poeta de *high school*?”, le había preguntado Antonio, y él había tratado toda esa noche de no parecerlo, de pretender ser sofisticado, de demostrar conocer un mundo que a duras penas sí conocía. “Tengo la pálida”, dijo casi sin pensarlo, pero ya Antonio tenía el otro cigarrillo en la mano y se dirigía hacia el patio. Él se levantó y empezó a seguir a Antonio, pero antes de salir del salón miró a la prostituta, quien todavía estaba bailando con movimientos totales, como si quisiera despojarse de su alma.

Antonio le ofreció un cigarrillo, y él chupó tan intensamente que le dio un violento ataque de tos y con la tos le vinieron de nuevo las ganas de vomitar. Cuando se recobró del ataque y miró a su alrededor, vio que Antonio estaba de nuevo ofreciéndole el cigarrillo. Chupó esta vez con todas sus fuerzas, como tratando de obliterar el mundo exterior. “Cuando termine con esta vaina –pensó el mundo va a ser diferente”. Adentro el tocadiscos desparramaba una canción, y la voz era amarga y ronca y triste, como la voz de un pájaro herido.

Cuando Antonio volvió al salón, él se quedó en el patio respirando el aire. La atmósfera estaba densa; y tambaleándose, fue a recostarse contra una gran loma de tubos y

herramientas. Se acordó de las palabras de Antonio: “Esto parece el patio de Duchamp”, y se rió solo, como un retardado. Trató de pensar en la razón por la cual este hombre, al que apenas conocía, lo había invitado a pasar la noche de esta manera. Se habían conocido al final de la conferencia, después que había terminado de leer los poemas. Había sido invitado especialmente a la ciudad a leer sus poemas, pero al terminar la lectura, la gente se había ido del auditorio casi apresuradamente, y los pocos que se habían quedado atrás lo hicieron para extenderle la mano cortésmente y luego desaparecer lo más rápidamente posible. Él había salido de último, con el portero, y al llegar a la esquina, Antonio lo había interceptado: “No nos conocemos; soy abogado y no poeta, y quiero que usted me pruebe si es verdad lo que dice en sus poemas”. Por un momento sintió una gran tristeza por este hombre desesperado; y luego, más repentinamente aún, sintió una sensación mucho más profunda, sintió agradecimiento mezclado con afecto.

Cuando regresó a la mesa vio dos prostitutas sentadas. La gordita que él había estado mirando toda la noche, estaba sentada al lado de su silla. Él la miró a los ojos, maravillado por la falta de expresión de su cara, como si fuera una momia muy bella acabada de desenterrar. “Gloria, te presento al poeta”, dijo Antonio, y él murmuró mucho gusto, y ella se quedó mirándolo sin decir nada. Después, como si se despertara de un trance y en una voz muy dulce, dijo: “Me gusta tu barba. Y también tus bigotes. Full, chévere”. Y entonces cerró los ojos, mientras con los dedos en la mesa seguía el compás de la música. No sabía exactamente qué hacer con la prostituta. Antonio estaba hablando con su compañera en un idioma inventado, y la mujer lo escuchaba divertida, como si estuviera cuidando a un niño malcriado.

Por un momento se sintió solo, separado, como si estuviera habitando un mundo que apenas conocía. Y ahora que la fama había llegado hasta él, no sabía cómo responder, ni cómo actuar, ni en qué momento decir no, o cuándo aceptar las invitaciones, aún las que eran totalmente absurdas y fantásticas como la de esta noche. Por años, viviendo en el exterior, había vivido una vida de soledad y estudio, y ahora, convertido en una celebridad, trataba de reconciliar su vida privada, con lo que ahora le pertenecía a los demás. Entonces aprendió que era la nueva estrella y que tenía que ser la atracción principal mientras pudiera serlo, antes que ellos se aburrieran. Tenía que asistir a todos los actos y todas las ceremonias y rituales sin parecer sorprendido, tratando de que a su lado, como alguien había dicho, Fitzgerald le quedara *flapper*.

De pronto, Antonio se levantó y desapareció con la prostituta por uno de los pasillos. Ahora la mujer lo estaba mirando intensamente, medio aburrida, respirando a golpes, meneando nerviosamente las piernas. “Si quieres vamos a mi cuarto”—dijo ella. El cuarto parecía un hoyo cavado en la pared. Adentro había una cama estrecha, una mesa de noche en donde estaban colocadas una jarra, una bacinilla y una toalla. Apagaron las luces y

empezaron a besarse sin sentir la necesidad de hablar, de entablar prelude, de decir cualquier cosa. Él empezó a desvestirse con lentitud. Como si no supiera por dónde comenzar. Ella lo miraba impávida, sin moverse, como si todo eso lo hubiese experimentado millones de veces y jamás hubiese sentido ningún placer en todo el proceso. Después, él se desvistió y empezó a besarla. Pero cuando sus cuerpos se encontraron, cuando las manos y los muslos de ella empezaron a acariciarlo ávidamente y ella buscó su pene con su pelvis, él sintió que algo se apagaba dentro de él y que no podía excitarse. Ella tardó en darse cuenta. Cuando él supo que no había nada que hacer, se dio media vuelta y se quedó mirando la pared que casi le rozaba las narices. “Lo siento”, dijo. Pero ella no contestó. En ese instante él no sintió vergüenza, ni dolor. Pero poco a poco un leve temblor fue tomando posesión de su cuerpo, hasta que sintió la cama estremecerse debajo de su cuerpo. Cerró los ojos y el temblor continuó. “No tienes nada de que avergonzarte —le dijo ella—. Todos ustedes son iguales. Ya estoy acostumbrada. Hay un poco de marihuana en la mesa por si te la quieres fumar”. Ella se levantó y prendió la marihuana como si él hubiese pronunciado las palabras. En la oscuridad él vio el cigarrillo acercársele a la cara y lo tomó fuertemente entre sus labios y aspiró como nunca había aspirado. “Te puedes quedar media hora —dijo ella—, pero tienes que pagar veinte pesos más”. Él siguió chupando con fuerzas, hasta que de pronto se dio cuenta de que estaba realmente enmarihuinado y estaba perdiendo el conocimiento. Entonces se vistió lentamente; y sin saber por qué, se arrodilló con dificultad y empezó a orar una plegaria que estaba inventando en esos momentos. Afuera escuchaba una canción triste, que servía de fondo a su lamento. Se levantó con dificultad, abrió la puerta y salió hacia el salón. Antonio estaba sentado mirando el espejo. El pasó por su lado y pisó la calle. Antonio lo alcanzó cuando estaba llegando a la esquina. A pesar de que apenas podía con sus piernas, a pesar de que sus reflejos estaban lentos y confusos, él caminó en una dirección fija. Quería salir de allí. La noche había sido lo suficientemente larga y era el final del peregrinaje. Se pararon en la mitad de la calle. Para ser diciembre en el trópico, era una mañana de aurora tardía. El cielo todavía estaba oscuro y la luna escondida en algún borde, desparramaba su luz sobrenatural. Los taxis pasaban rozando, sin parar. Enfocándolos con las luces, él empezó a gritar. Eran todas obscenidades, pero él las gritaba con otro espíritu. Le pareció de pronto ser un torero y estar toreando un toro con cachos de luces. Por fin un taxi paró y ambos se metieron rápidamente. El carro empezó a correr por las calles desiertas. Comenzó a recorrer barrios extraños desde los cuáles salía música muy alta. Siguió pasando bares y prostitutas y mendigos que dormían en las calles y niños que estaban ambulando sin rumbo fijo. El taxi aceleró un poco cuando cruzó el centro, sin parar en las luces, sin ponerle atención a los guiños de los semáforos. De pronto se encontraron cerca del mar. La mañana empezaba a llegar y parecía cargada de agua. Entonces, súbitamente, de la nada, le llegó una especie de revelación. Como si una cortina o algo muy profundo y misterioso se descorriera dentro, en su interior. “¿Tú no

crees que Petrarca es mejor que Pound?” preguntaba Antonio. Pero entonces él sabía lo que tenía que hacer. Sabía que tenía que hacerlo y sin embargo no lo hizo. Este hombre que estaba allí mirando por la ventana ver pasar a la ciudad, era tan ridículo y tan patético y tan lleno de poesía como él mismo. Una gran ternura lo invadió y deseó poder coger a este extraño y en alguna forma comunicarle lo que sentía. Ahora ni siquiera se sentía triste. Ahora se daba cuenta de muchas cosas que habían sucedido. Ahora entendía la ternura de la noche y la tragedia del despertar. Algo inmenso y puro como una sinfonía estaba vibrando dentro de sí mismo. Es toda una fiesta, pensó. Es una fiesta loca, un carnaval, y yo soy un miembro de la comparsa y no sé qué disfraz llevo, ni cuándo comienza el baile ni a qué hora termina y en honor de quién se están celebrando estas fiestas tristes e inacabables y ridículas de esta gente que me rodea quienes quieren encontrar algo en mí en quien no hay nada, quien está muerto, quien nunca ha vivido, un poeta sin poemas escribiendo uno largo y triste sobre su vida amarga y esa es la esencia esa es la esencia, pensó y vio cómo la mañana llegaba blanca y fea delineando los perfiles del mundo. De pronto el taxi paró y se encontró en frente del hotel. Se bajó del carro, sin decir nada. No dijo ni adiós ni gracias. De cualquier manera, Antonio no se hubiera dado cuenta, pues estaba durmiendo. Él se paró, allí, en medio de la madrugada, de la llovizna pertinaz que caía, mirando a los árboles y escuchando el silbido de la brisa entre sus hojas y pensando en el mar que lo rodeaba. El carro empezó a perderse en la distancia, dejando sólo el sonido de las olas que golpeaban detrás de su espalda.

Entró al hotel, despertó al muchacho de la recepción y le pidió la llave. Subió las escaleras a su cuarto. Se desvistió y salió al balcón. La luna todavía brillaba tenue sobre las aguas, y el día llegaba en cámara lenta, impregnado de colores evanescentes. El mar parecía sereno, meciéndose con calma, y los pájaros marinos, que ya se habían levantado, volaban a través y alrededor de una luz tenue y vaga, gritando sin misericordia, por un momento rojos, luego anaranjados, a veces descoloridos, como fantasmas.

Más tarde, cuando los gallos habían parado de cantar y todo estaba amarillo y lleno de luz, él se sentó en la cama y miró el sol levantarse, tímido y solitario, como el ojo de un cíclope ciego, y dispersando sólo temporalmente –él sabía– la oscuridad infinita del universo. Entonces él buscó la pistola que había estado llevando consigo por varios meses, y se disparó un tiro en la boca.

FRANCISCO PINAUD*

Blanco y negra

"...Todo lo que uno inventa es verdadero, te lo aseguro.

*La poesía es una cosa tan precisa
como la geometría..."*

Gustave Flaubert
(Carta a Louise Colet)

Eran las seis y cuarenta de la mañana y al principio maldije el sonido impertinente del timbre que me sacó de la cama cuando mejor dormido estaba. Debo contar que sufría de insomnio y que solo al clarear las sombras podía conciliar un sueño pesado, no ajeno a incertidumbres y sobresaltos. Como pude, me levanté, y de mala gana fui a abrir la puerta. Frente a mí, una mujer negra, profundamente negra y hermosa, de unos veinticinco años. (veintiocho, me revelaría después). ¿Qué era la vida?, me había preguntado la noche anterior, mirando desde mi cama hacia el platón de la cocina donde yacían al garete los cubiertos y los platos de la cena pasada.

Ciertas mañanas, confundida entre las columnas de humo de las tostadas, llegaba la poesía. Salía corriendo de la ducha por el olor a quemazón y me paralizaba al ver los rayos del sol suspendidos entre el techo y la estufa, animados por la traslúcida humareda de pan chamuscado. Volvía así, aunque fuera un instante, al universo lírico hartado tiempo escondido entre la maraña mezquina de la realidad. De esa realidad en la que vino a instalarse Vilma. Llegó con un vestido de dril recio que le daba al medio muslo y un dulce perfume barato que de entrada impregnó el lugar. Sacudí la mirada para apreciarla mejor y luego busqué los anteojos, pues no quería que la miopía me robara uno solo de los fotogramas de ese largometraje que comenzaba a desarrollarse frente a mí.

Tenia 1.75 metros de estatura, 63 kilos de peso y su talle altanero podía medir lo mismo que la *Victoria Alada* de Samotracia, entre el escorzo pétreo de sus senos y sus caderas. *...Nunca vieran los jardines de Ecbatana, otro talle más airoso, blanco y lleno....* recordé en silencio, sin acertar a cual de mis favoritos pertenecía la sentencia.

—Soy la muchacha del servicio que usted pidió —me dijo con impavidez mientras descolgaba su bolsito de cuero y lo dejaba caer sobre la silla.

* Cartagena, 1949. Economista, editor, profesor universitario, diseñador gráfico y fotógrafo. Miembro fundador del grupo y revista literaria *La Catterva* (1977-1980) y del Instituto de Investigaciones del Caribe, además de la Fototeca Histórica y del Centro de Historia de Cartagena. Colabora con regularidad en periódicos y revistas culturales. Sus textos y poemas han aparecido en diversas antologías y publicaciones. Autor del cuadernillo de poemas *Papel Ordinaria* (1988) y del libro de relatos *Plátano en tentación* (1999).

—Siéntate —le contesté—. En este momento de la mañana y con el susto que me has dado, todavía no alcanzo a pensar en nada.

Vilma sonrió y fue a sentarse en el sofá de la pequeña sala, no sin antes recorrer con su índice el vidrio redondo de la mesa.

—Mire esto —dijo, señalándome su dedo teñido de mugre—. Se ve que en esta casa hace mucho que no sacuden.

Más que mirar su índice, yo miraba sus lustrosas piernas de ébano cruzadas frente a mí, ofreciendo y negando a la vez, la promesa de ver un poco más de lo que había traído consigo desde su nacimiento y que tanto para mí como para el resto de los mortales, era una amenaza devastadora. Un súbito instinto de conservación desvió mis ojos de sus piernas y me concentré en los de ella. Mejor no lo hubiera hecho. Mientras Vilma me hablaba de sus anteriores patrones, yo sucumbí a un encanto sobre el que poco podía compartir con mis amigos: El sutil estrabismo de algunas mujeres. Sus ojos me observaban mientras corría su recitativo, pero un leve desfase me dejaba algo fuera de su campo visual y sus pupilas se perdían medio vagas en otras coordenadas al lado de mi cabeza. Era como la vista de ciertos ciegos, que atraviesan los cuerpos y siguen impasibles hacia adelante. No lo puedo explicar, pero me conmovía y seducía ese desorden óptico. Un nebuloso anhelo de retener esa mirada, de encauzar para mí solo esa visión enigmática y esquiva, me ataba inevitablemente a las que portaban dicho mal.

Volví, como otras veces, a pensar en *Rosa de Bolombolo, la de pupilas estrábicas y...* Mucho le estaba debiendo a mis maestros por haberse adelantado a predecir mi realidad... o los episodios epigramáticos de mi realidad. Convine, por fin, en que Vilma trabajara un día sí y otro no y con la misma sonrisa que trajo se marchó, dejándome el plazo de un día como único auxilio para poder sobreponerme de la conmoción de su presencia. La puerta que se cierra y yo que me quedo pastoreando los efluvios remanentes de Vilma. El fragor de su carne negra, brillante, olorosa a talco y a sudor joven. El ímpetu de sus muslos, como alebrestados sobre el *batik* de mi diván. Su boca esponjada, alegre..., con la descarada blancura de sus dientes...

Entonces me acordé de Luisa. La visita súbita de la mañana había alejado por un tiempo el fantasma de esa otra mujer cuyos testimonios permanecían en cada rincón. Sus pulseras de plata abandonadas sobre una repisa; su blusa blanca flotando en el gancho del balcón que miraba hacia el mar. La brisa caliente de octubre que persistía sobre la blusa y la zarandeaba con furia elocuente. Y el cepillo. Sobre la cama, entre la almohada y la pared se había quedado su cepillo, el que siempre llevaba consigo y con el que trataba de desenredarse el cabello que el bravo amor había enredado tantas veces. Me atacó otra vez el erótico miedo que los objetos olvidados me infundían. Una languidez de cosa ajena abandonada en mis predios, que me consumía el pensamiento con toda la plenitud de la ociosidad consentida.

Agarré el cepillo, que tenía entre sus cerdas las hebras finísimas y brillantes que Luisa me había dejado sin querer, y las anudé al lápiz de dibujo como quien reúne una preciosa evidencia.

Muchas otras veces la había contemplado, mientras se cepillaba el largo cabello, sentada en una esquina de la cama, todavía investida de una afanosa desnudez. Pero en ese momento que ahora recordaba, el último que creí tenerla conmigo, ella se había puesto de pie y caminaba por el cuarto y la sala, peinándose con rabia contenida, mientras declamaba la larga y litúrgica cadena de adioses que las mujeres suelen infligirnos. Cuando estuvo lista, vestida e intacta, como si nada de mí hubiera pasado por su cuerpo, salimos en silencio y la llevé a su casa.

El miércoles temprano, para que cumpliera con su primer día de trabajo, le dejé a Vilma las llaves con el portero. También una nota: "Regreso a las diez a desayunar. Quiero huevos fritos en poco aceite. Sacude y arregla todo". Cuando regresé, la puerta estaba abierta y el apartamento resplandecía de orden. El piso tan limpio, que sentí la obligación de dejar los zapatos en el vestíbulo. Vilma, sentada en el balcón, escuchaba radio en un *walkman* y se contoneaba apoyando las manos en la baranda, de espaldas a mí y mirando hacia la calle.

—¿De donde lo sacaste? —le pregunté cuando se quitó los audífonos.

—Estaba allí, al lado del teléfono —me contestó turbada—. Excúseme por usarlo sin permiso.

—No, tranquila —le dije—. Sólo que no sabía que eso estaba aquí.

Mientras desayunaba me gustó imaginar el impacto del primer combate, pactado aun sin verse, entre dos mujeres que se disputaban mi atención. Esta idea se agudizó cuando Vilma, antes de irse, soltó lo que consideré su primera carga:

—¿A usted lo visita una muchacha rubia, no es cierto?

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Cómo sabes?

— Había cabellos rubios por todas partes. Dígale que se lo cuide para que no se le siga cayendo.

Sentí una malvada alegría porque imaginé que estaba celosa. Cuando se fue, me puse a revisar su trabajo. Todo estaba impecable. Entonces fui a hacer una llamada y junto al teléfono encontré una nota: "*Lo llamó una joben luisa que viene por la tarde a buscar unas pulsera y que viene por el bolman*".

De manera que tendría de nuevo a Luisa recogiendo sus olvidos o retirando sus recuerdos. Me asustaba saber que otra vez cruzaría el umbral y entraría en mi reino alquilado, resuelta a no dejar un solo vestigio físico de su paso por mi historia. La sentí llegar hacia las tres de la tarde mientras me desperezaba de una siesta azarosa. Oí las llaves en la cerradura y el portazo seguido. Después, sus pasos como acezantes, y el descolgar de un bolso y un llavero sobre la mesa de vidrio. Me levanté y fui a su encuentro. Nunca la había visto tan

espectralmente bella, con una *cintura de niebla* que algún otro había descrito y su peculiar andadura errática. Estaba cubierta con un simple vestido naranja que dejaba sus hombros desnudos. Se sentó en el diván, con las piernas dobladas hacia los pechos y toda la falda recogida entre sus muslos abiertos, a la mejor manera de *Palenque*. Llevaba el cabello en un moño de urgencia, con jirones al desgaire y la tez encendida por el calor de la calle.

—Vine por mis cosas —me dijo sin mirarme.

—No me molesta que me las dejes —le contesté, buscándole la mirada esquiva y tratando de provocar un diálogo salvador de última hora. Luisa fumaba moviendo los ojos en todas las direcciones, pero sin dejarlos recalar en los míos. Cuando al fin pude atraparlos, la vista, acorralada, tuvo que rendirse y dejar que poseyera, una vez más, esas insondables lagunas verdosas que bullían de ansiedad.

—Todo se ve muy limpio —me dijo, tratando de eludir mi mirada—. ¿Quién arregló?

—Conseguí una muchacha por horas —le respondí—. Vendrá tres veces por semana.

Al alcance de mi mano estaban, por un lado, su rodilla izquierda y por el otro mi cámara *Leica* de segunda. Antes de estirar el brazo, degusté la breve dicha de tener, allí no más, a tiro de foto, dos cosas que me hacían feliz: una mujer y una cámara. Me decidí por esta última y encuadré y tomé tres imágenes de Luisa, adecuadamente borrosas y movidas para poder presumir más tarde que todo había sido a propósito. Cuando iba a decirle algo, se puso de pie y estampó en mi mejilla dos besos tan dulces que entendí que eran o debían ser los del adiós definitivo. En medio de una calma chicha y con ensayada parsimonia, Luisa recogió en su bolso lo que había venido a buscar y, sin más, se marchó. Vuelto a la soledad de la tarde, lo único que ahora podía esperar era que llegara el miércoles y con él ... Vilma.

Evidentemente había orden. La sala y el cuarto barridos y lustrados. La montonera de libros revueltos con revistas, folletos y cuentas por pagar, había sido organizada por una mano diligente que apareaba por igual a Borges con el *Almanaque Bristol* y a Sherlock Holmes con el *Archivo: Lúdica*. Una nueva voluntad, ajena a mí, rectificaba el caos doméstico en el cual había estado sumergido y dictaba imperceptiblemente el derrotero a seguir en ese *barco ebrio* en que había convertido yo el lugar.

Con lo que no pudo fue con el olor. Aunque arregladas, la cama y las sábanas retenían el aroma de Luisa, confirmando su etérea permanencia. En ese territorio debió encontrar Vilma los cabellos desperdigados que llamaron su atención y que, con solo tocarlos, habrían de contagiar de magia triste todo lo que seguiría después.

El día que volvió, la esperé leyendo *El libro del buen amoren* edición prestada y arcaica. Le abrí la puerta y entró de lleno a su labor. Yo la miraba de reojo mientras ella barría y sacaba el polvo de las cosas, poseída de una genuina autoridad sobre mis escasos enseres. Canturreaba sin parar una canción de barrio y yo sentía su mirada en mi nuca mientras

seguía leyendo sin ganas las historias del Arcipreste. Por este mismo lugar, sobre estas mismas baldosas, y en este mismo aire que compartí con Luisa, estaba ahora esta otra mujer, llegada de otro planeta, que venía a reemplazar un cuerpo arrebatado de mí sin consentimiento, distinto en color, olor y sabor, pero tan lúbrico y vivo como el que mejor fuera.

Nunca lo podré contar con exactitud. Los momentos son así cuando son inefables y, además, a medida que se distancian en el tiempo, se manchan de irrealidad. ¿En verdad le pregunté a Vilma si conocía de masajes y otras terapias mayores? Nada me salvará si respondo que no. Sólo puedo decir que ahora recuerdo sus toscas manos recorriéndome, tocándome con un fragor térmico y suavizando de dicha clandestina toda la piel que le entregué a su cuidado. La sentía descender por el cuello a todo lo largo y regresar a palmos hondos sobre mis flancos descubiertos. ¿Le habré pedido, entonces, que se acostara desnuda sobre mi espalda? “...*si lo sé/ más no lo digo...*”. Sus duros pezones se me clavaron en los omoplatos mientras el íntegro vientre y su musgosa plenitud se pegaron a mí. Debió durar el tiempo que ahora no devuelvo. Debió ser que sin un sólo rumor, sin una sola caricia arreglada, la abracé con piernas y brazos y la penetré a saco, separando con opresiva torpeza sus muslos, invocado de un furor inaudito y certero que no lograba ni fondo ni fin y se agotaba sitiando su generosa carne negra.

—¿Qué le hago de almuerzo?—fue la única queja apasionada que Vilma pronunció cuando salí de su cuerpo.

—Frijoles enlatados con casabe —le respondí—. No me puedo demorar.

Pero sí me demoré muchas veces más en ella, saboreando su visita laboral día de por medio, entre el atafago de mis otros asuntos que se eclipsaban tan pronto sentía que llegaba temprano a ordenar mi desorden. Era ésa la nueva existencia que estaba llevando y que me hacía girar en el centro de un vórtice cada vez más revuelto y profundo. Cambié entonces, sin pensar, a Luisa por Vilma, dejando que ejerciera todo el dominio de que era capaz con su piel oscura e insondable. Muchas veces usé ese cuerpo africano, atormentado por un remordimiento sordo y difuso que no quería aceptar. Porque yo era ahora su postor. Pagaba por ella una mínima parte de un todavía más mínimo salario para que pusiera sus manos sobre mis cosas revueltas. Y recibía a cambio mucho más, porque nunca nadie habló de complacer al patrón. En esas breves mañanas, luego de un desayuno urgido y tras emerger escanciado del *jalde estuche*, Vilma, a la par que limpiaba, iba contándome pedazos tristes de su vida corta. Que uno sólo de esos episodios de despojo, pobreza y abandono me hubieran ocurrido, habrían bastado para enloquecer.

¿De dónde, me preguntaba, sacaba esta mujer esa tozuda alegría de vivir, esa jocundia de cuerpo, frente a tanta puerta cerrada y tanto muro infranqueable que plagaban su recorrido por la vida? Era como la resistencia heredada, genética, a toda prueba, la que,

además, afinaba su altanera belleza, arrojada con insolencia al paso de los que no fueran como ella. Pero también quiso saber de mí y de los cabellos rubios encontrados. En paulatinas confesiones, después de verla barriendo, y mientras hacía sonar *la pasión según San Mateo*, fui abriéndole el baúl donde tenía confinado el espectro de Luisa. Mientras más le contaba, sentía que ella la iba viendo, imaginando su rostro imbuido de *gélida falacia florentina*, tan opuesto al de ella, y afectado de una implacable altivez.

Total, no le cayó bien. Rivalizaban en cuerpo y alma y, alguna vez, jugando con mis demonios, vestí a Vilma con la blusa abandonada que Luisa no había querido llevarse. Fue como encender, por error, una mecha peligrosa. Esa tarde, después de un agonizante amor de siesta, el teléfono timbró con una urgencia tan aguda e impertinente, que no dudé en imaginar que era la llamada celosa de Luisa. La misma Luisa a quien le había oído decir: *"...me gusta tu boca..."*. La misma impaciente por yacer debajo y sobre de mí. Esa que me palpaba con los ojos. Cuyo cuello era una mezcla de *Chanel* de contrabando y cigarrillo rubio. Que sudaba un rocío de amor impregnado en sus bluyines y sus tibios calzones de algodón.

Toda ella, ese cuerpo del delito, había vuelto a llamar, porque aunque nunca habló, el silencio de la línea era *su silencio* y nó otro. Allí, oprimida contra mi oreja, a solo cinco kilómetros de distancia, estaba su *"boca ardiente de golosa lengua/ vivaz, del beso cómplice incentivo"*. Era como si en los densos calores de aquellos días, la brisa desfogada le hubiera reportado a Luisa la mala noticia de Vilma. Como si algo en su cuerpo resintiera un despojo indescifrable, una amenaza de carencia que le espoleara la carne, abruptamente alejada de mis manos. Como si, fuera quien fuera, un anónimo goce, en otra encarnadura, se estuviera llevando de mí lo que aun hubiera de ella. Y como si eso le fuera privadamente intolerable.

Al otro día, con Vilma de descanso,... *regresó de verdad esta mujer/ arrastrada por mi opresivo deseo/ y ya no hubo local para albergar/ la delicia de su cuerpo desmenuzado entre mis dedos/ ni cómo contener/ el opulento olor de hembra desatada/ que me cubrió como una nueva ropa...*

¿Cómo puede uno compartir el cuerpo y el alma con dos mujeres alternadas, en la misma casa, y no perder lo que le queda de razón?. El tiempo seguía con horas largas y cortas. Vilma arreglaba lo que Luisa desordenaba. Las dos se sabían pero jamás se habían visto. Ocupaban órbitas autónomas en mi comprimido espacio y por eso me sentí el conciliador apurado de ese precario equilibrio, porque las fuerzas de sus trayectorias presagiaban una colisión catastrófica. Al principio no noté ninguna molestia. Vilma aceptaba a Luisa y Luisa no maliciaba de Vilma. Pero observé que el amor de una me ayudaba a ser más explícito con la otra. Era como un ejercicio del afecto que practicaba con la ayuda ingenua de las dos. El deseo saciado en la mañana daba paso a una lánguida ternura vespertina y una marca indefinible me quedaba por la piel tras el último abrazo del día.

Entonces me asolaban las noches. Animadas de ruidos y visiones beatíficas, volví a padecer los insomnios, poblados de olores y sonidos minúsculos y del bulto del tiempo usado y ajado en el amor que se arrinconaba como un fardo difícil de mover. Así, en esa vigilia descabalada, materializaba a Vilma más dulce, recreando su cuerpo de espaldas, ceñido por mi abrazo mientras pelaba los plátanos. Una suave tersura intimaba en medio del aceite que hervía y el aroma del tinto mañanero. Vuelta hacia mí, su mirada vagamente errática pasaba de largo por mi rostro. Luego me besaba los labios con una tibia humedad y me estrechaba sin soltar el cuchillo de las manos.

¿Qué otra cosa podía decir, en cambio, de Luisa? Una de las tardes, adormilada sobre el piso de la sala, contempló a través de los balaustres a las parejas que se amaban impertérritas en las murallas. Me llamó a su lado y contamos cinco de ellas, todas contorsionadas en el éxtasis del amor con ropa, y como embebidas de la abrisada luz del atardecer. Allí, sobre las baldosas, tirado cuan largo era, reposando mi cabeza sobre sus muslos, yo miraba el frenesí de los que no tenían siquiera un cuarto donde folgar sus apuros, agradecido por la dicha de estar de este lado, bajo techo y sobre seguro. Y como si todo fuera poco, asistido en el acto de celebrarme a mí mismo por el propio Neruda:... *Hoy me he tendido junto a una joven pura/ como a la orilla de un océano blanco/ como en el centro de una ardiente estrella/ de lento espacio...*

No me daba vergüenza, pues no veía porqué inventar otra frase, muy seguramente inferior, para describir lo que mis amigos poetas ya habían escrito, antecediéndose con exactitud a lo que yo iría a sentir y regalándome los versos para que yo los usara cuándo y cómo quisiera. Era así como le pedía líneas prestadas, poemas enteros, a muchos autores que estaban prestos a darme la mano cuando yo se la pidiera. Pero también abusaba. O eso creía. Sin embargo, no he podido contestarme la angustiada duda que hoy me asalta. ¿Vivía yo las cosas para después contarlas o las contaba sólo porque las había vivido? Nadie me lo ha explicado antes. Tengo la sospecha de que los sucesos me llegaban con la única finalidad de que se los narrara a otros. En ese sentido, los personajes sí venían en busca de un autor. Vilma no llegó porque quería trabajar. Llegó a un sitio, su sitio, que la estaba esperando en las diez páginas de esta historia. Luisa ya lo estaba, pero no lo sabía. No de otra forma se puede explicar esa conjunción anómala en mi inocente vida de esos días. Quise convencerme de que la venalidad implícita en mi conducta me era impuesta desde afuera, por la metafísica escandalosa de las cosas que me rodeaban.

Nada sabía de hasta dónde iba a llegar todo. Tuve después otra percepción que me aumentó el desasosiego. Toda mi historia no se desencadenaba linealmente desde un principio hacia un final. Parecía que su curso fuese invertido y que todo viniera desde un desenlace ignoto hacia este inapelable presente. ¿Qué haría, entonces, para salvar a las dos heroínas de esta leyenda? ¿Quién era el endriago plural que no tenía rostros y se virtualizaba multiforme hasta en la suave carrera de mi dedo por las espasmódicas y lentas curvas de

“mi” cuerpo de Luisa, de la estática huella de su sueño desnudo sobre mi cama? En un momento, intentando ser clarividente, algo me llevó a preguntarle:

—Si escribieran tu biografía, ¿cuántos capítulos estarían dedicados a mí?

Luisa me contestó sin perturbación:

—Los capítulos están escritos desde hace tiempo. Tú sólo vives en los que quieras aparecer.

¿Y si, además, nunca hubiesen existido? Eran bellas o más bellas sólo cuando yo las miraba y las tenía. Nadie distinto a mí las habría paladeado tanto, y a ningún otro hubieran alabado con tanto ahínco y tanta voz meliflua como a mí cuando me hablaban. Por eso, supongo, no me costó trabajo creer que sólo respiraban al influjo de mi soplo vital. Tocado por ellas, ungido cotidianamente por ellas, el tiempo pasaba arrasante por encima de mí, repitiéndome en ráfagas los capítulos de esta historia que nunca escribiré. Realmente no hay bien que dure cien años, ni siquiera cien días, ni cuerpo que *no* lo resista. ¿Qué quedará de mí, allí donde *ellas* son más *ellas*? ¿Habrá algún agua bautismal que lave las indelebles manchas del trabajo ardido del amor? Esas que suelen quedar, como un estigma visible, en individuos así como nosotros, imprudentes y algo ociosos, y a quienes no se les ve ni asomo de ganas de escarmentar.

JOSÉ LUIS GARCÉS GONZÁLEZ

También el amor se pudre

Con algo de inexplicable melancolía en las espaldas, yo había llegado a ese modesto hotel el jueves a medio día, acosado por el estrépito y acompañado por un sol extraño que merodeaba por la esporádica suciedad del cielo. En la noche, cumpliendo, un compromiso sagrado, fui a la taberna de Alejandro Coy, guitarrista y viejo amigo. La invitación se alargó y sólo pude regresar a esa habitación cubierta de azul en los muebles y de rojo ahumado en las cortinas, en las primeras horas de la madrugada. Con ardor en los ojos, me desperté a las seis de la mañana después de un sueño tranquilo. Hacía frío y opté por quedarme en la cama. Ese día mi cita empezaba a las once, así que no había por qué desesperarse. Traté de

* Montería. 1950. Cuentista, novelista, poeta, ensayista y docente. Ha escrito obras para teatro, argumentos y guiones de televisión, así como crónicas periodísticas. Miembro fundador del grupo El Túnel, de Montería y director de la revista que lleva el mismo nombre. Entre sus numerosas publicaciones se cuentan *Carmen ya iniciada* (Premio Ciudad de Pereira, 1984), *Oscuras cronologías*, *La efímera inmortalidad de los espejos*, *Balada del amor final*, *Fernández y las ferocidades del vino* y *Zahusta*. Con *Entre la soledad y los cuchillos* fue segundo lugar Premio Plaza y Janés, 1985; publicó asimismo *Corazón plural* y *Cuerpos*. También obtuvo el primer premio Procultura del Caribe para Narrativa. Docente de la Universidad de Córdoba. Es admirable el aporte suyo a la cultura de su Departamento. Recientemente ha recogido en libros sus investigaciones sobre la literatura de la región en los libros *Literatura en el Sinú* y *Manuel Zapata Olivella: caminante de la literatura y de la historia*.

recuperar el sueño, pero fue inútil. Entonces me di a pensar en Nay, en su viaje, en sus actitudes sorprendidas, en su furia corporal, y calculé que debía estar a cien kilómetros de mi primer beso, si no había ocurrido tropiezos. Nay viajaba y yo esperaba.

A las siete y cuarto me levanté y abrí las dos llaves de la regadera para terciar el agua fría, pero esa mañana quería que el líquido estuviera tibio. No deseaba perder del todo el calor de mi piel, pues ese calor no me pertenecía por completo, también era de Nay. Y para nosotros el calor profundo de la piel era excitación, placer, arrebatos, incendio previo.

Me vestí y bajé los cuatro pisos, pues el ascensor (en este caso el descensor) no servía. Cuando el administrador me vio se puso las manos en la cabeza, como si algo grave hubiera sucedido. “¿Qué pasó?”, le pregunté. “Vino una señora a buscarlo”, me respondió. “¿Por qué no le dije que yo estaba allá arriba?”, le increpé. “Perdone, pero me equivoque, yo creí que usted estaba en la pieza cincuenta”.

Con el rostro rojo, casi albino, agregó que ella había salido a desayunar a la cafetería que quedaba a dos cuadras torciendo a la izquierda. Y añadió: “Pensé que usted no había llegado a dormir y le dije que un amigo lo había venido a buscar y había salido temprano. Fíjese, traté de disculparlo”. Sí, traté de disculparme y lo que hice fue embarrarla, so taradito, pensé.

Exactamente en la cafetería estaba Nay. La vi desde antes de cruzar la calle. Cuando me le acerqué le noté los ojos vidriosos, bellos pero excesivamente húmedos. Lloraba. Era una forma tierna, desamparada, prudente de llorar. Dejar que el llanto fluyera sin tropiezos. Le besé la frente y me senté a su lado. Le di las explicaciones del caso, pero ella no me creyó. Ella de cuando en cuando, piensa que soy la estampa vagabunda que algunos de mis supuestos amigos han puesto a rodar. “Ahora lo compruebas preguntándole al taradito”, le dije. “Claro, ya lo aleccionaste”, me respondió.

Cuando llegamos al hotel, El Taradito (ya con nombre propio, señores) volvió a colocarse las manos en la cabeza. Y volvió a ponerse rojo. Nada dijo. Quizá creyó que los gestos lo resumían todo. Pedí la llave, hice un movimiento negativo con la cabeza, sonreí y subimos hacia el cuarto piso. Nay, adelante, me mostraba sus nalgas escandalosas metidas en un bluyín azul oscuro. Íbamos despacio, pues Nay se sentía cansada, y, por orgullo o liberación, no había permitido que yo le cargara su maletín. Algo que, en el fondo, me puso medianamente feliz.

Cuando abrí la habitación percibí en toda su intensidad el olor a encierro mezclado con un vaho de cocina que debía provenir del piso de encima. Miré a Nay, pero ella no dio muestra de haberse percatado. Más interesada en el espejo, empezó a arreglarse las hebras indómitas de su frontal. Nay tenía un pelo liso, negro, abundante, cortado a lo muchacho. Miró su reloj y me dijo que me quedaba poco tiempo para comenzar la reunión. Efectivamente, así era, pero frente a una mujer que viaja mil doscientos kilómetros para ver a un hombre, cualquier reunión tiene que sufrir aplazamiento. Pues nada hay más importante que viajar

toda la noche con la sola esperanza de estar treinta y seis horas con la persona que se dice amar, con el calor de un cuerpo que hace rato echó sus hierros en las más profundas aguas.

Nos metimos a la cama y Nay se acurrucó en mi costado derecho, y lo hizo bien, pues nunca he podido acostarme con una mujer que se sitúe a mi lado izquierdo. No sé. Sentimos el calor de la piel. Y la carne, ese animal de búsqueda, contactando la otra carne, indagando posibilidades. Nay sobaba mi abdomen, yo recorría su nuca con lentitud y reincidencia. Siguiendo hacia el sur, Nay llegó a mi sexo, trató de cubrirlo con su mano derecha, pero como ese pez de carne y sangre se le salió entre los dedos, comenzó a acariciarlo con sus labios, a saborearle su almíbar, a arroparle gran parte de su longitud y su grosor con toda la cavidad de su boca. Nay, varias veces, me había hecho esa caricia, y siempre me pedía que explotara en su interior, pero jamás había podido complacerla. Silenciosa pero eficaz entró y salió, deslizó su lengua por toda mi orografía de carne y sangre, revoloteó, succionó, y de pronto, con una agilidad que no esperaba, se sentó en mi miembro erguido.

Algunos vellos de su abundante cabellera se enredaron en mi glande, y ella, acezante y temblorosa, con su mano derecha tuvo que corregir la trayectoria. Entonces, liquidando cualquier obstáculo, Nay empezó a cabalgar, a enterrarse y salirse con furia, a darse con sed, con hambre, a desquitarse los aplazamientos, las citas que se anunciaban y no se cumplían. Yo le sentía el sudor que le bajaba de los muslos, la respiración que se le precipitaba, el fuego que despedía ese sexo que parecía inundado por aguaceros y calores. Nay buscaba su victoria, la luchaba, la trabajaba como jinete empecinado. Y a fe que la consiguió: fue un ritmo acelerado, una respiración que se vino de bruces, unos ojos que se cerraron, un rostro que se conmocionó, y algo que primero fue ruido y después fue palabra vieja: ¡Amor... Amor... Amor. Amor dos veces. Amor cien veces! ¡Amor mil veces! Palabra alcahuete y pretextera.

Luego, todo fue bajamar, reencuentro del equilibrio, abrazos al cuello, uno que otro beso, y ladeándose se sacó lo que con tanto desespero había metido en su cuerpo que había recorrido mil doscientos kilómetros sentado en un bus en una afanosa noche con luna.

Nay se acostó a mi lado y cayó en el sueño. Cuando empezó a roncar, con suprema precaución, para no dañarle su felicidad, bajé de la cama y fui al baño a limpiarme.

Vestido, con el tiempo acosándome, la contemplé. Era mi forma de decirle adiós. Tenía que irme pero no quería despertarla. ¿Darle un beso en la frente? ¡Bah!, no quería montar mi telenovela cursi. ¿Dejarle una notica? ¡Bah!, eso lo hacen los amantes inseguros, y yo no me consideraba ni lo uno ni lo otro. Opté, pues, por salir con pasos de gato y cerrar muy despacio la puerta.

La reunión no había comenzado. En el auditorio, ya colmado de humo, los asistentes hablaban, reían, se golpeaban las espaldas, daban vueltas como moscas y como avispas con el agujijón guardado. Al primero que vi fue a Mattas. Él también me vio y vino inmediatamente hacia mí. Tenía los ojos encarnados, quizá más por la marihuana que por la falta de sueño.

Nos saludamos y su tufo olía a cigarrillo. Tal vez estaba más delgado. El pelo era el mismo: abundante, sin color, tirado sobre una cabeza pequeña, un poco de serpiente anormal. Esa era una de sus maneras de creerse inteligente. Las otras eran meter cannabis, criticar a todo el mundo, vivir recostado de los amigos, andar medio sucio, buscar conocidos drogados, y llegar casi siempre de último a todas las citas.

Mattas se colocó a mi lado y principiamos a caminar y a saludar por el amplio salón. Cuando empezamos a cogerle gusto a la saludadera, alguien anunció por el micrófono que la reunión iba a empezar. Él me dijo que nos veíamos más tarde y se dirigió a las butacas que estaban a la salida. Mattas no soportaba las reuniones prolongadas, y en esa fobia nos identificábamos. Sabía que no nos veríamos más en ese día y que apenas se hallara con otro colega comenzaría a criticarme, a zarandearme y a sindicarme de errores y de equivocaciones que jamás había cometido. Así era él. Cuando iba a sentarme miré hacia atrás, y allá en la última fila estaba Mattas, con su cara flaca y morena, con su mentón más agudo, con sus ojos rojos y perdidos en una neblina que sólo existía para él.

Durante tres horas estuve en la reunión. Escuché, pedí la palabra una sola vez para rendir un informe, y luego me sumergí en cosas que hoy ni siquiera recuerdo. Es mi forma de matar el tiempo cuando las conversaciones no me interesan. Vagamente evoco que alguien habló de capítulos y de artículos, de cláusulas explicativas, de modificaciones, de supresiones, de suficiente ilustración, de interpelaciones, de parámetros y de condiciones objetivas. La razón básica es mi aversión a este tipo de asambleas, pero a ella, en este caso, se le agregaba la presencia de Nay en la habitación, su cuerpo desnudo y dormido, su centro negro y copioso, sus gritos, su decisión de viajar para encontrarnos por tan poco tiempo.

No voy a negarlo: cuando finalizó la reunión me acerqué a algunos amigos, nos saludamos con los lugares comunes y las hipocresías de siempre, copié algunas direcciones y teléfonos, acepté un agua aromática en la cafetería, prometí asistir a una velada en las horas de la noche, y aprovechando una salida al orinal, sin despedirme, porque según un viejo de mi pueblo el que se despide nunca se va, salí del edificio. No podía despilfarrar más el tiempo. Ustedes conocen una razón poderosa. Una razón que había llegado a mí consumiendo decenas de kilómetros y que me estaba esperando en un hotel de tercera que administraba un muchacho de cara roja, de ojos huidizos, a quien yo llamaba El Taradito.

Una lluvia imprevista, cuando apenas había caminado dos cuadras, demoró mi llegada al hotel. No tuve más alternativa que esperar, en la puerta de una cafetería, que terminara el aguacero.

“Paciencia, Fernández. Es verdad que ella está a la espera. Sí, Fernández, todo eso es cierto es muy bello. Pero deja que finalice la lluvia. No tienes carro, Fernández. Y, además, en esta ciudad cuando llueve los taxis no paran. Para ti, la ciudad se torna melancólica, idotona. La lluvia le entrega una nueva dimensión, un traje diferente. Y las luces del alumbrado

público y el neón de los avisos y los focos de los autos, todo se viene hacia el asfalto mojado, y se confunden los colores, y una especie de serenidad se instala en el aire húmedo, en las paredes sucias, en los árboles copiosos. Y después de la lluvia, hombres y mujeres, niños y menesterosos, vendedores ambulantes y burócratas alzan los hombros, medio ocultan las cabezas y apresuran los pasos. Tienen prisa por llegar, Fernández. Muchos no saben qué, pero algo les espera. Algunos van en parejas, abrazados o agarrados por la cintura; esos caminan más lento. Van fraguando los cuerpos. Los van aproximando. Van desarrollando un lenguaje que sólo conoce la piel. Están preparándose. Ella quizás moja su entrepierna. Él, de cuando en cuando, hace palpar su sexo. Y tú, Fernández, te acuerdas. De muchas cosas. Recuerdas cuando viviste en esta ciudad, cuatro, cinco años, y esas lluvias sorprendivas te ponían triste. Y extrañabas el calor que estaba lejos, que era niebla inubicable o viento pasajero.

Y tenías que decirte: esa que pasa por mi lado está cerca de mis ojos pero está lejos de mi vida. Ah, pero eso era de Juan José Tablada. Del anti-poeta en Nueva York. Sí, pero esa ya es universal, Fernández. Consuélate, bobalicón. Palabras para sobrevivir. Algo te daban, Fernández. Algo. Quizá esperanza. O fuerzas. O capacidad de espera. Y el deseo era un arrebató. Unas ganas de tomar alguna mujer, de atraerla con violencia hacia ti, y decirle: ven, uso la fuerza pero para amarte. Déjate amar. Dame calor. Mete tus largas uñas pintadas de rojo carne en los estragos que la lluvia hizo en mi pelo. Ven, acaríciame con serenidad pero con constancia, sin premeditación. Prepárame agua de albahaca, tibia, no más tibia, y dámela en un pocillo grande que tenga pintados leves arabescos azules. Ven, mete tu cuerpo en esta cama que quizás nunca sea nuestra, arropa nuestros cuerpos, inclúyete en mí más, quiero sentir la fortaleza de tus muslos, siempre me han gustado tus muslos. ¿te acuerdas cuando te pedía que te pusieras frente al espejo para yo vértelos? Mucho, me gustan mucho. Más en el espejo. Porque los espejos crean otra imagen. Mejora o desmejora. Se equivoca el que cree que los espejos devuelven siempre la imagen que se le ofrece. En su misterio de luz y sombras procesan, seleccionan, y luego retornan la imagen que a ellos les parece conveniente. Cálmate, tú estás solo, Fernández, y no debes dedicarte a armar una historia mediocre. Artesanía para desengañados y para estúpidos".

Con las nubes volviendo a amenazar desde el cielo, regresé al hotel. Nadie había en el pasillo. Una sola bombilla trataba de hacerle daño a la penumbra. El olor a desinfectante estaba más acentuado y la frialdad del local parecía querer desquitarse de las euforias del cuerpo. El Taradito leía un periódico, pasó por su lado y se hizo el que no me había visto. Las escaleras desprendían un chillido dulce (¿cómo será un chillido amargo?). Subí despacio. En el cuarto piso tomé un poco de oxígeno. ¿Estaría dormida Nay?, ¿ya se limpiaría la huella de la bella batalla? No, no me arreglé el pelo ni me compuse el cuello de la gabardina. Di los tres toques de rigor, y esperé. Nay estaría dormida. Sí, seguramente. El buen amor lleva al sueño, sostenían los griegos y sostengo yo. Volví a tocar. Dos, tres veces. Ningún signo de vida se escuchaba en el interior. La llamé por su nombre indígena. Nay, mujer perdida entre las

breñas y las montañas del sur, dónde diablos te has metido. Ni que estuviera en el baño luchando con su problema de estreñimiento. Si era eso, ya me hubiera contestado. Nada, Nay silencio. Nay nada.

Bajé. Cuando El Taradito me vio se volvió a poner las manos en la cabeza. En ese instante me pareció un despreciable chimpancé albino. “Señor, la señora bajó, aquí está la llave. Se me olvidó decírselo cuando usted pasó”. Malparido. Me entregó el metal frío sin mirarme a los ojos. El periódico, no sé por qué razón, temblaba en su mano izquierda.

Subí a grandes trancos, y como paradoja me di cuenta, por primera vez en toda una semana, que un enorme cuadro de un torero (iManolete, señor, Manolete) envuelto en la brisa de su propia capa roja estaba situado, frente a la luz, en el descanso del tercer piso. Ah, las rarezas de la vida, cuando no quieres ver, ves: y lo más lejos es lo que está situado frente a los ojos.

Siempre le he tenido reservas a las llaves de las piezas de los hoteles: se traban, no giran, no entran: ésta fue generosa. De una sola vuelta me encontré con la soledad de la habitación. Baño, guardarropa, puerta del baño, debajo de la cama. Nada insólito, todo en su puesto. Encima de mi almohada una hoja escrita y extendida. Se dignó decirme para dónde había salido, pensé. Nay aún practicaba el respeto y la cortesía:

“Querido Fernández: Te quise ver por última vez y lo logré. Fui animalmente feliz. Tú, también, tienes cosas más importantes que amar a una mujer. Que nunca te acose la culpa. Mi decisión, pese al placer y a lo hermoso de nuestro encuentro, ya estaba tomada. Nada se origina en ti, créeme. Aunque ahora no puedo hablar de amor intenso, en una ocasión también te quise. No te digo besos. No te digo abrazos. Hasta nunca. Nay”.

No había para qué releer. Su redacción era nítida y contundente. Aunque oscuro, ahora todo estaba claro. Me acosté con los zapatos puestos. En ese momento no tuve cerebro, no tuve sensaciones. ¿Qué era esa locura?, flotaba y mi cuerpo era liviano, doloroso. Sabía que lo suyo era certeza, no amenaza. Débil, lastimosamente humano, sin tener una dirección o el número de un teléfono, me dormí.

Desperté al anochecer. A los pocos minutos alguien tocó la puerta. Era El Taradito. “Una dama lo busca”, me dijo. Y agregó con una picardía que pretendía ser simpática: “¿Le digo que suba?”. “No, le respondí, yo bajo”. Él, percatándose de mi ceño, dio media vuelta y desapareció de inmediato.

Me esperaba en el vestíbulo el rostro hermoso de una mujer desastrosamente flaca. Me saludó con sequedad pero con decencia, dijo llamarse Judith y me preguntó por Nay. Yo traté de sonreírle. “Nay salió y dejó una nota que me gustaría que usted leyera”, le contesté. ¿Para mí?, interrogó. “No, creo que para todo el universo”, le aclaré. Ella elevó las cejas y arrugó la frente. “Suba conmigo, es mejor leerla en la habitación”, le propuse. Ella aceptó.

Ascendimos despacio, en completo silencio. Abrí y noté que la habitación estaba caliente. Qué raro. Judith se sentó en una butaca vieja de color azul eléctrico que se hallaba situada frente al espejo de cuerpo entero. Le extendí el papel y ella lo devoró con sus ojos estrechos de largas pestañas.

- Se fue a matar— dijo en voz alta.

Nada le contesté. Entonces me miró como buscando una respuesta. “Llegó esta mañana, estuvimos juntos, yo salí a una reunión, regresé y encontré esta nota, es todo”, le dije.

— ¿Y lo dice así de sencillo?

— No sé qué más pueda decir.

— Usted no tiene corazón. Parece uno de esos personajes artificiales de Bergman.

— Fue su decisión. No pude influir en nada.

— Sí, es cierto —reflexionó—. Es cínico pero es cierto.

— ¿Ya lo sabía usted?

— Alguna vez lo comentó. Qué tristeza, me dijo que la buscara aquí y me dijo su nombre. Esta noche íbamos a ir al concierto de Harold Fischer.

— Sí, qué tristeza.

Judith no dijo una palabra más sobre el tema. Me extendió su mano huesuda, se despidió y se marchó. No dejó ninguna seña. A los tres días leí la noticia de Nay. Se le había tirado al tren que, paralelo al río San Toribio, pasa rumbo a las ciudades del occidente de todos los días al tardecer. Hallaron un bolso con dos blusas y dos interiores, nada más. En el periódico hablaban de una joven desconocida que había sido triturada por las veloces ruedas del tren de las siete de la tarde: el maletín amarillo y rojo era el de ella. El que siempre llevaba a nuestros encuentros de amanecer o de medianoche en cualquier hotel de este país. El resto, el cuerpo, los gritos de placer que engendraba el acople, su cabello abundante cortado a lo muchacho, sus nalgas enloquecedoras, eran bazofia, carroña sin atributos.

El taradito nunca sospechó nada. A la semana exacta, terminadas mis diligencias y con un muerto más en mi corazón, en una mañana que amenazaba lluvia salí del hotel. La nota que Nay me dejó la llevaba metida en viejo libro de Italo Svevo, que acostumbraba a cargar en los últimos meses. Opté por regresar a mi ciudad por carretera. Eran treinta horas pero no importaba. Así, todo sería más lento. Desprenderse de los recuerdos es un proceso sin afanes. Fui a la estación y abordé un bus de último modelo. El trayecto lo hice leyendo revistas de noticias, crónicas y farándula. El paisaje, al contrario de otras veces, me pareció marchito y repetitivo. No había exuberancia en el verde.

En casa hallé a mi hijo adolescente levantando pesas. Se me acercó sudando y mostrando la dureza de sus bíceps. Lo besé. Él me preguntó cómo me había ido. “Bien, hijo, me fue bien”, le respondí. Me sonrió. Cómo decirle lo contrario. Cómo incluirlo, a su edad, en mi huracán

sentimental. Golpeé su hombro y salí para mi habitación. Empecé a reencontrarme con las cosas abandonadas. Con las fotos amarillentas. Con el lánguido olorcito de la ausencia.

Desde que ocurrieron estos hechos ha transcurrido un año. Nay sigue en mí, pero yo no en ella. Aún no me explico a cabalidad la decisión de su suicidio. Para ciertas cosas reacciono con lentitud, u opto no razonar sobre ellas. Sólo sé que fue su voluntad, y ya eso lo convierte en un acto legítimo. No sé si soy irrespetuoso si digo que en ocasiones me gusta recordarla desnuda, tratando de montarse en mi sexo. Sin embargo, ayer, obedeciendo la idea de un escritor puritano de que en caso de muerte hay que morir completamente como sea posible, quemé la nota que ella me dejó encima de la almohada. Primero la hice pedazos. Luego, la volví cenizas y la eché al patio. Lo último que se quemó fue la letra N de la Palabra Nay.

Invierno y verano de muchos años. 1990.

ERICK BOZZI ANDERSON*

Tan lindos y tan profundos los amores de Manuela y Sebalandro

Marcela Roca regresó al balcón y, por un momento, se perdió en la tranquilidad de la noche; una a una fue identificando las constelaciones, dibujándolas en el vacío con el índice derecho, sintiendo con placer el viento salitroso del Caribe rasguñarle las facciones indescifrables.

—Si Dios fuera tan berraco se hubiera inventado el mundo aquí en Cartagena. No sé por qué se le dio por irse para el Medio Oriente; con lo tranquilo que es esto— pensó en voz alta y se tomó un trago largo y despacioso del ron blanco que se había servido media hora antes y que no había probado hasta ahora.

*“Oye morenita te vas a quedar muy sola
porque anoche dijo el radio
que abrieron el liceo
y como es estudiante ya se va Escalona
pero de recuerdo te deja un paseo”*

* Cartagena, 1950 - Los Ángeles, 1997. Abogado de la Universidad de Cartagena donde también ejerció como docente. Fundador y miembro del grupo La Caterva, conformado alrededor de la revista del mismo nombre, cuyo propósito fue la formación de una vanguardia literaria en la Cartagena de los años setenta. Vivió Desde 1980 en Los Ángeles, Estados Unidos, ciudad donde fundó junto con su esposa, la pedagoga Katia Gómez de Bozzi, una institución dedicada al desarrollo de programas educativos. Publicó los libros de poemas *Imágenes de sal y arena*, (1976); *Los daguerrotipos de tipos*, (1978); *Persiguiendo el bolero* (1998). Entre sus publicaciones póstumas se cuentan *Los secretos de Catalina Lora y otros chismes de sus fantasmas más allegados*, (1996), que es una obra de teatro y guión para televisión, de donde fue tomado “Tan lindos y tan profundos los amores de Manuela y Sebalandro”.

La canción vieja del maestro Escalona sonaba revivida en la voz de Carlos Vives, y los recuerdos de Marcela Roca, en sus cuarenta y cuatro años, en su amor a las constelaciones, en el color de panela de sus piernas maduras y hermosas, se desparramaban a lo ancho y largo del balcón, más allá del balcón, hacia el mar, más allá del mar, entre el mar. La vida había sido dura los últimos años, la felicidad que la acompañó durante su primera juventud se le hacía cada vez más esquiva, su primer amor la había abandonado, su último amor se había dejado asesinar tontamente, el próximo amor no se le aparecía por ningún lado, había perdido el trabajo, ya no disfrutaba del placer del baile porque se le cansaban los pies, no veía a sus amigas porque se habían casado, o se habían ido al exilio después de la tregua o porque se habían enredado con algún traficante de drogas de esos que no dejan salir a sus mujeres; no las veía y las extrañaba; nada parecía salirle bien, pero de alguna forma se las había ingeniado para sobrevivir y aún disfrutaba de sus caminatas largas por la playa a la hora del atardecer; disfrutaba de la lectura de los poemas desabrochados del poeta Pedro Blas, de los poemas trágicos de Poe, de los jeroglíficos de Borges, de los cuentos de Cortázar, de Cepeda Samudio (la enloquecía la belleza de "Hoy decidí vestirme de payaso"), soltaba lágrimas desconsoladas con los novelones de amor de George Sand y se moría de envidia al leer a García Márquez porque sabía que, pasara lo que pasara, nunca iba a poder escribir con esa magia tan descontrolada.

– Escribió "Cien años de soledad" y nos jodió a todos— decía cada vez que cualquier conversación tocaba el tema de García Márquez.

– Ahí, estás, viejo Orión, con tu espada y todo— dijo Marcela, dibujándolo con el índice sobre el fondo negro del cielo, trazando sus líneas imaginarias de estrella a estrella, hasta terminar con la espada del guerrero de la constelación, recordando las clases de astronomía que el profesor Puente les había enseñado en el tercer año de primaria en el colegio de La Presentación.

– ¿Qué se habrá hecho el profesor Puente? Ya debe estar viejo, carajo si hasta yo estoy vieja ya; y la hermana Isabel, tan correcta y devota, siempre, tan bella, con sus ojos de almendra y su piel de artista de cine, mostrándonos el mundo en la clase de geografía del segundo de bachillerato; aquí está la Mesopotamia, entre el Éufrates y el Tigris; éstos son Los Pirineos; los franceses dicen que Europa llega hasta Los Pirineos; los franceses nunca han gustado de los españoles, claro que a los franceses nunca les ha gustado nadie; además de hermosa era inteligente, trabajadora, estudiosa y devota, siempre rezando, hablando siempre del amor a Dios, del amor al prójimo. "El prójimo no es una persona que el Papa se inventó, el prójimo somos todos los seres humanos, los negros y los chinos y los blancos, los gringos, los rusos, los cubanos, los de la India, los del Medio oriente, los indios de la selva, todos, y a todos tenemos que quererlos y respetarles sus derechos".

– ¿Dónde estarás ahora, Isabel?— preguntó Marcela Ríos en voz alta, recordando la tarde aquella del año sesenta y seis en que se despidió, llorando, de la hermana Isabel que se iba al

exilio antes de que la apresaran por supuestas vinculaciones con la guerrilla del Padre Camilo Torres.

– Éstas son las vainas del amor al prójimo– le había dicho Isabel al despedirse, más hermosa que nunca, con los ojos llorosos, disfrazada de mujer común y corriente, tirándole un beso desde la ventanilla del taxi que se la llevaba a toda velocidad.

– ¿Dónde estarás ahora? Volvió a preguntarse Marcela Roca, terminando de tomarse su trago de ron blanco, en camino a la cocina a servirse otro porque el primero le había sentado bien y no había razón en el mundo para que no tratara de sentirse mejor.

– Verdad que me gustaría volverte a ver, Isabel, y contarte las cosas que aprendí en la Mesopotamia de verdad, no la del mapa sino la del calor de infierno del desierto, la del miedo cortante en los bazares del Bagdad de después de la guerra; para contarte las cosas de Alejandro Rosas un prójimo de mierda que casi me daña la vida de tanto que lo quería y que me dejó tirada como un trapo viejo cuando se aburrió de mis piernas, me gustaría verte y contarte cómo se me partió el alma cuando el comandante Sebastián del Viento se dejó asesinar en una calle triste de Bogotá; dicen las malas lenguas que murió con una sonrisa de oreja a oreja a pesar de la balacera que le pegaron por la espalda; yo no quise verlo, lo quería demasiado para verlo muerto pero me creo lo de la sonrisa porque así era él, se reía de todo, hasta de su propia muerte.

– Brindo por ti, Sebastián del Viento, que te dejaste matar por la espalda y quedaste muerto de la risa– dijo Marcela Roca levantando su vaso de ron con solemnidad, bebiéndose de un solo golpe el trago que acaba de servirse–. Me dejaste sola, hombre miserable, sola con mi dolor y mi soledad, siquiera que no pudiste llevarte mi balcón ni mis estrellas dijo, sirviéndose otro trago de ron con hielo porque el segundo le había sentado mejor que el primero y todavía no veía razón para no tratar de sentirse aún mejor.

De regreso al balcón se detuvo frente al tocadiscos y, después de unos minutos de buscar entre una pila de discos viejos, se decidió por el de Bovea y sus Vallenatos, una de las primeras versiones comerciales de la música del maestro Rafael Escalona, con las mismas canciones que había estado cantando Carlos Vives un rato antes.

– Verdad que esta música va más allá de la moda– pensó Marcela Roca mientras se recostaba contra la baranda de su balcón a sentir la brisa fresca del mar y a jugar con las estrellas de sus constelaciones preferidas; el tacto de la brisa se hacía ahora más sensual, la música más vital, el ruido del mar más profundo y la noche, en su totalidad, más hermosa que todas las noches de su vida; los recuerdos volvieron con más fuerza, como fantasmas concretos, y las imágenes y los momentos de Alejandro Rosas y del Comandante Sebastián del Viento se confundían entre sí y la confundían a ella y así, los episodios que vivió con el uno se le dibujaban en la noche con el rostro del otro y viceversa hasta que el uno y el otro se convirtieron en uno solo que la amaba y la dejaba, no había solución, su soledad trágica era irredimible incluso en esta masa alucinada de recuerdos que la asaltaba ahora.

— Mierda, no sé qué me está pasando— dijo Marcela Roca y se encaminó a la cocina a buscar más ron, para ver si se le mejoraba la noche que los recuerdos estaban a punto de echarle a perder.

— A lo mejor esta es la respuesta que me hacía falta para que no me maten los diablos que me aquejan— dijo mientras se servía un trago mayúsculo de ron blanco y se encaminaba a su máquina de escribir, feliz.

— Esto era lo que yo necesitaba, unos buenos rones— dijo y se sentó frente su máquina de escribir y tecleó durante horas, febrilmente, llena de gozo porque al fin había podido encontrar los personajes para la historia de amor que había estado trabajando durante los dos últimos meses y que, hasta ahora, había sido un fracaso rotundo.

— Claro que sí, ella no soy yo sino Isabel, lo que debe ser la hermana Isabel de hoy y él no es Sebastián del Viento, hermoso y bueno, pero unidimensional, él es Sebastián del Viento y Alejandro Rosas al mismo tiempo, los dos en uno, un poquito de la humildad de Sebastián y un poquito de la arrogancia de Alejandro, no tan pobre y desprendido como el uno ni tan rico y egoísta como el otro, el sentido del humor de Alejandro, icarajo! Cómo me hacía reír el condenado; la paciencia y la terquedad de Sebastián; la sonrisa de los dos era la misma, así que no hay problema así que esta noche voy a poder dormir tranquila.

Era ya la madrugada del día siguiente cuando Marcela Roca se quedó dormida de lo borracha y de lo cansada que estaba; tan borracha y cansada que al despertar no pudo decidir si el sexo tan intenso que disfrutó durante la noche había sido cierto o si había sido un sueño hermoso y comprometedor, de esos sueños que son capaces de arreglarle la vida a cualquiera.

— Al carajo con Alejandro y Sebastián— pensó complacida, sin importarle un bledo saber si había sido un sueño o si en realidad había sucedido; el caso es que se sintió satisfecha, plena, hermosa y mujer de verdad, como nunca antes se había sentido. Marcela Roca se pasó la mañana entera bebiendo mucho agua con hielo, reviviendo las delicias de la noche anterior, repasando en su memoria las facciones de aquel hombre, mitad Alejandro Rosas, mitad Sebastián del Viento, que había creado ella sola, obedeciendo más a la necesidad de sentirse amada otra vez que a la urgencia literaria de crear los personajes correctos para la historia de amor que siempre deseó escribir; pasado el medio día, segura de que la imagen del amante glorioso estaba empotrada de manera definitiva en la carne de sus pensamientos, Marcela Roca se fue al mar a dejar que las aguas cálidas del Caribe le repusieran su cuerpo maduro de los ajetreos de la noche anterior; ahí estuvo hasta el atardecer, flotando boca arriba, disfrutando de la paz de los que se saben con el futuro asegurado.

De regreso a su casa y sin haberse sacado siquiera la sal del mar, Marcela Roca se sentó a su máquina de escribir y trabajó un par de horas, hasta que aquel día hermoso se fue convirtiendo en noche y sus estrellas predilectas fueron acomodándose en los lugares acostumbrados.

“Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes...” En medio del pandemonium de la plaza de toros el Septeto Escambray de Cuba llenaba el aire con el deseo de vivir de la multitud; era otra noche clave del Festival de Música del Caribe y la población entera de Cartagena de Indias bailaba feliz celebrando el milagro de la vida; los braceros del puerto, los policías, las putitas de los burdeles del barrio El Bosque, los maestros de escuela, los jubilados, los desempleados, los subempleados, los gerentes, los artistas, los obreros de las petroquímicas, los estudiantes, los jueces, las vendedoras de las joyerías, los políticos, las amas de casa de la clase media, los médicos, los barrenderos, todos todos, bailaban descontrolados con todos y le hacían un ruedo gigantesco de respeto y de celebración a la mujer del alcalde que se acababa de quitar el sostén porque le oprimía demasiado los pechos y eso la cohibía a bailar y eso es algo que ella nunca pudo tolerar. “... Serán de Santiago, serán de La Habana, tierra soberana, son de la loma y ellos bailan el llano, mamá ellos son de la loma...”; Marcela Roca bailaba feliz, en una especie de trance, porque esa era su música, la misma música con que creció, con que hizo el amor en los años de la juventud loca, la música del amor de los días de la madurez, la música con que se alegraba en las noches de soledad, la música con la que se enloquecía en los días de Carnaval; Marcela Roca bailaba feliz porque sabía que esa noche, cuando todo hubiera terminado, ella se iría a su casa a disfrutar de su nuevo amor, el amor perfecto, el que no se le iba a ir porque ella sola lo había creado; después del Septeto Cubano tocaron los jamaquinos, Eddy MacGregor y su combo, con su inglés cuarteado y duro de tanto trópico, y por último, la Sonora del Puerto, que era, sin duda alguna, la única orquesta de la ciudad con la calidad requerida para el festival.

– Al fin encontré a la mujer de mis sueños— dijo el Diablo Rossi, con su voz ronca de siempre abrazando por detrás a Marcela Roca, oprimiéndose los pechos con sus antebrazos de piedra.

– Carajo, Diablo Rossi, tiempos de no verte— dijo Marcela Roca, volteándose para abrazar al hombre de frente, guindándosele del cuello, genuinamente contenta de verlo.

– Tú tan hermosa como siempre.

– Y tú tan mentiroso, maldito hombre, cómo me alegra verte.

– ¿Cómo supiste que era yo?

– ¿Quién más se manda semejante voz?

– Estás igualita, no, mentiras, estás más hermosa que nunca.

– ¿Cuánto hace? ¿Quince años que no nos vemos?

– No sé, pero hace años— contestó el Diablo con su sonrisa de siempre.

– Carajo, Diablo, verdad que me alegra verte; además, me hiciste temblar hasta el alma con ese abrazote que me diste.

— Ya estoy acostumbrado a hacerlas temblar a todas ustedes; ¿acaso se te olvidó que soy el famoso Diablo Rossi? Por Dios, mujer, con estos comentarios vas a matar mi reputación de mamín glorioso— le dijo el Diablo con su carcajada de camarada antiguo.

La orquesta del pueblo terminaba con su actuación; era la una de la mañana y el Loco Muñoz, el principal organizador del Festival, anunciaba las orquestas que se presentarían mañana; la gente se retiraba feliz y sudorosa a sabiendas de que la fiesta continuaría esta noche, en cualquier parte, de cualquier forma y de que mañana se repetiría el camino de la parranda; Marcela Roca y el Diablo Rossi hicieron una escala en Las Piedras de Perfil, el bailadero oscuro que raras veces cerraba antes del amanecer y que reunía la fauna humana más extraña; ahí los boxeadores retirados que reincidían en la pobreza de antes del éxito, ahí los intelectuales, frustrados por la anemia cultural de la ciudad, tristes porque Cartagena de Indias no se parece al París de Sartre y de Hemingway, ahí las putitas que esperaron en el burdel el cliente que no les llegó y que optaron por transigir por unos pedazos de buena música y los rones que el barténder les regala cada noche, alentado por la esperanza de que algún día habrán de pagarle el favor con sus extremidades sabias; ahí los guerrilleros que después de la amnistía se dieron cuenta de que estaban demasiado viejos para los ajetreos de la guerra, pero no tan viejos para el disfrute de la música antillana y de sus anécdotas de guerra; ahí los poetas con el sueño de que algún día van a poder ganarse la vida ejerciendo su oficio de pasiones y jeroglíficos; ahí en Las Piedras de Perfil, los que nunca se ganaron el premio grande de la lotería.

— ¡... Ay, Araceli, cómo estás de linda hoy, a lo mejor esta noche se me cumplen los sueños...! no mi amor a ti no se te va a cumplir nada con esos bolsillos vacíos... loco de contento con su cargamento... si no hubieran suspendido la pelea yo hubiera ganado, yo nada más lo estaba dejando para soltarle la derecha pero el árbitro suspendió la pelea porque estaba vendido... por el camino del sitio mío un carretero alegre pasó y en su tonada que es muy sentida y muy guajira... me pegaron un tiro en la pata que me volteó pero nos tomamos Monte Líbano en menos de cuatro horas, claro que la balacera fue bien hijueputa... el maestro Mutis puede escribir novelas mejor que cualquiera, lo que pasa es que las masas colombianas no están... que si me lo dejan un round más me lo como... con el pucho de la vida apretado entre los labios... quién sabe, de pronto te sirvo hasta con los bolsillos vacíos... por algo será que el gobierno aceptó la tregua... si no soy yo nadie te va a dar lo que ese cuerpecito tuyo está pidiendo a gritos... yo soy un negro decente yo sé respetar la gente que respeto se merece oye que te digo bomba camará... las dos peleas que eché en Miami las gané las dos con el gancho al hígado... no mi amor este cuerpecito lindo me lo dio Dios para un blanco con plata así que déjate de carajadas...

— Si hubiera sabido que estabas aquí te hubiera buscado, últimamente me han estado pasando unas vainas tan raras— le dijo Marcela Roca al Diablo Rossi, a grito herido para que

la pudiera oír entre el ruido de la música guajira que salía con candela de los parlantes gigantes.

– Bueno, aquí me tienes– le dijo el Diablo antes de sorber un trago largo de su vaso de escocés doble en las rocas.

– Así es, pero ahora no quiero hablar, lo que quiero ahora es que me bailes.

Al momento de ver los cadáveres, Marcela Roca no se atrevió siquiera a preguntarle al padre el por qué de aquel espectáculo tan macabro; ahí, al borde de la carretera enfangada estaban apiñados los cuerpos ensangrentados, tan desconcertados como muertos, todos con la misma mueca desesperada en los ojos como si esperaran algún gesto de piedad tardía por parte de sus verdugos; los soldados detuvieron el camioncito en que viajaba Marcela y su padre; con una señal breve pero definitiva le indicaron al padre que debía bajarse del vehículo; el hombre obedeció en silencio y con las manos en alto se dejó esculcar de pies a cabeza, luego les mostró unos papeles que traía entre el bolsillo posterior de sus pantalones kaki y obedeció la orden de embarcarse en el camión.

– Y ya es hora de que le explique a la niña lo que les pasa a los que no respetan la autoridad– le dijo el soldadito señalándole con un movimiento del fusil que podía seguir adelante; el padre puso el vehículo en marcha y en unos instantes se perdieron en la oscuridad del atardecer selvático en el que sólo se escuchaba el ruido tortuoso de las máquinas de la refinería petrolera de la Andian Petroleum Company.

– ¿Qué es la autoridad?– preguntó ella en voz baja, con la curiosidad inocente de sus casi cinco años.

– Ellos. Ellos son la autoridad– respondió el padre y siguió concentrado en la carretera que habría de llevarlos de regreso a casa.

– Hoy está más oscuro que siempre– dijo la niña.

– Sí– respondió el padre cuando ya se vislumbraban las luces de El Centro, el pequeño campamento petrolero donde vivían.

– Papi.

– ¿Sí, hija?

– Yo le tengo mucho miedo a la autoridad.

– Yo también– contestó el padre con tristeza.

– ¿Dígame usted, joven, si usted sabe o conoce el significado de la palabra o término “onagro”?– le preguntó el viejo al Diablo Rossi, tambaleándose en la plenitud de su borrachera diaria, con la guardia del orgullo en alto y el arsenal del intelecto abierto de par en par.

– Ni idea– le contestó el Diablo, bebiéndose un trago, a pico de botella, del ron que circulaba en aquel corrillo de jubilados de quienes la vida ya no espera nada.

– Ajá. Eso prueba lo que yo siempre he dicho, la juventud de hoy no está ilustrada; “onagro”, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española quiere decir “asno salvaje”; ahí está, y usted no lo sabía.

– Oye, Dionisio, y tú ¿cuántas veces has usado esa palabra? Yo jamás te la he oído– le dijo al viejo Dionisio uno de sus colegas de ocio y de licor.

– Eso quiere decir que no me ha dado la gana usarla pero sé lo que quiere decir, lo que significa, y si algún día me da la gana usarla la uso, así sea que nadie me entienda.

– No se encabrone, don Dionisio, usted nos ha estado amenazando con unas poesías de Candelario Obeso y hasta ahora no ha hecho sino hablar de asnos salvajes; tenga, tómese uno largo en honor de Candelario y declámenos “El boga ausente”– le dijo el Diablo Rossi, abrazándolo y pasándole la botella de ron que circulaba entre el grupo.

– Negro como yo el maestro Obeso– dijo el viejo Dionisio con orgullo.

– Mucha demora– le replicó el Diablo Rossi.

– Calma, muchacho, que el maestro Obeso es un asunto serio que no debe tomarse a la ligera– dijo el viejo Dionisio, serio, mientras que los demás del grupo lo rodeaban en círculo para verlo y escucharlo mejor.

– Tenga, señorita, tómese un trago, que oír la canción del boga sin trago es el pecado más grande que se puede cometer– le dijo uno de los viejos a Marcela Roca, pasándole la botellita de Ron Popular para que no fuera a profanar el momento; Marcela Roca obedeció en silencio y se tomó un trago entero que le quemó las entrañas y la dejó lista para participar en el ritual de la poesía negra del maestro Candelario Obeso. El Diablo Rossi la miraba encantado, bebiendo él también, para no echar a perder el momento del maestro Obeso en la madrugada cálida de Cartagena de Indias.

– “Qué trijte qu ejtá la noche”– gritó el viejo Dionisio con su voz resquebrajada por casi cuatrocientos cincuenta años de negrura esclavizada, con los ojos cerrados, las palmas de las manos abiertas y tensas, a la altura de la cintura, con el ademán de quien exige explicaciones, un lagrimón en cada ojo, y el rostro, el rostro como una escultura de carne y hueso, buscando el cielo en la oscuridad de la noche. – “... la noche que trijte ejtá; no hay en er cielo una ejtreya... Remá, remá”.

– Intenso– le dijo Marcela Roca al Diablo Rossi en voz baja, mientras que sus ojos de almendra se llenaban con la imagen del viejo Dionisio declamando su poema.

– Real– le contestó el Diablo.

– “... la negra re mi arma mía, mientras yo brego en la má, baño en suró por ella, ¿qué hará?, ¿qué hará...?”

Una pausa breve del viejo Dionisio les permitió a los cofrades de la poesía negra ajustarse las gargantas y aliviar la tensión con un golpe etílico del buen ron cartagenero; el silencio era total; era un silencio físico con cuerpo y alma que se dejaba tocar; olía a silencio, sabía a silencio, sonaba como suena el silencio, se podía respirar y llenaba el alma con un silencio tan duro y sofocante que hacía necesaria y urgente la resurrección del sonido.

– “... Tar vej por su zambo amao doriente supjirará, o tar vej ni me recuerda... ¡Yorá! ¡Yorá...” –retumbó la voz jubilada de Dionisio soltando el resto del “Boga Ausente” de un solo dolor.

... entonces otra tregua, otra amnistía y el exilio; y tú que decías que al exilio jamás... Llegaste a París más asustada que deslumbrada, con todo y lo deslumbrante que es París... pero optaste por la tristeza y el temor y eso también te lo puede dar París... yo opté por quedarme... ¿Cómo no iba a gustarme irme a París contigo y amarte? ... tal vez España te hubiera resultado menos dolorosa; los españoles son más como nosotros, el cambio hubiera sido menos tajante; España es tan irreverente como el Caribe o al contrario, nosotros somos tan irreverentes como los españoles; ellos se “cagan en la hostia” y a nosotros “nos importa un culo todo”; ahí no hubieras tenido problemas; pero el exilio tenía que ser en París y así fue... los intelectuales franceses, incapaces de manejar su propia decadencia, se paseaban con los exiliados latinoamericanos, a los ojos del mundo, por las calles gloriosas de París, como quien se pasea por el patio de su casa con el buen salvaje, para redimir su propia inutilidad; yo sé cómo te encabrona todo eso, pero ¿qué se le va a hacer? Estas cosas pasan cuando uno se mete en el oficio de la vida... ellos ya saben que no van a transformar al mundo... entonces vino mi muerte, recién llegada tú, y no quisiste siquiera irme a ver porque no podías aceptarme muerto... a veces me ves en tus sueños y me confundes con Alejandro Rosas; puta vida... sí, fue por la espalda, pero en lugar de un disparo, como te dijeron, fueron dos y la sonrisa de oreja a oreja, que se hizo tan famosa, no era de alegría sino de pura decepción... claro, que si no hubiera sido por la espalda hubiera sido de frente, porque tenía que ser, la sonrisa hubiera sido la misma...

– Olvídate del fantasma y escribe tu historia lo mejor que puedas.

– El que se olvida de los fantasmas se jode; los fantasmas, a la hora de la verdad, son lo único que le queda a uno.

– De ese fantasma; no de los otros; olvídate del fantasma de Sebastián, escribe tu historia y después, si todavía te quedan ganas, sigue viviendo con tu fantasma.

– No sé; no sé.

Ahora caminaban por las calles angostas de la ciudad vieja, con sus balcones de tarjeta postal, escuchando la resonancia de sus propios pasos, respirando el mismo aire cartagenero

de los últimos cuatrocientos cincuenta años, húmedo y denso (de otra forma los fantasmas que lo habitan no podrían respirar), jugando con las constelaciones que ambos amaban.

– No te voy a decir lo que estoy pensando— le dijo Marcela al Diablo Rossi.

– Ya me di cuenta de que me vas a decir algo extremadamente importante en los próximos cinco segundos.

– Al carajo contigo, Diablo.

– Al carajo con el Diablo Rossi.

– ¿Sebalandro?

– Ajá, Sebalandro.

– Sebalandro, como el velero glorioso que algún día habrá de reemplazar al arca de Noé— dijo el Diablo Rossi en voz alta, con los brazos extendidos a los costados, en pleno disfrute de las delicias del licor que había consumido en su noche de sabrosuras. —Sebastián del Viento y Alejandro Rosas juntos; ¡puta vida!

– Yo sé que suena raro, pero de verdad que no me quedaba otra alternativa; ninguno de los dos ha querido irse de los recuerdos.

– Raro, ¿no?, cursi como el carajo, pero así son las historias de amor.

– Así es; las historias de amor son así.

– Después de eso no se habló más del asunto y Marcela Roca y el Diablo Rossi continuaron su errancia nocturna, entre bares y callejas hasta terminar en las arenas tranquilas de la playa de la Artillería, donde se amaron con desparpajo hasta el amanecer.

– Te jodiste Sebalandro— dijo Marcela Roca con satisfacción y se quedó dormida en los brazos del Diablo Rossi.

RAYMUNDO GÓMEZ CASSERES*

Alguien falta

Había sido Andrés quien primero lo dijera, escribiéndolo sobre la rústica superficie de la mesa: “no nos separemos nunca”. No nos separemos nunca, acordaron entonces en aquella ocasión y brindaron alzando vasos rebosantes de vino, repitiéndolo como la parte rayada de un disco, como un juramento, como el estribillo de sus vidas, hasta que la modulación de sus voces fue haciéndose difícil, con esa cadencia adormecida de la embriaguez y el choque de

* Cartagena, 1950. Novelista, cuentista y poeta. Ha publicado la novela corta *Metástasis*, en 1988, y obtuvo con la novela *Todos los demonios* el Premio Nacional de Novela Centenario de la Lotería de Bolívar. Ha escrito los libros de cuentos *Historias ignoradas* y *Alguien falta*, así como el de poemas titulado *Peligrosidad de las estatuas*, que aún no han sido publicados.

los vasos se prolongaba porque antes de tintinearlos tenían que dar un rodeo hecho de figuras aéreas por la pesadez de sus brazos y la torpeza de sus movimientos ebrios.

Aquel remoto día de julio despertaron como por acuerdo y vieron sus cabezas apoyadas en la mesa rodeando la leyenda escrita en ella: “no nos separemos nunca” y se rieron con carcajadas galopantes cuando descubrieron que habían quedado colocados en la misma posición, con las cabezas en círculo, con los brazos colgando y la risa los hizo llorar cuando cayeron en cuenta que apenas era madrugada, que todos tenían la misma sed arenosa en la lengua y sin dejar de carcajear fueron a la cocina a beber agua helada y sin dejar de reír se metieron los cuatro a la alcoba de Andrés y riendo cayeron en el inmenso somier y siguieron riéndose de no saber qué día era a pesar de haber estado celebrando el cumpleaños de Andrés.

Al día siguiente Carolina les dijo que mientras dormían no habían dejado de reírse y que ella había soñado con un jardín lleno de azucenas.

Carolina veía el agua deslizarse sobre la superficie de los vidrios de la puerta de batientes que daba al jardín; eran chorritos móviles que serpenteaban irregular y rápidamente sobre los vidrios. Había tratado de fijar su atención en uno solo realizando un esfuerzo que terminó por cansarla. El jardín reverdecía y brillaba. El aguacero había empezado al amanecer despertándolos casi al tiempo y estuvieron largo rato parados ante la puerta mirando extasiados la caída del agua sin decirse una palabra. Era la primera lluvia del invierno. Fue Mauricio quien rompió la ensoñación del instante diciendo: Salgamos a correr, es delicioso bañarse en el mar mientras llueve...

Pero ella prefirió quedarse y ahora, solitaria en el apartamento, miraba la lluvia. Los imaginaba metidos en el mar o tirados en la playa disfrutando el aguacero. Había sido de Andrés la idea de correr y bañarse en el mar mientras llovía. Desde cuando se pararon a mirar llover a través del vidrio, Carolina supo que alguno de ellos propondría que salieran. Cuando Mauricio lo hizo, no se sorprendió del hecho sino de sus palabras porque letra a letra había usado la misma expresión que antes utilizara Andrés para invitarlos. ¿Cuánto quedó de Andrés en cada uno de nosotros? Se preguntaba Carolina absorta tratando esta vez de igualar el rumbo de una voluta del humo de su cigarrillo a la trayectoria de uno de los chorritos de agua sobre la puerta. Con el índice recorrió las letras impresas con tinta china en el centro de la mesa: “no nos separemos nunca, no nos separemos nunca...” Carol, Carol, Carola, caracolita, caracola, Carolina, mi calor, mi Carol, mi caracola, mi caracolita, mi Carola... Para cada ocasión una voz, un decir: las mil connotaciones del afecto, el reproche o la ternura. Carol. Carola... ¿Qué hago ahora? Veo llover. Caen los recuerdos como el agua. Era su brazo lo que más me gustaba, su brazo derecho. Me agarraba de él siempre. Cuando tropezaba ahí estaba su brazo para apoyarme y él como siempre reía y me decía: ¿tropiezas con tanta frecuencia cuando no estás conmigo? Me gustaba oírlo. El timbre de su voz... Creo que fue el timbre de su voz lo que hizo que me fijara por primera vez en él aquel día en que

oí decir: un helado con melocotón solamente y cubierta de cereza: UN HE-LA-DO CON ME-LO-CO-TÓN SO-LA-MEN-TE Y... Me miró cuando reí. Me reí por lo del “helado con melocotón solamente”, pero también para que se fijara en mí claro que se fijó y me brindó un helado pero con la condición de que también fuera con melocotón solamente y ese día fuimos a sentarnos en las murallas y hablamos durante horas y seguimos hablando mientras me acompañaba a la residencia donde vivía entonces. Nunca olvidaré que había mar de leva y las olas parecían querer arrastrarnos y él decía que el mar estaba así porque era su aliado más cercano y no soportaba verlo fuera de sus aguas y lo que era peor, caminando provocadoramente por su orilla con esa muchachita flaquita y yo le salté al cuello gritándole, chillando y manoteando y él se reía, se reía y recuerdo que me alzó en vilo y me dio cipote susto porque comenzó a mecarme en sus brazos diciendo a la una... a las dos... a las tres, y a las tres me iba a lanzar al mar; a las cuatro... a las cinco... a las seis y a las siete me iba a tirar al mar y seguía: a las ocho, a las nueve, a las diez y a las once... Desde entonces fue todos los días a la playa de enfrente a la residencia y la verdad es que terminé por creer que el mar era su mejor aliado porque nadie rompía olas como él, nadie demoraba buceando más que él, nadie se internaba tanto en el agua como él y su cuerpo tenía el color de uno de esos maderos que lleva años en el mar y el sabor del camarón fresco, y el sabor del camarón fresco y el sabor del camarón fresco... Fue él quien me enseñó a nadar y a hacer unos ejercicios que decía se los había enseñado un tal Poseidón, para que no fuera tan flaquita porque iba a bautizarme de mujer y quería que estuviera lo suficientemente sólida y apuntalada para que no me desarmara en el momento de sembrarse en mí. Sólo la noche en que lo hizo supe cuánto había estado queriéndolo desde el día del helado con melocotón solamente; había estrellas en el cielo y en mis ojos y el mundo entero explotó cuando abrió las esclusas de todos sus mares interiores y llenó con ellos mi interior y Carol, coral, Carola, coralina, mi caracola...

Un portazo anunció que Mauricio y Pablo habían vuelto. Una lágrima empañaba más el ya empañado vidrio a través del cual Carolina seguía viendo caer la llovizna en la que se había ido transformando el aguacero. Los vio jugar forcejeando, salpicándolo todo con gotas de agua y arena.

Fue fenómeno... Lo que te perdiste Carola. Carola, Carolina, caracola... mi calor...

¿Pero qué pasa? Carolina, ¿qué te pasa?

La puerta de su cuarto se cerró suave, sin prisa: Mauricio y Pablo se miraron: Estaba recordando a Andrés se dijeron.

Carolina no quiso abrirles y a través de la puerta, con los dientes y los puños apretados y agua lluvia y de mar y lágrimas en los ojos, Mauricio y Pablo percibían los sollozos ahogados de alguien que sufría.

¿Estamos perdiendo la capacidad de consolarnos? ¿Estamos perdiendo la capacidad de consolarnos? se repitió Pablo mirando sin ver las imágenes del instante de Los Amantes de Louis Mallé en la pantalla del cinema.

¡Pero si parecía inmortal! ¿Qué íbamos a pensar que tu mastodóntica corpulencia sucumbiría primero? ¿Y apenas iniciado el “no nos separemos nunca”? ¿Qué son dos años si no el inicio cuando las cosas son bellas? ¿Andrés, aventurero empedernido, tanto te quería Poseidón que ni siquiera nos devolvió tu cuerpo? ¿Cabalgas tritones? ¿Copulas sirenas? ¿Fuiste a nadar aquella noche o simplemente iniciaste la reina de tus bromas? Sal de tu escondite Andrés, regresa a nuestro lado. Mira, ahora ya no sé cuál es la película buena, ni el libro exquisito, ni el teatro “electrizante”... era tu calificativo para las buenas obras teatrales. ¿Cómo olvidar aquella noche en que llegaste como una tromba gritando y empacando para mudarnos enseguida porque habías nadado tus palabras en el mar de sangre de una niña florecida? De nada sirvieron mis intentos de persuasión: ¿qué iba yo a saber, y mucho menos tú, que el mar de aquella negra noche de mayo empezaba a esperarte? Tú eras el norte, Carola el sur, Mauricio y yo girábamos a vuestro alrededor. Hombre araña tejedor de redes de vida, hombre gato runruneante de ternezas y tibiezas; amigo incondicional, demiurgo de nuestro mundo: el apartamento mesosférico, la casa dirigible. Niño, hombre, inocente, malicioso, amable, brusco, delicado, torpe, pequeño, frágil, gigante, fuerte; arquero certerísimo del bien, defensor de la vida, campeón mundial de la alegría; tú no bailabas la música, la música bailaba en tus pies; ciclón y reposo, temor y valor, hielo y fuego, vórtice y placidez. ¿Quién nos revelará el misterio de cada día? Carolina estaba triste. Carolina ya es inconsolable. Su primer dolor lo alivió conmigo; no me amaba, me exprimía y trituraba; le enseñaste una voracidad inaplacable que no pudo sosegar nadie, ante la cual sucumbimos todos: primero yo, después Mauricio y los que ella nunca nombró, buscándote siempre sin encontrarte en ninguno. Ahora apenas sonrío cuando antes era sonrisa y se marchita su flor y su sangre se enfría. Amigo, ahora que faltas sólo nos une la inercia, el dolor y tu recuerdo.

Fue a mí a quien primero amó. Nunca tuve celos de Carolina. Desde siempre supe que una vez agotado el misterio de la hembra, su naturaleza reclamaría de nuevo mis maneras. Me equivoqué: necesitó de ambos; y como ambos necesitábamos de él, acepté con alegría cuando me pidió que viviera con ellos en el apartamento mesosférico. Pablo era otra cosa: estaba con nosotros y fuera de nosotros, mejor será decir que con él era distinto: Pablo era su amigo, sencillamente eso y siempre pareció (¿o quiso?) ignorar nuestro asunto. Al principio Carolina se ofuscó, casi se opuso y, un día, encerrada con él, lloró durante horas. Primero la oí llorar y después gemir. Cuando salieron, Pablo y yo jugábamos dama china en la salita. Apenas los vi supe que éramos todos de uno y uno de todos. Pablo a su vez nos miró y a su modo supo lo mismo: compró una caja de Leche de la Mujer Amada y bebimos y bailamos sin parar el resto del día y toda la noche. No dormimos nada. Cuando amaneció nos maquillamos con los coloretos y polvos de Carolina (ella también claro) de la manera más estrafalaria posible y nos fabricamos unas ropas rarísimas con pedazos de tela vieja y con pitos y tambores y maracas y flautas nos fuimos a la orilla del mar y seguimos danzando e inventando obras de teatro cuyos temas casi siempre venían de él.

Todo lo hacíamos juntos: íbamos a la playa los cuatro, a cine los cuatro a caminar kilómetros y kilómetros los cuatro; tomábamos, comíamos, oíamos música siempre los cuatro y a veces, los cuatro dormíamos juntos, siempre desnudos y en muchas ocasiones también, nos apretujábamos bajo el chorro de la regadera enjabonándonos y escurriéndonos y secándonos mutuamente. Si Pablo no participaba de nuestra intimidad era porque no quería. Nunca le preguntamos qué pensaba de eso y él tampoco nos lo manifestó. En algunas ocasiones se quedaba viéndonos y pienso que descubrió una fuente secreta de placer en hacerlo pero eso sólo fue en pocas ocasiones, después no lo hizo más y se quedaba leyendo, oyendo música o haciendo solitarios de dama china. Cuando festejamos su último cumpleaños selló para siempre nuestro futuro con un deseo de pedernal: “no nos separemos nunca”, escribió con tinta china en el centro de la mesa. Eso que todos queríamos inconscientemente, tuvo la fuerza de un conjuro y desde ese momento supimos que así sería. Esa convicción nos desenfrenó durante unos meses: a Carolina la hizo posesiva; a mí, agrio; a él, voraz, insaciable, y en Pablo acentuó su fraternidad, su amistad de la cual todos gozábamos egoístas y ávidamente. Después vinieron los meses de reposo que sabíamos eran el inicio de la ruta definitiva de nuestras vidas.

Pero faltando apenas quince días para celebrar el cumpleaños de Carolina, él desapareció. Para Pablo está bromeando, y esa debe ser la manera como entienden la muerte los amigos; para Carolina está muerto: visión objetiva propia del realismo tajante y romántico de los amantes: para mí, simplemente desapareció, se esfumó, se fue como vino. Creador y destructor. El sólo dijo: voy a jugar con Poseidón. Era de noche. Era el mes de mayo. Dijo eso y todos lo oímos pero nadie lo escuchó y curiosamente esta vez no fuimos los cuatro a un lugar tan cercano: bastaba atravesar la carretera que bordea el mar. Quizá el sentido críptico del asunto esté en que sencilla y llanamente iba a morir, sólo él; es decir, lo que iba a hacer sólo podía hacerlo él y no los cuatro. Quizás fue por eso y únicamente por eso que vinimos a notar su ausencia cuando acabamos aquella partida de dama china y vimos sus fichas desperdigadas por el tablero describiendo una figura sin sentido mientras las nuestras ya habían completado los triángulos del final.

Durante los primeros momentos a la orilla del mar, ¿mar? No, no era mar aquello: era una oscuridad ligeramente móvil, apenas elástica y casi quieta sin luz de luna ni estrellas en el cielo... Durante los primeros momentos digo, Carolina reía y lloraba con chillidos nerviosos; ese hijuemadre decía corriendo de aquí para allá, gritando—: ¡Andrés! ¡Aaandrees! Aaandreeessss..! Ese hijuemadre... dejen que aparezca; ¡ay!, lo mínimo que hago es arrancarle una oreja... Pablo corrió y recorrió kilómetros de playa y entró a los hoteles y casas cercanos; también gritaba y decía: jodernos de esa manera... ¡Qué chanzas de mierda!

A mí me bastó llegar a la orilla, ver el silencio de la oscuridad, su quietud apenas ondulante, para enfrentarme al horror. Guardé silencio y comencé a sentir hielo por dentro. Caminé un poco de aquí para allá y de allá para acá oyendo los llamados y maldiciones de Pablo y

Carolina. Encontré una huella de sus pies; primero sentí alegría, emoción de vida a instantáneamente, la ratificación de lo inevitable. Cuando sentí lo primero, incontrolado grité: ¡Pablo, Carolina! Viéndolos acercarse sentí la otra emoción y antes que llegaran borré la huella. Cuando Carolina llegó a mi lado ya no lloraba, estaba alegre y Pablo tenía una expresión interrogadora, ceñuda.

¿Qué?!

Nada dije Nada... ¡Dios mío! ¡Desapareció!

Carolina estalló: me dijo que yo era un maldito loco y comenzó a darme puñetazos en el pecho, sin parar, Pablo lloró por primera vez y se fue derrumbando hasta quedar hecho un ovillo sobre la arena, dando gemidos que agrietaban el alma. Carolina terminó por abrazarse a mí palpitando de llanto y balbuceando cosas que no recuerdo; o no las entendí, o simplemente eran sonidos inarticulados. Aún siento (como en aquel momento) sus lágrimas tibias y abundantes rodando por mi pecho.

Me hubiera bastado con tocar una vez más su cuerpo oloroso a algas recientes, sólo tocarlo. ¿Fue mejor así? ¿Habríamos resistido la falsa gravedad del dolor fúnebre de los advenedizos? Voy a jugar con Poseidón... ¡Maldito seas! Miranos ahora. El antes amable desorden de nuestro apartamento mesosférico es hoy un caos agobiante. Casi siempre dormimos en nuestras habitaciones, solos, y apenas excepcionalmente, Carolina se reparte entre Pablo y yo, pero únicamente para sentir a su lado una presencia. Cuando eso ocurre lo máximo que nos permite es rodear su talle con nuestro brazo y lo cierto es que ninguno de los dos da para más. A veces la siento entrar a la alcoba de él y la oigo mover cosas y decir cosas. Pablo nunca ha vuelto a entrar allí; yo lo he hecho en dos o tres ocasiones desde su desaparición. Ahí están todos los objetos de su vida impregnados de sus vibraciones como él mismo decía: yo soy mis cosas, cuando queráis verme (bromeaba con esos toques de solemnidad que contrastaban con su rusticidad) buscadme en ellas: yo soy mis cosas. El somier gigante mide tres por cuatro metros y ocupa las dos terceras partes del recinto: un antiguo radio alemán comprado al Ejército de Salvación en sus tiempos de marinero y que hacía aparecer como expropiación del mariscal Rommel; una hamaca enorme (el cerro Mato, le decía) en la que cabíamos los cuatro; un viejo proyector de películas de 16 mm., que nunca más volvimos a usar; un reloj de cu cú al que lanzábamos limones cuando el pajarito salía a dar la hora; un reloj de arena del tamaño de un barril, que sólo él podía voltear sin ayuda. Pinturas de amigos y reproducciones de grandes obras entre las que sobresalía una de tamaño natural de Los Amantes de Pablo (como le decía a Picasso); estatuillas africanas, juegos de mesa, la piel de un tigre con las sauces abiertas que había exagerado ese matado de una patada y sobre la cual únicamente amó a Carolina: arcos, flechas, bodoqueras, collares con colmillos gigantescos, corales de todo los colores, conchas y piedras marinas, la urna de cristal en la que guardaba sus sueños y los veinte libros que según él, eran los únicos que merecían ser

leídos y releídos. Sólo Carolina tiene el valor de entrar allí con frecuencia y estarse todo un día moviendo cosas y hasta quedarse a dormir. A veces la oigo llorar; a veces gime y me la imagino sobre la piel del tigre... Me pregunto por qué no nos vamos, qué esperamos aquí, qué nos sigue uniendo...

En duermela Pablo creyó durante largo rato que el aleteo de aquella presencia y la voz que entonaba la canción provenía de algún radio cercano o era alguno de los vecinos que trajinaba en el jardín. Concluyó que era Carolina cuando la sintió pasar ante su puerta cantando: "los amantes se marchan, porque nadie perdona, que se quieran así, se adoren, así, como ellos se adoran..."

— ¡Carolina cantando! se dijo ¡Carolina está cantando!

Se incorporó presuroso y entreabrió la puerta apenas lo necesario para mirar sin ser visto. La observó dirigirse a la cocina e inmediatamente percibió el aroma de huevos fritos con ajo y cebolla y el ruido de la licuadora batiendo tal vez un jugo de naranja.

— ¿Pero qué es esto? —Pensó de nuevo Pablo.

— Ya te vi —oyó que le decían.

Con un codo apoyado en la pared del pasillo que conduce a la cocina, Carolina repitió:

— Sal de ahí que ya te vi...

Pablo comenzó a avanzar restregándose los ojos con la palma de las manos.

— Al menos ponte un calzoncillo; hay gente en el jardín... Estaré en la cocina.

Cuando se le sumó ya Mauricio estaba allí.

— Bueno, ¿qué está pasando aquí?

Lo único que sé es que esta mujer dice sentirse renacida, que se larga para no sé donde y ha decidido despedirse con uno de sus succulentos desayunos.

— Un momento, un momento... yo me organizo; lo primero que debo hacer es asegurarme que estoy despierto; un momento...

A aahhhhh. .. ¡Aaaaa hhhhhh! Sí, estoy despierto.

Se sacudió con fuerza salpicándolos y haciendo chisporrotear los fogones y sartenes.

— Ahora un cigarrillo ... ¿Hay café?

Mauricio encendió tres.

Y bien Carolina, datéame.

¿Cómo?

Caray, que me informes, dame datos.

Cuando estemos en la mesa; báñense, yo termino con esto y hablamos.

- Fumaban pensativos. La marinera brisa salitrosa de la mañana entraba a chorros por la puerta del jardín arrastrando con ella el olor pestilente de las algas podridas mezclado con el aroma de las flores y plantas frescas del jardín. La tierra húmeda emanaba fragancia. Fue Mauricio quien primero habló:

¿Y qué va a ser de nosotros? ¿Has pensado eso?

Pablo, Mauricio, los amo. LOS AMO; así será donde quiera que esté. Pero entiéndanme: si no aprovecho ahora, si no hago este esfuerzo ahora NUNCA, JAMÁS, NUNCA, JAMÁS será posible: ustedes también tendrán que tomar rumbos diferentes mañana o pasado o dentro de un año o cinco, pero ocurrirá. Un día despertarán como hoy yo y sentirán... sentirán no sé, no sé qué exactamente: tal vez una gran sensación de libertad, nuevas posibilidades y entonces...

...entonces nos separaremos. ¿Eso es lo que vas a decir, nos separaremos, cierto?

Desde que Andrés...

Sé lo que vas a decir y no es así. Desde que eso pasó, más que nunca debemos estar juntos.

Carolina, por última vez, piensa en el mundo de afuera; no olvides que juntos lo agotamos, no olvides el terror que lo habita, no olvides que por eso somos mesosféricos...

La vieron echarse el viejo morral a la espalda, atravesar el jardín. Antes de perderla de vista, Pablo y Mauricio leyeron al unísono la leyenda tejida con hilo verde en un corazón rojo pegado al morral: AMOR.

Después de su partida, Pablo entró a la alcoba de Andrés y Mauricio a la que había abandonado ella.

Al atardecer coincidieron en la cocina buscando comestibles en la nevera sin que intercambiaran palabra.

A la hora del crepúsculo Mauricio invitó a Pablo a mirar la puesta de sol y fueron a sentarse en la muralla, donde estuvieron hasta mucho después que el sol se ocultó.

A las nueve de la noche regresaron al apartamento cuyas puertas no se habían preocupado por cerrar y comenzaron a jugar logicolor, un juego cuya única regla es el silencio.

A la medianoche regresó Carolina. Tenía el aspecto de quien ha viajado durante años y regresa al hogar temeroso de encontrarlo abandonado. Ellos apenas la miraron. Ella vio el logicolor. La leyenda escrita con tinta china en la superficie de la mesa parecía recién puesta. Dejó caer el morral pesada pero silenciosamente y en idéntica forma ocupó su puesto de siempre.

LEOPOLDO BERDELLA DE LA ESPRIELLA*

Tapaetusa

Yo no sé de dónde le han venido esas ideas a José María.

Meterse a torero, a mantero, vea usted. Lo que yo siempre he tenido como obra del mismísimo demonio, avemaría purísima, se mete de lleno en esta casa después de tanto tiempo. Es como si el espíritu de Joseignacio difunto muerto descansase estuviera rondando esta casa y haciendo diabluras en estos muchachos que ya no encuentran qué, porque ya ni el pajareo da para comer. Sí señor. Es que a veces la desgracia se ceba en una parte y llama desgracia. Así como se lo digo. Todavía lo de Joseignacio está vivo, como si fuera ayer. Y de esto hace ya cuatro años, con éste que se termina. En los cuartos, en la sala, debajo del palo de caimito, en la cola del patio, en todas partes Joseignacio con su manta roja llena de remiendos ensayando de mañanita, poniendo a Josemaría a que le sirviera de toro con la carretilla de traer el ripio, a la que le había puesto una carabela de toro que fue a buscar expresamente al matadero, y yo, con la cantaleta, mira Joseignacio, eso no trae nada bueno, eso lo que trae es desgracia, y él, mira vieja, antes de estar aquí sin hacer nada, flojiando forzado, sin tierra donde sembrar y muerto de hambre, mejor me gano unos pesitos así, facilito, mira, y se torcía así, suavcito, arrastrando la manta por sobre las hojas y volteándola por la espalda, arrodillándose y sacándole trapazos a la carretilla que empujaba Josemaría, o mejor, el toro que te toque, no coge por donde tú quieres sino que se va directo a la barriga tuya... ¡Nada! Contra él no valían razones. Él era así, testarudo, como burro alambbrero. Me decía que eso de torear tenía su ciencia, que él sabía unos secretos que le había dado Maderita para que el toro se amansara y él se arrodillara en la mismita frente y le acariciara los cachos y la cara y se volteara arrodillado delante del toro, y el toro ahí, quietecito, sin mosquearse. Todo eso me decía cuando yo lo aconsejaba para que se dejara de esas cosas.

A veces, creo, como que se le olvidaba por un tiempo lo de mantear. Pero... ¡qué va! La demora era que llegara el seis de enero con las fiestas de los Santos Reyes de Ciénaga de Oro. Enseguidita, casi sin hacer ruido, sacaba el envuelto del pañol y se iba a ensayar con este Josemaría de mis tormentos que ahora como que quiere seguirle los pasos a su padre, como si no hubiera otras cosas por aquí que den más utilidad que eso de andar metido en las corralejas, de pueblo en pueblo, poniéndosele de vendecebolla a esos toros empautados con el

* Cereté, Córdoba, 1951. Cali, 1988. Miembro fundador del Grupo El Túnel, de Montería. Bachiller del Colegio Nacional José María Córdoba, de la misma ciudad, desde muy temprano se dedicó a la literatura y la humanística. Ganó en 1975 el Tercer Concurso de Cuentos de Córdoba y el Premio Enka de Literatura Infantil en 1983. En 1981 Editorial Plaza y Janés publicó su libro de cuentos *A golpes de esperanza*, de donde es extraído su galardonado cuento "El Tapaetusa" para esta antología. Además publicó Bolívar, hombre guerrero, Travesuras de Tío Conejo, Koyú, mensajero del sol, y Fantazoológico, con marcada temática infantil, que se publicó en homenaje póstumo.

demonio avemariapurísima, toreando, recibiendo golpes, tropezones y revolcones, tragando polvo y aparando billetes, mantas, toallas y botellas de ron. Sí, señor. Porque a mí no hay quién me quite que esos animales como el Barraquete están empautados con Satanás, avemariapurísima. Fíjese: a Josegnacio lo mató uno de esos, el Tapaetusa. No sé por qué le pusieron ese nombre, porque era negrito tumbo el toro ese. Nada más mirarlo daba escalofrío. Los cachos los tenía así, puntudos, como punta de espeque. Nadie por aquí que yo sepa, se le metía a ese animal. Nadie. Domingo Hernández, el dueño, pagaba cinco mil pesitos, uno detrás de otro, al que lo banderillara. Fíjese si era malo ese toro que hasta los Madera y el Negro Rocha le tenían respeto. No miedo. Respeto. Porque el mantero no le tiene miedo a nada. Pero Josegnacio, atropellado por las necesidades, digo yo, se le metió a mantearlo. Eso fue un sábado de gloria en la fiesta de Cotorra. Apenitas empezaba la fiesta. Ese fue el error más grande que pudo cometer Josegnacio: sabiendo que a esos toros los preparan con aguapanela desde chiquitos, y con la molestadera y el lazo, el puya que puya y los muñecos de trapo se ponen bravísimos, bravísimos, hasta que un día cualquiera se les mete el empaute dentro del cuerpo y entonces salen a matar gente a dos manos, metérsele a mantearlo... Bueno, pero le decía que eso fue sábado de gloria en la fiesta de Cotorra. Tres días antes, el jueves santo, la emisora empezó a dar la propaganda. Apenas Josegnacio oyó la noticia le cayó una desesperación por irse a mantear. Era un pájaro en jaula: brincaquí, brincallá, que yo soy el hombre pa ese toro, que ese toro no ha visto mantero bueno, que eso del empaute con el diablo avemariapurísima era puro cuento, invento de la gente, bueno, tanto dio hasta que terminó por irse para Cotorra.

Desde ese día, jueves santo por la tardecita, no me despegué del radio. Así como lo oye. Me lo llevaba para la hornilla, a la batea, lo ponía en la sala y en la repisita del cuarto, y cuando tenía que salir a vender bollos y las verduritas ponía a Josemaría para que estuviera pendiente del locutor, por siacaso.

Y sale la noticia.

Yo no sé, pero a veces como que uno presiente las desgracias. Josemaría, a quien Dios libre de malas horas, estaba jugando en el patio con la carretilla de Josegnacio, embistiéndole a la perra. Enseguidita se me vino a la mente Josegnacio. Lo pintaba con su sombrero vueltaio, sus abarcas tres puntá, su franela y su pantalón caqui, con la misma ropa que se ponía todos los años por enero cuando llegaba la fiesta de los Santos Reyes de Ciénaga de Oro, la primera que hay por estas tierras y se quitaba llena de polvo, saliva y moñiga el domingo de Resurrección, cuando venía de Cotorra, la última de las fiestas de toros del departamento. Yo había acabado de comerme el resto de icotea y mote de la semana santa cuando el locutor empezó a decir que eran tres los muertos y cinco los heridos, que esos toros del ganadero Ignacio Cuéllar eran de los mejores de esa tierra, que ahora sí Cotorra había realizado las mejores fiestas, al fin, porque imagínese, tres muertos y cinco heridos el primer día era mucho para una tierra ciento por ciento ganadera como lo era el Bajo Sinú, y enseguida, lo

recuerdo como si fuera ayer, arrancó la banda Dos de Febrero, de Cereté, con esa canción de Alejo Durán que dice que en las haciendas del Bajo Sinú nacen toros bravos, bueno, todo eso se me revolvió en la cabeza cuando los vecinos empezaron a llegar mirando el suelo como quien mira caer un aguacero, sin hacer ruido, como queriendo y no queriendo decirme que Joseignacio era uno de los muertos de toro en Cotorra, y yo, apaga ese condenado radio, Josemaría, que lo había matado el Tapaetusa, ese animal empautado con el demonio avemariapurísima que le arrancaba al que fuera y se lo cogía así se montara en lo más alto de la valla. Dígame usted si eso no es empaute: arrancarle a Joseignacio, corretearlo por toda la orilla de la valla y esperar a que se montara para esfondarle la abarca y ensañarse con él en el suelo hasta decir ya no más. Empaute, qué más va a ser.

Ese cuento le echo todos los días, desde que amanece hasta que anochece, al bendito de Josemaría. Pero cuando las cosas van a suceder como que vienen medidas: algo se le pegó de aquellos correteos de mañanita con la carretilla en la cola del patio. Algo. Porque por más que le digo que ya las fuerzas para empujar este carrito me faltan, que las piernas se me han secado como rajas de canela de tanto correaquí y correallá, lavando ajeno y haciendo bollos al mismo tiempo para conseguir el pan de cada día... ¡Nada! Igualito era Joseignacio de terco. Y yo como ya me estoy acostumbrando porque todas las tardes a la hora de la oración, me voy para aquel sombrío que se ve allá debajo del palo de caimito, a ver a Joseignacio en Josemaría retratado en cuerpo y alma, toreando la carretilla, poniendo a Josealfonso a que le sirva de toro, torciéndose, así, suavcito, volteándose, arrodillándose y diciéndome que ese toro no ha visto mantero bueno, que me deje de esas cosas, no ve que esto lo llevo en la sangre, mamá, acuérdesese de lo que le digo, como le decía mi papá, que es mejor morir de toro que reseco como cuero de chivo al sol en una hamaca atropellado por el hambre.

JULIO OLACIREGUI*

Caterva enamorada

a Doris

El enorme ataúd de madera laqueada estaba ya en medio de la sala de la casa. Su mamá dormía ahora en él una siesta tan eterna como el sol que en la calle calcinaba los sesos y las espaldas de los transeúntes camino a las fiestas del carnaval. Cesáreo, sentado en un rincón,

* Barranquilla, 1951. Periodista. Corresponsal de prensa en París. Publicó en 1980 *Vestido de bestia* (Textos); En 1985, fue Olaciregui quien adaptó el guión de la novela de Álvaro Mutis *La Mansión de Araucaima* para la realización de la película dirigida por Carlos Mayolo que lleva el mismo título. En 1986 publicó la novela *Los domingos de Charito*, y en 1990, la novela *Trapos al sol*. Tiene varias obras inéditas, entre ellas un libro de cuentos. "Caterva enamorada" fue tomado de la revista Huellas.

atontado, casi derretido, hecho cenizas, se quitó las gafas oscuras que usaba en ese momento y miró a la muchacha que abrazaba a su hermana Juana. Él no quiso aceptar, avergonzado ante el cadáver de su mamá, que le había alegrado descubrirla en medio del luto y el llanto que se había apoderado de la casa.

Los días iban cumpliendo sus promesas. Cesáreo Ospina había estudiado periodismo en Madrid y se había quedado luego allí trabajando como reportero en un diario. Algún misterioso llamado debió sentir pues ese año, en pleno mes de enero, pidió a su jefe que le adelantara las vacaciones, tomó el avión en el aeropuerto de Barajas y se fue a pasar unas semanas a su ciudad, Barranquilla.

Encontrándose allí, su madre había muerto de repente, cuando regresaban de un día de playa. La señora Carola había dicho que se sentía muy cansada y anunció que se iba a recostar unos instantes. Jamás volvió a despertar.

Cesáreo, como todos nosotros, tenía muy poca experiencia de la muerte. Se enfrentó a la tragedia con una flojedad en las piernas y un terco silencio. Pasado el primer choque, lloró escondido en el baño. Su hermano Antonio se encargó de llamar a la funeraria.

Su papá salió de la alcoba de atrás y dio un quejido de dolor al ver el ataúd. Su vieja tía Alicia lo consolaba pasándole un pañuelo untado de alcohol por la frente: hacía tanto calor. Una vecina, amiga de su mamá, les trajo café. Le sonrió. Ahora, ante cualquier señora que tuviese más o menos la edad de su mamá a quien él jamás llamó “madre” – Cesáreo podría seguir sintiéndose como un hijo.

Juana y Magnolia se fueron abrazadas al patio a tomar aire y a escapar de la muchedumbre de familiares y allegados que conversaban en voz baja. Cesáreo se levantó de la silla y decidió seguirlos. La amiga de su hermana era alta y tenía los cabellos encrespados, los ojos color caramelo sensuales, los gruesos labios frescos, con un mohín de tristeza, listos para el beso. Era maestra de escuela y estudiaba psicología en una de las universidades nocturnas que se abrieron en la ciudad en los últimos años.

El sueño y la pesadumbre habían vencido al viejo Marcos Ospina después de esa primera noche de velorio en que no pegó los ojos. La pena de perder a su compañera de más de treinta y cinco años y la botella de ron que se tomó en la terraza con los vecinos, le hicieron delirar. Arturo Meléndez, el carpintero, le oyó hablar de un cortejo de mujeres en camisolas, con los senos sueltos, las cabelleras al viento, llevando en sus brazos niños sucios y llorones. Reconocieron en ellas a las mujeres de los bares del centro de la ciudad que en su imaginación venían a despedir a la señora Carola, acompañándola en su dolor de pasar largas noches en vela esperando al viejo mientras él estaba con ellas. Ahora, aplastado por la pena, el remordimiento, el cansancio, el calor y el ron, el viejo dormía con la boca abierta en un mecedor al lado de la única palmera que crecía en el patio, sobresaliendo orgullosa, erguida entre limoneros, guayabos y nísperos.

Un empleado de la funeraria vino a buscar a su hermana Juana y se la llevó para la sala. Desde el patio Cesáreo podía ver que seguían llegando vecinos y desconocidos a dar el pésame a la familia. La muerte no estaba en el ataúd, en el cuerpo frágil de la señora Carola que a cada minuto se iba poniendo más rígido, sino en la mirada de sorpresa de los vecinos, en esa luz desaparecida, porque es cierto que en algún momento del día nos creemos inmortales.

Cesáreo se sentó por fin al lado de Magnolia, sobre unos ladrillos llenos de telarañas que estaban amontonados en un rincón del patio.

Había pasado su infancia en ese patio, con los pies descalzos. Algunas de las matas fueron sembradas por su mamá cuando él era un niño. Ella reinaba en aquel espacio, le echaba el maíz a las gallinas, le daba de comer a la perra, le ponía agua a la tortuga, recogía los limones, tendía la ropa de la familia. El patio sólo se llenaba de gente cuando su papá decidía un domingo invitar a sus amigos a beberse unos tragos y a comer pescado asado. En días así había tanto movimiento como ahora, se hacían planes, su papá anunciaba que se había ganado una plata extra y pensaba comprar un automóvil o mandar a hacer otra pieza a la casa.

La casa, de techo alto, le daba un poco la espalda al patio. Ciudad y campo. En los patios mataban cerdos. Allí entre los matorrales, Cesáreo vio por primera vez en su vida la boca abierta de un sexo de mujer. Una criada le había regalado aquella visión agachándose frente a él para orinar, apartando un poco las bragas, apostándole a que no las mojaría, riéndose ante su turbación y su alegría. Había sido feliz allí descubriendo en los nidos de las gallinas la perfección de los huevos recién puestos, comiéndose un níspero sin tener que peleárselo con sus hermanos. Llegó a preguntarse por qué no era posible que cada familia enterrara a sus muertos en el patio de las casas. Así sería más fácil contar con ellos, verlos crecer con las ramas de los árboles y el susurro de las hojas, con el silencio que ascendía hacia los cielos, con los aguaceros del mes de la Virgen María y la gritería de los pájaros.

Un momento como éste es propicio para epilogar sobre lo divino y lo humano dijo Cesáreo.

Sí. Hable. Dígame lo que quiera. Expláyese.

Mi mamá murió adolescente. Ahora comienza su vida de mito para nosotros.

No le entiendo.

Hablar de ella. Debo estar inspirado para hacerlo. Embriagarme en este patio y verla levantarse temprano a abrirle la puerta a la perra.

— Ah, es usted el hermano de Juana que vive en España. Llegó para el velorio. No sé si yo habría tenido el coraje de hacer un viaje así y venir a enterrar a mi mamá... no la quiero tanto como para eso, con lo mal que me trató cuando yo era una niña. A lo mejor habría llorado un poco por la mañana, pero por la tarde habría ido a la universidad y por la noche, en alguna reunión, una de mis amigas me habría dicho aquella frase cruel: "El muerto al hoyo y el vivo al bollo"...

Mmmh... sí, una frase cruel.

Ella se puso de pie. La brisa pareció enfurecerse y de un solo golpe levantó su falda de popelina con punticos blancos y negros. Cesáreo pudo ver sus piernas, la gracia de sus rodillas, sus muslos fuertes, las minúsculas gotas de sudor brillando sobre su piel morena. Ella estaba tan ensimismada, compartiendo ese dolor ciego de la casa, el olor a café y a ron, a intensas flores, que no se dio cuenta de nada. Ella se desnudó por completo mientras él la miraba detallando el hirsuto vello entre sus piernas, su ombligo, su ropa interior húmeda por el sudor tirada sobre la arena, sus zapatos abiertos, sus uñas pintadas de rojo. Él seguía vestido. Se abrió la bragueta despacio, jugando a ser un sátiro de Hollywood, un gigoló o amante profano, escondido en un hotelucho de mala muerte frente al cementerio. Se inclinó para besarle los oscuros pezones, para lamer el fino hilo de sudor entre los senos. La brisa se calmó un poco y aquella alucinación, aquel sueño de machos se disipó. Cesáreo recordó su profundo desaliento. Ella se sujetó el cabello y él vio sus axilas recién depiladas.

¿Baila usted?

¿Qué dice? preguntó ella sorprendida. Cesáreo sonrió.

No, no la estoy invitando a bailar. Sé que estamos en el velorio de mi mamá y no en un baile de carnaval... cuando yo tenía catorce o quince años a veces pasaba frente a una casa y veía por la puerta abierta que estaban colocando todas las sillas contra las paredes de la sala principal, abriendo espacio... no sabía si allí se preparaba una fiesta o un velorio... Lo que pasa es que le vi las piernas... tiene usted un cuerpo de bailarina. ¿Es usted bailarina de cumbia?

A veces. Bailo a veces en la facultad, en la semana universitaria. No me queda mucho tiempo con el trabajo y los estudios... ¿Por qué dice usted que su mamá murió adolescente?

Nunca pudo realizar sus sueños de juventud. A lo mejor le habría gustado ser actriz o bailarina o psicóloga como usted... en lugar de eso se dedicó a criarnos a nosotros, sus seis hijos...

Era otra época. Ahora las mujeres somos un poco más independientes. Nuestras madres se sacrificaron. La mentalidad de la gente comienza a cambiar. Yo, por ejemplo, quiero tener varios hijos, pero sólo cuando haya terminado mis estudios. Antes no... quiero probar que soy capaz de hacer algo con mi propia vida... también me gustaría ir a Europa...

¿Podría verla mañana, Magnolia, cuando haya pasado todo esto? Nunca tuve una amiga como usted en esta ciudad. Regresaré a Madrid dentro de un mes.

En el interior de la casa los llantos y quejidos arreciaron de repente. Su papá se despertó y los miró alelado, tratando de recordar lo que había ocurrido. Eran las cuatro de la tarde y se oyeron a lo lejos unos tambores. Algún baile había comenzado, estaban en Barranquilla y llamaban al carnaval, en aquella parte del barrio no tenían por qué saber que una señora se había muerto en esa casa. Su papá recordó y se levantó tambaleante, lloroso. Se dirigió hacia

el interior, donde en ese momento, los llantos y quejidos entonaban su estruendoso coro a la fatalidad, a Nuestro Señor que así lo ha querido. La cocinera, que estaba preparando una sopa para todos los vecinos, se precipitó llorando al corredor para ayudar al viejo Ospina. Cesáreo y Magnolia regresaron a la sala tomados de la mano. Gritando, el viejo pataleaba tratando de abrazar el ataúd que los empleados de la funeraria comenzaban a levantar para meterlo en la carroza y llevárselo al cementerio.

A las dos de la tarde la gente comenzaba a perder el temor al sol, la siesta terminaba y de nuevo los autobuses repletos de estudiantes y oficinista tomaban las curvas con su acostumbrado desenfreno y su ruidoso ventear o chirriar de llantas. Las risas y las últimas noticias del largo programa radiofónico del mediodía volaban entre los pasajeros, que a veces, sellados por el calor y el frote, casi lloraban de gozo y hablaban fuerte para disimularlo.

Para Cesáreo todo aquello era ahora un recuerdo. Sonreía viendo desde la ventanilla del automóvil la gente apretujada en los autobuses por la calle Murillo mientras su papá lo llevaba al aeropuerto. Terminaban las vacaciones.

Don Marcos era un hombre alto y corpulento. Mientras conducía acostumbraba poner una pequeña toalla sobre su vientre para que el roce del timón no le manchara la camisa. Oía como siempre al agua de colonia francesa que compraba a un primo contrabandista.

Cesáreo vio las empolvadas palmeras de la avenida que llevaba al aeropuerto, estremecidas, locas por la brisa, a imaginó que lo despedían. Su papá usaba gruesos anteojos con montura de carey que lo disfrazaban de contabilista serio, pero en su sonrisa y en sus ojillos flotaba un no sé qué de polizón. Tenía mucho que agradecerle. Le había pagado al médico militar para evitarle, al terminar el bachillerato, la servidumbre en los cuarteles de la Vía Cuarenta, con los batallones de muchachos sin estudios, ociosos con sus enormes fusiles y sus botas de cuero calientes.

No hombre, el servicio militar no es para usted, cómo va usted a joderse el cuero... no... además usted es muy debilucho para eso... se lo comerían vivo en el cuartel había dicho en ese entonces.

Don Marcos le escribió a un familiar que tenía en Jerez de la Frontera pidiéndole que lo recibiera en España. Cesáreo se lo agradecía en silencio.

Su papá sonreía mientras conducía. Lo hacía con seguridad, disfrutando del momento, viendo a la gente por las calles, detallándolo todo. Cesáreo esperaba la pregunta, se había preparado desde el día en que enterraron a su madre.

Y dígame una cosa, joven... ¿se comió usted a la nalgona esa que estaba en el patio?

Obvio, papá.

MARTINIANO ACOSTA*

Pincelada blanca

Sin duda, en el barrio no era costumbre ver gaviotas a ninguna hora del día ni de la noche por dos razones: se vivía en una ciudad tan pétrea que no daba cabida ni siquiera a sonar con pájaros y, porque además, el mar se encontraba muy lejos del alcance de los ojos.

A partir de la aparición, la curiosidad me indicaba averiguar el por qué de una gaviota solitaria por los alrededores.

A los pocos días, comprobé que ella viajaba en forma rutinaria: exacta en el tiempo, exacta en su línea de trayectoria, incluso, bajo cualquier llovizna entrometida. Entonces, memoricé el horario del vuelo y de su paso inmanejable. La cita se me convirtió en un ritual.

La primera vez mi mente trataba de definir el promontorio blanco que se acercaba. Partía de allá, de la lejanía. Y, en el espacio, era una mancha blanca parecida a un recuerdo. Después se venía acrecentando como el deseo nocturno de un joven y, más tarde, casi encima de mí, se perfilaba su cuerpo esbelto y blanco.

La noche se anunciaba con las sombras, con el jugueteo de los gatos en el tejado. Y yo me acomodaba en el borde del sardinel. Acorralado en la ciudad, aguardaba la llegada, presa de un afán indefinible. Me encantaba el aleteo sostenido. Traía las alas untadas de otro sol, de otras lunas, de otro cielo, de otro aire, de otro olor. Le ofrecí mi casa: la amplitud de la sala, del patio con la frescura y frondosidad de los árboles, le abrí puertas y ventanas. Todo el día sonaba con ella y siempre, no lo niego, a la espera del anochecer.

En varias ocasiones intenté fotografiarla, pero consideré que no podría ser la forma de retenerla.

Después de buscar métodos, sólo me quedo grabarla en mi memoria. La gaviota siempre retornaba por la misma dirección con su aleteo vital, rítmico y constante. La imaginaba cantando entre las nubes o dentro de la jaula inmensa de la noche. Sentado la recordaba: ¿Qué sabor de lejanas tierras traía en su pico? ¿Qué emoción guardaba en las alas?

La fosforescencia de la ciudad se abría como un castillo de luces: neones, lámparas y el guiño de luz de los avisos y letreros. Emergía el volcán del ruido. Yo pensaba que la gaviota de mis anhelos debía sentir también el palpito del susto cuando los buses y taxis devoraban las avenidas con el ronquido planetario de los motores. Pero ella cruzaba el cielo como una canción de madrugada, sin ninguna extrañeza en el vuelo, hábil, hacia derroteros desconocidos.

* Baranoa, Atlántico, 1952. Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico. Especializado en Metodología de la Enseñanza del Español y la Literatura. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: *De cara contra el suelo* (1983); *Los ojos duros de la espera* (Colectivo, 1985); *Once galopes en el tiempo* (1991); *Barco de espumas* (Antología de cuento infantil costeño, 1991) y la novela infantil *Los conejos dorados*.

A diario surgían inquietudes en mi mente. En el fondo, me portaba igual a un joven cuando descubre el mundo del amor. Empecé a relatar la historia de la gaviota que atravesaba todas las noches por el barrio, nadie dio crédito a mis palabras. La ira, entonces, se me asomaba a los labios y les gritaba, que algún día les mostraría como prueba de ello, una pluma blanca de la gaviota de mis ilusiones. Sin embargo, una tarde, ya sosegado, mientras la esperaba, concluí que yo no tenía por qué convencer a nadie.

En cierta ocasión faltó dos veces. Sentí un desmoronamiento como si alguien me hubiera vaciado las entrañas. Nunca supe el porqué de su ausencia aquellas dos noches. Pero cuando aparecía con aire retador al viento contrario, la rastreaba alegre, incluso, cuando ya había traspasado el piso número diez del edificio. Después, sólo me quedaba el sabor de su soledad.

Diciembre me cautivaba por las fuertes brisas y el eterno olor a vacaciones. A ella también, porque se esforzaría menos para elevarse y los vientos la llevarían libre como hoja en corriente de río. Se guiaría por la cola, extendería hacia atrás las patas, saborearía el pico la luz del sol, explayaría las alas, formaría cabriolas y, luego, se deslizaría en línea recta hacia abajo en un divertido juego.

Remontada la azotea del edificio, yo inventaba un mapa de sus posibles rutas: se elevaría por los techos tuguriales. Llegaría a las playas solitarias y un revuelto mar le ofrecería las olas. Ella, tal vez extenuada, se iría a descansar en las rocas deshabitadas de cangrejos.

Una noche, igual a todas las noches de mi barrio, mientras el viento caracoleaba en las esquinas, pude captar las vibraciones de su proximidad. Ya me había aprendido de memoria el sonar de las alas y el instante preciso en que se asomaba. Aquella noche, no hubo espera ansiosa. Un aflojamiento gelatinoso usurpaba mis piernas y una fuerza interna, casi primigenia, me impulsaba contra la gravedad. Una liviandad de algodón se apoderó de mí y comence a flotar por encima de los transeúntes, quienes acelerados y desprevenidos se zambullían en las calles y tabernas de una ciudad metida en el laberinto de la luz, del ruido y de la inseguridad.

Me fui fascinado detrás de la gaviota. Mis brazos, dos remos que me desplazaban por los aires. Las estrellas fulguraban con más luminosidad. Una alegría intensa nos electrizaba. Anduve junto a la gaviota, revoloteando con tranquilidad. Disfrutaba de lo maravilloso del vuelo. Volví la mirada atrás, la nostalgia se me prendió como un alfiler porque advertí que otro hombre se encontraba sentado en el borde de un sardinel: él también imaginaba juegos infinitos, observaba el cielo y nos saludaba con una mano abierta y una gran sonrisa.

Diciembre 7 de 1991

ALEXIS ZAPATA MESA*

El requinto

Yo era músico de tocar en fandangos y corralejas, donde lo que tiene virtud es el relinchar alto del calrinete y el bramar hondo del bombardino. Cuando por primera vez oía a una banda de músicos acompañar una procesión sentí que se podía avanzar hacia un mundo más leve y rutilante, como si silbaran los cocuyos en una noche estrellada. Los vi tocando vals, danzones, foxtrot y hasta charleston. Reinaron sobre el ambiente, filtrando luminosidad.

Cuando estábamos apreciando el deleite de esa música de augurios, Cano, el del requinto, tuvo la ocurrencia de morirse. Al maestro Dechamps, el director de la banda, le daban así un golpe matrero, porque en Montería dónde iba a sacar a un músico con las calidades de Cano. Era de los que tocaban con partitura. Eso, acá, había que reconocer, resultaba una exuberancia. Todavía estábamos domesticados por el rebuznar del burro, el cacareo de la gallina y el berrear del ternero. Aquí, apelar al espíritu es una vaciedad.

El maestro Dechamps había llegado a Montería por mera casualidad, arrastrando a Cano con mucha complicidad. Eran músicos de postín, de cabarets y de iglesias. El alcalde los escuchó en Cartagena, y de allá los empujó hasta acá, ofreciéndoles sueldos de reyes para que le organizaran una banda municipal con todas las exigencias del gusto. La buena voluntad, cuando cuenta, tiene alcances inigualables.

Dechamps estaba decepcionado y herido con el rumbo que tomaron sus asuntos. El mundo con todo su peso lo tenía encima, tratando de aplastarlo. Se malayaba por haber torcido ruta hacia acá, pero también sentía el reto de reivindicar su quebrantado destino. Era recto y terco a la vez. Alguien le habló de mí con la idea de que probara a reemplazar a Cano.

— ¿Cómo se llama? —preguntó.

— Hilario —le contestaron.

— Con ese nombre no puede dar sino alaridos.

Tenía razón. Uno viene de unos indios guerreros que daban alaridos antes de entrar en combate y como que aún algo de ellos debe de estar vibrandonos entre las vísceras.

— ¿Qué toca? —preguntó.

— El clarinete —le contestaron.

* Montería. 1952. Cuentista, novelista y poeta. Antropólogo de la Universidad del Cauca. Realizó Estudios de Literatura del Caribe Colombiano en la Universidad del Atlántico, en tanto que se desempeña en el programa Mujer y género, bajo el auspicio de la Gobernación de Córdoba. Ha publicado ensayos literarios y antropológicos en los periódicos *El Universal*, *Diario del Caribe* y *El Meridiano*. En 1997 editó la novela *El tallador de santos*.

– Entonces que venga –ordenó.

Yo aprendí a tocar el instrumento imitando a los otros clarinetistas. Tenía que ver y oír muchas veces. A Cano sólo alcancé a escucharlo una vez, así que tenía miedo de acudir al llamado.

– ¿Qué pasa que no viene? –preguntó irritado.

– Yo me hacía esperar.

– Tráiganlo –gritaba.

Cuando me deseó de veras, entonces aparecí. Era la versión humana del instrumento: corto, fino y negrito.

– ¿Qué veo? –me revisa–. Así también era Cano. Extravagancias de la naturaleza.

Me puso de inmediato el requinto en las manos. Tenía urgencias de probar mi disposición.

Me coloca en medio de los demás músicos. Y me ordena que sople a ver qué sale. Yo emboco y soplo. Me sale un estornudo.

– ¿Qué oigo? –me pregunta.

De respuesta ataco con ira y me sale un guapirreo.

– ¿Pero qué es esto?

Para no quedar tan mal, vuelvo y ataco. Me sale un grito pero desfondado, como una pitera. Reataco y lo que hago es ventosear. Era la parte podrida de mi alma la que estaba mostrándole sin ninguna vergüenza. El maestro me mira con leve consideración.

– Mejor venga mañana –me indica.

Dechamps acababa de interpretar música solemne en la catedral de Cartagena y seguía para un estruendoso cabaret en Panamá cuando el alcalde de acá lo interceptó. El cambio fue rotundo. Ahora era una aberración que tuviese que soportarme inmutable. La verdad es que no tenía otro proyecto.

Llevábamos varios días de estar ensayando una marcha cuya autoría era incluso del propio difunto Cano. Todo empezaba con mi derrota. Era una pieza donde revoloteaban los ángeles sobre ceibas rojas y tamarindos centenarios. Esto para mí era un imposible, puesto que las ceibas son rojas porque en los tiempos de los indios fueron mujeres comegente. Ninguna bondad podía revolotear entre sus espinosas ramas. Uno es un vacío que hay que llenar, un esfuerzo en el cual se debe retener lo que puede hacernos grandes; por eso no podía ser un almíbar barato, una dulzura fingida.

Cada vez que entraban los ángeles al requinto yo me asustaba. Para dejarlos entrar estuvo la persistencia del maestro. Luego que entraron, cuando volaban hacia las ceibas volvía el pánico.

– Hilario, ¿qué pasó? Aquí ellos vuelan con libertad, no los atajes.

– No, señor.

El camino que mostraba Dechamps era el de sus técnicas y el del espíritu. Las técnicas te mueven en lo posible y el espíritu hacia lo imposible. Yo no daba ni para las técnicas. Me faltaba un punto de amarre con mi mundo para volar con mi espíritu.

No le tengo miedo al instrumento, el requinto es sencillamente un clarinete acortado. Se tecléa y emboca lo mismo, sólo que requiere más pulmón y una extraña delicadeza para sostenerse en la melodía. El bendito apacigua, aromatiza los vientos, como si uno se fumara un cigarrillo en los cuernos de la luna.

El asunto no era de miedo, sino de comprensión. Hay un momento en que somos un esfuerzo ciego, cuando no le cumplimos a eso otro que todos tenemos adentro y al que casi siempre despreciamos. Somos objetos inútiles cuando no crecemos desde nuestras raíces.

Había un algo barato y fingido en los instantes en que yo hacía revolotear a los ángeles. Me faltaba esa alta bondad para correr el riesgo de liberarlos en los vientos. Había un punto en mí que los ataba, por más que el maestro me vigilara en esos momentos.

Como la pieza de Cano gustaba mucho, no podíamos reemplazarla por otra. Ensayábamos para la procesión del Dulce Nombre de Jesús. Era la primera vez en que me preparaba para tocar marchas lentas y altivas. Yo estaba acostumbrado a tronar el clarinete para despertar el grito que los hombres guardan en las vísceras. El amaño de estar en un destino es la mayor dificultad para entrar en otro. En el apego a lo conocido encontramos gran seriedad, somos hijos que hallamos el refugio en la matriz.

– ¿Qué pasa, Hilario? Volvió a ultrajar esa nota.

– Sí, señor.

– Cuando no la ultraja, se la salta. Si allí es donde usted debe soltar esos ángeles, que ya andarán con ganas de ahorcarlo. Volvamos a empezar.

Despojaba a mi rostro de toda significación como truco para alejarme de mi propia torpeza, pero lo que hacía era meterme en el vacío. No había forma de replegar mi espíritu a la finura de las emanaciones de la pieza. Tieso, inamovible, no me conmovía la vergüenza que me azotaba.

– ¡Paren, paren! ¿Otra vez, Hilario?

– Sí, señor.

– No creo que vayas a dar la medida. Me niego a aceptar eso. ¡Vamos! Uno, dos, tres...

Tanta desesperación nunca vi en mí. Muchos intentos hice, todo fue inútil. El maestro, a pesar de su enorme resistencia, se agotó. Suspendió el ensayo.

– Hilario, llévese las partituras para que las repase en casa, que mañana será otro día y quizás pueda derribar la montaña.

Con el requinto que es ágil se puede hacer lo que exige la pieza de Cano, en la que existe un momento en que estalla una luz. Cada fragmento produce un color y cada color, según el maestro, un ángel. El asunto es de rapidez: perseguir cada brillo o matiz para darles a todos la oportunidad de revolotear alegres entre las ramas altas y serenas de la inmensa ceiba roja. Hay que ser ágil y tierno a la vez.

Yo soy ágil pero ridículo, y en vez de volar, mis ángeles parecen dar carreritas nerviosas, como de solterones dudosos. Yo ensillo en la mentira y como que descabalgo en la infamia.

En la noche sólo miro las partituras con cara inexpresiva. No me saben a nada y tengo hambre de vida. Salgo muy tarde a caminar sin rumbo por las calles. Los olores van delatándome los sitios por donde voy pasando. Camino sin mirar, pero veo más por la nariz. Me huele a mezquindad cuando paso junto a los agiotistas; a tristeza por donde las prostitutas. Yo huelo el alma de las cosas. La única de la que no puedo saber a qué sabe es la mía. Llego a la avenida del río a verlo fluir, me sabe a eternidad. Luego camino calle abajo, para volver a subir. La soledad del mundo me tiembla por dentro y me sacude la miseria de la flaqueza. Camino enérgico, como si estuviera en combate.

Bordeo el ritmo de un arroyo que, después de algunos visajes, llega a unas peñas desde donde se precipita formando una cascada. Corto el pensamiento y me dedico a captar la insignificante sonoridad del agua caer. Escucho la paz que camina hacia mí y me penetra como un ángel. Me deleita la voz del agua. En medio del infierno y exprimirlos como trapos viejos, que de la última gota te sale el cielo.

Sin ningún estudio de las partituras me presento al día siguiente al ensayo. Sin la menor consideración a la persistencia del maestro, vuelvo a equivocarme. Quizás imaginó que otro cielo de errores lo conducirían al infierno y paró.

— Hilario, pareciéndote tú tanto al requinto es para que los ejecutes hasta con un estornudo. Vamos, otra vez: uno dos, tres...

Me equivoqué mucho más rápido. Una ira justa sacudió los cimientos de aquel cristiano, que avanzó con cara descompuesta hacia mí. Cuando me tuvo a su alcance, pensé que me estrangularía; levantó la batuta como un machete para destrozarme. Se estremeció con los aires de una tormenta entre sus pulmones, enarboló el arma, pero con firme desencanto la estrelló contra mis pies. La batuta se hizo añicos. No habló, no gritó. Nadie dijo nada, mucho menos yo. Dio media vuelta y se retiró.

Con el alma recogida en un puño, silencioso, me deslicé entre los músicos como un lagarto avergonzado. Nadie hizo un gesto al cual apegarme como para redimirme. Estaba solo, ingrimeo.

El resto de la tarde pasé recogido en el hueco donde me refugié. Esperaba la noche para levantar la cara. Cuando llegó, me levanté del taburete y torné a salir. En las latas horas de

silencio, al menos podía escuchar mis pasos. Mis oídos están atentos. Vuelvo al punto donde el agua forma la cascada del pequeño rumor. Me instalo frente a ella para vigilarla, como si fuera la clave que necesitaba descubrir. Veo venir el agua, al borde del pequeño abismo parece detenerse, da inaudibles alaridos para luego precipitarse. Me veo venir con el agua, soy yo el que se detiene en el abismo, grito de manera muda, caigo, y la aventura del agua al restallar me llena de alegría. Al llegar al fondo y resurgir con vida, me hace escuchar no el silencio, sino el espíritu del silencio.

De las ramas de un guásimo cuelga un calabozo, de donde pude ver salir una leve melodía. Afiné el silencio para escuchar mejor. Hay que colocar los oídos del silencio en tu alma para que tus ojos tengan conciencia. Sentí que Dios comenzaba en mí. Descubrí en ese momento que la voz de los pitos cabeza de cera de nuestros indígenas se elevaba en la marcha de Cano. Tienes que aprender a colocar la nariz de Dios en tus pulmones para que no se te escape el olor del instante. Lo mío, lo de la raíz, hey, también es espíritu.

El maestro Dechamps necesitó tres días para reparar las fuerzas de la resistencia y volver a encararme. Convocó a ensayo y, ante sus remotas expectativas, allí estaba yo. Comenzó: uno, dos, tres... y no me equivoqué. A ras, sometido a la armonía, fui surcando la marcha. Displicente, ni me miraba, pero yo fui saliendo y entrando con disciplina. Mano a mano con los demás. Sabía que vendría un solo de requinto, y lo esperé con ilusión. Cuando llegó, me le fui risueño, después puro y luego astuto, le di en el corazón. Locura no fue, magia tampoco, era la razón que había rescatado para mi espíritu. Terminamos.

– Hilario –dijo el maestro–, usted ha hecho honor a la memoria de Cano.

– Y a mi gente –le respondí.

Llegó el día del Dulce Nombre de Jesús y salimos detrás de la procesión. Iba en ella tocando valeses, danzones, y cuando empieza la marcha de Cano, la pieza central, me encuentra distraído. No sé encajar al comienzo. Tengo que volver a colocar los oídos de Dios a mis ojos para ver de nuevo la música, en la memoria, salir del calabozo. Reencontrada mi alma, reinicio la marcha en el punto preciso. Entonces me le voy encima con la conciencia hambrienta, no le dejo sitio donde no aparezca dulce, socarrona, pura. Abría surtidores de alegría, reventaba turugos de amargura. Los rostros desvaídos de mis vecinos los volví luminosos. Descubrí que mi verdadera intención era volver la voz de mis antepasados carne encendida, para que se supiera que la sangre también es espíritu.

ANDRÉS ELÍAS FLÓREZ BRUM***La carrera**

El hombre empezó a correr por toda la calle y de pronto se detuvo para tratar de recordar hacia dónde corría; así que sin lograrlo siguió corriendo; durante toda su juventud no había dejado de correr; corría cuando salía del baño cuando salía del colegio corría cuando salía de cine corría cuando salía del café y corría cuando entraba al baño corría cuando entraba al colegio corría cuando entraba al cine corría cuando entraba al café; pero cuando llegó la hora del matrimonio y se encargó del hogar parecía que iba a dejar de correr; no obstante siguió corriendo; corría como huyendo de algo; de algo que le pisaba los talones; era como su propia sombra; el hombre corría cuando caminaba por la avenida corría cuando doblaba por la esquina corría cuando iba a tomar el bus y cuando lo tomaba se bajaba precipitadamente antes de llegar a su destino porque le parecía que corriendo llegaría primero; el hombre corría corría corría; llegaba al banco al almacén llegaba al supermercado llegaba a la farmacia llegaba al puesto de periódicos y volvía a correr para llegar a su casa; corría para realizar lo que no había realizado y corría cuando había realizado lo que deseaba realizar; corría con un propósito definido y corría sin un propósito por definir; corría cuando pensaba llegar primero que la mañana corría para llegar primero que el mediodía corría cuando pensaba llegar primero que la tarde corría cuando pensaba llegar primero que la noche y volvía a correr cuando quería alcanzar la noche la tarde el mediodía y la mañana; corría a la salida de la casa en la calle en la carrera en el ascensor en el trabajo y al salir del ascensor al tomar la carrera la calle y al entrar a casa; corría para andar más aprisa; corría para llegar a tiempo a la oficina y corría para salir pronto de ella; corría para que el tiempo rindiera y corría para acabar con el tiempo; corría para que dieran las ocho y corría cuando pasaban las ocho; corría para acabar con la soledad y la angustia y corría para que no llegaran la soledad y la angustia; la vida le había alcanzado poco para correr; de manera que cuando presintió la muerte alcanzó rápidamente el ataúd que un día había traído corriendo a su casa previendo que no le alcanzaría el tiempo para esto y se acomodó dentro del cajón y antes de bajar la tapa y de morirle le dijo a sus hijos que lo llevaron corriendo al cementerio pero cuando salieron con el cadáver por toda la calle tuvieron que dejarlo a medio camino porque ya se había podrido.

* Sahagún, Córdoba, 1952. En su ciudad natal realizó los estudios de primaria y secundaria. Normalista Superior de la Normal Departamental Lácides Iriarte. Licenciado en Filología a Idiomas de la Universidad Libre de Bogotá, y Especialización en Literatura Hispanoamericana en el Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo. Ha publicado *Los Perseguidos* (cuentos, 1980), *El Trompo de Arcelio* (cuentos para niños y jóvenes, 1981), *El Visitante* (novela, 1a. edición 1985), *Este Cielo en Retratos* (novela, 1988) y *La Vendedora de Claveles* (novela, Educar Editores, 1993), *Viñetas de amor y de vida* (cuentos, Editorial Magisterio, 1999).

CARMEN VICTORIA MUÑOZ*

¿Quién no ha besado a Teresa?

Veo venir a la mujer cimbreado la cintura. Hay algo familiar en su manera de andar, en el pasearse como si fuera suyo el mundo y al mismo tiempo inconsciente de esa posesión. Su falda vaporosa gira sobre sus caderas y lleva una blusa que le deja un hombro descubierto. Parece que sus pies saltan por la calle. Teresa. No puede ser otra que Teresa. Tengo la seguridad cuando está a pocos pasos y dibuja sorprendida mi nombre con sus labios, iniciando un saludo con su ceja izquierda en un arco fino y perfecto.

Como diez años sin ver a Teresa. Era todavía una adolescente cuando me fui, y con el transcurso de los años fue disminuyendo su recuerdo, que no era sólo por ella, también por los muchachos, los años del bachillerato, el viejo puente, los juegos. Pero basta ver sus ojos negros para que toda esa época vuelva con su carga de nostalgia.

A ella le gustaba montar en bicicleta pero no tenía. Nosotros sí y se la prestábamos a cambio de besos. Yo vivía cerca del puente y todas las noches a eso de las siete, pasaba Teresa en una bicicleta diferente cada vez, con pantalóncitos cortos, medias tobilleras y zapatos tenis. Después pasaban los muchachos, uno tras otro. Cuando me tocaba el turno, me iba despacito, un poco tímido quizá, caminando por la orilla del puente para acercarme a Teresa que esperaba siempre con su boca grande entreabierta en una sonrisa de infantil lujuria. Al llegar a su lado le tomaba la mano, la llevaba al rincón más oscuro, apoyaba mis labios sobre su mejilla, apretaba mis caderas contra las suyas hasta que ella me empujaba y entonces yo me reía y me apartaba. Ninguno pasó de eso, pero nadie faltaba una sola noche a los paseos por el puente con Teresa.

Está frente a mí y me mira, su ceja enarcada todavía. El hombro desnudo es moreno y redondo.

— Caramba, Mauricio —dice con su voz que sigue teniendo algo de niña y por su expresión resentida parece querer decirme que cómo no me conoces Mauricio.

— Sigues siendo la Teresa de siempre, Teresa —le digo dándole un beso en la mejilla.

Se aparta un poco dando una vuelta sobre la punta de sus pies preguntándome si en verdad no ha cambiado nada. Claro, Teresa, ¿cómo no? Quiero decirle qué tanto se redondearon

* Montería, Córdoba, 1956. Contadora Pública egresada de la Universidad de Cartagena. Funcionaria del Ministerio de Obras Públicas de la misma ciudad. Entre los reconocimientos que ha merecido su obra literaria se cuentan el Primer Premio en el concurso de Cuento del MOPT, en 1984 y 1986; el Primer Puesto en el Concurso de Cuento del Caribe y recibió, además, mención de honor en el Concurso Xaviera Carrera, Chile, 1987; también fue finalista en el Concurso Nacional de Cuento Jorge Zalamea de 1988. Ha participado del trabajo del grupo literario "El canto de la cabuya". "¿Quién no ha besado a Teresa?" fue tomado del libro de cuentos que lleva el mismo título.

sus senos y en qué proporción han madurado sus caderas pero no me atrevo, ya no somos tan niños, por eso le digo algo aturdido que quizás le crecieron un poco más los labios. Gira otra vez sobre sus pies y la falda se enreda traviesa en su cintura. Recuerdo entonces sus faldas corticas que eran por sí solas una tentación para los ojos. Nunca he visto a ninguna otra que supiera lucir mejor sus muslos que Teresa.

Le gustaba que los ojos de todos estuvieran fijos en ella, así que iba al parque los domingos y cruzaba las piernas con mucho descuido mientras cerraba los ojos fingiendo adormecerse. O subía las escaleras de caracol del colegio, corriendo y jugueteando con los pliegues del uniforme. Muchas veces intentó trepar como nosotros por el almendro, mientras la mirábamos desde abajo con los ojos inmensamente abiertos para no perdernos un solo detalle de su cuerpo, luego nos peleábamos para ayudarla a bajar cuando se daba cuenta de su vano intento, cayendo en nuestros brazos con griticos nerviosos.

Teresa, imuchacha! ¿Cuántos rosarios te hizo rezar el padre Ignacio y cuántas penitencias no te impuso por ponerte a coquetear con él? ¿Y los diez en física que te calificaba el profesor sólo por cruzar las piernas con tu descuidada manera, tú que no sabías nada de física? Su aliento está muy cerca y siento el impulso de apretarla contra el portal, pero me detengo a tiempo porque en verdad han pasado diez años y Teresa podía ser ahora una mujer respetablemente casada.

—¿Sabes, Mauricio? —estaba diciendo ella—. Siempre he querido saber por qué no me besaste nunca en la boca.

Es cierto. Fui el único que no besó la boca de Teresa. La razón es simple pero muy valedera para mí: me gustan las bocas pequeñas en forma de corazón y ella tiene los labios demasiado grandes y por supuesto, no tienen forma de corazón. Pero eso yo no puedo decírselo a Teresa.

LENITO ROBINSON-BENT*

Las bodas del tiburón

Me llaman Soliván y me dedico desde hace veinticinco años a la tarea de esperar el próximo barco que, con toda seguridad, traerá a mi novia con quien me casaré. No me acuerdo cuántos años tengo exactamente; mi abuela no me lo ha vuelto a decir desde hace tiempo, y lo único que dice a veces es que yo llevo veinticinco años en esta tontada, y yo sólo sé que nací para esperarla. Debió de llegar en el barco del viernes pasado. Con toda seguridad

* Isla de Providencia, 1956. Aunque su lengua nativa es un habla criolla de base inglesa con rica tradición oral, común a los habitantes del Archipiélago de San Andrés y Providencia (a 550 kilómetros de Cartagena, a 180 kilómetros de Centroamérica y a mitad de camino entre las costas colombianas y la isla de Jamaica), sus relatos acusan un trato familiar de los clásicos hispanoamericanos y un fluido manejo del español, quizás

llegará hoy. La vi anoche, o tal vez fue un sueño, o me lo dijeron. Así fue, ahora lo recuerdo. Alguien vino de la playa gritando: “Soliván, Soliván, tu novia llegó en el barco, ve a buscarla, que te está esperando en el embarcadero”. Así dijo la voz desde la calle mientras, acostado sobre una oreja, yo dormitaba.

Yo no la conozco personalmente puesto que nunca la vi. Sé que se llama Ondina porque a mí me gusta ese nombre y yo quiero que así se llame. Suena a algo lindo; no sé a qué, tal vez a ángel. También sé cómo es ella: es alta como una palma y su piel morena tiene el color de la canela, como dice la canción, y tiene los ojos sonrientes. Nunca la vi, sin embargo es como si nunca la perdiera de vista. En este momento en que escucho mi propia voz hablar de ella, podría estar seguro de tenerla frente a mis ojos, parada con las piernas junticas, las manos una dentro de la otra sostenidas de frente a la altura de la cintura, la cabeza gacha mirándome fijamente con los ojos desbordantes de sonrisa como sólo ella lo sabe hacer. No digo más. Es mejor esperar que ella llegue en persona; dentro de poco estará aquí sobre la playa de alegría.

Hoy es domingo y la playa está llena de gente de todos los sectores de la isla, porque hay carreras de caballos, apuestas, bailes, música, partidos de béisbol y todos andan locos y sueltos. La gente dice que yo soy un loco cuando ellos están más locos que yo; sólo hay que ver cómo apuesta tan airadamente y agita las manos y salta de un lado para otro y discute simplezas ruidosamente, parece que en una de esas le va a pegar a alguien. Si yo fuera de sus amigos le quitaría las riendas de uno de los caballos y se las pondría a él.

Hay demasiada gente en la playa. Así sucede los domingos. Aquí al extremo de la playa, sobre las rocas, es más tranquilo, además es mucho más despejado para ver arribar el barco que traerá a Ondina. Desde aquí me tiraré al agua y nadie me podrá detener como lo hacen siempre. Cuando me vean nadando ya estaré alcanzando el barco al cual me subiré como un pulpo, rescataré a Ondina en mis brazos, nos lanzaremos riendo al agua de nuevo y volveremos a la playa nadando de dicha. Ella también sabe nadar como una sirena... a veces pienso que ella es una sirena.

Mi papá no quiere que yo venga a la playa a esperar el barco que traerá a mi novia. Él dice que yo me pongo a imaginar cosas raras que no existen. Yo le dije que yo la quería, la quiero, y a que el pastor de la iglesia ya prometió casarnos en unas bodas grandes que luego serán amenizadas con música de guitarras, acordeones, tambores, violines y mucha comida y mucha bebida, pero mucho más que en las fiestas de los domingos en la playa. Mi papá siempre trata de asustarme con el cuento del tiburón, pero yo le tengo miedo. No sé, pero es

por sus tempranos y profundos contactos con el continente. Ha publicado *Sobre nupcias y ausencias*, breve volumen de relatos inspirados en la vida de pescadores, músicos, pastores religiosos y sencillas mujeres de la isla. Por las fechas al pie de sus relatos se sabe que estuvo en París, Ámsterdam, Saint Nazaire, Saint-Marc -Sur-Mer entre el invierno de 1983 y el verano de 1984. Actualmente reside en Canadá.

posible que algún día venga uno mientras yo esté nadando hacia el barco. Así va a suceder: una vela blanca aparecerá a lo lejos en el horizonte y cuando esté cerca empiezo a nadar con todas mis fuerzas, más rápido que la barracuda de San Simón. Cuando esté ya lejos de la playa la gente me grita, “tiburón, tiburón; devuélvete Soliván”, pero yo no los escucho a causa del viento fuerte que no me deja oír nada, y aunque oyera no les creería nada, siempre me dicen mentiras para asustarme, y además, tengo demasiado afán para llegar hasta donde está mi Ondina. Y viene el tiburón que ya se voltea boca arriba para cortarme una pierna. Sobre la playa abigarrada la multitud reunida que mira hacia el mar está viendo como la aleta de plata del monstruo se desliza cortando el agua, y ellos me agitan desesperadamente las manos y gritan a todo pulmón cosas que yo no oigo y que tampoco quiero escuchar. El tiburón logra amputarme una pierna y me desmayo ahogándome en una nube de sangre que opaca el océano; luego vuelve y me lleva la otra mientras me hundo más y más echando burbujas rojas por la nariz y la boca, retorna y me lleva una mano y después la otra, luego el tronco con la cabeza... ¿y qué tal si Ondina está viendo todo esto? Pobrecita. Yo creo que también ella se tiraría al agua.

Luego se acaba la fiesta del domingo en la playa y todos los hombres, armados de arpón, sedal, lanzas, machetes, cuchillos, empujan sus canoas al agua para salir a pescar al tiburón malhechor. Mejor no pensar en eso; sería horrible que después de capturar al tiburón y cortar su vientre mi Ondina me tenga que ver descuartizado y así no me va a querer. Es muy probable que eso suceda hoy, pero es seguro que mi Ondina llega en el barco que acabo de ver en el horizonte. Veinticinco años esperándola, y si el tiburón plateado no me come, las bodas serán más grandes que todas las fiestas de domingo en la playa.

Bogotá, febrero 3 de 1985

JAIME CABRERA*

**Ben Benny Benito en un restaurante
de la Calle Octava y no tocando el trombón de vara
(Como hubiera querido su padre)**

Aunque tiene los ojos saltones de trombonista y los labios gruesos de trombonista y habla como si ser le acabara el aire a un trombón, Ben Benny Benito no toca el trombón como hubiera querido su padre sino un piano plateado en un restaurante de la calle Ocatava, en South Miami Beach, Florida, y es tartamudo.

* Barranquilla, 1957. Arquitecto, periodista, cuentista y profesor de arte, literatura y humanidades. En 1996 publicó en Estados Unidos el libro de cuentos titulado *Como si nada pasara*, bajo la edición de Coral Press. Es director de la revista literaria *Cofa de Mesana* y firmó en 1988 un contrato con la CNN. El presente cuento pertenece al libro *Ocean Drive Blues*.

Ben Benny Benito es un negro carbón y es grande como un trombonista grande y habla el inglés entrecortado de los latinos que tartamudean cuando hablan el inglés de los latinos. Tiene los cabellos engominados de todo artificio sintético y los brazos como vara de trombón y las manos ligeramente secas de santo triste mal alumbrado. Se sabe que empezó a tocar – niño prieto pipón– con mucho más sentimiento que técnica, y que canta canciones inolvidables como si soplara un trombón.

Si no hubiera sido por la música que lo ha acompañado durante estos cuarenta y tantos años a Ben Benny Benito le hubiera preocupado su soledad de solista en medio de las soledades de quienes vienen a escucharlo mientras se hunden de orejas en un plato humeante o en el fondo de una bebida espirituosa. No tiene más que mirar a su alrededor. Será una noche como cualquier otra en la que recorrerá un repertorio de rostros que han ido tallando con paciencia el rastro de su memoria de mamut. Todo está dispuesto para arrancarle al piano, largo y plateado como ciertos paquetes de cigarrillos, las posibilidades que le otorgan una hilera de perillas, botones y sonidos programados para tanta nostalgia reunida bajo las lámparas fungiformes de este restaurante de la calle Octava y Ocean Drive.

No hará más que dejar correr sus dedos como arañas de terciopelo sobre la cara nacarada de ese póker de teclas blancas y negras, luz y sombra, para que brote el chorrillo caliente de la melodía. Y es precisamente ese el instante en que descubre, al mismo tiempo que hace un leve movimiento con la cabeza –rutinario repaso a la concurrencia–, la sensación de incomodidad que parte de los labios de una muchacha que hace apenas unos minutos ha cruzado el salón, se ha sentado en una esquina del restaurante y le ha ordenado su tranquilidad con una sonrisa triste de muchacha perdida. Es como si de repente, él Ben Benny Benito, pianista de segunda categoría, sintiera culpa por no hablar con la misma fluidez con que tocan sus maestros y por no ser trombonista como lo quiso su padre, y un sentimiento de infinito abandono lo golpea de repente en el centro del pecho que para entonces se ha inflado para dar salida a su voz de trombón, y decide interpretar el único tema que le crece entre las costillas.

Cuanto termina la primera estrofa y pasa a adornarla con una serie de figuras que sabe inútiles, pero a las cuales no renuncia, otros pianos lo asaltan en el recuerdo. Son diferentes modelos y marcas, unos más serios que otros, hermosos y tristes, hermosos y tristes, y aún disonantes, cada uno con una historia propia; pianos que no le permitieron ejercitar los dedos, ganarse algunos billetes o soñar con un concierto. Variados en los colores: negros, grises, cafés, cremas. Cientos de pianos que están dispuestos a cobrarle caro su atrevimiento por no haber sido un trombonista.

Sólo uno debe seguir mostrándose comprensivo en el fondo. Es aquel piano al que le dedicó muchos años, y aunque por cuestión de trabajo le sacaba tiempo al trombón, a éste siempre volvía con alguna excusa, mientras se defendía

en los días duros, cuando nadie iba a buscarlo a la casa para un toque, cuando aún no tartamudeaba ni tenía la voz de ventarrón. Ahora lo hace lejano, abandonado en un rincón de la sala de una casa a punto de ser demolida; un piano que debe estar pudriéndose en la distancia, con el tiempo y el olvido.

El piano blanco de aquella mujer amada lo seducía sin atenuantes y le hacía perder la voluntad ante el trombón que le había regalado su padre. No tenía más ojos ni más oídos que para sus teclas gastadas y sucias. Pasaba horas enteras —clandestinas horas del aprendizaje— tratando de sacarle nuevas aventuras musicales, pero el piano no hacía más que repetir y repetir las mismas tonadas mezquinas, que ya a nadie interesaban. Tanta repetición acabó por matarle el placer. Hasta que llegó el cansancio, el hastío y los vecinos que comenzaron a protestar con mayor insistencias en medio de la noche, no más, no más, cállense. Y él, por esos días Benito a secas, soportaba con tenacidad de trombonista, a fuerza de costumbre y paciencia y debilidad de aprendiz, la andanada de insultos y berrinches de niños recién nacidos y perros que se desgañitaban ladrándole a la luna de cartón piedra y desatendidas exigencias paternas.

Un día consideró que bastaba ya de aquella ciudad amurallada que le cortaba la respiración. El mundo no podía ser ese sonido de esa orquestica que lo tiranizaba con la idea de tener que acompañar a las cantantes de turno —cada vez más desafinadas—, y empezó a enredarse en el tartamudeo de toda explicación y en excusas que no tenían explicación. Por delante había un camino por andar, nuevas experiencias, pianos que descifrarían su soledad de mastodonte domesticado por la costumbre de tener que oír que era un buen trombonista. Volvió a los sueños de infancia, a los pianistas de los discos, a los de las películas, play it again. Y llegó una última actuación para el adiós, el radioteatro lleno y para sorpresa del auditorio —que lo seguiría abucheando muchos sueños después—, nocturno de fuga.

Fue por el segundo año de trabajo en un restaurante de Lincoln Road que pudo desprenderse del instrumento que le alquilaba un judío viejo, y adquirió el piano plateado que, aunque le ha permitido en los años siguientes mejores empleos, lo alejó de su propósito de un trío de jazz. Se enamoró del instrumento a primera vista, lo probó y se lo llevó a vivir consigo. Desde aquella tarde descubrió sin proponérselo que amaba al piano plateado con la misma intensidad con que había oído las palabras de su padre, y se lo hubiera creído del todo si no hubiera aparecido esa muchacha que con su sonrisa antigua le ha vuelto a desordenar las rosas mentales; de seguro tuvo que haberse fijado en su cabello negro vanidoso, en la sombra de artritis que amenaza ganarle los dedos y la música, en esa nata cuajada que el exilio le ha depositado en los ojos, y piensa antes de volver a las palabras en el tamaño descomunal de su silencio de músico.

Ahora Ben Benny Benito en un intento de salvar su cariño por el piano plateado retoma la letra de la canción, lo hace muy bajo, como un susurro de abejorro, como quien dice cosas

al oído de la mujer amada y la adormece, o mejor, como si pudiera hablarle a esa muchacha que se ha levantado, pasa a su lado arrastrando una estela de perfume de flores viejas, va hasta una ventana y mira con angustia afuera, lejos del tema, sin verle. En la voz de Ben Benny Benito se acumulan las nostalgias por su tierra, aunque la canción en nada tiene que ver con su isla natal y en cambio sea un llamado a una mujer que perdió el amor de su vida en un cruce de destinos.

Vadeando la interpretación, que cada vez se hace más lenta, se mueven muchachas con delantales de encajes que corren entre las mesas alineadas en diferentes direcciones—flores artificiales, sal y pimienta al gusto, aceite, mermelada, azúcar en bolsitas, mantequilla, manteles a cuadritos blancos y rojos—; haciendo equilibrio con bandejas repletas de platos y plásticos y vasos; que llenan cervezas, llenan tazas de café o entregan cartas forradas en cuero. Unas reciben órdenes, otras colocan entre los platos vacíos un papelito con la cuenta y la propina que no está incluida, señor. Algunas personas se levantan en pleno proceso digestivo, emiten algún comentario sobre el pianista y dejan un dólar en la bomba de cristal que está encima del piano metálico, en donde los billetes comienzan a convertirse en peces verdes que se sumergen ciegos en aguas abismales.

Ben Benny Benito esboza un gesto que resume su dolor, mueve la cabeza como si fuera a tartamudear, cierra sus grandes ojos de trombonista y ataca nuevamente la melodía, encogiéndola y estirándola como el caramelo de cierto postre que engulle una mujer obesa. Desperdiga las últimas notas en el aire y luego las recoge para un final que anticipa el clin clin de los cubiertos y cristales. Por algunos segundos permanece con la cabeza agachada, como si pudiera mirar el teclado sin abrir los ojos. Sólo consigue recordar el piano blanco, blanco como el velorio de un infante que pudo haber tocado el trombón en alguna fiesta, y dice como si pudiera besar a la muchacha que finalmente se ha marchado, un nombre. O algo así, parecido al largo recorrido de un desamor.

MARCO SCHWARTZ*

La superviviente

El día en que mi abuela fue internada en la clínica M., a raíz de un infarto cardíaco, el teléfono de mi casa no cesó de timbrar. Aunque las llamadas para preguntar por la salud de la anciana procedían en la mayoría de las ocasiones de las más insospechadas ramas del

* Barranquilla, 1956. De ascendencia judeo polaca, vivió con su familia en Israel de 1971 a 1974. Realizó estudios de Ingeniería y Periodismo en Barranquilla. Trabajó como corresponsal y redactor en Colombia y Nueva York desde 1979, y a partir de 1988 en el *Periódico de Catalunya*. En el 2000 publicó una extensa novela titulada *Vulgata Caribe. La superviviente*, tomada de la revista *Conversaciones desde la soledad*, N° 2 (Bogotá, Octubre de 2001), fue también incluido en la antología de narradores colombianos elaborada por Peter Schultze-kraft *Und Traumten vom Leben*, bajo el título *Die Überlebende*.

árbol genealógico familiar, con frecuencia se escuchaba del otro lado del hilo telefónico una voz chillona, que, sin identificarse ni comprobar quién la había atendido, gritaba atropelladamente:

– ¿Cómo sigue *avoila*?

La primera vez que escuché la voz imaginé una anciana diminuta y arrugada, con los ojos viscosos muy abiertos como si pretendieran auxiliar a las enormes orejas en sus funciones auditivas, y con las manos lívidas, surcadas de venas protuberantes, aferradas con fiereza al auricular.

– La están atendiendo. Estamos a la espera –le dije, y mi interlocutora colgó sin añadir palabra. Minutos más tarde sonó de nuevo el teléfono, y yo, que me hallaba cerca, volví a atender.

– ¿Cómo sigue *avoila*?

A medida que transcurrían los días y mi abuela mostraba leves síntomas de recuperación, las llamadas disminuyeron de manera notable. Sólo una persona extraña al núcleo familiar parecía aún vivamente preocupada por la salud de la anciana. Con una puntualidad asombrosa, cada media hora –desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde –sonaba el teléfono:

– ¿Cómo sigue *avoila*?

La situación consiguió avivar mi curiosidad. ¿Por qué alguien que no pertenecía a la familia preguntaba con tanta insistencia y preocupación por mi abuela, una persona insignificante para que siguiera su curso el mundo?

– Es la vieja Rivke Furman, la abuela de Samuel –me dijo mi madre.

La información cablegráfica me bastó para comprender toda la angustia acumulada en esa voz de gallina espantada. Se trataba de un problema de supervivencia; de un complejo y pavoroso problema de supervivencia.

Hace unos treinta años, la primera generación de judíos en Barranquilla parecía predestinada a la eternidad. Los niños, entre los cuales nos encontrábamos Samuel, nieto de la señora Rebeca, y yo, correteábamos entre las mesas del club, donde los abuelos jugaban al dominó o a las cartas. Algunos llevaban números tatuados en los antebrazos. Mi abuela, si mal no recuerdo, tenía entonces el cabello negro y bailaba como un trompo las joras en las fiestas que se celebraban en la terraza del club, y de la señora Rebeca me quedaba el dudoso recuerdo de que era una experta cocinera y una virtuosa en el oficio de hablar sin contemplaciones del prójimo. Mi abuela y doña Rivke nunca fueron grandes amigas ni protagonizaron grandes enfrentamientos. Eran simplemente dos de las veintitantas señoras mayores que acudían todos los fines de semana al club con sus maridos para pasar un buen rato.

La muerte era casi una desconocida. De vez en cuando algún fallecimiento conmocionaba a la comunidad. Era tal el revuelo que se creaba en esos casos que aún tengo vivamente grabada en mi mente la tarde en que murió el viejo Rodolfo Dorfsbaum. Su esposa, doña Mirna, se encontraba en el club jugando a las cartas cuando recibió la noticia, y sufrió un ataque tan fuerte de histeria que obligó al doctor Wancier a aplicarle un potente sedante. Todos los hombres y mujeres corrieron en estampida a la casa de los Dorfsbaum, que quedaba frente al club, y encontraron a don Rodolfo inerte en la tina bajo un manto de pompas de jabón. Pero eran tan escasas las defunciones, y tan distanciadas unas de otras, que no alcanzaban a servir de advertencia de que el tiempo marchaba con un paso inexorable.

Hasta que en un mes de 1970, agosto si mi memoria no me traiciona, fallecieron cuatro viejos, uno detrás de otro. Recuerdo sus nombres, e incluso el orden en que murieron: el señor Lukowiecki, el joyero Goldstein, el viejo Sherman y la abuela de los Tenenbaum. Y como el agua represada por muchos años que de pronto revienta la barrera y devasta cuanto encuentra a su paso, la muerte se desbocó con ímpetu en la comunidad, y comenzaron a caer, como fatídicas piezas de dominó, los abuelos, que ya eran bisabuelos y caminaban arrastrando sus pesados zapatos de cuero. Uno a uno morían, mes tras mes, y muy pronto blanco. No se trataba de una plaga. Simplemente, la gente envejecía y moría.

Días antes de que mi abuela fuera internada en la clínica, yo había entrado por algún motivo que no recuerdo en el club—cosa que llevaba muchos años sin hacer y sentí un ligero escalofrío al advertir los cambios que se habían operado. En el espacio del césped donde jugábamos de niños al fútbol aprovechando los descuidos del administrador Cervera, se levantaba ahora un quiosco-restaurante atendido por un *chef* de gorro blanco; y la pérgola, ese lugar mítico donde nuestras madres se sentaban los domingos a chismosear y a competir sobre quién tenía los hijos más inteligentes, se había convertido en un salón cerrado, del paisaje humano. De los viejos de la generación de mis abuelos no vi a ninguno, salvo a doña Rebeca Furman, que estaba arrugada como una uva pasa y caminaba junto a la piscina llevada del brazo por una enfermera negra. Cuando pasó junto a mí con ojos de enajenada y me dijo: “Yitzak”, confundíéndome con alguien que quizá ya estaba muerto. Aquella noche pedí a mi madre que me hiciera un inventario de los ancianos que aún se encontraban con vida. La tarea no fue muy dispendiosa: estaban el viejo Levy, que vivía sus últimos días entre sueros y marcapasos en el lujoso apartamento de su hijo en Miami, la señora Rebeca y mi abuela. Los demás eran espectros que centelleaban en las bombillas de aniversario de la sinagoga.

Cuando supe que la autora de las frenéticas llamadas para preguntar por mi abuela era doña Rebeca, comprendí de inmediato el estrecho vínculo, la tormentosa relación que unía a las dos mujeres. Una relación que se había frótalecido hasta los extremos patéticos al conocerse la noticia del fallecimiento del viejo Levy. Sólo quedaban ellas dos en el mundo. La

una era la esperanza para la otra. La enfermedad de la una era un escalofriante campanazo mortal para la otra. Ninguna quería morir primero, pero mucho menos sobrevivir, porque eso significaba que ya no quedaría otra alternativa en la comunidad que la propia muerte. Y esa condición de saberse en vida el próximo difunto, de sentirse señalado como un cadáver inminente, produce más terror que el mismo fallecimiento. Así como doña Rebeca llamaba a mi casa con irritante persistencia para mantenerse informada de su propia suerte, quién sabe cuántas veces habría telefonado mi abuela a los familiares de doña Rebeca cada vez que se enteraba de que a ésta le había ocurrido algún percance. No pude menos que compadecer a la vieja Furman y reprocharme por la sequedad con que la había tratado en algunas de nuestras fugaces conversaciones.

— Hace unos minutos sonó el teléfono. Antes de acomodar el auricular sobre mi oreja, ya la voz había empezado a chillar:

— ¿Cómo sigue *avoila*?

Le respondí que el médico la había dado de alta y que gozaba de espléndida salud, como en sus mejores años cuando bailaba como un trompo en la terraza del club. El jadeo jubiloso de mi interlocutora me empujó a seguir hablando. Le dije que el doctor había asegurado que, cuidándose un poco y tomando con más calma los oficios domésticos, viviría muchos años más. Me proponía continuar, pero doña Rebeca colgó sin articular palabra. No le quise decir que mi abuela acaba de morir, para salvarla, al menos por unas horas, de la trágica certidumbre de que ahora ella, sin remedio, iba a ser la próxima.

PEDRO BADRÁN PDAHUI*

La magia del Joe Domínguez

En el principio era solamente el Joe, si acaso Viejo Joe, a veces sin la e y con una u, como Viejo William o Viejo Víctor, pero ya en esa época quería ser un mago, al estilo de Houdini, conocen a Houdini, muchachos, el hombre que era encadenado dentro de una caja fuerte y arrojado a las profundidades del océano y luego salía a la superficie, y respiraba y nadie entendía cómo se había liberado, bueno, yo voy a ser mejor que él, un alquimista, saben lo que es un alquimista, no puedo explicarles ahora lo que es un alquimista, el mago que

* Magangué, Bolívar. 1960. Periodista, guionista y docente universitario. En 1979 fundó en Cartagena la revista literaria *En tono menor*, con la colaboración de algunos amigos. Premio Nacional de Novela Breve de la Alcaldía Mayor de Bogotá, 2001, con la obra *El día de la mudanza*. Publicó la novela *Lecciones de vértigo*, 1994, el libro de cuentos *Simulacros de amor*, 1996, y en el 2002 *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*, entre los que se destacan el que da título al libro, "Paisaje colombiano" y el que aparece en la presente antología, relatos en que no se excluye la situación actual de violencia, revelada sin la mínima sombra de truculencia y con la más pura diafanidad de lenguaje.

convierte el plomo en oro, el hierro en oro, la mierda en oro, eso es un alquimista, y de una se gastaba dos o tres malabares que dejaban boquiabiertos a los niños del hotel.

El Joe había nacido avispado y tenía la elegancia y el aguaje de los mulatos bien acomodados. Con las nalguitas paradas y los dientes bien blancos era el manjar preferido de las gringas que llegaban al Bellavista. Pertenecía a la solitaria familia de pescadores que vivía a la entrada del barrio pero sus padres, maestros de escuela primaria, se habían mudado a una casa más decente detrás de los hoteles, y cuando lo comenzamos a llamar el Mágico Joe hacía su sexto bachillerato en el Gimnasio Cartagena, y era uno de los mejores de su clase, lo cual no quería decir mucho porque el Cartagena era el refugio de la gente más dañada de la ciudad.

La verdad es que tenía más pinta de pelotero, puro short stop natural. Fue por eso que lo bautizamos el Mágico Joe. Una tarde le agarró un roletazo al Chiqui Pineda, un jardinero derecho que había jugado con Luis de Arcos y Abel Leal, nada menos, y estaba cogiendo anchova con nosotros en un playón de Marbella. El Chiqui la chocó entre short y tercera y el Joe voló con el guante de revés y en el aire lanzó a primera donde mataron a Pineda. Fue una atrapada de grandes ligas y Francisco Valverde, su amigo, que estaba imitando la voz de Napoleón Perea, exclamó “tremenda jugada del Mágico Joe Domínguez” y desde ese entonces se quedó así, y le gustó el apodo y se dio cuenta que era mejor que Pepe Domínguez que era el nombre artístico que él pensaba utilizar cuando fuera un mago de cartel.

Ese mismo día el Chiqui le dijo que se fuera a practicar con la novena de Getsemaní pero al Mágico la idea no le sonó, lo mío es la magia, mi hermano, y voy a ser el mago más grande del mundo y enseguida repetía la frase favorita de Kalimán, El Hombre Increíble, no hay fuerza más poderosa sobre la tierra que la voluntad del hombre, y luego sonreía y comenzaba a mirar a una gringa y decía esta mona tiene que conocer la magia del Joe Domínguez, y por la noche era bien fijo que el Mágico Joe estaba pasándole el brazo por el hombro y luego la coronaba en la playa mientras nosotros preguntábamos y cómo lo hace, cuál es el secreto, qué se unta el Mágico Joe, pero él, bien sobrado y hazañoso:

— Esta es la magia del Joe Domínguez.

Y cuando decía esto doblaba su pierna derecha y formaba un cuatro con la zurda, y levantaba las manos, las palmas hacia el cielo, como si quisiera recibir nuestros aplausos.

Sin embargo, el Joe no era perfecto y todavía le faltaba mucho aprendizaje.

Sus talentos tropezaron cuando quiso enamorar a María Clara Fuentes Navarro, una mona bien fina que vivía en El Cabrero, cerca de la casa del presidente Rafael Núñez. Daban una fiesta de grado del Colegio de La Presentación y nosotros entramos de colados, con zapatos de charol, pantalones Terlenka y camisas Primavera, muy elegantes, y fuimos mirando el personal que se exhibía, sin atrevernos del todo a bailar, porque no estábamos invitados. El primero en probar suerte fue Francisco Valverde que sacó una morena bien

buena, y luego el Mágico Joe se animó y llegó hasta donde reposaba María Clara Fuentes Navarro, quien se lo quedó mirando y le dijo:

– Yo no bailo con negro, gracias.

Y enseguida las amigas de María Clara soltaron una carcajada que estalló como una bomba atómica en el corazón de todos nosotros.

El Mágico Joe se sintió como una pila de mierda, así de simple y sin metáforas. Todo su aguaje se vino al suelo y todavía María Clara lo pordebajeó más cuando aceptó bailar con un mariquita empolvado que era cadete de la Escuela Naval, y estaba vestido con uniforme blanco y sus guantes de seda, y era toda una catedral, esto último hay que reconocerlo. El Mágico Joe, que en ese momento no lo era, le metió un empujón al cadete y les dijo a ambos que a él no se le podía faltar el respeto de esa manera. Fue Francisco Valverde quien intervino para evitar la bronca. “Fresco, viejo Joe, take it easy”, uno de nosotros agregó: “Esa hembra no se lo merece”.

Pero el Joe notó que lo estábamos compadeciendo.

De regreso por la avenida, el Mágico Joe dijo en voz alta, casi sin darse cuenta:

– Yo no soy tan negro, soy moreno...

Y otra vez le dijimos que fresco, que se olvidara del asunto, pero él dijo que algún día, muchachos, tarde o temprano, esa hembra, cómo es que se llama, María Clara Fuentes Navarro, esa hembra va a conocer la magia del Joe Domínguez, y me va a pedir perdón, lo mismo el mariquita empolvado del cadete...

Desde ese día, el Mágico Joe le montó una perseguidora bien brava a María Clara. A veces se quedaba toda la tarde en el Parque Rafael Núñez y se concentraba tratando de comunicarse telepáticamente, al estilo Kalimán y Solín, con su objetivo. Subía a la casa del ex presidente y miraba hacia el cuarto donde María Clara estudiaba. No la podía ver pero de todas formas la invocaba con la mente. Se olvidó de las gringas y de las cachaquitas del Hotel y toda su energía la dirigió hacia la mujer que lo había pordebajeado. Para decirlo en términos de radionovela, parecía más un asesino al acecho de su víctima que un galán enamorado; buscaba más una cruel venganza que un amor puro y verdadero. Y la hembra sólo le soltaba desprecios e improperios y le paseaba al cadete por delante de sus amplias narices.

El Mágico, sin embargo, no se daba por vencido. Tenía una paciencia infinita pero había perdido algo de su aguaje y su sabor. Si se ponía muy altanero, enseguida le preguntábamos cuándo se iba a levantar a María Clara Fuentes Navarro y él respondía, saben qué, ese asunto no se me ha olvidado y cuando yo pasee por la Avenida Santander con María Clara, ustedes van a conocer la verdadera magia del Joe Domínguez...

Nunca le creímos y los años pasaron con su perniciosa y ya nos parecía que el Mágico era un hablador, y que era mejor seguirlo llamando Viejo Joe como cualquier camaján de barrio.

Pero una noche, para que supiéramos que estaba hablando en serio, nos mostró visa y pasaporte y nos informó que la próxima semana arrancaba para los Estados Unidos, más exactamente para la ciudad de Los Ángeles, donde estudiaría Magia, y cuando yo regrese en uno o dos años, toda Cartagena y todo este barrio, se va a quedar con la boca abierta, atónita, así como lo oyen, saben cómo es, atónita, a-tó-ni-ta, hasta que en el Diario de la Costa van a decir que el Mágico Joe Domínguez convierte la mierda en oro, saben cómo es, y no pregunten qué significa la palabra atónita, para eso está Francisco Valverde, quien desde hace dos años se está aprendiendo un diccionario y no ha podido pasar de la A, y de inmediato nos hizo unos trucos bien jopéricos y nosotros le dijimos que si quería llegar a ser un mago de verdad tenía que cambiar sus números mediohuevos por una nota bien efectiva.

Y lo hizo. Pero todavía és demasiado pronto para contar de qué manera.

Antes de su viaje, le hicimos una fiesta de despedida en el Bellavista y en la madrugada –como era ya costumbre– nos fuimos a la playa, y Francisco Valverde bajo los efectos de la hierba bendita, dijo que había tenido visión y que el Mágico Joe iba a llegar bien lejos y que iba a comerse a todas las mariaclaras fuentes-navarros del mundo, y que se acordara de él cuando estuviera en el paraíso, porque el mundo era de los valientes y no de los cobardes y perniciosos como nosotros.

Cuando la marea nos despertó con olas blancas y espumosas, ya el Mágico Joe se había esfumado, y sobre nuestras cabezas volaba un avión, pero no era el de Joe –como sucede en las películas– sino un avión cualquiera que seguramente iba a Bogotá o a Medellín. En todo caso el Joe se había ido, en ese o en otro avión, y durante mucho tiempo no supimos de su paradero ni de su magia aunque sus padres decían que sólo le faltaba un semestre para convertirse en mago profesional.

En el barrio, sin embargo, comenzaron a murmurar con maledicencia y afirmaban que en realidad el Mágico Joe había viajado a Los Ángeles para someterse a un tratamiento blanqueador, y que de esa ciudad viajaría a Alemania para conseguir unos lentes de contacto de color verde que no se conseguían en ninguna óptica de Cartagena.

Una noche de temporada baja –muchos años después, como diría alguien, pero no tantos para ser más precisos– lo encontramos en el Hotel, sentado en mecedor de madera con una Heineken en la mano, escuchando salsa de New York en una potente grabadora Sony que todavía tenía el plástico del empaque. Llevaba una cadena de oro en el cuello y un anillo de rubí en su anular izquierdo y de entrada nos advirtió que ni por el putas le fuéramos a hablar de magia pero que lo podíamos seguir llamando el Mágico Joe Domínguez, porque ahora más que nunca conocía los secretos de su oficio.

Y tenía toda la razón.

Al poco tiempo, en una noche de viernes, lo vimos con una camisa desabotonada y zapatos de diseño italiano –no hay quien les gane a los italianos en diseño y en autos, son los

mejores, esta pinta la compré en New York, saben cómo es— cabalgar una Harley Davidson de alto cilindraje en cuya grupa se acomodó una mona cuarto bate que le pasó los brazos por la cintura.

Nosotros no creíamos lo que veíamos. Era María Clara Fuentes Navarro, todavía sin trabajar y con la experiencia de tres años de estudio de artes escénicas en una academia de New York. Allá se la había levantado el Mágico y la hembra estaba bien tragada y había interrumpido los estudios para casarse con el Joe.

El mágico le había embrujado y ahora exhibía el trofeo por las calles del barrio y las discotecas de Bocagrande. Le metía unas martilladas bien públicas y ya en toda la ciudad se decía que se la estaba comiendo en una residencia de Barranquilla. Para las damas cartageneras, había sido un error de los padres enviar sola a la muchacha a un país tan degenerado como Estados Unidos. María Clara se sintió muy deprimida y como tenía temperamento de artista —que era una manera aristocrática de decir que era bien puta— el Mágico había aprovechado la papaya y la había invitado a salir varias veces hasta levantársela.

Ahora el Mágico la tenía en su poder y era el amo de su cuerpo. Pero ese era sólo el primero de una lista de milagros nunca vistos en la historia.

Al principio nos asombraba pero después fue una costumbre ver al Mágico Joe Domínguez, bien aguajero, descender de su Ranger Ford con sus tres guardaespaldas y una botella de Chivas en la mano. Entonces nos decía, saben qué muchachos, la acabo de botar por los 410 y nosotros no entendíamos de qué estaba hablando. Pero cuando compró par de apartamentos en El Laguito y remodeló la casa de sus viejos comprendimos la naturaleza de su magia y supimos en verdad que era efectiva y producía costosos milagros.

El Joe empezaba a ser el gran putas de la pradera y por eso nos pareció natural que en las páginas sociales se anunciara su matrimonio con la distinguida joven cartagenera María Clara Fuentes Navarro. Allí estaba su foto sonriente, al lado de la mona que unos años antes lo había humillado y ofendido. Las malas lenguas decían que la familia Fuentes Navarro estaba quebrada y debía catorce meses al Club Cartagena. El Joe iba a pagarlas de contado con un cheque caja menor, según sus propias palabras.

La boda fue por lo alto, con pajecitos y damitas de honor y Gobernador de Bolívar incluido, y un cura que dijo en la misa que un hombre humilde había recibido los beneficios del cielo y ahora quería compartirlos con sus hermanos y por eso el Señor lo premiaba con una hermosa niña a la que él mismo había bautizado, años atrás, en esa misma iglesia donde ahora le entregaba a un hombre generoso —el cura a veces se repetía— para que fueran una sola carne. Estábamos en la última fila pero nos sentíamos orgullosos porque el Mágico Joe parecía borrar en nuestro nombre una ofensiva antigua y realizar un sueño que siempre se nos escapaba.

A la salida de la iglesia lo abrazamos y él nos dijo, en un estilo bien bíblico, que adónde él iba nosotros no podíamos seguirlo. Se montó en un Mercury años 40 y fue a pasar su noche de bodas en un Hotel de las Bahamas. Luego los diarios publicaron que el comerciante José Domínguez Lambis y su señora estaban pasando su luna de miel en el Caribe, qué suerte la de Joe, un veterano, decíamos casi con envidia, muy vivo, el hombre tiene su carisma, o como él mismo dice esa es la magia del Joe Domínguez, y desde esos días se le vio poco por el Hotel y sólo sabíamos de su rumbo cuando su foto aparecía con senadores y políticos y sacerdotes que le pedían billete para hacer campañas políticas y obras de caridad en los barrios populares.

Pero no hay paraíso sin serpiente. O como dicen por ahí, todo lo que sube tiene que bajar. Así es la vida...

Los días negros del Joe Domínguez comenzaron una noche cuando apareció de repente en el Bellavista y nos invitó a conocer su finca. Estaba en su apogeo, contento de cumplir veintiocho años y tener dos hijos varones, una nena recién nacida y una fortuna que no sabía cómo gastar. Acababa de coronar una mercancía en Los Ángeles y regalaba plata, tenis Adidas y cajas de whisky Sello Negro, habanos Portagás y motos de alto cilindraje. No creía en nadie y cuando parqueó su Trooper frente a las escalinatas del Hotel nosotros sabíamos que estábamos por su cuenta.

La finca del Joe se nos abrió lujuriosa bajo las estrellas, con cuatro hembras que estaban en bikini junto a una piscina que tenía forma de trébol de cuatro hojas. El Joe mismo lo había diseñado y nos explicó que cada hoja correspondía a un nivel de profundidad aunque ya sus hijos nadaban en la más profunda. El Joe estaba más hazañoso que nunca, y de entrada nosotros vimos que el hombre sólo quería que le rindiéramos pleitesía. Las hembras lo atendían a él pero uno de sus escoltas nos servía whisky y no permitía que en nuestros vasos faltara el hielo. A eso de las tres de la madrugada, el Joe chasqueó los dedos y otro de sus guardaespaldas le trajo un estuche de donde sacó un par de pistolas Beretta con empuñadura de nácar y se puso a jugar con ellas al estilo de los vaqueros del oeste, quieres probar la magia del Joe, ah, y las hembras fueron las primeras en asustarse y levantarse, y entonces el Joe nos fue apuntando uno por uno, quieres probar la magia del Joe Domínguez, ah, quieres probar la magia del Joe Domínguez, y otra vez apuntaba y a veces disparaba al aire, y nosotros bien cagados del susto le decíamos fresco Viejo Joe, take it easy, somos amigos, y él se reía de nosotros y nos servía un trago como un buen anfitrión y decía en un tono compasivo, mis amigos del Hotel, ay mis amigos del Hotel, y se reía y volvía a apuntarnos, quieres probar la magia del Joe Domínguez, ah, y disparaba y los escoltas se reían y él también se reía hasta que Francisco Valverde, bien emputado, le dijo que lo matara, mátame, mátame, si quieres, pero el Joe se le quedó mirando y le dio una de las pistolas y le dijo que caminaran a la playa para practicar puntería, y Francisco Valverde agarró el arma y lo siguió, y más atrás se fueron los escoltas y nosotros cerrábamos el grupo, fascinados por la proximidad de una desgracia. Francisco alcanzó a tumbar un par de latas de Cerveza Águila pero el Joe le dijo

que una cosa era tirarle a un par de latas y otra muy distinta dispararle a otro sujeto que nos amenaza con un pistola, y luego apuntó a Francisco Valverde y éste también levantó la pistola y también le apuntó, de tal manera que el par de hijueputas se estaban apuntando entre sí, mientras nosotros pensábamos que uno de ellos iba a dormir en la Funeraria Lorduy y yo creí que iba a ser el Joe porque Francisco estaba embalado y el Joe no tenía nada en la cabeza, sólo Chivas, y se demoraron casi una eternidad apuntándose el uno al otro, y el viento de la playa silbaba y a lo lejos se oía el rumor de las olas, y los dos se miraban como en un duelo de vaqueros y al final comenzaron a reírse y luego se abrazaron y nosotros suspiramos y les dijimos que se dejaran de maricadas.

Pero la noche apenas iniciaba y en el aire se presentía un ritmo endemoniado como si en unas cuantas horas fueran a suceder cosas capaces de modificar el ritmo de nuestro universo. Parecía que el asunto de las pistolas estaba cancelado y yo temía que de pronto al Joe nos involucrara en el juego de la ruleta rusa o cosa parecida. Pero no sucedió. Se quedó un rato en silencio y entonces se sirvió un trago y preguntó si nos acordábamos del mariquita empolvado que había bailado con María Clara, en la fiesta de grado del Colegio de La Presentación. Nosotros ya nos habíamos olvidado del cadete porque habían pasado muchos años pero todavía recordábamos el incidente. El Joe nos volvió a preguntar, se acuerdan, de lo que les dije una noche en las escalinatas del Hotel, se acuerdan o no se acuerdan, claro que se acuerdan, y nosotros respondimos que sí y el Joe chasqueó otra vez los dedos y yo miré a William y me acomodé en mi asiento y me empujé pleno el trago de whisky.

Uno de los escoltas regresó con un hombre de cara fatigada, vestido con una guayabera blanca. Lo reconocimos enseguida y a pesar de que ya tenía entradas laterales en el cráneo y cierta derrota en la mirada conservaba aún las huellas de una prestancia aristocrática y varonil. Tenía las manos amarradas sobre la espalda y permanecía de pie ante nosotros sin pronunciar una sola palabra. El Mágico Joe solamente dijo: "Este es el cadete". Y enseguida le dio un manotazo a los testículos. El hombre se dobló y luego cayó a los pies del Joe cuando el escolta le propinó un golpe por la espalda. El Mágico entonces le colocó el zapato sobre el cuello. Y allí se lo tuvo unos minutos mientras se reía y saboreaba su whisky. Nosotros también comenzamos a reírnos, hay que reconocerlo, somos unos hijueputas. El William fue el primero en levantarse de su silla para darle una patada en las costillas. Yo lo secundé y le metí un puntazo en el estómago. Francisco Valverde apenas nos miraba y sólo alcanzaba a decir ya está bien, muchachos, se acabó la diversión, pero nadie le hacía caso. El Mágico, William y yo levantamos al cadete por los aires y lo arrojamos de cabeza a la piscina más profunda. El hombre emergió con la nariz ensangrentada y otra vez, fuera de la piscina, el Mágico Joe lo levantó a coñazos, mientras le repetía que a él nunca se le podía faltar el respeto. Allí quedó tendido el cadete. Luego el Mágico Joe volvió a sentarse y nos preguntó si queríamos más whisky. Nosotros le dijimos que sí.

A los pocos días se comenzó a hablar de la desaparición del cadete que ya para entonces era, según decían los diarios, capitán de fragata. Yo pensaba que cualquier día iban a tocar a mi puerta a preguntarme si alguna vez había visto al capitán Miguel Pestana. Por esos días dejé de frecuentar el Hotel.

El cadáver nunca apareció y aunque la ciudad toda sabía que el autor del crimen había sido el Mágico Joe Domínguez, nadie se atrevía a inculparlo. De todas formas, como dijo Francisco Valverde, fue una cagada innecesaria porque el Joe no tenía necesidad de quebrar a nadie, y aunque él siempre negó su participación en los hechos había un dejo de arrogante victoria en su voz, un aguaje que ya no era de clase parda ni de bacán de playa sino de hombre altanero, capaz de sobrepasar cualquier límite.

Desde esos días ni él ni nosotros fuimos los mismos. Lo fuimos perdiendo de vista y aunque lo seguíamos considerando un bacán a veces pensábamos que se había vuelto demasiado atarbán. Ahora no aparecía por el Hotel y sólo nos llegaban vagas referencias de su conducta. Decían que se había separado de María Clara y que estaba a punto de casarse con una reina de belleza. Nosotros no creímos tales chismes porque con todo lo atrabiliario que podía ser, el Mágico Joe siempre nos había dicho que la única debilidad de su vida era la familia.

Pero era cierto. Las hermanas de Francisco Valverde lo contaron una noche en las escalinatas del Hotel. María Clara le había preguntado si él era el asesino del cadete, y el Mágico Joe —al estilo de Al Pacino en la segunda parte de *El Padrino*— le dijo que no pero María Clara le aseguró que había sido él y le dio una cantaleta al mejor estilo cartagenero y le gritó en plena cara que a pesar de tener toda la plata del mundo seguía siendo un negro. El Mágico Joe le dijo que se había aguantado una humillación pero no dos y que lo mejor era separarse, y María Clara dijo que sí, que ella no quería seguir viviendo con un negro asesino, y el Joe hizo un disparo y María Clara le dijo que la matara, pero unos minutos más tarde, alertados por los vecinos, llegaron los papás de María Clara y le rogaron a su hija que le pidiera perdón a su marido y María Clara le pidió perdón pero el Mágico Joe dijo que él no era Jesucristo y que no podía pasarse la vida perdonando, y entonces el papá de María Clara le mentó la madre y le volvió a decir que era un negro hijueputa, y la temperatura de esa discusión iba subiendo, hasta que el Mágico se fue de la casa no sin antes gritar que se iba a conseguir una negra más buena que todas las perras finas de Cartagena.

Y a los pocos meses lo hizo.

La nueva esposa del Mágico era, como dicen los locutores, una escultura de ébano, con ojos negros, nalgas macizas y movimientos de gacela. Había sido candidata del Chocó al Reinado de Belleza pero sólo había alcanzado el título de segunda princesa, algo que a todas las señoras del barrio y a muchos periodistas les pareció injusto. Nosotros la vimos, en el Hotel Bellavista, donde se ofreció la recepción. Esa vez no estuvimos cerca de la mesa del Joe

porque a su lado se habían sentado concejales, mafiosos y senadores. El Joe dijo esa noche, antes de viajar a Panamá donde iba a casarse, que su mujer era más hermosa que todas las reinas de belleza que coronaban en el teatro Cartagena pero que nadie iba a permitir que una negra representara a Colombia en Miss Universo. Y todos los políticos celebraron su ocurrencia.

A su regreso de Panamá, seis meses después de su luna de miel, el Mágico Joe se encontró con la noticia de que un cargamento marcado se le había caído en Los Ángeles y la DEA lo había identificado como exportador. La misma foto de su matrimonio apareció en la página de Sucesos, pero sin María Clara, y ya no se leía que era comerciante sino “el presunto narcotraficante José Domingo Lambis”. Pero al Mágico Joe esa falta de objetividad periodística no le importó.

Para nosotros, el asunto no era la posible captura de Joe sino la dificultad de aceptar que venderle perico a los gringos fuera un delito de cadena perpetua y menos que se persiguiera a un bacán tan efectivo como el Mágico Joe Domínguez cuyo único pecado era ser millonario y compartir su riqueza con los pobres. Sin embargo, cuando en Bogotá mataron a un ministro que defendía la extradición, al mágico Joe le tocó esfumarse y mucha gente dijo que le había tocado rematar dos apartamentos que tenía en Santa Marta porque se estaba quedando corto de billete para sobornar a la policía.

Era el final aunque no lo presentíamos. Creíamos que el Joe poseía poderes sobrenaturales y mágicos escondites. Una noche, con dos órdenes de captura en su contra y para que todo el mundo comprobara la grandeza de su magia, se dio el lujo de aparecer por el Hotel con dos de sus escoltas. Estaba vestido de negro como un superhéroe nocturno y llevaba un sombrero adornado con una cinta roja. “Muchachos, ahora soy el hombre invisible”, nos dijo con su tono hazañoso y confesó que se estaba ganando un billete largo para distraer a la policía.

“Sólo ustedes me pueden ver pero ni la DEA ni James Bond ni el F2 me conoce y cuando me buscan yo desaparezco en la noche porque sigo siendo el mejor mago del mundo. Y todavía tengo guardado lo mejor de mi repertorio”.

Nosotros reímos con él y le dijimos que en verdad era el mejor mago del mundo pero sabíamos que había venido a despedirse. Le advertimos que tuviera cuidado y él aseguró que estaba rezando y que las balas no le entraban. En la madrugada desapareció en un taxi, no sin antes hacer un cuatro con sus dos piernas, levantar las manos con las palmas hacia el cielo, y decir: “Esta es la magia del Joe Domínguez”.

Fue la última vez que lo vimos. Durante casi dos años, su magia fue indescifrable para la policía que casi lo había dejado de perseguir. Pero su muerte apareció reseñada en las primeras páginas de los periódicos y a pesar de que era previsible resultó confusa. Había sido baleado por una banda rival en una cafetería de Medellín. Mucha gente del barrio no quiso

aceptar que el Joe estuviera muerto. Sus padres y sus dos mujeres no dejaron de ver el cadáver. Lo enterraron en secreto en un panteón familiar que él mismo se mandó construir. Hay quienes dicen que en el ataúd del Mágico Joe Domínguez sólo había un montón de piedras, que toda su muerte fue un montaje para burlar a las autoridades y a la misma DEA. Hay otros que dicen que el Mágico Joe se hizo una cirugía y anda tranquilo en Panamá con un nombre cambiado.

Sabemos que con el Mágico Joe cualquier cosa puede suceder. El William y yo estamos convencidos de que un día llegará de incógnito al Hotel. Al principio no lo reconoceremos. Y hablaremos con él todas la noche. Luego, al despedirse, doblará su pierna derecha y levantará las manos, las palmas hacia el cielo, y en ese tono bien agujero que ahora resulta inolvidable nos dirá:

– Muchachos, esta es la magia del Joe Domínguez.

JOAQUÍN MATTOS OMAR*

El profesor Quiroga

*Una borrosa voz sin destino,
que se oye y que no se supiera ya
de quién fuese.*

V. Aleixandre

Esa mañana maldije como nunca que a primera hora tuviéramos clase de matemáticas. He sido siempre muy apático y perezoso para las matemáticas y por eso esta materia ha significado siempre para mí un verdadero dolor de cabeza. Nunca, bajo ninguna circunstancia, asistir a clase de matemáticas ha sido en mi caso una experiencia deseable, así que mucho menos lo era esa mañana —y sobre todo a esa primera hora!— en que mi cabeza, mis nervios, mi ánimo, todo en mí se hallaba en un deprimente estado, a causa de que había pasado la noche anterior, contra mi agotador esfuerzo, en completa (y angustiada) vela.

* Santa Marta, 1960. Poeta, publicista y narrador. Como tantos jóvenes de la Costa Atlántica y del país se dio a conocer tempranamente en el Suplemento del Caribe de Diario del Caribe (1977). Con *La muerte no es ninguna mujer* fue premiado en el Concurso de Poesía Costeña organizado por El Túnel y la Universidad de Córdoba (1981). Entre 1982 y 1983 coordinó con Miguel Iriarte y Álvaro Suescún el programa radial de poesía *Canción de la vida profunda* y en el mismo decenio el plegable marginal *El Comején*. Se ha consagrado en mayor medida al género poético, al que pertenecen sus libros *Noticia de un hombre*, Cuadernos Ulrika, Bogotá (1988) y *De esta vida nuestra* (1998). Sus versos han circulado también en *Poetas en abril* (1985), *Poesía colombiana contemporánea* (1992) y *Antología de la poesía colombiana* (1997). En el libro de prosas de *Páginas de un desconocido* (1989), del que se tomó el relato que aquí se publica, se observa un dominio de lo lírico y una notable inclinación por lo fantástico.

Además, el profesor Quiroga, quien nos dictaba esta materia, me resultaba particularmente intolerable. Era de una puntualidad rigurosa (no sólo para darle comienzo a la clase sino también para ponerle término), no concedía nunca una sola pausa y solía explayarse en sus complicados temas a un ritmo y con un furor tan excesivos que siempre me quedaba, al final, perdido en una especie de irritado vacío.

Escuchamos sonar un rato el timbre (en mi cabeza ese timbre repercutió como un martillazo) y, en el acto, tal como lo esperábamos (tal como yo lo temía), vimos entrar al profesor Quiroga. Él constituía en sí mismo la única lección suya que había logrado aprenderme a cabalidad: La breve estatura, la negra barba cerrada y en punta, la voz fina y atropellada, el vestido siempre de tonos oscuros (incluida la corbata, que invariablemente era gris) y, de manera habitual, la pequeña cabeza parcialmente nevada de polvo de tiza.

– Buenos días, jóvenes –dijo, y se ocupó de inmediato en la preparación del tablero.

Un momento después empezó a desencadenarse todo. Fue una especie de pesadilla creciendo en plena vigilia. Tuve por un rato la horrible impresión de que allí, en el salón de clases, había proseguido o se había reanudado mi reciente noche de insomnio, y sentí que continuaba aún bajo su feroz agobio. El profesor Quiroga había levantado la mano sobre el tablero y se prodigaba ya en la “División de Cantidades Complejas”, manejando con frenesí la barrita de tiza, de la que habían empezado a brotarle números a borbotones, exactamente como de un canuto se hacen brotar pompas de jabón, e incluso por momentos daba la sensación de que cada número era tan fugaz como una pompa de jabón, pues no bien trazado, ya lo borraba el profesor Quiroga para reemplazarlo rápidamente por otro (los números, desde luego, no tenían la dulzura ni la levedad de las pompas de jabón, pues, como es obvio entender, me resultaban por el contrario muy densos y pesados). Yo veía que el profesor Quiroga era como un inagotable venero de números, y veía que éstos saltaban sobre el tablero, lo invadían, lo colmaban e improvisaban en su superficie toda suerte de cabriolas y desplazamientos: se unían, se separaban, se volvían a unir, se apiñaban los unos sobre los otros y llegaban a formar pirámides intrincadas que pronto se derrumbaban hasta acabar haciendo del tablero, todo, un vasto espacio infernal cuyo desatado caos no pudo menos de producirme vértigo. Me sentía incapaz de soportar un segundo más esa situación. Ansioso, bañado en un sudor frío, casi temblando en mi banco y con la cabeza ofuscada y oprimida, me vi solo en el salón de clases, algo anormal me estaba ocurriendo, no veía a uno solo de mis compañeros, por Dios; había sido abandonado y era la única y solitaria víctima de esa sesión de horror que el profesor Quiroga mantenía e intensificaba, sin pausa, delante de mí, moviéndose con presteza de un extremo a otro del tablero.

Parecía un poseso. Su brazo no dejaba de alzarse una y otra vez para hacer discurrir sobre la negra y tersa plancha de madera su inseparable adminículo blanco. Sólo se volvía a intervalos, y siempre apenas por un instante, y entonces, de frente a mí, me miraba de un

modo abstracto, mientras su boca despachaba un tortuoso palabrerío que yo no comprendía, y enseguida me daba otra vez la espalda para reanudar su orgía escrita.

Empecé a notar, entre tanto, hasta que se me hizo plenamente evidente, que el profesor Quiroga no era más que un pobre hombrecito expuesto todo el tiempo a una intensa lluvia de polvo de tiza, que caía de modo muy sutil sobre él y a la que no le era posible escapar, pues era él mismo quien la estaba generando, de modo que yo comprendía que él habría de permanecer allí, humillado sin pausa por esa inalterable polvareda, hasta que el reposo de su propia mano —¡pero esto no parecía probable!— viniera a ponerlo a salvo. Pronto vi que el caprichoso mapa blanco que ya manchaba parte de su cabello (y que habitualmente se le formaba en el curso de la clase) había empezado a prosperarle con rápida facilidad. Al cabo de un rato, con mi tremenda impresión, la cabeza del profesor Quiroga acabó siendo cubierta en su totalidad por una espesa capa de polvo de tiza.

Tomó entonces un aspecto entre venerable y astroso. Luego, sin embargo, cuando la capa de polvo, de manera prematura, pareció haberse apelmazado, su aspecto era ya más bien extravagante, pues parecía tener la cabeza tocada con un casquete de plata. A todas estas, además, sus cejas y su barba se habían puesto ya también blancas, como grotescamente enharinadas, y su ropa se había moteado por entero de una especie de caspa monstruosa que aumentaba y se extendía cada vez más. Ya en un estado de absorta y tensa tranquilidad, yo observaba que su brazo seguía removiéndose en lo alto del tablero, y era como un surtidor sin control desatando en el aire ese denso flujo de polvo blanco, cuyas infinitas partículas —todas, una por una— bajaban a posarse sobre él. Era una lluvia finísima, una atropellada garúa que el profesor Quiroga no parecía notar en absoluto, pero que yo lograba distinguir en forma nítida y detallada, a causa de que un vivo haz de luz —que penetraba por una claraboya lateral— la atravesaba.

Llegó un momento en que, en medio del furioso desarrollo de sus operaciones sobre el tablero, se detuvo de súbito, se llevó las manos en dirección a la cara y empezó a hacer girar su cuerpo, como aturdido, hasta volverse del todo. Entonces lo vi abrir con la yema de los dedos un par de agujeros en la gruesa máscara de tiza tras la que había quedado oculto su rostro. Acto seguido, vi parpadear tras esos agujeros sus dos intensos ojillos. Él, con todo, pareció no atribuirle mayor importancia a ese insólito percance, y se limitó a ensayar una rápida y borrosa disculpa, acaso como queriendo dar a entender que se trataba de un simple gaje del oficio. Y de inmediato volvió a aplicarse al tablero, sin la menor mengua en el entusiasmo con que venía haciéndolo, en lo que yo encontraba ya un comportamiento bastante desajustado.

Así, pues, el menudo invierno de polvo proseguía. En ocasiones, mirándolo con los ojos alucinados por la perplejidad, llegaba a parecerme eso un tenue banco de niebla que descendía lentamente sobre la pequeña figura del profesor Quiroga. Pronto tuve la impresión de que

había transcurrido ya mucho tiempo y pensé, con esperanza, que la clase debía estar terminándose de un momento a otro. Es más: hallaba ya, en realidad, inexplicable que no hubiera sonado todavía el timbre que señalaba el cambio de clase. Me sentía a esas alturas demasiado oprimido por la terrible atmósfera de soledad y desamparo que el salón presentaba. Vi entonces que el profesor Quiroga era ya una confusa forma blanca que parecía poco menos que un fantasma. Un fantasma que no daba a torcer su laborioso brazo, manteniéndose fiel a sus cantidades complejas, a su deber y, cabe decirlo, a su enconada vocación. Pues lo que yo observaba era que él estaba tan absorbido por su tarea, tan apasionado por ella, que se había olvidado por completo de sí mismo y por eso estaba tan desentendido de lo que le estaba ocurriendo. Ciertamente, ya era inconcebible el volumen de polvo que se había acumulado, y también ya apelmazado, sobre su frágil humanidad. Noté que sus movimientos habían empezado a perder agilidad, a tornarse cada vez más difíciles, hasta que vi luego — y admito que me conmoví — que terminaron siendo torpes y despaciosos, no obstante el manifiesto esfuerzo con que él se resistía a ello.

Pero, aun así, esos movimientos siguieron atiborrando de cifras el tablero; éste, que era una especie de gigantesco e infinito cuaderno fijado en el muro, parecía ya reservar vírgenes, sin embargo, quedaron muy pocas de sus invisibles páginas negras, ya que daba la impresión de que el profesor Quiroga las había llenado casi todas con su incontrolable derroche de signos blancos.

Absurdamente, el profesor Quiroga no paraba de escribir, y seguía alimentando, pues, la sigilosa precipitación de tiza pulverizada. En ese momento, incluso, y por primera vez en todo ese año, sentí que empezaba a admirarlo, con un sentimiento que era muy sincero, al verlo empeñado en seguir dictando la clase en tan difíciles condiciones personales. Observé, por ejemplo, que su brazo izquierdo no sólo estaba ya del todo inmovilizado, sino que había sido borrado y refundido completamente en el torso, bajo un abultado blindaje de tiza que ya empezaba a recubrir también sus piernas. Con el otro brazo, sin embargo, se obstinaba aún en seguir utilizando el tablero, aunque esto mismo ya le estaba resultando muy difícil, pues en ese otro flanco de su cuerpo el puntualísimo polvo blanco ya había logrado igualmente un progreso escandaloso. Así, pues, el alcance y la movilidad del incansable brazo con que trabajaba empezaron a reducirse poco a poco de manera forzosa, hasta tal punto que, llegado cierto momento, noté que ya sólo le era posible usar, y aun con aprieto, la franja inferior del tablero. Fue penoso mirar, más tarde, cómo su brazo derecho, pese a su apasionada resistencia, terminó sucumbiendo de una vez por todas. Entonces, no sin un inmenso esfuerzo, con una impresionante lentitud, el profesor Quiroga se volvió, y todavía — ¡yo no había visto nunca tenacidad semejante! — siguió intentando adelantar su embrollada clase, por primera vez sin la asistencia de la barrita de tiza — a la que había dejado caer, incluso, sobre el embaldosado — y apoyado ahora, por lo tanto, de manera exclusiva, en sus silbeantes palabras.

¿Pero cómo podía exponer una materia como la suya con el solo recurso de sus palabras? No me lo explico. Él, sin embargo, hablaba y se sostuvo hablando.

Rígida y lastimosa, su apariencia era ya prácticamente la de una momia. Incluso, los contornos de su figura acabaron desdibujándose por completo. Su misma voz empezó a debilitarse. Entre tanto, la precipitación de polvo de tiza —esto lo observaba yo con especial curiosidad— se había mantenido aún, y creo recordar que casi con la misma proporción que había ofrecido desde un principio.

Ocurría que en la superficie del tablero se hallaba adherida tal cantidad de tiza, que su desprendimiento en forma de polvo (lo que se producía, creo, por el influjo de la ligera brisa que soplabá por la claraboya) era suficiente para mantener sobre él esa minuciosa lluvia blanca que lo había estado sepultando casi imperceptiblemente desde el propio comienzo de la clase.

Con todo, él persistía en su hermético discurso. Pero sus palabras ya eran casi inaudibles. Finalmente su voz se disolvió, se perdió de manera definitiva. El profesor Quiroga no pudo continuar más. Su perfecto silencio, entonces, vino a sumarse a su inmovilidad, que ya también era absoluta, conformando así un conjunto de una armonía desolada. Pero todavía entonces no cesó de caer polvo sobre él.

Pasado un largo rato, yo no pude reprimir cierta tristeza al ver que lo que había quedado allí, al pie del tablero, no era más que un pequeño túmulo blanco.

FREDA MOSQUERA*

La bailarina negra

La bailarina negra subió al escenario vestida con una diminuta falda plateada y una franja dorada que le ceñía los senos. Tenía las piernas largas y delgadas, su cabello era abundante y duro, y caía sobre su espalda envolviéndola en un espeso aroma de perfumes mezclados al azar.

Cerró los ojos y tuvo conciencia de su propia soledad, una soledad absoluta y hermética que la acompañaba desde el viaje lejano extraviado en su memoria, junto a la travesía de un océano que la separó para siempre de su infancia, hasta el recuerdo de su primera danza ante los ojos expectantes de los hombres.

* Barranquilla, 1960. Graduada en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Libre de Bogotá, ciudad donde vivió desde niña. Desde 1986 vive en Fort Lauderdale, Florida, donde promueve las actividades culturales indoamericanas de la Fundación Cultural Mosquera. Ha ganado varios premios y menciones de honor en distintos concursos literarios. Su libro de relatos *Cuentos de seda y de sangre* fue publicado en 1997 y en 1992 su cuento *Las ceremonias de Amalia* fue escogido para la Antología *Palabra Viva*. En la actualidad coordina la página cultural del periódico *Imagen Latinoamericana* de Miami.

Extendió los brazos, levantó con lentitud una de sus piernas hasta dejarla erguida junto a su rostro y acarició con la planta del pie su mejilla. Escuchó la música y volvió a sentir dentro de sí el designio de su corazón y de su raza. Sus antepasadas más remotas bailaron danzas sagradas, luego sus hijas esparcidas violentamente por el mundo, bailaron al terminar las jornadas de trabajo, y ahora ella, Janaina, "la bailarina negra", danzaba en un país extraño, en un oscuro bar, para sobrevivir.

Avanzó por la pasarela, moviendo las caderas y los brazos, con un dominio absoluto de su cuerpo. Sintió que un ser mágico la habitaba y se entregó a la danza. Se arrastró por el piso transformada en serpiente, luego levantó con lentitud las caderas, enseñó los dientes y apoyada sobre los brazos, fue pantera. Después se abrió poco a poco, hasta que todos los hombres que la rodeaban pudieron ver la profundidad de su sexo.

La bailarina negra entró en éxtasis, sus movimientos se volvieron frenéticos hasta caer en el delirio y terminó enroscada en el piso, como un caracol, con las piernas y los brazos alrededor de su cuello, dando saltitos y con el sexo entreabierto como la boca de un animal fantástico.

Sintió la respiración agitada de los espectadores y luego la mano de un hombre que se posó en una de sus piernas. La bailarina negra quedó inmóvil, el hombre retiró la mano y ella continuó danzando, girando, abriendo y cerrando los muslos, hasta que la música finalizó y se escondió tras las cortinas que cayeron en el escenario.

Estaba cansada y aún le parecía que la mano del hombre seguía posada en su muslo, fría y aguda que la apretaba. Se vistió con un traje rojo y salió por una puerta lateral hacia las mesas donde los hombres aguardaban el siguiente espectáculo.

La bailarina negra caminó sonriendo, mostrando la liga que ceñía una de sus piernas y acariciándose los senos. Fue guardando el dinero que cada hombre le iba entregando, hasta que se encontró con los ojos cristalinos y azules, los cabellos dorados y la piel blanquísima del hombre que la había tocado en el escenario.

No quiso detenerse en esa mesa, siguió de largo, pero sintió la mano del hombre en su muñeca y tuvo que retroceder. Le pareció que caía en un pozo hondo y profundo, quiso alejarse, pero algo superior a sus fuerzas la hizo acariciar la mano del hombre y contagiarse con la tibieza de su cuerpo.

Se sentó en la mesa, el hombre le dio de beber de su copa y luego la besó sin preámbulos, sin pagar por el beso. La bailarina negra apretó los labios, pero los fue despegando lentamente hasta que la lengua del hombre blanco acarició su lengua y se trenzaron en la lucha milenaria del hombre que penetra y de la mujer que se abre y se cierra como una flor carnívora.

Se separaron jadeantes y la bailarina negra acarició el rostro del hombre, ensimismada. Lo tomó de la mano y lo empujó hacia la salida del bar porque quería ver a plena luz del día, el azul de sus ojos, la blancura de su piel, el brillo de sus cabellos.

Salieron y afuera, junto a los basureros, volvieron a besarse como si el hálito del amor los hubiera envuelto en su atmósfera irreal y no los dejara escapar. Hablaron un poco y la bailarina negra entró de nuevo al bar, a la oscuridad, a la música, a los cuerpos desnudos de sus compañeras. Recogió un bolso grande con sus ligas, sus prendas doradas, sus perfumes y salió.

El hombre blanco la aguardó con una sonrisa de enamorado perdido, de guerrero herido de muerte, de ángel exterminador, y la tomó de los brazos y se pegó al cuerpo de la bailarina negra, la olió y se impregnó con el aroma dulce de su piel, entonces se fueron desnudando sin que los carros que atravesaban la inmensa avenida se detuvieran, sin que los cuervos que escarbaban la basura cesaran su búsqueda eterna de comida. La bailarina negra inició una nueva danza, la del agujero que entra y sale de la viga que lo penetra, la del pozo sin agua que de repente baña con sales naturales y salpica la mano del que busca agua en él.

Cayeron en el cemento, abrazados. La bailarina negra regresó al paraíso con lentitud. Contempló al hombre blanco con ojos desapasionados, lo separó de su cuerpo, se puso de pie y sintió que él le besaba los muslos, pero se vistió de prisa, recogió el bolso que había abandonado en el pavimento y, de repente, se halló a sí misma liberada del hechizo de amor. Volvió a sentir que estaba sola sobre la tierra y regresó al bar.

Adentro percibió que nadie había notado su ausencia, empezó a sonreír, se acercó a un hombre negro, grande y fuerte que fumaba, y le acarició la cabeza redonda y bella, luego le cantó en el oído:

—Dios es una mujer negra.

GUSTAVO TATIS GUERRA*

Alejandro vino a salvar los peces

Cada uno de nosotros ha recogido un pez en la lluvia.

Cada vez que Alejandro se pone a pensar en los peces, algo pasa. Ayer cuando empezó a llover, estaba pensando en lo mismo, y de pronto cayó una lluvia de peces. Nosotros salimos a recogerlos, pero algunos no alcanzaron a llegar vivos. A lo mejor, cada vez que piensa en ellos cae una lluvia de peces en Cartagena.

* Sahagún, Córdoba, 1961. Periodista y narrador, ha ganado numerosos concursos de periodismo y de cuento, entre los que se pueden mencionar el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar 1992 (premio para el que ha sido finalista en otras oportunidades) en el área cultural. En 1996 ganó el premio nacional de periodismo de la Agencia Colprensa. Ganó el segundo puesto en el concurso nacional de cuento Carlos Castro Saavedra, 1990. En el año 2000 fue becado con la beca Héctor Rojas Herazo por su proyecto *La risa trágica, entre Luis Carlos López y Raúl Gómez Jattin*. En el 2002 obtuvo el Premio nacional de Literatura Comfamiliar del Atlántico con el cuento *Alejandro vino a salvar los peces*.

En la playa la lluvia arrastró unas semillas que parecen un corazón y Alejandro se las llevó a Mary, su mamá, para que hiciera unos collares. La mamá de Alejandro dijo que esas semillas se llaman congolo, y los pescadores las usan para guardar los fósforos; como si fueran unos pequeños cofres de madera arrastrados, por las aguas y el viento, hasta la orilla del mar. Alejandro le dijo a su mamá que no abriera el corazón de los congolos porque de pronto podía aparecer la voz de alguien dentro de la semilla. — ¡Cómo se te ocurre, Alejandro! —Entonces, Mary abrió la semilla y Alejandro escuchó una voz que salió de adentro de la semilla. Se la puso en el caracol de la oreja y escuchó la voz de un árbol que alguien había cortado cerca al mar. — Solamente Alejandro oye esas voces— dijo Mary. Y Alejandro manoteó el aire con sus manos largas y dijo que todas las cosas tienen una voz, pero hay que saberlas oír si uno se queda calladito.

Lo de la lluvia de peces es verdad, dijo Mary —¿Es que no me creen que los peces que tengo en la pecera cayeron del cielo?— preguntó Alejandro. Las nubes se ponen bajitas en el mar, dice Mary. Entonces las aguas del mar atraen las unbes cargadas de vapor, y algunas nubes atraen a los peces del mar. Entonces algunas nubes devuelven a los peces con la lluvia. —Así no es— dice Alejandro. —Los peces caen del cielo. Todos en la calle lo han visto y no soy yo solo el que los ha visto caer. Nadie quiere creer que Alejandro es capaz de pensar en los peces y hacerlos caer cuando llueve. —Es mejor que no lo digas porque no te van a creer; nosotros, que sí lo creemos, le decimos a Alejandro: —Oye Alejandro ponte a pensar en los peces a ver si caen. Ahora no, dice él, ahora no está lloviendo; deja que llegue el invierno y te regalo unos peces.

Alejandro parece conocer todo lo que hay dentro del mar. Dice que hace más de cinco billones de años no había mar, la tierra era muy caliente y el agua estaba en el aire. La lluvia caía a la tierra, se volvía vapor al tropezar con las rocas y se convertía en nubes. La tierra se fue enfriando y la lluvia hizo los océanos. Entonces los océanos eran de agua dulce, no había sal en las nubes, y los volcanes comenzaron a salar el mar con las erupciones submarinas. Fue allí, en el mar, donde empezó la vida.

Alejandro nos contó anoche que, a tres mil metros de las profundidades marinas, hay un pez que se llama Pez Linterna porque vive en las oscuridades, y en sus escamas y en sus ojos hay un brillo que parece una lámpara que alguien ha encendido en el mar. Ese pez alumbra durante las noches, y sólo cuando es muy pequeño y es una larva, puede soportar la luz. Si el pez linterna abre la boca, su lengua alumbra también la oscuridad del mar. Algunos animalitos caen en la red de la luz que sale de la boca de los peces. El brillo que sale de sus ojos y sus escamas es la manera que tienen éstos peces para llamarse entre ellos mismos, y para enamorarse. Alejandro se pone rojo cuando dice “enamorarse”. El pez linterna brilla más cuando está enamorado. A ese pez lo ven desde la borda los marineros, en las noches de viaje.

También hay un pez-luna, dice Alejandro, que duerme de día, nada muy lento, y parece cortado por la mitad. No se sabe qué pasa con el pez-luna cuando hay eclipse de luna. A lo mejor se vuelve más lento de lo que es. El pez-luna flota bajo el sol, no se da cuenta de lo que le ocurre alrededor, y muchas veces cuando intenta darse cuenta, los tiburones vienen a comérselo. Sus dos aletas sólo le sirven para mantener vertical su cuerpo de más de dos metros.

Nosotros le preguntamos a Alejandro qué clase de pez es ése que cae del cielo, y él dice que sencillamente es un Pez del Cielo. Es el más delicado de todos los peces porque ha conocido las nubes, ha visto el mar desde afuera, y es probable que le haya visto los ojos a Dios. Entonces debe ser un pez muy especial, dice Ramiro. Los dos peces que Alejandro le regaló a Ramiro no sobrevivieron en la pecera. Lo que pasa, dice Alejandro, es que son muy delicados, y hay que consentirlos.

El ocho de septiembre, día del cumpleaños de Alejandro, su papá le trajo de regalo tres bailarinas amarillas, y a los poco días amanecieron flotando. El papá de Alejandro le dijo que ya los peces se habían muerto, que había que hacerles un entierro en el mar, meterlos en un barco de papel y darles la sepultura en el agua, y Alejandro se puso a llorar. —No han muerto, papá— El papá de Alejandro le señaló los tres peces flotantes. Entonces Alejandro los fue sacando uno a uno y les fue soplando las aletas. —No te puedes morir— le decía Alejandro a sus pececitos. El papá de Alejandro empezó a hacer el barco para llevarlos al mar y entonces ocurrió lo que nadie puede creer: los pececitos empezaron a temblar en las yema de los dedos de Alejandro. Empezaron a mover sus aletas y dieron muchas vueltas en el fondo de la pecera hasta que volvieron a elevarse con fuerza dentro del agua, como si hubieran resucitado. El mismo Alejandro no podía creerlo. El papá de Alejandro quedó azul. La mamá de Alejandro quedó azul. Ramiro quedó azul. Paolita quedó azul. Todos quedamos azules. Es que Alejandro tiene algo en las manos que revive a los peces. Ahora Ramiro busca a Alejandro para que salve a sus peces. —No puedo ser yo—, dice Alejandro. —Te voy a enseñar a salvarlos. Es fácil. Cierra los ojos y deja que tus dedos pasen por las branquias y el corazón del pez.

Alejandro nunca había visto las estrellas de mar, cuenta Mary, su mamá. La primera vez que las vio en la orilla de Tierrabomba, pegó un grito. Está un señor asoleando estrellas de mar recién cazadas y Alejandro gritó. —¡Se cayeron! ¡Se cayeron!— El vendedor de estrellas miró al cielo y se asustó. Sus estrellas de mar estaban vivas. Alejandro pensó que alguien las había lanzado del cielo. —Yo era una hormiguita cuando eso— dijo. Pero las estrellas de mar que estaban asoleándose, habían sido sacadas del mar y ahora se estaban muriendo— Daba lo mismo si eran del cielo o del mar. Alguien les estaba quitando la vida. Y lo que nunca han sabido los mismos cazadores de estrellas, es que cada uno de los cinco brazos de la estrellas de mar, si alguien intenta arrancarlo, se vuelve a convertir en estrellas. Es el centro de la estrella el que regenera los cinco brazos. Pero no todas las estrellas tienen cinco brazos. Hay unas

estrellas que están en los más oscuro y profundo del océano como aquellas cuyos brazos delgados se multiplican de cinco en cinco, rodeando siempre el disco central.

Alejandro salió muy temprano con su mamá y su papá a ver a los delfines que saltaban cerca de Marbella. Eran delfines pequeños que Rafael Vieira soltó al mar. Uno de los pescadores atrapó en su atarraya uno de los delfines y estuvo a punto de despedazarlo, pero el delfín empezó a cantar. Así lo cuenta Alejandro. Era tan alto el sonido que el pescador quedó paralizado. Las ondas ultrasónicas de los delfines atraviesan las aguas frías del mar, pero lo que la gente cree escuchar son apenas los ecos. Los delfines nunca han atacado a nadie, es uno de los animales más inteligentes que se pueden conocer, y nadan a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora. Tan inteligentes, que son capaces de acariciar el lugar que más les duele a un niño que ha enfermado. Su piel es tan delicada que hace temblar de felicidad la piel de ciertos niños pues les duele la piel cuando se la acarician. —Los brutos somos nosotros— dijo a Alejandro—, peleamos por todo y se nos olvida ser buenos y mejores entre nosotros mismos, como los delfines—. Pero ahora buscan a los delfines para que curen la tristeza de algunos niños, y a los papás se les olvida que los delfines no son los papás de esos niños, y dejan que el médico o el delfín haga alegres a los niños. El remedio no está en el delfín sino en la mano donde se asoma el corazón, en las cinco yemas. Cada dedo es como el brazo de la estrella de mar. Si no tiene el centro vivo no puede regenerarse. Los brazos se mueren si el centro se muere. Así pasa con las estrellas de mar y con la gente. Alejandro es un niño increíble, dice Paola. Tiene dos tortugas en su casa, y una pecera con los peces del cielo que ha recogido cuando llueve, o mejor, cuando piensa en los peces mientras llueve.

Alejandro no se siente casi en la casa y en la calle, porque habla poco. Y cuando habla lo hace para decir algo bonito, como la historia de los peces-linterna o de los peces-luna. Le gusta jugar fútbol en la calle con sus amigos, contar lo que hay en el fondo del mar, darle de comer a los pájaros, y oír por la noches la voz que tienen los congolos, cuando su mamá los abre para hacer un cofre de madera.

A él, desde muy niño, le atraen los animales. Cuando estaba más pequeño, cuenta Mary, soñaba con los caballos, y relinchaba mientras dormía. Siempre estaba pintando caballos y hablando de caballos, tanto que la maestra se asustó cuando le preguntó qué quería ser cuando grande y Alejandro dijo que quería ser caballo. Soñaba tanto con los caballos que la mamá se sobresaltaba por las noches cuando oía los relinchos. Uno de los vecinos le preguntó a Mary si tenía algún caballo amarrado en el patio, y ella le dijo que era Alejandro, que soñaba con los caballos. Eran relinchos que despertaban a los vecinos. Entonces el papá de Alejandro los llevó donde el médico y el médico le mandó un jarabe para que no soñara con caballos, pero el papá de Alejandro no se lo dio a beber, y Alejandro siguió soñando con caballos hasta que una mañana despertó asustado porque en el sueño el caballo se había quebrado los dientes contra una muralla. Cuando entró al colegio se le quitó la idea de los caballos y empezó a estudiar los peces. Duraba mucho rato viendo el movimiento de los

peces, hasta que él mismo empezó a soñar que sus brazos se convertían en aletas y el aire se volvía pura agua.

Ahora que está empezando a llover, y la brisa arrastra unas gotas pequeñas y redondas, como lágrimas calientes. —¿Por qué va a llover si no es tiempo?— se pregunta la mamá de Alejandro y hace una señal de ceniza en el patio, para alejar la lluvia. Alejandro no cree en eso. Varias veces ha borrado las cruces que hace su mamá antes de que llueva. —No hagas eso, mamá, porque se ensucian los peces que caen del cielo—. A Alejandro no le gusta pensar en los peces del cielo, cuando la mamá se inclina a hacer esas rayas en el suelo. Si algún pez cae del cielo y él no ha borrado las rayas de ceniza, es probable que el pez caiga casi muerto en la tierra. Los peces que ha cogido Alejandro se han salvado porque nadie ha intentado alejar la lluvia. Pero cuando todos tienen miedo de que llueva, es mejor no pensar en los peces.

— Alejandro, está lloviendo—, dice Ramiro.

— Sí. Yo sé que está lloviendo.

— Las nubes se están poniendo oscuras, Alejandro.

— ¿Qué quieres que haga?

— ¿No vas a pensar en los peces?

— No.

— ¿Y si nosotros pensamos en los peces?

— Piensen en los peces pero no cuenten conmigo.

— ¿Por qué, Alejandro?

— Porque mamá ha puesto cruces de ceniza en la casa para alejar la lluvia.

La lluvia viene por la esquina, como si fuera un desfile de alfileres que se tropieza en la mitad de la calle.

En la otra calle, cae una pequeña lluvia y las dos nubes amarillas y grises, se chocan entre ellas mismas.

Todos salimos a la calle a buscar a Alejandro. —No es bueno que se moje porque le puede dar fiebre—, dice Mary. Es una lluvia rara porque hay sol y es diciembre. Todos nos quedamos esperando que llegaran las brisas de diciembre, pero no vinieron.

Paolita se puso a llamar el viento desde su balcón, pero el viento estaba dormido en las hojas de los almendros. Como en agosto tampoco hubo brisa, sino un aire caliente que no dejaba elevar los barriletes. En agosto Alejandro sacó su enorme cometa y no pudo elevarla. Se alzó con una primera brisa y luego se vino abajo.

Ahora el viento trae hojas secas y arrastra la arena del mar. Todos nos vamos para la mitad de la calle y pensamos —Peces del cielo, peces del cielo, peces del cielo—, y cuando la

mamá de Paola pregunta por Paola todos decimos. –Peces del cielo, peces del cielo–, y si llaman a Ramiro, todos decimos –Peces del cielo–. Y si vienen a sacarnos del centro de la lluvia gritamos –Peces del cielo–.

– Bueno y estos muchachos ¿se han vuelto locos?– se pregunta la mamá de Paola –Sabe usted, señora Mary, qué les está pasando a éstos muchachos?–

– No–, dice ella con la cabeza, y se asoma a ver a los muchachos que parecen unas estatuas bajo la lluvia. De los labios de los muchachos sólo sale una música suave y repetida, como si estuvieran haciendo burbujas con las gotas. Han cerrado sus ojos y han abierto sus manos a la lluvia.

De lo más oculto de las nubes oscuras empiezan a caer lentamente como lágrimas, unos peces de colores.

CLINTON RAMÍREZ*

Monín de Boll

Estaba esa frase suya: Voy a botar el mar

La casa donde vivió Monín de Boll se levanta en una punta de la playa.

En la franja del acantilado, el mar es transparente y, durante las noches de luces, choca con fuerza en el muro verdecido como queriendo derribar, no la casa, la ciudad, sino la propia frontera de un universo del que es parte el límite a la vez, forma y fondo, extensión y contenido en una permanente conmoción contra la vida misma. La casa en cambio, la que mira hacia el mar, el cielo sobre ella como una cartografía más grata, quiere ser otra cosa: un mundo anclado en el mundo, la invitación a no tener miedo nunca a la muerte, actitud que lleva a pensar que tal vez haya sido diseñada en una estructura anterior a la del hombre que, de pie en el puente de una goleta, catalejo en mano, la ciudad apenas presentida, la imaginó surgir de entre la bruma del amanecer, al fondo de una montaña imaginaria. Monín le hizo quitar al comprarla el nombre de Minerva. No conforme con este pequeño pero significativo arreglo, le agregó en la parte de enfrente de la terraza el mirador, consiguiendo con ello meter la casa un tanto más en el mar, en plena ebullición del acantilado.

La casa tenía bien ganada reputación heroica. No solo su arquitectura había acumulado elogios año tras año. La historia y la leyenda se habían confabulado también para ubicar en

* Ciénaga, Magdalena. 1962. Economista de la Universidad del Atlántico. Primera Mención en el Concurso Lotería de Bolívar de 1985. En ese mismo año y al siguiente, obtuvo en dos ocasiones consecutivas el segundo lugar de la revista Aracataca. En 1986 obtuvo el primer premio de cuento del Taller Literario José Martí de Santa Marta. En 1987 ganó el primer premio del Concurso Comfamiliar de Barranquilla. En el Concurso Jorge Zalamea, de Medellín, obtuvo el tercer premio y en el Concurso de Cuento de la Casa de Cultura de Montería obtuvo el primer puesto con la obra *Las manchas del jaguar*.

ella, un poco en su contra tal vez, el cuartel intelectual de la última revuelta liberal que promoviera Benjamín Amador, el abuelo de Félix, revolución de patio que, en la plaza de tierra de Ciénaga, una tarde calurosa, recogiera próxima a capitular en Neerlandia, su último revés. La había hecho construir, a finales del diecinueve, el comerciante portugués Argemiro de Lisboa y, según podía leerse en un añejo libro de la notaría única de la ciudad, la había ofrecido a su mujer, una Lucina Spinoza joven y feliz, como regalo de boda.

El mar de leva había logrado saltar varias veces la frontera de la ciudad. El viejo hospital público había sido una de sus víctimas más prolongadas. En vez de haberlo echado al suelo de un manotazo, había decidido minar su base con tanto cálculo y tal decoro que resultó imposible, muy a pesar de algunas reparaciones extraordinarias, continuar con él. Una noche de mediados de siglo, en mitad de una noche de huracanes, se escuchó un toque de estrépito que inmovilizó a muchos en casa e hizo pensar a no pocos en la definitiva avalancha del mar. Nadie salió a verificar el fenómeno, sobrecogida como estuvo la ciudad, pero al irrumpir la mañana, cuando en la torre de la iglesia el bronce llamó a misa de cinco, la gente confirmó la desaparición del edificio. Una estela de ruina, indiferente al primer sol matutino, flotaba aún frente a la playa como una nave que hubiera perdido el rumbo en la tormenta.

Monín, de pie en el mirador, cubierta con una mantilla azul eléctrico, escuchando la fuerza de la noche, había asistido fascinada al espectáculo, inmersa en un silencio de ídolo inhumano dichoso de contemplar en la acción de la naturaleza, la exteriorización de un espíritu estrenado en al misión de no transigir nunca.

Félix encontraría natural siempre que Monín hubiera asumido esta actitud de indiferencia, fascinación y regocijo. No podía esperarse ninguna acción diferente de un ser que había aprendido a no temer al mar, sino a leer más bien en su obra diaria —el golpe de la marea contra la sombra del alpende en el muro verdecido— la fuerza de un mundo rebelde que, luchando con su propia esencia, anhelaba un desborde mayor hacia un plano menos terreno. No advirtió a nadie del hundimiento del edificio en el mar, sino que, enterada del evento, apoyada en la intuición y en ciertos cálculos que hiciera ella misma, se había preparado más bien para gozar en solitario la abdicación de la piedra a manos del avance de las aguas.

Las autoridades locales fracasaron en el propósito de hacerla abandonar la casa. A través de Sara Fergusson hizo saber que permanecería en ella así el mar, una noche, la arrastrara hacia el fondo —donde existía una ciudad submarina— tal y como hiciera con el antiguo edificio del hospital: aquella incommovible estructura que bien hubiera podido atribuirse a una pincelada de De Chirico o a la imaginación de su querido Magritte.

Tal vez haya anhelado para ella, pensó Félix alguna noche, detenido al pie del mirador, revisando algún oficio, el previsto final de la vieja edificación pública: en cuyo hundimiento alcanzó a percibir, sin duda, la manera más apropiada de reintegrarse a una quimérica substancia única sin afuera ni comienzo, puro efecto y causa de sí misma. No pensó nunca

en mudarse, ni tomó ninguna precaución, como le sugiriera en varias oportunidades Antoni de Torres, pero tampoco pudo ver satisfecha su aspiración universal de morir en el fondo del mar y menos —escúcheme bien— su sueño de ser enterrada en el cementerio de una ciudad submarina. Muerta en el baño de la casa la primera noche de un prolongado fin de semana, había sido enterrada, sin mayores honores, en una tumba ajena, sin ángeles, sin lápida, en la parte más ruinosa del cementerio local. ¿No constituiría ello —toda su historia en realidad— una auténtica ironía? Félix, en su pretensión de mantener a salvo la vida de su personaje, prólogo tras prólogo, prefería encerrarse en un metódico silencio de ídolo etrusco.

Adquirió la casa en una suma superior a la prevista, sin regatear un centavo, como pretendió Sara Fergusson, a la aguda Lucina Spinoza, la viuda del hombre que, un par de años antes de la negociación, sin mediar explicación, se pegara un tiro en el jardín interior de la casa, en el triángulo de tierra donde él mismo sembrara aquellos tulipanes que, sin faltar al rigor, ardían al contacto con la brisa vespertina. Al mudarse, luego de examinar un poco aquí y allá, había reservado para ella la habitación del ala derecha de la edificación, desde cuya ventana, abierta al cielo, el mar solía ser, no una fuerza en revolución, sino una gama de colores en procura de la quietud. Hizo recubrir en yeso todas las paredes y en un ángulo de la habitación logró que un maestro de obra le anexara un baño con tinta pompeyana. Las otras dos habitaciones superiores, amuebladas con acierto y buen gusto, las destinó y acondicionó para alquilarlas a turistas extranjeros que la propia Sara Fergusson, siempre atenta a la economía y el bienestar de Monín, les recomendaba algo más que generosamente. En la parte inferior, la casa ofrecía, siguiendo el trazado de un plano transversal como el que Félix hiciera en su oficina de Nueva York, una sala comedor amplia, dos habitaciones, una de ellas destinada a un servicio inexistente, una ducha para sacarse el agua de mar, y otra pequeña sala, contigua a la cocina, en donde Monín veía T.V., oía música en la pianola y festejaba veladas con motivo de sus cumpleaños en la compañía de los tres amigos que tuvo en la ciudad. Estas veladas, siempre comentadas en algunos círculos de la ciudad, acaso hayan sido los únicos momentos públicos de Monín de Boll y quizá también las únicas celebraciones ofrecidas en toda la historia de la casa, ya que, con excepción de la fiesta de boda de Argemiro y Lucina Spinoza nunca en ella se festejó lo que se dice nada. Sin embargo, las celebraciones, discretas y encantadoras, según escribiera en el exordio de *Música de Cámara Antoni de Torres*, obra que el dramaturgo catalán dedica a Monín, habían sido condenadas igualmente a hacerse infrecuentes, en la medida en que el tiempo, máquina minuciosa al fin, pusiera fuera de circulación a dos de ellos. A Augusto Hidalgo, quien al parecer, segó su vida ingiriendo una dosis invisible pero mortal en el hotel Tobixie. Más tarde, a Sara Fergusson, la ex administradora del hotel, muerta una mañana brumosa en Nueva York, víctima de un cáncer que le secó el espíritu, le arrancó el cabello reluciente y le hizo explotar la matriz. Roto el grupo entonces — a Félix no le agradaba esta parte de la historia—, quebrada una vez más la línea de la vida, sólo le quedó la amistad espaciada de

Antoni de Torres, en cuya compañía Monín celebraría sus últimos cumpleaños y, a quien ella contó, según éste confesara a Félix, parte del misterio —para ella jamás hubo tal— atribuido a su vida. Quizá a Antoni lo había llegado a querer más que a sus otros dos amigos. Sólo para él, como un acto irrefutable de amistad, había aceptado bailar, en la pequeña sala de su casa, a la luz de una bujía parpadeante, un pasaje de Isolda y el epílogo de la Muerte del Cisne (Félix no perdía detalle), pieza ésta que Monín bailó, internos el día que en el proscenio del Astral puso fin, sin aviso alguno, a su carrera artística.

La mañana de su muerte, la casona, sólida, infranqueable, no sólo había terminado de girar durante la noche trescientos sesenta grados sobre un eje fraudulento, como anotara la mente proclive al estigma y la burla de Alicia, la hermana de Félix, cuando éste, jamás satisfecho, insistió en los detalles de la víspera del hecho, sino que amaneció oliendo a materia descompuesta, un olor semejante al que en verano el mar deposita en la playa para fastidio de la ciudad.

El olor se hizo tan insoportable que el vecindario empezó a arremolinarse alrededor de la casa. El negro Giorgio, el criado, sería el primero en saltar la verja. La visión del jardín le confirmó la sospecha del vecindario. El encendido de los tulipanes había desaparecido del patio de tierra y un fuerte olor a cosa muerta mantenía la casa atada a un tiempo alérgico al misterio humano. El muchacho tomó corriendo la escalera de piedra labrada, entró a la habitación de Monín, y de un tirón, procedió a abrir las ventanas para permitir que el paso de la mañana sacara de la casa aquel horrible olor a carroña.

En el suelo del baño, embaldosado a la manera catalana, yacía Monín, muerta y asombrosamente desnuda. Tenía el cabello rubio echado a un lado y a la altura de la boca lucía una enigmática mueca de artista en éxtasis. El muchacho, conmovido ante aquella mezcla de dureza y gracia, sorprendido en su ignorancia servil, a punto de llorar, se inclinó sobre Monín y trató de cerrarle los ojos aceitunas en donde la vida continuaba resplandeciendo —cosa que el negro no precisó—, pero el olor a sangre rancia y la fría hermosura de cartel que exhibía Monín le impidieron ejecutar este acto de elemental humanitarismo. “Me estaba mirando y no permitió que la tocara”. Lleno de reverencia, la mano en la nariz ancha, salió de la habitación. Tomó el camino de la escalera, y, apenas soportando la fetidez que le quemaba los pulmones, reapareció, lívido y sudoroso, en el patio que el vecindario había invadido:

— Un médico —alcanzó a solicitar. En medio de los tulipanes, al pie de la fuente veneciana, empezó a vomitar: ¡Está muerta!

— El mar continuó reventando contra el muro verdecido, a la altura de la sombra del alpende del mirador, la brisa se hizo fuerte en el vecino bosque de almendros, haciendo del verdor de las palmeras una locura multicolor durante las noches, pero el olor a sangre, a carroña y a tulipán muerto, muy a pesar de la lluvia de los meses y de los esfuerzos diarios del negro Giorgio, se tomó tiempo en abandonar la casa en donde Monín de Boll, la ex bailarina

húngara de la Ópera de Berlín, viviera treinta y dos años y fuera, de alguna manera sólo esencial a ella, feliz.

LEDIS JIMÉNEZ MARTÍNEZ*

Perdón, Elsa, por amarte tanto

Adela y Nando acaban de llegar de la escuela. Escucho como dejan sus libros sobre el último sillón de la sala, el corrillo estrepitoso de sus zapatitos negros hasta el jardín, donde ahora veo sus perfiles mojadós por el sudor de la infancia, alegrados con el verdor de la tarde. Están izando el vuelo de las cometas que en un tiempo les enseñé a hacer con papeles rojos y amarillos, recortados en forma romboidal. “Nando, trae las varillas; colócalas de esta manera y de esta otra, mantén firme la cuerda y aprovecha la dirección del viento... Nando, ya aprendiste, ahora vuela tu cometa hijo... juega con Adela”. Va espantando las mariposas del medio día, enredándose en las rosas, tirándose en la hierba. Los altibajos del sol descubren por fin las nubes grises del jardín, y los truenos secuenciales a sus choques quitan la sonrisa del rostro de los jugadores. Se miran por un momento y después ríen cuando las gotas de lluvia mojan sus cabezas, corren jugando al juego de los niños y cantando el canto de la lluvia: “Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva...”, aumentando más y más sus risitas de niños, que yo siento como puñados de alfileres en cada espacio—por milimétrico que sea—del corazón.

Puedo sentir los pasos apresurados de la abuela, el dejar a las carreras el trapo del asado sobre la mesa del comedor, el refunfuñeo de que no se mojen, se van a enfermar, el contestar a grito desde el patio que abuela déjanos jugar otro rato, la voz anciana de que no señor entren ya... Después un silencio en la casa. El vapor de la tierra húmeda y el calorcillo de hogar metiéndose por mi nariz, atravesando cada poro de mi alma... El abuelo medio risueño y medio dormido en la terraza del patio: “Gracias Elsa por dejar mi ventana abierta”.

El sol empieza a desvanecerse sobre la terraza. Es hora de la reunión de los demás de la casa. Mi hermana Atila acostada sobre el piso y el almohadón en la cabeza, con los ojos extraviados en los retazos de cielo que permite la enredadera de parra, averiguando por las estrellas del verano, contando historias de sus amigos en la Universidad... Tía Mary sonríe, y sé que piensa: “Atila es muy joven”. Cuando Atila mira esta ventana desde donde yo la miro, cierro los ojos y sé que ella también cierra los suyos. Entonces tía Isadora le dice en voz baja,

* Valledupar, 1964. Ex integrante del Taller Literario El Candil de la Universidad de Cartagena. Compartió con el poeta costeño Luis E. Mizar las páginas del libro *Tardes tristes con testigos*, título que lleva el primer cuento del ejemplar, escrito por Jiménez. De este ejemplar fue tomado el cuento que incluimos en esta antología.

casi sin abrir sus arrugados labios de solterona, juntando la cabeza con el cuello, inclinándose hacia delante del espaldar de la mecedora, con los lentes agarrados con una mano: "Mira muchacha que ahí está Elsa". Tía Isadora vuelve al espaldar de la mecedora y mira a la tía Mary, balanceándose con Adela y Nando en las piernas. Los abuelos toman café junto al nacimiento de la enredadera de parra. Mi hermana Naty retira los pocillos de todos a la cocina y luego vuelve con la bufanda enrollada en el cuello, con las pastillas para los abuelos que sufren de colesterol y ya es la hora, con el rosario para la tía Isadora que se lo encargó, con la sábana para arropar a los niños que están en las piernas de tía Mary, con la recomendación para Elsa de que ya es hora de cerrar la ventana del enfermo porque el frío se le mete en la habitación. Entonces todos quedan en silencio, con las miradas de lado hacia Elsa, con miradas de pobre Elsa, de te acompaño en tu dolor, de resignación Elsa...

La cerrazón de la noche entra aromada por la ventana que Elsa abre todas las mañanas con sus tiernas manos, entonando un sollozo en alguna parte del alma, que sólo puedo escuchar de aquí, desde donde siempre la veo entrar despacio, de puntillas, porque cree que estoy durmiendo o porque no quiere que yo sepa que entra. Pero yo siento el sigilo de los demás en el pasillo, siseando por los rincones, previniendo algún adelanto del funeral, apartando los mosquitos que espanta Elsa al entrar. Yo la veo caminando despacio, tanteando las cosas del oscuro mundo de la habitación de este enfermo. Elsa va directo a la ventana sin mirarme, mientras yo la miro desde el doblez blanco de la sábana, desde mis ojos semiabiertos... desde mi soslayada vida. A veces muestra con descuido sus dos enormes ojos aceitados de tristeza: Cuando cambia las sábanas, cuando alimenta el florero, cuando bota los orines... o cuando perfuma el ambiente con su sola presencia en el gotear del tiempo de la tarde, de aquí para allá y de allá para acá, con los brazos cruzados en el regazo, los labios apretujados entre los dientes y el cabello tendido sobre la espalda... Elsa triste... Elsa alumbrada por las estampidas del comienzo de la noche... Elsa abrazada a los pasos de mi amarga manera de vivir... Elsa mirándome de pronto, dejando de caminar de aquí para allá y de allá para acá..., dejando sus brazos a lado y lado de su cuerpo delgado, dejando ver sus dos enormes ojos enlagunados de llanto...

Y yo escondiéndome en el doblez de la sábana blanca para no sentirme más culpable de lo que ya desbordadamente me siento.

Cuando termina de oscurecer y la ventana se torna de noche, Elsa toma una rosa del florero y la coloca entre mis manos, sin mirarme. Me quita el cabello de la frente y deja la huella de sus labios húmedos... cansados de estar en silencio. Después cierra las hojillas de la ventana. Da un último vistazo a la receta médica, comparándola con el contenido y la etiqueta de los frascos de medicamento. Luego, va hasta el marco de la puerta y su figura transparente en las sombras del resto de la casa. Baja la cabeza y en sigilo cierra la puerta, como siempre.

Las lámparas del pasillo dejan hilos de luz por las rendijas de la habitación. Poco a poco se van extinguiendo y solo quedan los hilos que vienen de la terraza del patio. Allí están mis dos hijos, tarareando la oración de antes de acostarse, al lado de la abuela que agarra la mano del abuelo, al lado de mis tías, al lado de Atila con los ojos cerrados, al lado de Naty y al lado de Elsa, que junta una mano húmeda contra su otra mano húmeda amparándose del miedo... desesperando la espera tranquila de la muerte.

JOAQUÍN ROBLES*

Crónica Blues para un suicida

En octubre del año pasado, una madrugada de un miércoles lluvioso, sonó el teléfono y una voz, al otro lado de la línea, cargada de alcohol, dijo: "Estoy cansado de esto, Jacky. Estoy cansado de esta mierda". "¿Con quién hablo?", le dije. "Soy yo, Jacky, Julián".

Cinco años atrás, Julián había ganado un premio nacional de pintura, había viajado a la capital de la república y había aparecido en casi todos los periódicos del país, incluyendo un programa cultural en la televisión. Pero la suerte le había cambiado.

"¿Dónde estás?", le pregunté. "En La Victoria", me dijo. "Estoy dispuseto a terminar con esta carga que me oprime el pecho". "No seas pendejo", le dije. "Los hombres de verdad luchan hasta el final". "Este es mi final", me dijo. "El telón está por caer". "Dame treinta minutos", le dije, y colgué el teléfono. Me vestí rápidamente en la oscuridad y bajé a la calle como pude.

Estaba lloviendo a cántaros. El agua era fría y un viento fuerte sacudía los árboles de la calzada. Llegué hasta la esquina y allí me detuve en un rincón, esperando a que pasara un taxi. Pero la espera fue larga. Tuvieron que transcurrir algo más de quince minutos antes de que los faros de un carro aparecieran a lo largo de la avenida. Salí corriendo de mi escondrijo y alargué la mano. El taxi frenó con un chirrido en el pavimento, y sin acordar precio con el chofer le dije que me llevara a La Victoria.

—¿La Victoria? —me preguntó sorprendido, como si nunca hubiera escuchado aquel nombre.

—Sí. La Victoria —le dije—. Un lugar que queda al otro lado del muelle turístico.

—Perdón, señor —me dijo entonces—, es que soy nuevo en la ciudad.

—No se preocupe por eso —le dije—. Yo le guío.

* Cartagena. 1965. Integrante del Taller "Candil" de la Universidad de Cartagena. Sus artículos periodísticos y textos literarios han aparecido en diarios El Universal y El Espectador. Obtuvo el Tercer Premio en el IV Concurso Nacional de Cuento "Jorge Zalamea", 1988. Fue finalista en el Concurso de Cuento "Carlos Castro Saavedra", en 1992.

El hombre hizo retroceder el carro. Dobló con precaución la esquina y luego hundió el acelerador hasta donde le alcanzó el pie. Las luces y los postes del alumbrado público pasaban a nuestro lado con la misma rapidez con que seguramente podía girar una ola marina. Subió el puente y tomó la avenida contigua. Luego siguió paralelo a la avenida del mar hasta cuando aparecieron frente a nuestros ojos las luces pálidas del buquebar del muelle.

Bajé del taxi y, ya afuera, le extendí al chofer un billete.

– Espere el vuelto –dijo el hombre cuando me vio correr hacia el entablado mojado.

Consérvelo para la próxima –le grité sin volverme.

La lluvia era generalizada y la brisa fría golpeaba allí con mayor fuerza. De la bahía, se desprendía un suave olor a pescado podrido. El muelle estaba solitario. La escasa luz que venía de los faroles alumbraba parcialmente la baranda del muelle. Caminé rápido, salté sobre la plataforma de madera y caí al otro lado de la cubierta. Cuando entré, observé que el buquebar estaba desierto. La barra estaba tan solitaria como la noche. Me acerqué y le pregunté al barman si había estado allí un joven moreno de cabellos revueltos que seguramente había pasado tomando toda la noche.

– Sí –dijo, mientras recogía uno vasos de la barra–. Hace poco menos de quince minutos que se fue.

– ¿No dijo dónde?

No. Simplemente se paró y se fue.

Muera, la lluvia había empezado a apretar. El viento golpeaba con fuerza sobre el cristal de la ventanilla. Miré hacia la calle y sentí una profunda tristeza al pensar que en ese preciso momento su cuerpo podría estar flotando a la deriva sobre las aguas del mar.

Me volví de nuevo hacia el barman.

– ¿Durante el tiempo que estuvo aquí lo vio hablar con alguien? –le pregunté.

– Sí –dijo el hombre sin mirarme–. Estuvo durante mucho tiempo hablando con una rubia en aquel rincón. –Y señaló hacia una mesa donde reposaba una botella de whisky vacía.

Por un instante, pensé en la posibilidad de que estuviera en cualquier habitación de cualquier hotel de mala muerte, ebrio hasta las orejas, echado sobre una cama estrecha y maloliente mientras aquella desconocida le hurgaba los bolsillos del pantalón o la camisa para robarle el poco de dinero que debía tener. Pero eso era lo de menos.

Fui hasta la mesa y me detuve: al lado de la botella reposaba un cenicero cargado de colillas, y debajo de éste, había un trozo de papel, arrancado quizá del borde de una libreta. Lo tomé y, a la escasa luz de los faroles que llegaba con dificultad hasta el rincón, pude leer: “Jenny’s Blues”. Y más abajo había escrita una dirección.

Cuando abandoné el bar, la lluvia seguía cayendo con fuerza sobre la ciudad desierta. De la bahía, negra como la madrugada, una brisa fría y cortante se desprendía en ráfagas, sacudiendo las ramas de los árboles de la calzada. Caminé rápido, tratando de protegerme del agua con los aleros de los numerosos quioscos que se alzaban a lo largo de la avenida. Llegué hasta la esquina y ahí me detuve en una pequeña terraza, esperando que pasara un taxi. Pero la espera fue tan larga que se me entumecieron las piernas y los brazos.

De vez en cuando, caminaba de un lado a otro. Me detenía. Volvía a caminar, tratando que mi cuerpo entrara un poco en calor. Miré hacia la bahía y, por un instante, me pareció ver en la oscuridad el cuerpo plateado de un pez enorme al saltar por encima de la superficie. Fue sólo un segundo, porque después el ruido lejano del motor de un taxi me hizo correr hacia la carrera.

El lugar era bonito. Estaba sobre la avenida del malecón y desde el piso superior se podía ver la bahía y los edificios que se alzaban iluminados sobre el sector de Bocagrande. Julián y yo lo habíamos descubierto una noche en que buscábamos un lugar para tomarnos unos tragos. Luego, con el transcurrir de los días, lo seguimos frecuentando hasta convertirlo en un sitio obligado en nuestros peregrinajes nocturnos. Algunas veces, íbamos allí sólo para escuchar música, unas viejas melodías de los años cincuentas y sesentas que resultaban difíciles de escuchar en otro lugar de su mismo género. Eran canciones que oscilaban entre el rock suave y el jazz. A Julián le gustaban mucho y decía que esas canciones cantadas en inglés le hacían recordar escenas de viejas películas. “Es como ver a un hombre parado en una larga y solitaria carretera esperando a que pase el carro que lo llevará a otro lugar del mundo”.

Recuerdo que otras veces solíamos frecuentar el lugar con el único propósito de tomar unas cervezas y pasar un rato agradable con las chicas. Recuerdo que desde la ventana que daba a uno de los patios interiores se podía ver el telón blanco de uno de los cines, la silletería y la copa de un árbol cuyas ramas se extendían hacia la ventana, empujadas por el viento.

Alguna vez, mientras tomábamos una cerveza y tratábamos de arreglar el mundo con frivolidades, Julián trazó unas líneas con un lápiz sobre una servilleta y se lo entregó a una muchacha que pasaba. “Guárdalo”, le dijo. “Algún día valdrá tanto que ya no tendrás que trabajar más”. La muchacha se echó a reír y me lo mostró con cierta picardía: el dibujo mostraba a una pareja de enamorados besándose en la silla solitaria de un cine. Miré por la ventana y allí estaban.

La lluvia seguía cayendo a cántaros. Cuando el carro se detuvo frente al establecimiento y vi las luces encendidas y el aviso luminoso bamboleándose por la brisa, conservaba aún la esperanza de encontrarlo echado en una silla o sentado en las piernas de alguna de las muchachas. Pero no. El lugar estaba vacío y las esperanzas tiradas por el piso.

— Me puedes servir un trago —le dije a Joel, el barman.

Joel miró el reloj y casi enseguida dijo:

– Estabas caminando bajo la lluvia ¿o me equivoco?

– No te equivocas –le mentí–. Lo que pasa es que no he podido dormir en toda la noche.

Joel sirvió un trago doble.

– ¿Insomnio?

– No sé –le dije–. Hijueputadas, tal vez.

– ¿Alguna mujer?

– No. Un hombre.

Joel se echó a reír. Después se quedó serio.

– Explicame eso –dijo.

– No hay nada qué explicar –le dije–. La vida da vueltas y nosotros con ella.

– No puedo creerlo, carajo.

– ¿Qué es lo que no puedes creer? –le dije.

– Lo que estás diciendo –repuso Joel.

– No he dicho nada. Tú has interpretado –le dije mientras tomaba el trago.

Recordaba una tarde en su apartamento, un rayo de luz atravesando los cristales sucios de la ventana y él parado frente a un lienzo. En un rincón, con la cabellera suelta y totalmente desnuda, estaba la muchacha, sentada en un banco, con las piernas cruzadas y el cuerpo parcialmente iluminado por el débil chorro de luz de la lámpara. En esa posición, la chica parecía una estatua, un ángel caído y mojado en sudor.

Entré y tomé asiento. Ella se volvió un poco y me miró con unos ojos grandes y negros. No hubo un solo asomo de extrañeza en su acto. Simplemente me miró y volvió los ojos al ángulo recto de la ventana. “En la nevera hay cervezas”, dijo Julián, y siguió apuntando su pincel hacia los pechos de la muchacha, hacia los cabellos largos y el cuerpo mojado. “Anoche estuve en La Victoria”, le dije. “Pensé encontrarte allá”. “No”, dijo él sin volverse. “Tengo una semana que no salgo de aquí. Ayer tenía la intención, pero empezó a llover”.

Fui a la cocina. Cuando volví, Julián se lavaba las manos en una ponchera y la muchacha se vestía detrás de una cortina. “Estoy pintando como si me fuera a morir”, dijo. La muchacha salió y él le dio un suave apretón en el trasero. “Vuelve mañana”. Ella se puso unos lentes oscuros para el sol. “Mañana no puedo”, dijo, arreglándose el cabello con ambas manos. Julián la tomó por la cintura y la estrechó contra sí. “Entonces vuelve pasado mañana”, le dijo. “¿A la misma hora?”, preguntó ella. “No. Un poco más temprano, dijo él.

Cuando la muchacha pasó a mi lado, pude advertir la belleza de su rostro, el negro intenso de su cabello, la suavidad de su piel sobre los hombros desnudos. Llegó a la puerta y, con giro de baile, se volvió hacia nosotros y agitó la mano en el aire.

¡Qué mujer! —dije.

—Todas son iguales —dijo Julián.

Fue a la nevera y sacó una cerveza.

Recordaba la luz pálida de la habitación, el sol entrando ahora como cuchillos por la ventana, los cuadros recostados en un rincón y Julián diciendome que si algo extraordinario no pasaba en su vida la rutina de los días lo iba a llevar a la tumba. Estaba parado frente a la ventana, con el codo derecho apoyado en la pared y la botella en la mano izquierda. Tenía los cabellos revueltos, la camisa abierta y un cigarrillo entre los labios.

— Eres el tipo más mierda que he conocido, ¿sabes? —le dije.

Chupó el cigarrillo y lanzó el humo hacia mí.

— ¿Y sólo ahora lo descubres?

— No. Siempre lo he sabido.

Volvió a chupar el cigarrillo. Expulsó el humo, alzó una mano y señaló con el índice el techo del edificio del frente; en la cúpula había un par de palomas.

— Si fuéramos un poco perfectos seríamos como las palomas. Pero por desgracia nacimos serpientes. El pobre Vincent nació paloma y tuvo que darse un tiro en el pecho para detener la velocidad de su pensamiento.

Tomó un trago de cerveza y siguió mirando por la ventana.

— A veces he pensado en eso como una posibilidad de escape, como una forma de liberación... Muchas veces he sentido la lentitud del ritmo de mi vida como si todos mis actos fueran en cámara lenta y la velocidad verdadera del mundo perteneciera a otros y yo fuera sólo un simple espectador...

Chupó lo que quedaba del cigarrillo y tiró la colilla al piso. Bajo su pie, la brasa expiró.

— Desgraciadamente nacimos serpientes. Las palomitas, por el contrario, vuelan y vuelan hasta cuando la bala de un cazador les perfora el pecho... Las serpientes se arrastran, se mimetizan, caben hasta por el hueco más pequeño, pero al final dan el bandazo para que les corten la cabeza de un machetazo...

Terminó la cerveza de la botella. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se volvió hacia mí para preguntarme si yo había acabado.

— Sírveme otro trago —le dije a Joel.

Sacó la botella de abajo de la barra y sirvió un chorro que dejó el vaso casi lleno. Luego, miró el reloj y me dijo que ya era hora de dormir.

— Entonces ¿qué esperas?

— Por Dios, Jacky, no te me vas a volver pesado —dijo Joel mirándome con sus ojos grandes de búho.

Afuera seguía lloviendo y el golpe de la brisa era una mano abierta sobre las puertas y ventanas. Las lámparas espabilaron y casi enseguida se escuchó un ruido en algún lugar del salón. Joel fue al otro extremo de la barra y extrajo de una gaveta una pequeña caja.

—La brisa que viene de la bahía nos pega de frente y los cables del alumbrado se mueven —explicó. Luego tomó el teléfono y marcó un número. Al cabo de un rato, un negro alto, de casi dos metros, apareció en el rellano de las escaleras.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Son los cables —respondió Joel.

—¡Otra vez! —exclamó el negro, bajando los peldaños con pereza.

La luz del sol alargaba ahora la sombra de su cuerpo sobre el piso polvoriento del apartamento. Encendió un cigarrillo y luego fue hasta la cocina. Cuando volvió, trajo un par de cervezas, me acercó una y se echó sobre un viejo sofá destripado. “Alguna vez me hablaste de caballos, de unos caballos que te gustaron tanto que quisiste quedarte con ellos para siempre. ¿Recuerdas la escena? Unos caballos blancos bajo la lluvia, cabalgando por un camino solitario”.

Tomó un trago de cerveza y continuó.

—Pues bien —dijo, y señaló con el índice hacia la cortina—, ahí sobre el atril de la izquierda, hay un regalo para ti.

Fui hasta el otro extremo de la habitación y recorrí el trapo que cubría el atril: detrás, había una docena de caballos, grandes, robustos, de ancas anchas, que corrían sudorosos por un sendero de árboles cuyas copas formaban una bóveda.

—¡Hijueputa! —dije—. ¡Eres un genio!

Julián se echó a reír. Encendió un cigarrillo y se pasó la mano por la cara. Chupó una bocanada de humo y luego lo expulsó por la nariz.

—Sólo interpreté tu pensamiento —dijo.

—¿Qué vas hacer esta noche?

—Adivina, brujo.

—¿Alguna chica?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sólo estaré con ella un rato.

—Eres un mierda.

—La vida es eso: una puta mierda —dijo, y soltó una carcajada.

El negro se arropó en un impermeable y salió. La luz volvió a espabilar hasta cuando se apagó y todo quedó a oscuras. Joel buscó detrás de la barra y encontró una linterna de mano.

Fue hasta un rincón, subió un interruptor y se escuchó un ruido que cesó al instante. Maldijo. Volvió y abrió la puertecita que estaba en la parte baja de la barra. “Lo que faltaba, no joda”. Salió y se dirigió hacia la escalera. Abrió otra puerta. Entró. Al instante, se escuchó otra vez el ruido y todo volvió a alumbrarse.

El negro volvió al salón chorreando agua.

Se deshizo del impermeable y le dijo a Joel, quien regresaba a la barra, que no se podía hacer nada por ahora puesto que uno de los cables de la energía se había desprendido y colgaba del cielo raso.

—Déjalo así entonces. Cuando salga el sol podrás conectarlo.

Joel destapó una botella y se sirvió un trago grande. El negro se secó la cara con una toalla y luego se frotó las manos como para entrar en calor. Joel sirvió otro trago y se lo ofreció. El negro lo bebió todo y Joel le sirvió otro. Después, dirigiéndose a mí, dijo:

— Por qué no nos tomamos esta botella y me cuentas, en confianza, a quién carajo buscas en una madrugada lluviosa como ésta.

— Por Dios, Joel, deja pasar una siquiera... —Tomé lo último que quedaba en el vaso y me sequé la boca con el dorso de la mano—. Todas las quieres saber.

— Tal vez pueda ayudarte —dijo Joel con una sonrisa, mientras vertía un chorro de whisky en mi vaso—. Éste y los anteriores van por cuenta de la casa.

— Verdaderamente no tienes corazón —le dije.

Joel abandonó la barra y sacó una cubeta con hielo. Me señaló una mesa y agarró la botella. Nos sentamos. Joel vació el líquido en su boca y luego lo tragó suavemente. Volvió a verter licor en el vaso y le puso dos cubos de hielo.

— ¿Has visto a Julián últimamente por acá? —le dije. Joel encendió un cigarrillo y aspiró el humo hasta cuando sus pulmones no aguantaron más y lo expulsó por la boca y la nariz.

— Tengo mucho rato que no lo veo por estos lados. ¡Qué! ¿Le pasa algo?

— No, no.

Tomó un sorbo del vaso y me miró como intentando descubrir algo nuevo en mi rostro.

— Estoy muy viejo para que me mientan, sabes.

— ¿Por qué lo dices?

— Tus ojos.

— Vayacaramba. ¿También resultaste brujo?

— Los ojos no mienten.

— ¿Te han dicho que te pareces a una madre?

— Tal vez, pero no a la tuya.

Me eché a reír, tomé un sorbo de whisky y luego puse dos trozos de hielo en el vaso.

– Ganaste –dije.

– Joel volvió a chupar el cigarrillo y lanzó el humo por encima de mi cabeza. Tomó un trago y apoyó los codos en la mesa.

– Habla, pues.

– Olvídalo.

– No te portes rudo conmigo, muchacho.

– Por Dios, Joel, por Dios... Nada nos pertenece, y mucho menos las mariconadas que hacen las otras personas.

Joel volvió a llenar mi vaso, echó un chorro en el suyo y chupó otra vez el cigarrillo. Iba a decir algo cuando el estampido de un trueno llenó el salón.

El sol había empezado a caer y una suave oscuridad se coló por la ventana. Las luces del alumbrado público comenzaron a encenderse. Julián fue hasta un extremo de la sala y accionó el interruptor de una lámpara. Luego, se dirigió a la cocina y volvió con dos cervezas. “Vamos a la terraza”, me dijo. Allí había dos pares de mecedoras de nogal que, según él, habían pertenecido a una de sus tatarabuelas españolas. Corrió una, puso las cervezas en una mesita y miró por encima de la techumbre de las casas la inmensa oscuridad que cubría el mar. “Cada vez que lo miro así de sombrío y misterioso, siento el frío de la muerte helándome las orejas”. “No seas pendejo”, le dije, y él se echó a reír con una sonrisa triste. Agarré una cerveza, la destapé y le dije: “Yo, por el contrario, cada vez que miro hacia el mar en una noche como ésta, pienso en una mujer desnuda, tendida en la orilla, dejando que las olas golpeen su cuerpo”.

– Eres un cabrón de mierda –me dijo, y soltó una carcajada.

Una hora después, camino a los malecones, y borrachos hasta las orejas, tropezamos con un par de muchachitas que habíamos conocido en “El Nápoles”, un barrestaurant del centro de la ciudad. Nos fuimos con ellas hasta la bahía y allí terminamos encarados en las barandas, mirando como niños las luces sumergidas en el agua y los barcos que entraban y salían, llenando el aire con sus bocinas.

Julián, que ya no podía sostenerse en pie, se levantó, caminó tambaleándose por la baranda y, señalando con el índice la virgen de los navegantes, dijo:

– Allí quiero que echen mis cenizas cuando muera—. Perdió el equilibrio y cayó al agua. La risa estalló al instante.

Afuera, había dejado de llover. El reloj del salón marcaba un poco más de las cinco y Joel y yo continuábamos allí, sentados, con dos dedos de whisky aún en la botella y una resequedad en el estómago que nacía en la garganta. Alguien llamó desde el fondo del salón y Joel se levantó y tropezó con las sillas. Cayó. Se volvió a levantar y subió las escaleras que llevaban

al segundo piso. Media hora después, bajó, fresco y radiante, con los cabellos húmedos y sin un sólo rastro de sueño en su cara. Lo miré de arriba a abajo.

— ¿Qué carajo te hiciste?

Joel se echó a reír, se acercó y me dio unos golpecitos en la espalda.

Acaso se te olvida que soy brujo —me dijo.

Una mujer llamó a Joel desde el rellano de la escalera.

—Ven, levántate—. Me tomó del brazo y me condujo arriba. Cruzamos un estrecho corredor, alumbrado parcialmente por la luz blanca de una lámpara y nos detuvimos frente a una puerta. Joel la abrió: era un elegante cuarto con cortinas de encajes y una enorme ventana que daba a un balcón—. Allí —dijo, señalando hacia un extremo del cuarto—, hay una tina con agua fría. Te revivirá en cinco minutos.

Salió y tiró la puerta del cuarto, pero un segundo después la abrió, metió su cabeza grande de melón y dijo:

— No sé cuál será tu talla, pero allí en el closet hay ropa limpia.

— Gracias, bandido —le dije, y cerró la puerta tras una carcajada.

El agua estaba verdaderamente fría, con pequeños cubos de hielo flotando como barquitos en la superficie. Metí un pie en la bañera; luego, el otro, y sentí un corrientazo que me subió por toda la columna vertebral. Me agaché con cuidado. Moje primero las piernas y después el resto del cuerpo. La piel se me erizó y la barbilla empezó a temblarme. Cuando me sumergí del todo, el frío ya había desaparecido. Cerré los ojos y concentré mi pensamiento en una sola idea, en un punto negro que de pronto, se fue adornando con lucecitas de múltiples colores. “¡Qué maravilla!”. Las lucecitas siguieron girando alrededor del punto negro, dilatándose y contrayéndose hasta cuando se produjo una explosión y abrí los ojos.

No sé cuánto tiempo permanecí exactamente allí, pero lo cierto es que habían transcurrido más de treinta minutos. Salí de la bañera y cubrí mi cuerpo con una toalla grande que colgaba del ropero. Busqué en el closet algo y encontré un suéter y un overol. Me los puse y, como novedad, me quedaron perfectos. Parecían haber sido hechos para mí. “¡Qué vaina!”. Me miré en el espejo. Me peiné y coloqué un poco de colonia en mis orejas.

— ¡Jacky! —oí que Joel gritaba desde el corredor.

— Ya voy —le dije, y el sonido de una sirena se metió de lleno por la ventana.

— ¡Jacky! —llamó nuevamente.

— ¡Por Dios! —le dije abriendo la puerta—, ¿qué pasa?

Los ojos de Joel parecían salirse de las cuencas, su respiración era profunda y su voz estaba bastante alterada.

– Quiero que vengas –me dijo.

– Pero ¿qué pasa?

– No puedo decírtelo.

Caminamos rápidamente a lo largo del corredor y bajamos de tres saltos los cuarenta y dos peldaños de la escalera.

– Joel –le dije cuando llegamos al salón. Me senté en una silla y encaramé los pies en una mesa–, de aquí no me muevo sino me dices qué mierda está pasando.

Joel se agarró la cabeza con ambas manos, fue hasta la barra y se sirvió un trago doble. Luego, sirvió otro para mí.

– Hasta el fondo –dijo.

Lo tomé y le devolví el vaso.

– Ahora bien ¿ qué es lo que me estás ocultando?

Una mujer, que venía de la calle, abrió la puerta y una algarabía de voces y sirenas se metió junto con los pasos de alguien que corría. Estaba mojada y se sacudió las gotas de lluvia que colgaban de su cabello.

– Empezó a llover nuevamente –dijo, suspiró profundo y se desparramó en una silla. Parecía alterada–. Acabo de ver el cadáver de un tipo que sacaron ahogado de la bahía.

Los ojos de Joel se abrieron más de lo normal y, de un salto, me puse en pie. No recuerdo exactamente qué dije. Tal vez, creo, lancé una maldición como acostumbro a hacerlo cuando algo sale mal o cuando tropiezo con los muebles del apartamento en esas noches en que se va la luz y salgo a buscar los fósforos. Pero lo que sí recuerdo fue que salí corriendo, abrí la puerta y crucé la calle bajo la lluvia, sintiendo la brisa que golpeaba mi cara y sacudía las copas de los árboles de la calzada. Corrí como pude y bajé tan rápido las escalinatas del pequeño muelle que no me di cuenta en qué momento tropecé con un anciano indigente que venía en dirección contraria. Alguien maldijo a mis espaldas, pero no me detuvo. Seguí corriendo hasta cuando alcancé a ver a un grupo disperso de personas que seguramente comentaban el suceso. Unos metros más allá, cerca al agua, una ambulancia se abría camino entre los curiosos. Me detuve, agitado por el esfuerzo. Fui hasta la baranda de protección y sentí que todo empezaba a dar vueltas a mi alrededor. Alargué el cuerpo hacia el agua y vomité. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

EFRAIM MEDINA REYES*

Cinema Árbol

El teatro Apolo no tenía techo. Todos los fines de semana íbamos en grupo para ver películas mexicanas de risa y de pistoleros. Cuando el dinero no alcanzaba para comprar la entrada recurriamos a Cinema Árbol y por mitad de precio veíamos la película.

Cinema Árbol estaba al lado del teatro Apolo. Era un pequeño patio con un enorme árbol en el centro. En la parte de adelante quedaba la casa del dueño, una vieja y hundida casa de madera. Este hombre había puesto unas tablas sobre las ramas más fuertes del árbol que hacían las veces de bancas. Se llegaba a ellas subiendo por una angosta y peligrosa escalera. Al principio todo funcionó bien, pero cuando el administrador del teatro se percató, hizo subir la paredilla. Empezó una lucha: el hombre colocaba las tablas en ramas más altas y el administrador ordenaba nuevas hileras de ladrillos. Una tarde se cayó un pedazo de pared y el administrador tuvo que rendirse. Al cabo, Cinema Árbol sólo tenía capacidad para una docena de personas y eso no afectaba mayor cosa los ingresos del teatro.

Yo solía ir muy arriba; en una tabla donde apenas quedaba espacio para alguien flaco, solía acomodarme. Casi nunca tenía compañía porque era arriesgado llegar allí. En una ocasión al subir encontré a una chica sentada apaciblemente en ese lugar, me miró sonriente y sentí rabia. Iba a bajar a reunirme con mis amigos pero ella me llamó:

¿Te molesta que esté aquí?

¡Huuuumm, no, pero para estar cómodo es mejor uno. ¿No crees?

Aquí cabes dijo ella.

Me senté y fijé la mirada en la pantalla blanca del teatro. Todavía no oscurecía del todo, así que faltaba tiempo para que se iniciara la proyección. Ella puso una de sus manos en mi rodilla y tuve escalofríos.

¿Cómo te llamas?

Efraim, ¿y tú?

Marcela. ¿Te gusta?

Es lindo.

Efraim me gusta dijo.

* Cartagena, 1969. Premio Nacional de Cuento Colcultura, 1996, con *Cinema Árbol y otros cuentos*. Premio Nacional de Novela Colcultura, 1997, con *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo*. Publica en 2002 *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin*. Maldito por autoproclamación, declara en bancarota las buenas maneras burguesas y cristianas tradicionales y se confiesa perdedor y camorronero como Françoise Villon, proclive a las ambigüedades del sexo como Verlaine, transgresor de conductas racionales como Jean Genet y obsceno como Charles Bukowski. Su prosa no exenta de ternura y eficacia verbal se orienta a fustigar la falsa moral y la hipocresía contemporáneas. El relato es tomado de *Cinema Árbol y otros cuentos*.

– A mí no dije.

Saqué dos mentas del bolsillo y le ofrecí una. Miré cómo la sacaba del envoltorio y la metía en su boca, una boca pequeña en forma de corazón. Cuando saqué la mía, el ruido que hizo el papel me pareció un estruendo. El corazón me latía aprisa, como si estuviese haciendo algo malo.

Ya empieza dijo.

Había oscurecido totalmente y los créditos de la película estaban corriendo sobre la pantalla.

¿Y los trailers?

Ya los pasaron dijo ella . ¿Estabas en la luna?

Sí dije . Creo que sí.

En toda mi vida jamás me había pasado aquello. Era como viajar a través del árbol con una pandilla de diminutos ladrones acosados por gigantes policías dentro del pecho. Ella seguía quieta, su mano quemaba mi rodilla, apenas podía respirar. No recuerdo esa película, pero su risa y su pelo sobre mi cara todavía los siento.

Para entrar a Cinema Árbol había que recorrer un estrecho callejón en cuyas paredes había afiches grandes de películas gringas. Eran mejores que los del teatro Apolo. Un hijo del dueño se los enviaba desde Miami, era ayudante de cocina en un hotel. El dueño me contó que su hijo había conocido en persona a varios de los actores que aparecían en los afiches. Al final del callejón la mujer del dueño cobraba la entrada: no importa cuán poco dinero tuviese uno, siempre lograba entrar. El dueño revisaba minuciosamente cada tabla antes de dejar subir a nadie: era alto y fuerte, de pelo canoso, usaba los pantalones ajustados como un chacho del oeste, éramos amigos y me había regalado una fotografía marrón de Clint Eastwood que resplandecía en la pared de mi cuarto. Lo único chocante en él era su costumbre de fumar tabaco tras tabaco, ese olor invadía el árbol y me daba mareo y ganas de vomitar. A veces mi cuarto se impregnaba de aquel olor y tenía pesadillas. Si le gustaba la película, el dueño subía hasta la copa del árbol; allí sólo llegaban él y las águilas.

Marcela y yo nos encontrábamos cada viernes en aquella tabla. Al comienzo sólo nos tocábamos las manos pero después vinieron los besos y las películas pasaron a ser algo secundario, a menos que fuesen muy buenas. La besaba suavemente e intercambiaba con ella mi pastilla de menta mientras se escuchaban al fondo los tiroteos y suspiros que provocaban Jorge Rivero y Antonio Aguilar, y las carcajadas producidas por Viruta y Capulina, Cantinflas, Resortes, etc. Marcela era hermosa, tenía el cabello negro y lacio, los ojos dorados y un lunar redondo en el cuello; era aún más bella que María Félix y Libertad Lamarque juntas. Cuando reía el árbol temblaba.

La más leve llovizna hacía correr al público del teatro Apolo en busca de amparo mientras nosotros en el árbol permanecíamos invictos. Se necesitaba de un aguacero para hacernos bajar, y si esto sucedía entrábamos en la casa y la mujer del dueño preparaba chocolate caliente para todos.

Una noche se partió una rama debajo de la nuestra y tres chicos cayeron como frutos maduros sobre la alfombra de arena que el dueño había hecho alrededor del árbol para aminorar golpes en caso de accidente. No era la primera vez que alguien caía, pero uno de los chicos se rompió un brazo y hubo que avisar a los padres mientras el dueño lo llevaba al hospital. El padre del chico armó un escándalo y amenazó con matar al dueño si continuaba con ese negocio. El dueño le restó importancia a las amenazas y Cinema Árbol continuó abierto. Sin embargo, el administrador del teatro aprovechó las circunstancias para hacer una campaña en contra de Cinema Árbol. Vinieron periodistas y en la radio y la prensa local se habló de lo peligroso que era aquel invento, llegaron a decir que el dueño era una mala persona, un hombre sin escrúpulos. Las autoridades ordenaron el cierre definitivo.

Cuando Marcela y yo entrábamos al teatro Apolo, solíamos mirar hacia la copa del árbol y a veces descubríamos la lucecita roja del tabaco y una mano enorme que en la creciente oscuridad nos saludaba. Estar en aquellas sillas de metal no era lo mismo, había frío, demasiada gente para que una pareja de cuervos enamorados pudiera besarse. Un grupo de chicos que había sido fiel al Cinema Árbol se negó a entrar al teatro y se dedicó a tirar desde la calle piedras y bolsas de agua sucia y orina. A veces Marcela y yo nos sumábamos al ataque. El administrador tuvo que contratar guardias y aun así las porquerías seguían cayendo.

El tiempo pasó y la familia de Marcela se mudó a otra ciudad. El teatro Apolo fue cerrado y aquel sector se hundió en el abandono. Después alguien compró esos terrenos y abrió allí un parqueadero. El árbol se fue secando. Todos los teatros de barrio corrieron una suerte parecida y en el centro de la ciudad inauguraron los modernos cinemas con aire acondicionado y sillas acolchonadas: nunca más fue necesario esperar el anochecer para empezar la función. Las tablas del roble muerto fueron cayendo una tras otra, la nuestra fue la última.

Ahora en ese lugar funciona el centro comercial Apolo 11. En el lugar donde estuvo el árbol queda una heladería: el propietario resultó ser Marcos (el hijo del dueño). Había regresado de Miami para hacerse cargo de sus padres. En las paredes de la heladería hay afiches parecidos a los del callejón, sólo que más brillantes y coloridos. A veces entro a comprar alguna revista y encuentro a la mujer del chacho en una mecedora y la saludo pero ella no me recuerda, es una anciana silenciosa y medio ciega. Su hijo me sonríe desde el mostrador: en ocasiones hemos cruzado algunas palabras y me han dado ganas de preguntarle por el chacho pero no me atrevo y me doy cuenta de que el lugar es fragante, que hay un aviso en la pared de NO FUME, que el corazón se me pone cuadrado: entonces salgo con la revista debajo del sobaco,

enciendo un cigarrillo y miro la tabla donde sólo cabrían dos pequeños y delgados cuerpos y sobre la cual una mano enorme, un chacho del oeste, grabó el nombre de la heladería: CINEMA ÁRBOL.

JOHN J. JUNIELES*

Luces a lo lejos

Hay ciertas cosas ocultas que nos atan a algunos sitios y uno de esos sitios, en mi caso, es el patio. Ese es el lugar de la escena, y el tiempo, el de mi niñez.

Vivo en una casa donde también viven dos tías; las dos no se casaron porque al despuntar su juventud, su madre, mi abuela, encegueció. Se quedaron solteras para acompañar a la ciega y servirles de lazarillas a través de la vasta casa de madera que la ciega nunca fue capaz de dominar totalmente, más por retener a las tías que por su real incapacidad de hacerlo. La casa tenía una atmósfera densa llena de secretitos y viejos resentimientos, costaba creer que allí todos estábamos unidos por la sangre y el techo.

Desde que puedo recordar a la tías, las veo sentadas en mecedoras de mimbre en el patio oscurecido y lleno de grillos después del día y sus oficios. Las dos eran un instrumento en manos de la ciega. El abuelo tampoco se llevaba bien con ella, medio siglo de heridas mutuas los dividieron.

En realidad la abuela tenía problemas con todo el que se acercara a tres metros de su presencia. Yo caminaba de puntillas cuando no podía evitar pasar cerca de ella. No debí culparla, hoy día creo que sus limitaciones debieron llevarla a ese extremo, pero mi abuelo también murió casi ciego después de muchos años y nunca dejó de ser un buen hombre con todos los aciertos y faltas que ello significa. El era para mí cómplice propicio en aquella casa adversa donde pasé la infancia.

Quizá ahora todo esté hendido por la distancia y los años, y el niño que fui se halla extraviado en un mundo raudo de autos y edificios. Sus ojos, ayer encandilados de sol, se posan hoy mansamente en los avisos de neón. El olor de las almendras se hizo humo y perfumes baratos en moteles de mala muerte. Ahora esa abuela es como un personaje de cuento que al final se arrepiente víctima del dolor y de la muerte, pero sé que fue duro aunque me engañe y sé que para el abuelo fue más terrible aún porque era viejo y ya no tenía oportunidad de olvidar las zancadillas de la vida. Al final el licor nos ayudó mucho. Todas las noches las terminaba sumergido en su último trago de ron. Mientras él dormía yo

* Sincé, 1970. Escritor y periodista. Mención de honor en el Concurso Nacional de Cuento Héctor Rojas Herazo de 1989. Premio Nacional de Cuento Caribe 1990-91. Premio de Crítica Cinematográfica. Ha publicado sus cuentos en diferentes diarios y revistas nacionales y algunos han aparecido en antologías de cuentistas jóvenes. Papeles para iniciar el fuego, en 1993, fue su primer libro publicado.

aprobéchaba y me echaba unos sorbos, suficientes para ya no tener pesadillas con una abuela persiguiéndome montada en una vieja escoba lanzando frases hirientes. Entonces para ambos los insultos eran muy largos y las botellas demasiado cortas.

Muchas noches dormí en la habitación del abuelo, de día, cuando no iba a nadar a un estanque en las afueras del pueblo, solía estar con él en el patio inmenso; en uno de sus extremos había un alambique que aún producía licor para emborrachar medio pueblo, aunque se necesitaba más que eso para tumbar al abuelo y a su amigo Nazario. Eran dos tipos duros para el ron que hablaban poco. "Hemos sobrevivido a muchas botellas, Santiago, pero al final una nos sacará el alma. Es igual con las mujeres. Te digo algo, muchacho, mujeres y botellas son vainas de cuidado. Hay que mantenerlas cerca pero nunca confiarse", solían decirme.

Nazario tenía un viejo Ford azul, viejo como todo lo de aquel tiempo. Parecía como si hubiese nacido tarde. Todo lo que me rodeaba era viejo y desteñido, sólo yo era joven, aunque no del todo, porque aquel mundo me hacía sentir su peso, hora tras hora, como un animal acechándome en las sombras. La enfermedad del tiempo ya se había metido en mis venas oyendo hablar al abuelo. Sus palabras eran la punta del iceberg, un monstruo de hielo asomándose desde un ayer interminable, donde él era árbol entre árboles, un ser fuerte y definitivo que yo conocía ya vencido, pero auténtico y noble.

Había un mundo reducido en el patio. No había otro lugar mejor para aprender, lleno de cosas maravillosas. Montado en los árboles podía ver a lo lejos las colinas azules, quería sentir la hierba de esos lugares donde nadie había estado. Yo perseguía libélulas seguido por la mirada de las tías, ellas murmuraban sobre mí. A veces podía escuchar cómo me llamaban muchacho raro, pequeño diablo. El abuelo era el único que ponía a la abuela en su sitio, pero cada vez estaba más viejo y ella parecía eternizarse como una roca dispuesta atravesada en el camino.

En una botella roja yo encerraba los insectos capturados, luego la tapaba y observaba sus últimos movimientos, mientras, el sol se abría paso entre las ramas más altas y uno de sus rayos caía justo sobre la botella y sacaba astillas rojas como la sangre de un guerrero hecho de luz. Los insectos zumbaban enloquecidos sin entender los límites, gastando el poco oxígeno en bruscas peleas inútiles hasta que la vida se iba haciendo delgada como un cabello y los zumbidos se hacía lejanos como el eco de un trueno. Los insectos caían en el fondo y se amontonaban como piedras hasta formar una pequeña montaña quieta y oscura como la sombra de mi abuela figoneando, preguntando qué hacía yo tanto tiempo entre los matorrales, gritándome desde allí, desde lo oscuro de su habitación.

Una tarde puse en marcha el plan que venía trazando: Mientras Nazario estaba inspeccionando el alambique yo me introduje en el viejo Ford y me oculté en el asiento trasero. Creo que me quedé dormido y sólo desperté cuando la brisa fría de la noche se coló por la ventanilla, debí hacer algún ruido al tratar de cambiar de posición, estaba cansado

por la inmovilidad y tenía las piernas entumecidas. Nazario detuvo el auto y se asomó al asiento trasero.

– Carajo, Santiago. Me asustaste. ¿Qué haces allí ?

– Me quedé dormido –dije un poco asustado.

– Tu abuelo debe estarte buscando, mierda, y estamos bastante lejos.

– No importa –dije más confiado –. Volveremos mañana.

– Así que era tu propósito, ¿eh?, eres un bandido. Pero tienes razón, no tengo tiempo de volver, debo entregar esos barriles hoy mismo y la ciudad ya está cerca –dijo Nazario y puso en marcha el auto. Yo me quedé en la ventanilla y me entretuve mirando la vegetación, los postes del alumbrado que iban quedando atrás como piedras en el fondo de un estanque. El abuelo iba a preocuparse pero como solía decir: cada quien debe vivir sus riesgos, y yo quería saber lo que había detrás de las colinas azules, quería ir más allá de las hierbas altas. Ahora estaba en ninguna parte y eso era mejor que nada, al menos se sentía bien en la sangre.

– ¿Tienes miedo, Santiago?

– No, sólo pienso en lo que queda atrás, debe ser horrible ser como esos postes y saber que todo pasa y lo deja a uno.

– Sí, Santiago, es mejor pasar que ver pasar.

– Esos postes... son como hombres viejos.

– No, un hombre viejo es alguien que ha pasado muchas veces. Esos postes son como cualquier hombre que no haya sido capaz de pasar ni un solo día, que no se haya atrevido a romper las reglas. Tú ya lo has hecho y ahora sabrás qué significaba esa regla. Estás ahora en mis manos, que son manos amigas, pero piensa, Santiago, que quizá no pudo ser así. Es lo que tu abuelo quería evitarte porque todavía no estás listo, ¿entiendes?

– Me gusta estar en la carretera, Nazario.

– Eso también está de paso. Si no llegamos a un lugar no sabremos si somos cosas detenidas, como los postes, o cosas que se mueven. El llegar es lo único que demuestra que somos diferentes a los postes.

– No había pensado en ello...

– Ni lo pienses, hijo. Ya habrá tiempo de saberlo. Las preguntas de juventud las contestan los años. Por lo pronto hay que estar en el camino, a pesar del polvo del camino. Si pensamos demasiado en lo que viene podemos terminar en un barranco.

Nazario encendió un cigarrillo y yo le dije que me diera uno. El dijo que no estaba todavía para eso.

– Pero si ya lo he hecho a escondidas. Sé hacerlo.

– No lo dudo Santiago. Tú lo haces por demostrar que creces, que te atreves. Es un juego para ti ¿ves? Todo lo que haces tiene una meta, un fin. Yo fumo por necesidad, no por exhibirme. Así que tendrás que seguir ocultándote hasta que no tengas nada que demostrar.

Me concentré en la carretera mientras sus palabras se entrelazaban en mi mente como el humo del cigarro, sólo que el humo se perdía en el aire y las palabras cada vez eran más nítidas. Mi propósito era escapar de la casa. Quería estar a salvo de ella, de sus injusticias, pero oyendo a Nazario comprendí que en verdad no estaba aún listo para partir, que uno no puede irse de sí mismo y darse la espalda, que aún tenía que estar mucho con ellos y enfrentar las cosas porque si no jamás estaría preparado para enfrentar nada. Porque si le fallaba al abuelo, jamás iba a poder fumarme un cigarrillo en frente del mundo, sino que iba a pasarme la vida buscando rincones oscuros para hacer mis cosas. Para ser yo mismo.

– Ya casi llegamos, Santiago.

Fue la primera vez que vi la ciudad, entonces sólo eran luces a lo lejos.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ACOSTA, Martiniano y otros. *Cuentos infantiles en homenaje a Leopoldo Berdella de la Espriella*. Santa Marta, Ediciones Aracataca. 1992. * *La ciudad de las ventanas*. Santa Marta, Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Magdalena. 1997. * *De cara contra el suelo*. Barranquilla, Lito Ideas. 1983.

AMAYA, David. *Poesías y cuentos*. Gráficas Padilla, Guajira. s.f.

ANDREIS, Fernando de. *Tula del Real*, en *La Novela Semanal*, I, núm. 19. Bogotá, 31 de mayo de 1923, págs. 193-205.

ARANGO PIÑERES, Eduardo. *Uno que otro cuento*. Cartagena, Editorial Bolívar, 1971.

ARBELÁEZ, Fernando. *Nuevos narradores colombianos*. Antología. Caracas. Monte Ávila. 1968.

ARIZA NAVARRO, Adolfo. *La enredadera*, en *Veinte ante asedios al amor y a la muerte*. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1988.

BACCA, Ramón Illán. *Si no fuera por la zona, caramba*, en *Veinte ante el milenio* Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1996.

* *No hay canciones para Osiris Magué*, en *Cuatro Narradores Colombianos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984. * *El príncipe de la baraja*, en *Cuatro Narradores Colombianos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984. * *Rosas sobre su toga*, en *Cuatro Narradores Colombianos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984. * *Marihuana para Goering*. Barranquilla, Lallemand Abramuck 1981.

BADRÁN PADAÚÍ, Pedro. *La secretaria*, en *Nuevo cuento colombiano*. Prólogo, selección y notas: Luz Mery Giraldo. México, Fondo de Cultura Económica. 1997.

* *Un viejo hotel*, en *Desde las fauces de la sombra y otros relatos*. Pasto, Ediciones Testimonio. 1982.
* *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*. Bogotá, Norma, 2002

* *Simulacros de amor*. Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, 1996

BEDOYA, Luis Iván y Augusto Escobar. (compiladores) *El cuento de la violencia en Colombia*. Ediciones Pepe. Medellín. (s.f.).

BERDELLA DE LA ESPRIELLA, Leopoldo. *A golpes de esperanza*. Plaza y Janés, Bogotá, 1981. * *Juan Sábalo*. Medellín, Editorial Colina, 1983. * *Cuentos de El Túnel*. (Antología). Montería, Ediciones El Túnel, 1979 * *El Tapaetusa*, en *El cuento colombiano contemporáneo III*. Selección, prólogo y comentarios: Eduardo Pachón Padilla. Bogotá, Plaza y Janés Editores. 1985. * *Ferro*, en *Narradores colombianos contemporáneos*. Editorial Ariel, Guayaquil. 1974.

BRAVO MENDOZA, Víctor. *Cuentos genéricos de autores guajiros*. Medellín, Editorial Lealon. 1989.

BUITRAGO, Fanny. *La otra gente*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973.

* *El hombre de paja. Las distancias doradas*. Editorial Iquiema. Bogotá, 1979. * *Bahía sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976. * *La casa del abuelo*. Bogotá, Voluntad. 1979. * *Los amores de Afrodita*. Plaza y Janés, Bogotá, 1983. * *Comerciales para caviar*, en *Veinte ante el milenio*. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1996.

BURGOS CANTOR, Roberto. *Lo amador*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura / Universidad de Cartagena. 1980.

BURGOS CANTOR, Roberto. *Esta noche de siempre*, en *El cuento colombiano contemporáneo III*. Selección, prólogo y comentarios: Eduardo Pachón Padilla. Bogotá, Plaza y Janés Editores. 1985. * *Historias de cantantes*, en *Nuevo cuento colombiano*. Prólogo, selección y notas: Luz Mery Giraldo. México, Fondo de Cultura Económica. 1997. * *"Al principio nos quedaba..."*, en *Cuatro Narradores Colombianos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984. * *Esas frases de amor que se repiten tanto y Aquí donde usted me ve*, en *Cuatro Narradores Colombianos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984.

CAMACHO CASTILLO, Indalecio. *La vida fácil*, en *Veinte asedios al amor y la muerte*. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1988.

CARRANZA, María Mercedes, (compiladora). *Siete cuentistas jóvenes*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1972.

CARRASQUILLA, Tomás, y otros. *Siete cuentos colombianos*. Biblioteca Shering Corporation de cultura colombiana. Bogotá, 1967.

CASTAÑEDA ARAGÓN, Gregorio. *Náufragos de la tierra*, en *La Novela Semanal* (Bogotá), I, núm. 3 (8 de febrero de 1923) págs. 21-31. * *Máscaras de bronce*. Edita J-V. Mogollón y Cía. San Juan de Córdoba. 1916. * *Recortes de vida*. Edición Barranquilla, Colombia Selecta. 1924.

CASTILLO PÉREZ, Nelson. *El hombre que atrapó la noche*. Colombia Nueva, Bogotá.

CEPEDA SAMUDIO, Álvaro. Bogotá, *Antología*. Selección y prólogo de Daniel Samper Pizano. Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

COBO CORDA, Juan Gustavo. *Obra en marcha* 2 vols., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

CONSUEGRA HIGGINS, José. *Del recuerdo a la semblanza*. Bogotá, Plaza y Janés. 1987.

CORRAL, Jesús del y otros. Selección de Andrés Holguín. *Los mejores cuentos colombianos*. Bogotá, Compañía Grancolombiana de Ediciones. (s.f.)

DAZA OROZCO, MARY. *Antología de cuentos de autores cesarenses*. Valledupar, Instituto de Cultura y Turismo del Cesar. 1994.

DE LOS RIOS, Estrella y otros. *Literatura de contracartel*. Bogotá, Editorial Colombia Nueva. 1981.

DEL VALLE RAMÓN, Antonio. *Un domingo en Nueva York* Barranquilla, Instituto Distrital de Cultura. 2001.

DÍAZ GRANADOS, José Luis. *El laberinto*. Bogotá, Ediciones Esquina 2000. 1984.

- DÍAZ ROMERO, Amaury. *La cachucha bacana*. Barranquilla, Ediciones Aracataca / UNE. 1986.
- DUQUE LÓPEZ, Alberto. *Retrato de una señora rubia durante el sitio de Toledo*, en Sexto Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Elección de Isaías Peña Gutiérrez y otros. Medellín, Editorial Lealon. 1995.
- ESCRIBANO BELMONTE, Antonio. *Cuentos costeños*. Barranquilla, Impresiones Gráficas Mora, 1962.
- ESPINOSA, Germán. *La noche de la trapa*. Bogotá, Editora Continente. 1965.
- * *Cuentos completos*. Bogotá, Ministerio de Cultura / Arango Editores. 1998. * *Los doce infiernos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976. * *Al ocazo de los frescos racimos*, en Veinte ante el milenio. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1996. * *Noticias de un convento frente al mar*, en Nuevo cuento colombiano. Prólogo, selección y notas: Luz Mery Giraldo. México, Fondo de Cultura Económica. 1997.
- FLORES SIERRA, Carlos. *Malandaría*. Bogotá, Ediciones Luna Hiena. 1990.
- FLÓREZ BRUM, Andrés Elías. *Balada de los ausentes*, en Cuentos de Contracartel, compilado por el Taller Literario Contracartel, Bogotá, Editorial Gente Nueva. 2002.
- * *Estas navidades*, en Narradores colombianos contemporáneos. Guayaquil, Editorial Ariel. 1974. * *Los perfiles de la lluvia*, en Diecisiete cuentos colombianos. Elección de Manuel Mejía Vallejo y otros. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. * *¡Alto! Letra Veinte*, en Desde las fauces de la sombra y otros relatos. Pasto, Ediciones Testimonio. 1982. * *Viñetas de amor y de vida*. Bogotá Editorial Magisterio. 1999. * *El trompo de Arcelio*. Bogotá, Colombia Nueva. 1980. * *Los perseguidos*. Bogotá, Ediciones Sociedad de la Imaginación. 1999. * *Cuentos de Contracartel*. Bogotá, Contracartel Editores, 2001. * *La obsesión de vivir*. Editorial gente Nueva. Bogotá, 1990.
- FUENMAYOR, Alfonso. *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*. Barranquilla, Instituto Colombiano de Cultura / Gobernación del Atlántico. 1978. * *La muerte en la calle*. Medellín, Papel Sobrante. 1967.
- GARCÉS LARREA, Cristóbal. *Narradores colombianos contemporáneos*. Ariel Universal. Ecuador, 1974.
- GARCÉS GONZÁLEZ, José Luis. *Zahusta*. Montería, Ediciones El Túnel. 1995.
- * *Oscuras cronologías*. Montería, Gráficas Corsa, 1980. * *La efímera inmortalidad de los espejos*. Montería, Gráficas Corsa, 1982. * *Desde las fauces de la sombra y otros relatos*. (Antología), Bogotá, Ediciones Testimonio. 1982. * *Entre la soledad y los cuchillos*. Bogotá, Plaza y Janés. 1985. * *La llanura obstinada*. Montería, Colección Lotería de Córdoba. 1988. * *Cuerpos otra vez*. Montería, El Túnel. 1993. * *Días negros como viejos hierros*, en El cuento colombiano contemporáneo, III. Selección, prólogo y comentarios: Eduardo Pachón Padilla. Bogotá, Plaza y Janés Editores. 1985.
- GARCÍA AGUILAR, Eduardo (compilador). *Veinte asedios al amor y a la muerte*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1998. * *Veinte ante el milenio*. (compilador). Bogotá, Imprenta Nacional. 1996.
- GARCÍA HERREROS, Víctor Manuel. *Lejos del mar. Asaltos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1985. * *Tres cuentistas jóvenes*. (Antología con J.A. Osorio Lizarazo y E. Arias Suárez). Editorial Minerva. Bogotá.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Eligio. *Esa rara tristeza*, en Ocho cuentos colombianos. II Concurso Nacional de Cuento Ónix Sello Negro, Tunja, 972. * *El campeón de siempre*, en Obra en marcha 2. La nueva literatura colombiana. Compilador: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Un día de éstos*, en Crónica imaginaria de la violencia en Colombia. Selección y notas de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia. 1977. * *Eréndira*, en La putería. Selección y prólogo: Roberto Ruiz Rojas. Bogotá, Editorial Latina. 1977. * *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. Editorial Hermes. México, 1972. * *Todos los cuentos*. Bogotá. Oveja Negra, Seix Barral. 1983. * *Los funerales de la mamá grande*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1983. * *Doce Cuentos peregrinos*. Editorial La Oveja Negra. Bogotá. 1988. * *El coronel no tiene quien le escriba*. Bogotá, Editorial Oveja Negra. 1992. * *Obra periodística*. 4 vols. Barcelona, Editorial Bruguera. 1981. * *Un día después del sábado*, en Los mejores cuentos colombianos. Selección de Daniel Arango. Bogotá, Segundo Festival del Libro Colombiano.. s.f.

GIRALDO, Luz Mary. *Nuevo cuento colombiano 1975-1995*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

GÓMEZ CÁSSERES, Raymundo. *Metástasis*. Ediciones en Tono Menor. Cartagena. 1988. * *Alguien falta*. En Primer Premio en el Concurso de Cuentos Jorge Zalamea de 1985.

GOSSAÍN, Juan. *El resucitado*, en El hombre y la máquina. Selección y notas: David Sánchez Juliao. Bogotá, Colección Biblioteca Caja Agraria. s.f.

GRACIÁN, Naudín. *La realidad de cada día*. Editorial Gallo Tapao. Córdoba, 1994.

* *Agar e Ismael*. Editorial Gallo Tapao. Córdoba, 1996.

HENRÍQUEZ TORRES, Guillermo. *Sin brujas ni espantos*. Bogotá, Instituto de Cultura del Magdalena. Editorial Caballito de Mar. 1996.

HOLGUÍN, Andrés. *Los mejores cuentos colombianos*. Editorial Latinoamericana S.A., Perú.

JIMÉNEZ, Ledys y Luis Mizar. *Tardes tristes con testigos*. Valledupar, Fondo para la Promoción de la Cultura y las Artes del Cesar.

JIMÉNEZ, Rafael Darío. *Cuentos del Magdalena* (antología). Santa Marta, Instituto de Cultura del Magdalena. 1988.

JUNIELES, John. *El naranjo*, en Sexto Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Elección de Isaías Peña Gutiérrez y otros. Medellín, Editorial Lealon. 1995.

LAKAH, Soad Louis. *Razones de peso*. Montería, Gráficas Corsa. 1982.

* *La Lío y otras mujeres*. Bogotá, Plaza y Janés. 1994.

LEAL, Néstor. Boleros. *La canción romántica del Caribe*. 1930-1960. Caracas, Grijalbo. 1992.

LONDOÑO, Julio César y otros. *Concurso de cuentos Carlos Castro Saavedra*. Fondo de publicaciones Transempaques, Medellín, 1995.

LÓPEZ, Luis Carlos. *Poesía completa*. Bogotá, Arango, Áncora Editores. 1988.

LÓPEZ PENHA, Abraham Zacarías. *Cromos*. París, Biblioteca Azul. 1895. * *El libro de las incoherencias*. Madrid, Pueyo. 1911.

LÓPEZ PENHA, Abraham Zacarías. *Luis Carlos López, Manuel Cervera y A.Z. López Penha: Varios a varios*. 1910.

LUQUE MUÑOZ, Henry. *Narradores colombianos del siglo XIX*. Antología. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

MADIEDO, Manuel María. *Ecos de la noche*. Nicolás Pontón Editor. 1870.

MADRID-MALO, Néstor. *Guineo verde*. Medellín, Editorial Bedout. 1966. * *Sonetos reunidos*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1989.

MANRIQUE ARDILA, Jaime. *En la región de la soledad*, en *Obra en marcha 1. La nueva literatura colombiana*. Compilador: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1975. * *El cadáver de papá*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1978.

MÁRCELES DACONTE, Eduardo. *Los perros de Benarés*. Barranquilla, Ediciones Abel Ávila. 1983. * *La visita*, en *Narradores colombianos en la diáspora*. Selección y prólogo: Eduardo Márceles Daconte. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1993.

MAREL, Jorge. *Nueva literatura de Sucre*. En *Letras Nacionales* Nº 38, Bogotá, 1978.

MATTOS OMAR, Joaquín. *Páginas de un desconocido*. Bogotá. Fundación Simón y Lola Guberek,

MEDINA, Álvaro. *Los muchachos*, en *Siete cuentistas jóvenes*. Compiladora, María Mercedes Carranza. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972.

MEDINA REYES, Efraín. *Breves apuntes acerca de una mujer con hijos y un hombre de boina gris*, en Segundo Concurso Nacional de Cuento Jorge Zalamea. Eligieron: Carlos Castro Saavedra y otros. Medellín, Editorial Lealon. 1986. * *Cinema Árbol y otros cuentos*. Bogotá, 1996.

MEJIA VALLEJO, Manuel y otros. *26 cuentos colombianos*. Bogotá, Editorial Kelly. 1959.

MERCADO BENÍTEZ, Julio. *Los sagrados motivos*, en *Obra en marcha 2. La nueva literatura colombiana*. Compilador: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

MERCADO ROMERO, Jairo. *Cosas de hombres*. Bogotá. Ediciones Punto Rojo. 1971. * *Cosas de hombres*, en *La putería*. Selección y prólogo: Roberto Ruiz Rojas. Bogotá, Editorial Latina. 1977. * *Cuentos de vida o muerte*. Editorial Oveja Negra. Bogotá. 1985. * *Quintopatio y otros cuentos*. Editorial Caballito de Mar. Bogotá. 1996. * *La otra piel de Candelaria*, en *Letras Nacionales*. Bogotá, Fundación Colombiana de Investigaciones folclóricas. 1978. * *El fusil*, en *Revista Nova*, mayo-julio de 1967. Bogotá, 1967. * *Una pequeña nube pasajera*, en Primer Concurso Regional de Cuento Leopoldo Berdella de la Espriella. Cerromatoso. 1990. * *Cuentos escogidos*. Bogotá, Trilce Editores-Caballito de Mar. 2001. * *El muerto de Hang Zhou*, en Sexto Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Elección de Isaías Peña Gutiérrez y otros. Medellín, Editorial Lealon. 1995. * *Quintopatio y otros cuentos*. Bogotá, Editorial Caballito de Mar. 1996. * *Un nombre para Rosario*, en Concurso de cuento Fondo de Cultura y Alcaldía de Ibagué. Eligieron Roberto Ruiz y otros. Ibagué, Imprenta Nacional. 1971. * *Unas lágrimas por Francisco*, en *Crónica imaginaria de la violencia en Colombia*. Selección y notas de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia. 1977. * *La otra piel de Candelaria*, en *Obra en Marcha 2. La nueva literatura colombiana*. Compilador: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

MERCADO ROMERO, Jairo. Y José Ramón Mercado. Bogotá, *Las mismas historias*. Instituto Huilense de Cultura. 1974.

MERCADO ROMERO, José Ramón. *Perros de presa*. Ediciones Caballo de Mar. Cartagena, 2000. * *Retrato del guerrero*. Bogotá, Editorial Caballito de Mar. 1993.

* *Agua del tiempo muerto*. Bogotá, Editorial Caballito de Mar. 1996. * *La luna amarillenta del recuerdo*, en Sexto Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Elección de Isaías Peña Gutiérrez y otros. Medellín, Editorial Lealon. 1995.

MOLINARES SARMIENTO, Ramón. *El saxofón del cautivo*. Barranquilla, Editorial El Gallo Capón. 1987. * *Exiliados en Lille*. Barranquilla, Editorial El Gallo Capón. 1983. * *Un hombre destinado a mentir*. Bogotá, Plaza y Janés Editores. 1993.

MONTES MATHIEU, Roberto. *El cuarto bate*. Bogotá, Plaza y Janés Editores. 1985.

* *Tap tap*. Bogotá, Ediciones Cono Sur. (s.f.)

MORA VÉLEZ, Antonio. *Glitza*. Ediciones Alcaraván. Bogotá. 1979. * *Cosme*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1985. * *El juicio de los dioses*. Gráficas Corsa, Montería. 1982.

MORENO, Márvel. *El encuentro y otros relatos*. El Áncora Editores, Bogotá, 1992.

* *Algo tan feo en la vida de una señora bien*. Bogotá, Pluma, 1981. * *En diciembre llegan las brisas*. Madrid, Plaza y Janés Editores. 1988. * *Oriane, tía Oriane*. En Veinte ante el milenio. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1996. * *Una taza de té en Ausburgo*, en Nuevo cuento colombiano. Prólogo, selección y notas: Luz Mery Giraldo. México, Fondo de Cultura Económica. 1997.

* *La sala del niño Jesús*, en *Obra en marcha 2*. La Nueva Literatura Colombiana. Compilador: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976.

MOSQUERA, Freda. *Cuentos de seda y de sangre*. Ediciones Sociedad de la Imaginación. Bogotá, 1997.

MUÑOZ, Carmen Victoria. *¿Quién no ha besado a Teresa?* Cartagena, Ediciones en Tono Menor. 1989.

NÁJERA GALVIS, Robinson. *Freddy en el país de los chimilas*. Montería, Gobernación de Córdoba. 1996. * *Las clases, el amor, tú y yo*. Montería, Ediciones Piedecumbre. 1999.

NIETO, Juan José. *Ingermina*. Kingston, Imprenta de Rafael J. Córdova. 1984.

NÚÑEZ, Rafael. *Poesías*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1977.

OBESO, Candelario. *Cantos populares de mi tierra*. Bogotá, Áncora Editores. 1988.

OLACIREGUI, Julio. *Biografía de uno vestido de bestia*, en Veinte ante el milenio. Selección y prólogo: Eduardo García Aguilar. Bogotá, Ministerio de Cultura. 1996.

* *Ella y los poetas*, en Nuevo cuento colombiano. Prólogo, selección y notas: Luz Mery Giraldo. México, Fondo de Cultura Económica. 1997. * *Asesino tamaño familiar*. en Cuatro Narradores Colombianos. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984.

* *Las vacaciones del monstruo*. en Cuatro Narradores Colombianos. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1984. * *Vestido de bestia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1980.

OMIL, Alba y Piérola, Raúl. *El cuento y sus claves*. Buenos Aires. Nova.

PACHÓN PADILLA, Eduardo. *Antología del cuento colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976. Biblioteca Básica Colombiana. * *Cuentos colombianos*, antología. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura., 1973-1974, 4 tomos. * *El cuento colombiano; antología, estudio histórico y analítico*. Bogotá, Plaza y Janés, 1980, 2 tomos. "Bibliografía del cuento colombiano", 2 tomos. * *El*

cuento colombiano contemporáneo III; generación 1970, Bogotá, Plaza y Janés, 1985. * *Cuento*, en *Enciclopedia de Colombia*. Vol. V., San Sebastián: España, Nueva Granada. 1977.

PADILLA PRESTON, Sandra Eugenia. *A veces bajo la piel sucia*. Medellín, Lealon, 1997.

PEÑA GUTIÉRREZ, Isaías. *La narrativa del Frente Nacional*. Bogotá, Fundación Universidad Central. 1982.

PERALTA MENDOZA Jahel y otros. *Antología de cuentos de autores cesarenses*. Instituto de Cultura y Turismo del Cesar. Valledupar. 1994.

PRETELT CHALJUB, Jorge Ignacio. *Alejandro Durán: Su vida y su música*. Bogotá, Domus libri. 1999.

PUCHE PUCHE, Edgardo. *La sombra de Ponciano*. Montería, Multi-impresos. 1990.

QUESSEP, Giovanni. *Un jardín y un desierto*. Bogotá, Áncora Editores. 1993.

RAMÍREZ, Clinton. *La mujer de la mecedora de mimbre*. Ediciones La cifra, 1992.

RAMÍREZ, Clinton. y Martiniano Acosta (compiladores). *El mundo de Nostromo*. Santa Marta. Fomcuartes, Fomcultura. 1999. * *La aldea invisible*. (Compilador). Casa de la Cultura de Ciénaga, Ciénaga-Colombia, 2001.

REYES POSADA, Mauricio, y otros. *Ocho cuentos colombianos*. Segundo Concurso Nacional Onix Sello Negro. Editorial Revista Colombiana, Bogotá, 1972.

RIVAS MORENO, Gerardo. (compilador) *Cuentistas colombianos*. Ediciones El Estudiante. Cali, 1966.

ROBINSON-BENT, Lenito. *Sobre nupcias y ausencias*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1988.

ROBLES, Joaquín. *Golpe de daga*. Cartagena, Instituto Distrital de Recreación, Cultura y Deporte, 1994.

ROBLES, Joaquín. *Un recuerdo como regalo*, en Sexto Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Elección de Isaías Peña Gutiérrez y otros. Medellín, Transempaques / Editorial Lealon. 1995. * *Crónica blues para un suicida*, en Séptimo Concurso de Cuento Carlos Castro Saavedra. Medellín, Transempaques / Editorial Lealon. 1996.

RODRÍGUEZ FREYLE Juan. *El carnero*. Bogotá, Editorial. Bedout, 1986.

ROJAS HERAZO, Héctor. *Señales y garabatos del habitante*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1976. * *Las úlceras de Adán*. Bogotá, Editorial Norma. 1995.

ROJAS HERAZO, Héctor, y otros. *Cinco y Cinco*. Bogotá, Cinco y Cinco Editores. 1998.

ROSA, Amira de la. *Marsolaire y otras páginas*. Bogotá, Banco de América Latina. 1976.

ROSERO, Evelio José y otros. *Poesía y narrativa*. Bogotá, 5 X 5 Editores. 1998.

RUIZ, Carlos y otros. *12 cuentos colombianos*. Bogotá, Editorial Revista Colombiana. 1971.

RUIZ ROJAS, Roberto. *Corea 53*, en Crónica imaginaria de la violencia en Colombia. Selección y notas de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia. 1977.

SALCEDO CASTAÑEDA, Lola. *Una pasión impresentable*. Bogotá, Planeta, 1994.

SALCEDO DE MEDINA, Olga. *En las penumbras del alma*. Barranquilla, Ediciones Arte, 1946.

SÁNCHEZ JULIAO, David. (compilador) *El hombre y la máquina*. Biblioteca de la Caja Agraria, Bogotá, 1978. * *¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?* Plaza y Janés, Bogotá, 1999. * *Cachaco, Palomo y Gato*. Bogotá, Plaza y Janés, 1983.

* *Historias de raza mandaca*. Publicaciones de la Roca, Montería, 1975. * *El arca de Noé*. Bogotá, Tercer Mundo, Bogotá, 1976. * *Nadie es profeta en Lorica*. Bogotá, Tercer Mundo, 1979. * *Abraham al humor*. Bogotá, Tiempo Americano, 1981.

* *Una Década*. David Sánchez Juliao 1973-1983. Bogotá, Plaza y Janés, 1983

* *Y nosotros habíamos maniatado la lástima*, en Crónica imaginaria de la violencia en Colombia. Selección y notas de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia, 1977.

SOCARRÁS, José Francisco. *Viento de trópico. Cuentos*. Bogotá, Ediciones Zulia, 1961.

STEVENSON, José. *Vísperas solemnes de confusión*, en Crónica imaginaria de la violencia en Colombia. Selección y notas de Roberto Ruiz Rojas y César Valencia Solanilla. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia, 1977.

SUESCÚN, Nicolás. *Trece cuentos colombianos*. Antología. Montevideo.

TEDIO, Guillermo. *También la oscuridad tiene su sombra*. Barranquilla, Ediciones El Gallo Capón, 1984.

TEDIO, Guillermo. *La noche con ojos*. Barranquilla, Ediciones Punto y Aparte, 1979.

VALENCIA SALGADO, Guillermo. *Murrucucú, Antología de cuentos, mitos y leyendas del Sinú*. Montería. Publicaciones Casa de la Cultura, 1982.

VALENCIA SOLANILLA, César y Roberto Ruiz Rojas (compiladores). *Crónica imaginaria de la violencia en Colombia*. Bogotá, Federación de Loterías de Colombia.

VARGAS, Germán. *Voces. 1917-1920*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

VARIOS. *Los mejores cuentos colombianos*. Tomo I., Selección de Andrés Holguín. Editora Latinoamericana. Lima, Perú. (s.f.)

VARIOS. *Los mejores cuentos colombianos*. Tomo II. Selección de Daniel Arango. Lima, Editora Latinoamericana. (s.f.)

VARIOS. *La violencia diez veces contada*. Bogotá, Ediciones Pijao, 1976.

ZAPATA OLIVELLA, Manuel. *Changó el gran putas*. Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1983. * *Cuentos de muerte y libertad*. Bogotá, Iquiema, 1961.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ABADÍA MORALES, Guillermo. *Compendio general del folclor colombiano*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular. Vol 112. 1983.

ABELLO, Margarita, Mirta Buelvas y Antonio Caballero. *Tres culturas en el Carnaval de Barranquilla*. Barranquilla, Universidad del Norte. 1992.

ABELLO VIVES, Alberto y Silvana Giamo Chávez (compiladores). *Poblamiento y ciudades del Caribe colombiano*. Bogotá. Editores Observatorio del Caribe Colombiano, Fonade y Universidad del Atlántico - Editorial Gente Nueva. 2000.

ALARCÓN, José. *Compendio General de Historia del Departamento del Magdalena de 1525 hasta 1895*. Bogotá. El Voto Nacional. 1963.

ALCINA FRANCH, José y otros. *Las raíces de América*. Madrid, Ediciones Istmo. 1968.

ALDANA, Walter y otros. *Conflictos regionales del Atlántico y el Pacífico*. Bogotá. Editorial Cerec. 1998.

ALIMEN, L.H. y Steve, M.J. *Prehistoria. Historia Universal*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1989.

ALLSOPP, Richard. *"La influencia africana sobre el idioma en el Caribe, en África en América Latina"*. México. Siglo XXI Editores. 1977.

APALATEGUI, Joxemartin. *Introducción a la historia oral. Cuentos viejos*. Barcelona, Anthropos, Editorial del Hombre. 1987.

APOSTEL, Leo y otros. *Interdiscipliniedad y ciencias humanas*. Madrid. UNESCO Y Editorial Tecnos. 1982.

APRILE-GNISET, Jacques. *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e hispánica*. Bogotá. Banco Popular. 1992. * *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá. Banco Popular. 1992.

ARAÚJO MOLINA, Consuelo. *Vallenatología: orígenes y fundamentos de la música vallenata*. Bogotá, Tercer Mundo Editores. 1973. * *Rafael Escalona, el hombre y el mito*. Bogotá, Editorial Planeta. 1982. * *Lexicón del Valle de Upar*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1994.

ARCINIEGAS, Germán. *Biografía del Caribe*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana. 1966.

ARCHILA, Mauricio. *Barranquilla y el río. Una historia social de sus trabajadores*. Bogotá. 1987.

ARGUEDAS, José María. *Formación de una cultura nacional indoamericana*. México. Siglo XXI Editores. 1977.

ARIAS, Juan de Dios. *Historia de la Literatura Colombiana, El periodismo*. Editorial Stella, 1960.

- ARRAUZ, Celestino. *El contrabando holandés en el Caribe durante la primera mitad del siglo XVIII*. Caracas. 1984.
- ARRÁZOLA, Roberto. *Palenque, primer pueblo libre de América*. Cartagena. 1963.
- ARTEAGA, José y otros. *Los imaginarios y la cultura popular*. Bogotá, CEREC. 1993.
- BACCA, Ramón Illán. "El modernismo en Barranquilla", en Boletín Cultural y Bibliográfico. 30/30 . Bogotá, 1994.
- BADEL, D. *Diccionario histórico-geográfico de Bolívar*. Corozal. 1943.
- BAQUERO GOYANES, Mariano. *¿Qué es el cuento?* Segunda edición. Buenos Aires. 1974.
- BARNEY CABRERA, Eugenio. *Transculturación y mestizaje en el arte en Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional. 1977.
- BARRIGA, Ernesto y otros. *La isla de San Andrés*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. 1985.
- BASTIDAS CUELLO, Rolando. *Historia de la literatura en el Magdalena Grande*. Santa Marta, Universidad del Magdalena. 2001.
- BECKER, Jerónimo y José María Rivas Groot.
- BELL LAMUS, Gustavo. *Cartagena de Indias, de la Colonia a la República*. Bogotá, Fundación Guberek, 1991. * El Caribe colombiano. Selección de textos históricos. Barranquilla, Ediciones Uninorte. 1988.
- BENÍTEZ, José A. *Las Antillas: Colonización, azúcar e imperialismo*. La Habana, Editorial Casa de las Américas. 1977.
- BENJUMEA LÓPEZ, Henry. *Literatura Llanera: aproximación histórica y crítica*, Villavicencio, Fondo Editorial Entreletras. 2001.
- BERROCAL HOYOS, J. *La colonización antioqueña en el departamento de Córdoba*. Montería. 1980.
- BEUTLER, Gisela. *Estudios sobre el romancero español en Colombia en su tradición escrita y oral desde la época de la conquista hasta la actualidad*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1977.
- BLANCO BARROS, José Agustín. *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*. Bogotá. Editorial Banco de la República. 1987.
- BOLÍVAR ARÓSTEGUI, Natalia. *Los Orishas en Cuba*. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba. 1990
- BOLLEME, Geneviève. *El pueblo por escrito. Significados culturales de "lo popular"*. México, Editorial Grijalbo. 1986.
- BONIVENTO, J.A. *Aspectos socioeconómicos del departamento del Magdalena*. Bogotá. 1963.
- BORREGO PLÁ, María del Carmen. *La encomienda en Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1982.
- BOSCH GIMPERA, Pere. *La América pre-hispánica*. Barcelona, Editorial Ariel. 1975.
- BOSSA HERAZO, Donald. *Cartagena independiente, tradición y desarrollo*. Bogotá, Tercer Mundo. 1967. * *La vida novelesca e infortunada del doctor Ignacio Muñoz, paladín de la libertad*. Cartagena: Impresora Marina. 1961.

BOTERO, F. Y GUZMÁN BARNEY, A. "El enclave agrícola en la zona bananera de Santa Marta", en Cuadernos colombianos. 11. Bogotá. 1977.

BRAUDEL, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial. 1995. * Y Georges Duby. *El Mediterráneo*. México, Fondo de Cultura Económica. 1986. * *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. México, Fondo de Cultura Económica. 1992. 2 Tomos. * *Las civilizaciones actuales*. México, Red Editorial Iberoamericana. 1989.

BRAVO MENDOZA, Víctor. *La Guajira en su literatura*. Riohacha, Universidad de la Guajira. 1999.

BREMER, Thomas y Ulrich Fleischmann. *Alternative cultures in the Caribbean*. Frankfurt, Biblioteca Iberoamericana. 1993. * *Alternative cultures in the Caribbean*. First International Conference of the Society of Caribbean Research. Berlin 1988. Frankfurt, Vervuert Verlag. 1993.

BRION DAVIS, David. *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*. Bogotá, El Áncora Editores / Ediciones Uniandes. 1996.

BUARQUE DE HOLANDA, Sergio. *Visión del paraíso. Motivos edénicos en el descubrimiento y colonización del Brasil*. Caracas, Biblioteca Ayacucho. 1987.

BURGOS PUCHE R. *El general Burgos*. Bogotá. 1965.

CABELLOS BARREIRO, Enrique. *Cartagena de Indias. Mágica Acrópolis de América*. Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. 1991.

CALVINO, Ítalo. *Cuentos fantásticos del XIX*. Madrid, Ediciones Siruela. 1987.

CARRIÓN, Benjamín. *El mestizaje y lo mestizo, América Latina y sus ideas*, coordinación de Leopoldo Zea, Unesco-Siglo Veintiuno. 1986.

CASTELLANOS, Juan de. *Historia de Cartagena*. Bogotá. 1969.

CASTILLO MIER, Ariel. *Respirando el Caribe. Memorias de la Cátedra del Caribe Colombiano*. Bogotá, Editorial Gente Nueva. 2001.

CASTRO DE POSADA, Elvira. *El pasado aborigen*. Buenos Aires, Editorial Sticograf. 1955.

CASTRO TRESPALACIOS, Pedro. *Culturas aborígenes cesarenses e independencia de Valledupar*. Bogotá, Sociedad Bolivariana del Cesar / Casa de la Cultura de Valledupar. 1979.

CEBALLOS GÓMEZ, Diana Luz. *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. 1994.

CENDRARS, Blaise. *Antología negra*. La Habana, Editorial Arte y Literatura. 1990.

CHARLES, Gerard Pierre. *El Caribe contemporáneo*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1981.

CLEMENTE BATALLA, Isabel. *El Caribe insular: San Andrés y Providencia*. Bogotá, Ecoe / Uninorte Ediciones. 1994.

COHEN, Davids W. and Green, Jack P., *Neither Slave nor free. The Freedman of African Descent in the slaves societies of the new world*. Baltimore, The John Hopkins University Press. 1972.

COLMENARES, Germán. Cali: *Terratenientes, mineros y comerciantes*. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1980. * "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada.

Cartagena y Popayán, 1780-1850”, en Huellas, 29. Universidad del Norte. Barranquilla. 1990. pp. 8-24. * *Historia económica y social de Colombia. 1537 – 1719*. Bogotá, Editorial La Carreta. 1978.

COLÓN, Cristóbal. *Diario de a bordo*. Bogotá, Editorial Retina. 1992.

CONDE CALDERÓN, Jorge. *Entre lo geoestratégico y la búsqueda del estado: La expedición Fidalgo en la Costa Atlántica. 1790-1805*. Barranquilla, Revista Huellas, Universidad del Norte. N° 34, abril, 1922. pp. 26-32.

CORRALES, José. *Corozal al desnudo*. Sincelejo. Gráficas Lealtad. 1998.

CORRALES, Manuel Ezequiel. *Documentos para la historia de la Provincia de Cartagena de Indias hoy estado soberano de Bolívar en la Unión Colombiana*. 2 vols. Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1883. * *Efemérides y anales del Estado de Bolívar*. Bogotá, Gobernación de Bolívar, Instituto Internacional de Estudios del Caribe / Carlos Valencia Editores. 1999.

CORREA, Hernán Darío y otros. *Conflictos regionales - Atlántico y Pacífico*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, 1999.

CHEVALIER, Máxime. *Folklore y literatura: el cuento oral en el siglo de oro*. Barcelona, Editorial Crítica / Grupo Editorial Grijalbo. 1978.

CURCIO ALTAMAR, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. Noviembre de 1975.

DEAS, Malcolm. *Del poder y la gramática*. Bogotá. Tercer Mundo Editores. 1993.

DE BARRANQUILLA, J.A. *Así es la Guajira: Itinerario de un misionero capuchino*.

DE LA VEGA, Fernando. *Cartagena la de los claros varones*. Cartagena, El Mercurio. 1937.

DE LA PEDRAJA, R. “*La Guajira en el siglo XXI: Indígenas, contrabando y carbón*”, en *Desarrollo y sociedad*. Bogotá, junio de 1981.

DE LA TORRE Y MIRANDA, Antonio. “*Noticia individual de las poblaciones nuevamente fundadas en la provincia de Cartagena*”, en J.P. Urueta (ed.), *Cartagena, Documentos para la historia de Cartagena*. 1948.

CASTILLO MATHIEU, Nicolás del. *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1982. * *La llave de las Indias*. Bogotá, Ediciones de El Tiempo. 1981. * Y otros. *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Bogotá, Ediciones Uninorte. 1994.

DEL REAL TORRES, Antonio. *Biografía de Cartagena. 1533-1945*. Cartagena, Extensión Cultural. 1946.

DE MAKIEL, María Rosa Lida. *El cuento popular*. Buenos Aires, Editorial Losada. 1976.

DE MIER, José (compilador), *Poblamiento de la provincia de Santa Marta en el siglo XVIII*, 2 vols. Bogotá, Colegio de las Academias Colombianas. 1987. * *Historia de Colombia según sus protagonistas. Documentos sobre el poblamiento de la provincia de Santa Marta en el siglo XVIII*. Bogotá. 1986. 3 vols.

DEPESTRE, René. *Problemas de la identidad del hombre negro en las Antillas*. México, Universidad Nacional Autónoma.

D'ESPAGNAT, Pierre. *Recuerdos de la Nueva Granada*. Bogotá, Editorial Incunables, 1983.

- DE TENA, Torcuato Luca y otros. *América indígena*. Madrid, Ediciones Istmo. 1958.
- DUEÑAS, Guiomar. *Sociedad, familia y género en Santafé a finales de la colonia*, en Anuario colombiano de historia social y de la cultura. Bogotá, Universidad Nacional. 1993. p. 63.
- DÍAZ-GRANADOS, Manuel. *Geografía económica del Magdalena Grande. 1946-1955*. Fondo de Publicaciones de Autores Magdalenenses. Santa Marta, Instituto de Cultura del Magdalena. 1996.
- DUQUE GÓMEZ, Luis. *Introducción al pasado aborigen*. Bogotá. Editorial Retina. 1976.
- ECO, Umberto. *Signos*. Barcelona, Editorial Labor. 1994.
- EDWARDS, Jay. *African influences on the English of San Andrés island, Colombia*, en "Pidgins and Creoles, current trends and prospects". Edición a cargo de David de Camp and Ian S. Hancock, Washington, D:C., Georgetown University. 1974.
- ESCALANTE, Aquiles. *Notas sobre el Palenque de San Basilio, una comunidad negra de Colombia*. Divulgaciones etnológicas III, 5, Barranquilla, Universidad del Atlántico. 1954. * *Geografía del Atlántico*. Barranquilla.
- ESPINOSA, Aurelio M. *Cuentos populares españoles*. 3 vols. Madrid, CSIC. 1946.
- EXBRAYAT, Jaime. *Cantares de vaquería del folclor cordobés y bolivarense*. Medellín, Editorial Bedout. 1959. * *Historia de Montería*. Montería, 1971.
- FAJARDO, D. *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia. 1920-1980*.
- FALCHETTI, Ana María. *El oro del Gran Zenú*. Bogotá, Editorial Banco de la República. 1995.
- FALS BORDA, Orlando. *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica*. Bogotá. 1976. * *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá. 1975. "Influencia del vecindario pobre colonial en las relaciones de producción de la Costa Atlántica colombiana", en *El agro en el desarrollo histórico colombiano*. Bogotá. 1977. * *La insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*. Ernesto Jul. David Ernesto Peña, Gustavo Toscano, Miguel Chajín, Eliécer Mier, Freddy Aguilera, Francisco Benítez, Bernardo Ramírez del Valle. Bogotá, Siglo XXI Editores / Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia. * *Mompox y Loba. Historia doble de la costa*. I. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1980. * *El presidente Nieto. Historia doble de la costa*. II. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1980. * *Resistencia en el San Jorge. Historia doble de la costa*. III. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1980.
- * *Retorno a la tierra. Historia doble de la costa*. IV. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1980.
- FAWCETT DE POSADA, L. *Libaneses, Sirios y palestinos en Colombia*. Barranquilla. Revista CERES / Universidad del Norte. N° 9. 1991. * "Lebanese, palestinians, and sirians in Colombia", in A. Hourani and Shehadi (eds), *The Lebanese in the world*. Londres. 1992.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto y otros. *Anales del Caribe*. Editorial Casa de las Américas. La Habana. 1992. * *Para el perfil definitivo del hombre*. Editorial Letras Cubanas. La Habana. 1981.
- * Para una teoría de la literatura hispanoamericana, Bogotá, Ediciones El Huaco, 1976, Páginas 57-58.
- FONNEGRA, Gabriel. *Bananeras: Testimonio de vida de una epopeya*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo. 1980.

- FOWLER, Roger y otros. *Lenguaje y control*. México, Fondo de Cultura Económica. 1979.
- FRANCO, Jean. *La cultura moderna en América Latina*. México, Editorial Grijalbo. 1985.
- FREYRE, Gilberto *Casa Grande y Senzala*. Caracas, Biblioteca Ayacucho. 1977.
- FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia del Nuevo Reino*. 10 vols. Bogotá. 1955-1960. * *El indio en la lucha por la tierra*. Bogotá. 1976. * *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino*. Tomos I-VIII. Bogotá. 1976. * *Bartolomé de las Casas, precursor del anticolonialismo. Su derrota y su lucha*. México. 1976.
- FRIEDEMANN, Nina S. de. *Costa atlántica colombiana, un escenario cultural del Caribe*, en *Divulgaciones etnológicas* N° 2 (Segunda época). Barranquilla, Universidad del Atlántico. Museo de Antropología. * *Carnaval de Barranquilla*. Bogotá, Editorial La Rosa. 1985. * Y Jaime Arocha. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia del negro*, en *Magazín Dominical, El Espectador*, septiembre 14 de 1978. Bogotá. * Y Carlos Patiño Rosselli. *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1983. Y Richard Cross. *Ma ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque*. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1979.
- FROBENIUS, Leo. *Decamerón negro*. Buenos Aires, Editorial Losada. 1979.
- FUENMAYOR, Alfonso. *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*. Gobernación del Atlántico-Instituto Colombiano de Cultura, 1981.
- GAGE, Thomas. *Viajes en la Nueva España*. La Habana Casa de las Américas. 1980.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Las culturas populares en el Capitalismo*. La Habana, Editorial Casa de las Américas. 1982.
- GARCÍA DE LA ENTERRÍA, María Cruz y otros. *Literatura popular*, en *Anthropos*. Revista de documentación científica de la cultura. Barcelona. 1995.
- GARCÉS GONZÁLEZ, José Luis. *Literatura en el Sinú. Siglos XIX y XX*. Montería, Gobernación de Córdoba. 2000.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cómo nace un cuento de Gabriel García Márquez*, en *Narradores colombianos contemporáneos*. Guayaquil, Editorial Ariel. 1974.
- GARCÍA USTA. "Héctor Rojas Herazo. confesión total de un patiero". Bogotá, En Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango.
- GILARD, Jacques. *Entre los Andes y el Caribe, la obra americana de Ramón Vinyes*. Medellín, Colección Literaria. Universidad de Antioquia. 1990.
- GIMÉNEZ, Lulú. *Caribe y América Latina*. Caracas, Monte Ávila Editores. 1990.
- GIRALDO, Luz Mery. *Fin de siglo: Narrativa colombiana*. Cali, Universidad del Valle / Universidad Javeriana. 1995.
- GOIC, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona. Editorial Crítica. 1991.
- GÓMEZ PICÓN, Rafael. *Magdalena, río de Colombia*. Bogotá, Biblioteca Colombiana de Cultura. 1973.
- GRANDA, Germán de. *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidentales de Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. 1977.

GUARDIOLA, Ricardo y VILORIA, Andrés. *Santo Tomás de Villanueva*. Barranquilla, Abel Ávila Editor y Editorial Antillas. 1994.

GUHL, Ernesto. *Colombia: Bosquejo de su geografía tropical*. 2 T. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1975-1976. * Y otros. *Indios y blancos en la Guajira*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo. 1963.

GUTIÉRREZ AZOPARDO, Idelfonso. *Historia del negro en Colombia*. Bogotá, Editorial Nueva América. 1986.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia y Roberto Pineda Giraldo. *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial. 1750-1810*. II tomos. Bogotá, Universidad de los Andes. 1999.

* *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1975.

GUTIÉRREZ DE PIÑERES, Eduardo. "Población de la provincia de Cartagena de Indias en el año de 1772", en Boletín Historial, vol. 3, N° 29. Cartagena, Academia de Historia de Cartagena, 1917.

HABERLAND, Wolfgang. *Cultura de la América indígena / Mesoamérica y América Central*. México, Fondo de Cultura Económica. 1974. * *Historia general de Cartagena*. 4 vols. Bogotá. Banco de la República. 1983.

HAMILTON, John. *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, Bogotá, Biblioteca V Centenario Colcultura. 1993.

HART, Richard. *Esclavos que abolieron la esclavitud*. La Habana, Casa de las Américas. 1976.

HAUSER Arnold. *El Romanticismo alemán y el de Europa Occidental*, de *Historia Social de la literatura y el Arte* T. II.

HENAO, Jesús y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia. 1912.

HERNÁNDEZ, Carlos Nicolás y Alfredo Camelo Bogotá. *Aguachica: Historia de un camino*. Bogotá, COALCESAR, Universidad INCCA. 1990.

HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Guillermo. *De los chibchas a la Colonia y a la República. Del Clan a la encomienda y al latifundio en Colombia*. Bogotá, Ediciones Paraninfo. 1990.

HERRERA SOTO, R. Y ROMERO CASTAÑEDA, R. *La zona bananera del Magdalena*. Bogotá. 1979.

HOLTON, Isaac F. *La Nueva Granada, veinte meses en Los Andes*. Bogotá, Edición del Banco de la República. 1981.

HUERTAS VERGARA, Manuel. *Cabildo y merced de tierra. Régimen para poblar el partido de Tolú Sabanas y Sinú*. Sincelejo, Alcaldía Mayor de Tolú. Gráficas Lealtad. 1992.

JAKOBSON, Roman. *El marco del lenguaje*. México, Fondo de Cultura Económica. 1988.

JAHN, Janheinz. *Las literaturas neoafricanas*. Editorial Guadarrama. Madrid. 1971.

* *Muntu: Las culturas de la negritud*. Madrid, Editorial Guadarrama. 1970.

JAMES, P. *A geography of man*. Boston. 1949.

JARAMILLO URIBE, Jaime, *Ensayos de historia social. Tomo II. Temas americanos y otros ensayos*. Bogotá, Tercer Mundo Editores / Ediciones Uniandes. 1994. * *Manual de Historia de Colombia*. 3 vols. Bogotá, Tercer Mundo Editores / Procultura. 1992.

* *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1977. * *Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII*, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. 1963. * *Ensayos de historia social. Tomo I. La sociedad neogranadina*. Bogotá, Tercer Mundo Editores. Uniandes. 1994.

JIMÉNEZ MOLINARES, Gabriel. *Linajes cartageneros*, Cartagena. 1958.

JORGE RODRÍGUEZ, Emilio. *Literatura caribeña*. Bojeo y cuaderno de bitácora. La Habana, Editorial Letras Cubanas. 1989.

JOUTARD, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, Fondo de Cultura Económica. 1986.

KALMANOVITZ, Salomón. *Economía y nación*. Bogotá. 1982. * *El desarrollo de la agricultura en Colombia*. Bogotá. 1982. * "El régimen agrario durante el siglo XIX", en *Manual de Historia de Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

KONETZKE, Richard. *Historia Universal. América Latina. La época colonial*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1985. * *El imperio español*. Madrid, Ediciones Nueva Época. 1946.

KONIG, Hans Joachim. *Colón, el mito al descubierto*. Bogotá, Arango, Editores / Ediciones de la Flor. 1992. * *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada. 1750-1856*. Bogotá. Banco de la República. 1994.

KUETHE, Allan. "Flexibilidad racial en las milicias disciplinadas de Cartagena de Indias", en *Historia y Cultura*, 2. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad de Cartagena. 1994. pp. 177-191.

LABAT, R.P. *Viajes a las islas de la América*. La Habana, Casa de las Américas. 1979.

LAFFITE CARLES, Christiane. *La costa colombiana del Caribe*. Bogotá, Banco de la República. 1995.

LANCELOTTI, Mario. *De Poe a Kafka para una teoría del cuento*. Tercera edición. Buenos Aires. Eudeba, 1974.

LAROCHE, Maximilien. *La double scene de la representation*. Québec, Collection Essais, N° 8. Grelca. 1991.

LEANDER, Birgitta. *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe*. Siglo Veintiuno Editores. México. 1989.

LEGRAND, C. "El conflicto de las bananeras", en *Nueva Historia de Colombia 3*, de Álvaro Tirado Mejía. Bogotá, Editorial Planeta. 1989. * *Colonización y protesta campesina en Colombia. 1850-1950*. Bogotá. 1988.

LEMAITRE, Eduardo. *Breve historia de Cartagena*. Bogotá. 1979. * *Historia general de Cartagena*. Bogotá. 1983. * *El general Juan José Nieto y su época*. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1983.

LE MOYNE, Augusto. *Viajes y estancias en América del Sur, la Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el Istmo de Panamá*, 1828. Bogotá. 1945.

LENGELLÉ, Maurice. *La esclavitud*. Barcelona, Oikos Tau Ediciones. 1971.

LEÓN PORTILLA, Miguel. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México, Universidad Nacional Autónoma. 1992.

- LE ROY GORDON, B. *El Sinú, Geografía humana y ecología*. Bogotá, Carlos Valencia Editores. 1983.
- LEWIS, Marvin y otros. *América negra*. Bogotá, Universidad Javeriana. 1955.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. *Los grandes conflictos de nuestra historia*. Bogotá, Tercer Mundo. 1964.
- * Rafael Núñez. Lima. 1944.
- LLERENA VILLALOBOS, Rito. *Memoria cultural en el vallenato*. Medellín, Centro de Investigaciones, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Antioquia. 1985.
- LÓPEZ DE MESA, Luis. *Introducción a la historia de la cultura colombiana*. 1930.
- * *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín, Editorial Bedout. 1970.
- LOTERO, Amparo. *Voces: una revolución irreverente*, en Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Vol XXVIII. N° 27 de 1991. Bogotá.
- LUNA, Lola. *Resguardos coloniales Santa Marta y Cartagena*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular. 1993.
- LUNA CÁRDENAS, Alberto. *Un año y otros días con el general Benjamín Herrera en Aracataca*. Medellín. 1960.
- MADRID-MALO, Néstor. *Barranquilla, el alba de una ciudad*. Bogotá. 1986.
- MAGUIDOVICH, I.P. *Historia del descubrimiento y exploración de Latinoamérica*. La Habana, Casa de las Américas. 1980.
- MAILLASOUX, Claude. *Antropología de la esclavitud*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1990.
- MANIS, Daniel P. Y M. Cowley. *Historia de la trata de negros*. Madrid, Alianza Editorial. 1970.
- MANSOUR, Mónica. *La poesía negrista*.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. *La insurgencia militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1982.
- MARIATÉGUI, Carlos. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana, _____? _____ 1963.
- MARULANDA, Octavio. *El folclor de Colombia*. Editores Artestudio. Bogotá. 1985.
- MARTÍNEZ, José Luis. *Verdad y diversidad*, en América Latina en su literatura. _____? Siglo Veintiuno Editores. 1974.
- MATTA RODRÍGUEZ, Enrique de la. *El asalto de Pointis a Cartagena de Indias*. Sevilla. ____? 1979.
- MAYA, Rafael. *El costumbrismo en Colombia, una modalidad del pensamiento nacional*, en De perfil y de frente. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1975.
- McCARTY, Nancy y Seymour Menton. *La novelística de la costa colombiana: especulaciones históricas*, en Revista de Estudios Colombianos. N° 3. Bogotá. 1987. pp 35-38.
- McFARLANE, Anthony. *Cimarrones and Palenques: Runaways and Resistance in colonial Colombia*, G. Heiman (ed.), *Out of the house of Bondage: Runaways resistance and marronage in Africa and the New World*. Londres. 1986. * *Colombia antes de la dependencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio borbón*. Bogotá, Banco de la República / El Áncora Editores.
- McLUHAN, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. México, Editorial Diana. 1964.

MEDINA, Álvaro. *Don Ramón el maestro catalán de Cien años de soledad*, en Revista Pluma, núm. 5. Bogotá, noviembre de 1975.

MEDINA, José Toribio. *La imprenta en Cartagena de Indias, 1809-1820*. Santiago de Chile: Tipografía Elzeveriana, 1904. * *La imprenta en Bogotá y la Inquisición en Cartagena de Indias*. Bogotá, Editorial A.B.C. 1952.

MEGENNEY, William. *El habla costeña de Colombia: un ejemplo de la influencia del substrato negroide*. En Cuadernos Americanos N° 37, 3. 1987 pp.142-162.

MEISEL ROCA, Adolfo (ed.), *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Bogotá. 1994. * *Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena. 1531-1851*. Bogotá, CEDE. 1980. vol 4. * *Esclavitud, mestizaje y hacienda en la provincia de Cartagena, 1553-1851*, en Desarrollo y Sociedad, Bogotá, julio, 1980. * Y Posada Carbó, E. "Por qué se dispipó el desarrollo industrial de Barranquilla y otros ensayos de historia económica de la costa Caribe. Bogotá. 1993. * *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Con: DEL CASTILLO MATHIEU, Nicolás. *Población aborigen y conquista 1498-1540*. BORREGO PLA, María del Carmen. *La conformación de una sociedad mestiza en la época de los Austrias 1540-1700*.

MÚNERA, Alfonso. *Ilegalidad y frontera 1770-1800*. SOURDIS NÁJERA, Adelaida. *Ruptura del estado colonial y tránsito hacia la república 1800-1850*.

POSADA CARBÓ, Eduardo. *Progreso y estancamiento. 1850-1950. Rezago relativo y creciente integración. 1950-1994*.

MELLAFE, Rolando. *La esclavitud en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Editorial Universitaria. 1972.

MELO, Jorge Orlando. *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek. 1992.

MENDOZA CANDELO, Alberto. *Provincia de Cartagena. Estado Soberano de Bolívar. Poblamiento y división política*. Sincelejo, Fondo Mixto de Promoción de Cultura y las Artes de Sucre. 1996.

MERCADO ROMERO, Jairo. *Literatura oral del Caribe colombiano*. Bogotá. Fondo de Publicaciones Universidad Distrital. 1995.

MICHENER, James A. *Caribe*. Bogotá. Círculo de Lectores. 1991.

MOLINA, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia. 1849 – 1914*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo. 1973.

MOLLIEEN, Gaspard-Théodore. *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá, Biblioteca del V Centenario Colcultura. 1992

MONTAÑA CUELLAR, Diego. *Colombia, país formal y país real*. Bogotá, Editorial Latina. 1977.

MORA DE TOVAR, Gilma. *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada, siglo XVIII*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. 1988. * *Poblamiento y sociedad en el Bajo Magdalena durante la segunda mitad del siglo XVIII*, en Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 21, 1994, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Páginas 40-62.

MORENO DE ÁNGEL, Pilar. *Antonio de la Torre y Miranda-viajero y poblador*. Bogotá, Editorial Planeta. 1993.

MORENO FRAGINALS, Manuel. *El ingenio: complejo económico-social cubano del azúcar*, 3 vols. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 1978. Y otros. *África en América Latina*. (relator). México, Siglo Veintiuno Editores. UNESCO. 1987.

MORENO, Josefina y Alberto Tarazona. *Materiales para el estudio de las relaciones Interétnicas en la Guajira, siglo XVIII. Documentos y mapas*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. 1984.

MOTA, Francisco. *Piratas en el Caribe*. La Habana, Editorial Casa de las Américas. 1984.

MÚNERA, Alfonso. *El fracaso de la nación*. Bogotá, El Áncora Editores. 1998.

* *Ensayos costeños. De la colonia a la República. 1770-1890*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1994.

NARANJO VILLEGAS, Abel. *Generaciones colombianas*. Bogotá, Banco de la República. 1976.

NIETO ARRIETA, Luis E. *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá, El Áncora Editores. 1983.

NIETO, Juan José. *Selección de textos político-geográficos e históricos*. Bogotá, Ediciones Gobernación del Atlántico. 1993.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1980.

ONG, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México, Fondo de Cultura Económica. 1980.

ORTIZ, Fernando. *La música afrocubana*. Madrid, Biblioteca Júcar. 1974.

* *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 1983.

* *Los negros brujos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 1995.

* *Los negros esclavos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 1975.

* *Etnia y sociedad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 1993.

PALACIOS, M. *Estado y clases sociales en Colombia*. Bogotá. 1986.

PALACIOS PRECIADO, Jorge. *La trata de negros en Cartagena de Indias*. Tunja, Universidad Tecnológica y Pedagógica de Colombia. 1973.

PALACIOS DE LA VEGA, Joseph. *Diario de viajes entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada. 1787-1788*. Bogotá. 1955.

PARDO TOVAR, Andrés. *La poesía popular y sus orígenes españoles*. Fundación Universidad de América. Instituto Colombiano de Etnomusicología. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1966.

PARSONS, James. *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Mar Caribe*. Bogotá, Banco de la República. 1964. * *Las regiones tropicales americanas*. Bogotá, Fondo FEN Colombia. 1992.

PATÍÑO, Victor Manuel. *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1977.

- PATIÑO ROSSELLI, Carlos. *Las lenguas criollas*, en Eco, tomo 33, N° 200. Bogotá. 1978.
- PEDRAJA TOMÁN, René. "Aspectos del comercio de Cartagena de Indias en el siglo XVIII", en Anuario colombiano de historia social y de la cultura, 8. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. 1976. * "La Guajira en el siglo XIX", en Desarrollo y Sociedad, 6. CEDE. Bogotá. 1981. pp. 327-359.
- PEÑAS GALINDO, David. *Los bogas de Mompox*. Bogotá. 1988. * *Espacio, poblamiento y sociedad en la región momposina*. Mompox, Ediciones Malibú. 1994.
- PERCIVEL NEWTON, Arthur. *Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses en la Isla de Providencia*. Bogotá, Biblioteca Banco de la República. 1985.
- PINEDA CAMACHO, Roberto. *La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano*, en *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*. Edición preparada por Jaime Arocha y Nina S. De Friedemann. Bogotá, Etno. 1984.
- PLAZAS, Clemencia y otras. *La sociedad hidráulica Zenú*. Bogotá, Biblioteca Banco de la República. 1993.
- POE, Edgar Allan. *Hawthorne y la teoría del efecto en el cuento* en *Del cuento y sus alrededores*, de Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (compiladores).
- POMBO, José Ignacio de. *Comercio y contrabando en Cartagena de Indias*. Bogotá. Ediciones Procultura. 1986.
- PORRAS TROCONIS, Gabriel. *Historia de la cultura en la Nueva Granada*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. 1952..
- POSADA, Consuelo. *Canción vallenata y tradición oral*. Universidad de Antioquia. Medellín. 1986.
- POSADA CARBÓ, Eduardo. *Una invitación a la historia de Barranquilla*. Bogotá, Editorial Cerec. 1987.
- * *El Caribe colombiano*. Bogotá, El Áncora Editores. 1998.
- PRESCOTT, Laurence. *El tambor: symbol and substance in the poetry of Jorge Artel*, en *Afro-Hispanic Review*, vol III, N° 3. 1984.
- PRICE, Richard. *Sociedades cimarronas*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1981.
- PROPP, Vladimir. *Morfología del cuento*. Tercera Edición. Madrid, Fundamento. 1977.
- QUIROZ OTERO, Ciro. *Vallenato: Hombre y canto*. Bogotá. Editorial Ícaro. 1982.
- RAMA, Ángel. *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1991.
- REBOUL, Olivier. *Lenguaje e ideología*. México, Fondo de Cultura Económica. 1980.
- RECLÚS, Eliseo. *Colombia*. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República. 1958. * *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá. 1863.
- REICHEL DOLMATOFF, Gerardo y Alicia. *Estudios Antropológicos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. 1977. * *Diario del P. Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena de Indias en el Nuevo Reino de Granada. 1781-1788*. Bogotá. 1955.
- RESTREPO TIRADO, Ernesto. *Historia de la Provincia de Santa Marta*. 2 vols. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional. 1953.

REYES POSADA, A. *Latifundio y poder político: La hacienda ganadera en Sucre*. Bogotá. 1978. * *La ganadería en la Costa Atlántica colombiana. 1870-1950*, en Coyuntura Económica. Bogotá, Septiembre de 1988.

RIVET, Paul. *Los orígenes del hombre americano*. México, Fondo de Cultura Económica. 1960.

RODRÍGUEZ PIÑERES, Eduardo. *Documentos para la historia del Departamento de Bolívar*. Cartagena. 1924.

RODRÍGUEZ, Emilio Jorge. *Literatura caribeña, bojeo y cuaderno de bitácora*. La Habana, Editorial Letras Cubanas. 1989.

ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1976.

ROSENBLAT, Ángel. *La población indígena y el mestizaje en América*. II Tomos. Buenos Aires, Editorial Nova. 1954. * *El mestizaje y las castas coloniales*. Editorial Nova, Buenos Aires. 1954. Página 74.

RUIZ RIVERA, Julián. *Los indios de Cartagena bajo la administración española en el siglo XVII*. Bogotá, Archivo General de la Nación. 1996.

SAINT-PIERRE, Bernardin de. *Voyage a l'île de France*. Carta XII.

SALCEDO DEL VILLAR, Pedro. *Apuntaciones históricas de Mompox*. Cartagena, Espitia Impresores. 1987.

SARTRE, Jean Paul. *El Negro y su arte*. Buenos Aires, Editorial Deucalión. 1956.

SCHOLES, Robert y Eric S. Rabkín. *La ciencia-ficción*. Madrid. Taurus. 1982.

SILVA, Renán. (ed.) *Territorios, regiones, sociedades*. Bogotá., Cerec-Universidad del Valle. 1994.

SOURDIS DE LA VEGA, Adelaida. *Cartagena de Indias durante la primera República. 1810-1815*. Bogotá, Banco de la República.,1988.

STEUART, John. *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses*. Academia de Historia de Bogotá-Tercer Mundo Editores, páginas.

STRIFFLER, Luis. *El río San Jorge*. San Marcos, Edita Carmelo y Aristides Ojeda. 1858.

TADEO LOZANO, Jorge. *Sobre lo útil que sería en este Reyno el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País*, Correo Curioso No. 39, 10 de noviembre de 1801.

TEJADO FERNÁNDEZ, Manuel. *Aspectos de la vida social de Cartagena de Indias en el seiscientos*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1954.

THOMPSON, Stith. *El cuento folclórico*. Caracas, Universidad Central. 1972.

TIRADO MEJÍA, Álvaro. *Nueva Historia de Colombia. Historia Política. 1886-1946*. Bogotá, Editorial Planeta. 1989.

TIRADO, Adolfo. *La muerte llegó dos veces*. Sincelejo, Ediciones Canaprosucre. 1990.

TITTLER, Jonathan. *Violencia y literatura en Colombia*. Madrid, Orígenes. 1989.

TODOROV, Tzevan. *Introducción a la literatura fantástica*. Segunda edición. Buenos Aires. Tiempo contemporáneo. 1972.

TORRE y MIRANDA, Antonio de la. "Noticia individual de las poblaciones nuevamente fundadas en la provincia de Cartagena" en Boletín Historial, 49-51. Cartagena, Academia de Historia. 1919.

- TOVAR PINZÓN, Hermes. *Grandes empresas agrícolas y ganaderas*. Bogotá. 1980.
- TRISNÉS, José María. *La independencia en la costa Atlántica*. Biblioteca de Historia Nacional. Bogotá, Editorial Kelly. 1976.
- ULLOA, Astrid. *Contribución africana a la cultura de las Américas*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. Coedición con Proyecto Biopacífico. 1993.
- URIBE VARGAS, Diego y otros. *Geopolítica del gran Caribe*. Bogotá, Universidad Nacional-ICFES. 1997.
- URUETA, José P. Y Eduardo Piñeres. *Cartagena y sus cercanías*. Cartagena, Tipografía de Vapor Mogollón. 1912. * *Documentos para la historia de Cartagena*. Cartagena. 1890.
- * *Los mártires de Cartagena*. Cartagena, Tipografía de Antonio Araujo. 1886.
- VALDEBLÁNQUEZ, José. *Historia del Departamento del Magdalena*. Bogotá, Imprenta Voto Nacional. 1963. * *Historia del departamento del Magdalena y del territorio de la Guajira*. Bogotá. 1964.
- VANSINA, Jean. *La tradición oral*. Barcelona, Editorial Labor. 1968.
- VAX, Louis. *Las obras maestras de la literatura fantástica*. Madrid. Taurus, 1981.
- VILA VILAR, Enriqueta. *Hispanoamérica Y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1977.
- VILLEGAS, J. Y Yunis, J. *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá. 1979.
- VOVELLE, Michel. *Ideologías y mentalidades*. Editorial Ariel. Barcelona. 1985.
- WADE, Peter. *Blackness and race mixture. The dynamics of racial identity in Colombia*. Baltimore, The John Hopkins University Press. 1997.
- WILLIAMS, Raymond. *Novela y poder en Colombia. 1844-1987*. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1991.
- YBOT LEÓN, Antonio. *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá. 1952.
- ZAMBRANO PANTOJA, Fabio. *La navegación a vapor por el río Magdalena*, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 9. Bogotá. 1979. * *El escenario geográfico del Caribe colombiano*
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel. *El negro en la historia de Colombia*. Primer Simposio sobre bibliografía del negro en Colombia. Bogotá, Fondo Interamericano de Publicaciones de la Cultura Negra de las Américas. UNESCO. Octubre de 1983.
- * *Tradición oral y conducta en Córdoba*. Bogotá, Instituto Colombiano para la Reforma Agraria, INCORA. 1972.

OTRAS PUBLICACIONES

BANCO DE LA REPÚBLICA, *Próceres de 1810*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República, s.f.

AMÉRICA NEGRA. *Expedición humana*. A la zaga de la América oculta. Bogotá, Universidad Javeriana. 1995.

CUARTO FORO DEL CARIBE COLOMBIANO. Barranquilla, Consejo Regional de Planificación del Caribe Colombiano, CORPES. 1990.

QUINTO FORO DEL CARIBE COLOMBIANO. Barranquilla, Consejo Regional de Planificación del Caribe Colombiano, CORPES. 1994. II vols.

EL CARIBE COLOMBIANO. Realidad ambiental y desarrollo. Santa Marta, Consejo Regional de Planificación de la Costa Atlántica. 1992.

MAPA CULTURAL DEL CARIBE COLOMBIANO. La unidad en la diversidad. Santa Marta, Consejo Regional de Planificación de la Costa Atlántica. 1993.

NUEVA REVISTA COLOMBIANA DE FOLCLOR. Bogotá, Ministerio de Gobierno. 1986.

MANUAL DE HISTORIA DE COLOMBIA. Director científico: Jaime Jaramillo Uribe. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1984. 3 vols.

NUEVA HISTORIA DE COLOMBIA. Director científico: Álvaro Tirado Mejía. Editorial Planeta. Bogotá. 10 vols.